



# Yo, deportista

IAD 2012

## II CERTAMEN DE RELATOS BREVES



JUNTA DE ANDALUCÍA  
COMISERÍA DE CULTURA Y DEPORTE



# **YO, DEPORTISTA**

**Certamen de relatos breves  
IAD 2012**

**YO, DEPORTISTA**  
**CERTAMEN DE RELATOS BREVES IAD 2012**

Edita: Consejería de Cultura y Deporte. Junta de Andalucía

Producción: Instituto Andaluz del Deporte

© 2013 - Consejería de Cultura y Deporte. Junta de Andalucía

© De los textos: sus autores

Diseño, maquetación y edición del libro electrónico: IAD

Instituto Andaluz del Deporte  
Avda. Santa Rosa de Lima, 5  
29007 Málaga

[publicaciones.iad.ccd@juntadeandalucia.es](mailto:publicaciones.iad.ccd@juntadeandalucia.es)  
[publicaciones.ccd@juntadeandalucia.es](mailto:publicaciones.ccd@juntadeandalucia.es)  
[www.juntadeandalucia.es/culturaydeporte/web/iad](http://www.juntadeandalucia.es/culturaydeporte/web/iad)

Cualquier forma de reproducción de esta obra se atenderá en todo a la legislación vigente en materia de propiedad intelectual y derechos de autor.

La Consejería de Cultura y Deporte, a través del Instituto Andaluz del Deporte (IAD), convocó en 2012 el segundo certamen de relatos breves “Yo, deportista”. Con esta iniciativa pretendía impulsar la creación literaria en relación con los valores de desarrollo personal y social vinculados a la actividad física y el deporte.

La convocatoria establecía que los relatos, escritos en lengua castellana, debían centrarse en experiencias, situaciones, emociones o vivencias, tanto imaginarias como reales, relacionadas de algún modo con este ámbito.

El jurado reunido el día 20 de diciembre de 2012 eligió por unanimidad, de entre las 182 obras presentadas, a las cinco ganadoras, y seleccionó además una serie de relatos que por su calidad fueron considerados merecedores de ser incluidos en una publicación muy especial.

Hoy tiene usted en sus manos dicha publicación: una obra colectiva –literaria– en forma de relatos breves, editada exclusivamente para lectores electrónicos.



La Consejería de Cultura y Deporte ha convocado por segundo año consecutivo el certamen de relatos breves, “Yo, deportista”. Fruto de esta convocatoria, el Instituto Andaluz del Deporte (IAD) ha editado este libro digital con los cinco relatos ganadores y otros 70 seleccionados por el jurado por su calidad literaria.

Con esta iniciativa, la Junta quiere fomentar la participación ciudadana en la creación literaria ligada a los valores del deporte. Las narraciones presentadas nos invitan a vivir experiencias, situaciones, emociones o vivencias, tanto reales como imaginarias, vinculadas con la actividad física. De esta forma, el certamen contribuye a crear vínculos entre estos dos mundos, el deporte y la literatura.

La convocatoria, que ha visto incrementada en un cincuenta por ciento su participación en esta edición, se consolida poco a poco en el ámbito de los premios de relatos breves y confiamos en que en la próxima edición se supere el número de narraciones presentadas en 2012.

Quiero aprovechar esta ocasión para felicitar tanto a los ganadores como al resto de participantes por la calidad de sus trabajos y animar a los ciudadanos a colaborar en iniciativas como esta, que fomentan la creación literaria y los valores del deporte.

Luciano Alonso Alonso  
Consejero de Cultura y Deporte

# ÍNDICE

<b>RELATOS PREMIADOS</b>	Inocencia aparente Hernando Castillo Díaz	6
	La bola mágica Javier del Moral Martín	11
	Caminando a la plenitud Salvador Jaume Llabrés	15
	Fair play Ginés Mulero Caparrós	21
	El rey del mundo Yolanda Sánchez Flores	24
<b>RELATOS SELECCIONADOS</b>	Árboles del norte Carmen Pascual Badillo	28
	Laysan Albatross Laura Vinós Calero	32
	Vida Violeta Martínez Alcañiz	38
	Recuerdos, bocetos por finalizar (infancia y adolescencia)... Jesús España Rodríguez	41
	Miedo Borja Molero Baselga	45
	Timou Ernesto Daniel Bollini Levy	49
	La mentira de Steinés José Pedro García Parejo	55
	La zapatilla Sergio Generelo Tresaco	60
	Su mejor gol Carlos Donatucci Banin	65
	Falta personal y victoria Jesús Ángel Gómez Martín	71
	Hoy no me puedo levantar Joaquín García Box	77
	Nuevo espíritu olímpico Rubén Ibáñez González	84

Correr	
Paola Dueville Abujatum	89
Cómo vivir entre chimeneas	
Beatriz Díaz Romero	95
El hincha	
Carlos Flores Varela	102
Te llamaré Luigi	
Teresa Hernández Díaz	105
Un gesto loco fue el origen... ¿o no?	
Pedro Jesús Olmedo Ortega	107
Hijos del desierto	
Rubén Osácar Chacón	113
El comodín	
Franz Kelle	119
Etapa(s)	
Antonio Javier Pagán Peñalver	122
Orgullo de existir	
Roberto Quero Campos	126
Ganas de vivir	
Sibisse Ramírez García	130
12:00. Ingreso hospitalario	
María A. Soto González	134
Jugar a enamorarse	
Fernando Vega Villanueva	136
El recogepelotas	
José Bravo Paredes	140
La vida es deporte	
Juan Manuel Fernández Perelló	144
El torcer gomoso de las cuatrocientas veces	
Robert Majós Brunet	149
El espejo de mamá	
Beatriz Pérez González	153
El corredor	
Helenio Lucas Fernández Parrado	157
Hoy	
José Enrique Iniesta Panadero	161
La final	
Pablo Mantelman	164
El testigo	
Patrizia Carmen Marruffi Bonfante	166

**RELATOS SELECCIONADOS**

Ave, charrúa	
Raúl Castañón del Río	168
<hr/>	
Maratón	
Juan Ignacio Ferrándiz Avellano	174
<hr/>	
El ballet y yo	
Teresa Jiménez Sojo	181
<hr/>	
Cosidita al pie	
Rafael López Álvarez	185
<hr/>	
A solas	
Isabel Hernández Gomariz	189
<hr/>	
Memorias de cera	
Cesár Adrián Padilla Padilla	191
<hr/>	
Veinticuatro horas	
Luis Arribas Sandonis	195
<hr/>	
Sin coordenadas	
María Blázquez Alonso	197
<hr/>	
Testigo de excepción	
Francisco Javier Guede García	200
<hr/>	
Barrizal	
Mario Agustín Mentasti (Szulga)	202
<hr/>	
Antes de que el resto del mundo se despierte	
Ainhoa Sarrias Adalid	205
<hr/>	
Michel Ávila, con los ojos del alma	
Alfonso Ramón Hamburger Fernández	208
<hr/>	
La llamada de las olas	
María Teresa Balaciar Casero	213
<hr/>	
Sin fronteras	
María de los Ángeles Coza Pérez	216
<hr/>	
Crónica	
José Domínguez Herrero	222
<hr/>	
Lo bueno y lo malo	
Cecilia Durán Mena	228
<hr/>	
A lomos de la brisa	
Elena Marqués Núñez	230
<hr/>	
Ay, Gustavito	
Ernesto Antonio Parrilla de Mingo	232
<hr/>	
El mejor futbolista de todos los tiempos	
Miguel Chouza Fidalgo	236
<hr/>	
Mi vecino de cinta	
José J. Murugarren Leoz	240
<hr/>	



Cuando la pasión te guía Luis Alberto Berlanga de la Pascua	242
La burbuja que robó mi aliento Sebastián López Rodríguez	248
Memento fémina Víctor Cárdenas Fernández	250
Lecciones de vida gracias al deporte Yolanda Yanira González Gómez	255
Podio Carlos María Monticelli	259
¿Por qué llora Ricardo? Fernando Noguera Méndez	261
Y ahora qué... Juan Bautista Pájaro Varela	264
Rumbo al crepúsculo Alberto Rodríguez Hortal	268
El tacto de los sueños Estíbaliz Rogel Cayetano	273
Un paso mas Gustavo Enrique Torres	278
Futúrbol Alberto Arzua Arrugaeta	284
Bendito gimnasio Laura Delgado González	288
Sueño maldito Mario Figueroa Sepúlveda	290
Cincuenta metros Leopoldo García Guijo	294
La copa de la vida Jairo Sebastián Zanetti	297
Todo lo que tienes, todo lo que has hecho, todo lo que eres Luca Moratal Roméu	299
Espíritu positivo Eduarne Bengoa Bernal	301
El próximo partido José Antonio Montecino Prada	305

# Go, deportista

IAD 2012

Relatos  
premiados

## INOCENCIA APARENTE

Hernando Castillo Díaz

*Crear posible algo es hacerlo cierto*

Friedrich Hebbel

Salía a correr por las mañanas, tres días a la semana. Decía que eso le ayudaba a desconectar (aunque no tenía mucho de lo que desconectar), odiaba la rutina y por eso cada dos por tres cambiaba los días, las horas y sobre todo los recorridos. Le gustaba curiosear en las obras de la ciudad, en los parques, e incluso iba a los polígonos industriales de vez en cuando. Con la excusa de hacer deporte conocía muy bien la ciudad pero muy mal a los vecinos, salía solo. No le gustaba llevar el ritmo de otros –le hubiera gustado que llevaran el suyo– hasta que conoció a Josefina.

Llevaba tiempo viéndola correr a distintas horas del día –en realidad era él el que cambiaba de horario– y alguna vez coincidió con ella en un pequeño tramo llegando al barrio. No prestó atención al ritmo que llevaba hasta la segunda vez que la vio. Solía parar cada pocos kilómetros algunos segundos, en las paradas miraba el reloj y volvía a lanzarse. Una rápida búsqueda en Internet reveló a Carlos que se trataba de “series” y que estaba haciendo algún tipo de entrenamiento a conciencia.

En su andar por las horas y los días de la semana, Carlos descubrió que pasaba cerca de la estación de trenes los martes alrededor de las nueve de la mañana. La siguió al final del recorrido unos cuantos metros por detrás. Durante unos tres kilómetros no se separaron de las vías del tren y al llegar a la estación ella se apeó, hizo dos estiramientos junto a la puerta de entrada y desapareció en el *hall*.

Carlos esperó a que saliera. La acompañó con la mirada hasta una zona donde desapareció. Al ver que no aparecía, decidió entrar en la estación. Era bastante moderna y con mucho menos glamour que la típica estación de trenes de las grandes ciudades, donde se suele guardar lo mejor del pasado para adornarlo con cosas de toda la vida. La buscó intentando ocultar su interés, simplemente porque tenía miedo de que ella hiciera lo mismo.

Había una maqueta de las obras –hacia poco habían terminado la remodelación– de la estación y de los trenes que solían llegar y salir cada día. Nunca le habían llamado la atención los trenes, más bien al contrario. En su juventud, cuando se vio obligado a usarlos (por una obstinación de su padre) no había disfrutado lo más mínimo de aquel servicio público justamente por esa condición, la de público. Delante de la maqueta disimuló lo más que pudo la minuciosa observación de su entorno: azafatas con maletas, hombres trajeados con paso imponente, dos ancianas asistidas por una mujer sudamericana, un grupo de adolescentes bulliciosos, unos comerciales (no podían ser otra cosa con esos trajes baratos), ¿cómo le va, Carlos, usted por aquí?, dos mujeres con maletas para diez personas, ¿qué lo trae por la estación?, una joven que se parece a... ¿cómo se llamaría?, un revisor haciendo señas desde el último escalón del tercer vagón, un silbido, ¿viene a despedir o a buscar a alguien?

Carlos despertó de su profundo análisis para hacer caso a esa voz chillona que no hizo más que arruinar el concienzudo estudio de un recinto tan grande y complejo como ese.

–Buenos días, no, solo estaba...

–Ah, qué suerte que respondió –interrumpió la mujer, excitada–, ya estaba pensando que le pasaba algo. ¿Qué me decía, Carlos?

–Nada, solo estoy de paso. Bueno, que tenga buen día.

Y se alejó esquivando la investigación que intentaba hacer la mujer, que se quedó pensando en lo cortante y poco amable de la actitud de Carlos –cosa que sería muy bienvenida en los cotilleos vespertinos–, debía de esconder algún secreto. Carlos, ajeno a la elucubración, volvió a centrarse en la corredora desaparecida. No podía estar lejos. Quitando el momento de incómoda conversación –en el que se vio obligado a mirar a la cara a su interlocutora–, había estado atento todo el tiempo a la gran entrada de la estación. Nadie con la altura y la complexión física de su interesante corredora había salido por esa puerta. Fue a los andenes, tal vez había cogido algún tren, pero era improbable (porque no llevaba equipaje). Dos trenes habían salido ya, no había nada que hacer con ellos y los otros dos en el andén fueron objeto de escrutinio a través de las ventanillas. No puso demasiado interés, se dio cuenta de que estaba perdiendo el norte con aquella búsqueda, lo más sensato era intentarlo otro martes.

Se fue mirando al suelo como quien ha perdido algo que ya no espera encontrar. Se le escapó un “habría estado bien” entre susurro y aliento y salió a la calle. En ese mismo instante apareció reflejado en su mente el rostro de la joven. Acababa de verla de refilón. Como si de un robot se tratara y sin pensarlo volvió sobre sus pasos –marcha atrás, sin girar– dos metros hasta volver a cruzar el dintel de la gran puerta. Aún deslumbrado por el contraste entre la luminosidad del exterior y la relativa oscuridad del *hall*, giró la cabeza a la izquierda, dejándola así hasta que volvió a ver. Solo distinguió transeúntes con maletas y billetes de tren. Entonces volvió la vista a la derecha y entre las taquillas la encontró. La reconoció pero no era la misma. Vestía uniforme y estaba detrás de las taquillas. Sonreía a un cliente mientras entregaba unos billetes por la caja metálica –esas por las que se pasan en un sentido los billetes de pago y en el otro los de tren–. Era otra pero era la misma, eso cautivó



aún más a Carlos, él no esperaba a esa joven, aunque la estaba buscando desde hacía casi una hora. Extraña sensación invadió a aquel estorbo vivo ante la puerta de entrada de la estación de trenes. No había encontrado a su corredora, sino a una parte oculta de la vida de su corredora, esa parte que no le interesaba lo más mínimo hasta que la descubrió e hizo que quisiera conocer a la empleada de la estación de trenes que corre por las mañanas.

Por primera vez en mucho tiempo una mujer despertó ese extraño sentimiento dentro de él. Era una atracción insana que afortunadamente aparecía pocas veces y que lo transformaba completamente. Durante dos semanas intentó negar que hubiera llegado ese maldito momento –tan maldito como la última vez–, pero no había nada que hacer. Su mente ya estaba preparada para un nuevo ataque, una estrategia limpia y efectiva para abordar a la joven, para conquistarla, enamorarla de su obra, hacerla presa de su *sex-appeal* y saciar sus más profundos deseos.

\* \* \*

En la ducha comprendió que iba a ser un gran día. La mañana había sido hermosa, un sol estupendo y en el último tramo había visto salir los trenes que normalmente estaban aún apeados al llegar a la estación. Era extraño que salieran antes de su hora –e incluso que salieran después–, su ritmo de carrera había sido muy bueno y esa era una buena razón para empezar bien la jornada. Había sudado más que otros días, así que frotó muy bien la esponja, quería dejar allí todo resto de suciedad y negatividad. Sintió placer al frotarse, había poesía en la ducha esa mañana; algo singular iba a pasar ese día, estaba segura y preparada para lo que fuera.

Fue un martes intenso, con muchas ventas, consultas de horarios –la época estival hacía multiplicar por dos o por tres los visitantes a la ciudad y cada vez había más extranjeros– en castellano y en inglés, era una de los pocos que dominaba a la perfección la lengua de Shakespeare y los demás no tenían reparo en confiarle sus clientes. Josefina estaba feliz con su trabajo, pero a última hora estaba menos contenta que por la mañana. El último de sus clientes fue particularmente agradable. Preguntó prácticamente de todo: horarios, combinaciones, servicios, precios, descuentos. Parecía saber de lo que hablaba al preguntar y se mostró realmente agradecido de cómo Josefina satisfacía uno a uno sus requerimientos hasta el último de ellos, precisamente a la hora de cierre de las taquillas. Él le propuso tomar un café en la cantina de la estación. Ella dijo que no, le explicó que tenía que ir a casa rápido. Él no insistió, pero se mostró triste, muy triste, y su cara reflejó la soledad. Esa que nunca nadie había mostrado a Josefina de una forma tan conmovedora. Ella sabía prácticamente todo sobre él: que vivía solo, que iba a ver a sus padres ancianos a la capital, que viajaba por el norte del país muy a menudo, que no tenía mascotas ni fumaba, que no tenía coche; tantas cosas, él tan solo y ella tan sola, “y esta maldita sociedad que no te deja salir con alguien porque puede ser un asesino, un loco o un degenerado, pero que también te hace dejar pasar oportunidades como este tipo que parece ser un amor, pero que puede que sea cualquier cosa, si me escuchara mi mamá pensando esto me mataría, pero qué le voy a hacer siempre fui así, y no, no voy a salir con él aunque me dé una lástima que me dan ganas de matarme, mírale esa carita de pobre, ahí sentado en el asiento tan solo, que no se le acerca nadie ni para hablar y parece que un día de estos se va a tirar al andén de pura tristeza...”.

Ese café fue el mejor café en años para los dos, y no tenía nada más de especial que la dulce compañía de dos almas solitarias que ahora compartían más de lo que miles de parejas son capaces de compartir. Desde aquel café Carlos comenzó a seguir el ritmo de Josefina en su recorrido hasta la estación. Los martes se despedían allí y no se veían hasta que ella salía del trabajo. Se transformó en una rutina fija –aunque a Carlos le pesara– de los martes. Josefina se olvidó del “asesino de la taquilla” y Carlos empezó de sentir ese cosquilleo en las sienes y en las palmas de las manos, como hacía unos años, pero más intenso. Esta vez era diferente, no quería que pasara de nuevo, pero estaba pasando y fue muy rápido. La boda de un amigo de ella, bebieron, hicieron el amor –en la cocina–, “te quiero” un martes, se fueron a vivir juntos un sábado, salían a correr los jueves, luego los sábados, después los lunes. Josefina dejó de llegar pronto los martes, y el resto de los días; dejó de aceptar clientes de sus compañeros que no hablaban inglés. Quería salir pronto del trabajo para estar con Carlos; viajar con él, conocer nuevas ciudades, escuchar sus historias –que eran cada vez más intensas– y compartir nuevas aventuras solos los dos. Él le descubrió su verdadera pasión, las historias, la literatura, el arte escénico. Contar historias era lo que lo movía. Descubrió a Josefina su más profundo y bien guardado secreto: “La mejor historia no es la que nace de la ciencia-ficción, sino la que nace en tu mente y se hace realidad”. Josefina vivió con profunda pasión –en cuerpo y alma– los cuentos eróticos que Carlos guardaba en su alcoba, los relatos de viajes y aventuras en pueblos lejanos, las memorias de los ancianos más atractivos. Todo llenaba tanto sus horas de lectura como sus experiencias vitales diarias, todo excepto aquella novela negra que Carlos no terminaba nunca y que había leído a trozos cuando él no estaba en casa.

*Verdugo aparente* era el título y trataba sobre un joven universitario muy adinerado que estudiaba Derecho con la esperanza de un día ser una persona de bien aunque sabía que nunca lo sería, porque luchaba sin descanso –excesivos capítulos de lucha para su gusto– contra un mal interior que lo hacía sentirse sucio. Un verdugo en potencia que soñaba con cinco asesinatos y los revivía como si fueran reales. Las últimas páginas escritas trataban sobre el momento en que conoció en un tren a una chica y en un largo viaje –de esos que ya no existen en tren– se enamoraban los dos. Las escenas de amor llevaban meses de cambios que daban vueltas en círculo cada semana. Josefina sentía que Carlos estaba bloqueado en el amor entre los dos jóvenes y eso no le permitía cerrar el nudo de la novela de una vez. Ella quería ver quién era realmente el protagonista: el joven rico que había encontrado el amor, decidía que era lo más importante de la vida y dejaba todo por ella o, ese malvado asesino marcado por una dolorosa infancia que jamás debiera haber tenido lugar. Lo que más admiraba Josefina de Carlos era la sensibilidad para acercarse a los personajes y sus detalles, en aquel joven rico había llegado a su máxima expresión. Para Josefina era tan intenso el amor que sentía por la joven que el único final lógico podía ser el primero, el amor para toda la vida, aunque eso hiciera difícil explicar tantos capítulos de reflexión y lucha interior del complejo personaje.

Pasaron los meses, y aunque la novela seguía dando vueltas, Carlos no dejaba de tener nuevos proyectos literarios que requerían “decorados” reales. Ese invierno concibieron un viaje a Escandinavia. El último cuento de Carlos estaba ambientado allí y pidió a Josefina hiciera la realización del mismo. Ella compró todo según sus indicaciones: pelucas rubias,

maletas antiguas, abrigos de piel, billetes de tren en primera clase, reservas en hoteles emblemáticos a lo largo de la ruta... Era excitante pensar que iban a escenificar aquel cuento de Carlos. Por lo general las producciones eran bastante espontáneas y no hacía falta mucha elaboración para llevarlas a cabo, pero esta vez era un juego que salía de lo normal y los llevaba a terrenos intensos y apasionantes. Las escalas en el viaje eran como capítulos de una historia que combinaba del amor al odio, del sexo a la pasión; todos componentes de una buena novela. En Dinamarca Josefina no pudo más.

–Me encanta la novela, no puedo esperar para ver el final, ¿cuándo toca?

–¿Qué dices? ¿Qué novela? Estamos con el cuento del sueco... –su cara estaba desfigurada, como ver una rata ahogarse en una botella de agua–.

–Carlos, lo sé todo. Llevo “hojeando” tu novela algún tiempo... esto no es un cuento, es la novela que hace meses escribís...

–¡Por qué miras mis cosas! ¿Quién te ha dicho que puedes hurgar donde no te corresponde? –Se levantó lanzado del asiento, abrió la puerta automática y accedió al pasillo de los baños y las puertas de acceso al tren. Comenzó a golpear las paredes como un enfermo–.

Josefina dudó por un momento en ir o no a su encuentro, pero al oír los golpes en las paredes entre tanto traqueteo decidió ir a calmarlo. Encontró a un hombre sentado en el suelo, con una pierna estirada y el pie dentro del baño, la otra pierna rodilla arriba empujando una pared y dando puñetazos a la pared por encima de su hombro. Estaba llorando. Se puso delante de él, entre sus dos piernas. Estaba agitado pero había dejado de dar puñetazos. Ella se agachó acercando las rodillas a su pecho, pudo ver sus ojos y por fin su barbilla temblando.

–Lo siento mi amor, lo siento mucho. No debí hacerlo, no sabía que era tan importante para vos guardar esa novela. Entendeme, admiro tu obra, admiro tu forma de escribir y cómo llevás a la realidad la literatura... Perdoname.

Él no dijo nada. Solo dejó de llorar, de temblar. Sus ojos no la miraban aunque ya no forzaba la cabeza para ver el suelo; relajó sus brazos y los dejó caer por completo, también dejó caer la pierna que estaba doblada. Ella quería abrazarlo, quererlo, sentirlo, pero algo le decía que no era el momento, todavía no. Había visto una violencia exagerada y tenía miedo. Tenía miedo de Carlos. Tenía miedo del hombre que acababa de ver, tenía miedo del joven de la novela, tenía miedo de las muertes, de los capítulos de lucha interior, de la incertidumbre del final, del odio del personaje por las mujeres rubias, de la peluca que tenía puesta, del tren en el que estaban, de la fuerza con la que se levantó Carlos, de cómo introdujo una llave en el circuito de seguridad del tren y de cómo abrió la puerta con el tren en movimiento y la lanzó con el impulso de uno de sus potentes brazos.

\* \* \*

Instantáneamente desapareció el cosquilleo en las palmas de las manos y en las sienes. Dejó de oír aquella voz que decía “es ella” una y otra vez y tiró de la maneta de emergencia. Cuando el tren frenó lo suficiente, saltó y puso fin a su historia.

## LA BOLA MÁGICA

Javier del Moral Martín

Jack permanecía en silencio detrás de la barra. Concentrado. Calculando la distancia y el blanco, por qué era difícil de alcanzar. Muy difícil. Tan solo había una oportunidad para cambiarlo todo. Solo una. Acariciaba entre sus dedos las costuras rojas de la bola mágica. Así la llamaba su abuelo. Estaba lustrada y seca. Impecable. Cuidado con amor y esmero por dos generaciones de la familia Burton, los hinchas más abnegados de los Yankees y dueños del Yankee Paradise, un bar de copas cerca del estadio. El abuelo Burton la atrapó al vuelo en el primer *home run* conseguido por Babe Ruth en la inauguración del Yankee Stadium. Buena cerveza y mejor whisky. Ese era el lema de la casa. Recordó las tardes de domingo en las que jugaban en las calles hasta el morir del sol. Él era pitcher. Jack *Torpedo* Burton le llamaban, el muchacho con la bola más rápida del estado de Nueva York. John Isais Pendelton, ojeador de los Yankees, lo fichó del arroyo con tan solo catorce años. Destacó enseguida y como la promesa más joven de la liga debutó en el Yankee Stadium ante cincuenta mil personas. Es curioso cómo en las situaciones críticas la mente de un hombre muestra caprichosa recuerdos sin orden ni sentido. Un reguero de imágenes que te absorbe durante horas, aunque en realidad tan solo duran un instante. El tiempo se detiene a tu alrededor congelando la realidad de un solo golpe. Jack Burton no fue una excepción. Tras la barra de su bar, rodeado de amigos y extraños paralizados por la escena, su mente se evadió. Nunca supo a ciencia cierta cuánto tiempo pasó, aunque para él fue el que precisaba. Recordó los aplausos... el olor del campo... el lento andar hasta el montículo increpado por sus adversarios... el sol de media tarde cayendo hacia el ocaso... el tacto del talco para reseca la piel de sus manos... el peso de la bola... Era día de partido. Su primer partido en las ligas mayores. Recordó con claridad los ojos del bateador clavados en los suyos... la señal en el guante del *catcher*... las costuras de la bola posicionándose armónicamente entre sus dedos... el corazón sereno... la respiración controlada... el arqueado del cuerpo... la tensión del brazo al armarse... la fuerza divina recorriendo su cuerpo y alentándole en pos de un lanzamiento irrepetible... el reloj del mundo se para... el destino contiene el aliento ante el tiro que se gesta rápidamente... y lanza. Ahora recuerda el *crack* en la muñeca... y el dolor hiriente en toda la mano... y cómo



cae de rodillas... abatido... sabiendo que algo va muy mal... la bola atraviesa como una centella blanca la distancia hasta el guante del receptor... el bateador intenta interceptarla... no lo consigue... "¡Strike tres!" grita el árbitro alzando el brazo... el estadio ruge a los cielos ensalzando la victoria... los Yankees alcanzan las series mundiales... Ese fue el fin de su carrera.

El yonqui tiene una pistola. La blande en medio del bar. Ha cogido a la hija de Salma Blatter como rehén. Un ángel de ocho años que ha venido junto a sus padres para ver el partido. Ese ha sido su pecado. Burt Blatter está muerto en el suelo. O eso cree él. No lo sabe. No es un maldito matasanos. Pero le ha pegado un tiro en el pecho a quemarropa cuando el bueno de Burt ha intentado defender a su hija. La niña llora histérica e intenta zafarse de la presa del yonqui. No puede. La gente ha creado un vacío circular en el centro del cual se está desarrollando todo. Salma está rota. De rodillas a un lado, intentando llegar a rastras hasta el cuerpo de su marido. Mary Lou y Alice se lo impiden muertas de miedo sujetándola por la camisa y el cinturón. Ralf Grenville obedece al grito de "¡Todos al suelo!". Está aterrado. Y no es el único. Michael Smith, un agente de seguros de la Western Union que viene por el Paradise de vez en cuando, pone las manos encima de la cabeza y se arrodilla allí mismo. Donde está. El yonqui quiere dinero. Lo exige a gritos. Fuera se oye una sirena que pasa de largo. Eso hace que aún grite más. Le pone la pistola en la sien a la pequeña Lucy con fuerza cruel. La chiquilla aúlla de dolor. También su madre. Está fuera de sí. Las chicas la obligan a echarse en el suelo. Ella estira el brazo y coge la mano inerte de su marido. Unos muchachos en la mesa del fondo intentan razonar con él. El yonqui vuelve a gritar exigiendo todas las carteras. Uno de los muchachos se acerca pidiendo calma con las manos. Eso ha sido un error. Y todo acaba con otro disparo. En la pierna. El muchacho cae encogido sobre la herida gritando con todas sus fuerzas. Eso aún le pone más nervioso y se posiciona junto a la entrada apuntándonos a todos. El maldito no suelta a la cría. Se cubre tras ella en todo momento. A Jack se le dispara el corazón bombeando adrenalina pura en sus venas, pero permanece inmóvil controlando su respiración. Siente que está a punto de ocurrir. Templanza. Eso es lo que necesita. Todos empiezan a sacar sus carteras y a tirarlas hacia el yonqui. Su mente vuela otra vez.

Ahora está en Central Park. Con su abuelo. En 1969. Jack tiene ocho años.

–Ahora escúchame bien, Jackie.

Su abuelo está en cuclillas frente a él, mirándolo fijamente con el semblante muy serio. Hurga en el bolsillo de su chaqueta y extrae una bola que sostiene entre ellos durante unos segundos.

–Esta es la bola mágica... –habla con nostalgia contenida–. Es la primera de muchas que luego la seguirían. Para que entiendas por qué es mágica tengo que explicarte una historia.

Hizo una pausa medida para captar el interés de un niño que ya estaba entregado. Sonrió y prosiguió:

–La historia es sobre un hombre llamado George Herman Ruth. Nació en Baltimore, Maryland... hace mucho tiempo... en 1885, creo recordar –enmudeció unos instantes intentando recordar, hasta que desistió–. Bueno... a lo que íbamos, sus padres eran taberneros...

–¡Como papá! ¿No, abuelo?

–Sí, Jackie, como papá –carraspeó y prosiguió–. Eran pobres, ¿sabes? Tanto que cuando George tenía siete años lo tuvieron que internar en un orfanato de por aquel entonces. La vida era dura para él. Tenía que luchar con otros muchachos por adaptarse e incluso a veces por comer. Pero Dios no se olvidó de él, Jackie, claro que no. En aquel orfanato conoció a un sacerdote, ahora no me acuerdo de cómo se llamaba, pero el caso es lo quiso como un hijo y le enseñó a jugar a béisbol. Enseguida todos los que le veían jugar quedaban maravillados. Hacía magia, Jackie, magia en el diamante y en todo lo que tocaba... –Le dio la pelota al muchacho y se sentó junto a él. Jack hizo lo propio–. Fue a los 19 años cuando el mejor cazatalentos de la época y dueño de los Baltimore Orioles lo contrató. Jack Dunn era su nombre. En muy poco tiempo todos lo conocían como el *Jack's newest babe*...

–¡Es Babe Ruth, abuelo! –Jack sonrió ampliamente.

–Así es, Jackie. Babe Ruth Pasó de los *Red Sox* a los Yankees... eso fue en 1920. Aquel año Babe consiguió 54 *home runs*, Jackie... 54 *home runs*. Chico, era algo maravilloso poder verlo jugar. La gente se volvió loca con él. Era tanta la admiración despertada que los Yankees, que por aquel entonces compartían estadio con los Giants, decidieron construir el Yankee Stadium. Fue inaugurado en 1923. Qué tarde, Dios mío... qué recuerdos... ¿y sabes qué? Esa bola es el primer *home run* que consiguió. Yo la recogí entre un mar de manos, y créeme si te digo que no fue fácil.

Jack tenía los ojos abiertos como platos y la mirada perdida en las puntadas rojas sobre la piel.

13

–La bola tiene 108 puntadas, Jackie. –La tomó con suavidad y resiguió las costuras con los dedos–. Son esas puntadas las que hacen que la bola tome vida durante el lanzamiento. Hay muchas maneras de lanzarlas. Está el cambio de círculo... –Colocó los dedos atravesando las costuras–. Se acerca más a la palma de la mano y se presiona con la misma fuerza en todas partes. –Le mostró cómo se hacía–. ¿Ves? La falta de presión en la punta de los dedos hará que al final del trayecto la bola acelere y sorprenda al bateador.

El muchacho imitó a su abuelo. Este prosiguió con la explicación. Le contó cómo se hace un lanzamiento curvo, dándole un efecto sin par, y cómo se pone la mano en un lanzamiento de nudillos y cómo y cuándo se usan los tiros de rompimiento. Jack lo anotaba todo en su cabeza e intentaba aplicarlo sobre la bola bajo la atenta mirada de su abuelo.

–¿Y para las rápidas, abuelo? ¿Cómo se hace para las rápidas?

–Chico, dejaba eso para el final. Ese es el lanzamiento más usado en este deporte. Cualquiera cree que puede lanzar una rápida... pero no es así... la bola rápida necesita magia, y ¿sabes por qué, Jackie? –El muchacho negó con la cabeza–. Porque con esa bola en el momento adecuado uno puede cambiar las cosas.

Un grito de pánico lo devolvió a la realidad violentamente. El yonqui atrancó la puerta del Paradise con el pestillo de latón instalado en uno de los laterales del marco. Fuera, la policía hablaba a través de un megáfono. Se oían lloros acallados por todos los rincones. El yonqui, con la pistola en la cabeza de la niña parapetado contra la pared del fondo,

anunciaba un baño de sangre. Entonces Jack lo vio claro. En los ojos del yonqui. Inyectados por la sangre de la ira y por la ausencia de un buen chute. La histeria. La locura. Iba a disparar. Llorando y gritando tensó el dedo contra el gatillo. La niña intentó revolversse pero fue estrangulada con fuerza contra el regazo del drogadicto. Jack tomó aire y cerró los ojos un instante. Se dejó llevar por el buen hacer de sus propias manos como hacía cuando estaba subido en el montículo de lanzamiento. Colocó las costuras de la Rawling en la yema de sus dedos, arqueó su cuerpo hacia atrás, cargó el brazo, visualizó su objetivo y lanzó. Nada ni nadie se dio cuenta de lo que estaba pasando. La bola salió disparada cortando el aire con un siseo intenso e impactó en el rostro del yonqui. El crujido del pómulo se oyó desde detrás de la barra. El hombre se mantuvo unos segundos en pie sin saber qué estaba sucediendo, sin ser consciente de que le acababan de fracturar el cráneo por dos sitios. La niña notó el descenso de fuerza en la presa asfixiante que la retenía y se zafó escurriéndose hacia el suelo. La pistola cayó. Jack saltó por encima de la barra y se hizo con ella rápidamente. Alguien abrió la puerta y empezó a gritarle a la policía lo que había pasado. En un minuto los agentes entraban armas en mano en busca del secuestrador. Lo hallaron contra la pared. Aún con vida. Blanco y ojeroso, con un edema enorme que se descolgaba por la mejilla y se acumulaba en el cuello. Los ojos estaban encharcados en sangre. Lo inmovilizaron e hicieron entrar a los sanitarios.

Todo acabó ahí. Todos pudieron volver a sus vidas después de aquello. El bueno de Burt al final sobrevivió. Le costó casi un año entre la intervención y la rehabilitación posterior, pero quedó bastante bien. El Paradise se hizo muy famoso al igual que Jack, al que intentaron una y otra vez entrevistar y llevarlo a todos los platós de todas las cadenas de la ciudad. No lo consiguieron. La pequeña Lucy es a día de hoy una agente de la ley, y le gusta pasarse por el Paradise para echar un trago con los compañeros después de su turno.

Jack sigue conservando la bola mágica. La tiene colgada tras la barra, sobre un soporte de madera y cristal. En la base, adosada a una placa de metal, luce la identificación que Jack hizo grabar después de aquel día.

*La bola mágica, bateada por Babe Ruth y atrapada por Jordan Burton en el Yankee Stadium en 1923. En el momento adecuado, esta bola cambió el rumbo de todas las cosas.*

## CAMINANDO A LA PLENITUD

Salvador Jaime Llabrés

Creo que hará ya dos años que me jubilé. Mi vida, como la de muchas otras personas que no salimos en televisión, transcurre sin ningún aliciente ni hecho remarcable que le dé un ápice de emoción. La grúa que dirigí durante tantos años de trabajo ha sido sustituida por el mando a distancia del televisor, con el cual, ya de una manera mecánica, e incluso inconsciente, me entretengo cambiando los canales sin tan siquiera pestañear. Tras un día entero sentado en el sofá, del cual prácticamente solo me levanto para comer, ir al baño y bajar a comprar el periódico, no tengo ganas de nada, ni siquiera de dormir. Este dolor de espalda me está matando y las pastillas para controlar mi tensión me caen muy mal. Creo que comencé a desequilibrarme cuando comencé con esto de las revisiones médicas. Al menos antes no me sentía culpable por beberme un vasito de vino.

15

Mi mujer dice que está harta de verme todo el día sentado como un pasmarote sin salir de casa, pero yo no le hago ni caso. No sé si realmente el que está más harto de ella soy yo, pero de todas maneras, no pienso engrosar la lista de jubilados que se pasan el día mirando cómo trabajan los obreros, o dando de comer a las palomitas del parque. Ya sé lo que piensan ustedes, igual tienen razón, pero es que no tengo ganas de nada.

Qué sabio es el refrán que dice que la ociosidad es la madre de todos los vicios, y es que realmente no hago más que fumar e hincharme a beber cerveza. Ya no tengo que preocuparme de los quebraderos de cabeza del trabajo, ni de mis hijos, que ya son mayores y los veo muy de vez en cuando. Tengo la sensación de ser un trasto inútil, y de que mi energía vital poco a poco se va apagando. Y encima ahora tengo que aguantar esto. Mi mujer, entre otros desequilibrios psicóticos, cuenta con el de sufrir una auténtica fobia a las cucarachas. Consecuencia de ello, ha contratado a una empresa fumigadora que, previo sablazo a mi talonario, nos ha prometido fulminarlas de manera definitiva. Para ello, y a fin de no dejarnos lelos con los productos tóxicos, debemos abandonar el piso durante todo el día. Mi mujer me ha comunicado que aprovechará el día para visitar a la pesada de su hermana en Jaén, y yo, tras comunicarle que no voy ni muerto, deberé pensar algo para entretenerme.

Son las ocho de la mañana y los fumigadores ya me han echado a la calle. Qué asco, no sé qué haré ni en qué ocuparé cada uno de los interminables minutos que tiene el día. Me voy al bar a desayunar. Ya que no tengo prisa, me hincho a churros con café con leche. Leo el periódico, el Sevilla no gana ni amañando el partido. Para colmo tengo que salir fuera para



fumarme un cigarro porque con la nueva normativa la gente tiene que protegerse de los humos ajenos. Es curioso que por esa regla de tres no echen del planeta a los coches y a las fábricas que no paran de echar humos. Desde luego esto de las leyes no hay quien lo entienda. No hay mesas fuera para sentarme, así que decido irme a fumar a otra parte. Tampoco no es plan estar parado en la calle como una estatua... pero, ¿dónde puedo ir?, no tengo ganas de caminar ni de meterme en otro bar, no tengo a nadie con quien hablar y además los carajillos están por las nubes. ¡Ah!, ya lo sé. Iré a sentarme a un parque y me fumaré el cigarro tranquilamente. No me irá mal que me dé un poco el solecito. Hace mucho que no disfruto de un poco de aire puro y seguro que habrá chiquillos correteando y pajaritos cantando. Después ya veré qué hago. Cogeré el autobús para cansarme menos. Con la pateada que hay, no creo que llegara ni mañana.

Llevo tres cuartos de hora en la parada y no aparece el dichoso autobús. Me estoy aburriendo de esperar y encima no hay para sentarse. Los dos únicos discos vertebrales que me quedaban ya se han desintegrado de estar tieso y la espalda me está matando. Voy caminando hasta la siguiente parada a ver si con este intervalo de tiempo tengo que esperar menos.

Quince minutos caminando y aún no he llegado a la siguiente parada; con el asco que me da sudar. ¡Maldición!, el autobús me ha adelantado y no llegaré a tiempo a la parada para subirme. No sé si volver atrás o bien seguir adelante. Haga lo que haga me espera una pateada del porrillo. La idea de volver a mi barrio me produce urticaria y decido seguir.

Comienzo a caminar de nuevo. Por el camino vislumbro diferentes anuncios publicitarios, compre, beba, coma, póngase en forma por 90 euros al mes en el ambiente más selecto. No iría ni con una pistola en el cogote. Pagar para sudar la gota gorda. Vaya mundo en el que vivimos.

Sigo caminando hacia la siguiente parada, que resulta estar mucho más lejos de lo que creía. Llevo cuarenta minutos desde que comencé a caminar y no he parado. Finalmente llego a mi destino. Tras felicitarme por el final de mi periplo, me doy cuenta que me he equivocado de dirección y esta parada no lleva al parque, sino al polígono industrial de las afueras. Maldita sea. Le pregunto al único usuario de la parada cómo llegar al parque y me indica que debo coger el autobús número 5 y que la parada más próxima se encuentra a unos veinte minutos caminando. Comienzo a caminar con un humor de perros, fumarme el cigarrillo en el parque ya se ha convertido en un asunto personal y lo conseguiré aunque tenga que deslomarme caminando (que a mi entender es lo que estoy haciendo).

Me he perdido. No sé si el usuario me ha metido un boliche o es que soy tan cateto que no conozco ni mi ciudad. No tengo ni idea de dónde me encuentro. Decido buscar una calle concurrida a fin de orientarme. Por el camino piso un excremento de perro que me pone perdido el zapato, resbalo con el mismo y me meto la morrada del siglo.

Deben ser ya por lo menos las doce del mediodía y estoy totalmente *perdío*. Cada vez voy encontrado a más gente, pero al oler el *pestión* que desprende mi zapato huyen despavoridos. Por lo menos deduzco que me voy acercando a alguna plaza o centro concurrido donde podré coger un autobús o un taxi y volver a mi casa de una vez. Me acerco a un honrado

transeúnte que sorprendentemente no huye al verme... digo olerme. Según me hace saber, tal circunstancia se debe a que tiene el tabique de platino, por lo que no percibe olor alguno. Le pregunto a qué circunstancia responde semejante implante ortopédico y me contesta que es debido a respirar polvo en exceso. Cavilo unos segundos si el polvo de la pocilga en que vivo puede conllevarme una similar dolencia. Acto seguido, y con una educación admirable, me despluma blandiendo una navaja toledana. Mientras se marcha con mi reloj, móvil y cartera tiene la deferencia de comunicarme que la parada del autobús número 5 se encuentra a escasos diez minutos caminando. Me quedo con las ganas de hacerle saber que como consecuencia del palo que me ha metido no podré comprar el billete, pero no sé por qué, no creo que le importe mucho.

Decido seguir sus indicaciones y continúo caminando. No tengo un duro para coger el autobús, ni móvil para llamar a mi mujer, y lo que es peor, no tengo navaja para poder atracar a nadie, o sea que me espera la pateada del siglo para volver a casa.

Llego a una plaza, me acerco a un anciano que se está fumando tranquilamente un caliqueño, y tras asegurarme de que no va armado le pregunto dónde está la parada del autobús número 5. Este le pregunta a su compañero, quien tras quitarse la boina y secarse el sudor le comunica que lo ignora, pero que *El Juliano* seguro que lo sabe porque cada día se va a visitar a no sé quién y sabe mucho de autobuses. Una vez presente, *El Juliano*, y tras respetuoso silencio por parte de la concurrencia de octogenarios, me indica que el autobús número 5 no llega a mi casa y que en todo caso debo coger el número 9 hasta la plaza de España, donde deberé enlazar con el número 3. Les pido la voluntad para poder abonar el billete. Me dicen todos al unísono que se quiere, pero no se puede, mientras se esfuman con una agilidad inusitada para su edad.

Llevo ya un buen rato caminado cuando llego a la plaza de España. Tengo la camisa mojada por el sudor y no tengo ni un céntimo para comprar agua. Me sorprende que todavía no me haya desmayado, será que el hambre y la sed me empujan en este suplicio. Parece que las calles estén hechas para que te derritas por el sol. Me paro en un banco a descansar. Sin darme cuenta me he sentado encima de un chicle que al levantarme produce un hilo interminable de goma. No sé cómo un chicle contiene materia suficiente como para no dejarme en libertad a tanta distancia. Finalmente, al girar la esquina se rompe el hilo, no sin recibir ovaciones por los esporádicos transeúntes que, creyendo que se trata de una proeza conseguida a base de habilidad, aplauden fervorosamente.

Sigo caminando. Aún queda un buen trecho para llegar a mi casa, y encima cuesta arriba. Al cabo de una hora observo atónito que todavía no me sale espuma por la boca. Me encuentro a una ancianita en medio de la calle. Me hace partícipe de que se le ha gastado la batería del automóvil, y si sería tan amable de darle un empujoncito por si se pone en marcha. Aunque no me pilla en el mejor momento, no puedo negarme. Comienzo a empujar el coche unos metros (cuesta arriba), y nada. La viejecita me comunica que es normal, que otras veces ha ocurrido lo mismo y que un poquito más arriba siempre se acaba por poner en marcha. Sigo empujando y ni mención de encendido. Mientras tanto, comienza a formarse una cola de coches detrás de nosotros que empiezan a impacientarse por nuestra lentitud. El coche no arranca, pero no me queda más remedio que seguir empujando. Tras media hora y

recibir toda clase de insultos, el coche se pone en marcha, y la anciana comienza a acelerar sin dar muestras de agradecimiento o de satisfacer contraprestación alguna por el favor. Sin darme cuenta se me ha enganchado el puño de la camisa en la antena del coche y me arranca de cuajo la manga entera de la camisa. Me quedo tieso en medio de la calle viendo cómo se aleja la ancianita. Los conductores van pasando profiriendo todas las variables de hijo de... posibles. Tengo una pinta que da pena verme. Parezco un zombi de esos que salen de la tumba con las ropas todas raídas. La mierda del zapato y el chicle del culo no ayudan demasiado a mejorar mi aspecto. Continúo caminando. Con la tontería del coche debo haber empujado al menos 500 metros.

Creo que ya ha caído la tarde. No he probado bocado desde los churros de esta mañana y el estomago ya comienza a quejarse. Llego arriba del montículo o lo que sea que estoy subiendo. Menos mal que no tengo una pistola porque posiblemente la hubiera utilizado. Frente a mí tengo una espléndida panorámica de las afueras de la ciudad, lo cual quiere decir que he estado subiendo todo el tiempo en dirección contraria y que tendré que desandar todo el camino. Me siento en la acera. Esto no puede ser verdad. Cuando estoy a punto de desmayarme, se para una furgoneta. El conductor, que sin duda debe ser el rey de los macarras, conmovido por mi desaguisada estampa me pregunta qué me pasa. Le cuento todo el rollo acompañando el relato con unas teatrales lágrimas. Al acabar el relato le pregunto si me puede acompañar a mi casa. Sin duda le doy pena. Me dice que transporta pollos para el matadero y dado que total, ya lleva la caja llena de excrementos, puedo subir mientras no incordie a las gallinas. Subo dándole mil gracias. Me siento en un rincón, lo cual provoca que se me peguen al chicle del culo un montón de excrementos de gallina. El susodicho me deposita en la puerta de mi casa. Le doy mil gracias, mientras me recuerda, confundíndome con un vagabundo, que todos tenemos malos momentos y que vivir en la calle no me aportará nada bueno.

18

Miro el portal de mi casa antes de subir las escaleras. Después de ser vilmente achicharrado, desplumado, enmierdado, descamisado y deslomado, al fin estoy en casa. Entro al fin en mi dulce hogar. No sé por qué razón todavía no hay nadie. Hace un *pestón* a insecticida que me deja atontado pero me da igual. Lo único que quiero es tirar la ropa a la basura, ducharme y meterme en la cama. Mañana será otro día.

Qué bien me ha sentado esta ducha. Tras quitarme de encima toda la mugre acumulada siento un agradable alivio. Una sensación de frescor y relax invade mi cuerpo. Ya no tengo hambre y me meto en la cama directamente. Cuando regrese mi mujer, si no me he desmayado del pestazo a insecticida le daré las buenas noches desde la cama y así me ahorro tener que relatar de nuevo todo.

Abro un ojo. Es de día ya. Miro el despertador y compruebo sorprendido que son las nueve de la mañana. Resulta extraño que me haya despertado tan tarde, ya que rara vez suelo aguantar en la cama más tarde de las siete, harto de dar vueltas como un rodillo. Más extraño resulta todavía que la que me haya despertado no haya sido mi mujer. La verdad es que he dormido como un tronco. Hacía tiempo que no descansaba tan bien. Momentáneamente se me pasa por la cabeza que todo el edificio se haya asfixiado con el tufo del insecticida menos yo y las cucarachas, pero al entrar en la cocina me encuentro a mi

mujer dándole palique al vecino por la ventana. Me dice que tanto ayer noche como hoy por la mañana dormía tan plácidamente que le daba pena despertarme, pero que de lo de la ropa ya hablaremos.

Tengo un hambre voraz. Procedo a inflarme de churros nuevamente. Aunque tengo agujetas por todo el cuerpo, me siento con más chispa que otros días. Es como si hoy pesara diez kilos... bueno, quizá he exagerado un poquitín... cinco kilos menos. No hay duda de que la extenuante caminata de ayer no le ha sentado mal a mi oxidado organismo.

Aunque parece que el sofá atrae mi trasero con una fuerza imantada, no me apetece sentarme. Le digo a mi esposa que salgo a comprar el periódico. Con mirada inquisitiva me dice que le parece muy bien, que tengo que estar informado de todo. Como hace un día estupendo aprovecho para pasear un rato. Camino una hora y media (guardándome bien de no alejarme de mi barrio), lo cual produce que se me suelten un poco las piernas. No tengo nada mejor que hacer, así que repito la misma operación durante los días sucesivos. Por ahora estoy de suerte, no me ha atracado nadie. Por si acaso he adquirido una garrota de castaño riojano por si alguien me vuelve a pedir prestado.

Al cabo de una semana ya no tengo agujetas, lo cual me anima a aventurarme un poco más lejos en mis paseos. Comienzo a evitar los momentos de inactividad en casa. A medida que pasan los días voy pasando más tiempo fuera. Mi mujer no da crédito. Me dice que aquí hay gato encerrado y que me prepare porque acabará averiguándolo.

Comienzo a salir algunos días por las tardes. Últimamente duermo mucho mejor y no me despierto por la noche. A medida que van pasando las semanas cada vez voy aumentando el ritmo, y siento que mi corazón no se acelera tanto. Mis amigos sospechan que he perdido la cabeza (supongo que alguien me vio regresar de mi aventura hecho un trapo y ha corrido la voz) o bien que tengo una depresión, y me dejan en paz. Descubro que existen varios parques cerca de mi casa y los frecuento con asiduidad. Cojo la costumbre de comprobar antes de sentarme si hay algún chicle pegado al banco y no dejo que se me acerque ningún anciano a menos de cien metros.

Ya no me canso tanto al subir escaleras. Al cabo de dos meses, mi primo, sin duda admirado por mi recién adquirido hábito, me invita a apuntarme al club excursionista de mi barrio (omito lo de la tercera edad porque me da la gana). En un principio me muestro reticente, pero a base de darme la vara con el asunto acabo por apuntarme. Es sorprendente la de parajes que desconocía del entorno de mi ciudad. Aunque al principio iba un poco asustado (no es lo mismo caminar por la calles que echarse al monte), me sorprende que haya personas que se fatigan con más facilidad que yo, incluso aunque no lleven mochila. En un principio había planeado meterles piedras en la mochila al descuido, pero al descubrir mis recién adquiridas cualidades físicas he optado por jugar limpio. Comienzo a disfrutar de la actividad física, lo cual me descarga mucho mi ansiedad.

A los cuatro meses el chequeo del médico indica que se me ha equilibrado la tensión arterial, además de que tengo unos niveles mucho más bajos de colesterol. Para celebrar tan feliz noticia pienso en atiborrarme a base de jamón serrano, pero dado el buen camino que he iniciado declino la idea. Al parecer sentirte bien te anima a sentirte mejor.

Algunos amigos, atraídos por los beneficios de mis caminatas se animan a acompañarme algunos días. Son muy pocos los que no repiten o que no se lamenten de no haber adquirido este hábito con anterioridad. En cada caminata siempre intento que alguno pise una caca de perro o se le pegue un chicle en el trasero, pero no hay manera. Se ve que solo algunos tenemos este privilegio.

Mi humor se ha vuelto mucho menos irascible y las discusiones con mi mujer se quedan en simples anécdotas. Caminar evita que le dé tantas vueltas a la cabeza y me ayuda a estar mucho más animado, y el aire libre sin duda es un gran bálsamo para ello. Además de los domingos, a veces también hago alguna salida campestre entre semana. Con el tiempo, puedo salir de excursión ya sin apenas fatigarme. Invito a mi mujer a venir algún día. Suda la gota gorda, pero me dice que es feliz de verme tan contento y que le gusta mucho que realicemos actividades juntos. Si digo la verdad, a mí también me gusta, porque qué demonios, no puedo ocultar que realmente la quiero.

Llevo seis meses caminando. Los dolores de espalda me han desaparecido. Según el doctor, los cuádriceps se me han reforzado y por ello las rodillas ya casi no me duelen. Me ha reducido a la mitad la pastilla de la tensión y me dice alegremente que estoy hecho un chaval. Muestra igual alegría al presentarme la factura.

Para equiparme en concordancia a mis nuevos hábitos de vida, adquiero (a precio de saldo) un equipo completo de indumentaria deportiva consistente en chándal, pantalones cortos y zapatillas deportivas. No veo el momento de estrenar mi nuevo look y al llegar a casa me lo pongo ipso facto para poderlo lucir en la calle. Bajando la escalera me encuentro a mi hija, la cual tras visualizar mi indumentaria sale corriendo a la calle suplicando a los transeúntes que me reduzcan antes de que cometa alguna locura. Mi mujer se asoma desde casa del vecino (no sé qué hacía allí). Al verme en chándal se queda con la cara helada y, al contrario de lo que yo pensaba, me sonrío con aire de complicidad.

Quién me hubiera dicho hace unos meses que me encontraría tan bien. No hay mal que por bien no venga y gracias a tan desgraciado día descubrí las bondades del ejercicio físico. A veces me dan ganas de gritar a bombo y platillo lo bien que me encuentro y animar a otras personas a evitar la inactividad que acaba por oxidarnos y meternos en la caja de los trastos inútiles.

Algunos consideran que andar no es un deporte, y están muy equivocados. Como yo mismo, muchos caemos en el error de pensar que el deporte solo es competición, dolor y sufrimiento. Gimnasio, fútbol, baloncesto... nadie duda de sus beneficios, pero cada uno debe adaptarse a sus posibilidades, y tan saludable es una actividad moderada como caminar, como el más técnico de los acondicionamientos físicos. Caminar me ha aportado alegría, vitalidad, salud y ha desagriado mi carácter. Tengo ganas de vivir y de hacer cosas nuevas, cada día que pasa en una pequeña meta más para mi cuerpo, y es que al fin y al cabo todos nos debemos al hecho de tener una meta, y conseguirla siempre te mantiene vivo... ¿no creéis?



## FAIR PLAY

Ginés Mulero Caparrós

Minuto dos de prolongación del tiempo reglamentario. A un minuto de la conclusión del partido. Final del Campeonato del Mundo. Adrenalina a espuertas. Las hormonas chisporroteantes. El marcador parpadea con los números dorados de un 0-0 como la cerveza sin alcohol. Cesc Fábregas sin balón caracolea oblicuamente entre los fornidos defensas alemanes hasta dejarlos a su espalda con un palmo de narices, esperando el pase imposible de un compañero de la selección. El esférico pateado ya –para no incurrir en el *fuera de juego*– con la precisión de un mago centrocampista, va volteando en el aire a cámara lenta, trasladándose en una parábola cuya longitud de onda alcanza los cincuenta metros, cayendo en vertical sobre el pecho de pegamento de Cesc, dejándolo luego desplomado como un muerto sobre su bota imantada y, dándole un toquecito de empeine tenue, lo direcciona hacia la entrada a los tres palos. El portero alemán siente en sus propias carnes escarchadas un miedo salvaje que se va instalando paulatino en sus pupilas, como un veneno lento. Hasta el esfínter siente comprimido. Está solo ante nuestro delantero. Es la soledad de un Fassbinder agonizante, moribundo. Es el duelo mano a pie. Es la última jugada del encuentro si el balón traspasa la línea encalada de la portería y golpea la red y rebota estrellándose contra la cruceta y hace un hondón en el alma de los 80 millones de alemanes que de una condición u otra están siguiendo el resultado de una manera directa o indirecta: por televisión, por radio, por Facebook, por Twitter... Ángela Merkel, desde la zona VIP de la tribuna del Estadio de Maracaná, alza su enorme pandero del almohadillado asiento, se queda paralizada a medio camino, a media genuflexión, y se echa las manos a la cabellera presagiando la epopeya y la tragedia y... se le escapa un pedito. Nada grave. Es sin olor. Un gasecito inocuo. Con todo lo que carga entre pechos y omoplatos esta oronda mujer tampoco la vamos a juzgar por eso... Qué hubieran dado españoles, griegos, chipriotas, irlandeses, portugueses e italianos por saberse conocedores de ese aprieto, para que sepa la cancillera lo que es de verdad la humillación. Tal vez hubieran dado sin vilipendios ni remilgos un dedo, una mano, un brazo, la mitad de los recortes e impuestos; es la tendencia a exagerar de un narrador andaluz, *pa más señas, pishas, de Cai*. Al fin y al cabo medio mundo –en el estadio y fuera de él– está en ascuas por el desenlace del partido, y la realidad es que a quién le importan los desarreglos intestinales de la Fürher. Volvamos a la escena sobre el terreno de juego, al césped húmedo. Es lo que importa en el evento. Pongamos un poco de brisa fresca, hagámoslo todo más natural. No seamos versátiles aunando política y deporte, nos

alejáramos del argumento principal, malas juntas. Todo se reduce a un forcejeo honrado entre dos deportistas: delantero y arquero, dos seres humanos con sus virtudes y sus defectos, con sus madres sufridoras en el sofá floreado de casa royéndose las uñas. La habilidad, la pericia, la maestría, la suerte, el arte y el acierto de uno prevalecerán sobre el error del otro. Pero es un juego que no debe poner en entredicho la dignidad de nadie. Un deporte. Nada más. Y nada menos. El delantero siente el peso de la responsabilidad. Un país entero y otro y otro y alguno más quieren meterle un gol a la cancellera, quiero decir... al cancerbero teutón. Mil demonios hacen salir en zigzag al guardameta del área pequeña, para abarcar espacio. Quiere imponer su envergadura. Su ferocidad. Los ojos desorbitados quieren intimidar a nuestro falso nueve, pero nuestro delantero huele el pavor que circunda al guardameta y mantiene el duelo, mirándolo con fijeza a los ojos. Cinta hacia la izquierda para que el arquero piense que desplazará por la parte sur el esférico hacia la derecha. El hemisferio norte le seguirá sin dudarlo, sea cual sea la opción postrera. El guardapalos se lanza como un salvaje a sus botas de tacos de aluminio. Cesc desplaza etéreamente la pelota con la zurda y salta noblemente doblando al unísono las rodillas gemelas hasta tantear con ellas su propio pecho, sobre el portero del Schalke 04 y de la selección alemana, Manuel Neuer. Éste enseña los dientes para morder las botas aceradas y hacerle un desgarrón, pero su mejilla patina deslizándose en el borceguí deportivo como si fuera un pez escurridizo. Cesc tropieza. Cesc se desequilibra. Cesc da una voltereta en el aire igual que un displicente acróbata de circo o un personaje de dibujos animados. El público se levanta del estadio. El público levanta el estadio. En sus moradas los hombres y mujeres de este mundo que ven la retransmisión se quedan con el aliento entrecortado pensando que caerá de cabeza hasta clavarse como un junco en el barro. El planeta Tierra a la expectativa, deja de girar, quedando entre flotando e inánime. El falso nueve ha sorteado al guardameta que cae como un fardo sobre la hierba, levantándola, arrancándola de cuajo: son briznas incendiadas. Habíamos dejado a Cesc en el aire, con un salto mortal y en suspense, fotografiado por los mejores reporteros gráficos. Cae de pie sobre un calvero de tierra regada, como un valiente, clavando los tacos, como un héroe épico de leyenda que alza su espada gloriosa, pero en este caso delante del cuero cosido por profesionales (nada de niños explotados). A unos milímetros de traspasar la raya. El jugador afortunado sonrío. Triunfante lo vemos. Sólo tiene que patear apenas, empujar suave, incluso soplando la pelota entraría. Por un instante se acuerda de aquello de ponerse la piel del oso antes de cazarlo. Se gira para mirar si Neuer en una última acción desesperada se ha recuperado del brutal planchazo y puede alejar la bola aunque sea con la punta de los dedos enguantados. Pero Neuer no se puede ni mover. La sangre aflora abundante en su moflete. Los tacos de aluminio han actuado como cuchilla afilada y le han hecho un corte en un pómulo, una herida incandescente. La piel se está rajando escandalosamente, es la grieta de una madura granada reventona. Cesc, deportivo y a conciencia... sin dudarlo, lanza el esférico por la línea de fondo, fuera de los tres palos. Los espectadores en el estadio se quedan entumecidos en sus butacas. Hay como un minuto de silencio espectral, inédito. Los jugadores de ambas selecciones boquiabiertos, a lo Munch en *El grito*. El mutismo se rompe en esa ovación general que sobrepasa Maracaná, Brasil, América, los demás continentes: traspasa las conciencias, desperezándolas. Ahora vemos al árbitro corriendo, rompiendo la magia. ¿Blas, a dónde vas? El juez principal de la contienda

se planta delante del falso nueve y estirado como un palo, arrogante como un bendito orgulloso de su fe, se echa la mano al fondo de su faltriquera. ¿Qué iras a dictaminar ahora, Blas? Los asistentes se vuelven a levantar ante el nuevo misterio originado. Pues, no se lo creerán... pero trastabillándose con los costurones del bolsillo saca a Cesc una tarjeta. Miremos el color. Entre tanta cabeza no distinguimos bien. Es verde. ¿Verde? Sí, VERDE. ¡Verde desplegable! (con simbología de extensible a todo un equipo, a toda una nación). Qué honor. Brota la esperanza. Se acentúa el esmeralda sobre el cosmos. Loado sea el árbitro que administra justicia buena para los unos y para los otros y para los de más allá, a lo Garzón. Los aplausos de los asistentes del estadio son acompañados por una atronadora Samba que pincha el Speaker. El altoparlante se deshace ahora en elogios que resuenan más allá de las esquinas del mundo, del Mundo Deportivo. Los jueces de línea dan brincos cantando ¡Bingooo! El cuarto árbitro está abrazado al entrenador que hace las veces de Local, felicitándolo sin cortarse un pelo: una imagen sellada en las retinas de los espectadores, para el recuerdo, también para los anales de la Historia. Dios, qué momento, para que se instruyan los Tribunales de otros departamentos aledaños.

Hay prórroga. Neuer continúa en el campo bajo los palos, con cinco grapas a lo Frankenstein. Todavía queda en el oído el fragor fascinante de lo acontecido. Quince minutos y cambio de campo. La selección alemana no sale de su asombro, sus jugadores se miran unos a otros sobrecogidos, sus ademanes son de incredulidad; competitivos, siguen jugando, pero no tanto como si esto fuera una guerra sin cuartel general. Están estupefactos, sí, un poco derrengados, sí, un poco anestesiados, sí, y descolocados por el tsunami de generosidad y nobleza que se les ha venido encima. Al fin y al cabo es un deporte, como la vida misma. En la segunda parte de la prórroga hay el pundonor del toma y daca, más de lo segundo que de lo primero. Persiste el empate a pesar del dominio arrebatador de los locales. Seguramente irán a los penaltis. El resultado último es lo de menos. Aquí hay una lección irrefutable de sana humanidad y no el insalubre listado memorístico de los reyes godos que nos hacían aprender de pequeños. Aquí hay tema, y del bueno. A ver qué esperan. Para cuándo, cuándo, cuándo..., como dice la canción, las Entidades Internacionales responsables de la Reglamentación Deportiva mejorarán sus estatutos a favor del juego limpio.

## EL REY DEL MUNDO

Yolanda Sánchez Flores

Esta es la increíble historia de un intrépido marinero que nunca se hizo a la mar. Fue aprendiz de nada, navegante de mundos fantásticos, rival de guerreros imaginarios, buscador incansable de tesoros inventados y gran soñador.

Esperé en mi lugar del jardín solitario donde el tiempo se había detenido, en mi banco de piedra, junto a mis rosas.

Un paseante se sentó junto a mí. Contó las lágrimas caídas sobre la primera hoja de mi libro y preguntó:

–¿Merecía la pena?

Silencio.

–¿Cuál es tu nombre? –preguntó.

–Zillah.

–Dulce como la miel de palmera.

Pronto el paseante interrumpió diariamente mi voluntaria soledad para conversar conmigo. Yo no quería compañía, pero toleré su presencia.

Con el tiempo me acostumbré a él. Aprendí a quererle y su cariño creció dentro de mí. Muy pronto se atrevió a besarme con pasión en la frente y en los labios, para marchar después ebrio de amor y de gloria a conquistar nuevos mundos con su exótica locura.

Extraño como un ángel oscuro, único en su especie, danzaba solo, girando incansable en el fondo del océano. Estampidas de peces plateados le acompañaban, haciendo trepidar las arenas litorales. Infinitas combinaciones de curvas recorrían los fondos marinos a su paso, estelas de azul brillante le seguían en su camino. Largos silencios delataban que su mente había viajado en busca de estrellas fugaces.

Astillas de cristal se me clavaban en el corazón. Una música grandiosa me trajo el tremendo dolor de la distancia. Perdí la calma una y mil veces tratando de retenerle a mi lado, pero con el tiempo se cansó de mis exigencias. Se marchó de mi lado y no reparó en que me dejaba desconsolada. Sus promesas flotaron en el aire unos segundos hasta que una ráfaga de viento las disolvió.

"Hasta pronto, mi amor" fueron las últimas palabras que me dijo antes de marcharse súbitamente. Mis últimas palabras quedaron muertas en el tintero y un inmenso frío me heló el corazón.

Quise olvidar el sabor dulce de sus besos y hasta el nombre de su nombre. Lloré su ausencia, mientras la vida me abandonaba como el agua por una grieta sin fondo. Ya no pude distinguir el cielo del infierno, la verdad de la mentira, la fantasía de la realidad.

La voz de mi conciencia me susurró en un lenguaje enigmático que nunca más le encontraría por mucho que le buscara y el viento arrastró su historia hasta mis oídos:

El paseante se despidió de su pequeña Zillah y partió hacia los Himalayas para alcanzar las estrellas y encontrar su dignidad.

En su búsqueda incansable de la verdad escaló las montañas más altas.

Bebió el agua sagrada de ríos sin nombre cuyo curso no está escrito en los mapas.

Agotó las fuerzas que los dioses dan a cada hombre para el nuevo día.

Visitó lugares ocultos reservados a los limpios de corazón.

Alcanzó los paraísos perdidos donde fronteras y horizontes se difuminan entre espesas neblinas.

Y en su diario escribió:

"Hasta pronto, mi amor" han sido mis últimas palabras antes de dejarte. Hoy mis sentimientos son contradictorios. Por un lado me espera la aventura de partir hacia las montañas, y por otro la inmensa tristeza de echarte tanto de menos".

25

Y se enfrentó en solitario a los elementos, al hambre, el miedo, la soledad y la desesperación.

Venció a todos sus demonios y, orgulloso como nadie, tras la victoria regresó triunfante al mundo conocido, sin otro equipaje que su alma llena de paz y bienestar.

"5 de la mañana. Amanece sobre Langtang y el Tibet. Uno de los caminantes ha comprado una oración en el templo budista para rendir homenaje a su amigo fallecido por las heridas fatales que sufrió hace diez años en una terrible caída.

9 de la mañana. Las cumbres han desaparecido, hundidas en nubes que parecen bolas de algodón. La tinta de mi bolígrafo se congela y tengo que acercarla al fuego de la chimenea para seguir escribiéndote.

Hoy ha sido un día que jamás olvidaré. Hemos caminado por senderos ocultos bajo un metro de nieve que conducían hasta lagos y cascadas heladas. A lo lejos, las banderas multicolores de un templo budista ondeaban al viento. En aquel preciso lugar, en 1982, cinco alemanes murieron en una avalancha.



Llegamos a la cima. Saltamos. Bailamos enloquecidos. Nos revolcamos en la nieve. De regreso, ocho crueles horas de interminable *déjà-vu*: montaña tras montaña...

Cada músculo de mis piernas trabajaba duramente para frenar la pendiente del descenso. En el camino, un altar en memoria de los ciento ochenta y cuatro fallecidos en el lugar donde se estrelló un avión japonés en 1990. Las alas del avión todavía duermen su largo sueño bajo la nieve”.

Y en mis sueños, el viento aún soplaba y me susurraba su diario de viaje:

La víspera de su victoria final sobre la montaña, después de andar durante once horas el caminante llegó a Kutum Sang. Mrinmayee, la mujer del posadero, le cocinó una cena deliciosamente perfumada de especias, mientras a lo lejos se escuchaba en el transistor una hipnótica llamada a la oración.

“Caminamos sobre montañas de arena entre los arrozales. Allí mis rodillas se negaron a seguir moviéndose.

El descenso había terminado para mí. Era incapaz de andar. El desnivel hasta mi destino era de más de mil metros. El pequeño *sherpa* me cargó a su espalda. Me sentí avergonzado de los campesinos que salían a las calles a mirarnos. Cuando llegué a Katmandú, me pareció el Paraíso”.

26

Después de su humilde cena, el caminante cayó agotado sobre el jergón.

La luz de una lámpara proyectaba sombras macabras en la pared.

El cielo era un tapiz negro cubierto de diamantes.

Pensó que era la noche más hermosa de su vida.

Su última noche en la cima del mundo, y él era el rey.

Respiró hondo, cerró los ojos y susurró:

"Buenas noches mi amor, dondequiera que estés...".

# Yo, deportista

IAD 2012

Relatos  
seleccionados

## ÁRBOLES DEL NORTE

Carmen Pascual Badillo

*A José Antonio Aquesolo Ortiz, cuyo trabajo y diligencia fueron  
inspiración para muchos e indispensables para mí.*

Aproximadamente diez días antes de que Iciar lo abandonara, Jon Sagastibelza soñó que volvía a tener once años y vivía aún con sus padres en el viejo caserío de la montaña. En aquel sueño se soñó de nuevo niño, con ocho años, allí, en el bosque de sus juegos, refugiado junto a sus amigos de entonces en la cabaña oscura de la pandilla. Descalzo, como siempre pasaba los veranos. Sentado con los demás sobre los viejos cartones y escuchando a Iñaki mientras se frotaba los pies y una lluvia suave mojaba el bosque.

28

Y entonces, desde el árbol más alto, a treinta metros sobre el suelo, le dijo que la amaba. Que trepara hasta él y lo dejara todo atrás y abajo, en la civilización.

En las historias del Iñaki infantil, llenas de aventuras de piratas y de romanos, las mujeres apenas salían. Cinco años después, recordaba ahora Jon, salían siempre, y casi siempre semidesnudas. Pero en aquel sueño de selvas y *tarzanes*, Iñaki contó que Iciar trepaba a los árboles para llegar hasta él. Hasta el Jon niño, hasta el Jon hombre.

Cuando despertó, sonreía. Entonces no sabía que diez días después su vida se quebraría y no volvería a ser la misma.

La mañana de este domingo amaneció nublada, propicia para el campeonato. Afortunadamente había dormido de un tirón, a pesar de todo. Un rasgo heredado de su padre; aun después de los mayores disgustos podía dormir durante horas sin ningún problema. Se hizo un café mirando la cama vacía. Ella volvería a mediodía, a recoger sus cosas con ayuda de Iñaki. Sería la última vez, había dicho la noche anterior. Después ya no se verían más y los abogados se encargarían de todo.

Fue como si se hubiera cortado un pie encima del tronco. Como si le amputaran algo necesario, vital. Pero lo encajó con entereza. Ella le había avisado durante meses con sus gritos, sus lamentos, sus quejas continuas de aquella vida de trabajo y casa que ya no

soportaba. Él pensó que se le pasaría. Que ganarían algo más y podrían hacer otras cosas, quizá viajar. Por eso fueron a Palestina. Pero no se le pasó. Iciar quería cambiar de vida, y no quería que en esa nueva vida estuviera él. Eso era todo.

Jon recordó cómo se enamoraron.

Los presentó el propio Iñaki mujeriego. Iciar era hermana de una de sus novias ocasionales y salían en cuadrilla los sábados. Jon la conocía de vista, de cuando eran críos, y la recordaba corriendo con otras niñas por los prados del caserío. Él apenas salía por aquella época. Sus padres habían fallecido, no tenía hermanos, así que dejó de estudiar y continuó con las tareas del caserío. Cinco años de trabajo, de estudio y de lectura. Compró más animales y mejoró los procesos ganaderos, aumentando la producción de leche de forma exponencial. Ganaba dinero pero siempre lo volvía a invertir en las tierras. Los domingos entrenaba, mal que bien, en solitario o con la ayuda de Martín, un vecino y gran aficionado, que le hacía de enseñador, marcando con un alambre dónde dar el corte a los troncos de haya que le suministraba el propio Martín, dueño del monte cercano. Había mañanas de tres y cuatro troncos y le pagaba al vecino con la leña cortada y con la vidilla de los torneos.

Sólo se daba asueto en las fiestas de Asteasu y de los pueblos de alrededor, una vez acabado algún campeonato. Se juntaban los aizcolaris y los ganadores de las apuestas, y los segundos invitaban a todo el mundo, generalmente hasta terminarse el dinero. En realidad los únicos que ganaban eran los bares y las sidrerías de la zona.

La noche del sábado 23 de julio del año 2005 Jon conoció a Iciar. Llevaban saliendo dos semanas y ella ya le había contado lo mal que estaba en casa, con sus padres, a pesar de estar trabajando en la capital en una agencia de publicidad. Estaban sentados en uno de los bancos de un parque con frontón, entre edificios de los años sesenta, en el barrio donde ella vivía. Jon la había acompañado hasta su casa desde el baile de la plaza, y en ese momento estaban los dos solos en la noche calurosa de julio.

29

Él, descalzo, con un pie sobre el banco, se arrimaba a ella. Los zapatos estaban sobre la hierba. La abrazó fuerte con el brazo derecho y ella reposó su cabeza en su hombro desnudo. Vestía una camiseta de tirantes oscura que le daba un aspecto agresivo y fanfarrón. Sin embargo él no era así, y ella lo intuía. A ella le gustaban sus hombros torneados por el trabajo, por el deporte y por el sol. Le parecían cálidos y bellos. Le parecían las ramas de un árbol, fuerte y elástico a la vez, y ya se lo había dicho en un par de ocasiones, entre susurros.

–Me gustaría tomar las riendas de mi vida –dijo ella, y su frase, apenas otro susurro, sonó cerca de los oídos de él. Cerca de su corazón.

Jon le dio un beso lento y tranquilo tras la oreja. Ella se estremeció un instante y entonces él habló, en el mismo tono velado, acariciador.

–Te quiero libre, Iciar. No quiero ser el papá de nadie, excepto de mis hijos... –La miró a los ojos y luego añadió– : De nuestro hijos, si algún día los tenemos.

La besó de nuevo, despacio, suave tras las orejas...

–Y no quiero madres para mí, tampoco. Quiero que seas libre e independiente porque así es como te quiero. Quiero una compañera para el camino.



Ella lo miró ahora en lo profundo de los ojos oscuros. Lo besó en los labios y lo besó en el alma sin darse cuenta y sin pensar en nada, se sumergió en aquella mirada de miel que le recordaba la espesura del bosque por la que paseaba de pequeña, descalza como él, libre. Jon la recordaba con la cabeza alta, siempre mirando arriba, intentando atisbar un trocito de cielo entre las hojas de los árboles que abovedaban la floresta. Mirando arriba y ajena al camino, hasta que tropezaba y caía, y las hojas se enredaban en su pelo.

Él la miró enamorado.

–¿En qué piensas? –le preguntó mientras le besaba de nuevo su mejilla.

–Pienso en los árboles que cortas en los torneos –dijo ella con una sonrisa.

–¿Te gustan los árboles?

Ella sonrió de nuevo y le miró. Aquellos ojos... Ojos oscuros y hechiceros.

–Mucho –respondió–. Solo tengo miedo cuando no me dejan ver el bosque. Cuando no encuentro el camino bajo la hojarasca.

Él se retiró unos centímetros y miró su ojos verdes. La cogió con sus manos por las mejillas y la besó y le habló de los árboles de sus bosques que solo daban sombra, madera y cobijo. Le habló de caminos por senderos abiertos y de explorar. Lo que más le gustaba cuando era niño: explorar y abrir caminos.

Y el camino junto a Iciar había durado siete años, pensó frente a la taza de café. Una boda rápida, la luna de miel en Canarias, y la vuelta al caserío que ella se empeñó en remodelar y redecorar a su gusto. Incluida la cuadra del ganado. Un par de viajes, elegidos por ella, a Israel y a Malta. Y ahora se había acabado. Ya no era su *tarzán*.

30

Jon no dejó de darle vueltas a los porqués hasta que llegó al campo de fútbol local, donde se celebraba el torneo. Después se concentró en el campeonato. Aquella vez se jugaba mucho dinero, de su propio bolsillo, y había apostado por él mismo. Lo había pensado durante días hasta decidirse. Con el dinero que ganase podrían hacer un viaje de meses por lejanos países...

Aunque ahora ya no importase.

–¿Iciar no viene? –preguntó Martín.

–No.

–La vi anoche en el pub, con Iñaki y la cuadrilla, y no me dijo nada.

Jon no respondió.

–El Iñaki cada vez está más pijo –comentó Martín mirando los troncos. Desechó uno que tenía bastante nudo. Eran siete, de haya verde y de cincuenta pulgadas–. Anoche iba vestido todo de ante y con un palestino al cuello, como el de Iciar. Y no apostó por ti, además.

Jon no hizo caso. Eligió las hachas de 2,8 kg. Se sentía confiado, y a mayor peso, mayor fuerza del corte. De botillero se había apuntado el hijo de Martín y ya acarrea las hachas y las toallas hasta el primer tronco. Iría cambiando hachas según se fueran calentando. Había bastante público, quizá por la hora, poco antes del *vermouth*.



A las once comenzó el campeonato. Se quitó, como siempre, las alpargatas y subió al tronco sintiendo la textura del árbol bajo las plantas de sus pies. Era de los pocos que todavía cortaban descalzos, dando así mayor espectacularidad al torneo. Cuando el hacha bajaba con toda su fuerza y cortaba la madera tan cerca de sus dedos, mucha gente contenía el aliento. Y era un golpe tras otro.

Los primeros hachazos le ayudaron a desentumecer el cuerpo y luego ya era “poner el automático”, seguir el punto del enseñador con el hacha hasta terminar el corte y continuar con el siguiente tronco. Podía pensar en cualquier cosa mientras cortaba.

Los pensamientos volvieron con las preguntas. ¿Por qué ahora? ¿Por qué no quería esperar o intentar arreglar las cosas? Quizá hubiera otro hombre, pensó. Aunque ella lo negó la noche anterior. No hay nadie, dijo. Nunca ha habido nadie, repitió, como si quisiera herirlo con sus palabras. Pero a Jon las palabras nunca le habían herido. Terminó el primer tronco y subió rápido al segundo cambiando el hacha. Lo abrió al tercer hachazo y continuó hachando, con la mente en Iciar.

En el cuarto tronco se dio cuenta. Iñaki. Las cenas de chicas de los sábados en las que siempre aparecía Iñaki a última hora y Jon se enteraba días después, cuando bajaba al pueblo y se tomaba un café en la taberna. A Iñaki siempre le había gustado Iciar, y nunca lo había ocultado. Sus bromas siempre fueron un poco más allá del coqueteo, incluso con Jon delante. Y la *kufiyya*. Jon se la había regalado a Iciar en Palestina. Anoche la llevaba Iñaki. Golpeó con más fuerza. Supuso que Iciar, finalmente, había sucumbido a sus encantos. Siempre Iñaki, Iñaki, Iñaki.

Y entonces hachó como nunca lo había hecho antes. Hachó con saña, con odio, con una velocidad nunca vista antes en ningún torneo. El público aplaudió, comenzó a corear cada corte, jaleándole, y ya adelantaba en dos troncos a su rival. Iba a ganar. Iba a ganar afortunado en el juego... A él, cada corte le pareció una mutilación.

Terminó el torneo y se encontró inusitadamente fresco. Apenas le dolían los brazos. Se secó y sonrió a la gente. No le costó mucho. Seguía “en modo automático”. Luego de los abrazos, se acercó a Martín:

–Hoy me voy antes. Quédate y concreta las cosas y el dinero. Diles cualquier cosa.

Se duchó y se cambió en los vestuarios, y al salir vio al hijo de Martín guardando los arreos en el coche familiar. Él también hubiera podido tener hijos, pensó. Se acercó a él y le pidió una de las hachas, cualquiera que no se hubiera usado.

Después, con el hacha en el coche, en el asiento del conductor, volvió al caserío. Era la una y media del mediodía.

Iciar e Iñaki estarían allí.

## LAYSAN ALBATROSS

Laura Vinós Calero

Hoy, el viento hacía bien su trabajo. Soplando de popa, empujaba el velero como si de un barquito de papel se tratara. Había acabado de mandar a Lizz a revisar el aparejo. La brisa del mar revolvía los rebeldes mechones dorados de su cabello. No me había percatado hasta ahora de la cantidad de amor que profesaba a L. Albatross, el cariño con el que ajustaba las poleas de la vela, cada contacto con la cuidada madera, el brillo de sus ojos al manejar el timón, el claro esbozo de su sonrisa al zarpar, la satisfacción que la delataba cuando descubría que la había estado observando y no había agregado ningún comentario. Sí, esa era mi manera de hacerle saber que lo estaba haciendo bien. El sonido de las aves, normalmente situadas cerca de la costa, distrajo mi mente. Cada vez que navegábamos esas albatros, cuyas alas medían aproximadamente dos metros, se posaban a veces en la cubierta. La primera vez que subí al velero, una de ellas estaba allí, siendo una cría. Podría haber sido un manjar para los tiburones, pero aquel día me la llevé a casa y la cuidé hasta que supo volar. El velero lleva su nombre.

32

Normalmente, soy yo el que atraca en el puerto. Esta vez, dejé a Lizz. Lo tenía pensado antes de que me lanzase una de sus miradas caprichosas. Mi hermana se acercó al timón y posó ambas manos sobre él haciéndolo rodar hacia la derecha. Miraba sin parpadear al frente, como le había enseñado días atrás. Tuve que aceptar que lo manejaba muy bien, pero no se lo dije. Aunque, pensándolo bien, no era de extrañar que le gustase navegar. Desde pequeña la había invitado a participar en algunas competiciones entre los veleros de mis amigos y el nuestro. Siempre ganaba L. Albatross. El velero cruza por entre un sinfín de acorazados de la base militar de Pearl Harbor. En realidad, no vivimos aquí. Nos mudamos a California cuando mi hermana era todavía una mocosa de siete años que jugaba con una muñequita llamada Mariquita Pérez, que le regaló mi padre en un viaje que hizo a España hace un par de años. Solemos venir en vacaciones a ver a los abuelos.

Lizz está a punto de conducir el velero hasta el sitio que tenemos reservado para atracar. No ha dejado de mirar al frente; se la ve decidida. Lo ha conseguido.

Se da la vuelta y me da un enorme abrazo de oso, con una sonrisa de cumpleaños. Pocas veces la veo tan contenta, aunque es una joven realmente emotiva. A veces, parece que sigue teniendo doce años.

–Lo has conseguido –le susurro.

Lizz agita los brazos, da vueltas sobre sí misma, y no deja de saltar y aullar. Para un muchacho como yo de veintiún años, esto resulta patético, ridículo. Pero la comprendo cuando recuerdo la primera vez que yo conseguí atracar por primera vez este velero. Ya no era solo el olor a brisa marina y a sal, la arena arrastrada por el viento, cada movimiento del timón. Recuerdo que lo conseguí y cerré los ojos. Los volví a abrir, y deseé que nadie me pellizcase. Pensé que en aquel momento el mundo se había detenido. Sí, para mi realmente se detuvo. En aquel momento ni pestañear, después de abrir de nuevo mis ojos azules. Solo escuchaba los graznidos de las aves, y mi corazón palpitar hasta hacer retumbar los oídos. Sentía cada pulso como uno solo. Aquel recuerdo tan preciado jamás se irá de mi memoria, de eso estoy seguro.

Así que sé exactamente cómo se está sintiendo mi hermana. Orgullosa, capaz, feliz. Sé que no puede ni pensar "lo he conseguido". Me alegro de haber compartido este momento con ella. Lizz me besa en la mejilla y enciende la radio del velero. La guerra en el frente ruso dominaba las noticias, y los alemanes se hallaban luchando a temperaturas más bajas que quince grados bajo cero. Desde Washington, el secretario Hull esperaba la respuesta japonesa. La atención, según decían, se centraba en los movimientos de las tropas japonesas de Indochina. Frunzo el entrecejo y rezo por momentos para que Estados Unidos no entre en guerra.

Al llegar a casa, le he prometido a Lizz que la llevaría a Ford Island al anoecer. He pensado en acampar y cenar allí. A ella le ha entusiasmado la idea. Nada más llegar a casa, ya le ha pedido permiso a papá. Él, después de acceder, no ha dejado de mirarnos a ninguno de los dos con una sonrisa en la comisura de los labios, que dejaba entrever por debajo del bigote. Lizz y yo nos miramos sin saber bien qué hacer, hasta que recuerdo que hoy es día 6 de diciembre. Es el cumpleaños de mamá.

–¡Oh! –exclama Lizz. Ella también se ha dado cuenta en el acto, y desaparece por la puerta de la cocina.

Me dirijo al jardín. Allí está mamá, tendiendo la ropa limpia. La rodeo con ambos brazos por detrás y la estrecho contra mí.

–Ha sido papá, ¿a que sí? –La beso con suavidad en ambas mejillas y acto seguido me encojo de hombros. Mamá sonrío.

–Feliz cumpleaños –digo.

–Gracias –dice con retintín mientras se da la vuelta–. ¿Dónde habéis estado?

Vuelvo a encogerme de hombros.

–Dando una vuelta en el velero. Lizz ya sabe atracar en el puerto –anuncio orgulloso.

Mi madre me da un par de palmaditas en la espalda y me felicita. Mientras vuelvo a entrar en casa, he pensado que nos vendría bien a mí y a mi hermana evadirnos un poco de la guerra. Pensándolo bien, podríamos perfectamente pasar el día de mañana en Ford Island. Dormiríamos esta noche allí, desayunaríamos y pasaríamos la mañana allí. Quizás incluso la merienda. Después de comer, mis padres ya tienen las maletas hechas para irse. Lizz, los abuelos y yo salimos a despedirlos. Llega mi turno. Papá me estrecha la mano y me da un

pequeño abrazo, y eso que él no es muy efusivo. Lleva de la mano a mi madre, que me mira a la vez suplicante y con una amenaza en los ojos. Siempre esos ojos azules tan penetrantes, tan parecidos a los míos. Me aparta un mechón rebelde de la frente y me estrecha entre sus brazos mientras se pone de puntillas. Siento el perfume de su aliento, sus brazos agarrando mi cuello. Puedo imaginar cómo está cerrando los ojos tras mi espalda.

–Cuida de tu hermana, y de los abuelos. –Me hace prometerle.

Asiento mientras ella suspira y separa ambos brazos para volver a mirarme una última vez y subirse al coche. Desde la ventanilla papá conduce y mamá dice adiós con la mano.

Me acerco a Lizz. Su semblante está serio, pero esboza una media sonrisa cuando se la estrecho un par de veces. Nos dirigimos hacia la acogedora casa, pues aquí ya hace un frío que pela. Me pregunto si de verdad hoy es buen día para acampar en Ford Island, pero desecho esos pensamientos. Solo será una noche.

Son las siete de la tarde. Me encuentro haciendo la cena para los abuelos después de pedirles permiso para pasar la noche fuera con Lizz y el velero. Les he hecho arroz y he pensado en hacer unos tres bocadillos de queso y jamón york para envolverlos y meterlos en una mochila. Con eso y algún trocito de pastel bastará.

Mi hermana entra en la cocina y me anuncia que ya ha preparado el velero. No me ha dicho nada de que fuera a ir a prepararlo, así que tuerzo el gesto. Ya es casi de noche, y el cielo está bastante oscuro. Si se piensa que ella va a conducir el timón, está muy equivocada. Le cuelgo la mochila en la espalda y salgo fuera, al cobertizo, para coger los sacos de dormir y un par de cerillas. Ella me sigue para irnos unos instantes después al puerto.

Ya pisando el suelo de madera del velero, dejo las cosas en el suelo bien agarradas con cuerdas y me dispongo a hacer una revisión en general. Cada día mi hermana me sorprende más, porque también esta vez está todo en su sitio. La miro casi con tanta dulzura como la miré esta mañana y sé que voy a seguir sorprendiéndome con su actitud. Y es que yo sigo recordando a la jovencita caprichosa que entró hace unos tres años en el internado, y no la reconozco. Ha crecido mucho. De nuevo, vuelvo a pensar que está preocupada por nuestro padre. Pero, ¿cómo explicarle que la guerra es así, que incluso un joven de su edad podría pilotar un avión y soltar explosivos?

Desvió la mirada al suelo para que no me lea lo que pienso. Y es que yo también soy un libro abierto.

Cuando llegamos a Ford Island y preparamos los sacos, justo antes de cenar, son ya las nueve. Saco dos polares de la mochila que traía Lizz y le ofrezco uno. Nos sentamos en la arena de la playa a cenar. Ninguno de los dos pronuncia palabra. Creo que estamos a gusto, así, en silencio. Solo se escuchan las olas del mar rompiendo sobre las rocas, el sonido de las aves y cada respiración.

–¿Dan? –La miro. Tiene los labios y las manos entumecidos por el frío y la nariz y las mejillas sonrosadas. Por cada respiro, una bocanada de vaho sale despedida de sus labios. Su mirada de ojos verdes está perdida en el horizonte, observando, pero sin mirar realmente nada-. Creo que me he enamorado del velero.

Estallo en carcajadas, pero la comprendo. Ella ni siquiera vuelve la cabeza. Yo esbozo una sonrisa y asiento.

–Lo sé –respondo–. Me he dado cuenta.

Entonces ella recuesta su cabeza sobre mi pecho y exhala un largo suspiro. Observo sus largas pestañas sobre sus mejillas repletas de diminutas pecas, y los largos tirabuzones dorados desperdigados sobre mi polar. No sé cuanto tiempo ha pasado desde que se ha echado, pero me percató de que se ha dormido. Me recuerda a un ángel.

Siento mis párpados, que en pocos instantes estarán cerrados. Observo el cielo estrellado y acerco mi mejilla a la cabeza dorada de mi hermana, y es en ese momento cuando mis brazos se posan sobre su vientre, cuando el sueño me invade por completo.

Un albatros, uno de los muchos que rondan la costa y se posan sobre el agua salada, patinando en ella, se ha acercado a mí y me ha picoteado varias veces la nariz. Todavía no ha amanecido cuando, cinco minutos después, abro los ojos y me encuentro con una noche parecida a la anterior. Casi que no queda ninguna estrella. Lizz sigue durmiendo como una princesa, plácidamente sobre su saco, en la arena. Me desperezo y el olor a agua salada me recuerda que estoy sediento, y abro la mochila para encontrarme solamente con una garrafa de agua. Eso hace gruñir a mi estómago. Tendré que llegarme a la ciudad a por el desayuno antes de que mi hermana despierte. Diviso mi reloj cerca del saco y miro la hora. Sorprendido, leo las seis de la mañana. Afortunadamente, tengo tiempo más que suficiente como para despertar a mi hermana con un magnífico desayuno. Recojo la mochila y me alejo de la orilla en el velero, esperanzado en que Lizz no se despierte hasta que vuelva.

35

Al llegar, meto en la mochila leche condensada y unos dos pedazos del bizcocho del día anterior. Vuelvo a subir al velero. Los reflejos de luz invaden las sombras de regreso a la playa. Poco a poco, gana lugar entre ellas, envolviéndolo todo. Es un viejo pintor que con su invisible pincel da lugar a los tonos, un poema que la luz canta suavemente, en su esencia. Y el mar aparece ante mí, en un armonioso recorrido de varios matices. Y la esbelta vela de mi velero, desafiando al viento esta vez. Y allí, entre tanta belleza, es cuando lo oigo. El sonido de aviones, que arrebató todo lo demás, incluso la clara pureza de la aurora.

Cortantes, heladas gotas de lluvia muerden mi piel expuesta. El creciente sol está tratando de romper a través de la penumbra. Cañonazos rompen a través de la niebla y uno de los acorazados, situado cerca del velero, explota. Los gritos rasgan el aire cuando una segunda ronda desde el cielo acaba con uno de los aviones de la base. Después de aquello, el poco sentido del orden que queda se deshace. Gente gritando, gente sangrando, gente muerta flotando en el mar. Puedo sentir el tic tac del reloj de pulsera en la distancia, pero me detengo tan sólo unos minutos para atracar a unos diez metros de la playa. Me tiro al mar sin pensarlo dos veces y nado hasta llegar a la orilla. Y es en aquel momento cuando espero entrever el cuerpo de mi hermana echado sobre el saco, y un charco de sangre bañando su rostro. Tengo un momento de pánico y me encuentro sin mediar sonido alguno, buscando algún rastro suyo en la arena, pero me percató de que el saco está vacío. Me arrodillo y lo golpeo sin saber bien qué hacer, sintiendo una especie de desesperación levantándose en mí, hasta que alguien tira de mi polar hacia atrás.



Envuelvo mis brazos alrededor de su cintura, atrayéndola hacia mí, siento su rostro bañado en lágrimas gritando en mi oído. Miles de momentos surgen a través de mi. Beso su mejilla, su nariz, ambas manos. Compruebo que no esté herida. Abrocho los botones de su polar mientras mis dedos tiemblan y la cojo en brazos, cruzando la arena dentro del frígido aire. Hago rechinar mis dientes y corro como puedo dentro del mar, empujando a los cuerpos inertes, mis pies escabulléndose entre el agua cubierta de sangre espesa, desafiando cada ola que me empujaba hacia atrás. Resbalo dos veces antes de llegar a la cubierta. Cojo en hombros a Lizz, quien se agarra con uña y carne para no caer, y la impulso hacia arriba.

Ya subidos, el viento azota nuestros rostros, pero no bloquea el sonido de otro bombardeo. Negras formas se arrastran por las sombras, silenciando a quien sea que haya sobrevivido a la caída. Y es en entonces cuando la popa de nuestro velero estalla. Lizz apenas ha conseguido llegar al timón y maniobrar para sacar el velero del baño de sangre. Jadeando, temblando, me deslizo y agarro mi mano a la vela para sujetarme y un grito estrangulado sale de mi garganta. Lizz se vuelve, y encuentra mis ojos a unos metros de distancia. Detrás de mí solo hay mar y trozos de madera flotando. Me articula algo con la boca que yo no puedo descifrar. Niego con la cabeza para indicarle mi confusión. Corre hacia mí y coloca sus brazos en mi espalda, mientras observo cómo pequeñas lágrimas cubren su rostro, sus mejillas, nariz y labios sonrosados por el frío del amanecer. Centenares de paracaídas llueven sobre nosotros y veinte de ellos explotan simultáneamente a unos cincuenta metros de nuestra posición. En menos de un minuto, todo el mundo está muerto. Lizz me arrastra hasta el timón como puede. Unos instantes después, ha soltado amarras como le enseñé y estamos navegando entre un mar rojo repleto de cuerpos atrapados en medio de llamaradas de fuego, refugiados, desarmados, desorientados y muchos de ellos heridos.

La niebla dificultaba mi visión, o eso creía. Cada vez más, la sangre escarlata sobre el mar se iba pareciendo más a una mancha oscura en un panorama gris. Cada vez más, los dorados tirabuzones de mi hermana se iban perdiendo en la oscuridad, al igual que el ardiente sol que me quemaba. La vela de nuestro velero siguió blanca, tan pura y tan leal que supe que no nos iba a abandonar, aunque ya apenas quedase nada de barco. La madera pulida, resquebrajada, era devorada por la marea del mar. El horrible paisaje se convirtió en un completo desorden de blancos y negros, borrosos, lejanos.

–Lizz... –susurré entre tanto dolor.

Y fue en aquel momento cuando me di cuenta de que apenas me quedaban momentos para seguir consciente. Lo último que pude ver, entre tantos gritos desgarradores, entre cada muerte, fue que Lizz había conseguido atracar en la orilla. Ella se giró y corrió hacia mí. Sé que me llamaba sin cesar, lo sentía, aunque mis ojos se hubiesen cerrado para siempre. Sentía su mejilla apoyada sobre la mía y su corazón latiendo junto al mío. El calor que emanaba su cuerpo. Sí, repetía mi nombre, y sé que lo seguiría repitiendo pasara lo que pasara. Esbozo una sonrisa. Nuestros momentos con L. Albatross nos ha hecho aprender muchas cosas. Cosas más importantes que manejarlo.

## Epílogo

La voz a la que estoy acostumbrado no deja de susurrarme "adelante". Aunque, después de dos años, no recuerdo que haya una sola vez que no me lo haya dicho. Yo no la noto diferente, aunque supongo que habrá cambiado, al igual que ella. Y es que yo recuerdo a mi hermana pequeña, con esos rizos rubios, unos grandes ojos aguamar... Y en invierno, con esa nariz tan colorada.

También recuerdo aquel día, y cómo logró salvarnos a los dos. Cómo agarró ambos timones, uno de ellos mi existencia, otro hecho de madera. Cómo nos arrastró hasta la orilla, aunque los dos estuviéramos heridos.

La isla ha sido prácticamente destruida. Todo cuanto amábamos de Pearl Harbor ha desaparecido sin dejar ningún rastro. Hasta el mar es diferente para mí, solo recordando aquellos momentos imborrables, aquellos cuerpos sin vida flotando. Ya no es lo mismo sumergirse bajo sus aguas.

–Adelante. –La escucho decir–. Ya hemos llegado.

Noto su palma de la mano cogiendo mi muñeca y tirando hacia arriba.

Ya hemos llegado, me repito.

¿Cómo olvidarlo? Incluso ciego, incluso cuando han pasado ya dos años, yo todavía lo recuerdo.

Lo recuerdo porque es algo que he aprendido, vivido y enseñado. Porque sé que es algo que forma parte de mí. Y es que es ahora cuando me doy cuenta de lo mucho que lo he echado de menos. De que esos días de viento, yo añoraba algo, algo que sé que si no está conmigo, no soy yo.

El crujir de la madera bajo mis pasos. El tacto de la barandilla. La textura de la vela, tan blanca como las alas de las aves que graznaban cerca. Mis manos. Ambas manos sobre el timón, sobre el corazón del barco. Sin pensarlo, busco a tientas los amarres y apoyo ambas manos con cuidado, escuchando las olas bajo mi rostro, y los suelto. Vuelvo, despacito, al timón. Sé que Lizz está a mi lado para cogerme si me caigo y no encuentro apoyo alguno. Pero... ella también lo sabe. Es algo que jamás olvidas, por muchos años que pasen, que recuerdas siempre. Es algo, que, como dije antes, llevas en el corazón. Y no se olvida, como no se olvida el nombre de un hermano.

Respiro el aire, la brisa marina entra en mis pulmones. Así es como me siento. Vivo, otra vez. Y allí cuando suspiro, y su nombre escapa entre mis labios.

–Laysan Albatross.

*El recuerdo es el único paraíso del cual no podemos ser expulsados. Jamás el tacto de la vela será olvidado*

## VIDA

Violeta Martínez Alcañiz

Desconocía qué tiempo hacía fuera. Tal vez la luz natural aún inundase las calles, pero, quizá, el día había comenzado ya a cerrar sus párpados. ¿Importaba demasiado? ¿Cambiaba eso acaso el desafío que me planteaba la vida? Afuera podía estar diluviando; el mundo, descomponiéndose. O podía ser el día más resplandeciente de toda la primavera. Daba igual, de cualquier manera, porque yo estaba cobijado dentro de aquella burbuja que, de un tiempo a esta parte, me había parecido tan amplia, y que, sin embargo, ahora parecía amenazar con asfixiarme. En cualquier caso, resolví que era mejor estar a resguardo que a la intemperie, que la carrera sería más sencilla, que la pista ya albergaría demasiados obstáculos de por sí... como para que a las nubes les diera por derretir carámbanos de hielo sobre nosotros, por poner un ejemplo.

Estaba nervioso. ¿Lo estaba? Me hacía las preguntas típicas de un neófito en la materia: ¿Habría comido bien? ¿Estaba lo suficientemente descansado? ¿Habría seguido un entrenamiento adecuado? ¿Y si mis esfínteres no soportaban la presión? ¿Y si la presión se desviaba hacia otro punto? ¡Oh, Dios mío, que aquella espera agonizante acabara cuanto antes! Qué curioso que el tiempo, que es una ciencia exacta, pueda medirse con tanta relatividad. Como todas las cosas que los seres humanos miramos, decimos, observamos, pensamos, recordamos. ¿Acaso hay algo que en manos del hombre no se vuelva inestable, subjetivo, amorfo, mudable... indeterminado? En esas cavilaciones estaba cuando caí en la cuenta de que no había acudido allí a filosofar, sino a protagonizar la competición más importante de mi vida. ¡Y aún no había calentado! Toda una irresponsabilidad por mi parte. Podrían llamarme en cualquier momento, dar el pistoletazo de salida, y ya no habría marcha atrás. Tendría que empujar mi aliento con el cuerpo y el alma, entregarme hasta el último hálito, sorbo de mi esencia, como si en esta lucha contra el crono me fuera la vida. Porque, de hecho, de eso se trataba. De eso se había tratado siempre, desde que comenzó esta aventura. Debía conseguirlo. Quería conseguirlo. Pero, ¿podría conseguirlo?

De pronto, ocurrió. Escuchaba gritos ausentes, muy lejanos, como si estuvieran vedados a mis oídos. Tenía la sensación de que algún tipo de barrera insonorizada parcialmente me privaba de oír los vítores que los allí presentes, de buen seguro, estarían lanzando a voz en grito. Por fortuna, algún espíritu interior tiraba de mí con fuerza. Comenzaba por ser más sencillo de lo que había imaginado. La atmósfera era espesa, caliente, viscosa... pero yo aún no necesitaba respirar. Tenía más oxígeno del que necesitaba. Estaba pletórico, estaba

exhausto. Visualizaba, con gran claridad a pesar de la oscuridad reinante, la calle por la cual debía continuar en línea recta. No veía a nadie a mi alrededor, lo cual quería decir que los aventajaba, que lo estaba logrando, a pesar de que hacía solamente unos minutos me hubiera parecido del todo imposible siquiera levantarme. En condiciones extremas, el ser humano es capaz de llevar a cabo los más maravillosos milagros. Estaba experimentando una sacudida de adrenalina tan fuerte que apenas era capaz de controlar las extrasístoles a las que se vio sometido mi corazón. Imposible siquiera gritar, reír o llorar. Aún no. Mis ojos se abrieron por primera vez, pero no se acostumbraban a aquella atmósfera tan tenebrosa. Había algo en el ambiente que me incitaba a abandonar aquel inmenso carril de una vez por todas. Mis brazos no alcanzaban a tocar nada. Un sudor frío me recorría todo el cuerpo y, cual aguja que cose el hilo a su tela, iba dejando un reguero a su paso que permanecía anclado en mi piel. Notaba mis extremidades entumecidas porque cada vez hacía más frío, pero, al mismo tiempo, sentí una especie de alivio al observar luz al final de aquel túnel. Qué bálsamo para mis sentidos. Por un momento, casi había tenido la sensación de que todo terminaba, de que todo había sido una broma macabra del destino, de que no estaba compitiendo por la victoria, sino por la derrota. Era una sensación extraña, como si un gran lastre me fuera dejando a medida que avanzaba, como si me vaciara por completo mientras, a velocidad de vértigo, me dirigía hacia aquella luz. Volvía a tener algo a lo que aferrarme, algo por lo que luchar. Debía conseguir llegar hasta ese final y que siempre volviera a ser de día, porque esta oscuridad mental comenzaba a cansarme, a exasperarme de una manera inexplicable. No soportaba más este clima tan corrupto, tan irrespirable. Quería salir de la burbuja. Necesitaba con urgencia el aire, pero, por algún motivo, el tiempo volvía a ralentizarse y mis movimientos se volvieron torpes. No existía espacio entre la vida y la muerte. No, no existe. Porque son la misma cosa. Porque uno se puede morir muchas veces mientras vive y porque hay vida después de la muerte. Porque llevo en mí el alma de otros muchos que pasaron por el mundo antes que yo. De ahí que soñemos con desconocidos, en lugares donde nunca antes hemos estado, que tengamos la sensación de haber hecho una misma cosa antes. Sí, estoy convencido. Tal vez, en otra vida, fui Chopin, pero mis padres no dejarán que reciba lecciones de piano... Aunque amaré la música. Qué crueldad. ¿Quién dirige nuestro destino? Aquí estoy, cada vez más cerca, pero aún no puedo ver nada.

Mamá estará sufriendo, a su manera. Papá, a la suya. Cada uno en su papel. Me estarán animando a conseguirlo. Puedo notar sus vibraciones, su fuerte deseo de que estire la cabeza para cruzar el primero la línea de llegada. Mamá con la cara desencajada por el esfuerzo de empujar de mí desde una distancia insalvable. Papá, todavía sorprendido por lo que ve, llorando de felicidad infinita, honesta, con la gratitud grabada en el rostro. Todo ha ido bien. Mi mirada se está acostumbrando a esta nueva luz, artificial, blanquecina, pura... Sí, soy puro otra vez. He atravesado este tramo oscuro, este túnel, para sentirme rejuvenecido de nuevo. Me he despojado de todo recuerdo anterior y me he enfrentado, de nuevo, al reto más importante de toda persona. Qué distinto se ve todo desde otros ojos, aunque las cosas sigan siendo las mismas que uno acaba de dejar solo unos instantes antes. Eran los ojos de la victoria, del que ha llegado a la meta intacto, aunque cubierto de sangre y barro por el esfuerzo titánico de acabar. Ya estaba hecho. Todo mi cuerpo había traspasado esa línea delgada que marca el fin y, de nuevo, mis pulmones se hinchieron de aire. Qué sensación tan

# Yo, deportista

agradable volver a respirar. Unos cálidos brazos me sujetaron para que no desfalleciera. Sentí ganas, muchas ganas de llorar. Estaba emocionado, excitado, pletórico. Lo había logrado, y ya no importaba haber sido el primero, el último o el único. El premio era el mismo para todos. Había conquistado el trofeo más preciado del ser humano: la vida, absoluta y segura, mía para siempre.



## RECUERDOS, BOCETOS POR FINALIZAR (INFANCIA Y ADOLESCENCIA)...

Jesús España Rodríguez

...aún lo recuerdo con claridad, la memoria remota que la llaman: allí, hundido en el cuerpo de mi madre, ofreciendo una ridícula escena a los policías, que se preguntaban cómo aquel gigantón rubio de un metro noventa podía estar reprimiendo (intentaba ocultarlo pero era evidente) las lágrimas parapetado tras aquella mujer rubia de ojos zarcos. Aquel gigantón era un simple niño de doce años, bendecido (¿?) por la genética, vástago de un padre ciclópeo campeón de cuatro medallas de oro olímpicas. Mamá solo tenía dos...

...saltando de mi asiento, así me recuerdo esta vez. Mi padre gritando, escupiendo obscenidades (cosas que entonces yo no entendía) y maldiciendo entre carcajadas. Lo recuerdo elevándome como un pelele sobre su cabeza, sentándome puntualmente en sus hombros. Recuerdo las indicaciones, el gigantesco dedo de mi padre señalando a los jugadores, describiéndome la trayectoria del disco y susurrándome al oído "...este es mi deporte favorito, el que siempre quise practicar...", "...pero cómo iba a moverse con esa soltura un grandullón como yo...", "...este es nuestro deporte, el que inventamos nosotros en la batalla del lago, el que inventamos nosotros y no los canadienses...", "...esto en lo que somos tan grandes...". Pero sobre todo, más incluso que aquella descontrolada alegría de mi padre, lo que recuerdo más claramente de aquel día es esa mancha, la que dejó impresa ese chico al que empotraron, a escasos centímetros de nosotros, contra el cristal que nos "protegía" del juego: los cabellos enredados después de que el casco saliera despedido, la ceja macerada, el líquido rojo... la sangre que dejó salpicada en la superficie transparente. Un pegote granate que chorreó unos segundos hasta que decidió pararse. Una mancha, un rudimentario monigote de cuya panza se extendían tres brazos, tres tentáculos desiguales. La forma con la que tuve que convivir mientras veía lo que quedaba de partido (a veces tapando la cabeza de algún jugador, otras sustituyendo la portería) y que hizo que me acabara doliendo el cuello de tanto girar la cabeza para evitarla. Aquella mancha que me ha acompañado en la mente durante tantos años. Un "pedazo" de sangre es lo que mejor recuerdo del primer partido de hockey que presencié en mi vida...

...la vi llegar. Caminaba aparentemente distraída, obviando a la multitud mientras miraba al lago. Llevaba los patines al cuello (los cordones anudados) y el acero de los mismos emitía destellos intermitentes. Uno de ellos me cegó. La perdí de vista unos segundos y cuando recobré la visión la encontré a mis pies, sentada sobre la nieve desprendiéndose de sus botas.

“No se te ocurra acercarte al hielo, atontado”, me dijo, en ruso, desde el suelo, mientras luchaba por introducirse el nuevo calzado. Obedecí la orden sin rechistar: con mi nuevo contrato solo me ponía los patines para entrenar o para los partidos y habría sido temerario jugarme una lesión metiéndome en un lago lleno de niños recién salidos del parvulario. La ayudé a levantarse y la acompañé unos metros hasta que estuvo de pie sobre el hielo. No se giró para mirarme, dio un paso y se deslizó suavemente, desapareciendo entre la muchedumbre. La volví a perder de vista por unos segundos hasta que pude localizar su cabeza, erguida marcialmente sobre la de una multitud de niños y adolescentes y de madres preocupadas. Se movía despacio, con las manos a la espalda, cambiando de dirección arbitrariamente (la mayoría de las veces) o necesariamente para eludir a algún chiquillo despistado. En uno de esos lances el niño en cuestión apareció de la nada, pude verlo desde la “orilla”, y se abalanzó sobre sus pies. Saltó in extremis para no arrollarlo, pero al intentar aterrizar la recepción fue defectuosa y acabó sentada sobre la superficie helada. El niño causante del accidente huyó aterrorizado pero el resto, la mayoría de los que quedaban sobre el lago y presenciaron el incidente, comenzó a reírse. Desde la orilla tuve que morderme la lengua y bloquear las piernas para no saltar a la pista, aunque ello enloqueciera a ese excéntrico empresario canadiense al que yo aún no conocía y que supuestamente era mi jefe, y sacarla en volandas de allí, alejándola de aquellas burdas risotadas. Cuando ya casi no podía contenerme, algo me relajó. Ella empezó a reírse. Allí, sentada de culo y con las piernas cómicamente abiertas, aquella mujer comenzó a reírse a carcajadas. Seguía haciéndolo mientras se levantaba torpemente. Continuaba mientras se frotaba las pantorrillas con los guantes y mientras volvía a coger velocidad sobre los patines. Reía, aún, mientras patinaba sobre una sola pierna. Su rostro se contuvo cuando, deslizándose aún por el centro de la pista, cambió la posición del cuerpo y, con un elegante giro, comenzó a patinar de espaldas. Se había hecho el silencio y los niños, ahora, observaban atónitos los movimientos de aquella mujer rubia cuarentona. Ellos no sabían lo que se avecinaba pero yo sí. Lo había visto, de hecho, cientos de veces: la mujer flexionó la pierna de apoyo, saltó hacia atrás y, tras efectuar tres giros sobre sí misma en el aire, cayó sobre el mismo patín con el que se había impulsado. Un triple salto. Tras la pirueta, la mujer rubia se frenó en seco y, después de dedicar a los espectadores una reverencia, volvió a reír inocentemente. La muchedumbre (aquellos niños, sus hermanos adolescentes, los padres y madres) comenzó a ovacionarla y yo, contagiado por la emoción reinante, los imité: aplaudí con lágrimas en los ojos. Aquella tarde, allí, en aquel lago canadiense, fue la última vez que alguien vio un salto de María Orlenko, dos veces campeona olímpica de patinaje. Aquella fue, aquella tarde en aquel insignificante y desconocido lago canadiense, la última vez que vi a mi madre sobre unos patines...

...“entonces, te gusta el hockey chico”, así se ganaba mi confianza aquel tipo de Langley. Era la primera vez que veía a un “espía”, a uno americano, quiero decir. No los imaginaba así: era negro, extremadamente gordo y tenía mucha caspa. Aquel tipo hacía de niñera. Mientras mamá y papá eran interrogados en una habitación, a mí me agasajaban los tipos de la CIA. Me servían donuts, me traían revistas y me daban palmaditas en la espalda. “Las chicas americanas se volverán locas contigo...”, mi amigo seborreico me guiñaba un ojo mientras asentía con la cabeza. Llegué a creérmelo. Ahora doy las gracias a aquel cretino. Su

convicción de que mi exotismo me reportaría innumerables conquistas femeninas en mi “nueva vida” americana me hizo más cortas (se las hizo más cortas a un adolescente de hormonas incontroladas) las doce horas que pasé en aquel aeropuerto. Aún hoy me sorprende que toda aquella gente hablara ruso con soltura, incluso había compatriotas en plantilla. El individuo que sustituyó al gordo al mediodía, mi nueva niñera, era de San Petersburgo. Solo me dijo eso, su nombre, se llamaba Iván, y que, como a mí, le gustaba el hockey. Me preguntó que cuál era mi jugador favorito. Le dije que era Vladislav Tretiak, portero del CSK de Moscú. Antes de irse ordenó que me trajeran una televisión. La ABC emitía la final de hockey de los Juegos entre la Unión Soviética y Estados Unidos. En ese momento ganábamos por dos a uno y asediábamos la portería norteamericana. “Te aconsejo que no te pierdas el partido”, me dijo Iván. “Es imposible. Es imposible que nos ganen. Lo sabes, somos los mejores... y tenemos a Tretiak”, respondí. Iván me miró con los ojos incipientemente llorosos: “...las cosas empiezan a cambiar, eres tú el que no lo sabe”, me dijo. Se marchó sin despedirse. La chillona voz del comentarista me hizo apartar la vista de la espalda de Iván y centrar mi atención, de nuevo, en la televisión. Estados Unidos acababa de empatar a dos. En la repetición pude ver que Tretiak, nuestro portero, rechazaba el disco y prácticamente regalaba el empate a los yanquis. Esa noche, horas más tarde, supe que el partido había sido emitido en diferido...

...en casa reinaba un ambiente de fiesta aquel día. Estaban allí todos los hermanos de papá, los abuelos (paternos, los maternos habían muerto), innumerables primos y la tita Julia, única hermana con vida de mamá. Habíamos preparado ensaladas de col y remolacha, sopa, patatas rellenas y blinis. El tío Nicolai había ido a por el periódico. Cuando volvió, nada más cruzar el umbral de la puerta, lo sujetó con ambas manos frente a su cara ofreciéndonos la portada: Boris Orlenko, el teniente de oro. Papá era portada del *Pravda*. La gaceta volaba de una mano a otra. Todos la agarraban unos segundos, leían rápidamente y prorrumpan en vítores. Gritaban “¡Viva Boris!”, o abrazaban a mi abuelo, Boris padre, el cazador que enseñó a tirar a papá, al que también hacía alusión la publicación. Mis tíos, Nicolai y Daniel, levantaron en vilo a papá y empezaron a mantearlo. La corpulencia de todos los miembros de mi familia paterna era evidente, ninguno de los varones Orlenko bajaba del metro noventa, pero también era importante la cantidad de vodka que se había ingerido aquella tarde. Mis ebrios tíos no calcularon la trayectoria del cuerpo de papá en una de las subidas y, ante la horrorizada mirada de mi madre, lanzaron a mi padre hacia una de las vitrinas. El estruendo del golpe silenció a todos los presentes. El mueble comenzó a temblar haciendo trepidar, a su vez, todos los platos, marcos de fotos y jarrones que soportaba. Tras unos segundos de tensión, aquel monstruo de madera se calmó. Mi padre, revolcándose por la alfombra, fue el primero que empezó a reír. Varios primos míos se lanzaron sobre él. La algarabía sucedió al amago de catástrofe: mis tíos siguieron lanzando alaridos mientras abrían más botellas de vodka. Mi madre, sentada en un sofá mientras su hermana la consolaba, se agarraba el pecho arrepintiéndose de haber metido a todos aquellos cosacos de imitación en su casa. Abandonado en un rincón del salón, arrugado y empapado en alcohol, encontré el *Pravda*. Me hice con él, lo planché aceleradamente y me dirigí a la cocina a leerlo. El reportaje dedicado a papá se encontraba en la parte central, tras la sección de Historia y justo antes de la de Cultura. Lo llamaban *el teniente de oro, el cazador infalible, la*

*locomotora...* imposible olvidar cualquiera de aquellos sobrenombres. El artículo incluía dos fotografías: una de papá en el podio mostrando la medalla y otra de él portando uniforme y esquíes a la espalda. Mi padre era teniente del ejército en la unidad de alta montaña. Un golpe seco me hizo saltar de la silla. “Creo que estamos perdiendo el control...”, papá me despeinó cariñosamente y me besó en la coronilla. Se sentó a mi lado y empezó a mirar el periódico mientras yo acababa de leer. “¿Has visto la página anterior, la sección de Historia?”, me dijo. Interrumpí la lectura y busqué dicha página. Hablaban de Aleksander Nevski y de su victoria en la Batalla del lago Peipus. Ambos sonreímos, en silencio, acompañados por los cánticos que provenían del salón...

...durante mucho tiempo sólo conocí aquella versión de la historia, la que yo escuchaba en la cama, protegido de los Caballeros Portaespadas tras mis sábanas. En ella los rusos, escasos y jóvenes, esperaban sobre el hielo el ataque de los Caballeros de la Orden Teutónica. Éstos, monstruos de acero, iban fuertemente armados: portaban cota de mallas y esgrimían gigantescas espadas. El equipo del enemigo lo hacía prácticamente invulnerable pero, hecho decisivo a la postre, ralentizaba extraordinariamente sus movimientos. La embestida se produjo finalmente: los teutónicos (también sus aliados finlandeses, daneses y estonios) se lanzaron en formación de ariete contra los nuestros, en un intento de destrozarnos con un solo movimiento sus líneas. La maniobra rusa, genial la mente de nuestro “capitán” Aleksander, sorprendió a los atacantes: las líneas se abrieron rápidamente y envolvieron al enemigo, atacándolo por los flancos. “Entonces les demostramos que allí éramos los mejores... ya éramos los mejores...”. Los soldados rusos, con un equipamiento liviano pero mucho más ágiles, se abalanzaron contra los “alemanes” con fiereza. Los rodeaban en cuestión de segundos, movían sus espadas con rapidez y, cuando los monstruos de acero aún estaban levantando sus pesados mandobles, conseguían introducir los hierros entre los resquicios de las cotas de mallas o buscaban los huecos desnudos de las rodillas destrozando cartílagos. Los nuestros observaron a los pocos contrincantes supervivientes huir a la desbandada. Vieron cómo sus pesados cuerpos rompían el hielo bajo sus pies para, tras unos segundos de retorcidos movimientos, desaparecer para siempre. “El fondo del lago estaría lleno de trozos de armadura oxidada durante toda la eternidad. Los nuestros volvieron a casa deslizándose, casi levitando sobre la superficie helada. Habíamos nacido para combatir sobre el hielo. Como ahora. Tienes en tus genes ese poder bestial, ese don que te concedió la sangre de los Caballeros que salpicó a tus ancestros. El regalo de ser el más rápido sobre dos trozos de acero...”. Durante mucho tiempo así era como mi padre me hacía dormir. Esas palabras (la cadencia misma del relato, su estudiada musicalidad) resuenan aún en mi mente, ya anciana y derrotada, cuando cada noche cierro los ojos preguntándome si volveré a abrirlos a la mañana siguiente...

Max Orlenko  
(1968– ¿?)

## MIEDO

Borja Molero Baselga

–Soy un jodido imbécil. –El eco resuena en las paredes de baldosa blanca del vestuario, y la escena parece aún más absurda. De todas formas, lo vuelvo a decir en voz alta, me gusta como suena–. Soy un completo y jodido imbécil.

Estoy sentado, con la cabeza apoyada en las manos y los codos en las rodillas, mirando al suelo.

Tengo miedo, llevo semanas diciéndome a mí mismo que soy guerrero, pero ahora, el guerrero está acojonado, buscando cualquier excusa moral para salir por piernas de ese polideportivo de mierda.

Me miro las manos y están temblando, las llevo vendadas, listas para colocar las guantillas encima, cierro los puños y me miro los nudillos, ya no parecen tan amenazantes como en los entrenamientos, tengo miedo de que cuando mi puño impacte en el oponente (si es que lo consigo) descubra de repente que no tengo fuerza, que apenas pueda acariciarle el mentón, y entonces todo el mundo se ría de mí, seguramente él bajará la guardia, y humillante me permitirá darle unos cuantos no-golpes más, intentaré soltar alguna patada, pero mis piernas pesarán mucho, y entonces me hará besar la lona, y el público enloquecerá, y yo lo veré todo desde el suelo, antes de cerrar los ojos para siempre.

Casi grito como una niña asustada cuando alguien llama a la puerta, entra mi entrenador y me siento aún más ridículo que antes.

Y de repente, tengo diez años, soy un niño gordo que ve a los demás pasar veloces con la bicicleta desde la ventana de la biblioteca, me gusta leer, y me dan miedo las bicis, pero me gustaría sentirme valiente como ellos, me gustaría no tener miedo, me gustaría poder montar en bici y sin poner las manos en el manillar y hacer gestos de triunfo con sonrisa de suficiencia, me gustaría no ser un niño gordo en una biblioteca.

–¿Estás listo?

–¿Lo estoy?

Yo mismo no estoy muy seguro de si estoy preguntando o afirmando, creo que mi entrenador tampoco lo sabe muy bien, así que simplemente me dice:

–Te quedan cinco minutos.



Y entonces me siento como un reo condenado a muerte, intentando inhalar sus últimas bocanadas de maravilloso aire.

Ahora estoy besando a una chica, es increíble, es perfecta, es la más mujer entre todas las mujeres, como si Dios, la hubiera creado expresamente para mí en compensación por tantos años de sufrimiento. Y entonces la chica está en el suelo, la lluvia está cayendo, y yo estoy llorando. Y yo soy un niño llorando, y a la vez soy un adulto llorando, estoy en un funeral, y estoy en otro.

Me pongo en pie y empiezo a mover los músculos, empiezo a bailotear de una manera algo ridícula, la adrenalina está haciendo de las suyas, me doy palmadas en la cara, imagino una arenga, intentando enterrar el miedo en capas de euforia, en mi cabeza suena música, o al menos eso creo.

Puede que sonara la misma música que sonaba en mi cabeza cuando me dirigía tembloroso a un gimnasio por primera vez, puede que fuera la misma música que sonaba mientras desnudaba a Laura en la parte trasera del coche, ¿De cuántas canciones se compone la banda sonora de una persona?

Tengo ganas de golpear algo, de golpear a alguien, tengo ganas de aplastarle la cabeza a alguien, es una sensación que me viene muy a menudo, tenía ganas de matar a los matones del instituto cuando me llamaban gordo o me tiraban comida, tenía ganas de matar a mi padre, y tuve ganas de matarme a mí mismo durante mucho tiempo.

El fantasma de Laura me mira desde la distancia, me acaricia, tengo ganas de hacerle el amor, tengo ganas de cogerla de la mano y largarme de aquí, tengo ganas de ganar el combate por ella, tengo ganas de verla entre el público, tengo ganas de que vuelva a abrazarme.

Y entonces vuelvo a ser un niño gordo y estoy en el funeral de mi padre, tengo los puños apretados, mi madre está muy serena, y yo soy un niño, pero en el fondo estoy contento porque mi padre esté muerto, y no sé muy bien si eso me convierte en mala persona, solo sé que no quería que ese hijoputa volviera a ponerle una mano encima a mi hermosa madre.

Cuando empecé a entrenar, me imaginaba la cara de mi padre en el saco, en las manoplas de golpeo, en la propia cara de mis compañeros de *sparring*.

La puerta vuelve a sonar, Emilio abre la puerta, y me dice:

–Vamos, te toca.

Doy unos cuantos saltitos en el sitio, me palmeó en la cara un poco más, y le sigo.

Oigo a la gente, oigo la música, todo está tan jodidamente alto que me da a la impresión de que no escucho ni mis propios pensamientos.

Justo a la salida de los vestuarios, están mi segundo entrenador y dos compañeros. Nos ponemos en fila india, y creo que por megafonía dicen mi nombre y mi equipo mientras avanzamos hacia el ring, que en realidad es una jaula, forma parte del encanto del deporte, es como su sello de identidad.

Voy pasando alrededor de la gente, me tocan, me dan ánimos, despistadamente choco alguna mano, aunque la verdad es que no tengo muy claro de a quién, me parece ver a Laura entre la multitud, pero eso no me sorprende, llevo viéndola diariamente desde el día de su muerte.

Mi entrenador me dice que evite el golpeo, que entre a piernas y vaya al suelo tan rápido como pueda, que esté tranquilo, me dice que soy un *crack* y que puedo con todo, me dice alguna cosa más, pero ahora mismo soy un niño corriendo delante de unos matones, soy un adolescente observando a una chica popular en la distancia, soy el hombre más afortunado del mundo besando a la mujer perfecta, una mujer que no merece.

–Voy a perder, soy un mierda.

Lo digo tan bajo, que nadie me escucha.

Y vuelvo a tener ganas de morirme, vuelvo a ser un niño asustado que escucha desde su habitación como su madre recibe una paliza, demasiado débil para poder defenderla, intento sacar el valor que alguna vez he tenido, ese valor que saqué a relucir cuando hablé con ella por primera vez, ese valor que saqué cuando planté cara a los matones y me fui a casa con un trozo de la camiseta del otro, un ojo morado y una sonrisa pletórica.

Me pregunto cómo he llegado hasta aquí, y recuerdo una hoja de inscripción rellena cuatro años atrás, me la había traído Laura, yo ya llevaba tres años entrenando y nunca me había probado, tenía miedo, no me creía capaz, creo que solo ella me creía capaz, en el fondo creo que ella estaba equivocada en su manera de verme, ella creía que yo era capaz de cualquier cosa. No relleno la inscripción a pesar de que ella quiere que lo haga, y el día que hubiera sido el combate estoy sentado en una silla con el cadáver de Laura a mi lado en un ataúd.

Subo al ring casi sin darme cuenta, y mi entrenador me sigue dando consejos sobre mis principales errores mientras me pone las guantillas de Artes Marciales Mixtas, pienso en mi madre y siento una punzada de culpabilidad, sé que no le hubiera gustado verme aquí, me lo dijo la primera vez que visité un gimnasio, cosa que hice por Laura, no porque ella me lo pidiera, sino porque era perfecta, y yo era un gordo gilipollas que no daba la talla en nada, y quería que ella sintiera admiración por mí, que ella me amase para siempre, quería ser digno de ella, nunca tuve demasiado claro si ella me alentaba porque le gustaba este mundillo o simplemente creía que era bueno para mí.

Cuando me quito la camiseta, por un segundo temo ser un niño gordo otra vez, pero no, mis músculos siguen donde estaban ayer.

Me costó mucho tiempo ganar esos músculos, Laura estuvo a mi lado, ella me apoyaba, pero siempre me decía que para ella yo ya era perfecto, pero yo no la creía, quizá simplemente tuviera demasiado miedo de perderla y que se fuera con cualquier imbécil musculado, así que yo mismo me convertí en un imbécil musculado.

Miro al árbitro, que espera en el centro de la jaula, me fijo por primera vez en mi rival, mide tres metros y pesa unos 150 kilos de puro músculo, o al menos esa es mi primera impresión.

# Yo, deportista

Y ahí está Laura, cogiéndome la mano, entre el público, a mi lado en el funeral de mi madre, sonriéndome desde su pupitre en el instituto, desnuda debajo de mí, tirada en el asfalto manchada de sangre, siento la fría lluvia empapándome, creo que escucho sirenas de lejos, nuestro coche se ha convertido en una amasijo de hierro y muerte, quiero pedirle perdón, decirle que debería haberla escuchado cuando me decía que corriera menos, ella está bastante serena, pero los dos sabemos que se va a morir, entre susurros me dice:

–Eres capaz de todo, no retrocedas nunca.

Y creo que me quiere decir algo más, pero ya nunca más lo hará, está entre mis brazos, mi novia está entre mis brazos y se acaba de morir.

Apenas he escuchado al árbitro mientras nos recordaba a mi rival y a mí las normas del combate. Los tres nos separamos un poco, el árbitro hace una señal al juez de mesa, señala a mi rival y le pregunta si está preparado, mi rival asiente con violencia y tribalidad, me mira a mí y me pregunta si estoy preparado.

Entonces ya no hay más ruido, todo se ha vuelto a gris y no existe nada fuera de la jaula, asiento al árbitro, que ahora apenas es una sombra algo difusa, y yo mismo me repito las últimas tres palabras de Laura y sonrío por dentro, y ya no tengo más miedo.

Entonces, sigo su consejo, el consejo que para bien o para mal me guiará en todas las acciones de mi vida.

La campana suena, y yo doy un paso al frente.

## TIMOU

Ernesto Daniel Bollini Levy

Toda mi vida admiré al gran guardameta inglés Timo Dawson.

Su estampa segura, firme, el buzo siempre azul oscuro, siempre prolijo, con el número uno en la espalda, los guantes enormes, inabarcables, que no dejaban escapar balón alguno, los refuerzos de tela acolchada en los codos, el don de mando en el área chica, los bigotitos afilados, tenues, todo aquello me invitaba a pararme, pequeño y frágil, frente al espejo del dormitorio, con mis escasos ocho años, para compararme sin disminución con aquel monstruo sagrado del fútbol, el arquero invencible, el ídolo de piedra.

Los fines de semana me calzaba a escondidas el pulóver azul marino que mi hermano mayor usaba para ir al colegio y me revolcaba en la placita del barrio tras los zapatazos que le daban al esférico mis amigos. Y, cuando lograba atrapar alguno, estirándome elásticamente, gritaba: ¡Atajó Dawson!, simulando ser al mismo tiempo partícipe y relator de la hazaña deportiva. Apenas me fijaba en las carcajadas crueles de mis compañeros, quienes daban por descontado que yo jamás accedería al Olimpo de los próceres futbolísticos que ellos y yo coleccionábamos en alegres cromos de cartón, redondos, brillantes, dificultados por la intromisión de la figurita difícil, la inalcanzable, como la fama con la que todos soñábamos.

Con el correr del tiempo, si bien nunca logré completar un álbum para acceder al balón de cuero auténtico con el que se premiaba al afortunado, obtuve sí un modesto fichaje en un club de primera "D", en el cual atravesé sin chistar todas las divisiones inferiores y alcancé una titularidad provisoria, alternando en el banco de suplentes según hubiera sido exitosa o no mi actuación en el partido anterior. Me acostumbré al fracaso relativo y al éxito precario: nunca me amargaba del todo por una pelota que se escapaba mágicamente entre mis dedos cuando todo parecía controlado, ni me envanecía por una tapada monumental, solo frente al delantero, que me permitía mantener en cero mi arco hasta el final del encuentro. A mis veinticinco años gozaba de una fama módica en el barrio: el carnicero, el verdulero, el farmacéutico, la panadera, que solían acudir a la cancha los sábados para presenciar los partidos oficiales, me saludaban con respeto cuando visitaba sus negocios, y hasta me favorecían con algún descuento en mis compras. Me había hecho un hombre interesante a la vista de las chicas de la zona; mis aventuras de donjuán se acabaron sin embargo cuando una de ellas me flechó con su limpia eficacia de maestra de escuela y me regaló dos niños

preciosos. Estaba conforme, en fin, con mi humilde suerte. Pero, cada tanto, luchaba contra Marta, mi esposa, para que no desechara el pulóver azul que abultaba un cajón del dormitorio y que yo me había llevado del hogar paterno para recordar las atajadas en la plaza, con los amigos de infancia. Y también protestaba amargamente cuando los chicos se apoderaban de mi álbum y manoseaban la figurita de Timo Dawson; algunas veces incluso tuve que prohibirles, en castigo, ver la lucha libre por televisión, gracias a la cual el menor había perdido algún que otro diente, dicho sea de paso.

La vida transcurría así, plácidamente, entre los entrenamientos, mi trabajo en el taller mecánico de mi suegro, los mates compartidos con Marta por las tardes, cuando se marchaban sus alumnos particulares de inglés, y la excitación de los partidos sabatinos. Hasta que sucedió un milagro modesto, como todo milagro de pobre.

Comenzó con una noticia perdida en el suplemento deportivo del diario. Se titulaba, escuetamente: "Se desconoce el paradero de Timo Dawson". Sorprendido, apoyé el mate sobre la mesada y me sumergí en el texto. Según la agencia noticiosa, Timo se encontraba preparando su despedida de las canchas, que se llevaría a cabo con un partido homenaje. Declaró que viajaría a entrevistarse con algunos jugadores extranjeros, y luego simplemente desapareció. Pasado el desconcierto inicial, sus compañeros de equipo habían dejado trascender la noticia a la prensa. Divorciado, sin hijos, nadie había batido el parche hasta ese momento. Lo demás era una tremenda incógnita.

Me entristeció figurarme la imagen del gran Dawson vagando por el mundo, escondido, disfrazado tal vez, escapando... ¿de quién, de qué? Timo Dawson tenía todo lo que yo había ansiado alguna vez: fama, dinero, prestigio, y por sobre todo un lugar de privilegio en la historia del fútbol mundial. Había batido todos los récords de partidos jugados y penales atajados, había dado su nombre a cierta modalidad de enfrentarse al delantero en carrera franca hacia el gol, extendiendo los brazos hacia arriba y adelante para achicarle el ángulo de disparo; era además un ejemplo indiscutido de caballerosidad deportiva, de empeño, de dedicación. ¿Lo habrían secuestrado? ¿Estaría sufriendo alguna rara enfermedad?

Pero la rutina continuaba para mí; el sábado siguiente jugamos de local y me tocó la titularidad: el otro arquero de mi equipo, mi competidor, con quien sin embargo habíamos hecho buenas migas, había fallado un par de veces en el encuentro anterior, y el director técnico había decidido incluirme en la formación inicial. Entré al campo confiado, como de costumbre, aunque nos tocaba enfrentar al puntero del torneo. Había llovido el viernes y nuestro humilde terreno era poco menos que un lodazal. Sin embargo me lucí con un par de estiradas de hazaña, e incluso contuve un penal faltando diez minutos para la finalización del partido. Un empate en cero con el favorito no era poca cosa, pero el balón resbaladizo me jugó una mala pasada. Sobre la hora salí a cortar un centro que venía por elevación y la pelota se me escurrió entre los dedos como una novia esquiva. El delantero rival no tuvo más que colocar suavemente la cabeza y salir festejando.

Perdimos; abandoné el campo de juego pidiendo disculpas a la escasa concurrencia, que me aplaudió tibiamente por no insultar. Me sorprendió descubrir, a pocos metros del rostro sonriente de Marta, que me instaba a no desfallecer, la figura de un hombre envuelto en un



impermeable de cuello alto, a pesar de que ya habían cesado las lluvias. El sujeto me miraba fijo. En un momento breve, que resonó en mi alma como el pitazo final del árbitro, atravesó su rostro una mueca de desesperación, o de angustia. Me detuve en seco. Ahora me resultaba inequívoco que se trataba del mismísimo Timo Dawson. No podía estar errado: su imagen, recortada de mil revistas de fútbol, había ornado las paredes de mi casa de infancia. Sin embargo, no conservaba ya el gesto altivo de los pósters. Dos ojeras graves le enturbiaban la mirada, los brazos, largos, fuertes, yacían como aves muertas al costado del cuerpo. Incluso las manos, las manos poderosas, seguras, que yo tanto había deseado tener, temblaban lastimosamente.

Me acerqué al alambrado, mientras el público ya estaba dejándolo solo en las gradas de madera podrida.

–¿Are you Timo Dawson? –le grité, titubeante, recordando mi precario inglés.

Me dijo que sí con la cabeza y yo le hice una seña con las palmas hacia delante para que me esperara. Sin bañarme, embarrado hasta las pestañas, enfundado en el descolorido buzo azul que el club me obligaba a llevar a casa para lavar en el pequeño lavarropas doméstico, escalé los tablones hasta donde Marta me aguardaba, con el desconcierto pintado en los ojos claros.

–Mi amor, tus conocimientos de inglés me salvarán. Pedile por favor a ese hombre que se quede a tomar un café con nosotros en la confitería del club.

Marta puso su cara habitual de resignarse a mis locuras, y se acercó a Timo Dawson. Yo temblaba de emoción y de frío.

–Dice que lo hará con mucho gusto –exclamó por fin Marta, y yo la amé infinitamente–. Pero que antes te des un baño, porque podés resfriarte.

–¿Eso dijo? –pregunté, enternecido.

–No. Eso lo digo yo. –Fue la previsible orden que, por supuesto, desobedecí.

Charlamos largo y tendido, mientras en el amplio salón de la confitería practicaban las chicas de patinaje artístico, a cubierto porque había vuelto a llover. Mi esposa ofició de amable traductora. Guardo como uno de los recuerdos más preciados de mi vida aquella conversación onírica, intermediada por Marta, como una arqueóloga que descifrara para mí los arcanos que se desvelaban en aquel idioma extraño, mientras las palabras brotaban sin medida, rociadas por los chirridos que hacían, al frenar, los patines de las chicas del club.

–Estoy cansado de que finalmente todos me miren a mí. –Comenzó diciendo. Parecía necesitado de desembuchar un dolor antiguo, cruel–. Como si yo fuese el culpable de la mayoría de los males del mundo pero no, aquella vez pasó que tan sólo el balón se me escapó de entre las manos y se encaminó a anidar, muy cómoda y como regresando a un origen, en las mallas. ¿Cuál es el conflicto? Realmente no lo entiendo. La forzosa conclusión a la que arribo ahora es que la profesión de guardameta es difícil, arriesgada y triste.

Me dio la impresión de estar recitando un texto aprendido de memoria, al milímetro. Pensé que habría rumiado durante años todas las cosas que me estaba diciendo, en tanto les

sonreía a los periodistas en las conferencias de prensa, como si les mostrara una máscara indispensable para continuar con el juego.

–Pero... –balbuceé, y Marta copió cómicamente en inglés mi tartamudeo–. Usted es mi ídolo... Y el ídolo de muchísimos como yo. Conozco perfectamente su carrera. Usted dice: “Aquella vez”, y sé que se refiere a la final de la *Champions*, un error tan solo, dentro de una trayectoria brillante.

–Es que usted no entiende –siguió, en amarga queja, hablando sin parar–. Si un delantero desvía su remate solo frente al arco pues bien, se trata de un error grosero, incluso risible, pero prontamente olvidable: ya se sabe cómo son los goleadores, que pueden fallar cien veces pero, de buenas a primeras, acertar un golazo. En cuanto al mediocampista, es, posiblemente, el más beneficiado. Visto que el balón pasará innumerables veces por sus pies, se equilibrarán errores y aciertos en su manejo. Para las fallas del defensor bien puede caber el elogio a las virtudes del atacante rival, la relación del deficiente estado del campo de juego o la referencia a la dificultad que acarrea consigo la implementación de la ley del *offside*. ¿Y el pobre arquero? –Sorbió un traguito de café, se aclaró la garganta, y continuó–. El pobre arquero, si falla, es el único culpable de la derrota, el destemplado energúmeno que saltó a destiempo en un córner, el timorato que no se atrevió a hacerse dueño del área frente al avance del delantero central, el irresponsable manos de manteca que, con su increíble *blúper* –Marta repitió, textual, la palabra– ha permitido impasiblemente que se humillara a su divisa. No por nada existen infinitos sinónimos o disfraces para nombrar nuestro oficio. –Yo me dije: “Tiene razón. No lo había pensado. En castellano hay montones: portero, guardavallas, arquero, golero, guardameta, cuidapalos, cancerbero...”. Timo Dawson seguía hablando –...y por eso soñamos con disimularnos entre la gente, con confundirnos entre tanto nombre genérico. Seríamos felices si nadie reparara en nosotros, si nadie nos tuviera en cuenta, si nos ignoraran o cuanto mucho, nos consideraran uno más. Somos los más expuestos, los resaltantes, los más vigilados por propios y extraños, los más vilipendiados por periodistas, fanáticos... y hasta neutrales o indiferentes: cualquier papanatas puede advertir el error de un arquero de tan evidente y burdo que resulta siempre. Pero hay más. –Marta me miró de soslayo, como quejándose también del esfuerzo–. Resulta ampliamente demostrable por vía empírica que el portero es el jugador más excéntrico o desigual del equipo, el que llega al entrenamiento en soledad y se retira del mismo modo, el que no comparte con nadie su champú al ducharse, el que duerme solo en los hoteles de gira. Ello no es extraño. El arquero siempre se enfrenta en terrible aislamiento al disparo rival. No tiene posibilidad de colocarse en una barrera junto a sus compañeros, ni de arremeter en pareja frente a los contrarios. Casi siempre pasea, último ser sobre la tierra, mascullando sus cuitas por el área penal mientras la pelota se halla lejos de la propia meta, e incluso festeja los goles de su equipo levantando los brazos hacia la hinchada, imposibilitado como está de sumarse al abrazo colectivo que se realiza lejos, muy lejos, en el arco de enfrente. Ni hablar del aciago momento en el que se dirige, al comenzar el partido, hacia su meta, y la encuentra rodeada de simpatizantes hostiles, extranjeros... No es de extrañar que se hayan registrado no pocos casos dolorosos de guardametas convictos, suicidas o asesinos.

Timo Dawson parecía haber concluido su amarga perorata. Tenía los ojos llenos de lágrimas. El monstruo sagrado de mi infancia, el arquero invencible, el modelo de mi vida, lloraba.

–Pero... ¿Cómo vino usted a parar a estos andurriales? –le pregunté, intentando desviar sus pensamientos.

–Cuando me enfrenté al retiro me volvieron a la cabeza todos los argumentos que acabo de largarle. Pensé en escribir un libro detallando uno por uno, pero caí en la cuenta de que nadie me creería. Me tomarían por sensacionalista, me acusarían de buscar un falso escándalo para promocionarme. Nadie puede renegar así como así de una carrera brillante, ¿verdad?... Entonces me desesperé. Tomé un mapa y busqué el lugar más alejado de Inglaterra, sintiendo acaso que la verdadera clave para elaborar mi tragedia yacía en las antípodas del sitio en el que yo estaba parado. Una especie de símbolo, ¿me comprende?... Tenía que ser un país en el que también el fútbol fuera rey, claro. Me decidí sin dudar por la Argentina. Tomé un vuelo a Buenos Aires, de incógnito. En el hotel pedí un diario deportivo y busqué el *fixture* de las divisiones menores. Me dijeron que para llegar debía abordar un tren y dos... ¿buses?

–Colectivos.

–Eso. Ningún taxi querría aventurarse hasta aquí. El conserje me miró como a un loco, pero llegué de todos modos. Me senté ahí– señaló los tablones, húmedos ahora con la incipiente tormenta– y me dediqué a mirarlo a usted...

–¿A mí? –lo interrumpí, incrédulo. ¿El gran Timo Dawson me miraba... a mí? ¡Menos mal que no me di cuenta! De lo contrario, habría cometido muchos más errores.

–Ataja usted muy bien –me dijo, y yo sentí que el mundo se ensanchaba–. Pero no es eso lo más importante. Cuando se le escapó ese centro, sobre el final...

–Sí –reconocí, avergonzado–. Debí haberla rechazado con los puños. La pelota mojada...

–Usted se quedó lo más campante, sufriendo, claro, pero no por eso se le terminó el mundo...Y la gente lo aplaudió igual... ¿Sabe todo lo que dijeron de mí en aquella fatídica final de la *Champions*? Me mataron en vida... Intenté disimularlo pero, como me enteré que dicen acá, la procesión va por dentro.

–Es que la gente de la zona me conoce de chiquito –susurré, pensativo–. ¿Sabe cómo me llaman? Le va a causar gracia: Timou.

–¿Timou?

–Sí. Siempre se burlaron de mí porque lo imitaba a usted. Al gran Timo Dawson. Y deformaban su nombre a propósito, ¿sabe? Con la “u”, como hacen los ingleses cuando intentan hablar en castellano, que a todo le agregan una “u” al final: “Timou”.

Timo Dawson lanzó una carcajada libre, franca. Lucía más sereno, como liberado de un peso agobiante y salvaje. La charla se prolongó, menos dramática esta vez. Me contó varias anécdotas increíbles, donde los jugadores más famosos del mundo eran los protagonistas. Luego me instó a que le relatara mis partidos de los sábados, mi vida en el taller mecánico, las travesuras de los chicos, el amor por mi esposa, que ella tradujo sonrojándose un poco...

–Siento que no es nada interesante lo que le cuento –dije, por fin, cuando ya nada más se me ocurría para prolongar ese momento increíble.

# Yo, deportista

–Pues usted no sabe lo que daría por cambiar mi carrera por la suya –dijo, y volvió a nublársele el semblante, como el cielo gris de mi humilde barrio suburbano.

–Y yo –dije, mirando sus anchas manos– daría toda mi vida por un solo segundo atajando en esas fabulosas canchas europeas.

Hubo un profundo silencio. Marta contemplaba la escena, conmovida.

Pero, ¿sabe, muchacho? –dijo al fin el incomparable Timo Dawson, con un suspiro resignado–. Ninguna de ambas cosas es posible.

Me puse de pie y nos estrechamos en un abrazo profundo, interminable. No le importó manchar su caro impermeable con el barro de mi desteñido jersey azul. Es más, me pidió que se lo regalara. Aunque Marta se ofreció a lavarlo antes, Timo dijo que le urgía regresar, y que quería llevárselo así como estaba. Nos despedimos...

Si no fuera porque Marta sigue a mi lado como fiel testigo del suceso más importante de mi vida, pensaría que todo fue solo un fantástico sueño. El partido de despedida se llevó a cabo finalmente en Londres, en el fabuloso estadio de Wembley. A todo el mundo le llamó la atención que Timo llevara puesto mi gastado buzo. La prensa le preguntó al respecto; respondió que se trataba de una larga historia que algún día contaría. En los diarios deportivos apareció la curiosa foto del enorme Dawson enfundado en mi ropa.

–Tal vez algún día tu nombre figure en la prensa deportiva internacional –me dijo Marta–. Aunque, ahora que lo pienso, creo que nunca le dijiste tu nombre...

–*I couldn't care less* –baluceé, en mi inglés pobre, ante la carcajada de mi esposa.

Pero recorté la fotografía de Timo Dawson y la sujeté con cuatro tachuelas junto a la ventana del comedor.

## LA MENTIRA DE STEINÉS

José Pedro García Parejo

Las etapas de menos de ciento cincuenta kilómetros como aquella solían resultar etapas de nervios. Había poco recorrido para hacer y deshacer.

Tras el banderazo inicial las hostilidades se desataron tal y como esperaban y los intentos de escapadas se fraguaban unos tras otros. Los corredores saltaban como cuerdas rotas de guitarra y se empeñaban en distanciarse unos metros del resto. La esperanza de cada uno de ellos residía en encontrar colaboradores potentes con los que tejer camino. Si se enganchaba a tu rueda un parásito el esbozo de fuga moría; nadie triunfaba en solitario con más de cien kilómetros por delante.

Todas las escuadras pretendían incluir a alguno de sus componentes en la escapada definitiva y hasta el pie del primer puerto la etapa discurrió en mitad de una locura de cincuenta y dos kilómetros por hora. Si algún equipo no se mostraba combativo la cena de esa noche se pronosticaría movida. En los postres habría bronca, reproches y sermones. La mayoría de los patronos de los equipos se habían acercado hasta los Pirineos. Era una buena época para apalabrar fichajes de nuevos ciclistas y patrocinios salvavidas que asegurasen la pervivencia de los equipos al menos una temporada más. Buena época para engatusar a periodistas por medio de succulentas cenas y así comprar opiniones favorables. El ciclismo profesional es eso: un frágil puente de cuerdas sobre un río turbulento.

Cuando la carrera merodeaba las primeras rampas ya se había consolidado una *tête de la course* de quince ciclistas perseguida a dos minutos y medio por el pelotón principal. A esas alturas cada uno ya conocía su papel hasta la meta y todo parecía ordenarse.

Hasta ese momento, antes de iniciar el ascenso al Peyresourde, Chris había cuidado de Bradley. Lo había protegido en la medida de lo posible de manillares invasores, de codazos en los costados, de ruedas quemapantorrillas, de esputos y de insultos. Chris y Bradley subían y bajaban en el pelotón según la situación. También Chris se había visto obligado a acudir al coche del director del equipo para repartir los bidones de agua a sus compañeros. Mike, Stuart y Rigoberto luchaban denodadamente en cabeza de pelotón por mantener un ritmo adecuado y tratar así de que la carrera no se desbocara. Esa era la misión del equipo del maillot amarillo. Lance y los dos franceses habían amanecido con las piernas vacías y vegetaban en la cola del grupo a la espera de mejores sensaciones.



Chris temía que Bradley hubiera espoleado a los españoles con su bravuconada. En el control de firmas de la mañana había escrito en su casilla “Voy a ganar el Tour”. No contento con eso había tuiteado su gracieta y los medios habían tardado tres minutos en hacerse eco. Chris había visto a aquellos españoles cetrinos y achaparrados, de demarrajés furibundos, departir entre ellos y esperaba que en el Peyresourde ya hubiera movimientos de importancia. Chris había reprendido a Bradley por su acción pero en el fondo lo admiraba por cosas como esa.

El Peyresourde es un puerto de primera categoría, de unos quince kilómetros y una pendiente media del seis por ciento. Sus rampas más duras llegan a alcanzar el nueve por ciento. Chris había sentido la incómoda presencia de Aguirre tras ellos desde abajo. Bradley y Chris intercambiaron miradas de alerta en los primeros metros de ascensión. Aguirre iba a atacar sin esperar al Tourmalet. Chris estaba convencido de ello. Así fue. Si en meta sacaba más de minuto y medio a Bradley, bien podían despedirse del Tour.

Primero demarraron dos de los españoles. Del pelotón surgió un murmullo de reprobación. El baile comenzaba demasiado pronto. Las piernas reclamaban un poco de tranquilidad tras dos semanas de dura competencia. Bradley se incorporó sobre el manillar de manera poderosa y quiso ir a por ellos. Toda la sangre afluyó a sus brazos. Sin embargo, Chris lo apaciguó y señaló su pinganillo. A rueda de Chris, a rueda de Chris, bramaba el director por la radio. Tenía razón, si pretendían que Bradley llegara con chispa al último puerto debían afrontar lo que quedaba de montaña con un ritmo constante, sin atender a la trampa que los españoles despleaban sobre el tapete. En el Tour del 92 Miguel Indurain fue a la caza del Diablo Chiapucci, su principal rival, en Sestriere. El gigante navarro abandonó en aquella ocasión su elegante manera de ascender a ritmo, sentado, sin descomponerse sobre la bicicleta. Esa vez forzó la máquina, se olvidó de la ayuda que le podía aportar su equipo y las diferencias, efectivamente, se recortaron. Sin embargo, a dos kilómetros de meta, cuando el mundo ya alababa la exhibición del navarro éste se desfondo repentinamente por el sobreesfuerzo y apenas podía continuar dando pedales. La pájara fue de tal envergadura que faltó poco para que perdiera el maillot amarillo. Había que evitar ese tipo de episodios a toda costa.

Aprovechando el desnivel de una curva de herradura, por fin Aguirre saltó como un relámpago y absorbió rápidamente a sus paisanos. Balanceaba la bicicleta con rabia. Poco importaba conectar con los quince corredores de cabeza, Chris y Bradley sabían que Aguirre iba a por la clasificación general. Aguirre se embarcaba en una aventura arriesgada. Restaba para meta el descenso, veinte kilómetros de llano y la infernal subida al mítico Tourmalet, pero estos españoles eran puro corazón y a veces la razón huía de ellos en el desarrollo de las pruebas. Chris marcó entonces la marcha de un pelotón que paulatinamente perdía unidades. Percibía las respiraciones acompasadas de Bradley justo detrás de él. Miró media docena de veces hacia atrás y comprobó cómo su marcheta solo la podían soportar una decena de ciclistas. Bradley mostraba su rostro habitual de esfuerzo: su falsa media sonrisa y su vista perdida. Gotas de sudor resbalaban por su pecosa nariz. Chris continuaba y conseguía mantenerse a doscientos metros de los españoles. Todo iba bien.

Salvaron el puerto con unos escasos dieciocho segundos de desventaja respecto a los tres españoles. En el kilómetro final los aficionados chillaban alborozados. Habían subido con sus caravanas el día anterior y anhelaban ansiosos el paso de sus ídolos. Un sinfín de manos palpaba a los ciclistas y arrojaban botellas de agua en sus rostros. Chris sentían los alientos a alcohol.

El descenso era complejo. El curqueo provocaba que los músculos no se relajaran en ningún momento. Chris recogió en la cima hojas de periódico para Bradley y para él. No hacía un frío excesivo pero siempre era conveniente cubrir el pecho. El colombiano Rigoberto llegó junto a Chris y tomó el relevo en la conducción de su líder. Chris lo agradeció, se tomaría un respiro. La sucesión de sombras y claros en la estrecha carretera otorgaba al descenso cierta sensación de peligro. Agarra el manillar con fuerza, gritó Bradley. Habían parcheado el asfalto recientemente y la bicicleta botaba en algunos tramos. Chris notó la tensión en sus dedos. Fabio Casartelli murió cerca de allí, en el Aspet. Perdió el control y se fue al suelo en el descenso. Tuvo la mala fortuna de quebrarse el cráneo con un mojón de la carretera. Tenía veinticinco años y se había proclamado campeón olímpico en Barcelona. El helicóptero sobrevolaba constantemente la carrera. Chris imaginó a sus padres, frente al televisor, en el pub de Holly, intentando distinguir cuál de aquellas diminutas figuras que serpenteaban a la velocidad del demonio era su hijo. Alguien frenó con estridencia, pero todo quedó en un susto.

Concentraos en el descenso, había ordenado el director, ya cazaréis a Aguirre en el llano. Y así sucedió. Cruzaron un pueblecito de balcones de madera y macetas de flores en las puertas y la carretera dejó de inclinarse. Entonces otros equipos, interesados en anular la fuga de Aguirre y en acortar las diferencias con el grupo de cabeza para disputar la etapa, entraron a colaborar. Aguirre pronto comprendió que era inútil gastar fuerzas antes del Tourmalet para mantener una diferencia irrisoria y los tres españoles levantaron el pie para dejarse atrapar. Cuando Aguirre fue absorbido, dijo en voz alta y engolada: “Dios ha salvado a las reinas... de momento”, y unos cuantos lo acompañaron en las risas.

El Tourmalet tiene una altitud de dos mil ciento quince metros. El puerto de montaña permanece cerrado durante la temporada invernal, tiempo en el que forma parte del dominio esquiable de la estación de La Mongie, situada en la parte este del mismo. El puerto no tuvo carretera hasta que en 1846 Napoleón III ordenó la construcción de una ruta termal. Alphonse Steinés viajó a la zona en 1910 por orden del patrón del Tour de Francia para descubrir algún reto que fuera la estrella de la séptima edición. Steinés se fijó en el Tourmalet y en una mañana de invierno inició su ascenso en coche. El chófer tuvo que detenerse a cuatro kilómetros de la cima a causa de la abundante nieve. Steinés bajó del coche y se empeñó en hacer el camino hacia la cima a pie. Cuando ya se temía por su vida apareció al día siguiente en el pueblo de Bareges con evidentes síntomas de hipotermia y tras ser socorrido no tardó en dirigirse a la oficina de telégrafos y envió el siguiente telegrama a su patrón:

*Atravesado Tourmalet. Muy buena ruta. Perfectamente practicable. Ésta fue la mentira de Steinés.*

Tourmalet significa camino de mal retorno.

El equipo de Aguirre endureció la carrera en la primera rampa. Todavía circulaban entre árboles. En algunos tramos las raíces levantaban el asfalto. Chris pensaba que los favoritos no contarían con ayuda en la zona de los prados. A lo lejos se distinguían pequeños neveros, herencia del duro invierno. Algunas vacas pastaban sin inmutarse por el trasiego que las rodeaba. Chris intentaría estar al lado de Bradley en todo momento. Había respondido bien en etapas anteriores y sentía en las piernas la fuerza propia de una buena preparación. De hecho, ocupaba una meritoria tercera posición en la general. No era su objetivo personal, pero el empeño de acompañar a Bradley el máximo tiempo posible lo había aupado a ese puesto. Todavía conservaba una respiración fluida y el sudor no era frío. El empuje de los españoles iba absorbiendo con regularidad a los escapados. Alguno de ellos intentaba engancharse al grupo, pero tras unos metros se rendían y hundían la cabeza en el manillar. Cabeza de carrera a minuto y medio, dijo el director por el pinganillo. Ningún miembro de la escapada ganaría la etapa.

Aguirre asestó el hachazo a la altura de La Mongie. Abandonó las primeras posiciones del grupo y se retrasó para comprobar los gestos de sus enemigos. Debió ver debilidad en algunos porque no lo dudó. Hubo insultos mientras atacaba y Chris supo que era la hora de la verdad. El director escupía palabras confusas. Sin embargo, Chris sabía lo que había que hacer y aceleró el ritmo. El plan consistía en llevar a Bradley con un ritmo constante, en ir recortando segundos paulatinamente. De nuevo, sentía la presencia de Bradley tras él.

Lo más conveniente es no levantar la cabeza. Lo más indicado es pedalear mirando al frente, tratando de mantener la velocidad, intentando no trazar eses encima de la bicicleta. Si evitas buscar la cima con la mirada no compruebas lo largo que es el camino, no distingues el tortuoso serpenteo que marca el público, no piensas en el enorme sacrificio que te resta para coronar, en las energías que has de gastar hasta cruzar la meta, no piensas en las dos semanas de fatiga, a razón de una media de seis horas sobre la bici, no piensas tampoco en la etapa de mañana –una etapa de doscientos kilómetros donde el viento entrará de manera lateral y provocará que te vayas a la cuneta si no tienes cuidado–, tu mente no viaja a otro lugar, a donde está tu familia, esquivas la gran pregunta –¿qué hago aquí?–. Por lo tanto, lo mejor es pedalear, mantener erguida la bici y mirar al frente.

Chris calculó después que debió suceder más o menos a cinco kilómetros de meta y, también después, se maldijo por no haberse percatado. Tampoco su director dijo nada a cinco kilómetros de meta. Por la radio preguntaba: ¿Vas bien, Bradley? Y éste respondía afirmativamente. Aguirre había abierto un hueco de medio minuto, con tesón había ido engullendo a los integrantes de la escapada y ya se había convertido en el líder de la etapa. Había de margen hasta el minuto y medio. Incluso no era definitivo que Bradley perdiera unos segundos más, antes de París la organización había colocado un contrarreloj que le venía como anillo al dedo a sus potentes piernas formadas en el velódromo. Pero debió suceder más o menos a cinco kilómetros de meta, cuando Chris aún marcaba el ritmo a Bradley. Solo aguantaban media docena de corredores más.

La cuestión es que explotó. Bradley explotó. Quizás porque Chris había forzado la máquina, quizás porque no era el mejor día de Bradley. La cuestión es que Chris soltó un grito de incompreensión cuando su director chilló en el auricular. Bradley, Bradley. Miró

hacia atrás y ya no estaba Bradley a rueda. Chris, alarmado, cesó en su ímpetu y esperó a Bradley. Éste cabeceaba sobre el manillar y tiraba de riñones para hacer avanzar la bicicleta. El público rugía enloquecido entre la sorpresa, la decepción y la satisfacción. Una de las motos de televisión lo acompañaba a un costado. En esos momentos el rostro extenuado de Bradley era analizado por decenas de millones de telespectadores. El patrón del equipo estaría al borde del colapso cardiaco. En el pub de Holly estarían consternados.

Aguirre a casi un minuto, dijo la voz ronca del auricular. Iremos juntos hasta arriba, dijo Chris y empezó a guiar a Bradley al ritmo correcto. Bradley bufaba en cada esfuerzo.

Aguirre a minuto y diez.

¡No, no, no! Chris acarició la tentación de deshacerse del auricular. Pero había un contrato en juego. Incluso dos. ¡Chris, hacia delante! ¡Bradley está KO! Si lo abandonaba, Bradley perdería toda opción de Tour. También sabía que ahora él era el líder. La gran esperanza británica. Las piernas le respondían. En una arrancada acortaría la diferencia con Aguirre. Bradley no conseguía engancharse a su rueda trasera. Los tres metros que les separaban eran un abismo. Bradley daría con sus huesos en el fondo irremediabilmente. Algún sector de la prensa culpabilizaría a Chris.

Chris se giró sobre la bici y no pudo evitar buscar el permiso que le apaciguara el alma. Pero Bradley no veía más allá de unos centímetros. De su boca desencajada surgía un hilo de espuma.

¡Chris, Chris! ¿Qué demonios haces?

Y Chris arrancó con toda la rabia que sus piernas contenían.

Aguirre alzó los dos brazos bajo la pancarta de meta. Chris realizó unos kilómetros memorables e hizo disminuir la diferencia hasta los treinta y cinco segundos. En la contrarreloj decisiva Chris pasaría por encima de todos y aseguraría su triunfo definitivo en la general. Aguirre nada podría hacer con un perfil llano y de largas rectas. Bradley ni siquiera la disputaría y quedaría en la general a cuatro minutos de Chris.

Aquella noche Bradley ya estaba en la cama cuando Chris regresó de la sesión de masaje. El reflejo del televisor golpeaba sus facciones afiladas.

Chris apartó levemente el visillo de la ventana, lo suficiente para distinguir en la oscuridad la mole imponente del Tourmalet. Las luces de las últimas caravanas titilaban. Chris sabía con certeza que aquella noche no harían el amor.

## LA ZAPATILLA

Sergio Generelo Tresaco

Ahora mismo, en esta angustiosa situación en la que me encuentro, a miles de kilómetros de mi familia, de mi tierra y de mi infancia, rodeado por esta blanca inmensidad, no puedo dejar de pensar en aquel fantástico verano...

Eran finales de los 70, no recuerdo la fecha exacta, pero yo no debía tener más de nueve o diez años. En aquel entonces, a un hermano de mi padre lo acababan de destinar como oficial del ejército de tierra al campamento fronterizo de Rioseta, en pleno Pirineo oscense, así que toda su familia se trasladó desde la ciudad, instalándose en una enorme casa alquilada en el cercano pueblo de Candanchú, apenas a unos centenares de metros del acuartelamiento, para pasar juntos el periodo veraniego. Mi padre pensó que sería divertido compartir también parte de las vacaciones con ellos, así que a principios de un caluroso mes de julio, recién terminadas las clases, nos fuimos todos para allá: papá, mamá, nosotros cinco... hasta la abuela se vino con nosotros.

60

El pueblo en aquella época todavía no era más que una pequeña villa rural aunque ya empezaba a destacar como centro turístico, tanto en invierno como en la época estival. La vivienda era una casona antigua, de piedra, ubicada a las afueras, en una ladera plagada de flores silvestres y de césped que languidecía con calma hacia el sur y se perdía finalmente en un pequeño riachuelo en el fondo del valle.

Aún me acuerdo, como si hubiera sido hoy mismo, del primer día en que nos juntamos todos, tras un viaje interminable en el viejo Citroën cargado hasta los topes. Me acuerdo de cómo a la llegada lo primero que hicieron mi madre y mi tía fue tratar de organizar las habitaciones para que durmiéramos los más pequeños. Y de cómo, al mismo tiempo, mi padre y mis hermanos mayores montaban un par de tiendas de campaña en la parte trasera de la casa, una para los chicos y otra para las chicas. Me acuerdo muy bien de las maletas de ropa, de las bolsas con comida, de los bultos por todas partes. Rememoro con cariño ese enorme bullicio, los gritos, las voces, el tropezarte con gente por todas partes...

No nos importó estar apretados. Siendo familias numerosas, siete nosotros y once mis primos, y con unos progenitores educados en la escasez de la posguerra, habíamos aprendido muy bien lo que era apretujarse varios en una cama, compartir todo tipo de tareas o hacer colas interminables en el cuarto de aseo. Sabíamos también lo que era el sacrificio, el conformarse con lo que tocaba, el acomodarse dentro de ese aparente caos.



Así que al final de ese primer día, todos teníamos clara nuestra ubicación para dormir, nuestras obligaciones en la casa, nuestras responsabilidades para con los demás... Todo ello fruto de una organización metódica que aplicaban con firmeza aunque con afecto nuestros progenitores y que permitieron rentabilizar al máximo tiempo y espacio, de tal forma que incluso mi abuela pudo disponer de una habitación propia para ella sola.

Pero a pesar de toda la intensidad de ese momento, a pesar de los nervios y de las ilusiones por esas esperadas vacaciones, lo que más me sorprendió, lo que más intriga y expectación me produjo fue una de las frases con la que nos recibieron, nada más llegar, algunos de mis primos mayores: "¿Sabéis? Dentro de unos días vamos a escalar La Zapatilla".

La Zapatilla era, es, un pico que se asemeja en cierta manera al calzado que le da nombre, bastante accesible en realidad y sin gran misterio para cualquier amante del trekking y el montañismo. Yo mismo he recorrido sus senderos y he coronado su cima innumerables veces años después e incluso he descendido esquiando su tubo helado, pero entonces su solo nombre, y sobre todo, la palabra con la que le acompañaba en esa imponente frase: "escalar", llamaron poderosamente mi atención. Todos los chavales de la familia estábamos ya acostumbrados a salir por el monte, a las tiendas de acampar, a los sacos de dormir... Ventajas de tener unos padres a los que les encantaba la naturaleza; pero lo de "escalar" una montaña... y con ese enigmático nombre, "La Zapatilla", eso ya eran palabras mayores. Así que en mi mente anidó y comenzó a crecer, desde ese preciso instante, un deseo irrefrenable, no ajeno tampoco a cierta dosis de temor, de que llegara al fin ese apasionante día en que iríamos a "escalar" la mágica Zapatilla.

Las tres semanas que transcurrieron desde el día de nuestra llegada fueron fabulosas, divertidas, como no podía ser de otra manera, con una panda de chavales corriendo todo el día en libertad, en pleno campo, sin consolas, *nintendos* ni videojuegos, sin siquiera televisión, y en una época, además, en la que los padres no tenían esa obsesión actual de sobreprotección y miedo a posibles cuqueras, raspones, o culeras agujereadas, que tanto abunda hoy en día.

Todo lo contrario, sin dejar de lado sus responsabilidades paternas, nuestros mayores nos dejaban hacer, experimentar, vivir, en suma. Mi madre, mi abuela y mi tía bastante tenían con el tema de las compras, los fregoteos y las comidas, y mi tío pasaba gran parte del tiempo en el cuartel. Mi padre, por su parte, subía y bajaba a la ciudad día sí y día no porque no podía dejar del todo su trabajo en la oficina, por lo que, de alguna manera, disfrutábamos como pequeños salvajes, tan solo bajo el cuidado relativo de los primos de más edad.

Y esa libertad convertía cada día, cada minuto, de hecho, en toda una aventura. Recuerdo por ejemplo nuestras pequeñas excursiones en las inmediaciones del Tobazo, el monte que se erguía majestuoso justo enfrente del pueblo, buscando entre las piedras las escasísimas flores de nieve que crecían a esa altura, o incluso encontrando de vez en cuando restos y puntas de esquís perdidos por intrépidos esquiadores durante la temporada invernal.

Recuerdo también las subidas y bajadas por los viejos trampolines de saltos, ya en desuso, esquivando con cuidado los agujeros dejados por las láminas de madera desprendidas. Y las

prácticas de rappel que efectuaban mis hermanos y primos mayores en las Peñas Rojas, bajo la estricta supervisión de mi tío y un par de sargentos, con algún que otro susto incluido que afortunadamente tan solo quedó en eso, mientras el resto los contemplábamos absortos desde el río.

Recuerdo finalmente con cierta extrañeza la nula sensación de riesgo que percibíamos entonces en todas esas actividades, riesgo, incluso peligro, que, visto con perspectiva, una vez pasados los años, debo reconocer que tal vez sí existía. De hecho, muchas veces nos hemos reído en casa acusando de irresponsables a nuestros padres por habernos permitido tamañas "barbaridades", barbaridades que, les decíamos en broma, hoy en día tal vez incluso hubieran sido motivo de privación de la patria potestad. Aunque en el fondo siempre les hemos estado agradecidos de que nos hubieran posibilitado experimentar todas esas vivencias.

El caso es que de esa manera, entre correteos por el monte, arañazos en las piernas y alguna que otra pelea entre los chavales, transcurrieron parsimoniosamente, al igual que transcurría el riachuelo del valle, esas tres cálidas semanas de julio, acercándose al fin "el gran día".

En todo ese tiempo yo no había dejado de pensar en la "escalada" que nos aguardaba, pero en la noche previa, ya casi ni fui capaz de dormir, aturcido por esa mezcla de emoción, de temor, de excitación ante lo que iba a acontecer a la mañana siguiente, ante la ascensión a La Zapatilla...

En el cuartel se había planificado una cordada para los reclutas, como parte de su entrenamiento en prácticas de montaña, y mi tío, como oficial al mando, lo organizó todo para que nosotros también fuéramos con ellos. Hoy en día sería absurdo, impensable que un oficial del ejército se llevase a sus hijos y sobrinos, todos menores de edad, a unas maniobras junto con los soldados de su destacamento, pero en esa época todo era diferente, así que no resultaba ser algo tan extraño. Ignoro qué es lo que pensarían los forzados reclutas, o cómo le habría pedido mi tío el correspondiente permiso a su oficial superior, pero el caso es que, fuera como fuese, allí estábamos, a las ocho de la mañana, equipados con nuestros pantalones cortos, nuestras camisetas de fieltro, nuestras pequeñas chirucas y nuestras diminutas mochilas de tela con cantimploras de agua... todos en fila india, esperando que vinieran a recogernos los furgones del cuartel. Poco después, tras un corto viaje de apenas veinte minutos repartidos entre los diferentes vehículos, estábamos ya en la base de La Zapatilla.

No tengo recuerdos demasiado nítidos del desarrollo exacto de la marcha que llevamos a cabo ese día, aunque sé que, entre el ascenso y el descenso, estuvimos andando varias horas. Lo que sí recuerdo son más bien las diferentes sensaciones que, a pesar de mi escasa edad, me fueron embargando durante todo el camino. Sensaciones de incertidumbre al principio, de ilusión después, de cansancio más tarde. Sensaciones también de responsabilidad en lo que hacía, de concentración en cada paso que daba, tal y como había insistido papá. Sensaciones de desafío, de reto, incluso de lucha personal con la montaña.

En realidad debo reconocer que tal vez han sido el paso del tiempo y mi pasión por la escalada los que han ido dando forma mucho más precisa a todos esos sentimientos, a todas esas sensaciones que probablemente en esos momentos no eran tan claras como yo me creo ahora. Pero sin duda, sí eran sensaciones positivas, de alegría, de que me lo estaba pasando *pipa* a fin de cuentas.

Sí me acuerdo, sin embargo, de algunos sucesos concretos, como por ejemplo el instante justo en que comenzamos a andar y la composición que daba forma a nuestra singular comitiva: delante del todo caminaban con gran seriedad cinco o seis gastadores, soldados expertos que abrían la marcha y que serían los encargados, algo más arriba, de ir instalando las cordadas en los pasos más complicados. A continuación, un par de suboficiales, y después mi tío. Luego nosotros, yo el primero por ser el más pequeño de los primos al que habían permitido ir, bien es verdad que a regañadientes de mi madre. Después el resto de chavales y chavalas, colocados de menor a mayor edad. Cerrando nuestro grupo, mi padre, y finalmente el resto de soldados, unos treinta o cuarenta.

Me acuerdo también de cuando, ya cerca de la cumbre, uno de los sargentos desprendió sin darse cuenta un pequeño pedrusco de la pared de roca que fue a estrellarse, algo más abajo en la pequeña mochila que llevaba uno de mis primos, y que a punto estuvo de ocasionarle un buen chichón, si no algo más grave. O del cruce por los accesos algo más enrevesados en los que, por si acaso, los gastadores colocaban una cuerda guía y mi tío se aseguraba de que todos nosotros, uno por uno, estuviéramos bien enganchados con nuestro respectivo mosquetón. Me acuerdo cómo incluso, en alguna ocasión, él tuvo que pasarme en brazos de un lado a otro debido a que, con la tensión de los cordajes, mi arnés hacía que me levantara del suelo impidiéndome, dada mi corta estatura, apoyar los pies en la senda, para gran regocijo de mis hermanos.

Ahora soy consciente de que esa “escalada” realmente no fue más que una sencilla excursión y que toda la parafernalia de medidas de protección, arneses, cordajes, mosquetones, obedecía exclusivamente a nuestra presencia en la marcha, y no a que de verdad fuesen necesarias para veinteañeros de uniforme en plena forma física. También sé que en todo momento tanto mi padre como mi tío, e incluso los soldados más cercanos, estuvieron pendientes de nosotros y que no habrían permitido que nos enfrentáramos a nada de especial dificultad que nos pusiera en el más mínimo riesgo. Pero entonces, la impresión que yo tenía, la que teníamos todos los críos probablemente, no era tan realista, todo lo contrario, estábamos convencidos de que lo que llevábamos a cabo era una tremenda hazaña.

Y así vivimos también la llegada a la cima, como una enorme conquista, como un fabuloso logro, como una gran recompensa al esfuerzo realizado. Una vez arriba, devorando los bocadillos de mantequilla con chocolate que mi padre había cargado en su mochila, bromeando con mis primos y hermanos, repitiendo y magnificando una y otra vez las diferentes anécdotas que se habían producido durante la marcha, mirando el fabuloso paisaje del valle, el río, el pueblo y todo el frontal de farallones circundándonos, recuerdo haber sentido intensamente que eso me gustaba, que yo quería seguir haciendo eso. Entonces no fui plenamente consciente, pero fue sin duda ese momento, esa culminación de una sencilla excursión veraniega, mejor dicho, de “una fantástica escalada”, la que despertó en mí el verdadero amor a la montaña.

Amor que, afortunadamente, he podido fomentar a lo largo de estos años y que me ha permitido, dedicándome a ello incluso de una manera semiprofesional, continuar experimentando parecidas sensaciones a las que tuve por primera vez en aquel remoto paraje pirenaico.

# Yo, deportista

Quizá por eso, en estos duros momentos, cuando abro y cierro los ojos, veo, una tras otra, todas las imágenes de ese verano en que descubrí mi pasión montañera. Y también veo a las personas que compartieron conmigo ese descubrimiento, a mis padres, a mis tíos, a mis hermanos, a mis primos.

Veo también a los buenos amigos que he ido conociendo a lo largo de los años gracias a las montañas. A los que permanecen, y a los que ya no están.... Como Andreu, el mallorquín que nos dejó vencido por esa maldita placa desprendida en el Cervino. O como Enrique, el palentino que dio su vida al traste por ese absurdo traspiés en el Midi. O como los irlandeses Fran y Thomas y el repentino cambio de tiempo que pudo con ellos en el Nanga Parbat.

Veo finalmente a Luis, mi colega riojano de esta última cordada, ahora inconsciente a mis pies, exhausto y con síntomas graves de congelación. Al igual que yo.

Lástima que nuestra gran aventura en el K-2, tras dos años de preparación y el dineral invertido, haya terminado así, con nuestros compañeros viéndose obligados a abandonarnos ante el riesgo que corrían sus propias vidas, sorprendidos por esta tremenda ventisca y sin ninguna posibilidad real de ser rescatados.

A pesar de todo, no puedo evitar, treinta años después, experimentar la misma sensación que tuve al coronar por primera vez esa montaña de nombre evocador, La Zapatilla. Esa sensación de conquista, de trabajo bien hecho, de que a pesar de todo, esta ascensión, aunque sea la última, ha valido la pena.

## SU MEJOR GOL

Carlos Donatucci Banin

–¡Solo, estoy solo!, ¡pasalaaaaa! –La cara del tano Pezotto se transfiguró de furia cuando vio que el rubio Fernández había pateado al arco a pesar de que él estaba en una posición muchísimo mejor.

–¿Estás loco vos?, no te vi, ¿qué te pasa?... –le respondió el rubio de mala gana. El tano se le estaba yendo al humo cuando los demás jugadores lo tuvieron que agarrar para pararlo. En cierta forma, el tano tenía razón. Un oportuno silbatazo los paró en seco.

–¡Bueno, basta!, todos a bañarse; por hoy ya fue suficiente. Mañana los espero bien temprano, ¡rajen! –La voz del entrenador terminó la discusión. Todos miraron al tano para ver si se había calmado. El partido entre titulares y suplentes había terminado por anticipado. El ambiente estaba caldeadito cuando los futbolistas se dirigían a los vestuarios.

–¡Déjenlo al turro ese!, lo que pasa es que es un morfón de m... –dijo el tano entre dientes.

El rubio llegó a escuchar la frase, pero no se molestó en lo más mínimo en responder. Sabía que el otro estaba en lo correcto. No le había pasado la pelota a propósito. “¡Ni loco te la voy a pasar!”, se dijo el rubio, “¡Antes muerto!”

\*\*\*\*

El club de fútbol donde Pezotto y Fernández jugaban era uno de los más importantes de la capital. Su importancia no residía en haber ganado muchos torneos en primera división, sino en el poder de convocatoria que tenía. Era realmente conmovedor ver cómo los hinchas lo seguían a pesar de la falta de títulos. Esa temporada los directivos habían hecho un esfuerzo descomunal para reforzar el plantel. Por primera vez en muchos años estaban prendidos entre los primeros puestos. Dos de los nuevos refuerzos, Pezotto y Fernández, ambos delanteros, habían convertido casi todos los goles del equipo. Estos provenían de clubes tradicionalmente rivales y no se llevaban para nada bien. Un hecho que agravaba la situación era que ambos estaban en los primeros lugares de la tabla de goleadores del torneo y se celaban constantemente. Pero Fernández calentaba la pava mucho más que el otro. Era tremendamente egoísta y hacía lo imposible para que el tano no convirtiera un gol.

\*\*\*\*

El bar hervía de actividad. El murmullo de las conversaciones llenaba el ambiente. La gente volvía la cabeza hacia la mesa donde podían reconocer a uno de los goleadores del campeonato, acompañado por su representante.



–Tenemos que hablar de tu contrato. La temporada está terminando y todavía no renovaste, ¿Qué te pasa viejo? –El hombre, de baja estatura, miraba al futbolista con preocupación.

–Nada, no me pasa nada. Es el tano ese que me tiene podrido, nada más.

¿Quién, Pezotto? Anda derecho para el arco ¿no? –Apenas terminó sus palabras comprendió que hubiera sido mejor callarlas.

–¡No más que yo!

La mirada del rubio era filosa como el tono de su voz.

–No estoy seguro de querer seguir en el club el año que viene, a lo mejor me podés encontrar algo afuera, que no me vendría para nada mal.

–Las cosas no están fáciles –dijo el representante a la defensiva–. Si no tenés algún contacto importante no pasa nada.

–¿Y vos, cuándo vas a tener algún buen contacto, para variar? Ya es hora de que los tengas –replicó el rubio con acidez. El golpe bajo llegó a destino.

–Mirá rubio, a veces te ponés insoportable; si no estás conforme conmigo decímelo francamente, que para eso somos amigos de hace muchos años. No merezco este maltrato. Cuando se te pase la mufa llamame. ¡Nos vemos!

El rubio se quedó mirando el techo hasta que el otro salió apurado del bar. Enseguida se lamentó por lo que había dicho. Desquitarse con su amigo no había sido muy justo de su parte, pero no pudo evitarlo. Estaba mal en esos días, fuera de control. Y no era por el tano, había otra cosa que le trabajaba la cabeza. En los últimos meses le había costado un triunfo ir a entrenar. Ya no disfrutaba como antes jugando al fútbol. El deporte que había llenado todos los rincones de su vida lo estaba aburriendo. “Es cierto”, se decía, “para mí es un trabajo, yo vivo de esto”; pero nunca lo había visto de esa manera. Había perdido la frescura, la alegría y eso se notaba en el campo de juego. Se había ido del club anterior dando un portazo, peleado. Por cierto, sabía que ahora no le estaba yendo muy bien. Sus compañeros no lo querían, lo consideraban un mercenario, un comerciante. Lo toleraban a duras penas. Él había contribuido a fomentar ese resentimiento con sus continuas actitudes de *vedette*. Era muy difícil que pudiera revertir la situación. Por eso quería irse, no soportaba verse aislado y odiado. Para colmo de males, el domingo siguiente tenían un partido importante. De ganarlo, pasarían a estar a solo dos puntos del líder del torneo. Se levantó de la silla y dejó unas monedas en la mesa. El mozo se acercó sonriéndole con simpatía.

–¡Chau rubio, suerte para el domingo! –Él se dio vuelta ignorando el saludo y se encaminó derecho hacia la puerta, sin mirar a su alrededor.

\*\*\*\*

El estadio del club estaba repleto. Aunque no era muy grande, las tribunas ofrecían un espectáculo imponente. Era bravo jugar allí porque la gente estaba muy cerca del césped y eso intimidaba hasta al jugador más fogueado. Había que soportar los insultos, salivazos, proyectiles y demás muestras de afecto de la parcialidad rival, siempre atenta a demostrar su

cariño. En el vestuario local se podía palpar la tensión. Los futbolistas del club estaban conscientes de la parada que se jugaban. El entrenador los arengaba. A Fernández le pareció notar que la insistencia acerca del “juego de equipo” era un claro mensaje para él. En un momento giró la cabeza y vio a Pezotto y al Capitán que lo miraban con recelo. *“Me deben estar sacando el cuero de lo lindo”*, se dijo el rubio con una indiferencia total. A él le importaba muy poco “el equipo”; era un concepto que no estaba entre las bases de su filosofía de vida, al menos en los últimos años, en los que había peleado con uñas y dientes cada centímetro de terreno dentro de los planteles que le había tocado integrar. Obtener la titularidad y evitar que otro lo desplazara eran sus objetivos primarios, además de ser el goleador máximo siempre que pudiera conseguirlo.

El ayudante de campo les informaba que había llegado el momento de salir a la cancha. Cada vez que recorría el túnel se imaginaba a sí mismo como un gladiador saliendo a la arena del circo romano, donde la inmensa multitud sedienta de sangre esperaba con ansia el dantesco espectáculo. El ruido de los tapones repicando sobre el cemento del piso se volvió ensordecedor, mezclándose con el canto de las hinchadas a medida que se acercaban a la salida. Se sintió mal, descompuesto. El corazón le latía descontrolado. Cuando pisó el césped miró hacia las tribunas colmadas y saludó junto con el resto de sus compañeros. La hinchada coreaba los nombres de cada uno de ellos. Él esperaba ansioso que le llegara el turno. Esta práctica les permitía comprobar la popularidad que cada uno tenía. Le pareció que Pezotto había tenido más aplausos que él y eso le calentó la sangre. El tano le llevaba tres goles en la tabla. Estaba a dos del primero, con posibilidades de ganar el premio al goleador de la Asociación.

El árbitro miró a ambos lados del campo y sopló el silbato iniciando el encuentro. El rubio estaba nervioso, raro en él, que ya tenía una larga experiencia a cuestas. La sensación de malestar que había sentido en el túnel no lo había abandonado, lo tenía incómodo. *“Ya se me va a pasar”*, se dijo y trató de concentrarse en el juego.

\*\*\*\*

Promediaba el segundo tiempo. El partido estaba dos a dos. Los dos goles del club los había marcado Pezotto. Eso lo colocaba primero en la tabla de goleadores; pero a ellos se les escapaba una inmejorable posibilidad de alcanzar al líder. El rubio estaba que trinaba. Hacía un rato largo que jugaba para él mismo, con la intención de acortar la distancia que lo separaba de Pezotto. Se había perdido varios goles por “morfón”. Primorosos insultos bajaban de la tribuna demostrándole con claridad que los hinchas no estaban contentos con su desempeño. Hasta sus compañeros lo querían matar, al punto de que ya no le pasaban la pelota para no desperdiciar los avances.

En un momento dado, se produjo un rebote en la mitad de cancha. El balón le cayó servido en sus pies, volcado sobre el lateral izquierdo del campo. Arrancó con el veloz pique corto que lo distinguía y pasó a un rival, encarando directo hacia el área. Amagó el desborde por afuera y enganchó a la derecha con un quiebre de cintura, esquivando una violenta patada que lo hubiera partido al medio. Ya estaba casi dentro del área. Levantó la cabeza y lo vio al tano, solo, pidiéndole la pelota a los gritos, levantando la mano. Dudó un segundo si

dársela o patear él, dado que ya podía hacerlo. La gente en las plateas se paró intuyendo la proximidad del gol. Se afirmó sobre su pierna izquierda para pegar el derechazo al arco pero el instante perdido le resultó fatal. Sintió un feroz impacto sobre su costado derecho que lo arrojó por el aire con fuerza al ser atropellado por el marcador central del equipo rival y cayó casi de cabeza al suelo, pesadamente. Lo último que escuchó fue el pitazo del árbitro cobrando el penal, antes de que todo se volviera confuso y la oscuridad lo cubriera por completo.

\*\*\*\*

Cuando abrió los ojos, el sol seguía brillando como siempre, pero el cielo parecía más limpio, más claro. Unos brazos lo levantaron del suelo. Varias caras lo miraban con evidentes signos de preocupación.

–¡Rubio, rubio! ¿Estás bien? ¡Te diste un flor de cocazo!

Miró y no lo podía creer. Allí delante de él estaba el petiso Vidal, su representante, en una increíble versión de cuando tenía diez años. Ya había olvidado la cantidad de pelo que tenía el atorrante. A su lado estaban el gordito Sanguinetti y el loco Páez, las caras sucias y transpiradas, esperando que reaccionara. Él se miró y desde arriba reconoció los botines “Sacachispas” que le había comprado su padre después de meses de incansable insistencia. Levantó la vista y contempló a los tres, embobado.

–¡Dale rubio! ¿Qué te pasa? ¡Dale!, que estamos empatando y somos locales.

El viejo potrero de la vía y Suárez estaba igualito. La misma tierra que se les pegaba a los tobillos, rodillas, cara y que su madre sacaría con interminables rezongos; los mismos arcos de adoquines, las mismas medianeras que eran como impasables murallas cuando la pelota se iba al otro lado, traicionera. La pelota, “la número cinco”, reposaba sobre el piso de tierra esperando la reanudación del desafío. La habían comprado con un esfuerzo terrible. Estaba cosida a mano. No era como las de ahora, plastificadas; esta era de cuero “de verdad” y ellos la cuidaban con devoción, pasándole grasa, desinflándola cuando no la usaban, dejándola celosamente guardada. Los ojos se le humedecían de la emoción; el petiso Vidal lo agarró de un brazo y se lo llevó aparte, intranquilo.

–Che, si no podés seguir decime. Si te llegás a lastimar tu vieja me mata.

Él lo contemplaba incrédulo. Ya lo cuidaba desde que eran pibes, como lo haría toda la vida. El rubio sabía que ambos compartirían las inferiores en un importante club hasta aquella desafortunada tarde en la que el petiso se rompió los ligamentos de la rodilla derecha y no pudo jugar más en clubes afiliados. Ambos lo lamentaron siempre. Todavía recordaba al petiso diciéndole que no se preocupara, que sería su representante cuando jugara en primera.

–¡Movete, rubio, que nos están esperando!

Los pibes del equipo de la otra cuadra ya hablaban algo acerca de “un arrugue”. El daño podía ser irreparable si ellos se borraban.

–Ya estoy bien, ¿qué pasó? –dijo el rubio, simulando recobrar el sentido.

–Tenemos que patear el penal, ¿no te acordás? Quedaste medio boleado vos. Si lo metés ganamos, ¡dale!

El loco le dejó la pelota en las manos. Él sabía positivamente que el mejor pateador de penales de su equipo era el gordito Sanguinetti, el arquero volante. Volante por lo redondo, le decían; pero pateaba los penales como los dioses. Después de unos momentos de vacilación se volvió hacia el gordo.

–Vení gordo, patealo vos. –Se escuchó decir.

–¿Estás seguro? ¿No lo querés patear vos? –dijo el gordo alarmado.

–No, quedate tranquilo gordo; ¡andá y metelo!

El gordito no falló. Un sentimiento de felicidad inigualable los inundó cuando terminó el partido, como si hubieran ganado un mundial con ese gol

–¡Gracias rubio, sos un capo! –le dijo el gordo, con una sonrisa de oreja a oreja.

–¿Por qué, che?

–¡Por dejarme patear el penal, gilún!; no cualquiera lo hubiera hecho.

Sí, era cierto. No cualquiera. Pero él era uno de esos en esa época. Los rostros de sus amigos se disolvían a medida que la escena volvía a refugiarse en la noche de sus recuerdos.

\*\*\*\*

Alrededor del rubio reinaba el caos. Los jugadores rivales hostigaban al árbitro por haber cobrado el penal mientras los jueces de línea se esforzaban por protegerlo. El médico del club trataba de sacar al rubio Fernández del estado de idiotez en el que se encontraba hacía largos minutos. Además, había un defensor penal a ser pateado. El rubio estaba atontado. No terminaba de recuperarse del fuerte golpe que se había dado al caer. El entrenador preguntaba si podía continuar o tenía que cambiarlo. Las dos hinchadas gritaban enloquecidas ante la inminencia del penal. Los respectivos cánticos se cruzaban en el espacio sacándose chispas.

El delantero salió de su estupor y dijo que podía seguir, sabiendo lo que eso significaba. Los goleadores del equipo tenían un arreglo que determinaba que si a cualquiera de ellos le cometían un penal, ese mismo sería el encargado de patearlo. Esto lo señalaba a él como ejecutor del disparo. El Capitán se acercaba con la pelota en la mano. Se la entregó mientras lo miraba para asegurarse de que estuviera en sus cabales.

–No lo vayas a errar, ¡mirá que la cosa está que arde!

“Gracias por el aliento”, pensó el rubio, mientras caminaba con el balón hacia el punto del penal. Acomodó la pelota con la minuciosidad de un cirujano y retrocedió unos pasos. Se dio vuelta para enfrentar al arquero. Todavía le duraba el mareo. El recuerdo de la visión que había tenido estaba fresco en su memoria. Pensó que no le gustaba la persona en la que se había convertido. De qué le valía la guita y la fama si todos pensaban que era un mercenario egoísta, incapaz de tener un gesto de nobleza para con nadie. No era afecto a las películas donde el malo se arrepentía de golpe, convirtiéndose en el muchacho bueno del día a la noche; pero presentía que esta era su última oportunidad para producir un cambio, un giro en su vida. “¿Por qué no?”, se dijo.

El árbitro hizo sonar el silbato. El rubio no se movió. Miles de pares de ojos lo observaban expectantes. De pronto, un murmullo de sorpresa se levantó de las tribunas cuando él dio la vuelta y se dirigió hacia Pezotto. Nadie en el estadio entendía qué cuernos estaba pasando.

Se paró frente al tano y le dijo: Andá tano, patealo vos. –Sabía que el tano quedaría solo al tope de la tabla de goleadores si convertía, pero ya no le importaba.

–¿Qué te pasa che?, ¿el golpe te dejó tarado? –le dijo el tano con desconfianza–. Después te vas a arrepentir.

–No, estoy perfectamente; sé muy bien lo que estoy haciendo, ¡andá y metelo!

Pezotto lo traspasó con la mirada pero no detectó ni una pizca de sarcasmo en el rostro del rubio. Lentamente se encaminó hacia el área. El tano agarró la pelota y la reacomodó a su gusto en el punto del penal, cumpliendo con ese ancestral rito futbolero. El rubio Fernández se dio vuelta, caminó unos pasos hacia el círculo central y permaneció de espaldas al arco rival. Escuchó el pitazo del árbitro presintiendo lo que vendría. Pasaron unos interminables segundos antes de escuchar el grito más hermoso que un futbolista pueda escuchar, el grito de gol. Se dio vuelta y vio a sus compañeros corriendo enloquecidos hacia Pezotto. El tano los esquivaba a todos para salir disparado hacia donde estaba él, la boca redonda, el brazo extendido, señalándolo con el dedo índice, dedicándole la conquista.

En unos instantes, el tano se le tiraba encima en un loco festejo. Pocos segundos después se encontraba en la base de una pirámide humana vibrando unánime con el pulso del gol. Al fin era uno más de ellos, del equipo que tanto había despreciado. Había bastado solo un simple gesto para producir el milagro. Mientras trataba de respirar bajo el peso de sus compañeros, una sensación de paz lo inundó, sabiendo que había dado un paso importante en su crecimiento personal. El árbitro soplabá el silbato urgiéndolos a continuar el partido. Al fin, la montaña humana se deshizo. Después de recibir el reconocimiento de todo el equipo, se dirigió hacia el centro del campo. Todavía faltaban casi quince minutos para que terminara el encuentro. Entonces, recordó la cara sonriente del gordito Sanguinetti dándole las gracias y supo que había hecho lo correcto.

El juego se reanudó pero el resultado ya no le parecía tan importante. Su mente estaba en otro lado, en aquel potrero de al lado de la vía, en la calle Suárez. Fue entonces que comprendió que había hecho muchos goles valiosos a lo largo de su extensa carrera, pero sin duda alguna, el de recién había sido su mejor gol.



## FALTA PERSONAL Y VICTORIA

Jesús Ángel Gómez Martín

Una mañana más, el despertador lanzó un atroz bostezo que hizo vibrar aquella pequeña pero acogedora habitación. La alarma provocó el retumbe de las paredes, al igual que las tormentas lo habían estado haciendo durante toda la noche. Un nuevo día empezaba, quizás frío y oscuro, pero nuevo. A pesar de ello, siempre quedaría la posibilidad de que la rutina se apoderara de él y lo hiciese, no un día nuevo, sino un día más. De ser así, quedaría arrinconado en el tan apretujado cuartillo de los olvidados, cuyas puertas se abren a la medianoche para acoger a toda aquella jornada yerma.

El intenso trabajo realizado durante los últimos meses en el centro de alto rendimiento había quedado estas puertas abiertas en el caso de Guille. Los duros entrenamientos conllevaban un sacrificio que, de no ser por la recompensa que tendrían, ya los habría abandonado. Era consciente de que todo sueño requiere un esfuerzo y si quería ir a Londres tenía que aprender a soportarlo. Pero esto no era algo nuevo para él. A pesar de su juventud, Guille ya se había demostrado que estaba preparado para resistir cualquier dificultad. Es más, era incluso capaz de sobrellevarla de buena manera.

71

Estiró el brazo derecho hasta dar con el interruptor del flexo, lo apretó y se hizo la luz. Se desperezó. Cogió las gafas de la mesilla y se las puso. Aún sobre la cama, se quitó el pijama y lo dejó sobre ella. Deseó que acabaran ya esos días lluviosos de abril y llegaran los rayos de sol de mayo para ponerse el pijama de verano. Era caluroso por naturaleza. Se desplazó como pudo hacia los pies de la cama, donde cada noche dejaba preparada la ropa que se iba a poner durante el día. Se colocó el chándal y se sentó en el borde de la cama. Cogió impulso y, a la de tres, se sentó en su silla de ruedas. Se inclinó, acomodó sus pies sobre los reposapiés de la silla y listo. Como siempre, dio un par de vueltas sin moverse del sitio para calentar muñecas. Sintió el frío de toda la noche en la silla, comparado con el calor de su lecho, aunque pronto cogería temperatura. Lanzó el pijama a la parte delantera de la cama, echó la sábana y la manta hacia delante sin detenerse a quitar arrugas, extendió el pijama y colocó encima la almohada. Si algo positivo tenía estar allí era que su madre no vendría luego a decirle que ordenara mejor su cuarto. Y eso le daba aún más libertad de la que ya tenía. Fue al baño, se lavó la cara y se mojó un poco el pelo para echarse el fijador y levantarse el tupé. Ya iba saliendo de la habitación cuando tuvo que volverse. Otra vez se le

olvidaban las zapatillas de deporte, así que las cogió del mueble y se las puso sobre los muslos para que Lola se las abrochara. No es que él no supiera, pero le encantaba que ella le ayudara para recordar cuando lo hacía su madre.

De camino al comedor, recordó el primer equipo en el que empezó a jugar a baloncesto. Fue en su colegio, con nueve o diez años, y estaba formado por algunos de sus compañeros de clase y otros amigos de un curso superior. El primer año fue un fracaso. Solo ganaron dos partidos y al mismo equipo. El resto lo perdieron y casi siempre con una diferencia de más de veinte puntos. Pero cuando llegaron al instituto la cosa cambió. El entrenador era nuevo y transmitió al equipo más ilusión. Además, muchos de los jugadores, incluido Guille, habían dado el estirón y contaban en el equipo con varias torres. En esos años hicieron un buen papel, llegando incluso a quedar campeones de la liga provincial y representar a su ciudad en el campeonato regional. Sin duda, fue el primer equipo que le hizo sentir pasión por el baloncesto. Algo que, en ciertas ocasiones, llegó a sacar de quicio a su madre, pues fue la causa de algún que otro suspenso.

El muchacho recorrió el largo pasillo con habitaciones a ambos lados, atravesó el espacioso salón dedicado al descanso y llegó hasta el comedor. Una mañana más, el peinado lo había hecho retrasarse. No obstante, ser el más joven de su equipo tenía ciertas ventajas y llegar tarde por ser un poco presumido era algo que no molestaba en absoluto a los más veteranos. Estaban allí todos los que se encontraban concentrados en el centro de alto rendimiento, desayunando en torno a tres mesas largas. En una estaban los jugadores de la selección danesa de baloncesto, que residían en la segunda planta del edificio y se preparaban para los Juegos Olímpicos. La relación con ellos era rara, pues ni el idioma ni la forma de ser eran iguales. En la mesa del medio estaba la selección nacional junior. Estos chavales vivían en la primera planta y estaban en una etapa crucial, pues se encontraban a la espera de que algún club importante se fijara en ellos y dieran el salto a la máxima competición. En la última mesa comía el equipo de Guille, la selección absoluta paralímpica de baloncesto. Ellos se quedaban en la planta baja para no tener que estar subiendo y bajando con las sillas de ruedas. Aunque había un ascensor, no era muy amplio y tendrían que esperar mucho a la hora de subir todos. Entre ellos eran una familia. Al margen de las buenas relaciones que normalmente se establecen entre los componentes de cualquier equipo, a ellos los unía algo más. Y es que necesitaban en muchas ocasiones la ayuda de algún compañero para hacer una simple tarea. Eran imprescindibles unos para otros.

Por allí estaba Lola, sirviendo leche caliente, zumos, tostadas, frutas y cereales a todo el que iba llegando. Ella era para Guille lo más parecido a su madre, a quien tanto extrañaba durante los meses que permanecía allí. Todas las noches la llamaba para hablar con ella y con su padre. Era hijo único, por lo que ellos también lo echaban mucho en falta, aunque comprendían que la causa que los mantenía separados era necesaria si querían realizar un buen trabajo en Londres. Cuando Lola lo vio con los zapatos sobre las piernas, dejó lo que estaba haciendo y se fue hacia él. Ella también sentía algo especial por Guille. No sabía si era por ser el benjamín del equipo, por su discapacidad o por su forma de ser tan positiva. Tal vez por la suma de todas esas cosas. Lo cierto es que lo quería como si fuera su hijo. Se fue hacia él y lo saludó:

–Buenos días, Guille.

–Buenos días, Lola –le contestó él sonriente.

–¿Qué tal la noche? ¿Has podido dormir con tanto trueno?

–¿En serio me haces esa pregunta, Lola? Cuando llegué a la habitación casi no me dio tiempo a cambiarme de la silla a la cama cuando ya estaba dormido –dijo en tono enfadado por la dureza del entrenamiento del día anterior–. Últimamente estamos acabando reventados. Ni siquiera me acordé de llamar a mis padres.

–Pues aún te quedan los peores meses, así que no te quejes. Anda, trae, que te los abrocho. –Y le quitó los zapatos de las piernas para atárselos en los pies–. ¿Qué vas a desayunar?

–Un zumo y un par de tostadas. Ahora nos toca gimnasio, espero que Fernando tenga en cuenta cómo acabamos ayer y tenga piedad –dijo el joven mientras Lola le colocaba el desayuno en una bandeja–. Luego en el almuerzo te contaré.

El muchacho se fue hacia la mesa donde se encontraban sus compañeros de equipo. En su mente, el deseo de que la jornada no fuera intensa. Su entrenador, Fernando, había endurecido los entrenamientos hasta adaptarlos al nivel que unos Juegos Paralímpicos requiere. Pero esto no había terminado de encajar en la forma de ser de Guille. El seleccionador actual había llegado hace dos años, sustituyendo a Víctor. Este último fue quien confió en el muchacho y lo convocó para la selección. De esto hacía ya tres años. Pero la marcha de Víctor, quien hiciera a Guille sentirse útil y disparara su moral por las nubes, dolió al joven, pues había perdido un pilar fundamental, el que apostó por él. Fue entonces cuando empezó a inclinar su confianza en sus compañeros, perdiéndola con el místico, Fernando. A esta falta de entendimiento se le sumaba ahora el malestar por la exigencia que pedía, algo que estaba provocando que Guille llegara a mirarlo a veces incluso con un poco de odio. No así sus compañeros, con más experiencia que él, quienes entendían esa situación porque ya habían pasado por ella o por alguna similar.

Sin embargo, la alegría que transmitía al equipo y su buen humor eran suficientes para acabar con cualquier frágil relación que hubiera, aunque todo dependía de él. Si aquello era como una mala hierba en un jardín, tenía que arrancarla cuanto antes y que las flores salieran al paso. Y qué mejor día que aquél. Guille estaba decidido a hablar tranquilamente con su entrenador y acabar con ese extraño trato que mantenían. En Londres tendrían que compartir muchas horas juntos y sería insoportable hacerlo estando enfadados. Se sentía preparado. Lo haría por la tarde, antes de la cena, así estarían los dos más calmados.

Pero antes había que seguir con el programa establecido y esa mañana tocaba gimnasio. Para ello tendrían que desplazarse al otro edificio, el que estaba frente al de las habitaciones y el comedor. Era el dedicado a lo estrictamente deportivo y, por supuesto, el más grande de los dos que formaban el centro de alto rendimiento. El otro era más bien una residencia. En éste estaban el gimnasio, dos pistas de baloncesto cubiertas, vestuarios, salas para masajes e incluso una piscina. Así que todos recogieron sus bandejas y se pusieron en marcha. Bueno, todos no. Una vez más, Guille había vuelto a atar una cinta a la silla de ruedas de Andrés, por un lado, y a una de las patas de la mesa por el otro. El arranque de Andrés provocó la caída de varias bandejas, vasos y platos, ante la mirada de todos los presentes. Sin embargo,

todos conocían ya la travesura de Guille, incluida Lola, quien lejos de enfadarse, sonrió a Andrés sabiendo que él no había sido y girando la cabeza hacia la puerta, por la que ya iba saliendo Guille, le gritó con cariño:

–¡No sabes las ganas que tengo de que llegue agosto y no te vea por aquí! ¡A ver si te enamoras de una inglesa y te pierdo de vista!

A lo que Guille respondió:

–¡Eso es imposible! ¡Yo solo estoy enamorado de ti! ¡Te quiero, Lola!

El comentario sacó las carcajadas de todo el equipo y de la propia Lola. Sin duda, Guille era una pieza fundamental en el grupo y, una vez más, lo había vuelto a demostrar.

La sesión matinal fue suave. Fernando había comprendido el esfuerzo del día anterior y sus jugadores se lo agradecieron. Para la tarde había preparado un entrenamiento de carácter táctico, pero antes les esperaba el almuerzo y una hora de descanso en la que podrían leer, escuchar música o ver la tele. El horario animó al equipo y Guille, como siempre hacía en momentos de alegría, lo exteriorizaba levantando las ruedas delanteras de su silla. Esto era algo que todos en el equipo controlaban, aunque algunos con más destreza que otros. Sin embargo, la lluvia de toda la noche había hecho que la entrada al edificio del comedor por el patio estuviera mojada. El suelo resbaladizo descolocó la silla del joven tras coger impulso al elevarla y éste, en un gesto de tenerlo todo perdido, lanzó un grito seco al aire que no tuvo respuesta inmediata.

–¡No!

Cuando quiso darse cuenta ya estaba en el suelo con el antebrazo izquierdo bajo su silla. Sintió un dolor frío y terrible en su muñeca que le llegaba hasta el hombro y más allá. El ridículo ante sus compañeros pasó a un segundo plano. Ni se puso colorado. El malestar superaba todo y bloqueaba su capacidad de reacción. Tan solo unas palabras calladas salían de su boca, sin intención de ser escuchadas sino más bien llenas de culpa.

–¡Ah! ¡Mi mano! ¡Ah! ¡Qué dolor!

Su brazo izquierdo se apoyaba sobre su pecho, y con su mano derecha intentaba sin conseguirlo colocar su muñeca lesionada de forma que suavizara el sufrimiento. Un par de lágrimas brillaron, aunque sin llegar a recorrer las mejillas. Rápidamente sus compañeros le ayudaron a subirse a la silla. También Fernando y Mario, el fisioterapeuta. El revuelo fue visto desde el comedor, donde ya estaban los chavales del equipo junior almorzando. Todos corrieron hasta allí para ver qué pasaba, incluida Lola, quien no pudo evitar llorar al ver a Guille retorciéndose de dolor.

Sin pensarlo un instante lo llevaron al hospital para que lo atendieran y ver el alcance de la lesión. El camino hasta llegar se le hizo interminable, no sólo por su dolencia física, también por la emocional. En su conciencia estaba sellada la idea de que había actuado sin ser responsable, no había mirado por el resto del grupo. Y por si eso fuera poco, el plan meditado por la mañana para renovar la amistad con Fernando acababa de desaparecer de un plumazo.

El resultado no se hizo esperar y la doctora, con radiografía en mano, lo pronunció de tal manera que a Guille le sonó casi a sentencia de muerte.

–Tienes la muñeca partida. Ahora te pondrán una escayola y la tendrás como mínimo seis semanas.

El joven se puso a echar cuentas enseguida. Los números corrían ilusionados por su mente hasta que...

–Cuando te la quiten tendrás que ir a algunas sesiones de rehabilitación. Estas lesiones mal curadas pueden traer problemas posteriores. Eres joven y por lo que veo las muñecas para ti son imprescindibles. Mejor no tentar a la suerte y guardar el reposo que sea necesario. Acompañadme. Por aquí.

Mario, que fue quien acompañó a Guille al hospital para que el resto del equipo no perdiera el entrenamiento de por la tarde, se levantó del asiento y fue empujando la silla del muchacho desde la consulta hasta la sala donde le iban a poner la escayola. No sabía qué decirle que no le pudiera molestar. Finalmente, le dijo unas palabras de ánimo que, sin dudas, Guille ni se paró a oír.

–No te preocupes. No pasa nada, hombre.

Cuando por fin acabó todo, los dos se montaron en el coche de Mario y volvieron al centro. Quizás llegaran a la hora de la cena, aunque Guille no tuviera ganas de comer ni de nada. Su cabeza ardía: la lesión, los Juegos, sus compañeros, el esfuerzo de sus padres estos años... y encima su entrenador. Quería desaparecer.

75

El joven, que no quería nada más que llegar a su habitación y llorar, pidió a su fisioterapeuta que le acompañara al cuarto para ayudarlo a cambiarse y meterse en la cama. Ya tendría tiempo al día siguiente de hablar con sus compañeros. Mario le entendió y lo acompañó sin pasar por el comedor, donde todos cenaban.

Guille ya estaba solo en su cama, con la luz apagada y la puerta cerrada, esperando un nuevo día, a ser posible mejor que el pasado, cuando escuchó la puerta abrirse.

–¿Se puede?

Guille se incorporó como pudo y giró la cabeza. No se lo podía imaginar. Era Fernando.

–¿Cómo te encuentras? Lola tenía una copia de la llave de tu habitación. Me ha contado que se la diste hace un tiempo y no quería que te acostaras sin hablar con alguien. Mario me llamó mientras te ponían la escayola y me lo ha contado todo.

En la habitación imperaba el silencio. El destino, otra vez imprevisible, había querido que la esperada conversación tuviera lugar, aunque no de la manera deseada por Guille. El entrenador continuó tras una pausa en la que su jugador sólo bajó la mirada, perdiéndola al final de la cama.

–Como ya sabes, la recuperación te va a tener apartado del equipo unos meses. Entenderás que el tiempo para volver al nivel en el que estabas no es suficiente. Entrenamos para unos Juegos Paralímpicos y eso son palabras mayores. Todos, incluido yo, tenemos que



# Yo, deportista

estar al máximo si queremos hacer algo importante. Comprendo tu dolor. Ha sido mucho el esfuerzo que has realizado para jugar con los mejores. Quizás conmigo no te hayas sentido como con el resto de los compañeros, pero yo valoro el trabajo que cada uno realiza y todo lo que aportáis a los demás. Y tú, Guille, aportas mucho. Alegría, optimismo, ilusión. Eres una pieza clave para mantener la unión del equipo. Por eso, aunque no puedas venir a Londres como jugador, vendrás como mi ayudante. Te necesito a mi lado, y el resto también. Tienes el billete asegurado, así que no te preocupes por nada. Duerme tranquilo. Buenas noches.

Aquello sí que no se lo esperaba. La lección que le había dado su entrenador le había descolocado. Inmediatamente recordó lo que hace unos años cambió su vida por completo. La paraplejia causada por un accidente de tráfico cuando volvía de una fiesta con sus amigos trastocó los planes de Guille pero, sin duda, la relación con su padre se vio fortalecida. Se llevaban fatal, pero las sesiones de rehabilitación los unieron como nunca lo habían estado. Ahora, años después, otra lesión, mucho menos grave pero también dolorosa por lo que se perdería, lo iba a unir con otra persona. La vida le demostraba de nuevo lo que verdaderamente importa. Guille se emocionó y abrazándose a su entrenador, lloró.

-Gracias, Fernando. Gracias.

## HOY NO ME PUEDO LEVANTAR

Joaquín García Box

Son las siete menos cuarto de la mañana, hoy no me encuentro muy decidido a emprender las actividades que tengo previstas, no encuentro la respuesta adecuada en mis enzimas; detecto en ellas una desgana superior a lo natural. Lo cierto es que soy el único culpable de que esta sensación se haya apoderado de todo mi cuerpo, ayer no debí portarme tan altivamente con él, me pedía compasión y yo no tuve la suficiente sensibilidad como para atender sus peticiones.

¿Ahora me castiga diciendo que no quiere ponerse en marcha? En ese estado de obcecación y de un modo decidido hoy atenderé a sus peticiones, he de reconocer que casi siempre soy yo quien gana en este tipo de decisiones, pero especialmente hoy me encuentro agradecido a mi cuerpo y le permitiré que me proponga qué hacer con él durante todo el día, es una promesa que realizo de un modo sincero; creo que se lo merece, siempre se ha portado muy bien conmigo y casi nunca he sido capaz de tener con él un reconocimiento suficiente y, por supuesto casi nunca he agradecido su comportamiento y sumisión.

77

–¿Qué es lo que quieres que hagamos? –le pregunté.

–Déjame que piense!...–pasa al menos un minuto sin respuesta y me resulta extraño.

–¡No tardes tanto en decidirte! Me tienes en ascuas.

–Déjame que piense!... tranquilo –me repitió sin inmutarse; yo, impaciente, no quería asimilar lo que mi cuerpo me estaba haciendo, pero diría que me estaba castigando por mi zozobra.

Decidí que lo dejaría decidir, a fin de cuentas es lo que me estaba pidiendo desde hace años. Transcurrida por lo menos una hora –no lo puedo precisar con exactitud, ya que aproveché la indecisión de mi cuerpo para dormirme un poquito–, desperté sobresaltado, miré al reloj de agujas que tengo sobre la mesilla y me alarmé cuando vi la hora que era, las ocho menos cuarto y mi cuerpo aún no me había dicho nada.

–¿Tienes claro lo que vamos a hacer? –le pregunté enfadado–, ¡ya está bien!

–Déjame que piense un poquito más, ya casi lo he decidido pero no lo tengo claro. Déjame un poquito más ¡porfaaaaaaa! –me rogó con cierta sumisión; de nuevo parecía que estaba dispuesto a ponerse a mis órdenes.

–En ese caso te doy cinco minutos, pero ¡ni un segundo más!, ¿has comprendido? –le propiné con autoridad, no permitiría que el desliz anterior le diera un poder sobre mí que jamás le había consentido.

Una vez adoptada esta decisión no tenía otra condición que cumplirla a rajatabla, yo siempre había odiado a las personas que no cumplen con lo que prometen, por eso no estaba dispuesto a hacer algo que odiaba desde lo más profundo de mi ser. Me senté sobre la cama, hice una especie de cuna con las almohadas y allí me dispuse a esperar el tiempo que había determinado, ¡ni un segundo más de cinco minutos! Durante los dos primeros minutos, miré el reloj con impaciencia, los segundos no transcurrían con la velocidad necesaria. ¡La velocidad!, ¡menudo concepto!, me di cuenta de que no podía definir la velocidad más allá de la expresión científica de distancia partido por tiempo, pero eso no era lo que yo sentía, la velocidad era otra cosa que necesitaba una definición distinta. Decidí de pronto que estos minutos los dedicaría a intentar una nueva definición para la velocidad.

Cuando volví en mí, ¡casi me muero!, ¡eran las doce menos cuarto!, no comprendía nada; había decidido que elaboraría una nueva teoría de la velocidad y me quedé dormido, ¡espesamente dormido!, observé a mi cuerpo que seguía tan tranquilo, no tenía alteración ninguna, y por su aspecto llegué a entender que todavía no había alcanzado una decisión sobre lo que haríamos el resto del día. En este caso las pocas horas de día que quedaban, porque sin darnos cuenta mi cuerpo y yo, habíamos consumido cinco horas, y lo más sorprendente es que las pasamos ¡sin hacer absolutamente nada! Por su aspecto mi cuerpo continuaba igual, y yo no había alcanzado a desarrollar una nueva teoría de la velocidad. Toda la rutina de mi mundo se estaba desmoronando sin atender a una decisión previa, ¡simplemente se desmoronaba! Y yo no podía hacer nada para evitarlo.

78

–¿Has decidido ya? –le pregunté con una impaciencia casi amenazante.

–Espera un poquito –decía con una parsimonia desesperante–, ya casi lo tengo decidido, ¡solo un poquito!

–No, no y no; ya te dije que te daba cinco minutos y ¡ni un segundo más!, de esto hace ya cuatro horas y sigues igual, pidiéndome un tiempo que ya no tenemos.

–Solo un poquito, David, solo un poquito. ¡Casi lo tengo!

–De acuerdo, solo un poquito, uno o dos minutos y ¡se acabó!, si no eres capaz de decidir nada seré yo quien lo haga, ¿estás en lo que te digo? –le amenazaba con desmoronar todo su entramado.

–En ese caso, estoy de acuerdo, dame dos minutos, y ya te digo lo que he decidido –me manifestó con una tranquilidad que a mí me dañaba en mis más cercanos sentidos.

Dando muestras ostensibles de mi cabreo, me aseguré de que no volvería a dormirme mientras esperaba la decisión de mi cuerpo. Para ello retiré las almohadas de la cama, puse en marcha el reproductor ipod conectado al amplificador Onkyo de última generación y los altavoces en sistema 5.1 de 140 watios marca Bose, que había ganado recientemente en un premio, lo activé hasta el quince por ciento de su capacidad. El sonido que emitió lo sentí más como un estremecimiento súbito que como cualquier otra sensación. El sonido que emanaba emocionado de tan indescriptible máquina y se transmitía a las potentes bocinas

alarmó a todo el vecindario. La música, un regalo de mi hermana en mi más reciente aniversario, había decidido no escucharla hasta que llegase el momento adecuado y ¡mira que suerte!, ese momento había llegado precisamente ahora. Necesitaba algún estímulo que pudiese poner a mi cuerpo en funcionamiento, que activase mi adrenalina. Era imprescindible que alcanzase pronto un nivel de lactosa adecuado, o todo yo, incluido mi cuerpo, quedaríamos entumecidos de modo inapelable y para siempre.

Todas las acciones las realicé desde la cama, tenía el sistema de mandos a distancia esparcido por todo el entorno, dispositivos de todos los colores y formas me tenían rodeado como la presa de una camada de depredadores, parecía que quisieran saltar sobre mí y devorarme, despacio, tomándose el tiempo necesario para que el refrigerio estuviese en su punto justo de cocción. No podía hacer otra cosa que estremecerme en mi indolencia, había cometido un error, le había dado a mi cuerpo unas atribuciones a las que no estaba acostumbrado; durante toda mi existencia siempre fui yo quien imponía las órdenes, solamente yo decidía el cómo, el cuándo y el qué. La decisión poco acertada de darle la oportunidad de decidir me había proyectado a un callejón sin salida, mi cuerpo no decidía, y como yo soy un hombre de palabra, no tenía otra opción que ser fiel a mis credenciales.

Alguien golpeó con insistencia la puerta de mi celda, ¿sería mi madre?, ¿sería mi padre?, ¿sería mi hermana?, no sabía quién podía ser. De un modo casi precipitado me percaté de otra cuestión vital, ¡no sabía en que día estaba!, no conseguía recordar lo que hice ayer y tampoco si era lunes o domingo; otra turbación a la que hacer frente, ¿como podía acordar acciones con mi cuerpo, si no sabía ni el día que era?, mi cuerpo no tenía la capacidad de este conocimiento, él solo sabía acatar las órdenes que yo le imponía, nunca le di la posibilidad de que creciese solo y fuese capaz de realizar sus propias acciones. Yo había provocado semejante incapacidad, nunca di a mi cuerpo la posibilidad de decidir por sí mismo y había creado un tonto.

Lamentándome de mi incapacidad para gestionar asuntos relacionados con lo más íntimo de mí, contesté a la llamada que insistentemente continuaba aporreando la puerta, ahora tenía dos frentes a los que atender, por uno mi cuerpo sin capacidad de decisión y por otro la persona que llamaba a la puerta.

–¿Qué quieres? –pregunté de un modo cínico–. ¿Quién eres?

–David, ¿te pasa algo? –dijo una voz tras el umbral. Parecía mi madre.

–No, no me pasa nada. Estoy un poco cansado –respondí esto por desconocer exactamente qué me sucedía, era una respuesta formal.

–¿Puedes abrir la puerta? –preguntó con un atisbo de preocupación maternal. En definitiva se trataba de mi madre, llegué a esa conclusión–. ¿Puedes bajar el volumen de la música?, no te escucho.

–Sí, de acuerdo bajaré el volumen, pero no te abriré la puerta. No me encuentro preparado –le dije desde la cama, ni siquiera intenté ponerme en pie.

Ahora notaba que la sensibilidad de mis piernas estaba algo entumecida, las piernas que yo conocía hasta el más mínimo detalle se presentaban ante mí como ramas acartonadas de

piel que cubría algo en su interior que para mí resultaba desconocido. Mi cuerpo se había tomado tanto tiempo en decidir lo que hacer que me estaba atrofiando. Percibí esta sensación sin otro motivo que la propia pesadez que comenzaba a sentir. Al reducir el volumen de la música alcancé a comprobar que se trataba del “Elephant gun” de Beirut; adoraba esta canción y no la había reconocido hasta el momento en que mitigué el volumen; ¿qué me estaba sucediendo?, apenas podía reconocerme y mi cuerpo no había encontrado la respuesta a mi pregunta, no había decidido qué hacer, quedaban pocas horas por delante y aún no sabía qué programa seguiríamos; comenzaba a indignarme, semejante escasez de capacidad de decisión me aletargaba y me exoneraba de toda culpa, exceptuando la de haber dotado a mi cuerpo del libre albedrío, nadie podía culparme de otra cosa que la de haber dejado libertad al advenedizo con el que convivía a diario:

–¿Has decidido algo ya?, han pasado más de dos minutos y sigues sin decir nada –intenté castigar a mi cuerpo, atrapado como estaba entre tanta indecisión. Conseguí golpearme en el pecho al modo que había visto en las películas de King Kong. He de reconocer que uno de los golpes consiguió producirme dolor, y por poco casi logra sacarme de mi letargo.

–Espera un poco David, por favor. ¡Ya casi lo he decidido! –Tanta tranquilidad me irritaba, ¿cómo podía mi cuerpo tener esa flema?

–¡Termina ya, acaba de una vez, estoy harto! –le dije a mi cuerpo cerrando el puño ante mi cara como amenazante, describiendo un giro en la muñeca al que estaba muy acostumbrado.

Otro golpe en la puerta, en esta ocasión parecían escucharse dos voces tras el umbral. Por fortuna, cerca de mí también tenía el mando a distancia que controlaba el dispositivo de apertura y cierre de la cancela, algo que había conseguido recientemente y no estaba dispuesto a dejar que nadie invadiese mi intimidad. Sería imposible que existiese una sola persona capaz de entender la relación con mi cuerpo, esas conversaciones privadas entre él y yo mismo correspondían a lo más estricto de los apartados reservados. No quería que nadie se interpusiese en estas conversaciones, ni en los castigos que solía infligir en el caso de que no respondiera a mis peticiones. Contesté de mala gana.

–¿Qué queréis?, dejadme tranquilo, ¡no pasa nada! –dije a los interlocutores que había tras la puerta.

–David, ¿te pasa algo? –Por el tono de las palabras se evidenciaba una preocupación que no era capaz de entender.

–¡No, mamá! Me encuentro perfectamente. –Mi entonación quería ser severa, pero no lo conseguía.

–Abre la puerta, David, ¡déjame pasar! –insistía, parecía estar acostumbrada a este tipo de peticiones, por lo que pude intuir en el modo en que pronunciaba las frases.

–¡Ahora no!, cuando me levante te dejaré pasar. Mientras tanto, ¿por qué no me preparas el desayuno? –Era un modo de quitármela de encima, dándole algo para hacer.

Creí haberla convencido, mi petición era lo suficiente elocuente como para ser interpretada en su verdadera magnitud. Un rumor, casi un cuchicheo conseguía escuchar tras la fina madera que separaba un espacio de otro, entendí cómo decían que cada vez



estaba peor, que no atendía a razones de ningún tipo, que de continuar por este camino no tendrían otro remedio que internarme, decían que mi padre estaba tan preocupado que había dejado de insistir y solamente esperaba que me fuese apagando poco a poco. Del contenido de aquellas palabras no conseguí entender lo que realmente escondían tras su aparente inocencia, era evidente que hablaban de mí, pero no alcanzaba a descifrar el enigma que encubrían las palabras y frases sueltas que era capaz de unir e interpretar. Subí de nuevo el volumen de la música, los sonidos de viento del “Elephant gun” enervaron mi espíritu, aunque mi cuerpo extrañamente seguía sin reaccionar. En verdad estaba lento y entumecido, ya había pasado más de un cuarto de hora y no había conseguido decidirse, yo casi estaba dispuesto a abandonar mi promesa y decidir qué hacer sin darle la oportunidad que mi cuerpo estaba pidiendo durante tanto tiempo. Algo en mí reaccionó de un modo desconocido, las palabras que escuché tras la puerta habían despertado una curiosidad antes inexistente, sabía que se referían a mí y a mi cuerpo al mismo tiempo, pero no acertaba a comprender su contenido; decidí que abriría la puerta antes de levantarme y no tal como le había dicho a mi madre. Tomé el mando a distancia para la apertura y cierre de la cancela, pulsé el interruptor verde, *open*, y esperé a escuchar el sonido metálico del click que escindía el cierre de su soporte, permitiendo la apertura de los numerosos pestillos automáticos, bajé de nuevo el volumen de los vientos del “Elephant gun”, la puerta había dejado de ser infranqueable.

Mi madre abrió la puerta, introdujo primero su cabeza con curiosidad y preocupación manifiesta; el gesto de su rostro no me gustó, parecía indicar que lo que estaba viendo no le satisfacía, con una mano contuvo la exclamación que estaba a punto de salir de su boca, abrió definitivamente la puerta y tras ella mi hermana y mi padre, todos expectantes por ver lo que encontraban en el interior. Mi cuerpo aún no había decidido, le pregunté en voz baja si había terminado de cavilar y no recibí ninguna contestación, no quería mostrar ante mi familia ninguna debilidad, por esto realicé la conversación sin articular palabra alguna. El gesto realizado al unisono por mi hermana y mi padre no dejaba lugar a dudas, lo que estaban viendo era superior a lo que esperaban, encontraron un ser casi delirante, extenuado, famélico y esquelético, no era ni siquiera la sombra de quien fuera antes su hijo y su hermano. Mi madre fue la primera en cruzar la puerta.

–¡David, por Dios, David!... ¿Qué te está pasando, David? –No necesitaba mostrar más preocupación en sus palabras, podía verse en toda su capacidad de expresión.

–¡Hijo mío! –exclamó mi padre, seco, sin entonación. Solo dolor.

–¡David!... –dijo mi hermana, volviendo el cuerpo y el rostro para que no pudiese ver las lágrimas que brotaban de su inocente mirada. No fue capaz de articular ninguna otra palabra.

–¿Qué pasa? –les dije en un tono alterado–, ¡ya voy a levantarme!, no preocuparos, hoy he decidido descansar, pero mañana continuaré con mi rutina de entrenamientos. Recordad que estoy preparándome para el asalto al título, pero hoy me encuentro extrañamente cansado, apenas puedo reaccionar. –Al escucharme mi madre irrumpió en llanto, un oculto lamento emanaba de su interior. Mi padre reaccionó estrechándola entre sus brazos y mirándome con compasión.

Mi madre continuaba convulsa por el dolor, su cabeza sobre el pecho de mi padre, un hombretón de ciento noventa y cuatro centímetros y el torso de un lanzador de peso, firme y tenaz en todo lo que había conseguido a lo largo de los años. Él fue quien inició mi pasión, con él di los primeros pasos en el boxeo amateur, pasando por todas las categorías y todos los campeonatos. A él le debía ser lo que soy, el subcampeón de España de los pesos pesados y solo con una edad de veintidós años, una carrera brillante por delante, con posibilidades para poder conseguir todos los títulos. Mi padre siempre se sintió orgulloso de esta capacidad, y ahora yo no entendía cómo era posible que no fuese capaz de sostener la mirada en mí. Sentía una extrañeza en sus ojos siempre vivos pero ahora ocultos tras un color morado en todo su entorno que no era capaz de comprender, mi padre siempre había demostrado una vitalidad insultante, ninguno de sus compañeros alcanzaba a entender el aspecto tan saludable que evidenciaba en cada momento de los días. Actualmente miraba situado en una distancia inaceptable, ¡él no era así!, ¿se trataría de un impostor?, ¿sería como los de la película *La invasión de los ultracuerpos*? ¿Era eso posible? ¡No, seguro que no era eso!, podría ser cualquier otra situación inesperada. Se dirigió por fin a mí; hacía tanto tiempo que no escuchaba su voz que me resultó un tanto extraña, sus palabras eran sentidas y su tono amoroso, como no podía ser de otra manera. Alcanzó un pequeño espejo que había sobre la mesa situada al fondo de la habitación.

–¿David, te has visto? –me preguntó

–¡Claro que me veo, todos los días me veo! –Mis palabras turbaron aun más su expresión, ya compungida.

–No creo que te hayas visto, David, no puedo asumir que hayas alcanzado a verte –me dijo de nuevo, limpiando con la manga de su camisa el pequeño espejo que había tomado.

–¿Cómo puedes decir que no me veo a diario papá? ¿Acaso ves tú algo raro en mi estado? Solamente me encuentro algo cansado, pero no te preocupes, como te he dicho antes, continuaré con mi rutina de entrenamientos mañana sin más dilación. Hoy he decidido que mi cuerpo tome el descanso necesario. –Mi contestación mostraba elocuencia y decisión.

–¡Mírate David! –dijo poniendo el espejo delante mío–. Dime qué ves.

–La persona de esa foto no la conozco. ¿Quién dices que es, papá? –pregunté con indiferencia.

–Este que ves eres tú, David, ¡tú! –me increpó desde la corta distancia que nos separaba. Pude observar también cómo mi madre y mi hermana rompían en unos audibles sollozos.

No quise asimilarlo desde el principio, pero la imagen que vi en el espejo pertenecía a mí, aunque no era yo. Mi cuerpo, que parecía anestesiado hasta ese momento, reaccionó. ¡Por fin! –exclamé, sin que llegaran a entender el motivo–. ¡Por fin! –dije de nuevo extremadamente alegre–; había comprendido hacia dónde me había llevado mi cuerpo, agotado de tantos esfuerzos realizados durante los últimos años, incuestionablemente petrificado por un sacrificio extremo e incomprensible. Mi cuerpo decidió dejar de funcionar cuando Rocco Silver nos tumbó por KO en el combate estrella de la noche que yo había

# Yo, deportista

imaginado más feliz de mi vida, no pudimos alcanzar el título de los pesados y a partir de aquí mi cuerpo y yo anduvimos por espacios distanciados pero inexorablemente unidos en una sola materia, solo mi cuerpo podía vencer, porque es mi cuerpo el que me contiene.

–¿Has decidido ya qué haremos? –le pregunté con todo mi cariño.

–Sí, a partir de hoy nos toca volver a unirnos y caminaremos juntos de nuevo –me contestó, ¡por fin también había reaccionado!

Desde aquel día en que mi padre mostró la imagen de un ser extraño, hemos trabajado con pasión, sin exigencias, dándonos el tiempo necesario, siendo uno solo. En este momento soy feliz, he vuelto a conseguir ser candidato en la pelea por el campeonato de los pesados.

## NUEVO ESPÍRITU OLÍMPICO

Rubén Ibáñez González

Los dos atletas se estaban duchando tras una larga jornada de entrenamiento. Casi podría decirse que compartían ducha, de tan pequeña que era la instalación. De hecho era difícil enjabonarse sin rozar al otro. El más joven, de unos veinte años, se recreaba bajo el agua, con los ojos cerrados, recibiendo en la cara el escaso caudal que ofrecía la ducha. El veterano, a punto de cumplir los cuarenta y dos, ya estaba terminando.

–No te recrees, muchacho, o te quedarás sin agua –le aconsejó–. El tiempo de ducha está más que limitado.

El joven salió de su ensoñación y comenzó a enjabonarse rápidamente. Casi se ahoga al intentar responder.

–Gracias, había olvidado las instrucciones.

–Tres minutos y cuarenta segundos. Recuérdalo siempre o tendrás que acostumbrarte a vivir con restos de jabón. Acabas de llegar, ¿verdad?

–Sí, es mi primer día aquí.

–Tienes la misma mala cara que tuve yo cuando llegué. Ya llevo aquí una semana, y puedo asegurarte que aunque la cara te mejore, seguirás sintiéndote igual de mal por dentro. Pero es lo que hay.

Al terminar la frase sonó un timbre. Dos nuevos atletas esperaban para la ducha. Los cuatro se saludaron al cruzarse. El joven y el veterano continuaron su camino por el estrecho pasillo que conducía a la sala de secado. El joven observó que no había toallas, tampoco bancos donde sentarse. El veterano estiró sus brazos y piernas.

–Ponte así como yo, formando una equis –le dijo. El joven lo imitó. Un ardiente chorro de calor los cubrió, quedando sus cuerpos secos en pocos segundos–. Ya está, ahora a vestirse y a por la cena. Por cierto amigo, me llamo Thomas.

–Yo soy Darío.

En la sala de taquillas, mientras se vestían, continuaron la conversación.

–¿De dónde vienes, muchacho? Aunque aquí eso da igual, la verdad. Es más por curiosidad que por otra cosa. Yo soy australiano, de Darwin, en el norte de la isla. ¿Y tú?

–Soy español, de un pueblo muy pequeño del sur que no viene en casi ningún mapa.

–Corro en los 400 metros vallas principalmente –continuó el veterano–, y también me han cogido para los 1500 metros lisos y salto con pértiga. Y yo nunca he saltado con pértiga, ¿sabes? En las otras pruebas puedo defenderme. Con tu edad, porque tendrás veinte o así imagino, ¿no?

–Diecinueve.

–Pues eso, que de joven fui campeón nacional, y unos años después me quedé subcampeón, tenía ya veintidós. Luego pasó lo que pasó, y dejé de entrenar. Retomé hace dos años, y aquí estoy ahora. Me eligieron ellos, se ve que mi nombre sigue circulando por algún fichero y parece que me queda algo de prestigio de cuando ganaba medallas en Australia. Yo no tenía pensado participar, ni se me había pasado por la cabeza, pero en fin, no se les puede llevar la contraria. Y con la pértiga voy a hacer el ridículo, la verdad. ¿En qué compites tú?

–En lo mismo, 400 vallas, 1500 lisos y también me obligan al salto con pértiga. Yo sí he hecho algo de pértiga antes, pero poco. Y justo hoy me han comunicado que también voy a los 100 y 200 lisos y a salto de longitud, porque se ve que alguien de los que venían por mi país no ha soportado el viaje.

–Pues qué faena, lo siento, amigo. Por cierto, ¿te has instalado ya?

–No, me han traído a entrenar directamente mientras desembarcaban mi equipaje. Decían que así la adaptación era más fácil.

–Bah, mentira, es solo para tenerte entretenido mientras te buscan sitio. En mi barracón quedaban unas pocas plazas. Justo había una libre junto a mi cama, si quieres vamos a solicitarla ahora, antes de que otro la ocupe, me sé el código de esa cama, el que hay que poner en el formulario, de tanto verlo en las sábanas. Si no te importa, claro. Con el desorden que tienen aquí me extraña que hayan notado que quedan plazas libres en el barracón. En ese estamos los que llegamos el primer día, a los que han ido llegando después los están repartiendo por otros sitios.

–¿Pero es que no tengo que estar con mis compatriotas? ¿Da igual dónde me hospede?

El veterano rió a carcajadas, palmeando al joven en la espalda.

–¡Qué bueno! Amigo, aquí solo hay dos bandos, ellos y nosotros. Da igual cuál sea tu patria, da igual qué deporte practiques, da igual dónde te alojes, total, solo es un camastro con un armario. En mi barracón hay más de cien camas. Es posible que ni te cruces con tu equipo. Venga, que te apunto, dime tu número de acreditación.

Habían llegado a un rellano. El veterano tecleó rápidamente unos códigos en un ordenador empotrado en la pared.

–Ya está, la tienes adjudicada. Te llevarán tus cosas a lo largo de la tarde. Luego te enseño el camino, después de cenar.

–¿Y ahora qué se hace en este sitio?



–Nada, no se puede hacer nada salvo esperar. Ven, sentémonos y sigamos charlando. Me has caído bien, muchacho, me recuerdas a mi hijo. Poco, no voy a engañarte, pero tenéis el mismo porte y se te ve igual de tímido. Es que mi chico salió a la madre, sin duda –bromeó.

Avanzaron hacia otra habitación, una enorme sala de espera en la que estaban sentados numerosos deportistas, casi todos hablando por parejas o en pequeños grupos. El joven buscó con la mirada, pero ningún rostro le resultó familiar. Había hombres de todas las edades, algunos sorprendentemente maduros, otros mucho más jóvenes que él. Había hombres de todos los continentes, aunque predominaban los asiáticos. Apenas había atletas de color. El veterano lo condujo hacia dos sillas vacías que había en un rincón de la sala. Se sentaron.

–¿Dónde están las deportistas? –preguntó el joven.

–¿Las mujeres? No las dejan participar.

–¿Y eso?

–No lo sé, ellos no dan explicaciones, solo imponen su criterio.

El joven siguió mirando alrededor. Estaba incómodo allí, no por la presencia del veterano, desde luego agradecía su amabilidad y conversación, pero se sentía fuera de lugar en aquel extraño sitio. Recordó el telegrama que recibió hace ahora casi un año. “Ha sido usted seleccionado para representar a su país en las Olimpiadas que se celebrarán el año próximo. Por ley está usted obligado a colaborar. Esperamos que la experiencia le aporte gratas satisfacciones y se convierta usted en un ejemplo a seguir para las futuras generaciones de compatriotas. En breve le será enviada la información completa”. Tuvo que dejar sus estudios para empezar a entrenar a diario. Nadie le deseó suerte, nadie le exigió que se esforzara a fondo. Nadie le alentó para ganar una medalla. Nadie salvo él mismo.

86

–¿Crees que en estas Olimpiadas habrá juego sucio? –le preguntó al veterano en voz baja.

–Por supuesto. Esto es una completa farsa. Apesta. Todo lo han organizado ellos. Desde la selección de deportes, la sede de los Juegos, las instalaciones, que ya has visto que no están nada preparadas, ¡dos duchas por cada cien deportistas! Hasta los deportistas los escogen ellos. Sí, amigo, no pongas esa cara. ¿Pensabas que te había elegido la federación de tu país? No, te eligieron ellos. No me preguntes con qué criterio lo han hecho, pero sé que han sido ellos. ¿Crees que mi país habría elegido a un viejo como yo para ser representado? Hay miles de jóvenes capaces de batir mi marca sin apenas esfuerzo, y me han cogido a mí, un cuarentón, antes que a ellos. Sí, claro que habrá juego sucio. Pero para eso ganaron la guerra. Ellos mandan. Ya impusieron su idioma en todo el mundo hace veinte años, ¿no? No veo por qué no iban a imponer sus normas en esto también. Y encima debemos sentirnos afortunados por estar aquí.

–Pero ¿por qué organizan unos Juegos Olímpicos entonces? ¿Qué sentido tiene?

–¿Sentido? Ninguno, como todo lo que ellos hacen. También organizaron unos premios de cine, con unas películas insufribles, o unos de música, a pesar de que ninguno sabe cantar. A saber qué se les pasa por la cabeza. A veces me parece que su único empeño es imitar lo

que ven por televisión. Creo que se aburren sobremanera. Y esta vez han tocado unas Olimpiadas, como podía haber tocado el circo universal. El año que viene inventarán otra cosa. El caso es copiar lo que se emite por televisión. Además, les encanta ponerse medallas, me extraña que no hayan organizado las Olimpiadas mucho antes.

–Pero entonces, si lo que hacen es copiarnos, ¿por qué cambian tantas cosas?

–¿A qué te refieres?

–Pues a los deportes, por ejemplo. Han suprimido todos los deportes de equipo.

–Se ve que los has tratado poco. Claro, eres tan joven. No viviste los años que siguieron a la guerra. Ellos son muy poco sociables. En cuanto se juntan dos, acaban peleándose. Sería absurdo intentar montar un equipo de fútbol, o de balonmano. Acabarían matándose los unos a los otros.

–¿Y la natación? Han suprimido la natación individual también.

–Ellos odian el agua. También les da asco el contacto físico con animales, por eso no hay equitación, y son torpes manejando ciertos objetos, de ahí la eliminación del ciclismo o del bádminton. Ah, y les dan pánico las cosas puntiagudas.

–Tampoco hay esgrima, supongo.

–Ni tiro con arco.

–No los entiendo.

–Ni tú, ni nadie. Como la tontería de venir hasta aquí. ¿Crees que no es para conseguir aún más ventaja sobre nosotros? Y es totalmente innecesario, teniéndolo todo amañado como lo tienen.

–Bueno, se supone que es lo normal, ¿no? Si ellos organizan los Juegos, ponen la sede. Se ha hecho así siempre.

–¿Sí? ¿Tú crees? ¿Tiene sentido desplazar a tantísimos deportistas, al precio que están los viajes? ¿Y qué me dices de las condiciones? ¿Crees que aquí vamos a rendir lo mismo que allí? Si no hay más que verte. Aunque pasases un año entero entrenando aquí, nunca te llegarías a adaptar del todo, mientras que ellos viven en su ambiente. Y todavía no has probado la comida.

–¿Es mala?

–Lo peor. Amigo Darío, ten la certeza de que todas, absolutamente todas las medallas las van a ganar ellos. ¿Acaso has visto a alguno de ellos entrenando? No lo necesitan. ¿Has visto las listas? ¿Sabes cuántos deportistas presentan ellos? Solo trece. Trece para todas las categorías. Suena raro, no me lo discutas.

–¿Trece? –El joven no daba crédito–. ¿Pero qué sentido tiene organizar unas Olimpiadas si solo van a participar trece?

–Yo te lo diré. Se aburren. Desde que ganaron la guerra y firmaron el tratado de paz no saben con qué entretenerse. Por si no te has dado cuenta, el día de la ceremonia de

inauguración de los Juegos se cumplen veinte años de la firma del tratado de paz. Esta pantomima no es más que otra forma de dejarnos en ridículo. Trece de ellos contra cientos de nosotros. Es lo mismo que cuando la guerra. Nos aplastarán en un abrir y cerrar de ojos, y estarán otros veinte años recordándonoslo a diario.

–Pero entonces, ¿para qué vamos a participar? Yo me he entrenado a fondo, yo quería estar aquí, quería sentir el orgullo de obtener una medalla para mi país. No para mí, para mi país. Pensé que podía conseguirlo. No quiero pecar de ostentoso, entiéndeme, te lo cuento en confianza, pero vistas las marcas actuales, tengo posibilidad en los 1500. Si no del oro, por lo menos de la plata o del bronce. Pero si no hay nada que hacer, ¿para qué esforzarse?

–Querido amigo, debes perdonarme si te he dado una mala impresión. Todos nosotros nos vamos a esforzar al máximo, te lo aseguro. Cada uno dentro de sus posibilidades, obviamente, y todos tenemos la certeza de que nos van a hacer trampas. Van a ganar ellos, pero a nosotros nos quedará la satisfacción de haber jugado limpio, con deportividad. Yo estaré encantado de hacer mejor marca que tú, o de que tú hagas mejor marca que yo, o de que aquel vietnamita de allí haga mejor marca que nosotros, porque serán marcas honestas. Vamos a ignorar las marcas que ellos hagan, porque sabemos que no tienen validez alguna. Mira a tu alrededor, míranos a ti y a mí. ¿No es fantástico que tantos desconocidos compartan estos momentos tan lejos de sus patrias? Vamos a participar en estas Olimpiadas sin pensar en ellos, sin contar con ellos, nuestras marcas serán las que valgan, porque todos nosotros habremos perdido una guerra, pero vamos a ganar la batalla por el espíritu olímpico. Ellos no son más que un hatajo de vanidosos en busca de gloria que...

88

Un mensaje por megafonía interrumpió el discurso del veterano atleta.

“La Organización de los Primeros Juegos Olímpicos Interplanetarios se complace en dar la bienvenida a todas las delegaciones de la Tierra. La Selección Olímpica Marciana estará a disposición de todos los deportistas que gusten de brindarle pleitesía en el hangar 571-UF, entre las 43,81 y 52,21, hora marciana. Gracias por su atención”.

## CORRER

Paola Dueville Abujatum

1

El juez de partida extiende su brazo, levanta el arma, apunta hacia arriba y presiona el gatillo. El sonido del disparo entra en sus oídos. Por una milésima Helena contrae el abdomen mientras la bala traspasa una nube y desaparece en el cielo. Con el 2121 de la Maratón de Santiago pegado al pecho avanza por la calle Moneda dentro del corral. Cruza la línea dibujada en el suelo. Su entrenadora la observa desde lejos. No hay vuelta atrás más allá del pendón en el que se lee partida. Con fuerza apoya el metatarso, despega los pies del suelo, se suspende un instante, alarga el paso, quiere que sus piernas la lleven lo más lejos que pueda para dejar todo atrás mientras el viento corta su respiración, pestañea rápido, sus ojos se humedecen, se le cierran los párpados, lagrimea un poco. En el Parque O'Higgins la brisa le levanta el cabello, le roza el rostro, le zumban los oídos todavía no se estabilizan los latidos ni su respiración. Sus ligamentos están rígidos como cemento. El accidente automovilístico la dejó así. Aún se mueve en bloque. El corredor de camiseta amarilla viene hacia Helena y la sobrepasa. Su corazón palpita tranquilo, las pulsaciones suben lentamente como si las tuviese en su garganta. Los corredores vienen rápido. Su ritmo es veloz. Helena se hace a un lado los deja pasar, se ven pálidos jadeando. En avenida Grecia el de camiseta celeste la pasa volando. Otros corredores la adelantan. Durante 1 kilómetro permanece entremedio, después se queda atrás. Respira entrecortado. Apenas mantiene el ritmo avanzando sobre el sólido pavimento debajo de sus zapatillas verdes. Sus rodillas aún están resentidas. En el Estadio Nacional la brisa fría le tensa la piel, percibe olor a lavanda y jazmín que viene de los jardines. La Municipalidad ha encendido los regadores para el pasto cerca de algunos espectadores que alientan. Que aún no se han marchado.

89

2

Después del accidente automovilístico Helena quedó hospitalizada en una clínica. No recuerda cuánto tiempo estuvo tendida en la cama. Solo le quedó grabado el dolor en las cervicales y en la espalda. Quedó tiesa por permanecer tanto tiempo acostada. Con dos sesiones de ejercicios suaves por día recuperó lentamente la movilidad. Se levantaba con paciencia cuidando la única llave del clóset que le permitía cuidar lo que guardaba dentro. Con un alfiler se la enganchaba en la pretina del pantalón. El roce a veces le dejaba huellas en su cadera. Sus pies también estaban delicados. La presión de los cordones le rompía los

empeines. La enfermera antes de llevarla a la ducha se los desinfectaba con un trozo de gasa esterilizada y alcohol. Debajo del agua caliente Helena veía las cosas de otra manera, como si nada hubiese pasado. Debajo del chorro perdía estabilidad y su piel quedaba roja. La enfermera le subía la cremallera del *jeans*. Le secaba el cabello mientras Helena veía a través de la ventana cómo el viento movía las ramas de los árboles del recinto hospitalario. Aún colgaban naranjas secas de algunos árboles frutales. Las hojas amarillas se desprendían, flotaban antes de aterrizar. Desde la cama con la vista fija miraba la lámpara colgando del cielo blanco de su habitación. Hora tras hora, día tras día esperaba que Adriano apareciera por la puerta. Pero la que se asomaba era la enfermera con la bandeja del desayuno, del almuerzo, la once o la cena. Helena la dejaba intacta. Solo bebía té. No entendía por qué Adriano demoraba tanto en venir. Sus padres la visitaban. Permanecían mudos en el sillón de la habitación 5. Su padre la miraba llorando. Su madre le decía: te ves bien, igual que siempre pero Helena apenas se reconocía en el espejo. Fue la enfermera la que le confirmó que a Adriano ya lo habían sepultado en el cementerio.

### 3

En la clínica friccionó los dientes hasta que se le soltaron. Con un cuchillo corta las tostadas, las divide en 12 partes. Mastica con las muelas. Al correr se le relaja la mandíbula mientras el viento se cuele por las fibras de su camiseta morada. Los médicos aseguraron que no se levantaría. La enfermera traía las pastillas y las inyecciones de calmantes y le decía: Helena, despierta Helena, pero ella permanecía con los párpados cerrados esperando que pronto se fuera el día, que llegara la noche para que la luz se extinguiera. Inmovilizada, sus piernas no le respondían, se quedaba con los ojos abiertos mirando fijo la muralla blanca de la que colgaba un crucifijo y una pintura del Sagrado Corazón que Helena no veía. Bajaba sus párpados y quedaba en la oscuridad hasta que aparecían imágenes de la casa en Viña del Mar de la que regresaban ese fin de semana del accidente. El mar. Las olas. El viento. La arena. Las rocas. Las gaviotas. Los vendedores de palmeras. Los quitasoles. Las toallas de colores. Y el sol. Y el cielo azul. Y las nubes bajas blancas y esponjosas que flotaban hasta la yema de sus dedos para que las rozara mientras las olas continuaban reventando. Día tras día permanecía acostada en la clínica, con los ojos cerrados, con el televisor desenchufado. Le dolían hasta las puntas del cabello. Por momentos recuperaba la conciencia y sentía que era incapaz de enderezarse y extender las rodillas para alejarse de las sábanas. Ya no soportaba ni un minuto más tendida en el colchón que dejó su silueta dibujada.

### 4

Llegando a avenida Vespucio bracea suave, aprieta los puños, avanza entre los espectadores que observan detrás de las barreras oxidadas. Con la boca seca, los labios deshidratados. Su lengua recorre los hilos del paladar despellejado. No se voltea. No mira atrás. Avanza sobre el sólido pavimento. Bracea mirando hacia adelante como un caballo con anteojeras. En avenida Ossa se suma un grupo de corredores. Imita su cadencia. Varios kilómetros quedan entremedio. Algunos espectadores les toman fotografías con los celulares, otros animan gritando: vamos, vamos. De lejos divisa los árboles frondosos del Country club. El pasto recién cortado. Un camarógrafo filma al reportero que prepara una nota. Un perro



queda entremedio del equipo de corredores con camisetas celestes que van más adelante. En el Parque Intercomunal cerca del kilómetro 20 ve otro puesto de abastecimiento. Traga, casi no le queda saliva. Recibe un vaso plástico con agua y media naranja. Sigue corriendo. Se moja los labios. Toma un sorbo y lanza el vaso. Con la manga de su camiseta se seca la boca. Con las muelas le saca el jugo a una naranja y después la escupe. En avenida La Reina el roce de las zapatillas comienza a pelar sus talones. Se hirió en los entrenamientos porque olvidó los calcetines y se colocó las zapatillas verdes a pies pelados. Siempre los pierde cuando no los hermana. De los guachos encontró el rosado y el blanco. Aún espera que aparezcan los azules. Para correr prefiere los delgados. Apenas los percibe. Muchas veces se coloca calcetines de distinto color. Arma el bolso con la ropa de entrenamiento con la cabeza en cualquier parte. Incluso a veces se le queda la toalla de baño y se seca con la camiseta empapada de sudor. En avenida Cristóbal Colón los talones ya están anestesiados. Bracea con determinación. Algunas imágenes del accidente automovilístico cruzan y se van. Gotas de sudor bajan por su nuca. La boca está húmeda. Va tranquila, respira profundo, los bronquios se le expanden. Un parque queda atrás. Ya no hay verde, sólo cemento y edificios y vasos plásticos aplastados cerca de las cunetas.

5

En avenida Manquehue solloza, se le humedecen los ojos, su boca amarga le corta la respiración. Suspira. El sudor baja por su frente y vuelve a sentir como si una jauría la hubiese despedazado. Se confunde. No sabe quién es. No controla sus pensamientos. Se le quiebra la cabeza, por eso quisiera sacársela cuando se le llena de tonterías o correr más rápido todavía. Recorrer las avenidas. Detenerse y ver pasar autos que le tocan la bocina. Cruza calles. Puentes. Costaneras. La adelantan bicicletas. Los recuerdos dejan de dar vueltas cuando corre con intensidad hasta que no puede más. Se le acaba el aire comienza a vaciarse hasta que no queda nada. Para el Maratón de Santiago se preparó en invierno con lluvia. En pleno temporal no siente frío. A veces el vapor sale por los poros de sus antebrazos. Cuando le falta aire contrae el abdomen y suspende el peso. Se le aprieta la garganta. Los relámpagos continúan una y otra vez iluminando la pista de 400 metros. En el momento que la lluvia cae fuerte y tupida se detiene debajo de un alero. Y espera sin mirar su reloj. Mueve el cuello, los brazos y las piernas mientras la lluvia golpea como piedras el techo y el suelo. Algunos truenos y relámpagos iluminan su recorrido. La lluvia cae humedeciéndola por completo. Al reanudar, por el barro, las zapatillas pesan más.

6

El accidente automovilístico la dejó con un nudo, por eso le cuesta tragar. A veces se le cierra la garganta. El nudo ciego la deja sin voz. Come chocolates a medio día, al almuerzo, en la tarde, antes de las pastillas para dormir. El calor de su boca derrite el relleno con mazapán. Se le pega en el paladar. Ducharse también la calma. En el baño la enfermera la acompaña. Reacciona con el agua hirviendo bajando por su cuello, recorriendo sus brazos, el abdomen, las caderas, entre sus piernas, los tobillos hasta apozarse en sus pies con un remolino que se va por el desagüe. La enfermera le pregunta si quiere ir al comedor con otros pacientes. Helena baja lento las escaleras afirmada de su hombro. Abajo la estufa a parafina está encendida. Los auxiliares llevan a un paciente en silla de ruedas. Otro está con oxígeno. Helena avanza hacia el comedor, se sienta con

un paciente en una mesa redonda. Le sirven jugo y la entrada: lechuga y palta rellena con choclo y mayonesa. Come lento. Saborea los granos uno por uno. Están duros, les falta cocción. Deja la mitad de la palta negra. Aliña la lechuga. Afuera está oscuro. Por la ventana se ve la luna llena que comienza a asomarse detrás de la cordillera de los Andes. El lucero está a su lado. La luna cuelga del cielo. Algunas estrellas tiritan. Le sirven el plato de fondo pero Helena no da más. Deja el arroz y se come el ala del pollo asado lo más lento que puede.

7

Segundo a segundo el viento frío ingresa por sus fosas nasales hasta romperle los vasos sanguíneos y dejarle costras en su nariz. Los jueces de ruta le indican que siga derecho hacia la avenida Juan XXIII. Los banderilleros mueven sus brazos, hacen semicírculos, dibujan en el aire. El corredor de camiseta negra la adelanta. Con su hombro la desestabiliza al pasar. Adriano se quedó en ella para siempre. Lo recuerda subiendo al ascensor de camino a su departamento hasta el piso 15, desde donde veían las luces de la ciudad moverse como si estuviesen navegando. La lengua de Adriano saliendo y entrando rozándole los labios. El sabor de su saliva. El calor de sus manos recorriéndole los hombros, el cuello, la espalda, los muslos. Su rodilla moviéndose entremedio de las piernas. Desde entonces no se separaron. Adriano le susurraba al oído. Ella sentía la vibración de sus palabras, el sonido de su respiración. Por minutos el corazón bombeaba rápido golpeándole el pecho. Pasaron la noche en vela. No se despegaron hasta el amanecer. En el balcón la luz del amanecer comenzó a iluminarlos. Jugo de naranja, tostadas tibias, café cargado. Con la yema de los dedos Helena le sacó los trozos de damasco a la mermelada mientras Adriano mirándola se reía con los ojos. Ella se perdió en él. Se quedó dormida y soñó que caminaba sobre una cuerda floja y al ver la distancia que la separaba del suelo despertó. Él ya se había marchado. Adriano quedó impregnado en sus sábanas. Las huellas de sus zapatillas estampadas en el limpiapiés.

8

Subiendo por la avenida Escrivá de Balaguer se detiene en el puesto de abastecimiento. Agua. Gel. Un vaso de bebida isotónica. Reanuda suave con cadencia. Su vejiga está llena, no se puede aguantar. Un hilo de orina desciende entre sus piernas, la fricción de sus muslos le irrita la piel. Se detiene cerca de una reja al costado de la avenida, flecta sus rodillas queda en cuclillas, hace a un lado la tela del *short*. El chorro amarillo baja fuerte y directo hasta rebotar contra el pavimento. Salpica para todos lados. Algunas gotas rosean sus zapatillas verdes. En el Parque Bicentenario una brisa fuerte comienza a soplar levantando tierra y ramas secas. Helena pestañea rápido, le arde una pelusa dentro de su ojo derecho, lagrimea, no ve con el ojo empañado, pierde el braceo, se enreda con sus piernas y se va de bruces. No alcanzó a apoyar sus manos, se fue directo contra el suelo. Fue un golpe seco contra el pavimento. Quedó tendida boca abajo con la nariz sangrando. Los corredores pasaban por encima sin mirarla ni detenerse. Le pisan los dedos de las manos. Le pateaban las piernas. La esquivaban por encima. Helena se apoyó en la palma de sus manos y se levantó. Sus brazos tiritaban mientras se alejaba del pavimento. Sentada miró sus rodillas rasmilladas. Todavía le lloraba el ojo derecho y su nariz sangraba. Mareada esperó no sabe cuánto. Los competidores continuaban avanzando, desde el suelo los veía pasar de largo. Helena respiraba con dificultad, no estaba segura si podría continuar. Muchas veces pensó en abandonar.

9

El graznido de las bandurrias la despierta antes de que la enfermera ingrese a su habitación con los calmantes. Le tiritaban las manos por eso permanecía en la cama. Parecía esqueleto debajo de las sábanas, ni hambre sentía. Se quedaba en la cama con los ojos cerrados derritiendo en su boca trozos de chocolate. A pesar de las duchas con agua caliente no entraba en calor. En la sala de terapia estaban los materiales para trabajos manuales. Collares de mostacillas, pulseras de cuero, cerámicas para decorar, plástico para armar anillos. Hora tras hora las mostacillas le cansaban la vista. Salía al patio a oler flores del jardín, las hortensias voluminosas, las rosas perfumadas de colores matizados. Algunos juncos rompiendo la tierra intentaban salir. La higuera formando la hoja para el fruto. Recorría las dependencias vacías con olor a vainilla. La enfermera la seguía con agua para los calmantes de la tarde. Después regresaba a la sala de terapia donde encontró en el rincón de los libros *Seda*, de Baricco. Lo acercó a su nariz. Caminó hasta su habitación y se quedó toda la tarde acostada con él.

10

Los vasos plásticos se acumulan en la cuneta cerca de los puestos de abastecimiento. Disminuye la velocidad pero no se detiene, toma un vaso de agua, se moja los labios, bebe sorbos cortos, no se la traga, la escupe. Entra de nuevo a su cadencia, avanza sin apurar, no le importa mejorar su tiempo, disfruta paso a paso, centímetro a centímetro el pavimento. Una bicicleta de improviso se le cruza. Siente ardor en el dedo gordo del pie derecho. La ampolla le quema la piel. Tendrá que esperar kilómetros hasta que reviente. Sus tripas comienzan a quejarse. Le molesta un poco el desgarrar de la pubertad. En el puesto de abastecimiento volverá a comer una naranja. Se marea, el vértigo sube y baja desde el estómago hasta su garganta. Se le aprieta mucho más cuando su mente se le escapa hacia atrás, hasta Adriano. A veces le parece oír su voz. El sudor sale de su nuca y baja recorriéndole la espalda. El sol está parado. Irradia sobre la cabeza de los corredores cuadra tras cuadra las líneas del pavimento están borradas hasta llegar a la avenida no recuerda su voz mientras aumenta la frecuencia de sus pasos con fuerza, sin recuperar el sonido de sus palabras. Necesitaba hablarle bajito mientras Adriano entraba lentamente y se hundía en su cuerpo. Al curvar su columna vertebral se asomaba su clavícula. Después exhalaba separando los labios. Se le salían palabras sueltas mientras se movía sobre ella con intensidad. A un costado de la avenida un carro de bomberos con la escalera abajo con las mangueras extendidas. Han mojado el pavimento. El agua desciende. Las hojas se apoyan en las alcantarillas.

93

11

La noche del accidente automovilístico Helena iba dormida en el asiento del copiloto. No sintió el golpe contra el camión. Ni las sirenas, ni las ambulancias. Ni siquiera registró su última imagen de perfil manejando. No lo verá más. No hubo ni un beso de despedida. Cuando despertó en la clínica ni siquiera imaginaba que su cuerpo nunca más volvería a sentir el calor de sus labios. Desde entonces lloró hasta que se secó. La enfermera a veces la saca temprano de la cama, Helena balancea las piernas rozando la alfombra con los dedos de los pies. Después los recoge, flexiona las rodillas y regresa a la cama. Cierra los ojos para recuperar el sueño en el que vuelve a sentirlo desnudo entre las sábanas.

## 12

Adriano la conoció cuando ya estaba quebrada. Algo encajó. Daría cualquier cosa por volver a sentirlo. Una parte de Helena murió con él. Ahora ella es lo que es gracias a él. Adriano fue el único que la removió completamente. El vino tinto truncó la vida de Helena. 3 botellas de Cabernet Sauvignon que Adriano bebió antes de subirse al auto en Viña del Mar para regresar a Santiago al departamento que compartían. Helena le pidió las llaves, le suplicó que se las entregara pero se negó. Con trago era porfiado. No hubo forma de convencerlo. No quiso entregarle el volante. Al principio Helena venía atenta al camino pero por la calefacción comenzó a cabecear y no supo más. Ahora Helena no toma ni una copa de vino. Ni una sola gota de alcohol.

## 13

Se acerca al kilómetro 32. Casi llega a la muralla. La entrenaron para que pudiera cruzarla. Había ingresado a avenida Andrés Bello para traspasarla. Entonces suavemente comenzó a oír su voz interior: respira profundo, bota, vamos, dale, bracea, suelta, sacude los dedos de las manos, mantén el ritmo, no pierdas el paso, no aflojes, sigue, sigue, dale, escucha los latidos de tu corazón, respira profundo, abre los ojos, mira hacia adelante, vamos, dale, no tengas miedo, no hay nada atrás, vamos, alarga el paso, despégate del suelo, contrae el abdomen, endereza tu columna, bien derechita, vamos, dale, sigue, respira, vamos, siente cómo bombea el corazón, suelta los puños, sacude las manos, bota todo el aire, respira, vas bien, mira los árboles, están hermosos, oye cómo te alientan desde afuera, suelta la mandíbula, escucha tu corazón, y la brisa, y el viento, saluda a los ciclistas que pedalean. Vamos, no queda nada. Vamos sigue, mira hacia adelante, estás que llegas, ya la traspasaste. Respira profundo, bota el aire sucio que te queda en los pulmones.

La muralla quedó atrás. El camino está despejado. Helena ríe como si se hubiese tragado un chiste. A ratos parece flotar, avanza sin peso con sus zapatillas verdes continúa recorriendo el pavimento disfrutando centímetro a centímetro el viento que le roza el rostro y el aire fresco que ahora ingresa en sus pulmones.

## 14

Ve la meta. De lejos alguien le grita Hola Helena, es Daniela. También corre. Cerca de la meta se pega un pique más rápido. Sus piernas le responden, las zapatillas verdes no tienen peso, el sudor baja por su frente, el viento le roza los brazos, respira profundo. En la meta se encuentra con Marcela, es periodista. Está despachando para la televisión. El metro viene repleto de corredores que ríen y comentan con camisetas rojas, naranjas, amarillas, verdes, azules y moradas. El tren subterráneo zigzaguea un poco, llega a la estación donde hace transbordo. Se baja. Buses del Transantiago cruzan la avenida Irarrázaval. En la calle algunos peatones. Varias bicicletas. Un carro vende sopaipillas, otro maní confitado. En una plaza los niños juegan solos. El conserje del edificio le entrega la correspondencia. Alberto también espera el ascensor. Entran juntos. Con el dedo índice marca el piso 15. Alberto viaja al 16. El ascensor sube. En cada piso suena una campanilla. Los números rojos del visor avanzan uno tras otro tras otro tras otro. El ascensor queda pasado a sudor.

## CÓMO VIVIR ENTRE CHIMENEAS

Beatriz Díaz Romero

Había escuchado que andar era una de las mejores actividades que se pueden realizar. Que un paseo diario era bueno para el corazón, para los pulmones, y que te despejaba la cabeza.

Había escuchado que correr conseguía que dejaras la mente en blanco. Que sentir cómo se ejercitaban los músculos de las piernas era tonificante. Que sentir el viento contra la cara y respirarlo era una de las sensaciones más liberadores del mundo.

Pero mentiría si dijera que se lo creía.

En su ciudad, el viento era gris, y el cielo una enorme nube casi negra suspendida sobre sus cabezas. Vivían entre chimeneas, entre pilares de acero y hormigón que expulsaban tanto humo que a veces amanecía y fuera todo estaba nublado. Las fachadas de las casas estaban ennegrecidas, los ladrillos parecían de carbón, y las tejas de pizarra. Las urbanizaciones rodeaban como un anillo un tumulto de fábricas que respiraba dióxido de carbono, alquitrán; como un enorme gigante fumador. No podían salir a pasear sin mascarilla, porque el olor era intoxicante. No podían salir a correr, porque terminaban tosiendo, de rodillas. Los pulmones casi cancerígenos.

95

No había árboles en las aceras, carril bici. Las pistas de baloncesto estaban vacías, las canastas descolgadas. Miles de coches aparcados en calles demasiado estrechas, miles de coches circulando por calles demasiado cortas. Por las mañanas la ciudad se llenaba de niños que iban al colegio con una mascarilla sobre la boca. Niños que morirían demasiado jóvenes por culpa de pulmones pequeños, negros como el asfalto y como la goma de los neumáticos.

En la ciudad perdida, donde solo había chimeneas, no se podía respirar.

Había vivido toda su vida escuchando eso. De su padre, que tosía tendido en el sofá viendo la televisión con un volumen tan alto que no escuchaba a sus hijos. De su madre, que llegaba sin aliento demasiado tarde después de haber salido demasiado temprano y olía a humo desde que sus hijos tenían uso de conciencia.

–Mamá, ¿qué hacéis en tu fábrica? –había preguntado de pequeño. Con los ojos brillantes y ceras de colores cruzándole la cara.

Ella había sonreído, que no reído, había puesto unos ojos tan tristes como nunca antes había visto él; como nunca volvería a ver después. Y había dicho, sin dejar de sonreír:



–Arco iris.

Eso le había hecho sonreír. Había hecho que al día siguiente todos los niños de su clase le tuvieran envidia. Incluso después de entender que había sido una mentira, para él, su madre seguiría trabajando en una fábrica de arco iris.

La fábrica de arco iris que intentaba darle color a esa ciudad negra y gris en la que intentaban vivir.

Su hermana había decidido muy pequeña que no se quedaría allí. Había decidido estudiar, ir a una universidad fuera, y encontrar trabajo en un lugar apartado. Con ese cielo azul que veían en fotos, en la televisión, y describían los libros. Un lugar donde cerrar los ojos y oleras algo más que humo.

Él no era tan listo. Sus notas eran más bajas que medias, y ninguna actividad le apasionaba. No se le daban bien Ciencias, mucho menos Letras, y le costaba relacionarse con el resto de la gente. Su madre lo sabía. Su hermana lo sabía. Y no creía que a su padre le importase. Al final, su único sitio sería la fábrica de arco iris.

Había creído eso durante demasiado tiempo. Se había teñido de gris, convencido de que vestiría ese color, lo respiraría, y terminaría convirtiéndose en él a lo largo de toda su vida.

Lo había creído; hasta que él apareció.

Él, una cabeza por debajo, y espalda ancha, trabajada por la natación. Él había entrado y le había quitado de las manos la paleta de grises que llevaba toda su vida desarrollando. Él, con sus dos años menos y sus mejillas llenas. Él. Con su pelo revuelto, pelirrojo, que le hacía parecer una carpa naranja cuando nadaba. Porque nadaba tan bien que sus brazos podrían haber sido aletas, así como sus pies. Él. Con sus ojos azules como el cielo del que tanto había oído hablar, como el mar que había llegado a creer era ficticio.

–¿Tus padres trabajan en la fábrica de arco iris? –le había preguntado al verlo sentado en la acera. Porque los niños en la ciudad perdida eran pocos, y ninguno tenía esos ojos.

Él había sacudido la cabeza.

–Yo no tengo padres.

Y no había vuelto a preguntar.

Todos los días lo veía sentado en la misma acera, mirándose los botines verde brillante. Y se acercaba y se sentaba a su lado. Él le contaba historias. Le contaba cómo era el mar, y cómo era estar en el agua hasta el cuello y que las olas te arrastraran a la orilla. Le contaba qué se sentía al nadar. Cuando sacabas la cabeza después de bracear hasta dejar de sentir los hombros y tomabas una gran bocanada de aire, que te llenaba los pulmones. Le describía la sensación de tumbarse con todos los músculos entumecidos y dormirse de manera automática. Le contaba que llegado a cierto punto las agujetas desaparecían, y al día siguiente se sentía más vivo que nunca.

–En esta ciudad todos están muertos –decía–. El aire está muerto, el ambiente está muerto. Nadie se siente vivo; nadie está vivo. Las personas son como autómatas. Todo son máquinas de acero; edificios, coches, grúas, chimeneas. Todo es gris, artificial, y está muerto.

Eso le fascinaba. Porque lo entendía. Eran las palabras que nunca había oído. Aquel lugar no estaba vivo. Era estático, monótono, nunca cambiaba, nunca se movía, nunca evolucionaba. La única diferencia era que cada día había más nubes negras que el anterior. Era como una ciudad fantasma repleta de espectros de hormigón.

–Enséñame a vivir –le pidió un día, viendo pasar los coches.

Él le sonrió. Y le hizo entender que era la primera vez que veía a alguien sonreírle de verdad en toda su vida.

Lo llevó a un polideportivo vacío. No había bullicio, no había nadie en las pistas grises, ningún balón sobre el césped artificial, ninguna raqueta a los lados de la red.

El pabellón parecía tan muerto como el resto. Se erigía igual que el resto de los edificios. Abandonado, intocable. Parecía que hiciera años que nadie cruzaba las puertas. Pero él le tiró de la mano con su sonrisa de verdad, y entraron.

Las pistas donde debió haber niñas pequeñas jugando con cintas y abriéndose de piernas estaban tan vacías como aquellas en las que niños vestidos de blanco habrían de dar puñetazos y patadas al aire.

–Aquí no hay nadie.

–Espera, solo espera.

Y esperó. Lo atravesaron hasta una puerta en el fondo. Cruzaron los vestuarios; y allí, el olor a cloro y el sonido del agua le inundaron la cabeza. Apenas habría cinco personas en la piscina. Los gorros de natación les estiraban la piel de la frente, uno nadaba de un lado al otro, mientras otro saltaba desde un trampolín y los tres restantes se pasaban una pelota.

No eran nadie. No eran suficientes para hacer una clase, para formar un equipo, para mantener la piscina abierta. Pero estaban vivos. Había risas rebotando en el pabellón. Risas de verdad. Había agua que salpicaba y pieles erizadas. No había tos, ni carraspeos, ni espaldas encorvadas.

–¿Quieres entrar? –le preguntó.

Y no esperó a que asintiera para arrastrarlo a los vestuarios y lanzarle un bañador.

La piscina era enorme. Mucho más grande de la que sus padres pusieron en el patio de atrás en verano, y cien veces mayor que su bañera. Era enorme, y el agua estaba fría.

Él entró de un salto, se sumergió y sacó la cabeza en el otro extremo, con los mechones naranjas y brillantes pegados a la nuca; como una carpa.

Pero no era tan fácil. Al meter un pie se sintió un gato. Se le erizó la piel de la nuca, y todo el vello del cuerpo se le puso de punta.

–Me voy a ahogar –exclamó sin pensar–. Si me meto ahí me ahogaré, no sé nadar.

–No dejaré que te ahogues. No pienses –le respondió–. Quieres vivir, ¿no es verdad? Quieres saber lo que es vivir.

Y lo hizo. Saltó. Contuvo la respiración; y saltó. Sin pensar, sin querer pensar en nada. Saltó, y el agua lo fue todo. Todo su cuerpo estaba inmerso, no podía respirar. Abrió los ojos

y vio burbujas por todas partes. Burbujas, piernas, y mucho azul. Un azul artificial; pero azul al fin y al cabo. Se dejó caer como un peso muerto hasta quedar sentado en el fondo. El aire se le acababa en los pulmones, pero no le importó. Siguió mirando, con los ojos enrojecidos y las mejillas hinchadas. Las piernas agitándose, los pies de un lado a otro; sentía cada movimiento que se hacía en esa piscina.

Por un momento, fue parte del agua.

Entonces, unos brazos lo rodearon desde atrás, sintió un pecho duro y plano contra su delgadísima espalda, y cuando salió del agua, con el pelo pegado a la cara, los labios morados y los ojos tan irritados que escocían, respiró; fue como si respirara por primera vez en su vida.

–¿Lo entiendes? –dijo en su oído. Y la voz era tan clara que podía oír su sonrisa–. ¿Entiendes ya qué es estar vivo?

Y vaya que si lo entendía.

–Puedes soltarme.

La risa contra su pelo le hizo estremecerse, y, por primera vez, rió de verdad.

Cuando estuvo solo, en el agua, intentó defenderse como pudo, movió los brazos, las piernas, y estiró el cuello tanto como pudo. Se hundió una y otra vez, y llegó a pensar que realmente era un gato.

–El gato de mi vecina sabía nadar y a veces pescaba en su estanque –le dijo la carpa.

Y por eso siguió. Persistió por primera vez en su vida en algo que ni siquiera se le daba bien; pero le hacía sentirse vivo.

Las aceras fueron sustituidas por el borde de la piscina, y nunca nadó bien, porque sus brazadas eran torpes, su cuerpo débil, y sus pulmones estaban demasiado maltratados como para aguantar sin respirar.

Pero aprendió. Fue el segundo gato que aprendió a nadar.

–¿Crees que esta ciudad está muerta para siempre? –preguntó un día, todavía con el pelo oliendo a cloro, entre vapor y agua caliente.

–Una ciudad nunca está completamente muerta si queda gente viva en ella. Y nosotros estamos vivos.

–¿Crees que podemos resucitarla?

Él rió en la ducha contigua, podía escuchar el agua cayendo y resbalando por su espalda.

–Eres ambicioso. Para que una ciudad vuelva a la vida, debe querer vivir.

–¿Tu ciudad estaba viva?

–No demasiado, pero sí lo suficiente. El cielo era azul, y por la mañana había hombres y mujeres con cascos que pasaban haciendo deporte por delante de casa. Los que no tenían coche se desplazaban en bicicleta, y los autobuses iban llenos.

–Yo nunca he visto el cielo azul del que todo el mundo habla. Durante el día es gris, y por la noche es rojo.

–Desgraciadamente, cambiar el color del cielo no es tan fácil. Para eso tu fábrica de arco iris tendría que entender demasiadas cosas que no está dispuesta a admitir. Pero puede haber vida bajo este cielo de grava.

–Quiero que la haya.

Como la había allí, ahora mismo, en las duchas contiguas. Como la había en las duchas llenas de vapor cuyos sonidos se mezclaban.

La vida, la dan las personas. Empezaron por ahí, por las personas. Empezaron por el instituto. Pusieron carteles en los tablones, hablaron con grupos de amigos que hacían corrillos en los pasillos. Y al principio todo el mundo se mostró perezoso, reticente. Las primeras semanas nadie hizo ningún movimiento.

Hasta que se dieron cuenta de que no solo a los gatos no les gusta el agua, de que no todos encontraban ese aliento al salir del agua; entonces, se dieron cuenta. Entonces, funcionó.

Descubrieron que al delegado de clase le gustaba la escalada, que la chica callada que se sentaba al fondo de la clase les ganaba a todos en baloncesto, y que hace unos años había habido un equipo de fútbol del que algunos de ellos habían formado parte. Descubrieron que todos esos autómatas vivían. Que a unos les gustaba el teatro, y a otros el ejercicio cardiovascular. Que unos preferían los zapatos de baile, y otros las raquetas. Pero al fin y al cabo, estaban vivos.

99

Y les hicieron recordar lo que se sentía. Cómo era estar en medio de un partido, escuchar los ánimos en las gradas y correr con las sienes sudando y la respiración agitada. Cómo era escuchar los aplausos al terminar de actuar, con las manos temblando, y que se cortara la voz. Recordar esa bocanada de aire al final. Esa, que era como el primer aliento. Recordaron la vida, la que sintieron correr por sus venas alguna vez; y el pabellón se llenó de adolescentes, aunque de ningún adulto.

Hubo raquetas, y balones, y no daban abasto, y el material lo tenían que traer ellos, porque el ayuntamiento solo ponía la llave y alguien que vigilara. Pero era suficiente. Porque, de repente, volvió a haber vida. Los más pequeños la vieron. La sintieron. Porque la energía se volvió dinámica, y corría por las venas de todos, fluía, como ríos.

Crearon equipos pequeños, pero equipos, y jugaron en campeonatos. Y quizá no ganaran, pero nadie gritaba más alto que ellos.

Habían creado algo, habían creado vida. Habían hecho que la ciudad perdida, la ciudad maldita, la ciudad gris, se moviera, se transformara. El cielo siguió contaminado, pero aparecieron un par de bicicletas, y algún que otro haciendo footing por la mañana.

Lo bueno de que la ciudad fuera pequeña era que extender algo era tan fácil, que en menos de tres meses, todos hacían algo. Desde ajedrez o ping-pong hasta hockey o rugby.

Unos padres decidieron organizar una liga de lacrosse a pequeña escala. Y el ayuntamiento se vio obligado a hacer algo más que abrir las puertas.

Y dieron paso a la vida.

La fábrica de arco iris, el gigante, seguía enorme y gris sobre la ciudad; pero habían aprendido a ver más allá de él. Habían entendido que ellos estaban más allá de él.

–Los instintos primarios de un gato son los de matar a los peces.

Dijo el gato, mirando cómo el pequeño equipo de natación sincronizada monopolizaba la piscina que, bien vista, no era tan grande como le pareció la primera vez.

Y la carpa rió con sus dientes redondos, hinchando el pecho e irguiendo la amplia espalda.

La verdad es que su espalda también comenzaba a ensancharse.

–La verdad es que no me gusta nadar –prosiguió–. No es cosa de gatos. No me gusta hacer nada. No se me da bien memorizar guiones ni mucho menos representarlos, no me coordino bien, no soy rápido y apenas flexible, no tengo equilibrio ni fuerza en los brazos. No soy muy listo, y nunca se me ha dado bien nada.

–¿Y por qué lo haces? –preguntó la carpa, con los rizos pelirrojos y brillantes.

Y no era el deporte, que ni siquiera le parecía divertido. Ni el ejercicio, que solo le resultaba cansado. Esa bocanada de aire era algo más.

–Porque me gusta vivir. Y me gusta aún más vivir contigo.

Y sus ojos azules bajaron un momento de los suyos, tan negros como las chimeneas. Y por un momento temblaron. Y él también bajó los ojos. Y vio las paletas redondas mientras pasaba la lengua por sus colmillos afilados.

La vida es cosa de humanos. Y una ciudad llena de humanos vivos es una ciudad viva. El anillo de compromiso en torno al complejo industrial que, como un volcán, arremolinaba una nube a su alrededor, estaba vivo. Por primera vez desde que las urbanizaciones fueron construidas, desde que la ciudad, el pueblo gobernado por la fábrica se estableció. Por primera vez, estaba cambiando.

Todavía tenían que escapar a las afueras para ver un trozo celeste en el cielo, y no había árboles en las calles ni en los parques; pero empezaban a verse macetas en los balcones y arriates en los jardines traseros. Todavía no había equipos de verdad, pero un en un par de deportes cumplían los requisitos para competir en ligas nacionales.

No pasó de un día para otro. Y si no fue rápido, mucho menos fue fácil. Pero cambiar algo nunca lo es. Ni cambiar una ciudad, ni cambiar el mundo.

Pero puede hacerse. Se puede devolver a la vida algo que ha olvidado cómo vivir. Se puede cambiar lo monótono, lo estático.

–Mañana tengo una entrevista de trabajo. Cuando termine el instituto empezaré a trabajar en la fábrica de arco iris, supongo que no podía hacer otra cosa.

–¿Qué fabrican realmente?

# Yo, deportista

La negra exhalación de las chimeneas ennegrecía las fachadas de las casas y contaminaba el aire que respiraban, pero no llegaba a las personas. La vida era un tipo de inmunidad, de escudo. Como si llevaran años ahogados, y hubiesen resucitado de repente, se habían alzado, y habían recordado cómo respirar. Cómo vivir, que no sobrevivir. Al final, solo había hecho falta un poco de iniciativa. Alguien para no solo darse cuenta de que todo debía cambiar.

–Qué importa.

Y no importaba. Su padre había empezado a dar clases de rugby a los niños pequeños, su hermana era campeona de ajedrez, y su madre le sonreía de verdad por primera vez.

Todos, al fin, habían aprendido a sonreír de verdad.

Aunque, aun con todo, ninguna sonrisa estaba tan viva como la suya.



## EL HINCHA

Carlos Flores Varela

El de la barra había presenciado escenas como aquella mil veces. Había que estar atento, porque la gente se exaltaba con facilidad con las cosas del fútbol. Cualquiera diría que les daba de comer. Seguramente, de todos ellos él era el único que se beneficiaba directamente del fútbol, porque, cuando había partido, el bar se le ponía a rebosar. Aquellos dos, sin embargo, parecían aficionados de verdad. Estaban en la barra, pero, si alguien más se había acercado discretamente, solo le habían atendido lo justo para comprender que no sabía más que ellos mismos, y seguidamente ignorarle con la indiferencia del fanático al que poco le importan las convenciones sociales y mucho su tema. Ambos debían llevar más de una hora dale que te pego –eso sí, habían caído ya tres botellines por barba–, y no solo con las cuestiones actuales sino con toda la historia de sus respectivos clubes.

102

Desde luego que no eran los únicos, y más que tendrían que venir conforme se acercase el sábado. Pero estos dos, enfrascados en lo suyo, tenían algo de entrañable.

–Oye, tú, ¿ésta no es la cuarta birra ya?

–Creo que sí.

–Pues vámonos yendo, que al final me voy a cagar en tus muertos.

–Vete al carajo, y además pagas tú, por catalán.

–¡Eh, que yo no soy catalán, soy culé!

–Bueno, pues pagas igual, a la salud de la paliza que os vamos a dar el sábado.

Al pasar por un escaparate, el madridista se mira de refilón y se encuentra con algo de mala cara. “Habrá sido la discusión con el Toni, que mira que es buena gente, pero ¿cómo podrá ser del Barça? Si es algo que no tiene discusión, demonio. No, si todavía me ha sentado mal la cerveza, hay que fastidiarse”.

Al llegar a casa, continuaba el ligero malestar. No tenía hambre, así que se apoltronó en el sofá a hacer *zapping*, y se durmió. Se despertó un par de horas después, apagó la tele y se arrastró al baño. El espejo le devolvió una palidez no excesiva, pero evidente. Lo mejor que podía hacer era marcharse a dormir, y mañana sería otro día.

A la mañana siguiente, la palidez no ha desaparecido, si acaso se ha acentuado más. Al ir a coger su ropa, le parece que está algo más clara de lo habitual, pero lo achaca a la luz gris

lechosa del día de invierno. En el trabajo, algún comentario sobre la mala cara que lleva –“Qué, ya estás asustado por el partido, ¿no?”–, si bien nuestro amigo no se encuentra mal. Progresivamente, va empalideciendo. Pero no solo él. Todo lo que ve a su alrededor se va impregnando de forma casi insensible de un matiz blancuzco, como si una neblina envolviese todo, hasta el interior de la casa y de la oficina, hasta la calle, pese al sol invernal. El viernes por la tarde, al ir a ducharse, se descubrió una débil marca en el pecho, entre azul y violácea, que antes no se había visto. El sábado había aumentado, tanto la palidez de su piel como la nube blanca de su alrededor, excepto, curiosamente, la marca, que parecía como un tatuaje redondo, con una especie de moñito encima, azul y morado. Para colmo, nuestro amigo había adelgazado a ojos vista. Pero no se sentía mal, al contrario, se sentía ligero, cada vez más ligero conforme se acercaba la hora del partido.

En el Metro la gente le miraba raro, a pesar de que había muchos, como él, vestidos con las camisetas blancas, las bufandas, los gorros y demás parafernalia. No le gustaba ir en grupo a los partidos, él los vivía con intensidad solitaria. Tampoco se bajaba en el metro más cercano al estadio, sino un par de paradas más allá, para volver andando y respirar el aire de la que, sin duda, iba a ser una tarde gloriosa para su equipo. Pensando en el partido, en las gestas del club, en lo que le diría a su amigo el lunes, casi sintió que levitaba, que sus pies se levantaban del suelo y revoloteaban como si fuese una hoja de árbol. Una sensación placentera que se volvió auténtico susto cuando comprobó que no era imaginación, que realmente sus pasos se habían ido alargando cada vez más y que, de hecho, estaba revoloteando de verdad. Instintivamente se palpó el cuerpo y encontró, no su grasa habitual, sino el tacto de una tela vulgar. Intentó mirar hacia abajo, pero no pudo mover la cabeza. El aire, no muy fuerte, le llevaba, le hacía volar sin control y, en una de sus revueltas, se sintió doblar y retorcerse, lo que le permitió descubrir, horrorizado, que se había convertido en un trozo de tela blanca, con un dibujo en el centro, donde estuvo su pecho... Se había convertido en una bandera del Real Madrid.

Cayó sobre la acera y pudo sentir los pasos de la gente que pasaba por allí sin mirarlo, o al menos él no podía ver si le miraban. Entonces oyó voces: “Hostia, tía, mira eso, qué bandera más chula”. “Cámbiala, tío, esta es mucho mejor que la que nos ha vendido el chino”. Lo levantaron y pudo ver que, en el suelo, quedaba otro trapo, esta vez a franjas blancas y moradas, y sintió que él era atado a un palo. Intentó protestar y, por supuesto, nadie lo oyó. Ni siquiera él mismo podía oír realmente su voz, apenas el rastro en su cerebro de lo que hubiera querido decir. No tenía voz, no tenía cuerpo. No era más que una bandera, que alguien había atado a un palo y que ahora era llevada en volandas hacia el estadio. Fugazmente, pensó que se podía haber ahorrado la entrada.

El partido lo vio a retazos, aunque casi todo el tiempo estuvo sostenido en alto. Al entrar, se dio cuenta de que estaba en el Fondo Norte. “¡Dios mío, he caído en manos de los ultras”. Aquello le gustaba todavía menos. El partido fue bronco, el árbitro perdió el control y hasta los entrenadores se enzarzaron en el lío. Durante mucho rato tras el final, estuvo en la grada, sostenido por varias manos, oyendo los aullidos y las salvajadas de aquella manada de animales que, protegidos por el propio club, avergonzaban a los buenos aficionados como él. Y ahora él estaba allí, agitado por brazos invisibles, contribuyendo al espectáculo. Vio cómo

se pasaban la droga, vio cómo, al salir, y a pesar de los policías, aparecieron cuchillos y porras, escuchó a lo lejos un ruido indefinido pero amenazante y el miedo lo invadió cuando identificó en el ruido algunos cánticos en catalán. Pero allí estaba él, convertido ahora en arma de algún imbécil, sin poder moverse, sin poder gritar. El imbécil empezó a sacudir con la bandera a diestro y siniestro, hasta que rompió el palo en los lomos de un contrario. Nuestro amigo se estremeció, pensando en la posibilidad de que el palo también fuese en realidad alguien hechizado como él, obligado como él a meterse en jaleos de los que aborrecía. No pudo evitar acordarse de su amigo, con el que había sostenido la discusión unos días atrás. Quién sabe, a lo mejor era él el que estaba atado al cuello de alguno de los estúpidos disfrazados de rojo y azul que debía de haber allí. Pero, ¿quién le había metido a él en este lío? Renegó del Real Madrid, del fútbol y de su propia madre, pero ya no tenía remedio. Con el asta rota, y al sonido lejano de las sirenas de la policía, su dueño lo tiró al suelo. Menudo valiente. Pero alguien lo cogió bruscamente y lo enarboló en alto: *“¡Mireu, els hem conquerit la bandera!”*. Ahora estaba en manos de los contrarios. Aterrorizado, pudo ver a un tipo pintarrajeado de rojo y azul, con el cráneo rapado y risa estúpida, esgrimir un mechero mientras se oía de fondo: *“¡Quémala, quémala!”*. Las sirenas se oían cada vez más cerca, y el tipo aquel acercó el mechero.

## TE LLAMARÉ LUIGI

Teresa Hernández Díaz

Le llamé Luigi porque supuse que era italiano. Al principio no me fijé en él. No sé el tiempo que llevaba pasando bajo mi ventana cuando me di cuenta de que le conocía, yo le había visto antes en mis sueños. A partir de entonces comencé a buscarlo cada tarde por el paseo marítimo cuando se entrenaba corriendo parejo a su perro que seguía jadeante su marcha.

En unos meses se celebraría la maratón popular e imaginé que su objetivo sería llegar a la meta entre los primeros. Yo salía al balcón cada atardecer y cronometraba el tiempo que tardaba desde que doblaba la esquina hasta su regreso por el *boulevard*. Nunca era inferior a dos horas, sin duda recorría buena parte de los alrededores antes de tomar el camino de la playa. Una vez allí, independientemente de la climatología, se deshacía de la ropa sudada y se introducía en el mar. Tomé la costumbre ir a la orilla para verlo. Me sentaba frente al gran ventanal de la heladería y pedía un café con la mirada fija en aquel joven que poco a poco se fue apoderando de mis sentidos. De todos.

No me había ocurrido antes, jamás sentí nada parecido. Es cierto que mi currículum sentimental no era muy amplio y tampoco demasiado brillante, pero él tenía algo que me atraía con fuerza, o quizá no y era yo la que atravesaba un momento especialmente tierno y estaba predispuesta a caer en un pozo de fondo cenagoso. Da igual cómo o por qué, el caso es que ocurrió.

Invariablemente dejaba enfriar mi café sin dar siquiera el primer sorbo, no me daba cuenta del tiempo que pasaba allí sentada. Me encantaba ver su cuerpo rebosante de salud sorteando las olas en los días fríos en un acto que yo, friolera empedernida, consideraba heroico. Conocía de memoria su protocolo al ponerse la ropa, la sacudida de cabeza para eliminar el agua de los cabellos, los saltos sobre la arena y la fricción con la toalla antes de vestirse; lo último eran las zapatillas, unas deportivas ajadas por el uso. Cuando desaparecía de mi ángulo de visión pedía el segundo café, que tomaba a pequeños sorbos intentando mantener su última imagen en mi retina. La rutina era tal que el camarero comenzó a servirme los cafés sin que yo se lo pidiera. Era un joven amable que disponía sobre mi mesa la taza a la vez que me regalaba una ligera sonrisa.

La celebración de la maratón se acercaba y posiblemente después Luigi abandonaría su estricta preparación. Ese podría ser un buen momento, esperaría en la meta y me acercaría a

él tan pronto la traspasara; si quedaba bien situado, lo felicitaría, y si no era así, lo apoyaría. Le diría que había seguido sus ejercicios y le invitaría a tomar algo, le pediría el móvil. Así lo haría.

El día del certamen estaba tan nerviosa que apenas pude dormir. Tardé una eternidad en elegir la ropa y me situé en la meta cuando los voluntarios aún trepaban a los árboles para colocar el cartel de llegada. La llegada de los primeros clasificados me provocó una angustia atroz en el estómago que no podía identificar si era de hambre o puro nerviosismo. Luigi no entró con los primeros; tampoco con los últimos. Mis temores sobre no distinguirlo entre la multitud eran absurdos, lo hubiera reconocido entre todas las almas reunidas el día del juicio final. Llegó exhausto, empapado y con la sonrisa torcida por el esfuerzo. Era el momento.

Intenté rodear el tumulto de vencedores y vencidos sin perderle de vista, pero no era fácil avanzar. Mantenía la espalda flexionada y respiraba profundamente intentando recuperar el resuello. Y entonces ocurrió. Una joven embarazada se acercó y le rodeó la cintura. Luigi la abrazó y la besó con una pasión que solo a mí me pertenecía. Me quedé inmóvil, vapuleada por los vaivenes de la muchedumbre.

Ella no tenía ningún derecho, aquel final me pertenecía a mí. Qué idiota, pero qué ilusa había sido. En los meses que vivió instalado en mi pensamiento no imaginé que podría tener una chica. Mi vestido cuidadosamente elegido y mi maquillaje estudiado me hacían sentir ridícula. Caminé avergonzada de mi comportamiento, humillada por la realidad que había preferido no plantearme y regresé a mi hogar derrotada. Aquella maratón tenía una indiscutible perdedora: Yo.

Quise despedirme de Luigi a mi modo, rindiéndole un pequeño homenaje. En casa no me esperaba nadie y me apetecía un café, así que caminé hasta el establecimiento del paseo marítimo desde el que construí mi fallida historia de amor. Esta vez sí tomaría el primer trago caliente. El camarero asintió a mi entrada dándose por enterado de su misión. Me senté frente al mar y evoqué la imagen de mi Luigi llegando allí, porque ese era el mío, no aquel que había atravesado la meta. Era triste pero esa idea suponía mi único consuelo.

Tan abstraída estaba que no atendí a lo que preparó el camarero hasta que lo tuve ante mis ojos. Era un cóctel servido en una copa de Martini helada. “Nada de café frío. Hoy te invito a un Sapphire Rose”, me dijo con un acento extraño, y se sentó en la mesa esperando algún comentario por mi parte. No pude negarme y tomé un sorbo. Tenía un sabor agridulce, igual que mi estado de ánimo. Reconocí el toque del pomelo entre el licor marrasquino y el almíbar. Estaba delicioso y el toque dulce me aportó un punto de optimismo. Chocó su copa contra la mía en un brindis ceremonial al tiempo que se presentaba.

–Me llamo Luigi.

## UN GESTO ALOCADO FUE EL ORIGEN... ¿O NO?

Pedro Jesús Olmedo Ortega

*Deporte de villanos jugado por caballeros*

Según contaban, eran largas las conversaciones entre el sacerdote de Salford y mi padre, yo no lo recuerdo. No llegaba a los cinco años cuando los dos hombres, de vidas muy distintas, ponían en común todo su pasado. Un pasado lleno de viajes y experiencias, no siempre agradables. Las rememoraban rodeados de un grupo muy reducido de amigos, que preferían pasar su tiempo libre entre puyas, risas y algún juego, antes que pasar las horas muertas en la cantina.

Don Leonardo, antes de hacerse cargo de la Iglesia Anglicana de la Sagrada Trinidad, había formado parte de los Misioneros Anglicanos del Espíritu Santo. Esta congregación nació en Colombia y en un principio extendía su labor sobre multitud de familias marginadas en Latinoamérica. La de don Leonardo fue una de las familias beneficiarias de los proyectos de vivienda, salud, deporte, trabajo y un largo etcétera, que se llevaban a cabo dentro de esta Iglesia, de la que entró a formar parte tras terminar sus estudios básicos. Ni siquiera él mismo sabía decir si fue agradecimiento, admiración o vocación el verdadero motivo de su participación en ese magnífico proyecto. Con el paso de los años, su curiosidad y vitalidad lo empujaron a aceptar destinos lejos de su tierra natal; primero en los Andes y más adelante en China y Japón.

Tras la muerte de mi padre, a mí y a mis hermanos nos gustaba escuchar las anécdotas que nuestra madre y nuestra vieja aya traían al presente al mismo tiempo que cosían, zurcían y remendaban la ropa de los tres adolescentes en los que nos habíamos convertido tras la mudanza a la rivera del río Avon, en Warwickshire. Nos sentábamos cerca de ellas, llevando a cabo una especie de juego que consistía en buscar similitudes y diferencias entre las anécdotas del sacerdote y el militar. No dudábamos en desgranarlas y compararlas una y otra vez. La verdad, con el paso de los años y con el permiso implícito de mi madre fuimos creando dos mitos. Las historias se iban magnificando a medida que las repetíamos. Sin perder su esencia, cada vez eran más increíbles. Llegamos a un punto en el que mis hermanos y yo, en nuestras discusiones, añadíamos detalles que podrían haber sido reales, que hacían pensar que habíamos estado presentes o que los habíamos escuchado fuera de nuestro hogar; pero no, eran solo fruto de nuestra imaginación, que hiperbolizaba las vivencias de James Ellis y don Leonardo de Mosquera.

107



James Ellis, oficial de la Dragoon Guards, murió con honor en la batalla de La Albuera. Su regimiento había sido uno de los más movilizados, unas veces como apoyo a las tropas aliadas contra Francia y otras como elemento disuasorio en intentos de sublevación en Irlanda. La mayoría de las anécdotas que contaba mi padre correspondían a sus destinos en Irlanda, tal vez porque fue allí donde sus misiones de reconocimiento le permitieron observar con más detenimiento aquella cultura. Y sobretodo porque realizó casi un centenar de incursiones anónimas en las fiestas, juegos y reuniones clandestinas, con el único objeto de obtener alguna información sobre los frecuentes levantamientos republicanos. Muy de vez en cuando enriquecía sus historias con los recuerdos de su breve paso por Italia y Grecia, cuando el ejército buscaba únicamente mejorar las relaciones comerciales con el resto de Europa, mucho antes de conocer a mi madre.

A medida que íbamos creciendo, las anécdotas de sus viajes se teñían con un trasfondo moral. Eran frecuentes las críticas a los caciques latinoamericanos por su opresión, que rozaba la esclavitud, y a la codicia de la corona británica, que saciaba mandando a la guerra a sus súbditos por un puñado de libras. Según contaban las dos mujeres, el clérigo barría para casa narrando con tono incrédulo los hábitos religiosos orientales. Pero, sin duda, llamaban mi atención de manera casi hipnótica las historias que narraban las costumbres de aquellos pueblos. Traían a mi mente la imagen de sus vestimentas y sobre todo me hacían revivir la manera que tenían de ocupar su escaso tiempo libre y de divertirse. Tal vez esto fuese el germen de mi gran afición por el deporte.

–Buenas tardes, James.

–¿Qué tal padre, cómo andamos?

–Me preguntaba si podrías explicarme de nuevo las jugadas de ese partido de hurling, en Newcastle. Aquel en el que McCrocán apuñaló a un jugador, a Bernad. Sigo pensando que el señor árbitro debía haber expulsado a Bernad, estaba lesionando deliberadamente a los jugadores del equipo contrario.

–¡Claro, hombre! Pase y siéntese a la mesa, le estábamos esperando. Tome una taza de té.

Parecido a éste era el ritual que presenciábamos prácticamente todas las tardes que mi padre disfrutaba de unos días de permiso. Cuando el padre Leonardo llegaba a casa, siempre lo hacía con preguntas muy directas sobre conversaciones anteriores. Pasados los años nos ronda la duda de si realmente estaba en desacuerdo con mi padre o si únicamente buscaba un rato de discusión haciendo de abogado del diablo, porque pocas eran las veces que daban solución a la cuestión inicial. Solían perderse en exhaustivas explicaciones y opiniones, en comparaciones y demostraciones in situ. Lo que sí estaba claro es que todos los hombres disfrutaban de la conversación y la compañía.

Desde las primeras frases se apreciaba que ésta era una extraña pareja. Mi padre un hombre rudo, campechano, siempre con una sonrisa sincera en la cara. Por otro lado el padre De Mosquera, más serio y con unas formas más templadas y correctas, fruto de los muchos enfrentamientos verbales con capataces y amos, malos guías espirituales y almas despistadas – como él los llamaba – en pos de negociar, convencer, atraer, ayudar...

–Se lo voy a contar de nuevo. Pero no me va a sacar de mis trece.

–Te lo agradezco, pero no vendas la piel del oso antes de cazarlo.

Mi padre lanzó una mueca en forma de sonrisa. El amplio comedor se fue quedando en silencio poco a poco. Y comenzó su versión:

–Aquel fue el último partido que permitió el rey Jorge II. Los campesinos intentaron salvar el juego quitándole uno de sus mayores atractivos: los grandes palos de madera que servían para golpear la pelota.

–¿Eso es para ti el mayor atractivo? ¡Válgame Dios!

–Claro que sí. Al quitarlos, solo se permitía utilizar el cuerpo para manejar la pelota y detener a los contrincantes –dijo mi padre alzando la voz.

–El juego que surgió de eliminar ese despropósito de los palos es mucho más dinámico y seguro. El caid es más conocido, incluso ha traspasado nuestras fronteras y ha llegado a Gales, aunque allí lo llaman cnapan y no está permitido usar los pies, ni contra el balón ni contra los adversarios.

–El próximo paso será que jueguen las mujeres, ya veréis –respondió con tono burlón.

–Dios sabe que si Hilario Caileo, *el Toro de Linao*, te escuchara, te retaría a jugar en su país.

Todos sabían que don Leonardo se refería a un deporte, muy similar al caid, que practicaban los huilliches, una tribu indígena de Chile, el linao. Muchas veces habían comentado la historia del tal Hilario. Incluso habían hecho tentativas de llevarlo a la práctica en la amplia cochiguera que tenía la casa a sus espaldas. Algunas de sus historias deportivas tenían ese final, ya sea por la imposibilidad de explicarlas con palabras o por calmar los nervios con un poco de actividad.

El linao, mucho más antiguo que el caid, contaba con algunas reglas consecuencia del paso del tiempo. Se jugaba en una superficie plana, de unos 120 metros de largo por 60 de ancho. Al igual que el caid, cada equipo, de unos 50 jugadores, tenía una arcada que debían defender. En cambio la versión británica aún se jugaba en el campo, y los arcos estaban colocados en zonas emblemáticas de los pueblos que participaban.

–Los dos juegos son casi iguales, excepto por los palos, el terreno de juego y la pelota –prosiguió mi padre–. Los equipos tenían que llevar la pelota hasta el arco contrario. Estaba permitido todo.

–¿Todo? –Esa palabra hizo al sacerdote saltar de la silla–. Eso será aquí, en Chile un acto innoble acarrea la expulsión de ese y de cualquier partido en el futuro.

–Por eso nunca llegaremos a un acuerdo. Aquí todos los participantes sabían lo que había. Al que no le guste, que no juegue.

–Vuestra tozudez ha hecho que el hurling se convierta en un deporte clandestino.

Hubo un momento de silencio. Mi padre sabía que estando a las órdenes del rey Jorge no podía comentar esa afirmación. Prefería no hablar de ese deporte. En los días de su mayor auge muchos militares de permiso se hacían pasar por campesinos para participar en aquellas batallas. Los mantenía activos y en forma. Los dos tertulianos sabían que mi padre

desaparecía de vez en cuando y pasaba todo el día fuera de casa. A su vuelta traía magulladuras de todo tipo...

–En realidad, creo que ese deporte no lo salvaron los campesinos. Esa modificación acerca extrañamente el caid al calcio florentino. Y las tropas de los Dragoon Guards estuvimos formando allí a su ejército una larga temporada.

–Es la única ocasión en la que he visto a un británico quitarse el mérito de algo –dijo entre carcajadas don Leonardo.

Las carcajadas solo contagiaron al militar. Los demás hombres intentaron disimular su atención tomando un sorbo de té casi al unísono. A mi padre le hacía gracia la fama que rodeaba la idiosincrasia británica. Él mejor que nadie sabía la influencia que ejercían los ejércitos sobre los territorios que “visitaban”, y viceversa. Pero no todos lo querían admitir.

–Florencia es ahora un punto comercial muy importante, pero incluso ellos reconocen su anterior dependencia de Roma. Los más antiguos rememoran viajes de sus ancestros al centro del mundo antiguo. Mediante el boca a boca ha llegado a nuestros días el verdadero origen del calcio.

–Ummmm –musitó el sacerdote apretando los labios– ¿Y esa conclusión tan tajante? La última vez no estabas tan convencido de eso. ¿Qué ha pasado con el episkyros?

–Nada en absoluto. Cada pueblo defiende lo suyo y nunca podrán llegar a un acuerdo, esto me lo ha enseñado usted. Yo he formado mi propia opinión: el harpastum romano es una copia del episkyros griego. En definitiva, los romanos se lo copiaron a los griegos y los florentinos a los romanos. Entonces es justo decir que el calcio viene del harpastum.

Yo creo que mi padre llevaba razón. Nadie inventa un deporte de la nada. Todos los juegos actuales han sido copiados, en ocasiones muy burdamente, de un entretenimiento antiguo. A nadie le gusta reconocerlo. Pero las semejanzas son demasiadas como para pensar que todos pueden ser originales.

Pruebas irrefutables son las semejanzas que comparten estos cuatro juegos, tan alejados geográfica y temporalmente. Eran extremadamente violentos, en ellos se podía utilizar cualquier parte del cuerpo para detener al oponente –contaba mi padre que se llevaron a cabo encuentros en los que lo único que no estaba permitido era matar–. Estos juegos tenían como objetivo final llevar el móvil a un lugar determinado del campo contrario. El número de jugadores solía ser muy elevado, podían llegar a 27 por equipo. Un detalle demasiado específico para ser casualidad era que, en cada equipo, 4 o 5 personas con una gran fuerza física eran los encargados de defender la meta. Además, al ser juegos de un gran desorden aparente, el número de árbitros normalmente ascendía a 8. La puntuación le daba un componente lúdico y motivante, en el caso del calcio cada anotación valía 2 puntos y fallar un lanzamiento a meta era penalizado otorgando medio punto al equipo contrario. En todos ellos la finalidad encubierta era mantener a los soldados en forma, para lo que no dudaban en enfrentar a militares contra reclusos.

–La respuesta que me estás dando es la misma que yo esgrimí en nuestra discusión sobre el cuju y el kemari. Bien sabe Dios que juegos tan parecidos no pueden tener lugares de

nacimiento distintos. Es más, por lógica la civilización más antigua es la que tiene más posibilidades de sufrir el plagio.

–Ve, don Leonardo, soy un británico atípico, tan capaz de dar el mérito a su dueño como de dar mi brazo a torcer.

–Es cierto, pero tampoco he conocido británicos con una curiosidad tan ferviente. Nunca te quedas con una versión de la historia, te gusta indagar en todos los bandos. Eso te ha hecho abrir tus horizontes y tus miras.

Se hizo un minuto de silencio. Fue interrumpido por uno de los numerosos retos que se lanzaban uno a otro y que siempre acababan en el barrizal trasero. En este caso lo lanzó De Mosquera.

–Te voy a demostrar de dónde vienen la agilidad y la habilidad de los orientales. No les hace falta una gran fuerza para vencer a un occidental –dijo el cura, remangándose el hábito por encima de las rodillas y sabiéndose más débil físicamente que el militar.

–¿No me diga que quiere que le gane a esos juegos orientales? Mire que quedan menos de dos horas para los oficios y no le va a dar tiempo a recuperarse –respondió mi padre.

Con toda la información que Leonardo de Mosquera había recopilado en sus misiones a China y a Japón sobre esos juegos, habían conseguido diseñar un juego parecido. Salvo por los rituales religiosos que el sacerdote se negaba a realizar, aunque los conocía perfectamente. El juego consistía en mantener una pelota en el aire, golpeándola con cualquier parte del cuerpo o cogiéndola. El único inconveniente era que el otro equipo podía hacer esto mismo con el cuerpo del contrario para evitarlo. El grupo que hiciera más pases seguidos ganaba.

Pocas veces las costureras decían el resultado de las “batallas”. No nos importaba; poniendo sobre la mesa las cualidades de unos y de otros, llegábamos a la conclusión de que nuestro padre podía haberlas ganado todas, incluso él solo contra el resto del grupo.

El tiempo pasó entre anécdotas y adoctrinamiento moral. Mi hermano mayor siguió los pasos de mi padre. Honrando su memoria como soldado de los Dragoon Guards. El siguiente hermano se inclinó por continuar su formación en la Escuela de Rugby. Oyendo sus experiencias creció dentro de mí su misma inquietud, que seguramente solo fue un entretenimiento que velaba mi verdadera vocación: convertirme en el Reverendo William Webb Ellis. Mi hermano no paraba de hablar de Thomas Arnold, el director de la Escuela, y de su innovadora manera de dirigir a sus alumnos. Permitía que ellos mismos gestionaran una serie de competiciones deportivas internas, que servían de criba para las posteriores competiciones condales.

Una vez dentro de la Escuela, no tardé mucho en dirigir todo mi esfuerzo a participar en esas competiciones. Por aquella época yo era más bien delgado, muy veloz pero con poca masa muscular. Con poco esfuerzo había conseguido entrar en los equipos de cricket, fútbol y baloncesto. Me había hecho bastante conocido dentro del club deportivo que recogía todas las disciplinas que en Rugby se practicaban. Mi afición fue tal que el número de horas que dedicaba al deporte superaba con creces mi asistencia a clase. Aunque esto no pasó

desapercibido para los profesores ninguno dijo nunca nada, ellos permitieron que mis aptitudes físicas compensaran mi expediente. Tener un buen jugador entre sus alumnos daba cierto prestigio.

Uno de esos días en los que entrenaba con el equipo de fútbol ocurrió algo. Deliberadamente el entrenador hizo dos equipos muy descompensados. Parecía como si quisiera probar mi destreza. La desigualdad llegó a tal punto que mi equipo parecía ser incapaz de remontar el resultado. Unos minutos antes de terminar el enfrentamiento el recuerdo de mi padre inundó mi mente. Recordé todos los juegos que mi madre y mi aya explicaban, y que con mis hermanos puse en práctica. Sin dar tiempo a que nadie reaccionara, con un gesto alocado agarré la pelota con las manos, sorteé uno, dos... cuatro, a todos los rivales. Intentaron zancadillearme, empujarme, agarrarme, incluso pegarme. Pero finalmente logré meterme dentro de la portería portando el balón.

No mucho después dejé mis poco fructíferos estudios en Rugby para pasar a formarme como sacerdote en Oxford. Con casi 50 años, y bastantes kilos más, me convertí en el Vicario de St. Clement Danes. En Rugby todavía se puede leer la siguiente inscripción debajo de mi estatua:

“Esta piedra rinde homenaje la hazaña de William Webb Ellis, quien haciendo gala de una gran indiferencia por las reglas del fútbol que en aquellos tiempos se jugaba, corrió por primera vez con la pelota entre las manos, dando así origen al hecho diferencial del juego del rugby. A.D. 1823”.

112

*Si el rugby es solo un deporte, el corazón es solo un órgano*

## HIJOS DEL DESIERTO

Rubén Osácar Chacón

Actualmente Lahcen y Said Mohamed corren para vivir; hubo un tiempo pasado, no muy lejano, en el cual eso no fue estrictamente así... Sus vidas cambiaron desde el instante en el que decidieron perseguir un sueño.

Salvando la escarpada cordillera del Atlas, al sur del referente montañoso del África meridional, se encuentra erigida, en medio de nada, la puerta de acceso al lugar más inhóspito, árido y abrasador del hemisferio boreal: el desierto del Sáhara.

Se trata de un pequeño pueblo, de calles áridas y chilabas que buscan tregua bajo cualquier sombra efímera, bautizado por las tribus bereberes como Ouarzazate, el último enclave de realismo y humanización antes de adentrarse en los dominios de la magia de arena. A partir de ahí, el devenir de los seres que cruzan su umbral queda reservado al capricho de los dioses de ese páramo. La justicia del sol y el esfuerzo por sobrevivir sitúan a cada criatura en su lugar.

1985, África. Marruecos. Sáhara Occidental.

El mayor de los dos hermanos Mohamed abre los ojos y clava su mirada en el techo de paja y adobe que lo resguarda. Se levanta al alba, su nombre es Lahcen y tiene 12 años.

Cada mañana alimenta su andrajoso zurrón con dos gachas de pan de trigo añejo para el largo día, llena la pelleta de cabra con agua extraída del antiguo pozo de Abdullé, y camina dos largas millas hasta la casa del viejo Bengal, un comerciante local, con puesto ambulante en el bullicioso mercado del pueblo.

Lahcen entra en el establo del viejo y carga, como lo hace diariamente, los camellos propiedad del mercader, con las innumerables baratijas de latón, cobre y piedras que cualquier turista podrá adquirir por un puñado de dirhams bien regateados, un precio irrisorio que en estas latitudes supone el peculio semanal destinado a la subsistencia de una familia.

Una vez estibada la mercancía, el hombre y niño; el saber y el ímpetu, ponen como de costumbre rumbo al mercado y su rutina...

Gentes vienen y van, miran, tocan y en el mejor de los casos compran... así transcurren los días, las semanas, la vida.



Tras la habitual sesión de algarabía y feroz competencia en los estrechos pasillos de la atestada kasba, al caer el atardecer, el viejo y el muchacho retornan sobre sus borradas huellas. En casa de Bengal se liberan las bestias y se saldan las cuentas del día. Bien sabe Alá que Bengal resulta un viejo zorro, al que no se le despistaría ni un grano de sémola en un cuenco de cous-cous, de modo que con el dictado del ábaco en el bolsillo, el cansado Lahcen saluda a la noche camino del hogar familiar donde dar con sus huesos, una pequeña *khaimah* apañada con barro a las afueras del pueblo.

Antes de acostarse guarda celosamente en un pequeño cofre el escaso metal ganado con esfuerzo.

Este es el transcurrir anodino de una temprana madurez; pequeño Lahcen.

El menor de los dos hermanos se llama Said y cuida de su madre cuando su hermano se ausenta. Said tiene nueve años y regala por naturaleza una equina sonrisa a cada nuevo día.

Aunque para ambos hermanos la vida amanece distinta, tienen una cosa en común: nunca conocieron la orgullosa mirada de padre.

Cada mañana Said se levanta con la falta de su hermano y toma del cofre, que se repone invisible a sus ojos cada noche, el dinero acuñado con el sudor de su estirpe. Con él acude a una pequeña venta en la antigua zona del pueblo, donde solo los moradores apañan y truecan, y allí se hace con un poco de cecina, té y grano. A su llegada a casa, ayuda a madre a amasar y cocinar el pan y la ración de presente, que su Lahcen necesitará a su regreso del mercado. Solo en aquellos días en que hay tiempo tras lo doméstico, el menor de la saga acude a la escuela de enseñanza elemental del pueblo. Said debe aprender rápido, pues estos son sus últimos días reservados para el saber y las historias del maestro, pronto tendrá que ayudar a su hermano en el fatigoso puesto de Bengal. Conseguir labor con la que transformar su fuerza en alimento. La educación es un lujo destinado para los vástagos de las castas superiores.

El cotidiano desempeño de la familia Mohamed es rutinario y mísero, pero algo está cambiando imperceptiblemente para ellos...

Estos días han aparecido en Ouarzazate un grupo de atrevidos aventureros europeos, bien organizados, con la pretensión de atravesar una amplia franja del mar de arena: un sector del desierto del Sáhara a los pies del Atlas.

El reto consiste en realizarlo a pie y sin más ayuda que la que un mapa y una brújula otorgan, portando lo necesario para vivir y navegar entre dunas durante una semana... Todo ello ante la mirada atónita de la población local.

Como cualquier morador del arcilloso y quebrado paisaje, que observa aquel evento multitudinario de un modo ajeno, ambos hermanos contemplan la dichosa caravana occidental, sin llegar a comprender cómo las personas podían recorrer medio planeta para ser ajusticiados por el rey del cielo y convertirse en presos de la naturaleza por propia voluntad y capricho, una paradoja, teniendo en cuenta además que para ello abonaban fuertes sumas de dinero.

Muchas lunas se sucedieron desde el aquel pionero evento. La hazaña foránea resultó muy reconocida y generó gran expectación más allá de las montañas, en todo el mundo. Su repercusión fue tal que no existió gran demora en suscitar el reclamo del motor económico global tratando de rentabilizarlo. De modo que, al año siguiente, una compañía extranjera se encargó de convertirlo y difundirlo como el evento deportivo anual más extremo del globo: “La Maratón de las Arenas” (más de 250 kilómetros de autosuficiencia distribuidos en siete etapas). El estricto gobierno del país se sumó a la incipiente marea de dólares y lo concibió como una posible vía de desarrollo e inversión del tan estimado capital extranjero, extendiendo así una alfombra roja de permisos y licencias de explotación.

De este modo, año sí y año también, empresa y gobierno, bailando el mismo son, comenzaban a organizar la “Ultra-maraton des Sables”, bajo licencia francesa, como buen matrimonio colonial. En ella se contaba con la participación, durante siete días, de corredores llegados de los cinco continentes. El evento necesitaba de una logística digna de la milicia romana y, con la afluencia internacional masiva, a la aventura se le añadió un sostenible ingrediente ecológico, con el objeto de cumplir con el compromiso de no devastar el ecosistema. Todas las piezas encajaban y las arcas, tanto reales como privadas, hacían hueco para albergar su rédito.

Desde aquella primera edición, los años transcurrieron y con cada primavera, cual fruta de temporada, la caravana extranjera hacía su aparición. El calendario cumplía su cita anual con los gladiadores del polvo, su notable importancia convirtió la competición en una referencia atlética para Oriente y Occidente.

Los habitantes locales aprendieron a convivir durante una semana al año con aquel cromático y políglota racimo de Babilonia.

Innumerables generaciones de curtidos rostros, nacidas y sepultadas en el desierto durante siglos, han respirado libres del sentimiento occidental que domina al mundo moderno, donde el tiempo es dinero. Entre la arena del Sáhara, la vida no ha girado jamás sobre ese artificial carrusel. El bien es tan escaso que apenas existe quien pueda permitirse el lujo de acumularlo. Ahora, en el mismo lugar, a merced de los cuantiosos premios ofrecidos en la competencia deportiva, por primera vez y con las dunas como testigo, el tiempo se cuenta en oro.

Una mañana de abril de principios de los años noventa, el sol asoma tímidamente por encima de las dunas. Lahcen y Said Mohamed madrugan más que de costumbre.

El rojizo cielo despierta la fresca arena, que poco a poco recupera su blanco cálido. Este amanecer los hermanos Mohamed no acudirán al puesto de Bengal.

En lo más profundo de su corazón, ambos confían en no volver, nunca más, a trabajar para el usurero mercader. Ni para ningún otro esclavista. Son ya dos adolescentes avanzados y dos de los primeros participantes marroquíes en la institucionalizada competencia atlética.

Son la esperanza local.

La población nativa no es capaz de costear los precios de inscripción y entrada que la organización occidental propone; así que en esta ocasión, y por primera vez, el Gobierno, en busca del orgullo local, ha ofrecido la posibilidad de participar, de modo gratuito, a

cualquier oriundo que se atreva a medir sus fuerzas con los pertrechados corredores extranjeros.

El último año ha sido muy duro para ellos; después de trabajar en el mercado, han decidido correr, en ocasiones bajo las estrellas o alumbrados por la luna. Han corrido como lo hacían cuando eran niños y su madre se ocupaba de sustentarlos.

Hoy correrán y soñarán con la posibilidad de cambiar sus vidas. Las expectativas de los atletas del mundo pasan por intentar hacerse con alguna porción del succulento pastel que supone un elevado premio cotizado en divisa extranjera. Pero para ellos, aunque no cuentan ni para las migajas, es mucho más que eso, significa no tener que levantarse al alba y hacer el trabajo de otros. Said y Lahcen sueñan con lo que supondría tener dinero para comprar un camello y emplearlo. Dejar atrás los días en que dormir sobre esteras y comer lo justo eran religión.

El instinto aflora y los seres aprovechan su oportunidad.

Siempre hay un lugar para los que luchan por un futuro diferente; mejor.

Comienza la carrera.

La arremolinada arena se transforma en improvisado coliseo.

La pareja islámica se muestra nerviosa y novel. Preparan sus morrales y aprietan sus zapatillas de lona antes de oír el pistoletazo inicial. Su material dista mucho del que usan los occidentales. Agrupados junto a cientos de almas ansiosas, en la misma línea de salida, les invade una sensación de inferioridad instintiva. Comienza a extenderse una corriente de palmas que crece en intensidad; son los corredores canalizando la adrenalina. Se sienten rodeados por la intimidación de tanta preparación foránea, en un ritual desconocido para ellos. En su humildad se miran, se reconocen, se sienten y se saben. Nadie imagina que “los muchachitos moros” puedan estar a la altura. Nadie salvo ellos mismos.

Un disparo retumba en los oídos de los corredores y no tarda en levantarse una densa nube de polvo al paso de hombres que cabalgan como potros ensillados. La dinámica masa multicolor se estira y discurre entre las calles del pueblo, alejándose de las miradas de visitantes y residentes. Lahcen y Said parecen hormigas al contraste del horizonte, demasiado lejos para los aguados ojos de su madre, que pronto los confunde entre la desbocada manada. Respiraciones entrecortadas y desatados latidos empujan a los corredores hacia una colina que no tardan en ascender, haciéndolos desaparecer, dejando tras de sí arena y silencio

La competición más dura del mundo establece desde el primer kilómetro las condiciones que avalan su marchamo de calidad: altas temperaturas, largas fatigas y escasez de agua y alimento, acompañan a todos y cada uno de los héroes que atraviesan el paraje que los vacía de ánimo y fuerzas, para luego enriquecer sus espíritus, y con ellos sus vidas.

Desde el primer día y durante cada metro de las siete etapas del recorrido, el resultado de los hermanos Mohamed es una sorpresa. Baten una y otra vez a cada hombre y mujer de los que corren a su lado, pisan donde nadie pisa, rodean colinas y atajan sin necesidad de brújula, fluyen y avanzan cual río por un terreno que parece el patio de su crianza y juego. El

nativo conocimiento del medio, la adaptación al clima o la innata capacidad de orientarse a través de la naturaleza, los convierten en sombras que nadie puede olfatear... Día a día, pueblo a pueblo, avanzan llenando de esperanza el corazón de nómadas y pueblos que a su paso salen, gentes malacostumbradas a la inferioridad, producto de la colonización y la usurpación de sus recursos, de sus tierras.

Las victorias que cosechan los hermanos guiados por Alá, etapa tras etapa, alumbrando los semblantes en aquella tierra, se convierten en sonrisas de sus gentes, en cánticos de mujeres que les aplauden y jalean a su paso por los olvidados pozos. Se transforman en magia para un pueblo.

A lo largo y ancho del país, el subdesarrollo y la miseria se olvidan por momentos para sentir cómo la raza vernácula ejerce, por una vez, la supremacía. La prensa se hace eco de sus pasos a través los secos lagos o los campos de dunas.

Aldea tras aldea, oasis tras oasis, buche a buche, los hermanos se beben el desierto en cada zancada, acumulando ventajas insalvables para el resto de participantes. Resulta imposible seguirlos. Con cada amanecer, se visten de fuerza y alimentan su andar con un sacrificio que resulta incomprensible para el resto.

Al séptimo día la competición tocaba a su fin, con los morrales ya vacíos y los corazones repletos, los extenuados pero felices hermanos se aproximaban entre calles a la meta sita en el corazón de Erfou. Sonreían y apretaban el paso, animados por tambores y vítores de tribu proferidos por sus iguales. Raudos como lanza de beduino se buscaban agarrando sus manos sudorosas. Alzando los brazos y para el deleite de miles de sus semejantes, Lahcen y Said atravesaban el arco triunfal. Habían ganado la prestigiosa carrera. Su primera competición, y lo habían hecho juntos. Paso a paso, desde el primero hasta el último.

Se fundieron en un abrazo donde muchas manos ajenas se sumaron por derecho. Las gentes los besaban, los zarandeaban y los aupaban entre ancestrales cánticos y ritmos de tambores y cornetines.

Hubo bailes y olor a festejo. Hubo cordero y sémola.

Vendrían muchas más celebraciones. Más de una decena, cual tradición estival. Siempre en casa.

Año a año, evento tras evento, los jóvenes corredores de Ouarzazate se proclamaron hegemónicamente superiores a cualquier atleta. Pronto dejaron de ser los hermanos más conocidos del pueblo, para extender su prestigio por todo el país y el continente.

Únicamente, aquellos quienes pudieron contemplar las carcajadas de un apiñado grupo de harapientos niños descalzos, al paso de los corredores locales por sus dominios, son capaces de comprender lo que significó tal demostración de poder para un pueblo, una etnia. Los luchadores del Islam con quienes compartí huellas, avanzando a través las empedradas llanuras, resultaron ser recolectores de toda la ilusión de las personas anónimas que los adoraron como a dioses.

# Yo, deportista

Aún hoy se habla de cómo los hermanos Mohamed sufrieron y lucharon para ganar algo más que dólares y mucho más de lo que habían rogado a su profeta. Más de lo que en su vida desearon alguna vez.

Ganaron el afecto y orgullo de todos a los que representaban sin saberlo.

Ganaron el saludo y el favor de toda una nación.

Ganaron un modo de vida: correr.

Actualmente, su imagen e identidad en ese territorio les otorga una posición social desde la cual contribuir al desarrollo de sus semejantes, fomentando el deporte como parte de la vida cotidiana de la población infantil, apartándolos, de este modo, de tareas inapropiadas para niños.

Lo sé, porque lo viví.

Yo estuve allí.

## EL COMODÍN

Franz Kelle

Hacía un año que había fallecido el papá y la mancha de nicotina tras su sillón orejero continuaba emergiendo desde las profundidades, atravesando las voluntariosas capas de pintura que yo había aplicado. En cuanto comprobé atónito que la mancha había adoptado un contorno similar al de la Copa del Mundo de fútbol, pedí a mi hermana Luisa que pasase a verla.

–A ver, ¿qué quieres que te diga?, vale que la mancha de marras sea tan pertinaz como lo era papá, pero yo no veo que haya cambiado desde la última vez que vine –dictaminó mientras escrutaba la pared con el ceño fruncido, los dedos índice y pulgar pinzando su labio. Mi cuñado César nos daba la espalda, asomado a la ventana, pensando posiblemente que se me había terminado de ir la cabeza.

–Rubén, cógete unos días, anda, hazme ese favor; que te dé un poco el aire. ¿No te relajaste mucho la Semana Santa haciendo senderismo en Ordesa? –me recomendó Luisa posando una mano sobre mi hombro. Ser el pequeño es un peñazo, siempre oyendo consejos, no importa que roce ya los cuarenta tacos–. Otra cosita, Rubén, ¿no es hora de que olvides ya a Marta y te busques a alguien? Piénsatelo, tanta soledad no le hace bien a nadie. Y recuerda, si invitas a una *churri* a cenar, no se te ocurra...

–...hacerle pescado, es una aberración desde un punto de vista freudiano –recité de memoria la esencia de su teoría más absurda. Se despidió con un abrazo que intuí compasivo y marcharon a tomar unas cañas al centro. Yo me quedé en casa y vi la ceremonia inaugural del Mundial de Sudáfrica.

La tarde del debut de la Selección escapé de la oficina con el tiempo justo para ver la segunda parte. Alcancé el rellano jadeando –tengo que hacer más deporte–, atiné con el ojo de la cerradura pese a mi agitación y giré la llave las dos vueltas de rigor. Me quedé paralizado en el recibidor al llenarse mis pulmones con una bocanada de olor a tabaco. Desde el comedor me llegó el rumor de las resabidas recetas de los comentaristas para enderezar el rumbo en la reanudación. “¿Qué narices hará el jeta de mi cuñado viendo el fútbol en mi piso?”, pensé. En cuanto me asomé al umbral con el “¿Cómo tú por aquí, César?” a flor de boca estuve a punto de desvanecerme.

–Hombre hijo, ¡qué alegría que vengas a ver el fútbol conmigo, los anuncios de cerveza obran milagros! –Me recibió papá desde su sillón orejero. Pellizqué compulsivamente mi



brazo e intenté emitir ese aullido con el que suelo zanjar mis pesadillas. No hubo manera: estaba despierto.

–¿Quieres no quedarte allí plantado como un pasmarote? ¡Corre, cógete una silla, que empieza la segunda parte! –Me animó como si tal cosa.

–Ya, papá, pero es que tú... ¡tú estás muerto! –me sinceré con la mayor templanza que pude-. Espar... esparcimos tus cenizas de madru... gada junto al Molinón, como querías –añadí balbuciendo.

–¡Qué me vas tú a contar, hijo mío! He tenido que arreglar montañas de papeles para obtener un permiso extraordinario, lo llamamos El Comodín. Oí de fuentes muy fiables que España ganará el Mundial, ¡y para perderme yo eso tendrían que haber pasado por encima de mi cadáver! –Me aclaró con esa sonrisa torcida tan suya.

Los suizos nos aguaron el primer capítulo de la fiesta. Mi padre se levantó hecho una furia y se fue al cuarto de baño echando pestes: “Por estos *mantas* he gastado yo El Comodín, ¡hay que joderse!”. No regresó del baño. Durante unos instantes estuve tentado de llamar a Luisa, pero descarté la idea ante el temor a que decidiese internarme en algún sitio. A fin de cuentas, era el típico asunto entre padre e hijo.

Pasé los días siguientes especulando sobre las condiciones del Comodín, si la derrota lo habría consumido o si seguiría vigente mientras quedasen posibilidades de clasificación. La mañana del encuentro contra Honduras me invadió un nerviosismo extremo, mis compañeros de la oficina estaban alucinados porque no me conocían esa vena futbolera. “Ya ves, te teníamos por un *cultureta* y ahora estás hecho un flan por La Roja, ¡vaya tela con el fútbol!”.

De camino a casa compré un cenicero en un bazar chino y las aceitunas partidas favoritas de mi padre, por si acaso.

–No sabes lo que he tenido que pelear para que me extendiesen el maldito Comodín, menos mal que les he convencido de que seguimos vivos con lo de las posibilidades matemáticas. –Fue el saludo de papá en cuanto dejó de tararear el himno con los ojos vidriosos.

Luego vinieron las eliminatorias y con ellas la insistencia de mis amigos por juntarnos a ver el fútbol en algún bar. Me fui escaqueando con todo tipo de pretextos.

–Oye, que hemos pensado que la final la vemos en tu casa, ¿vale? –me comunicó mi colega Juanvi, posiblemente temiendo que mi aislamiento fuese fruto de algún tipo de estado depresivo.

–No, tío, no va a poder ser, tengo que terminar una presentación del curro, igual ni veo el partido –inventé tajante.

–Va, hombre, ¿cómo coño no vas a ver la final? ¡Déjate de historias, que mañana estamos allí! –Colgó.

Llegó El Día, La Hora, y allí regresó mi padre, sentado en su sillón con la Copa del Mundo color nicotina tras su cabeza. El telefonillo y mi móvil habían dejado de sonar media hora antes, mis pobres amigos tuvieron que improvisar otro escenario donde disfrutar la final.

# Go, deportista

–Hijo, hoy es el día que estuve esperando toda mi vida. Quiero que sepas que soy el hombre más feliz del ultramundo por poder ver la final aquí contigo, hombro con hombro –me anunció conmovido. Creí sus palabras a pies juntillas porque jamás había visto tamaña ilusión en su mirada. Revivimos todas nuestras tardes de fútbol concentradas en una sola noche, vociferamos chorradas sobre los tulipanes y los zuecos, y, en aquella jugada clave, en aquel instante mágico de la prórroga vital de mi padre, tocamos el cielo con los dedos, unidos como nunca antes.

Cuando se despidió diciendo “Ahora ya me puedo morir tranquilo” sé que partió satisfecho.

## ETAPA(S)

Antonio Javier Pagán Peñalver

El año que nací yo ganó la Vuelta a España Marino Lejarreta, al que luego admiraba en mi baraja de ciclistas profesionales. Pero muchos años antes habían trazado hazañas de leyenda muchos otros ciclistas embarrados en blanco y negro. Me fascina ver imágenes y escuchar las historias de aquellos hombrecillos dejándose la piel sobre sus pesadas bicicletas, diseñadas en puro hierro, sobrellevando la ansiedad del caníbal o de quien pica en la mina. Su sentimiento soportaba kilométricas etapas cargando todos los chismes sobre la espalda para ser autosuficientes, unos mecánicos forzosos, deportistas ante todo. Las añejas portadas de periódicos amarillentos ayudan a entender la importancia de aquellos respetables belicosos, combatientes, titanes, ¡míticos! Las retransmisiones radiadas por los periodistas de la época se encargaban de repartir la noticia al pueblo, envasada de forma imperial capaz de poner la piel de gallina a los futuros campeones.

Es así, los años noventa del ciclismo en España tenían un claro ídolo deportivo y crearon mucha afición animada por tanto éxito. Tras otros logros sociales, ellos y ellas querían subir a dar un paseo sobre ruedas para parecerse a Indurain.

[Quiero vitorear: ¡¡Indurain, Indurain, Indurain, Induraaaain!!,  
¿De qué planeta viniste?, ¡Indurain de mi vidaaa!]

Su resistencia parecía de otro planeta. Constituido físicamente como un cyborg-premium-cinturón negro. Miguel atravesaba a sus rivales con su espada, sobre todo en las etapas contrarreloj. Levitaba sobre su máquina dando un hachazo de minutos, difícilmente recuperables por sus adversarios. Aguantaba a sus rivales como un tenaz depredador, imposible de dejar descolgado y abandonar sin aliento. Pedaleaba embestido con orden de caballero multicolor que administraba gentil y elegante. De talento privilegiado para leer las circunstancias de la carrera, que le hacía dominar con autoridad las subidas y las bajadas de los Alpes y Pirineos, sin ponerse nervioso ante los corredores italianos, franceses o suizos del momento. Relaciono parte de mi infancia con los años victoriosos de Miguelón y lo responsabilizo de mi afición. De haber sido posible, en el videojuego *street fighters* me hubiera elegido seguro la opción de duelo entre el avatar de Indurain versus Rominger, aunque hubiera traicionado tanta fidelidad eligiendo, de vez en cuando, a un atrevido y descarado diablo italiano. Pero Miguelón me hizo disfrutar la grandeza de escapar en bici,

aunque fuera para saborear privilegiadas vistas o admirar los gestos de quien adopta una bicicleta como instrumento de compañía.

Me recreo en las pausas compasadas y rítmicas de mover el cuerpo al subir una pendiente inclinada de una loma o un puerto de montaña. El cuerpo va acomodado en postura de mantis religiosa, se eleva sobre los pedales para quedar erguido como una cobra en posición de ataque, acompañado de gestos bravos de codos y rodillas a golpe de riñón, conectado con otros órganos como el corazón o los pulmones que ayudan a apretar los dientes y soltar efectivos zapatazos desgarradores por evitar la succionadora fuerza de la gravedad. Cualquiera diría que podría parecer una curiosa danza de cortejo, a momentos un estilo de baile solitario o hasta todo un modo y filosofía de vida.

Hay un instante o alguna fuerza que empuja y hace vencer el vértigo al precipicio y alcanzar la velocidad de una mariposa, para animarse a avanzar como reptando, haciendo equilibrio sobre desfiladeros o por carriles habilitados, más difíciles de encontrar de lo deseado. Hacerse con el dominio y sosegar los miedos es todo un ritual de paso para reafirmarse como adulto. La recompensa a la tentativa es uno de los primeros triunfos en el palmarés personal. Además de conceder el orgulloso desprecio de desenroscar, arrancar, extirpar al estilo torero los ruedines para guardarlos como trofeo.

Es recomendable comenzar con un pedaleo relajado de recreo, de mañana de domingo, afinando el oído al camino como un jefe sioux y prestar atención a las señales para evitar imprevistos. No afecta si te tratan de tú o de usted, no importa si se trata de él o de ella, lo importante es dejarse llevar agarrado al manillar, dirigir el timón con insolencia para disfrutar del sonido de los numerosos radios cortando el viento. Creo que hasta se pueden meditar las vivencias del día llegando al nirvana, relajar el aura hasta limpiar el karma, sintiendo la orientación del caprichoso viento o masticar el tiempo que separa la distancia entre A para llegar a B. Es una gran opción si uno decide pasear acompañado para compartir el festejo, en ese caso, uno también puede añadir a su distracción el encontrarse con otros camaradas incomprensidos para cabalgar engrasados, 0,0% humeantes, o cantar a coro himnos juveniles para disfrutar de ese sonido de tren de carga que emite una masa reunida y avisa de su presencia, a la vez que sirve de refugio por el riesgo a un tropiezo.

Lo confirmo, pueden haber pasado décadas, hasta se puede haber olvidado ese nombre de aquel conocido, la letra de esa canción de ese cantante francés o aquella película visionada en el cine de verano, pero sin duda renace imborrable de entre los recuerdos la destreza de uno de los pasatiempos (y/o estrategia de transporte) que puedo proclamar como una de las más liberadoras y bellas sensaciones saludables, intercalada de paradojas cuando reta nuestra propia resistencia. Está claro que satisface, anima y se celebra reencontrar esa habilidad de mantener el equilibrio sobre ruedas, poquitas cosas quedan tan bien grabadas cuando se aprenden.

Los inicios pueden parecer complicados, pero pronto se afianza en el ADN el amor por montar y mantener una bicicleta. Se puede empezar por aprender a maniobrar y asimilar las instrucciones elementales. Preparado para adentrar en el microcosmos que encierra un pequeño islote. Impacientado por explorar el mundo con actitud paciente y prudente, hasta

defenderse como apto para avanzar sobre la estructura, ahora fabricada de metales poco pesados. Montado sobre un ciclo como un centauro que es propulsado a dos ruedas, que suele ser el modelo más corriente de apariencia en el que se presenta. Son fáciles de identificar en cualquier desfile ciclista multitudinario o en la jungla de desorden frondoso de cualquier garaje. Encontramos desde bestias poderosas a felinos confitados, todas deseosas de ser usadas, siempre calladas y algo tímidas si notan algo de presuntuosidad o fanfarronería en algún dueño que quisiera exhibirlas como un objeto cualquiera.

Cuando uno se acaba de aficionar hay que estar al corriente que en este deporte no se deben alzar los puños como vencedor antes de estar seguro de pasar la línea de meta. Nada, no vale tomar atajos o manipular el velocímetro, no hay picardía válida. Como decía aquel, podrás vencer pero no convencerás.

Como la relación entre las horas de estudio de un colegial aplicado a su tarea, la misma que le ayuda normalmente a sacar unas buenas notas, pues en el deporte y el deportista se conjugan para funcionar de una forma parecida, casi del mismo modo. Porque existe también una relación casi directamente proporcional entre entrenamiento y buenos resultados. Un buen ciclista medio profesional pongamos por caso, dedica muchas horas de su vida al entrenamiento, subido sobre su fiel compañera domesticada, calado de gotas de lluvia, esquivando la fuerza del viento o transpirando anhelos, si se levanta un buen día y hace bueno. Pero siempre hambriento por devorar kilómetros para cargarlos al contador meticuloso de los músculos de sus piernas. El entrenamiento no se queda ahí y tiene que seguir en otras franjas horarias del día. También tendrá que alimentarse bien sano y saludable, sobre todo antes y después de cada batalla importante, controlar las pulsaciones para no marear el esfuerzo de sus reservas, además de mantener calibrada su herramienta de trabajo con mimo. Y si tiene con quién, podrá masajear con sabiduría sus autopropulsores en terapia. Porque tiene que saber dosificar el necesario descanso sin sobrecargas, para aspirar a ser más punzante y aprovechada cada pedalada. Así, con el cincel y el martillo, con el sudor de la frente del esfuerzo de cada día, puede que la suerte lo mire a los ojos y se fije en él para triunfar. Muchos se quedan en el camino. Se puede ganar, competir o no competir, marcarse exámenes de reválida, autoevaluarse, pero no parece lo único importante, aunque a veces lo parezca y pregonen lo contrario. Pero a todos les habrá sonado el despertador con la ventaja consoladora, virtuosa, privilegiada, de quien está ejerciendo una afición por pura vocación.

Luego está de una manera compatible o intercambiable, ese deportista que ha quedado para correr con otros devotos en una mañana de domingo, o niños en bici nueva que recorren el descampado, o saltadores que levitan, mira la señora endomingada que lleva la fruta, universitarios superando créditos, el mismo cartero o el panadero, hasta vendedores de helados he visto. O esos que tanto me agradan, los aficionados que se unen a otros formando una marabunta de gente que exclama alabanzas y alaridos, a veces ininteligibles, en las cunetas del camino. Catapultan con su bullicio al corredor que se acerca a su encuentro, recibiendo sus reverencias que van a veces repartidas para todos, dedicadas desde al maillot líder de turno, hasta el farolillo rojo de la clasificación. Todos participan de alguna manera.

# Yo, deportista

Desde mis treinta primaveras advierto que hay mañanas plomizas en las que te levantas con desgana y la sensación de que el colchón de la cama hubiera servido para sumar años, como acumulados al abordaje para martirizar articulaciones y arrugar los gestos. En cambio, hay otros días en los que amanece despejado y se respira energía, donde hasta apetece echarse a volar, parece que las horas de sueño reparador hayan servido para descumplir años y cargar la batería. Se puede decidir bajar del andamio para camuflarse en la verdadera identidad de un traje de superhéroe adquirido en el pasillo "Sección deportes" de cualquier supermercado. Además de colocarse el casco homologado contra los chichones que corona al rey o reina o presidente de la república suprema de cualquier barrio, propietario de su terreno por la gracia de quien puede y quiere.

Para cuando tú nazcas te vas a encontrar otro momento deportivo a aquel de los ochenta. Y sí, puede que se puntúe mejor, con más colorido donde hay atletas preparados que luchan por victorias que no llegan y donde los ciclistas asaltan a través de imagen *full HD* de la televisión, o el ordenador del salón de casa, incluso en la palma de tu mano y a tres dimensiones, como un simulador en los que vas corriendo con ellos refugiado en el pelotón de una interminable etapa de algún país.

Con todo, no es sencillo empujar un carro móvil esquivando con las curvas del camino. Se hacen nudos en el estómago en los puertos que se hacen interminables. Pero mejor saltar del sillón a descubrir las imperfecciones del mundo. Pronto, nos surgirá la impaciencia por aprender a subir en bici, comer a cucharadas sin llegar a manchar o a bajar escaleras. Ya habrá tiempo de pedalear hasta los altos nevados para divisar de cerca el Tourmalet, un Alpe d'Huez o la sierra del lado de casa, donde darás el primer beso y descubrirás tantas cosas. Te espero con el ansia de quien quiere percibir sensaciones expuesto ante otros entusiastas con la condición de saber ganar y perder. Pero ya sabes, te permito competir por la victoria antes que ser un campeón cualquiera. Por eso nos convendrá recurrir a la observación de la destreza de otros corredores, sus gestos, entonces nos acordaremos de Indurain.



## ORGULLO DE EXISTIR

Roberto Quero Campos

Contemplé el rostro perdido de Allan después de las declaraciones de Wilson. Parecía lleno de rabia... o tal vez, dolor. Se maldecía. Se maldecía por haber cometido la gran estupidez de conducir con... como me dijo a mí aquel viernes por la noche: "Solo 5 copas de más, no es nada". No pensó que aquello le cambiaría la vida para siempre: Allan perdió las dos piernas en un accidente al salirse de la carretera. ¿Acababa de tirar su vida y su carrera deportiva por ser un ingenuo? No... yo tenía más culpa que él, por haberle dejado ir. En su estado, no sería capaz de tomar decisiones debido a la distorsión de la realidad que causa el alcohol en la mente, contando además con la típica torpeza de movimientos ocasionada por una notable reducción de la velocidad de los impulsos eléctricos nerviosos. No me dilataré describiendo el estado físico y mental de mi amigo y continuaré con mi historia.

126

Tras aquel trágico día pensé que había finalizado la vocación de Allan: ser velocista de 100 y 200 metros lisos; así como mi trabajo (era su preparador físico). La verdad es que Allan llegó a ser muy reconocido en su especialidad, siempre disputando las grandes finales olímpicas y numerosos torneos, y ganando algunos de ellos. No obstante, tras varios meses de ingreso en el hospital de su ciudad natal, Bournemouth, localidad situada en el litoral meridional de Inglaterra (a unos 65 kilómetros de Stonehenge), decidió que jamás abandonaría aquello que siempre fue su vida: correr. Le hacía sentir bien, vivo, y aunque para ello necesitara unas prótesis de fibra de carbono, lucharía y continuaría corriendo. Me alegré por él (jamás descubrí a nadie con semejante entusiasmo después de tal fatalidad), aunque he de admitir que también me alegré mucho por mí (después de todo, mi oficio seguía en pie).

Ahora competía con una entrega que superaba con creces la de los demás deportistas, claro que lo hacía en categorías paralímpicas. Un par de años más le bastaron para hacerse el más reconocido atleta, tanto por sus logros como por su empeño.

Fue entonces cuando sucedió el segundo gran golpe en su vida. Poco después de que Allan recibiera la medalla conmemorativa Príncipe de Asturias al Mejor Deportista del Año, Wilson Smith dio una polémica rueda de prensa tras ganar el Campeonato Mundial de 100 metros lisos. Wilson era considerado uno de los grandes velocistas de la historia, con la mejor marca del mundo en esa disciplina: 9,47 segundos (superando al que una vez fue un gran atleta, ese tal... Bolt). Al principio la entrevista fue sin el mayor percance, pero cuando la reportera le preguntó:

–¿Qué opina sobre los últimos logros de Allan Button? Sin duda es un gran merecedor de...

–La verdad es que –contestó Smith interrumpiendo a la periodista– se le da excesiva importancia a esos... lisiados. No creo que sean laudables de tal mérito. El reconocimiento mundial debería corresponder a los verdaderos atletas de élite, es decir, a nosotros, los que competimos en las pruebas de verdad. Si quiere compararse con los mejores, ¡que rivalice contra los mejores!

Rachel, la periodista, no sabía exactamente cómo continuar la conversación. Realmente esa respuesta “no estaba en el guión”. No obstante, como buena profesional, consiguió desviar la entrevista a aguas más tranquilas.

Allan, como gran admirador de Wilson, visualizó a través de su televisión toda la carrera y sus posteriores... declaraciones. Tras esto, algo se rompió dentro de él. No es algo que se pueda explicar con palabras, aunque si existe alguna que se aproxime a su estado anímico, esa es: acabado. Pasó todo el día y parte de la noche observando algún sitio que solo él era capaz de ver en aquel instante. Sus ojos se hallaban pétreos en dirección al suelo, húmedos, aunque de ellos no manaba ninguna lágrima. Yo pasé todo el tiempo junto a él, aunque creí que no se había percatado durante todo ese tiempo de presencia alguna hasta que de pronto levantó la vista y soltó:

–Lo haré.

–¿Qué dices? ¿Qué harás? ¿De qué estás hablando? –pregunté atropelladamente.

–Lo haré. Me ha retado, establecido una meta. Disputaré una carrera contra él.

–¿Qué? Creo que deberías descansar...

–¡No! Defenderé mi orgullo, pero no solo el mío, sino también el de todos los “lisiados” que han sido ofendidos por sus palabras.

–¡Pero es una locura! ¿Cómo vas a ganar contra el mejor...?

–¿Engreído de toda la historia? No es cuestión de ganar o perder. Solo quiero demostrar que tenemos valía, dignidad, ¡somos personas!, ¡atletas!

Poco podía yo hacer para intentar contener a mi amigo. Era una persona difícil de convencer y, además, su dignidad había sido herida (o tal vez, algo más que eso).

Como era de esperar, al día siguiente se amontonaron numerosas cartas en nuestro buzón (sí, compartíamos piso; cosa que no había mencionado antes porque carece de importancia para el desarrollo de nuestra historia). Todas ellas eran peticiones reclamando que Allan concediera una entrevista a los medios sobre las declaraciones de Smith. Él no pudo ver momento más apropiado para realizar su comunicado.

Así fue. Los diarios se agolparon de noticias sobre el caso e incluso se empezaban a hacer apuestas sobre el ganador. La verdad es que era una gran novedad para los periódicos sensacionalistas, con titulares como “La Carrera del Siglo” o similares para atraer a más lectores. Si realmente Wilson quería fama, la había conseguido y multiplicado en pocas

horas, aunque posiblemente no era el tipo de popularidad que hubiera esperado. Si es verdad que recibió la noticia con asombro y desagrado, finalmente acabó aceptando el reto debido a la presión mediática.

Se fijó la fecha para finales de mes (el día 30, para ser exactos). No podría decir cómo llegaron a ese acuerdo, porque estuve realmente ocupado esos días haciendo de guía turístico a unos parientes de Edimburgo... Realmente habían venido a la ciudad para ver el “acontecimiento del siglo” pero, de paso, me suplicaron que les enseñara Bournemouth.

En los 8 días que faltaban para el evento, Allan prácticamente no me dirigió la palabra, siendo expresiones como: “¿Me pasas el pan?” o “Buenas noches” las únicas que brotaban de su boca. No, no es que estuviera molesto conmigo, era algo habitual en él: los días anteriores a sus grandes citas resultaba algo “silencioso”. Era una práctica por la cual adquiría la concentración y la preparación psicológica necesaria para dar el máximo rendimiento en la pista.

30 de mayo. Llegó el día tan esperado por la prensa, la gente de a pie y numerosos deportistas. Yo estaba hecho un manojo de nervios (no siendo yo quien me jugaba el pellejo); sin embargo, Allan parecía muy tranquilo, como si aquello no fuera con él. Tras un intenso calentamiento de 3 horas, Allan y Wilson se dispusieron en las calles 1 y 2 respectivamente. Allan cerró los ojos y suspiró. Los jueces ocuparon sus asientos mientras una voz por megafonía anunciaba a los corredores. Yo me dirigí a la línea de meta para tener una visión privilegiada de la llegada.

Poco antes de empezar, la grada enmudeció como si el ruido pudiera perturbar el rendimiento de los atletas. De pronto, un hombre de mediana estatura dio la salida con una pistola de foguero que reverberó en todo el estadio; un sonido sordo e intenso que, pese a que lo había escuchado en numerosas ocasiones tiempo atrás, esta vez me franqueó hasta lo más profundo de mi alma. Acto seguido, con una explosiva contracción de las fibras del cuádriceps derecho, ambos velocistas iniciaron su carrera. Noté cómo se aceleraba mi pulso y me flaqueaban ligeramente las piernas.

Alrededor de los 50 metros alcanzaron su velocidad máxima. Vi cómo se aproximaban velozmente a la línea de meta. Wilson superaba a Allan en medio metro cuando se acercaban a los 70 metros. “¡Vamos, Allan!” me decía, e intentaba comunicárselo a él, aunque fuera poco más que imposible que aprehendiera mi pensamiento. Sin embargo, su rostro pareció cambiar de expresión, sustituyendo el cansancio lógico del trayecto recorrido por una fuerza, vitalidad y confianza poco habituales en un ser humano.

A partir de aquí, todo sucedió muy rápido. Allan empezó a recortar distancia hasta situarse a la misma altura que Wilson a los 95 metros. Ambos cruzaron la línea de meta con semejante igualdad que sembró la duda en todos los espectadores sobre quién había ganado. Mientras el jurado esperaba a disponer de la foto finish, Allan se secaba el sudor de la cara, dándose por complacido por el trabajo realizado (indistintamente del resultado final). Pronto, en la pantalla gigante del estadio se secuenció una serie de fotogramas de la llegada de los velocistas. No me lo podía creer. Salté y grité de alegría. Allan había alcanzado la línea de meta 10 centésimas de segundo antes que Wilson. Todo el público se puso en pie y

## *Yo, deportista*

empezó a corear su nombre. Allan no pudo reprimir una pequeña sonrisa de satisfacción. Wilson no salía de su asombro, aunque tuvo la dignidad de acercarse al ganador, felicitarle por su victoria y retirar lo que dijo. Más adelante, Allan tuvo que responder ante una rueda de prensa. Todos los periodistas se agolparon en la pequeña sala mientras esperaban las palabras del campeón.

–Yo no me esforcé para ganar. Lo hice para defender mi orgullo. Nuestro orgullo. El orgullo de existir.

## GANAS DE VIVIR

Sibisse Ramírez García

Mi marido murió hace diez años, y desde ese día yo nunca había vuelto a ser la misma.

Antes siempre salíamos a dar paseos, nos gustaba ir de excursión al campo, ir a comer de vez en cuando a un buen restaurante... Sin embargo, desde que él me faltó, me abandoné a mí misma. Dejé de salir a la calle, perdí la mayoría de las amistades que tenía... Lo único que no dejé de hacer fue comer. De hecho, cada vez comía más.

Además, mi alimentación no era lo que precisamente denominarían los dietistas “sana”. Cuando mi marido estaba en vida, solía preparar guisos, ensaladas, paellas los domingos... Pero como en el resto de los ámbitos, desde que él se fue, con él se fueron todas nuestras buenas costumbres. Comía un montón, pero apenas cocinaba. Incluso compré una freidora de esas que tanto criticaba antes. Mi alimentación, como os imaginaréis, llegó a basarse en una sucesión de frituras, y lo más sano que comía eran cremas de verduras de sobre. He dicho que no cocinaba, pero he de añadir que tampoco limpiaba, o al menos solo lo hacía lo suficiente para mantener el orden dentro de la casa.

Un día que había salido a comprar algunas cosas a la tienda del barrio me sorprendió un cartel que había pegado casi al lado de nuestro portal. Resulta extraño encontrar carteles en nuestro barrio. Como mucho, suelen ser los típicos de las fiestas... Así que realmente me sorprendió mucho encontrar ese cartel que tanto coincidía con mi situación.

Animaba a las mujeres que estaban solas y habían caído en la rutina a participar en una excursión que tendría lugar la semana siguiente. Pensé que mi difunto marido se alegraría desde el cielo de que yo volviese a ser la mujer activa de antes, por lo que no me llevó mucho tiempo decidirme. Apunté el número de teléfono en un papel que encontré en mi bolso y en cuanto llegué a casa llamé para pedir algo más de información. Me pidieron algunos datos y me dijeron además que la excursión era gratis, que sólo tendría que llevar algo de comida, ya que el trayecto nos llevaría un par de horas y luego descansaríamos para tomar un tentempié compartiendo entre todos comida y bebida.

Aunque parezca increíble, el solo hecho de haberme apuntado ya había empezado a cambiar mi vida. Para la excursión necesitaría un calzado apropiado, del que no disponía. También me sería útil llevar una cantimplora para el agua. Hay quien piensa que con una botella bastaría, pero para aquellos que en algún momento hemos sentido el espíritu de los

caminos, una cantimplora significa mucho más que un simple recipiente para llevar agua. Es uno de esos elementos clave que distinguen el paseo de la excursión. En definitiva, había varias cosas que necesitaba comprar y que en el barrio y sus alrededores no encontraría, así que después de comer salí de casa y me dirigí a la parada de autobús más próxima. La línea que llevaba hasta el centro de la ciudad no tardó en llegar, y me subí. Pero cuando apenas habían pasado dos paradas sentí cómo una oleada de energía invadía mi cuerpo y casi sin darme cuenta ya estaba pulsando el botón de “parada solicitada”.

Me bajé y por un momento me sentí insegura. Hacía mucho tiempo que no me acercaba por aquella zona. De hecho, hacía mucho tiempo que no me acercaba por ninguna zona que estuviese a pocos metros de mi casa. En alguna ocasión había tenido necesidad de ir al centro, ya fuese por motivos de papeleo o simplemente por tener algo que comprar. Sin embargo, nunca había ido andando, hecho que con mi marido hubiese sido lo más natural. Aunque él estaba enfermo de cáncer, nunca había perdido las ganas de vivir, y eso había sido lo que le había llevado a mantener, a pesar de su enfermedad, una vida mucho más plena que la de muchas otras personas sanas.

En ese momento me paré a pensar cómo había dos formas de salud, ya que no solo existe la salud que todos creemos, es decir, la del cuerpo, sino que también parece existir otro tipo de salud espiritual, que consiste en estar contentos con la vida que nos ha tocado. Y a pesar de ser dos tipos diferentes, están relacionadas mucho más estrechamente de lo que podríamos pensar. En mi caso, yo todos los años me sometía a una revisión médica. Y el resultado siempre era positivo. Sin embargo, yo no me sentía para nada sana, sino realmente cansada y aburrida, del mismo modo en que se deben de sentir los enfermos terminales de las habitaciones de los hospitales. Probablemente en lo único que me distinguiría fuese en la ausencia de dolor físico.

Y con todos estos pensamientos, llegué casi sin darme cuenta al centro de la ciudad. Todo seguía igual que siempre. En las ciudades por lo general lo que suele cambiar siempre son las afueras, la periferia que cada vez está más lejana debido al crecimiento de las ciudades... Pero el centro nunca cambia. Simplemente algunas tiendas que han cerrado y otras que por el contrario han abierto. Pero nada más. Fui deambulando por las calles y encontré una tienda de deporte que me invitó a descubrir su interior. Y resultó que el interior de la tienda era idéntico al interior de mi alma, y cada producto era un recuerdo. Lo cierto es que nunca había practicado deportes como el fútbol, el tenis o el baloncesto, pero toda mi vida había sido la de las excursiones, incluidas aquellas de tienda de campaña y escaladas.

Así que, como quien no quiere la cosa, acabé llenando el carro que había cogido al entrar en el establecimiento. El dinero no suponía un problema, ya que a pesar de que la pensión que me había quedado no era muy elevada, en todo ese tiempo apenas había gastado, por lo que tenía bastante ahorrado en la cuenta bancaria. Salí de la tienda y esta vez sí que tuve que emplear el autobús para realizar el trayecto de vuelta a casa, ya que con tantos trastos a cuestas me hubiera resultado imposible.

Cuando por fin llegué a casa ya era la hora de cenar, y aunque lo más fácil hubiera sido comer cualquier cosa que hubiera por la nevera, me apeteció preparar unas empanadillas, de



aquellas que tanto le gustaban a él. Mientras los huevos se cocían preparé la masa. Machaqué los huevos y añadí bonito y tomate frito. Mezclé todo cuidadosamente. Corté la masa en círculos y fui añadiendo poco a poco el relleno en cada una de las obleas. Cuando terminé de cerrarlas el aceite ya estaba hirviendo. En poco tiempo terminé de freírlas, y me dispuse a cenar. Esa noche me acosté temprano.

Ni tan siquiera encendí la televisión, a pesar de que estaban echando una de las pocas series que me gustaba ver. De hecho, había muy pocas cosas que me pareciesen interesantes dentro de la programación televisiva diaria. Por ese motivo precisamente en mi vida anterior apenas la veía. Solamente alguna película de vez en cuando. Sin embargo, desde que él murió, toda mi vida giraba en torno a la televisión: lo primero que hacía al levantarme era encenderla, y lo último que hacía antes de acostarme era apagarla, o a veces ni tan siquiera era eso necesario, ya que me dormía en el sofá con ella encendida. La televisión se había convertido en mi única compañera. ¿Por qué? En el mundo había muchas personas con las que merecía hablar, como por ejemplo mis antiguas amistades. Pero con el tiempo todas esas relaciones se habían acabado al mismo tiempo que yo me marginaba dentro de mi casa.

Llegó el día de la excursión. Había puesto el despertador a las siete y media, pero no fue necesario, ya que a las siete menos cuarto ya estaba en pie. Preparé una tortilla de patata y unas croquetas caseras de jamón serrano. Llené la cantimplora. Preparé en una mochila algunas cosas que podrían serme de utilidad: ropa de repuesto, un pequeño botiquín, caramelos... Encendí la televisión para ver la previsión del tiempo. Estábamos en marzo, la estación florida, y según el pronóstico nos esperaba un cálido día primaveral. Todo era perfecto. La hora de encuentro eran las nueve y media, y el lugar estaba situado a unos treinta minutos desde mi casa, así que a las nueve menos cuarto salí para llegar con algo de tiempo. Cuando llegué solo estaban todavía tres personas. A una de ellas la reconocí inmediatamente. Era mi vecino Aurelio. Era un buen hombre. Al igual que yo, estaba viudo, y también estaba bastante solo, ya que a pesar de que tenía dos hijos, estos ya eran mayores y tenían sus propias vidas, por lo que no los veía muy a menudo. Sin embargo, él no se había abandonado como yo.

Siempre estaba activo. Iba al hogar de la tercera edad a jugar a las cartas, estaba apuntado a un grupo de excursiones, tenía un perro con el que salía a dar paseos... En fin, que a pesar de su edad y su viudez llevaba una vida plena que por lo que solía ver en su rostro le hacía bastante feliz. No sé cómo no me había dado cuenta antes. Mi vida no tenía por qué haberse acabado a la vez que la de mi marido. Estaba bien que lo recordara y pensara en él, pero no tenía por qué haber sacrificado tantos años de mi vida así. Seguro que él preferiría verme feliz. Así que desde ese momento mi vida iba a cambiar. Sabía que no iba a ser fácil, pero debía intentarlo. Me haría socia de ese grupo de excursionistas.

A partir de ese momento, todas las semanas empecé a ir de excursión con el grupo. Solíamos hacer rutas sencillas, ya que había gente bastante mayor ya, pero nos lo pasábamos muy bien. Además, cada día la amistad entre Aurelio y yo fue creciendo, y un día él me dijo que se había enamorado de mí, que por favor le disculpase si me ofendían sus sentimientos, pero que necesitaba contármelo. Yo le pedí tiempo para pensar, y al final accedí. El mismo día que empezó nuestra relación de amor él me confesó cómo el cartel gracias al cual mi vida

# Yo, deportista

había cambiado lo había colocado él mismo, ya que nos conocíamos desde hacía mucho tiempo y le dolía mucho verme tan deprimida cada día. Le agradecí mucho haber tenido ese detalle conmigo y salimos a comer juntos.

No sé si sería otra casualidad, o si esta vez también habría tenido algo que ver él. El caso es que a la vuelta del restaurante, nos encontramos con otro cartel casi en el mismo sitio que la vez anterior. En esta ocasión, se trataba de una carrera a favor de la igualdad entre géneros. Había varias categorías, entre ellas una para personas de mayor edad, así que Aurelio me propuso apuntarnos. El deporte y Aurelio me habían devuelto las ganas de vivir, por lo que no existía ningún motivo que me impidiese aceptar. Allí conocimos a Calú y a Daba, dos personas de color de nuestra edad, que también les gustaba mucho el deporte. Decidimos quedar algún otro día e intercambiamos los números de teléfono. Y ahora, además de las excursiones semanales, también aprovechamos de vez en cuando para echar un partido de tenis por parejas.

Y así es como realmente, cuando no tenía nada ni nadie por lo que vivir, el deporte reapareció en mi vida llenándola de ilusiones junto al hombre que amo.

## 12:00. INGRESO HOSPITALARIO

María A. Soto González

12:00. INGRESO HOSPITALARIO

No sé qué es lo que me ha pasado pero estoy distinto. Nunca antes había sentido esta energía que ahora me llena, y puesto que estoy radiante, a la vez que entusiasmado, voy a realizar mi sueño: saltaré por primera vez en caída libre. Ya me he montado en el avión, está subiendo bastante alto y apenas se ve el suelo. No entiendo mucho qué son estos cables, probablemente los necesitare para mi seguridad.

¡BUUUUUUUUUUUUUUUUUUUUUU! ¡Qué emoción! ¡Qué peligro! ¡Noto mi corazón!

SU CORAZÓN ESTÁ BIEN

Casi no me puedo mover, bueno, está bien. Bien pensado me ha gustado tanto la experiencia que no hay nada que me impida embarcarme en una nueva audacia. Viajando por la India he conocido al capitán del equipo de polo sobre elefantes, así que me va a permitir montar en uno de estos paquidermos gigantes.

134

Voy provisto de un palo largo, larguísimo, dispuesto a golpear la pelota, pequeña, ¡qué pequeña es! ¡No había visto antes nada igual! Dominar a un animal fuerte, y para nada lento. ¡Cómo se mueeeveeeeee!

NO HAY MOVIMIENTO ALGUNO

¿Y por qué tengo hoy este espíritu tan dinámico? Son impulsos nuevos y muy agradables, así que he aceptado convertirme en un saltarín, no es cualquier cosa saltar en esta cama elástica, que después he sabido que es deporte olímpico. Nunca me propuse ser gimnasta, solo quiero divertirme. ¡Me lanzo! ¡Y salto, saaalto, saaaaaltooooo en esta cama!

QUEDARÁ INMOVILIZADO EN LA CAMA, PERO NO SABEMOS POR CUÁNTO TIEMPO SUCEDERÁ

¿Qué oigo decir? ¡Son voces cerca! Debo mantenerme en máxima alerta, sin duda, mientras me ejercito con el paintball. Esa palabreja... Jamás me hubiera imaginado lo bien que me lo estoy pasando. Me sube la adrenalina, con mi traje protector disparando bolas de pintura a diestro y siniestro, y con mi equipo.... ¡Entro en combateee!

SEPAN QUE ESTÁ COMBATIENDO ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE

¡Qué vivo que estoy! ¿Qué me gustaría hacer hoy? ¿La maratón? ¿O correr en otro espacio, descendiendo la montaña a toda pastilla como el corredor a tumba abierta?

# Yo, deportista

Creo que esa competición no me interesa, ahora no quiero morir. ¿Y las carreras urbanas? ¿No se va ya demasiado aprisa en la ciudad?

Correré a mi ritmo, sin presiones de ningún tipo, aquello lo dejo a los más jóvenes, quizá yo ya tengo una experiencia y una edad.

SEÑORA, YA SABE LA EDAD QUE TIENE SU PADRE, SON CIEN AÑOS, Y UN COMA ES UN COMA

No competiré en campeonatos automovilísticos ni haré carreras de motos. No sé, no me acaba de atraer...

FUE UN TERRIBLE ACCIDENTE DE TRÁFICO

Prefiero los animales, siempre me gustaron pues yo me crié en un pueblo, en la naturaleza; pero por eso no quiero cazarlos, no quiero "matarlos deportivamente". Lo que a mí me encantaría, de verdad, sería cuidar a las palomas mensajeras. Me he enterado de que hacen campeonatos y la colombofilia se ha convertido también en un deporte, que ya no se trata de comunicar mensajes como era antes, ahora es una prueba de velocidad, recorrer un trayecto en el menor tiempo posible. Se ha extendido por todo el mundo, de modo que hacen sus propias Olimpiadas. Los animales colaboran con los humanos cuando los tratamos bien.

SEPAN QUE ESTAMOS HACIENDO TODO LO QUE PODEMOS Y QUE ÉSTE ES UN BUEN TRATAMIENTO

Me encuentro un poco desorientado, es razonable si pienso la de vueltas que estoy dando: voy corriendo por el campo practicando el deporte de orientación en la naturaleza. Me permite respirar este aire sano, no dejo de admirarme de la belleza de este lugar. No está nada mal jugar y tratar de descubrir esas señales en blanco y naranja, puntos de control que voy situando en mi mapa. Y lo de competir me estimula.

A la vez que me encuentro descifrando mi plano cual si fuera el famoso plano del tesoro, ayudado de mi brújula me interno en lo profundo de la zona sin perderme.

Así, la cartografía no tiene secretos para mí, no es solo una imagen plana.

EL ELECTROENCEFALOGRAMA PLANO NOS AVISA DE QUE SE HA PRODUCIDO LA MUERTE

¡Menuda vida deportista! ¡Es todo cuanto soñé! Si me muriera ahora no me importaría, sería en paz.

DESCANSA EN PAZ

Gracias, cuerpo.

Gracias, ilusión.

No quiero que la vida me eche.

Deseo sentirme en ella de un modo más feliz,  
recrearme, celebrar...

Cuando llegue el momento,  
con gusto, partir.

## JUGAR A ENAMORARSE

Fernando Vega Villanueva

–Ya te lo he explicado. Hoy es el último partido; si no ganan, descienden. ¿Te haces a la idea de lo importante que es para él?

–Eso lo entiendo. Lo que no me explico es cómo se puede escoger un horario así.

–Es un partido de división inferior. Yo sí que no me explico cómo has podido escoger este momento para que se te estropee el coche.

La bocina pone fin al tercer cuarto y en el banquillo vuelve a formarse un semicírculo sudoroso sobre el que caen las toallas, revuelan los intercambios de impresiones, se chocan los puños en fraternidad. Las miradas, revestidas de concentración, se arremolinan en torno a Manuel y su pizarra. “A partir de aquí, cabeza; mucha cabeza”. Los cuerpos se plantan ante el entrenador, relajando los músculos, desplegando los oídos. “Con veinte puntos de ventaja les tenemos contra las cuerdas; ellos también se juegan mucho hoy, su desesperación ha de ser nuestra mayor ventaja”. Manuel insiste, golpea en el pecho a los muchachos y les hace alzar el mentón. “Esto no ha terminado y nuestra responsabilidad es mantenernos al cien por cien hasta la última bola, pase lo que pase, ¿entendido?”. Ernesto aplaude como siempre, Fabricio reúne al resto del quinteto para que los puños vuelvan a chocar. Desde el extremo derecho del banquillo sigo buscando, entre esos mil espectadores que hoy parecen veinte mil, al brazo que reconozca mi mirada y salude para recordarme que no estoy solo. Clara sigue sin aparecer.

–...además, ¿crees que lo sacarán hoy? Desde lo de la muñeca, lleva casi veinte partidos sin...

–Me da igual si juega o no. Le prometí que iría y me dan igual los kilómetros que tenga que recorrer.

–Lorena me acaba de mandar un mensaje. Ganan de veinte en el último cuarto y Javier sigue en el banquillo en chándal. No creo que coger un taxi ahora...

–Tú preocúpate de llamar a la grúa. Y de rezar por que llegue a tiempo.

Empezamos el último cuarto con una pérdida inexplicable de balón. Luego otra. Fabricio mantiene la renta con una bandeja que acaricia el aro completo hasta caer dentro, pero inmediatamente después comete el error de saltar demasiado tarde sobre el alero rival, que ya había empezado a saltar a su vez para lanzar de tres. El lanzamiento entra; tienen una

oportunidad de sumar cuatro puntos con una sola jugada y Manuel se levanta bruscamente del banquillo, apercibiéndose de que nuestra peor pesadilla está empezando a cobrar forma. De pronto, nuestros rivales empiezan a creérselo. Ernesto no es capaz de vencer en el rebote; le fallan las manos en un espacio de apenas medio metro cuadrado en el que se amontonan los brazos extendidos hacia el cielo, pugnando por balones que llevan la firma del orgullo, del trabajo realizado a lo largo de casi diez meses, de la esperanza de un montón de soñadores que han de combinar su amor con el deporte con empleos a jornada completa para sobrevivir. Raúl escoge los peores momentos para buscar al compañero; la pelota se le escapa directamente a los pies del contrario, que ya ha anticipado su movimiento. Fabricio, el águila Fabricio, ve cómo las manos le tiemblan inoportunamente en el más sencillo de los lanzamientos. Y ellos, en cambio, no titubean. Ellos alzan la vista y ya ven dos puntos menos de ventaja. El tiempo, adulterado, no refleja los quince puntos de ventaja que acabamos de perder. Están a cinco. Empiezan a recordar que después de todo nos superan en recursos, talento, experiencia, presupuesto, ambición. Ganamos tan solo de cinco y mi muñeca, como si se contagiara del desastre que está cayendo sobre nosotros, me lanza un nuevo aviso de dolor.

–No ha podido usted tener peor suerte. Resulta que mañana son las fiestas de aquí, y...

–¿Eso que se ve al fondo es el estadio?

–Ya se lo digo, si es que estamos a menos de quinientos metros, pero con esta calle cortada...

–Tenga usted y quédese con el cambio. Voy a salir.

Manuel pide tiempo muerto y mis compañeros salen de la pista sin mirar atrás, negándose a toparse de nuevo con el marcador. Observo que la mano derecha de Manuel prácticamente se le escapa para aflojar la corbata. El médico dialoga con Fabricio, le masajea, hace todo lo que puede, pero la última caída le ha dejado fuera del partido. La afición se conjura para impulsar al equipo local: tres puntos de margen, tres tan solo, y menos de cuatro minutos para terminar. Raúl golpea con furia la madera del banquillo: es casi un portavoz de nuestro desánimo, la punta en lanza de una mente colectiva que se pregunta cómo es posible que ocurra lo que está ocurriendo. Todos miran a Manuel, todos buscan con la mirada a la veteranía, a la frase milagrosa que nos saque del apuro. Pero Manuel está congelado; la pizarra, reflejo de lo que ocurre en el interior de su cabeza, está en blanco. Es entonces cuando Manuel la deja caer sobre el parqué. Vosotros no estáis perdiendo, nos dice. Estáis ganando. Y ese es el problema. Este equipo está tan acostumbrado a la derrota que duda en cuanto la victoria parece posible. ¿Pero sabéis qué? Yo creo en vosotros. Creo en vosotros más de lo que vosotros mismos creéis. Creo más de lo que nadie cree. Así que quitaos ese miedo a ganar. Al discurso le reciben aplausos tímidos y gritos de ánimo que no terminan de inspirar ningún ánimo. Manuel se gira hacia mí y me examina con la mirada durante un instante que se me hace eterno. Me mira como el padre que está obligado a pedirle a su hijo que haga algo inapropiado. “Javier”, grita. “Dime que tienes mejor esa muñeca”. Compruebo el estado de la misma con un par de giros rápidos y, desobedeciendo por completo las órdenes de los médicos, finjo que no me duele. “Pues Pablo y Sergio están con cinco faltas, así que sales tú. ¡Vamos!”.



–Ya se lo he explicado. Las taquillas han cerrado hace tiempo, no es posible...

–Oiga. Sé que ya no se pueden comprar entradas. Sé que usted tiene órdenes de no dejarme entrar. Pero digamos que este es el día en el que eso va a cambiar. Hoy usted no va a hacer lo que hace siempre, ¿sabe qué va a hacer? Una buena acción, eso es. Usted va a cometer una buena acción dejándome pasar. ¿A que sí?

–No.

Es como un carrusel. El mundo que pisas gira a un ritmo que no responde a tu voluntad, de modo que actúas en base a lo que dicho ritmo te permite. Tus acciones se vuelven mecánicas: cada fracción de segundo genera nuevas posibilidades, nuevas opciones: mantener el balón, pasarlo, quebrar a la izquierda o a la derecha, probar un lanzamiento o acobardarse. Tus pensamientos se funden únicamente con el aquí y el ahora; no hay pasado ni futuro, no existen las victorias anticipadas ni las lesiones permanentes de muñeca. Recibo en la esquina y fallo el primer triple. Ernesto hace un bloqueo; doblo su espalda y atisbo otra oportunidad de lanzamiento que se traduce en un nuevo fallo. Raúl comete falta en ataque y le regala dos tiros libres al rival, que celebra con rabia la decisión del árbitro. Se han enfrentado en varias ocasiones contra nosotros; me conocen, saben que no estoy prácticamente en condiciones de jugar, y por eso su entrenador insiste en que me dejen solo, que se dediquen a cubrir a otros para que yo pueda lanzar abierto y fallar el tiro, lo que ocurre por tercera vez consecutiva. El pabellón se hunde cuando los locales anotan la canasta que les coloca un punto por delante a falta de quince segundos. ¿Dónde estás? ¿Dónde, Clara? Regresamos cabizbajos al banquillo y nos quedamos de piedra al ver que Manuel está negando con la cabeza. No va a pedir tiempo muerto. No va a decirnos lo que tenemos que hacer. “Seguid con el plan. Que dejen a Javier solo y que tire. Esta vez sí, esta vez va a entrar”. Veo en mis compañeros expresiones de perplejidad, de absoluta falta de fe; pero la voz de nuestro entrenador, un hombre que llegó a jugar en grandes ligas y que ahora se enfrenta al que podría ser el final de su carrera en los banquillos, insiste. Empuja. Cree. “Esta vez, sí”. Y obedecemos. Raúl conduce el balón al campo contrario, zafándose de los dos velocísimos rivales que ya se han lanzado a por él. Alberto y yo intercambiamos posiciones en cuanto vemos el movimiento de Raúl, que busca primero a Ernesto y, al no encontrarle, se enfrenta de pronto a tres pares de manos codiciosas, dedos centelleantes que ansían el balón más que ninguna otra cosa en el mundo. El marcador indica que solo restan cuatro segundos y entonces Raúl hace algo desesperado: lanza el balón al aire, hacia mi posición. La acción coge a todos por sorpresa y los contrincantes no tienen tiempo de cubrirme. Y yo ejecuto un movimiento con el que prácticamente siento haber nacido. Con un paso hacia atrás, pierna derecha primero, pierna izquierda después, retrocedo hasta detrás de la línea de tres puntos. Flexiono las rodillas. Alzo la pelota a la altura del mentón, con la canasta en un horizonte perfecto y de pronto lejano, muy lejano. Mi muñeca arde cuando la giro para iniciar el lanzamiento, a la par que salto. Y apenas un instante antes de que el balón se desprenda de mis dedos, atisbo el cuerpo de Clara, surgiendo de la oscuridad del túnel de acceso a las gradas con la emoción palpitando en los ojos, en cada línea de expresión del rostro, en cada centímetro del estadio.

# Go, deportista

–Y después ya no hubo más lanzamientos. Aquél fue el último.

–La verdad es que uno no puede pedir un final más perfecto pero, ¿sabes? Siempre voy a tener como un regusto a miel en los labios. Qué hubiera pasado de haber podido seguir jugando, de no haber tenido esa lesión...

–¿Y no te olvidas de preguntarte eso al pensar en el beso que nos dimos en plena pista, en medio del júbilo de todos tus compañeros? Aún hay quien dice que había aficionados del equipo contrario aplaudiendo la escenita, y eso que habían perdido. A mí aún me parece de guión de película.

–Es difícil no enamorarse del deporte cuando el guión está tan bien escrito.

–No. Es difícil no enamorarse de la vida. Aún me parece que fuera ayer... y sabes que sigo odiando el baloncesto.

–¿Y no enamorarse de ti, Clara? Eso sí que es difícil. Ven aquí y deja que acaricie ese bombo que me llevas.

–Tres meses solamente... ¿aún piensas en ponerle de nombre “Victoria”?

## EL RECOGEPELOTAS

José Bravo Paredes

### Antoñito

*A mí nunca se me había partido el corazón y eso que ya he cumplido los siete años. Hoy se me ha partido tres veces. Hoy ha sido un día muy bueno. ¡Qué diíta! No me imaginaba que al acostarme pudiera sentir tanta satisfacción. Hoy he disfrutado mucho. Aunque se me haya partido el corazón tres veces. A mi padre ninguna. Se le partiría también muchas más veces, pero él no mira, por eso le tiene que preguntar a su amigo (¡Qué bueno es tener un amigo para que no se te parta el corazón!).*

\* \* \*

**Antonio.** “Huy, Huy... Que no miro, que no miro”.

Antonio, cincuentón grandote y noble, identificado con el equipo más que el propio escudo, vive los partidos con toda intensidad.

Está sentado en las gradas de madera del humilde estadio en el que juega el equipo de sus amores. Su Betis “güeno”. Es de tercera división, pero ya llegarán los días de gloria. Esa es su convicción como seguidor apasionado. Antonio le es fiel en extremo. “M´unque pierda”.

Ve evolucionar a los jugadores sobre el terreno, pero eso no impide que aparte el transistor de su oreja.

**Locutor.** “Avanza el extremo visitante, sortea a dos defensas, centra y...”.

**Antonio.** “Huy, Huy... que no miro, que no miro, que nos lo meten, que nos lo meten...”.

Sin desprenderse del transistor, agacha la cabeza que protege entre sus rodillas, tapa con las palmas de las manos sus ojos y aguarda en tensión la sentencia del locutor o la reacción del público. Se descorazona cuando escucha, se lo temía, la decepción que corea el estadio: un apagado: ¡Gool! El mundo se le viene abajo. “¿Qué ha hecho González, Jesús?”, pregunta ansioso a su compañero de asiento. “Nuestro portero ni la ha visto. El delantero le ha hecho un quiebro que lo ha mandado a por tabaco”, le responde con sorna su vecino.

Minuto setenta. Zancadilla clamorosa en el área del adversario. Grito unánime de todo el graderío: ¡¡¡Penalti!!! Y como lo dijeron tan fuerte y eran tantos, el árbitro se enteró y, categórico, con el índice muy rígido, lo señala.

**Locutor.** “Barinaga coloca el balón en el punto de los nueve metros”.

**Antonio.** “Huy, Huy... que no miro, que no miro, que lo falla, que lo falla...”.

**Locutor.** “El silbato del árbitro autoriza la ejecución de la pena máxima. Corre el jugador bético hacia el balón...”.

(Emoción. Suspense. A las rodillas de Antonio les toca abrirse, a los ojos cerrarse y las manos ya saben dónde ir. El transistor con ellas).

**Locutor.** “Dispara y... ¡¡Goooooll!!”.

Antonio salta de júbilo y formando corro con Jesús y sus compañeros de grada bailan a descompás mientras se abrazan efusivos.

**Antonio,** expectante. “¿Por dónde se lo ha metido, Jesús, por dónde?”. “Por todas las escuadras. Ha *limpiao* las telarañas de la esquinita, compadre”.

\* \* \*

Entre la cerca de madera que delimita el terreno de juego y el graderío, en la banda, Jesulín y Antoñito, ajenos al encuentro, juegan a las bolas. Han escarbado un hoyo, un nido pequeño en el que tratan de colar las canicas.

Antoñito lanza desde lejos una bola al mismo tiempo que un balón sale rebotado del terreno de juego. Ambas esferas llevan el mismo camino. La bola buscando certera el hoyo. El balón también, pero se detiene a pocos centímetros de él. Antoñito se olvida de la trayectoria de la bola y, al mismo tiempo que Jesulín pero más ágil que él, como un felino, salta sobre el balón al que atrapa con las dos manos. Entra veloz en el terreno de juego. Todos los jugadores permanecen quietos. Corre con la cabeza agachada, esquiva las rodillas estáticas que le llegan a la altura de su cabeza. Tan solo ve piernas con medias rojas, pero esas son de “ellos”. Teme chocar con alguno de esos grandullones y que le quiten el balón. Luego el equipo de su padre tendría que correr y pelear para recuperarlo. ¡Eso nunca! Se le va a salir el corazón del pecho. (Es la primera vez que se le va a salir el corazón del pecho).

Sortea el bosque de columnas rojas hasta que se topa con una verde. ¡Este es del equipo de mi padre! Mira hacia arriba. Tan cerca, Gabilondo es corpulento, enorme, un cíclope como el que vio una vez en el cine. “Tú eres de los nuestros, ¿verdad?”, le pregunta con la expresión de sus ojos vivaces. El instante queda suspendido en el tiempo. Y cuando Gabilondo se lo confirma con la mirada, el niño deposita el balón a sus pies. El jugador le hace una ligera caricia en la cara: “Bien, chavalín” y le revuelve el flequillo. Antoñito aparta la cabeza con un movimiento reflejo y corre de nuevo, ahora derecho, hacia la banda. Vuelve satisfecho para seguir jugando a las bolas con su amigo Jesulín, pero se siente estremecido al darse cuenta de que la multitud de espectadores vocífera, le jalea y hace aspavientos con las manos. Se siente desconcertado. Los seguidores terminan sus gestos con un fortísimo aplauso que sobrecoge al mozalbete. (Es la segunda vez que ha estado a punto de que el corazón le salte). Y como si todo hubiera ocurrido durante un relámpago en el que el mundo se hubiera parado (¡y se paró!), vuelve a su juego. Con alborozo, contempla cómo en el seno del hoyo aún gorgotea su última bola.

La gente seguía aplaudiendo. “¡Ese es mi chiquillo! ¡Ese es mi chiquillo!”, decía orgulloso Antonio desde las gradas. Y giraba el tronco a izquierda y derecha como torero que reclama el aplauso.

\* \* \*

Faltan cuatro minutos para el final. El partido sigue empatado. Antonio ve y escucha:

**Locutor.** “¡Jugada de peligro! ¡De mucho peligro! Avanza Espina como centrocampista, sigue avanzando... regatea, supera a un adversario, a otro, encara puerta, va a chutar, va a chutar...”.

**Antonio.** “Huy, Huy... que no miro, que se me sale el corazón por la boca, que no miro...”.

Y el estadio grita exultante la palabra mágica. ¡¡¡Gooooo!!!

**Antonio.** “¿Gol? ¿Cómo ha sido?” ruega suplicante a su compañero de asiento.

\* \* \*

El árbitro señala el final. Antoñito observa como los jugadores no van directos al vestuario; ve a todo el equipo andando hacia él como si fuese un pelotón de gigantes. Siente temor. El jugador que va al frente es Barinaga, lleva el balón en la mano y cuando llega a su altura, le sonrío: “Es para ti, muchacho”, le dice mientras le roza el flequillo, (¡qué coraje!) y se lo entrega. Lo iza hasta su hombro y lentamente da una vuelta sobre sí mismo, mientras el público estalla en nuevos aplausos que sobrecogen al espontáneo recoge pelotas. (Esta es la tercera vez que a Antoñito estuvo a punto de salirse el corazón del pecho).

142

Antonio no cabía en sí de gozo por la gesta de su hijo. Salía del campo despacio, recibiendo palmadas en los hombros, disfrutando los momentos de gloria que le brindaban los seguidores.

Caminando hacia Triana, a intervalos se paraba requiriendo a su compadre Jesús detalles de las jugadas decisivas que se había perdido cegado por la emoción que le superaba.

\* \* \*

*Es verdad que esta tarde me he portado casi como uno de los soldados valientes de mis tebeos “Hazañas Bélicas”. Lo digo por lo del balón.*

*Cuando todo el mundo salía del estadio, mi padre iba lleno de alegría, muy contento y muy orgulloso porque le contaba a todos que yo era su hijo y que él era mi padre y también porque habíamos ganado (aunque él no vio los goles) No hacía más que decir: “Este es mi chiquillo, Antoñito, este es mi chiquillo, el del balón”, repetía ufano. Se dice ufano ¿no? o “ufórico”... Bueno, como se diga.*

*Cuando me pasó eso yo jugaba a las bolas. A Jesulín y a mí nos gusta mucho jugar a las bolas. Con las de barro no, que son más baratas pero se rompen enseguida. Las nuestras son de mármol; las hay de colores y de vetas. También hay bolas de cristal... y hasta de acero, pero dice mi padre que esas son ya un lujo. Yo me la pongo encima de la uña del dedo gordo y con él la tiro como si fuera una catapulta. Jesulín se la pone entre el dedo más largo y el dedo gordo. Yo creo que al dedo gordo le llaman pulgar. Creo yo.*

# Go, deportista

*Camino de casa los amigos de papá me acariciaban el flequillo (¡Qué manía!).*

*Ya no pienso más. A ver si me duermo de una vez.*

*Pues no puedo, y es que me sigo acordando de cosas. Al volver del campo de fútbol, yo iba también muy contento apretando el balón contra mi cuerpo, andaba con el pecho hacia delante, sintiendo tanta alegría que temí otra vez... lo del corazón. A mí ¡tres veces!, a mi padre ninguna, claro, como él no mira... que por eso en la última paradita antes de llegar a nuestro portal, yo vi que se volvía a su amigo, al padre de mi amigo Jesulín, para decirle, que lo oí yo, que se lo decía casi llorándole, "Después de lo que ha hecho mi chiquillo... ya por hoy no me cabe más alegría en el cuerpo, pero... anda... compadre Jesús... dime de una vez ¿cómo fue el segundo gol?".*

*Bueno, a ver si me duermo, ¡que llevo un diíta...!*



## LA VIDA ES DEPORTE

Juan Manuel Fernández Perelló

Y por fin, el árbitro pita el final del partido. No me lo podía creer. Era la primera vez que llegábamos a la final de la Champions League. Un hito en la historia de nuestro equipo y de nuestra ciudad.

Tras la normal euforia del momento y su correspondiente celebración, el jolgorio dejó paso a la concentración. Solo podía pensar en una cosa: preparar aquella final a conciencia. Quizás fuera una ocasión que no se repitiera en mi vida.

Los días fueron pasando y la esperada fecha se acercaba. Solo tenía la mente en ese partido. Mi trabajo diario, mi sentir, mi vivir, mi respirar eran por y para ese partido.

Y al fin llegó el día. Casi no pude dormir la noche de antes. Quise aislarme de todo cuanto pudiera desconcentrarme: las charlas con los compañeros, los medios de comunicación, las redes sociales. No quería que nada influyera en mí antes del momento decisivo.

Estaba completamente mentalizado, concentrado, preparado. Tenía todo lo necesario a mi alcance: cerveza, patatas, frutos secos, la bufanda de mi equipo, una vuvuzela, dos banderas y el mando de la televisión con las pilas nuevas recién cambiadas.

Ya había comenzado el partido cuando de repente llega mi chaval y me dice: Papá, ayúdame que en el cole me han pedido una redacción sobre deportes. Se tiene que titular "Yo, deportista".

¡Es que no me lo podía creer! De todos los días del año, de todas las horas del día, de todos los momentos de su vida, tiene que venir ahora precisamente que estoy viendo la primera final de la Champions que mi equipo de toda la vida está jugando y que muy probablemente no vuelva a jugar nunca. Pensé: ¡Busca en la Wikipedia como hace todo el mundo! Métete en foros de Internet, que para ver cómo se pasa la pantalla del juego bien que te las apañas.

Tuve que guardar las formas y amablemente mandarlo a algún sitio no muy lejano pero lo suficiente como para que no me molestara. Al pobre se le quedó cara de circunstancias pero agachó la cabeza y se marchó con cara de "¿Y ahora qué hago yo?". Pero es que era ¡La final de la Champions! ¡Y jugaba Mi Equipo! ¡Que Nunca antes la había jugado! Ya lo dice el refrán: en el amor, en la guerra y en la final de la Champions que juega tu equipo por primera vez todo está permitido.

Continué a lo mío pero no tardó mucho en aparecer la voz de mi conciencia: Es tu hijo, desgraciado. Te necesita, te está pidiendo ayuda y tú, en lugar de acudir rápidamente sin poner pegas, vas y le das largas por un mísero partido de fútbol.

–¡¡¡Que no es un partido cualquiera!!! ¡Que es la final de la Champions y mi equipo no la ha jugado nunca!

–¡¡¡Que es tu hijooooo!!!

Traté de autoconvencerme. Lo entenderé cuando sea mayor. Es un momento histórico. Además, qué sé yo de deporte si siempre he estado gordo. Si yo cuando corría era para coger el autobús y no siempre. La mayoría de las veces dejaba que se fuera.

Siempre he sido un desastre para los deportes. Cuando quedábamos para jugar con los amigos y se hacían los equipos yo era al último al que elegían. Solo por delante de las niñas y a veces incluso por detrás de algunas de ellas.

Yo preguntaba: ¿Dónde me pongo? Y me decían: Ponte en el centro del campo. Cuando ellos ataquen tú te quedas en el centro del campo, y cuando nosotros ataquemos, tú te quedas en el centro del campo. A veces hasta llegaron a decirme: Y si el balón te pasa cerca no lo toques ¿vale? A mí me valía si mi equipo era el que ganaba. Yo siempre he sido de los de ganar a cualquier precio.

Recuerdo que en mi infancia, en un verano de hace ya bastante tiempo, mis tres primos y yo hicimos una olimpiada. Se nos ocurrió realizar una serie de pruebas y puntuar las clasificaciones del 4 al 1 y al final de todas las pruebas el que más puntos tuviera sería el que se colgase la medalla de oro, el segundo la de plata y el tercero la de bronce.

Por alguna extraña razón las pruebas siempre solían terminar igual. Ganaba el mayor de mis primos y el último era yo, que además era el más pequeño y más gordo. Los otros dos puestos también se ordenaban en función de la edad. Esto es algo que aún hoy no me logro explicar.

El caso es que a medida que se iban desarrollando las pruebas yo era más y más consciente de que conseguir una medalla iba a estar difícil, pero contaba con un as en la manga. Mi padre era el encargado de comprar y adjudicar las medallas, y como mi padre me quería mogollón, no me dejaría sin medalla. Dicho y hecho: las pruebas terminaron y a mi primo el mayor le pusieron la medalla de oro, al segundo la de plata, al que era un poco mayor que yo la de bronce y a mí... un diploma de honor.

Papá, soy tu hijo, ¿un diploma de honor? ¡¿Un diploma de honor?! No te digo que me compres una de oro, pero una de plomo, de hierro, de cualquier cosa metálica. No. Un diploma de honor.

No me lo podía creer y me costó superarlo, pero con el tiempo aprendí que conseguir cosas por ser el hijo de alguien no es deporte, es política. Y encima, mi padre de política *ná de ná*. Vamos, ni si quiera ha sido presidente de la comunidad de vecinos.

Pero es que lo mío con los deportes es un amor imposible. No solo era gordo, sino también miope. Lo tenía todo para una carrera deportiva triunfal. Aquel mismo verano, en los tiempos en los que la dura competición nos dejaba libres, mis primos y yo jugábamos a

que lo que hiciera el primero lo tenían que hacer los demás. Básicamente era algo así como, lo que haga el mayor, lo tenemos que hacer los demás.

Recuerdo especialmente un día de playa caluroso como nunca antes lo había vivido, pero no parecía que fuera un día difícil de sobrellevar porque lo íbamos a pasar en la playa. Mi primo el mayor sale corriendo, el segundo lo sigue de cerca, el tercero corre tras ellos y yo empiezo a correr todo lo rápido que mi organismo me lo permitía. La verdad es que no me permitía ni mantener la distancia. Vamos, que cada vez estaban más lejos. Vi como a una determinada altura de la playa mis primos giraban bruscamente, hacían como un zigzag de unos tres metros y volvían a la misma altura de la playa para seguir corriendo. Yo nunca me he considerado un gran deportista pero sí un gran intelectual. Yo podía ser lento pero no tonto. Yo sabía que la línea recta era el camino más corto entre dos puntos y a mí lo que me interesaba era darles alcance y luego respetar las reglas del juego si estaba a una distancia adecuada.

Cuando mi cuerpo rechoncho llegó a la altura donde mis primos hacían el zigzag, yo iba lanzado gritando “¡¡¡¡Esperadmeeeee!!!!”. Lo siguiente fue notar como estaba tumbado bocarriba sobre la arena caliente viendo como un cabo de acero de los que sujetan las barcas vibraba cual cuerda de guitarra mientras saboreaba un desagradable sabor metálico parecido al óxido, del que el cable tenía para dar y regalar, pero que en esta ocasión era sangre.

No me sentía mal salvo por haber hecho el ridículo más espantoso que podía recordar. Mi madre estaba muy preocupada dando gracias a que el cabo fuera un cabo y no un alambre porque de así haber sido me hubiera dibujado una gran sonrisa permanente en la cara. Además es que lo pillé justo a la altura de la comisura de los labios, ni más arriba, ni más abajo.

Yo solo quería olvidar lo ocurrido pero entonces una de mis tías dijo: El cable es de hierro, tienes que poner la vacuna del tétanos al niño. Me amargarón el resto del día. Encima de accidentado, vacunado.

La desidia y la desgana se apoderaron de mí hasta el punto de que decidí no jugar a nada ni participar en más pruebas olímpicas, así que me abandoné a regocijarme en mi desgracia en la orilla. Las moscas no paraban de atosigarme y hasta llegó una avispa que no sé con qué debió confundirme pero se posó sobre mi barriga. Lo normal hubiera sido apartarme hacia adelante y asustarla pero erré la maniobra como el piloto del Titanic. Me encogí hacia atrás tratando de dejar la avispa delante de mí. No sé si os he mencionado que estaba gordito. Encogerme significó que en una maniobra de exquisita precisión, afloraron en mi barriga un par de michelines más que no tenía en estado normal de reposo pero que sirvieron para capturar entre ellos a la avispa, la cual presa del pánico y ante lo que se le venía encima decidió defenderse clavándome su aguijón. ¿Quién dijo que un día malo no podía ir a peor? Ni siquiera me consoló lo de que moriría tras picarme.

Tras la picadura y su correspondiente dolor junto con el día caluroso, las moscas, saber que me pincharían al día siguiente y que la boca me molestaba, lo único que quería era irme a casa a dormir. No fue así. Tuve que quedarme el resto del día en la playa aunque no recuerdo que me ocurriera nada más. Aunque, ahora que lo pienso, espero que no fuera porque perdiera el conocimiento.

Ya en la universidad la cosa no era mucho mejor. Los amigos no paraban de meterse conmigo, me decían: –¿Estás embarazado? ¿Cómo le vas a poner? –Al principio me molestaba pero no me quedó más remedio que tomármelo lo mejor posible y tirar de humor para superarlo–: Sí, se va a llamar Heineken, como su padre. –O me decían–: Tío, estás más gordo. – Y yo–: Sí, como una tapia.

Luego me casé y nos quedamos embarazados de mi niño. Más de lo mismo: –Yo creía que la gestación la iba a llevar ella, no tú. – Y yo–: Es que yo engordo por solidaridad.

El tema empezó a ser un verdadero trauma hasta el punto de llegar a perder los papeles. Un día decidí ponerle solución: me enfundé el chándal y eché a correr. Me dio igual que fuera la hora de comer, yo iba a correr. A los 10 minutos, ya no podía respirar, me faltaba el aire. Pensaba que me moría, así que me senté en el bordillo junto a la puerta del colegio, como se suele decir, con más mala cara que un chino ahorcado. Cuando ya parecía que mis constantes vitales se recuperaban, apareció una señora que inocentemente va y me pregunta: ¿Está usted bien? ¿Está esperando un niño? Rojo de ira le grité: ¡¡¡Que no!!! ¡¡¡Que soy así de gordo!!!

En fin, logré quedarme un poco más delgadito cuando mi niño empezó a dar sus primeros pasos pero solo fue un espejismo. Por cierto, mi niño. El pobre no sabrá por dónde meterle mano al trabajo de clase. Voy a aprovechar el descanso del partido para intentar ayudarlo. De todos modos, ya no sé ni lo que estoy viendo.

Lo primero: ¿qué es deporte? Pues según la Real Academia de la Lengua Española, el deporte en su primera acepción es: “Actividad física, ejercida como juego o competición, cuya práctica supone entrenamiento y sujeción a normas”.

¡Genial! Según esto, soy un deportista nato. Vamos que practico yo más deporte que muchos deportistas de élite. Veamos: sacar al perro a pasear → Es deporte. Lo saco andando. De vez en cuando le tiro una pelota para jugar pero intento tirarla cada vez más lejos y además tiene las normas que me impone el Ayuntamiento: que lleve bozal, recoger sus caquitas, que vaya con correa. En cambio, la hípica no es deporte. Es deporte pero para el caballo.

Otro: Hacer la compra → Es deporte. Voy andando. Vengo cargado. Es una competición porque intento cada vez comprar más con menos dinero y tiene reglas: las del comercio contemporáneo. En cambio, la Fórmula 1 no es deporte. Es deporte pero para el coche.

Ir al trabajo → Es deporte. Trabajo cargando cajas. Cada vez tengo que cargar más cajas en el mismo tiempo y tiene las normas que me impone el jefe (por menos dinero). En cambio, el ajedrez no es deporte. Que yo sepa, aunque tiene normas, no se juega montando en una bicicleta elíptica.

Se podría decir que aquí es donde entra en juego la segunda acepción: “Recreación, pasatiempo, placer, diversión o ejercicio físico, por lo común al aire libre”. O resumiendo, barra libre: deporte es cualquier cosa que hagamos por placer o diversión. Sí, cualquier cosa incluido lo que estáis pensando.

# Yo, deportista

Todo es deporte en esta vida porque todo en mayor o menor medida supone una actividad física que se puede tomar como un juego o competición y todo tiene normas, hasta el parchís. Eso sí, en cada casa son distintas, pero tiene normas que es lo importante.

Y si no, ya sabéis, disfrutad de lo que hacéis, divertíos y practicaréis deporte. Hasta un proctólogo que disfrute de su trabajo está haciendo deporte.

Y es que todos somos deportistas. La vida es deporte. El deporte es vida. El fútbol se está acabando y vamos perdiendo de paliza pero he descubierto que soy un gran deportista aunque no creo que todas estas divagaciones mentales le sirvan a mi niño para el colegio.

## EL TORCER GOMOSO DE LAS CUATROCIENTAS VECES

Robert Majós Brunet

Un camino de bostezos que entumece todo paso me acerca al tartán, donde esperan Gabriel y el grupo, aún desperezándose y entretenido en cualquier charla. Estarán Carla la pertiguista, los velocistas Édgar, Sabina y Marcos, Hugo el lanzador y los saltadores Rosabel y Enrique.

Recorro así las calles, con paso descuidado y el ánimo dormido, aún masticando el último bollo del desayuno. Me sigue la mochila con irreprochable fidelidad, tan llena de mí como de marcas que la distinguen, rozaduras y otras señales recogidas en estos años de atletismo.

Así me percató de lo andado: el primer podio y ese palpitar acelerado que me hacía sonreír sin querer, los dolores y fatigas en los meses de inicio, las carreras bajo la lluvia, las conversaciones sin fin con Gabriel, el esforzado amanecer en las pequeñas horas, la contrariedad de la lesión que oscureció el verano, la comunión con los compañeros... Aunque cualquier balance que pueda hacer siempre concluye con esa bendita sensación de correr que tanto me llena, dejar atrás la zancada que doy y verme en otra que pronto termina, cuando la dirección está lejos de la meta.

149

Llego a la pista y tuerzo las tres esquinas, entre pasadizos, que descubren el color encarnado que tantas y otras veces me gusta pisar, donde apenas hay más luz que la ilusión del grupo que allí entrena mañana tras mañana. Risas, palmas, abrazos y hasta collejas que no cambio por nada...

Reunidos todos, sin falta o retraso, escuchamos a Gabriel en su oratoria matutina, llena de empuje y voluntad.

—Venga, chavales, miércoles es día de ganar medallas, de esforzarse por aquello que uno quiere, de conseguir acercarse al pequeño o gran propósito que traemos a cuestas desde casa —gesticula como un molino e inclina la cabeza a golpes—. Porque los días son buenos cuando así se hacen de madrugada, con todo el esfuerzo. Entre todos, siempre mejor y más fácil.

Asentimos con media sonrisa, contentos de compartir momento semejante y llevados por el brío de Gabriel, nuestro entrenador. Y empezamos a rodar, una carrera al trote de veinte minutos en la que el cuerpo es interrogado por los primeros y tímidos sudores. Esas primeras pisadas ahuyentan el sueño que, ya rezagado, todavía trata de seguir nuestro paso



pero que desiste al primer kilómetro. Entonces el cuerpo es quien toma la palabra y mejor se expresa, yendo alegre hacia la incertidumbre de la mañana que vivimos y que aún está por hacer.

Ocho atletas a la carrera viendo como la ciudad despierta y llegan a ella las primeras luces que la rayan de sol. Sin rastro de bostezo o perezosa actividad, avanzamos en concierto por las aceras, el alquitrán o la tierra del parque mientras suena con valentía la persiana de algún comercio.

Siento la viveza de cada palmo entre los dedos de mis pies y hasta confundo la dureza que piso en el suelo con las nubes que escapan vergonzosas del alto azul. En esas zancadas me haría prisionero del tiempo. Pero a falta del último tramo, ya de vuelta a la pista, Marcos y Enrique cambian súbitamente el ritmo y se alejan como flechas silbando.

–¡Os haréis daño! ¡Volved con el rebaño, cabras! –grita Carla, como si empuñara entonces la pértiga que tan bien dobla y con ella guiara nuestra carrera por los pastos urbanos.

–A falta de perro pastor... –digo, al tiempo que salgo tras ellos y me alejo del grupo sin que nadie me siga.

Antes de poder ladrar diez veces, les alcanzo, con las piernas y la respiración animosas. Juntos llegamos a la posición de Gabriel, recostado en el obstáculo que, rojo y blanco, conocí siempre casado con la ría.

–¡Qué poco gentiles, abandonar a las mozas en esta fría mañana! –opina Gabriel con humor. Rara vez le falta o disimula.

Empezamos a estirar los isquiotibiales desapasionadamente mientras esperamos la llegada del rebaño y aclaramos qué calcetines son merecedores del premio a la moda.

Gabriel pregunta si hay dudas al respecto del entrenamiento a seguir, Sabina asegura tenerlo claro y Hugo promete que, sin ayuda, no sacará nada en claro. Por mi parte, vuelvo a hojear las notas de mi carpeta y me palpo las piernas, desato y vuelvo a atar mis cordones con especial lazada y me dispongo a empezar, seducido por la intensidad del movimiento que ya imagino.

De inicio, junto a los velocistas Édgar, Sabina y Marcos, trabajamos la rotación y flexión de tobillos en la rampa de cemento contigua a los baños en incontables idas y venidas; luego, pisando el césped, los sólitos ejercicios de técnica de carrera, tras los cuales me domina el apetito de correr la recta de llegada, desplegada como alfombra al infinito. Enseguida llega Gabriel con una pelota medicinal, verdosa, poco amigable y sospechosa por desconocer su verdadero peso, y me lleva hasta la marca de salida de los doscientos.

–¿Qué te pasa a ti con las curvas, querido vallista?

–Pues, chico... será que no me gusta torcer –respondo, encogiendo los hombros hasta que crujen.

–Vengo observando que desaceleras al encarar la última curva, un lujo que la segunda se apropia en tu nombre. Quiero que incidamos en ese aspecto.

–Pues así, al verte con la pelota medicinal a cuestras, intuyo que incidir en ese aspecto me hará sudar.

–¿Te asusta el bulto medicinal?

–No será por pelotas, Gabriel. Medicinales, claro –respondo con voz grave y calzándome los clavos.

Sigo sin saber cuánto pesa la pelota, pero camina en mí la resolución de correr la curva dando velocidad a esa redondez pesada. La misma sequedad en la duda como cuando salté mi primera valla.

“Entre las marcas del partir y la llegada, la vida dispone en tu carril una decena de dificultades que solo el paso más decidido logrará vencer”, tales fueron las palabras de Gabriel para dibujar el reto de los cuatrocientos metros vallas. Valiente es como decido pasar las dificultades, luego de una, avanzo con prisas hacia la otra... corriendo la recta, torciendo la curva y pisando con firmeza esa alfombra extendida al infinito.

Una vez descifro la curva en una serie de ejercicios donde Gabriel corrige mi postura al sudor de la pelota medicinal, corro seis tramos de ciento cincuenta metros en los que cuatro dificultades bien dispuestas prueban mi resolución y habilidad.

La salida es a golpe seco, un movimiento mayúsculo que rompe la quietud tensa y encogida del músculo en silencio. Las pisadas se suceden violentas y marcan un rastro blando en el suelo gomoso que, sin tiempo, gime detrás sin ser oído. Pronto la primera valla, a paso de bala, que rebaso con salto plano y atacando con la pierna izquierda. El primer apoyo tras la valla es breve y me recuerda, con una punzada, la lesión del soleo que todavía ensucia mi zancada, pero levanto la cadera y me inclino levemente hasta superar el tramo de curva: esta vez la valla se agiganta y aparece como un interrogante fugaz del que escapo poco airoso. Trato de recuperar velocidad, con la confianza de atacar las dos últimas vallas con la pierna derecha, braceo con energía y levanto las rodillas con desafío a la biomecánica.

Al término de la primera serie, Gabriel, en la distancia y con los puños apretados, agita sus brazos en una llamada a la intensidad. Me agacho, con gesto de duda y posando mi mano sobre el soleo de la pierna izquierda, e indico qué ha podido ralentizar mi carrera.

Oigo gritos de ánimo. Rosabel y Enrique, que se ejercitan en el foso, me empujan con un cabeceo de afirmación y varios aplausos.

De nuevo invitado a la salida, inspiro largamente por la nariz y represento en imágenes mi cuerpo plegado encima de la valla, suspendido y veloz.

Y salgo de nuevo... La primera valla me absorbe y escupe hacia la siguiente, con un correr fluido y valiente; parece que pise sin impacto y un tartán líquido me sostenga las piernas.

–¡Ahora vuelas! –grita Gabriel desde el obstáculo de la ría.

Quiero avanzar a la misma velocidad que me lleva, pero esa es una competencia imposible, aun cuando lo desee con ambas piernas y le ponga corazón.

Corro, imantado por la verticalidad de la valla, sin atender a nada más, ligero como mañana ventosa.

Ataco la última valla como si fuera a astillarla, me encorvo como felino hambriento y recojo la pierna de salto para lanzarme hacia la línea de llegada.

Comprendo al instante que mis piernas han sido rotundas en su discurso. Gabriel así lo confirma con un seco “eso es” que grita y repite para mi orgullo, el mismo que pinta en mí una sonrisa de trabajosos respiros tras el esfuerzo. La satisfacción me saluda y le correspondo con educada prontitud.

Sin tiempo para detenerme en tan agradables sensaciones, corro las series que completan el entrenamiento, con atención a no fallar en la técnica del paso de las vallas.

En el último tramo, confiado y sin tensión, mi tobillo izquierdo encuentra el listón de la tercera valla, sin que pueda llevarlo adelante, y caigo con vergüenza al tartán, pelando una rodilla distraída y algo de vanidad. En seguida levanto la mano izquierda, magullada, para que Gabriel pueda despreocuparse sin más.

Es un dolor más allá del rasguño puesto que apenas escuece. Los tiempos han sido aceptables, de especial y vivo recuerdo el correr de la segunda serie. A pesar de la caída, estoy contento por cómo el tiempo agota, cada vez más, menos arena.

–Estamos en la buena línea –comenta Gabriel cuando llego al obstáculo de la ría–, ¡buen trabajo!

–Lástima de esa penúltima valla... ¿verdad?

–¿Hay algo que te duela?

–Poco más que el orgullo –respondo contrariado.

–Entonces pasa esa valla en tu memoria, olvida que frenaste en ella y saborea el empuje con el que saltabas en la segunda serie. Volveremos a él otras muchas veces.

Entiendo que así debe de ser, bien y mal, precisando la forma sin abatirse jamás, con victorias y derrotas, apurando el aliento y sudando por así merecer el mejor puesto del cajón.

Tras resumir y ser consciente, diez minutos de un correr casi andado por la hierba, al que se suma Hugo, antes de realizar los estiramientos que darán fin a la sesión de hoy. Es ese un pasturar inocente con el que reposar emociones y que, con la lentitud del quinto paso, advierto necesario en busca del ánimo calmo para emprender lo que queda del día: un laberinto de pasillos en la Universidad, el centrifugado estomacal de una comida de alta prisa, adormecerse a lomos de un autobús cansado, pelear con un hermano y aconsejar al otro, llamar a Ingrid recordando las cosquillas de sus rizos, la media jornada como montador de lámparas en la fábrica y cenar con papá. Si hubiera tiempo y me tuviera en pie todavía, llamar a mamá y estudiar ese poco para cerrar con provecho, y sueño, los ojos.

Por el momento, mejor recompensa no encuentro: en la ducha, una chorretada de agua me distingue salpicando continuamente desde la espalda. Resoplo para que huya el cansancio y agradezco que el reto de las vallas se me ofrezca a diario: no añoro los pitillos ni el humo de las noches, he hecho amistad con el esfuerzo y me valgo de las propias piernas para andar con decisión mis días, una sucesión de cuatrocientos metros vallas.

## EL ESPEJO DE MAMÁ

Beatriz Pérez González

Lola no se lo podía creer. Después de mirarse y remirarse en el espejo destartado de dos cuerpos que había quedado atrincherado en el desván, se había gustado. Se encontraba detrás varios baúles llenos de secretos, un caballito de madera, una mecedora y montones de libros apolillados. Lo había tapado su madre con una sábana que en su día había sido blanca y ahora entre el polvo, telas de araña, y algún que otro agujero de ratón, se había convertido en la capa de algún fantasma pululante en el ambiente.

El espejo llevaba más de diez años arrinconado en el desván. Desde la muerte de su madre no habían tocado prácticamente ningún enser de ella, incluido el espejo. Recogieron sus pertenencias y las regalaron a Cáritas a excepción de sus armas de trabajo. Fue toda la vida costurera y acumulaba a lo largo de su extensa vida laboral una vieja máquina de coser, una Singer, que funcionaba todavía a pedales y el famoso espejo de dos cuerpos que utilizaban las finas clientas para probar sus vaporosos trajes. Esas dos cosas fueron lo único que conservaban de ella, y las habían transportado entre ella y su hermana al desván. La Singer fue cosa de su hermana. Aún pretendía a sus cuarenta años de edad aprender a coser. El espejo fue cosa de ella. Le traía viejos recuerdos que de momento no deseaba tirarlos en el contenedor de la basura.

Además de las escuálidas clientas que se miraban un millón de veces con cada prueba que se hacían mientras la madre les retocaba las costuras, metía cintura, abría cremalleras, ella también hacía buen uso del espejo. Aprovechando la ausencia de la madre cuando salía, que raras veces lo hacía para hacer gestiones en bancos, compra y poco más, ella y su amiga María se contoneaban frente al espejo. Les gustaba verse su propia figura haciendo movimientos libres y sensuales que les devolvía amablemente el buen espejo.

Eran dos niñas prácticamente idénticas, pero idénticas por dentro. Les gustaban las mismas películas, los mismos chicos, los mismos libros, se sentaban juntas en colegio cada año que pasaba, es decir, lo hacían prácticamente todo juntas. Pero físicamente eran totalmente diferentes. Aunque habían nacido el mismo día, casualidades de la vida, María era una chica rubia, alta y bastante redondita en formas para su corta edad. Lola era una niña morena, escuálida y más bien bajita. Como diría su cruel hermana Ana, era un retaco.

Lo que más anhelaba Lola eran las tardes de verano. Cuando, en vez de dormir la siesta tal como ordenaba su madre, se escurría por un pequeño agujero del sótano y se escapaba

con su amiga María a pasear en bicicleta. Algunas veces hacían carreras de bici, y la ganadora recibía como premio un chapuzón en las frías aguas del río que se encontraba en las proximidades del pueblo. Otras veces, simplemente se dejaban seducir por el paisaje mientras emulaban a los amigos de “Verano Azul”, que tanto les gustaba. Al final de tanto ejercicio inconsciente disfrutaban del pastel. No era otro que saborear lo prohibido, la fruta robada a los vecinos. Estiraban sus delgados brazos a través de las verjas que rodeaban los senderos, subidas a los altos muros compuestos por pequeñas piedras que de vez en cuando se caían e iban a parar a sus rodillas. El menú consistía en cerezas, peras, manzanas, melocotones y un sinfín de fruta de temporada. El sabor dulzón y caliente de lo prohibido bajaba hasta el estómago hambriento de las chiquillas. Luego llegaban a casa y corrían hacia el espejo de su madre, mientras una levantaba la camiseta y dejaba entrever el ombligo, la otra estiraba la esbelta pierna hacia adelante como una auténtica modelo. El espejo se reía de sus coqueteos pero con discreción, no iba a pronunciar el nombre de la más guapa, al fin y al cabo tenía miedo de algún arrebato y no fuera a ser que lo rompieran en mil pedazos como al de la madrastra.

El tiempo volaba como el viento entre los frutales de la infancia y las chicas se tuvieron que separar. Lola se quedó en casa, triste tras la ausencia de su amiga del alma, que marchó a otra ciudad, llevada por un padre que no supo asumir el divorcio y como pago de la deuda se llevó a su mejor amiga. Se escribían, desde el exilio, pero nunca volvió a ser como antes. El espejo también lloró la ausencia del torbellino que le alegraba las tardes de verano. Ya no hubo más risas y algarabías delante de él.

154

Lola se refugió en la comida como mecanismo de defensa. Su metabolismo dio un giro de ciento ochenta grados y su fina figura pronto se convirtió en curvas imposibles de definir. Ya no salía, le gustaba pasar desapercibida, tanto en casa, escondida tras las gruesas cortinas del salón e inventándose historias imaginarias, como cuando asistía al instituto, sentándose en la última mesa del aula. Pocas amigas íntimas siguió cosechando, y la única que fue capaz de unirse a ella la apodaba “Lolita, mi bolita de sebo”. También fue víctima de otros insultos que a golpe de gritos cantaban al unísono los crueles chicos del instituto. Su nombre fue inmediatamente cambiado al de Bola, dejó de llamarse para siempre Lola.

Se olvidó de hacer ejercicio, ya no salía, la bicicleta quedó abandonada en el sótano, donde las arañas hacían su agosto tejiendo finos hilos de seda, camuflando su infancia en un suspiro.

Le sacó provecho al estudio, afinó su pasión por leer y estudiar, devoraba los libros como la vida la devoraba a ella. Se convirtió en una rata de biblioteca, todo lo que caía en sus manos era digerido con avidez, como la comida. De tal forma que, al final, ya ni era capaz de relacionarse. Internet se convirtió en aliado de sus pesares y ya no le hacía falta salir de casa para digerir más y más literatura.

De tal forma que empezó a vomitar la comida que bajaba ardiendo por su garganta. Tan rápido bajaba como volvía a salir al rato por la extenuada boca.

Su madre, tan ocupada en sus costuras, tardó en darse cuenta del problema de Lola. Solamente abrió sus obtusos ojos cuando recibió una carta certificada del instituto que le

había enviado la psicóloga. En ella se relataba el problema de la joven y la citaban para una consulta urgente. Las palabras que brotaban de aquella joven psicóloga le dolieron a la madre. El diagnóstico fue inquietante y rotundo. Bulimia. Falta de amor propio. Falta de cariño de los demás. Soledad. Le recetó mucha comprensión, afecto, dieta, y sobre todo ejercicio. Mucho ejercicio.

¿Cómo iba a recibir ese cariño tardío por parte de su madre? Se había sumergido por las alcantarillas de la vida como los desechos de la comida que vomitaba. Ya se había acostumbrado a la soledad, a pasar desapercibida en casa. ¿Cómo iba su madre a deshilar el problema de Lola? Lo primero que se le vino a la cabeza fue apuntarla a un gimnasio. Sudar horas la grasa acumulada esos años de soledad. Pero lo único que consiguió fue acompañarla hasta la puerta del gimnasio y forzar una sonrisa antes de cruzar el umbral que las separaba. Lola se cansó demasiado rápido de las horas de tortura del gimnasio y una vez que atravesaba la sala de sudor salía al rato por la puerta de servicio. Otro secreto más que guardaría en la mochila.

Por supuesto que su figura no mejoró nada con el tiempo. Pero al marcharse a la universidad a cursar sus estudios de psicología también abandonó el desdén de su madre y sus exigencias incompresibles. Así podría vivir su tristeza a su manera. Fue el cambio de aires, la ausencia de presión, tanto de su madre como de los intrusos que no dejaba entrar en su tranquila vida, los que cambiarían su forma de ser.

Alquiló un pequeño apartamento a las afueras de la ciudad. El dinero se lo mandaba su madre, que quedó aliviada del cargo de conciencia por no preocuparse de ella y como compensación por los perjuicios causados. Aunque estaba rodeada por edificios demasiado altos, desde el salón se podía divisar un hermoso parque. Las vistas a ese parque del olvido fueron mejorando su carácter, ya que se desahogaba mirando tras las cristaleras y recordando las largas caminatas y paseos en bicicleta de la infancia. Tardó tiempo en vagar por los subterfugios del pasado hasta que por fin logró abrir los ojos a la cruel realidad. Necesitaba hacer algo de provecho con su vida. El plano del intelecto estaba servido. Había sacado varias matrículas de honor en algunas asignaturas y del resto iba bastante bien. Pero por fin logró descorrer el telón a su cuerpo. Tomó conciencia de su decrepito estado. No logró mirarse todavía a un espejo pero se palpó los pliegues que iban a parar al vientre. La celulitis de las piernas le llegaba hasta la zona púbica. Los pechos eran pequeños, como huevos fritos, pero debido a la falta de ejercicio ya se le notaba el efecto de la gravedad.

El primer día que logró dar un paseo por el temido parque fue después de que una copiosa lluvia dejara la zona vacía de las miradas acusadoras; no obstante, notaba cómo las estatuillas de bronce de la fuente se reían de ella. De su cuerpo fofo y amorfo. El olor a tierra húmeda la despertó de su amnesia y estupor. Abrió los ojos a la nueva vida que se prometió vivir y disfrutar.

Lo primero que hizo fue pasarse por una perrera y adoptar un desvalido animal. Empezaría a darle amor a otro ser vivo necesitado de cariño como ella. Sería su paño de lágrimas en los días de tormenta y su peluche en las noches bajas. Después se dejó caer por una tienda de deportes y compró compulsivamente ropa y calzado. Tenía miedo de entrar en



el probador y que el espejo le devolviera una imagen que sabía que no le iba a gustar. Compró ropa de dos o tres tallas distintas y al llegar a casa la que no le sirviera la tiraría a la basura.

Así fue como empezó su acto de contrición. Todas las tardes sacaba a su perro Lolo con la excusa de ir a tomar un poco de aire y que el can hiciera sus necesidades, mientras aprovechaba, primero, para dar largas caminatas por el extenso parque, que después se convirtieron en auténticas sesiones de footing. Pronto Lolo y Lola se enzarzaron en sendos campeonatos olímpicos. Lolo llegaba a casa con la lengua fuera y Lola con la boca seca. La menestra de su vida se iba cociendo a fuego lento. Su madre murió de un ataque al corazón dejando apenas un vacío inexistente en Lola. La casa quedó desierta y le echó el cerrojo de momento a su pasado. Tiró la llave al río y siguió corriendo con Lolo por la vida.

Su figura poco a poco se iba recomponiendo, al igual que su vida. Terminó la carrera y era hora de comportarse como una auténtica adulta. Echó currículos a todo lo que se le vino a la cabeza. Se lo llevó inclusive a una agencia de empleo, que a su vez lo mandó a un sinfín de empresas. Una tarde, al regresar de su ejercicio diario con Lolo, escuchó estupefacta los mensajes del teléfono. Uno era de su antigua psicóloga del colegio, que la llamaba porque habían reclamado un puesto de trabajo, ya que era hora de su jubilación. Lola se dejó caer en el sofá, incrédula y estupefacta. Su antigua vida iba pasando ante sus ojos como los retales que su madre tiraba al suelo.

Al llegar al pueblo en su Ford Fiesta y con Lolo en la trasera lo vio todo tal como lo recordaba, las casas pasaban como *flashes* a lo largo de la carretera. Cuanto más se aproximaba a su antigua casa, más irreal le parecía aquella historia. Ella, que había escapado de caminos angostos que la carcomían, volvía ahora a su origen. Se había hecho adulta. Iba a convertirse nada más y nada menos que en la psicóloga del colegio que la empujó al vacío.

Después de recoger las llaves en la inmobiliaria donde tenía la casa a la venta su hermana pequeña tras la muerte de su madre, allí se encontraba frente al portalón de la entrada. Las malas hierbas habían tapado la entrada y Lolo se escondió entre las piernas de su ama por miedo a ser devorado por alguna criatura.

Descorrió las cortinas y abrió ventanas para ventilar el moho que se había apoderado de todas las estancias. Tras un largo suspiro subió las empinadas escaleras que llevaban al desván y allí encontró el espejo que la estaba esperando. Después de diez años, lo recordaba monstruoso y maléfico. Pero le echó valor y se acercó recelosamente, no sin antes maquillarse, ducharse y vestirse adecuadamente. Cuando por fin abrió los ojos y se logró mirar, el espejo le devolvió la imagen de su infancia abrazada a su amiga bronceada por el sol. Había recuperado su esbelta figura olvidada en el último cajón de su mente. El intenso ejercicio había hecho sus deberes. Ejercicio no en vano como el de la infancia, sin obligación, sin imposición ni castigo. Ejercicio por placer. Para disfrutar de la vida.

Lloró como una magdalena, al reconocerse por fin. Besó apasionadamente al espejo y corrió escaleras abajo.

## EL CORREDOR

Helenio Lucas Fernández Parrado

Podríamos decir que tuvimos la suerte de salir de las dos habitaciones donde habían transcurrido nuestros primeros años.

El negocio de mi padre, por fin, empezaba a dar algunos réditos. Eso nos permitió alquilar una casona, no depender de la caridad de los familiares, acabar con los racionamientos de agua y el aseo compartido de los fines de semana en un barreño de zinc, donde el último en bañarse lo hacía en el agua de los predecesores.

Es obvio que Heráclito de Éfeso no pensó en esta posibilidad cuando afirmó que nadie se bañaba en la misma agua dos veces... Bueno, lo cierto es que él hablaba de río, pero en nuestro caso, lo único que fluía era la "costrilla", burbujitas sobre un poso blanco de zurrapa, que dejaba el "Lux" de Gibraltar, más oloroso y barato que los jabones españoles, cada vez que nuestra madre, previo fregoteo con la manopla de pita embadurnada en jabón, nos restregaba con determinación e intensidad para dejarnos escamondados y "rositas". Una vez enjabonados, como San Juan Bautista, tomaba un cazo, lo sumergía en el agua del recipiente y nos daba un reconfortante chapuzón hasta hacer desaparecer los restos de jabón. Nos envolvía en un enorme paño y nos dejaba que nos secáramos, mientras ella daba idéntico trato al siguiente. Así hasta tres veces. ¡No estaba la cosa para dispendios!

Efectivamente, éramos tres hermanos. Poco después vino un cuarto, Ángel, quien por la diferencia de edad, siempre fue considerado "casarilla", es decir, que participaba de los juegos pero no se le tenía en cuenta a la hora de los resultados.

Instalarnos en la nueva vivienda, algo destartalada y oscura, no fue tarea fácil. Desató todos nuestros miedos infantiles. Troylo, a quien Antonio Gala le contaba los suyos, no lo hubiera entendido. Nosotros, a diferencia de él, veníamos de la más absoluta precariedad. La crisis, esa señora de la que tanto se habla ahora, ya tenía su propia parcela en nuestras incipientes vidas.

El caserón era demasiado grande para lo que estábamos acostumbrados. A derecha e izquierda de su largo y lóbrego corredor se distribuían las dependencias. Tras la puerta de acceso estaba el recibidor, una de las dos estancias con luz directa desde la calle. Desde ahí hasta la cocina, el otro aposento iluminado por el astro rey, transcurría la tenebrosa galería a cuyos márgenes acudían, como afluentes, tres dormitorios, un garaje y el cuarto de baño. Un

patio, con pozo y palmeras, con los años terminó siendo nuestro particular feudo para los juegos infantiles y causa de permanente lucha con la abuela cada vez que rompíamos flores o macetas.

Sin embargo, al principio, nuestra vida transcurría en la cocina. Era enorme. Todavía conservaba los infernillos para carbón, pero habíamos prosperado tanto que sobre ellos teníamos un butano blanco de tres fuegos. En el enorme recinto, todo giraba alrededor de una amplia mesa de madera multifuncional. Sobre ella se preparaba la alquimia para los condumios, se hacían las tareas del colegio, se jugaba al ping-pong (las raquetas las habíamos hecho nosotros con un viejo tablero que encontramos volviendo de la escuela, y teniendo como red un solitario hilo atado en sus extremos a sendos listones que clavábamos al canto). También la vida social transcurría a su alrededor: las tertulias, las reuniones familiares, los juegos reunidos, las audiciones de radio, más tarde sustituidas por la televisión, que al ser la única del barrio, se convirtió en una especie de teleclub.

Pero sobre todo, allí estaba la “salida”. Cuando llamaban a la puerta, había que ir a abrirla. Recorrer la distancia que unía la cocina con la puerta de la entrada no solo era un incordio porque te obligaba a dejar lo que estuvieras haciendo, sino que, además, tenías que enfrentarte al oscuro pasillo, negro túnel sin referencia final.

No era de nuestro agrado realizar tal encomienda. Hubo disputas. Ninguno de los menores estábamos dispuestos a hacerlo, especialmente cuando el timbre sonaba por la noche.

La autoridad materna estableció el orden. Cada uno iríamos una vez. Lógicamente hubo reticencias, pero llegó la hora de la verdad.

El timbre se convirtió en pistoletazo de salida. El objetivo era llegar a la puerta de la entrada recorriendo el pasillo en el menor tiempo posible dejando atrás nuestro miedo a los fantasmas que amparaba la oscuridad, encender la luz de recibidor, abrir, indicar a la visita dónde estaban los demás, dejarle caminar hasta las proximidades de la cocina, apagar la luz, y retornar al lugar de partida, volviendo a dejar a nuestros imaginarios enemigos en el recibidor gracias a una fugaz y rápida carrera.

Las reiteradas idas y venidas, lejos de aburrirnos, favorecieron, no solo superar nuestros miedos, sino intentar recorrer el pasillo cada vez más rápido. Nos controlábamos unos a otros, contando despacito, quién tardaba menos en ir y volver, si bien solo se contaba desde que sonaba el timbre hasta que se veía la luz encendida en el recibidor. Semejante método avivaba la disputa, pues el que corría siempre tenía la impresión de tardar menos que lo que le transmitía el controlador.

Empezamos a buscar un método más fiable. Nuestras edades, y las circunstancias del entorno, no solo no nos permitían contar con un cronómetro, algo impensable, sino, tan siquiera, un reloj.

Precisábamos de algo más sencillo y directo. Dicho y hecho: convertimos el fosco corredor en una pista de dos calles. Corríamos como almas que lleva el diablo, de dos en dos, deseando llegar al interruptor de la luz como si fuera el flash de la foto “finish” en los cien

metros lisos. Pero si importante era la ida, más aún lo era la vuelta, ya que el vencedor de la primera ronda quedaba en la intimidad de los contendientes; pero el ganador del retorno lo hacía ante los congregados en la cocina alrededor de la mesa, quienes, en más de una ocasión y conocedores de nuestra sui generis competición, prorumpían en una salva de aplausos o debatían, no sin pasión, y en función de sus preferencias, sobre quién había sido el primero, el estilo o la limpieza de la carrera. Nunca faltaban las palabras de estímulo y ánimo.

Como siempre había alguien que quería una revancha, retrasábamos todo lo posible la hora del aseo diario. Permanecíamos alrededor de la mesa, sentados, con una pierna colocada hacia fuera para facilitar una rápida salida, haciendo los deberes, pendientes del timbre, dispuestos a saltar como un resorte para conseguir embocar el embudo de la puerta de acceso al pasillo. Ya no había criterio previo. Las reglas de mamá para establecer quién tenía la obligación de abrir fueron derogadas por las del espíritu de la competición. El tercero en llegar al umbral quedaba automáticamente eliminado, salvo el “cascarilla”. Él seguía corriendo a su aire y a su ritmo a pesar de las advertencias, tanto para uno como para los otros, de precaución.

El “cascarilla” no tardó mucho en aprender. Tras ser arrojado unas cuantas veces cuando regresaban los que habían superado el dintel de la cocina en los dos primeros lugares, no hizo falta recordarle más los riesgos. A partir de ahí, se limitaba a intentarlo y a poner cara de “pucheros”. Nuestro padre, ubicado en el lado estrecho de la mesa, desde donde la presidía, no consentía ver al benjamín apesadumbrado por nuestras pugnas y superioridad física. Torcía el gesto subiendo la comisura de los labios, ladeaba la cabeza un poquitín hacia la izquierda, y nos daba a entender, sin decir palabra, que había que darle chance al enano, como le llamábamos cariñosamente, aunque nosotros tampoco le superásemos mucho más de un par de palmos.

Bastantes veces lo dejamos solo en el corredor, a mitad de camino y a oscuras. Entonces, llamaba a nuestra madre, voz en grito, quien nos reprendía y nos obligaba, acusándonos de tener la sangre “mu” gorda, a asistirlo, llevarlo hasta el interruptor de la luz, auparlo en brazos, dejarle encender, apagar y retornar.

Tras la pertinente ducha, ahora ya sí, en la bañera, colocados los pijamas y antes de acostarnos, pasábamos a despedirnos de nuestros padres con el pertinente y rutinario beso de buenas noches, y de los vecinos contertulios. Nos colocábamos como si estuviésemos en un simbólico podio habilitado para cuatro atletas, es decir, de pie uno junto a otro, en fila, salvo cuando Antoñito Morales se resistía a marcharse a su casa y se quedaba hasta el final, sumándose a la ceremonia. En ese momento, el vencedor de la jornada era laureado. Mi abuela le entregaba una rama de laurel, o de olivo, según fechas y disponibilidades.

Por aquel entonces ya conocíamos el significado de esas ofrendas florales. Nos había contado que esos eran los premios que en la antigua Grecia obtenían los vencedores en los juegos olímpicos, y, puntillosa, nos matizó que no había que confundirlos con la olimpiada, periodo de cuatro años que transcurría entre cada edición de aquellos, con lo que, lo de “mens sana in corpore sano”, en casa lo llevaban a rajatabla.

En verdad, que lo pasábamos bien.

El corredor fue la pista instintiva de entrenamiento, donde sin darnos cuenta, de forma lúdica, y sin dirección ni orientación de adultos, empezamos a desplegar ese abanico de cualidades que se requieren para ser un buen deportista: valentía, entrega, lucha, esfuerzo, sacrificio, liderazgo y compañerismo.

Fuimos valientes para atravesarlo a pesar de nuestros miedos infantiles; nuestra entrega llegaba hasta el punto de retrasar con pequeños trucos la hora de irnos a la cama; luchábamos con denuedo para conseguir situarnos en posiciones ventajosas de salida; superamos con abnegación el esfuerzo que requería estar tan atento al timbre de la puerta como a realizar los trabajos escolares, pues de otra forma, nuestras alocadas carreras no habrían pasado del monótono ir y venir de nuestros mayores. Las notas, las buenas notas, eran condición sine qua non para continuar con nuestras galopadas; supuso un sacrificio, aunque lo dimos por bueno, renunciar a nuestros programas favoritos de la tele, (Locomotoro, el Capitán Tan, Valentina, los dibujos animados: Magoo, Tiroloco y tantos otros compañeros de aventuras en el blanco y negro de los años sesenta), a los chascarrillos de las vecinas, e incluso, todo hay que decirlo, a las tertulias de nuestros mayores, de las que empezábamos a comprender la importancia del liderazgo para aunar esfuerzos y conseguir cosas; aprendimos, esta vez sí, bajo la batuta de nuestro padre a ser generosos y buenos compañeros, si no, ¿de qué iba el cascarilla a encender la luz?

En nuestra inconsciencia, durante esos dos-tres años de carreras por el corredor, no nos preocupábamos por la intensidad de los esfuerzos, siempre al máximo, al 100%; si consumíamos o no el 95% de oxígeno; si la frecuencia cardiaca superaba las ciento ochenta pulsaciones por minuto, que las superaríamos con creces dado que nuestro corazón, todavía pequeño, estaba formándose y creciendo; si la duración de los esfuerzos alcanzaba, o no, los tres, los diez o los quince segundos, que repetíamos, dependiendo de las visitas de cada día, no sé cuántas veces.

Afortunadamente, los tiempos de recuperación, fundamentales para la eficacia de un entrenamiento anaeróbico aláctico como el nuestro, nos lo concedían los intervalos entre timbrazos, permitiéndonos recuperar el resuello y volver a la calma por el expeditivo, y heterodoxo, método de sentarnos hasta la siguiente llamada, estirando únicamente cuando a los bostezos de última hora los acompañábamos de una extensión de brazos en cruz a la par que tensionábamos el tronco hacia atrás contra el respaldo de la silla, y alargábamos las piernas, despegándolas del suelo, intentando alinear las puntas de los pies con las tibias.

Aquellos treinta metros de oscuro pasillo, de corredor, ¡quién lo diría!, fueron la fragua donde desde niños empezamos a modelar nuestros proyectos de hombres amantes del deporte como fuente de respeto, solidaridad y calidad de vida.

## HOY

José Enrique Iniesta Panadero

Mañana tengo un montón de cosas que hacer. Trabajar, ¿cómo no? También tendré que intentar escaparme un rato de la oficina para ir al banco, llevar el coche al taller por la tarde, hacer la compra (no puede esperar más, tengo la nevera casi vacía)... y, lo más difícil de todo, quedar con Lucía para, bueno, hablar... y decidir... Quizá sea nuestra última conversación, al menos como pareja. Puede que me surjan más cosas para hacer, cosas que tenga pendientes, es raro que no las haya... Pero todo eso será mañana. Hoy... Hoy simplemente camino descalzo por la arena... Hoy... simplemente estoy aquí, en esta cala situada en un apartado rincón del mundo, y el sol, radiante en medio de un intenso azul que se extiende ocupando el cielo sin dejar que asome la más minúscula nube, dirige a todas partes sus rayos (no hay apenas sombras) y, sobre las cristalinas aguas turquesa, reverbera su luz, asemejando un gigantesco gusano brillante que se arrastrara despacio movido por las ondulaciones de la superficie del mar, ese mar que viene del infinito intentando insistentemente, con cada ola, entrar en la tierra.

161

Pero no es un día excesivamente caluroso: aún es invierno y el aire trae consigo de la inmensidad marina una agradable brisa que refresca el ambiente. El tiempo perfecto. A un lado de la playa y prolongándose hacia el interior a lo largo del cauce de un torrente seco, hasta perderse entre los árboles del fondo, hay una vasta e imponente pared de roca caliza de unos treinta metros de altura.

La roca, según los expertos, es un elemento inerte de la naturaleza. Probablemente ellos no escalan. Si lo hicieran pensarían, como yo, que la roca vive. Porque a veces exhala frialdad y te hiela y agarrota los dedos hasta el dolor y otras se muestra cálida. Unas veces, hostil y reacia a la escalada, resbaladiza; otras, mansa y como predispuesta. Los que escalamos sabemos que lo hacemos porque ella nos deja, no porque nosotros lo hayamos decidido. Y en el momento en que se cansa de permitirnoslo, nos escupe sin contemplaciones.

Próximo a la pared está David, calzándose los pies de gato, y, a su lado, Javi, preparado para asegurarle. Esa imagen, la de ellos formando parte también del paisaje, casi listos ya para otra vía, me provoca una intensa satisfacción. Satisfacción por ver que no fallan, que aquí estamos los tres un día más, locos, seguramente, por hacer lo que hacemos... ¿Y quién no lo está?

Nuestra presencia, advierto, es pequeña en este lugar; incapaz de romper la poderosa y mística soledad de la naturaleza que nos rodea. Me siento insignificante.



Ahora, David se empolva las manos con magnesio mientras mira la roca con interés y detenimiento. Ya se ve a sí mismo subiendo: un pie aquí, una mano allí... y, al llegar a cierta altura, colocando en la pared una cinta de las que cuelgan de su arnés para, seguidamente, meter por ella la cuerda que lleva anudada al mismo; después, mano izquierda en ese agarre invertido, mano derecha en el de pinza, la puntita del pie en esa regleta minúscula... poner la siguiente cinta, meter la cuerda por ella... y así hasta llegar a la reunión, el final de la vía, dejando tras de sí una hilera de unas diez o doce cintas... siempre así, siempre igual, pero siempre diferente. Javi coloca la cuerda (la misma a la que David va anudado) en el gri-gri y después une éste a su arnés mediante un mosquetón. Mientras David vaya progresando, la cuerda se irá deslizando fácilmente por ese pequeño y curioso mecanismo, pero si cayera, el gri-gri se autobloquearía, impidiendo que siguiera pasando a través de él, y Javi haría de contrapeso, con lo que se frenaría la caída de su compañero, quien a su vez quedaría colgado de la última cinta que hubiera puesto, acaso momentáneamente desorientado.

Como ya hemos estado calentando haciendo algunas vías fáciles, ha llegado la hora de apretar un poco: David ha elegido una en la que, teniendo en cuenta el grado de dificultad que la guía que llevamos con nosotros le asigna, seguramente irá al límite. La guía, en este caso, es su única referencia, ya que va a subir a vista, es decir, nunca antes ha hecho esa vía ni la ha visto hacer a nadie.

Me acerco un poco y me siento en la arena, para observarle y también para animarle junto con Javi si le viéramos apurado. Es curioso, no sé qué te transmiten los ánimos que te dan los amigos. ¿Confianza?, ¿fuerza mental o incluso física?, ¿valor?.. ¿todo ello junto? Como digo, no lo sé, pero, ciertamente esos ánimos pueden influir en un escalador hasta el punto de hacerle superar pasos que por sí solo quizá no lograría rebasar.

Y sentado, mirando, me pongo a pensar en la cantidad de impresiones que bombardearán sin descanso, una tras otra, la mente de David durante los próximos veinte o veinticinco minutos, y en los diversos estados de ánimo que todas esas sensaciones le provocarán en tan reducido espacio de tiempo.

Puede que en algún momento experimente miedo, por ejemplo: el miedo a caer... Y la roca hará que lo muestre, ya que se trata de un temor tan natural, tan puro, que no puede ocultarse con las habituales máscaras con las que solemos esconder las emociones que para los demás significan debilidad. Su miedo se hará visible cuando, por ejemplo, se ponga a resoplar muy fuerte varias veces seguidas, o cuando le entre un temblor incontrolable, o cuando, sencillamente, quede absolutamente paralizado. Pero no se avergonzará, porque aquí rigen normas diferentes, mucho más auténticas a las absurdas que solemos seguir en nuestra vida en sociedad, donde la apariencia lo es todo. Cuando el hombre se enfrenta a la naturaleza, no cabe duda alguna de que él es el débil y no hay nada de vergonzoso en que eso se vea.

Algunos pasos le costarán mucho, otros menos, y en otros quizá caerá finalmente a causa de la imposibilidad de superarlos al primer pegue. Quizá lo intentará y caerá un montón de veces hasta conseguir progresar en ese paso difícil. Quizá no lo consiga hoy y, como consecuencia, sienta frustración y rabia, perdiendo el control, y comience a emitir a gritos un

furioso torbellino de palabras malsonantes, a sabiendas, por supuesto, de que eso no le servirá para nada, excepto para bloquearse aún más. Pero probablemente no podrá evitarlo, la roca le hará soltar todo lo que lleva dentro.

Su boca se secará. Sus manos, por el contrario, quedarán humedecidas por el sudor, por lo que regularmente las cubrirá de magnesio para evitar que se le escurran los dedos en algún diminuto agarre. Las meterá muchas veces en la magnesera, una pequeña bolsita que lleva a su espalda, y lo hará incluso en ocasiones en que no sea necesario desde un punto de vista físico, sino como un acto reflejo para sentir el suave tacto del magnesio, que le tranquilizará en determinados momentos.

Puede también que la dificultad de la vía se presente mayor de lo que él esperaba, o que, por cualquier motivo, esta vez no se encuentre muy animado. Mirará entonces arriba y, al ver que la pared continúa rotundamente muchos metros aún hacia el cielo, se preguntará qué es lo que hace ahí subido, por qué ha decidido sufrir de esa manera; incluso se le pasará por la cabeza la idea de decirle a Javi que le vaya dando cuerda con el gri-gri para bajarle poco a poco de la última cinta que haya puesto... Lo pensará, sí, pero al final seguramente no lo hará sino que seguirá adelante con un tesón derivado quizás de la dignidad hacia sí mismo. Y cuando, tras haber terminado la vía y, por tanto, haber dejado de pasarlo mal, baje al suelo y descanse un rato, paradójicamente le invadirá una irónica e irrefrenable necesidad de volver a escalar.

En el mejor de los casos, tendrá una escalada cómoda. Se sentirá ágil trepando, ligero. Percibirá con agrado la absoluta perfección de cada movimiento que ejecuta. Una precisión maquina se reflejará en cada estiramiento, cada flexión. El resultado de todo ello: el encadenamiento de la vía. Y así, al verse por fin en la reunión, nos mirará con una sonrisa desde allí arriba y, acto seguido, gritará eufóricamente, levantando los brazos en señal de triunfo, una breve celebración antes de que Javi comience a bajarle para que puedan intercambiarse los papeles y ser el próximo en subir. Después, me tocaría a mí escalar, asegurado por uno de los dos.

De momento, David no va nada mal. Sube sin problemas, despacio y tranquilo... Sabe que debe hacerlo así, concentrándose en la vía, olvidándose de cualquier cosa ajena a ella, haciendo que todo lo demás (sus preocupaciones, sus planes, sus dudas...) desaparezca. La verdad es que no resulta difícil conseguirlo en este entorno, con este buen tiempo, con el sol y el relajante y rítmico murmullo de las olas del mar... Cierro los ojos y parece que lo escucho mejor.

La brisa matutina acaricia mi cara. Noto el frescor de la arena en mis pies descalzos al hundirlos en ella e inspiro hondo, como queriendo introducir en mi interior esta paz, esta quietud que se respira. Es como si mi sensibilidad a los estímulos externos se hubiera agudizado.

Me siento vivo. Y me sentiré más vivo aún cuando esté escalando. Cuando llegue mi turno. En mi mano callosa y aún parcialmente blanca de magnesio sostengo una manzana a la que doy un mordisco. Me sabe deliciosa.

Hoy será un buen día.

## LA FINAL

Pablo Mantelman

Mañana es la final, abuelo. Me vas a alentar como en todo el campeonato, ¿no? ¡Mirá que nos costó llegar! ¿Sabés que el sábado pasado casi nos saca ese equipo de Ballester? Y sí, fue bravo. Estuvimos uno a cero abajo casi todo el partido pero nunca nos dimos por vencidos. Ellos se creían que iban a ganar fácil, jugaban sobrando y nos canchereaban todo el tiempo, pero nosotros sabíamos que teníamos que seguir como siempre, corriendo y metiendo, tocando y tocando, que en alguna se nos iba a dar. Y apretamos los dientes, seguimos haciendo correr la pelota y les empatamos en el último minuto con una jugada que, hubieras visto, ni yo podía creer todos los contrarios que quedaron desparramados. Los chicos del club saltaban y gritaban como locos. Los grandotes se miraban entre ellos y no entendían nada. Y después, en los penales, no sabés, cuatro a uno les ganamos en los penales. Se querían morir. ¡Que se aguanten! Otra que doce años, catorce tenían por lo menos, pero como el arquero era sobrino del que organiza el torneo nadie dijo nada. Ni de cuántos años tenían ni de las patadas que nos dieron. El réferi miraba siempre para otro lado, y si protestábamos nos gritaba a nosotros, vamos, juegue, no sea mariquita, es un juego de hombres. Todo el domingo con hielo estuve. ¿Te contó papá? Sarna con gusto no pica, me dijo riéndose. Lo vi tan contento que me olvidé de preguntarle qué era eso. ¿Qué es eso, abuelo? Hoy iba a preguntarle a la abuela pero mejor lo dejo para otro día, me parece que con toda esta gente ahí no va a tener ganas.

Te voy a necesitar mañana, ¿sabés? Como el sábado, o más. Sí, seguro que mucho más. Lástima que no pudiste ir. No sabés la polenta que me da cuando sé que estás ahí. Si te veo revoleando los brazos al lado de la cancha y me río solo. ¡Vamos Carlitos! ¡Encare Carlitos! ¡Mirá la cara de susto que tienen los de enfrente! Y entonces me animo, y me voy gambeteando directo hasta el arco con la fuerza que me dan tus gritos. Sí, como hacía Saviola, como Aimar. Ya sé que para vos no hay como Labruna y Pedernera, y papá, que sigue hablando del Enzo y de Ramón, pero disculpá que te diga, abuelo, ésos no son de ahora. Aunque sigas teniéndolos en la pared. ¿Vos sabés que la abuela quiere que saques esas fotos? Fijate, me dice, están viejas, mirá cómo afean la pieza. Pero tu abuelo, nada. Que la máquina esto y la máquina aquello. Es lo más grande que hay. Así le decís, ¿no? Mirá que sos fanático. Pobre la abuela, se pone triste. ¿No ves que llora? No sé por qué la molestan si no tiene ganas de hablar.

Decime algo, abuelo. ¿Vos viste jugar a los de León Suarez? Además del partido del año pasado, en este campeonato, digo. Porque algunos pibes del barrio cuentan que son buenos de verdad y que ganaron su zona casi caminando. Claro que tengo confianza, pero igual me gustaría tanto poder charlar del partido de mañana tranquilos, con tiempo. Como aquella vez antes del primer partido hace tres años. Qué miedo tenía, ¿te acordás? Vos te sentaste en el sillón y me apoyaste la mano en el hombro y me contaste de cuando lo llevabas a papá a la canchita del club a jugar sus primeros partidos. Y mientras me contabas eso yo podía verlo, ¿sabés?, y cuando lo veía correr con la pelota y esquivar contrarios empecé a verme a mí, como vos querías que me viera, como me dijiste que querías que me viera para que así se me fueran los nervios por ese primer partido de campeonato. No sé cómo hiciste, abuelo, pero de a poquito, mientras hablábamos, me fui tranquilizando. Entendí que íbamos a ser once contra once y que el que ganaba era porque ese día había tenido más suerte o había arriesgado un poco más que el otro, pero que lo importante era que saliera a divertirme, a jugar como siempre con mis amigos; que lo que valía en la vida era otra cosa, no simplemente ganar por ganar. Y cuando de golpe dejabas de hablar y parecía que querías acordarte de algo, que solo pensabas en lo que ibas a seguir diciendo, yo te miraba y veía que tenías los ojos cerrados, como ahora; no sé si en ese momento me daba cuenta, creo que fue papá que me lo dijo después, cuando le conté, que estabas emocionado dándome los mismos consejos que tanto tiempo antes le habías dado a él. Siempre me calmó hablar con vos. Escucharte, más bien, que me contaras cosas. Aunque hablaras de Alvear y Tagle, que nunca entendí bien dónde quedaba pero cuando vos lo decías con tanto orgullo, parecía tan importante. “Ahí empezó todo Carlitos”, ¿te acordás? Y yo te contestaba matándome de la risa, que cómo podía ser si el Monumental está en Núñez desde siempre, quién no lo sabe.

Quiero repasar los trucos que me enseñaste para que cuando salte a cabecear en los corners los defensores no me primereen, quiero que veas cómo me sale la rabona, quiero practicar cómo desmarcarme en el área en un tiro libre, quiero que me hagas acordar qué hacer para no acalabrarme después de un pique largo, quiero que me vuelvas a contar las jugadas que le viste hacer al rubio ése de la foto. ¿Cómo era? ¿Di Stéfano? ¡Viste como me acuerdo!

¿Sabés qué más quiero, abu? Quiero que esta noche, cuando vaya a acostarme, me leas alguno de los cuentos que me leías cuando era chico; seguro que eso me va a servir para dormir tranquilo, despacito, sintiendo tu voz al lado de la cama, ¿te acordás? Quiero que a la mañana, antes que los demás se levanten, me despiertes con la leche y esas tostadas con manteca y dulce de ciruela que me gustan tanto y que te salen tan pero tan ricas, con ese olorcito apenas quemadito que no sé cómo hacés para que queden así, y que van a darme toda la fuerza para jugar la final. Quiero eso y muchas cosas más, pero lo que más quiero es que me ayudes a entender, necesito que me digas cómo hago para aguantarme la bronca porque mañana no vas a estar.

Pero ¿qué le pasa a toda esa gente? Hablan y hablan y hablan. ¿No nos van a dejar en paz? ¿Qué miran? Pobre la abuela, se ve que le dicen cosas tristes, no ves cómo llora. ¿No ves abuelito? ¿No ves?

## EL TESTIGO

Patrizia Carmen Marruffi Bonfante

He cortado el hilo invisible que me separaba de la raya de meta. Tengo una línea blanca y ya lejana bordada en mi corazón, una línea que se avecina con mi velocidad y con los latidos acelerados. Pocos segundos, un instante, milésimas de segundos, pero el tiempo alcanza la eternidad, se detiene y a la vez es infinito.

Más allá de la imaginación, las carreras se fueron sucediendo en el espacio inconmensurable de los cien metros. Aún aguardo la lluvia sobre la piel y el testigo, mi último testigo, atrapado tenazmente entre los dedos, más estrecho que un abrazo, tan atenazado que hasta podía inmovilizar la mirada que ignoraba todas las gotas en el llanto lento, inerte, sin aliento y las pulsaciones, el dolor alcanzando el vértigo.

166

Tal vez haya sido siempre una pésima atleta, pero corría tan rápida como cuando uno se precipita al vacío antes del sueño, antes de la victoria. Medallas recogidas con la facilidad de un vuelo con alas recién estrenadas.

Corría para no morir, para no dejarme alcanzar por mí misma, para no ser engullida por la soledad de la adolescencia. Escondía la angustia entre los pliegues oblicuos de mi pecho, alrededor del sollozo y la duda, en el joyero en donde estaba guardado el corazón: no tenía otra alternativa. El desafío cotidiano alcanza la exasperación en la edad en que se desvanece lo mágico. Y cuando recuerdo los valles y las pendientes, cuestas escarpadas y rocas y barrancos, mis piernas saben que no miento y no sé si se horrorizan o desbordan de melancolía.

Corría sobre el límite sutil de un bistorí encantado, lama o separación entre la vida y la respiración.

Creía que no podrían jamás alcanzarme mis intangibles enemigos, yo era la más rápida, pero la tristeza a veces conseguía envolverme y yo hubiera querido seguir corriendo sin parar, puesto que escapando desvanecía, pero ralentizando para apaciguar la taquicardia me daba cuenta de que no me había abandonado nunca.

Más allá de los bosques aprendí a querer también las pistas anaranjadas, las de alquitrán, negras y rugosas, más temibles que barrancos. Pero cansarse sobre el cemento para mí nunca tuvo verdadero sentido, tal vez por esto fui una pésima atleta, a pesar de que sobre mi calle paralela siempre ganaba el desafío, después la alegría, el cronómetro y otra vez mi fantasma.

Llevo en los oídos la espera antes del disparo, entre las pestañas atesoro el muro de temores insuperables, irguiéndose ante la meta. Entre los tobillos aprisiono la tarde más pesadosa y cálida de junio, cuando el entrenador afirmó haber hecho un gran descubrimiento: cinco días más tarde gané mi primera medalla de oro y la estación acababa de empezar.

Fue un junio gris, pero un año más tarde, en septiembre, el cielo estaba aún más gris y llovía. Me traicionó el aguacero, mi cuerpo antes de empezar a quererlo, pero nunca el corazón.

Se me quebró la sonrisa sobre el podio dentro de la última medalla. Me destriparon el testigo que no había soltado hasta hacerme congestionar el aliento. Él también había sentido lacerarse el músculo y todo el dolor inundando el cuerpo como una puñalada; pero lo soportamos a duras penas el corazón, el testigo y yo y alcanzamos la meta y la victoria. Me lo tuvieron que arrancar, el testigo, y el corazón, cuando se llevaron mi chándal, la camiseta con el oso, la bolsa de la federación: “Ya no sirves para nada con un cuádriceps desgarrado”. Escondí el número, el 64, y también oculté en lo más profundo los bosques, el disparo, los vestuarios, los valles, los destellos de las medallas de oro, los abrazos, los tacos de salida.

No sé si siempre habré estado corriendo en mi vida o si después de esa última carrera tiré mi voz al viento más allá de la percepción.

Cuando se normalizó el electrocardiograma y la rotura dejó de frenarme sobre las colinas, sabía que el universo es un remolino que no puede esperar la llegada de un testigo. Entonces, tal vez septiembre o la lluvia o el orgullo me impidieron demostrar que acaso no era tan mala atleta.

Aprendí cuánto puede ser interminable un gesto e inalcanzable el espesor del cronómetro. Más allá de ese número que me definió más que las palabras, no he abandonado nunca esa carrera. Entre las líneas y el suspiro participo sin cesar en mis competiciones y siempre soy la más veloz, medalla de oro, atrapada en un medallero de terciopelo rojo.

Otra vez está a punto de oírse el disparo, calle quinta mi salida interrumpida por la niebla densa y húmeda del tiempo se transforma en un instante de infinito.

Mientras mi corazón sostenga el ritmo de mis días, nunca abandonaré la competición de la vida.



## AVE, CHARRÚA

Raúl Castañón del Río

Sé que gozo de una posición privilegiada entre bastidores y confidencias y que eso pone en valor mi perspectiva. He podido ver de todo desde aquí y no con tanta pasividad como se pudiera pensar. También he animado como nadie al equipo, por más que se empeñen en desmentirlo mi aspecto adusto y la rigidez funcional que me caracteriza. Intervengo a mi manera en los resultados, aunque la gente muchas veces lo olvide. Y lo hago desde mi absoluta parcialidad, tan incondicional como la del mayor de los forofos. No casan conmigo las medallas, pero he contribuido en cada uno de nuestros triunfos y logros deportivos. He tratado siempre de cohesionar el plantel al margen de las diferencias y peculiaridades individuales. Y también he visto la otra cara del fútbol, la amarga, la derrotada, sufriendola como el que más. Pude atestiguar desatenciones, fricciones y tiranteces personales, y hasta altercados de distinta intensidad que han llevado al desastre a unos cuantos equipos promisorios, dignos de mejores metas, pero que terminaron echándose a perder por la desunión entre sus miembros. Hablo en primera persona porque lo sé de primera mano, la mano izquierda que ha de aplicarse con tiento para evitar decepciones y desperdicio de esfuerzos. Tengo muy claro que la suma bien motivada de muchos jugadores corrientes puede hacer un equipo extraordinario, y también a la inversa, que algún jugador extraordinario se puede quedar en nada si falla la cohesión del grupo. Cuando los elementos individuales guerrear por su cuenta sin conciencia de equipo, el fracaso está asegurado. He visto jugadores de toda índole pasar por aquí, desde los divos con caché desorbitado hasta los más tímidos, humildes y entregados. Jugadores de una gran calidad futbolística y también humana, además de un amplio muestrario de cualidades y carencias, de medianías y de bajezas indignas de mención. Con algunos hay que tener mucho cuidado y no darles nunca la espalda, ni en la calle ni en la ducha. Hablamos de gente y por aquí circula mucha y de todo tipo. Es mi territorio y lo conozco bien, de ahí mi rotundidad en lo que digo. Estoy tan adentro que puedo ver a través de las paredes, y mi oído es tan fino que percibo el chismorreo del más discreto de los discretos. Son detalles que elevan mi importancia y consideración en este mundo del fútbol.

En buena lógica he sentido latir todo tipo de corazones y de caracteres, pues por algo estamos hablando de conjuntos. Se requiere mucha paciencia y psicología para que en una misma plantilla se complementen y equilibren unos integrantes con otros. No resulta nada fácil –a veces se hace misión imposible– sacar partido de tanta disparidad y sumar en favor

del equipo, enriqueciéndolo con las aportaciones individuales de cada cual. Pero ahí reside la clave, en hacer causa común en pos del objetivo marcado para cada temporada. Aunque no se distinga mucho mi labor ni me quite el sueño su reconocimiento, es vox pópuli que el conjuntar tantos egos y aptitudes dispares es también mérito mío, no sólo del entrenador o del psicólogo cuando lo hubo, que lo hubo alguna vez. Ahora, en estos tiempos tan modernos, lo llamarán sinergia o de algún otro modo de parecida rimbombancia, pero las etiquetas y los nombres son lo de menos: lo que importa en el fútbol es el triunfo. Y el triunfo es consecuencia más que coincidencia. Consecuencia del trabajo y la mentalización a conciencia. Consecuencia del equilibrio y de un *esprit de corps* fuerte, espíritu grupal inculcado al tocar las teclas precisas en todo este entramado, más y más aparatoso cada vez, en que se ha convertido el mundo del fútbol profesional.

Aunque para triunfo, el de Jorgito Zayas desde el mismo día de su debut. Un triunfo personal primero y colectivo después, como consecuencia de la aquilatada grandeza que atesoraba en su corazón y en sus botas. Y eso que a priori tenía –teníamos– todas las de perder. Jorgito Zayas no vino, ni mucho menos, en el mejor momento. Las circunstancias que rodeaban al equipo entonces no podían ser más desfavorables: penúltimos en la tabla, con tres entrenadores distintos en apenas media liga –igual de incapaces los tres en sus intentos por remontar el vuelo clasificatorio– y con el club ahogándose en una turbia marejada extradeportiva donde no faltaban la guerra accionarial, los enfrentamientos entre directivos y jugadores, y de éstos a su vez con la prensa y con la afición. Todo ello mientras las denuncias por impagos atrasados y presentes se iban acumulando una tras otra. Pues bien, en medio de ese terremoto llegó Jorge Ariel Zayas, envuelto en una descreída nube de incógnitas. Resultaba hasta cierto punto normal la fría acogida –casi un boicot por parte de la prensa malquistada– hacia el pretendido refuerzo, pues el uruguayo Jorgito Zayas no venía avalado ni reconocido por nadie. Nadie lo conocía, nadie aquí lo había visto jugar ni oído mencionar siquiera. Tan solo se rumoreaba que el chaval había destacado en una liga americana menor, liderando pese a su juventud aquel equipo de nombre también desconocido. Un liderazgo destacado que le había abierto así las puertas de la liga argentina y sellado deprisa su pasaporte para la aventura española. Pero esta era una competición muy distinta; aquí le aguardaba el vértigo del fútbol europeo profesional, con todas sus exigencias y repercusiones mediáticas. Además, una golondrina no hacía nunca verano, ni aquí ni en parte alguna. Y para colmo Jorgito Zayas aterrizaba en pleno conflicto, en una situación de crisis y zozobra total para nuestro equipo. Por eso nadie daba un céntimo de euro por él. Aquella misión de reflotamiento deportivo era tarea para una suerte de Hércules balompédico, no para un muchachito imberbe y desmedrado que llegó voseando del otro lado del charco y con poco más que lo puesto por todo equipaje.

Pero, al estilo de los magos con chistera, Jorgito guardaba en su interior mucho más de lo que mostraba a simple vista, como no tardaría en demostrar a propios y extraños. Le bastaron apenas unos minutos pletóricos para cerrar las bocas suspicaces y acallar al coro de voces acusadoras de lucro por comisiones, y también, por descontado, a los múltiples agoreros del fracaso seguro. Ya he dicho que nadie lo había visto jugar, pero muy pronto lo verían hacerlo –y de qué manera–. Y volverían a abrirse mucho las bocas, pero de puro asombro esta vez, borradas de golpe la desafección y la burla. Fue curioso observar a muchos

de aquellos visionarios mendaces tornarse padrinos apresurados, valedores conversos del mismo fichaje que antes denigraban. Resultados mandaban. Era la principal ley del fútbol, una ley que ponía y quitaba reyes. Y aquí enseguida reinó Jorgito Ariel Zayas. He de confesar que a mí también me sorprendió su rendimiento deportivo, no así su espíritu y su temple, eso pude apreciarlo –y no es por hacer alarde de sagacidad– ya en cuanto lo tuve cerca. Esas son cualidades que se notan enseguida si se presta verdadera atención, mirando más allá de los ojos, con un sentido más profundo y más amplio, sin dejarse llevar por las apariencias, tan equívocas y engañosas tantas veces. Aunque vuelvo a reconocer que las suspicacias eran comprensibles por lo crítico de la situación y las nulas referencias de aquella estrambótica operación. Era muy difícil mantener alguna confianza en medio de aquel clima de adversidad, tan envenenado por los enfrentamientos internos derivados de la mala clasificación deportiva y por el sabotaje continuado de un sinfín de problemas extradeportivos. El tormentoso panorama general del club se ensombrecía cada vez más por todo ello, amenazando con un colapso económico de consecuencias catastróficas.

–Las oportunidades están para aprovecharse, todo lo demás es puro *chau chau*, así que prefiero hablar en la cancha, si no se les hace problema –declaró a vuelapluma Jorgito Zayas en su discretísima y tensa presentación ante los medios informativos.

Aquellas palabras tampoco parecían gran cosa, pero es que no estaba el horno para más bollos; ni los hinchas para nuevos mensajes proféticos. En los últimos tiempos nuestros aficionados ya habían venido padeciendo demasiados profetas, tanto desde la directiva como entre la plantilla, o desde el propio banquillo, además de los vocingleros medios de comunicación, que tantas veces confundían y sembraban la discordia. Uno de estos medios, un diario deportivo local, había llegado a vaticinar para el final de temporada la disolución de la entidad por ser económicamente inviable tras el virtual descenso de categoría. La planificación deportiva había sido pésima, y –según una mayoría de medios– parecían querer rematarla con el fichaje inútil de un completo desconocido como Jorgito Zayas. Entre que el nuevo se adaptaba y no a tantos cambios, poco o nada podría aportar al rescate deportivo del equipo. Toda la entidad se hallaba inmersa en una guerra de supervivencia, tanto deportiva como económica, y la misteriosa operación Zayas no sería más que una cortina de humo de cara a la galería que nada podía arreglar y que nadie podía tomarse en serio.

En el artículo titulado *Remate final con liquidación y cierre*, el periodista J.L. Gallardo incidió con vehemencia en todo lo referido. Cuando se anunció el nuevo fichaje, el centro de las iras rotatorias de Gallardo pasó a ser el cuadro técnico del club. Desde su columna periodística *El dardo gallardo*, el citado periodista malmecía a diestro y siniestro, disparando continuos dardos hacia los responsables de la parcela técnica, doctorados según él en despropósitos, y mantenidos en sus puestos solo por la irracionalidad todavía mayor de los dirigentes. Gallardo sostenía con firmeza que el nuevo entrenador tenía un carácter débil y no era más que un hombre de paja ninguneado por los jugadores y manejado por los directivos y los técnicos, que le imponían fichajes tan inexplicables como el del tal Jorgito Zayas. La opinión de Gallardo era influyente y buena parte de la sufrida afición del club se acogía, a falta de algo mejor, a sus posiciones críticas y demagógicas. En una colaboración como tertuliano radiofónico, llegó a calificar de histriónico el nuevo fichaje. Informado Jorgito Zayas sobre el significado concreto de aquel poco amable

apelativo, y preguntado por su valoración al respecto, el charrúa apenas se pronunció. Fue más un aplazamiento o una advertencia que una opinión, pues se limitó a sonreír y a comentar que quien reía el último reía mejor. “Y sin necesidad de hacer el *payaso*”, añadió con espontánea mordacidad. Después de tan fino contragolpe, el nuevo futbolista del club pasó a declarar que se encontraba bien de forma y que estaba deseoso de que el místico le diera el domingo una oportunidad de demostrar que podía ayudar al equipo sobre la *cancha*. Era verdad que su estado de forma podía ser bueno, ya que se encontraba en plena competición cuando firmó por nuestro equipo, pero otra cosa muy distinta sería que el chaval pudiera ofrecer buen rendimiento inmediato. Aunque parecía ajeno –y hasta divertido con ello– a la presión del entorno, lo cierto era tenía que encontrarse reventado de cansancio por los vuelos indirectos y el trastorno adaptativo del recién llegado. Y es que su contratación había sido tan precipitada y rocambolesca como largo su viaje desde América.

Repasando el desarrollo de los hechos, se hace aún más sorprendente todo lo que pasaría después. Desde un principio, no había más que contradicciones en el fichaje de Jorgito Zayas. Llegó como refuerzo invernal siendo verano en su país y en el de su liga de procedencia, y nada más posarse en España ya recaía sobre él una doble carga, la de la suspicacia y la responsabilidad tácita de erigirse en el salvador de un equipo con la fe y el rumbo perdidos. Y todo ello sin periodo de adaptación de ningún tipo, pues apenas 48 horas después de poner el pie en España, la nueva incorporación ya hubo de pisar el césped para disputar su primer partido oficial con su nuevo equipo. Fue en plena borrasca y como visitante. Y así, ante una afición que ni siquiera era la suya, Jorgito Zayas firmó un fulgurante ingreso en la liga española, coronado con una actuación estelar que tardará en olvidarse. Lo soltaron en el minuto 64, con el 24 a la espalda y todo perdido. Había coincidencia entre el dorsal y sus años de edad, pero también debió de alinearse algún que otro astro allá arriba, porque aquella tarde se obró el principio del milagro. Un equipo roto y crispado, hundido en la tabla y perdiendo por 2-0 fuera de casa a falta de menos de media hora para el final, parecía carne de cañón segura, el más firme candidato al descenso a falta de no demasiadas jornadas para finalizar el campeonato. Por todo ello nadie podía imaginarse lo que iba a acontecer en aquel último tramo del partido. Tal volteo de marcador en tan escaso tiempo entra dentro del apartado más extraordinario en la historia de la Liga. Y considerando las mil penurias que rodeaban al equipo, la reacción producida –prolongada luego en el tiempo– fue casi un suceso paranormal. Que reaccionase un equipo hundido de aquel modo era tan improbable como que el rescate se debiese a un novato foráneo apenas bajado del avión. Nadie conocía a aquel joven inadaptado y menudo, que recién aterrizado en Europa se incorporaba al terreno de juego en sustitución de un renqueante compañero del medio del campo. Y sin embargo, y contra todo pronóstico, nada más salir aquel pibe se puso a jugar como los propios ángeles, con una prestancia inenarrable. Fue algo difícil de creer incluso para los propios testigos de la hazaña. El nuevo se colocó de ocho y jugó de diez, repartiendo un fútbol tan desconocido en esa atribulada temporada como el mismo novato que la terminaría salvando. Zayas se movía como un relámpago entre líneas y surtía de balones incesantes a una delantera desmoralizada por abandono. Y así llegó el primer gol, en una asistencia imposible de fallar hasta por un delantero con la mira estrellada todo el año como era el *Poste Domínguez*: 2-1. Había partido. Pero lo había más allá de la aproximación en el marcador, que tantas veces había acabado en mera anécdota, con los mismos cero puntos finales

en el famélico casillero del club. Era el chaval, aquel fulgor rioplatense vestido de corto, el que parecía por sí solo capaz de tornar la inercia derrotista del plantel. Tenía ese duende competitivo especial que hacía fácil lo difícil, ese toque mágico capaz de resolver por sorpresa cualquier acción de ataque, por inofensiva que pareciera. Había en Jorgito Zayas una impronta de ganador porfiado y definitivo, bendecido con ese don especial que lleva irremisiblemente al triunfo personal y del grupo que lo integrase. También estaba dotado de un entusiasmo contagioso, porque viendo agigantarse su desenvoltura los compañeros empezaron a creer con él en la remontada. Jorgito Zayas no dejaba de animarlos, exhortándolos de mil maneras para que se volcaran en pos de los puntos. Era el *efecto Zayas*, así lo bautizaron luego los mismos que renegaron de él cuando llegó. Un efecto galvanizador evidenciable en cada disputa del balón y en cada lance menor del juego. En aquellos momentos agónicos no podía siquiera imaginarse, pero estaba en marcha una completa transformación. Lo que sí se barruntaba, con el ambiente tomado por el halo indefinible de las grandes tardes, era el vuelco del marcador. El empate era cuestión de tiempo y no tardaría en llegar. El equipo se había ido arriba con peligro dos veces consecutivas, con dos asistencias más de su único refuerzo invernal, quien llevaba la manija con una sapiencia y una habilidad prodigiosas. Pero Jorgito Zayas sabía manejar igual de bien la estrategia y el balón parado. Dispuso de un libre directo en la frontal del área y pidió el balón. Cuentan que el capitán del equipo –encargado hasta entonces de ejecutar los tiros libres– le concedió la gracia diciéndole con amarga ironía: “Dale tú, que a nosotros se nos ha olvidado cómo”. El pibe sonrió y se acercó a la pelota, acomodándola con mimo sobre el húmedo césped de su glorioso debut. Luego miró a lo alto, por encima de la barrera, tomó la carrerilla justa y pateó una rosca endemoniada que se fue a perforar la escuadra de un portero tan petrificado como la grada local. Todavía no se había recobrado nadie de la impresión del segundo gol, cuando se acumularon más sustos. Jorgito Zayas seguía a lo suyo, asistiendo por dos veces más en profundidad a sus delanteros, que no pudieron culminar por muy poco los ataques. Para entonces los rivales estaban completamente desconcertados y sus marcas hacían aguas por todas partes. Ya no tenían el balón, lo acaparaba para sí aquel muchachito de apariencia endeble, cambio de ritmo devastador y regate de navaja barbera que no parecía conformarse con un solo punto de sutura en la brecha clasificatoria que ahogaba a su equipo. Así, en las postrimerías del encuentro, cuando ya casi no quedaban fuerzas sobre el campo, arrancó de nuevo desde la media punta la frescura eléctrica de Jorgito Zayas. Rompió a dos defensores, el último dentro del área, y controló con la derecha; el portero salió a la desesperada para teparle el tiro y, como ejecutando un paso de baile, el charrúa enfrió su sangre y sus revoluciones para cambiarse el balón de pierna y fusilar a gol de un gran zurdazo junto al poste izquierdo del ataque. Definición de matador, estoque de seda, corte de filigrana: gol de remontada sobre el tiempo.

Aquella fue una jugada de tres puntos, los primeros de muchos que no solo salvarían al equipo con holgura al final de la temporada, sino que lo dejarían a las mismas puertas de Europa, abriéndole las de los equipos de gran presupuesto a una nueva estrella, aquel enorme pelotero que entró por la puerta trasera pero salió por la grande. Un auténtico pórtico de la gloria fue su debut, presentación de su fútbol primoroso y como llovido del cielo. Entonces sí que Jorgito Zayas dejó claro quién era, acreditando un pedigrí de absoluto campeón. Compromiso y genialidad, malabarismo y resolución, simpatía y seriedad, eran muchas las virtudes del rioplatense, que se adaptó y rindió como nadie desde el primero



hasta el último de sus minutos en nuestro equipo. *Tomá remate, tomá payaso*, parecía decir en la sonriente celebración de cada uno de sus goles. No se olvidará con facilidad aquella primera exhibición suya recién trasvolado el charco. Había dado todo un recital –como llamaban también por su tierra a los conciertos musicales–, interpretado una auténtica sinfonía inolvidable. Jorgito *Golondrina Zayas* o *Zayas a la batalla* –de ambas formas lo dieron en animar después prensa y afición, destacando su gracilidad de movimientos y la clase decisiva que desplegaba cada vez que se calzaba las botas–, supo conjugar personalidad y profesionalidad, y marcó una época con su batuta maestra. Volvía a demostrarse una vez más que el fútbol era tan grande que estaba en todas partes y que se trataba del mismo juego dondequiera que se jugase.

–Anduve bien, ¿eh? –preguntó, retórico, en la deslumbrada sala de prensa tras aquél su primer partido de ensueño.

Interpelado –no sin alguna malicia gremial– sobre alguna posible dedicatoria de sus goles y del triunfo, Jorgito empezó por lo más importante, dedicándole aquella primera y vital victoria a su nueva afición y a todo el equipo, con su entrenador al frente. La ironía se la reservaría para el después. El primero de sus goles cruzó el Río de la Plata sin titubeos: dedicado al *Payaso Aimar*, su ídolo y espejo futbolístico. Y el segundo, más premeditado y teledirigido, igual que la misma dedicatoria llena de sorna, a aquel periodista cuyo nombre *no* recordaba, pero que era autor de una sonora *payasada* reciente. Yo no pude verlo, pero tengo entendido que J.L. Gallardo tuvo que plegar velas y dardos, y terminar tomándose a risa tanto sus propias palabras como la réplica jocosa del fenomenal puntero charrúa.

173

Si bien es cierto que una sola golondrina no hace verano, también es cierto que nunca será tan triste el invierno mientras haya al menos una golondrina surcando el cielo. Jorgito *Golondrina Zayas* emigró a las alturas de la Liga para instalarse por méritos propios entre los más grandes. Se elevó desde nuestro modesto club a los altares futbolísticos de más renombre, aunque no sin dejarnos para siempre su nombre inscrito con letras doradas en el corazón y en la memoria. Tuvimos el honor de que Jorgito Zayas iniciase con nosotros su periplo europeo y su trayectoria de leyenda. Voló de nuestro lado al verano siguiente, sí, pero a fe que nos arregló la tabla con su rendimiento y la caja con su traspaso. *Chau, pibe, que te vaya siempre tan bonito como tu fútbol*, tituló en portada otro de los periódicos, uno de los que antes le había ido dedicando tantas y tantas reseñas en primera plana durante el escaso año y medio que estuvo con nosotros. Y puedo asegurar desde mis entresijos de duchas y taquillas que yo tampoco lo voy a olvidar nunca; para que luego me tachen de insensible o de inanimado. En este modesto vestuario y fuera de él, Jorgito Zayas se vestía siempre por los pies. Los pies colmados de fútbol que ahora regala como local en otro campo y como visitante por donde quiera que pise. Si Mario Benedetti llegó a hacerse por necesidad hinchado de cualquier club donde jugase un uruguayo, nosotros podremos hacernos un poco japoneses para hinchar por un solo jugador y seguir la estela rutilante del uruguayo Jorgito Zayas allá adonde juegue.

Volvé pronto, pibe. Aquí tenés tu casa.



## MARATÓN

Juan Ignacio Ferrándiz Avellano

El reflejo del sol invisible aún en el horizonte aparece tatuado en los pisos altos de los edificios brillando como latón bruñido y anuncia un buen día. Probablemente haga calor cuando avance la mañana, pero ahora yo tengo un poco de frío con mis pantalones cortos y mi fina camiseta de tirantes especialmente preparada para facilitar la transpiración, que será abundante en una carrera de 42 kilómetros como ésta. La tiritona viene también de los nervios, al estar a quince minutos del comienzo. Íntimamente me intento convencer de que ya he hecho lo difícil preparando la maratón, saliendo a entrenar cada día en los últimos cuatro meses, haga frío o calor, pero en realidad yo sé que no es así. Solo terminarla conseguirá satisfacerme, y la impaciencia por un lado, y el propio temor a la experiencia, me tienen excitado. Será la primera vez que atraviese la frontera de mi esfuerzo máximo e ignoro cómo me responderá el cuerpo.

A mi alrededor hay cientos, miles de personas, que harán lo mismo que yo. Entre todos dibujamos un collage multicolor. Nos movemos, saltamos, miramos a derecha e izquierda. Es fácil percibir que en realidad todos compartimos la intranquilidad y la duda por la ocasión, que supone un reto, una aventura, hasta para el más experimentado.

El tiempo sigue avanzando acercando el momento del comienzo de la carrera, y mentalmente repaso todo: el cronómetro del reloj está preparado para empezar a funcionar a una pulsación de mi pulgar, los cordones de las zapatillas están bien abrochados, hay vaselina en mis pezones para evitar las heridas por fricción con la camiseta por el sudor.

Por un momento pienso en las razones por las que me he metido en esta aventura. Yo antes corría algo, apenas media hora de vez en cuando; dar el salto al maratón es crear un antes y un después en mi vida, querer demostrar que aún soy capaz de mejorar, de superarme, alcanzando cotas que no estaban en mi horizonte. Lo cierto es que la principal razón es que estoy solo. Necesito superar mi soledad de alguna forma dejándome atrás a mí mismo. Desde que murió Rosa, hace ya casi 5 años, he intentado vivir cambiando poco a poco mi vida, adaptándome a su ausencia, a que me falte su risa, a no oír el eco de sus palabras en cada átomo de mi casa. Nada parece haber funcionado. A cualquiera le puede parecer absurdo intentar salir de esta situación corriendo una maratón, pero, ¿acaso no es absurdo en sí correr 42 kilómetros, sea cual sea la causa? Ahora necesito saltar este muro para demostrarme que aún estoy vivo; es como echar la última palada de tierra sobre su ataúd lacado.

Una voz por megafonía, acompañada por la percusión de una música estruendosa me devuelve a la realidad. Espoleados por su ritmo, por un momento todos saltamos más alto, trotamos sobre el sitio más rápidamente, ávidos de empezar cuanto antes nuestra aventura. En un minuto saldremos. Miro a mis lados escudriñando el lugar al que encaminaré el primer paso mientras acerco mi pulgar al botón del cronómetro. Como si cada segundo fuera importante en este largo camino de unas 4 horas y media.

Por fin, a unos 100 metros por delante se oye el pistoletazo de salida y podemos intuir la primera oleada de atletas precipitándose. Durante unos minutos los que están delante de mí tan solo andan avanzando hacia la línea de salida en un caminar que por momentos se va acelerando. Enseguida comenzamos todos a correr lentamente habituando las piernas a lo que será su próxima y extenuante rutina. Atravieso la línea de salida mientras activo mi cronómetro, al tiempo que un extraño vértigo eriza el vello de mis brazos al dar mis primeros pasos. Siento más frío que antes y un hormigueo que me acorcha y entumece. En los primeros metros procuro un ritmo de respiración profundo y disciplinado. Gente apostada a ambos lados de la calle nos anima con fervor impropio de lo temprano de la mañana; son familiares y amigos de los que allí estamos. Seguramente son conscientes de lo importante que es contar con su apoyo, pues nos habrán visto sufrir y correr en las tardes de invierno en largas sesiones de dos horas para habitar al cuerpo a la distancia.

Por un instante se me representa la imagen del momento en que salí de casa esta mañana. Del sonido contundente y metálico de la puerta cerrándose tras de mí y dejando detrás las luces apagadas y los mudos muebles quietos sin alma.

Algunos corredores me adelantan y con mucha velocidad rápidamente me dejan rezagado. Otros se mantienen a mi ritmo y me hacen suponer que serán mis compañeros de viaje en la larga travesía. Con indiscreción los observo; intento extraer el factor común que les iguala a mí. La edad, sexo y aspecto de todos ellos es bastante heterogéneo, por lo que no consigo concluir más que todos estamos solos en la carrera, estamos alegres sin alharacas y miramos al frente intentando convertir en gozo lo que será extremo sacrificio.

**Kilómetro uno.** Alguien por detrás suelta una broma que nos hace sonreír a todos: “¡Ya sólo faltan 41!”. Seguro que se habrá repetido en todas las maratones; no es del tipo de frases que en sí tengan mucha gracia, lo que resulta gracioso es estar allí oyéndola. Intento analizar mis sensaciones: mi respiración parece ir un poco atropellada; estoy superando el frío que sentía al principio. Por momentos el suelo es irregular y aconseja estar pendiente de dónde dar cada pisada para no dar un mal paso. Aún hay gente que me adelanta e incluso se cruza imprudentemente haciéndome frenar de repente. Ya casi no hay público en la calle.

He estado cuatro meses entrenándome haciendo sesiones muy largas. En ellos he aprendido que la mejor forma de defenderse del cansancio es olvidarse de él, no pensar en la carrera. Conseguir llevar los pensamientos a otro sitio mientras los hombros siguen empujando para seguir braceando y las rodillas se flexionan y estiran para que las piernas consuman la distancia en un continuo diapasón.

Entonces veo a Rosa, pero no como estaba en la cama del hospital, sino unos años antes, cuando su mirada lozana se prendía al dirigirse a mí. No despeinada, con el pelo pegado a la

almohada consumido de sudor por la lucha con la enfermedad y con la calavera dibujándose en sus pómulos, así no. Como la recuerdo al caminar a su lado por la calle cuando entrelazábamos las manos; cuando me colocaba con dulzura bien el cuello de la camisa o apoyaba su cabecita en mi hombro en el sofá de casa. Para mí lo era todo. La vida pasaba intemporal, sin aspereza. Por entonces la casa estaba habitada siempre de su alegría, de su olor y de su risa. No quiero rememorar detalles, ni conversaciones, ni momentos especiales; es demasiado cruel y doloroso, tan solo quiero ver su halo que todo lo ocupó en mi vida para seguir sintiendo su presencia a la que no he conseguido renunciar.

Me rodean las calles con toda su tramoya de farolas, semáforos y coches. Algunos espectadores gritan y aplauden a mi alrededor. Al correr y girar levemente mi cabeza puedo ver a otros atletas solitarios que respiran rítmicamente. Sus gestos no muestran la alegría del principio; su rictus ahora es de concentración y seriedad.

El tiempo pasa mientras se alternan trayectos llanos con otros de subida que me hacen bajar el ritmo; intento no perder la cadencia de la respiración, evitando que se agite.

**Kilómetro ocho.** Empiezo a notar el cansancio. Es algo soportable pero amenazante. En algunos tramos de carrera siento una ligera angustia que me dificulta la respiración. Ya no solo no hace ningún frío, sino que incluso noto calor y sudo abundantemente. En la marquesina de una plaza ya pasada he visto 15°C. Cada cinco kilómetros hay un avituallamiento líquido y yo ya deseo llegar al próximo para reponer el líquido perdido.

De pronto oigo una voz a mi derecha:

–Hola, me llamo Cecilia, ¿qué tiempo esperas hacer?

Una chica de unos treinta años me mira mientras corre junto a mí. Reparo en que llevamos un rato largo uno junto al otro. Lleva un pantalón negro, una camiseta de manga corta rosa y dos graciosas coletas a los lados que le dan un aire entre infantil y simpático. En su cara pequeña y afilada destacan redondos dos grandes ojos verdes que se clavan en mí cuando me miran al preguntarme.

–Yo soy Ricardo. Espero hacer unas cuatro horas y media más o menos, ¿y tú?

–Pues lo mismo. ¿Te importa que corramos juntos? En estas distancias tan largas es bueno correr acompañada.

–En absoluto, encantado. Así se nos hará un poco más corto.

–¿Es tu primer maratón?

–Sí, es el primero ¿y tú, lo has corrido más veces?

–Es el tercero, pero en esto una siempre es primeriza –me dice, quitándose importancia.

Su timbre de voz era suave y agradable como el del manantial de una montaña. Sus manos oscilaban en el aire con unos dedos largos y articulados. Sonreía al hablarme con su boca y con sus ojos y me di cuenta de que hacía mucho tiempo que no había advertido la sutileza de estos gestos tan femeninos que tan naturales reconocemos y nos cautivan a los hombres.

Es difícil mantener una conversación fluida cuando uno corre; la respiración entrecorta las frases alargándose las pausas para tomar aire y no interrumpir su flujo de entrada regular en los pulmones; sin embargo, Cecilia y yo hablamos mucho. Me contó que llevaba unos diez años corriendo. Trabajaba de dependienta en unos grandes almacenes y salía a correr cuatro días a la semana siempre en función del turno que le asignaran. Vivía sola con un gato. Transmitía una sincera dulzura y cada expresión tenía en ella una gracia especial que provenía de una sonrisa que remataba cada una de sus frases. Comentamos cómo hacíamos cada entrenamiento, dónde comprábamos la ropa deportiva y todas esas cosas que pueden tener en común dos personas que no se conocen en nuestras circunstancias.

**Kilómetro quince.** Siento mucho calor. Resulta imposible aliviarlo y los avituallamientos parecen cada vez distanciarse más. La sudoración nos reseca y consumimos totalmente por vez primera el pequeño botellín de agua que nos dan. Cuando atravesamos grandes avenidas Cecilia y yo nos acercamos al lado que da la sombra. Estamos aún en una distancia a la que estamos acostumbrados, sin embargo sabemos que pronto atravesaremos el umbral de la distancia que normalmente hacemos y ello en cierto modo nos inquieta. Buscamos guardar fuerzas y por eso nuestro diálogo se hace más intermitente y alarga las pausas. Quiero seguir hablando con ella y conocerla, pero antes de empezar la carrera mi primera norma autoimpuesta fue vigilar el mantener un ritmo de respiración cómoda y no quiero quebrantarla. Cecilia me vuelve a iluminar con esa sonrisa de luna menguante:

–Y tú, ¿vives solo?

–Sí, yo también vivo solo.

Resulta embarazoso resumir en esa simple respuesta lo que realmente significa la soledad para mí en todos sus matices, pero nuestro diálogo ha de ser de frases breves.

–Es raro que un hombre como tú viva solo... –indica pícaro.

–¿Qué quieres decir “como tú”? –respondo sombrío, arrepintiéndome al instante de mis palabras mientras observo cómo se azora con ellas.

–Hombre, quiero decir de tu edad, que se cuida físicamente... –dice, buscando cómo salir del paso diplomáticamente.

No es necesario contarle nada. No hay que decirle que me casé joven con Rosa, que vivimos felices muchos años, que murió tras una larga y penosa enfermedad y que desde entonces estoy solo y la recuerdo cada día. Es fácil salir por la tangente con una frase breve y ocurrente. Sin embargo se lo cuento todo. Todo. Después de años sin hablar con nadie de mí, me veo resumiendo las cosas personalísimas de mi vida a una desconocida y frases circunstanciales sobre los hechos como el alumno que recita una lección de historia. Cuento todas aquellas circunstancias con frialdad, hablando de mí mismo en tercera persona.

**Media Maratón.** Un kilómetro en silencio. Ambos corremos juntos callados. La pena del alma o el sufrimiento físico, una de las dos o las dos nos silencian. Mudos en paralelo empezamos a comprobar que nuestras piernas están cansadas y comienzan a dolernos con un dolor que empieza en la tibia con cada contacto con el suelo y sube por detrás de los muslos hasta la pelvis. La camiseta está empapada de sudor y la frente irriga el rostro con

abundancia. La sed ya no es molesta, es acuciante. El avituallamiento es un alivio necesario. Al rato de dejar uno detrás empiezo a sentir la necesidad de volver a beber a pesar de que en el estómago parece que tengo una bolsa de agua que oscila de un lado a otro produciendo una ligera punzada. Al correr miro adelante para comprobar cómo será el camino que próximamente recorreré; si es empinado, un ligero agobio me aprieta. Las suaves pendientes me agotan rápidamente de una manera inmisericorde y me hacen bajar el ritmo. Cecilia corre a mi lado con la cabeza baja. Dos surcos blancos recorren el lateral de su cara con el rastro de las sales que va perdiendo con su sudor como el que dejan los caracoles en un camino de piedra.

–Ricardo; debes seguir viviendo. Eres joven y tienes que mirar hacia adelante. No te refugies en la soledad.

Me sorprende su comentario extemporáneo después de mucho tiempo callada. Viene de la nada como producto de un largo rato de reflexión. Suena sincero y preocupado.

–Todos tenemos razones para seguir estando solos. Es difícil abrirse, pero es necesario hacerlo, pues si no, lo que nos espera es nuestra propia extinción –dijo mirándome fijamente a los ojos mientras con una mano agarraba la mía.

Instintivamente me desasí de su mano rápidamente.

**Kilómetro veintinueve.** Las piernas me duelen agudamente y sé íntimamente que si me llegara a parar me seguirían doliendo. Las punzadas del estómago se hacen más difíciles de llevar. Siento un agobio en la respiración que se vuelve plomiza convirtiéndose en un esfuerzo más. Cuento cada kilómetro, que se hace interminable. Beber es una prioridad; no se trata de que tenga sed en la boca, que mantiene un sabor dulzón, es una necesidad que parte de lo más profundo de mis entrañas. Siento cómo cada vez me duelen más la espalda y los hombros. Hace tiempo que hemos bajado el ritmo de nuestra carrera. Nuestros pies se arrastran levantando apenas un palmo del suelo, de tal forma que cualquier accidente del asfalto nos parece un escalón elevado. Cecilia parece ir bastante mal. Su cuerpo se ha encogido. Su cara está congestionada y ha sustituido su sonrisa por un rictus involuntario de sufrimiento. El pelo, que tenía recogido en su nuca, está hecho un pastiche acuoso. A nuestro alrededor puedo ver a los demás como nosotros. Parecemos un ejército de espectros inexpresivos. Algunos ya andan, agarrándose con sus manos a los costados.

Hace tiempo que Cecilia y yo no hablamos. Siento que quizás he sido brusco con ella y tengo una sensación desagradable. Imposible aclarar nada con palabras; cada frase resultaría un desperdicio de fuerza que ahora necesitamos para seguir corriendo.

Pienso ¿por qué hago esto? Su dureza me parece excesiva. Por un momento me arrepiento de haberme metido en la carrera; desborda mi capacidad. Pienso en parar y dejarlo. Pero sigo. Pienso por un momento en Rosa y asocio su imagen a mi sacrificio. Intentaré por todos los medios acabar, pero será la última vez que corra un maratón.

**Kilómetro treinta y cuatro.** Aún quedan ocho. Los dolores en las piernas y en la espalda son muy intensos y a veces en algunas de las zancadas siento una insoportable punzada en el glúteo izquierdo, como si me pellizcara un nervio. Sin quererlo he reducido mucho mi

velocidad. En los avituallamientos bebo compulsivamente, duplicando la ración que me correspondería; ello provoca que mi estómago parezca una bolsa de agua que ejerce una continua presión y me produce una sensación de náusea. Sin embargo, contra toda lógica, mis pasos siguen como si todo lo que queda por debajo de mi cintura se hubiera independizado de mí. El automatismo de mi carrera continúa y divide mi cuerpo en dos hemisferios; la parte de arriba que sufre y la de abajo que hace su trabajo. Al tiempo, por unos muy breves instantes siento una intensa sensación de íntima felicidad al asimilar que he llegado hasta aquí.

Cecilia está mucho peor. Ya no hablamos. A pesar de todo corremos juntos como si un hilo invisible nos uniera en una trayectoria paralela. Respira ruidosa y fatigosamente con la boca abierta empujando el aire que sale de sus pulmones en una flexión áspera. Sus piernas se arrastran reduciendo el paso, hasta el punto que yo reduzco mi ritmo por debajo del que podría llevar. Está arqueada e inclinada hacia adelante en una especie de doblez fetal. Sus ojos antes chispeantes están brumosos y rodeados de profundas ojeras. La comisura de sus labios está ribeteada de una cera blanca que acumula sal y saliva procedente de su expiración líquida.

Ella ya es un estorbo para mi paso más acelerado y estar con ella supone ir frenado. No es que yo quiera ir más deprisa, es que el ritmo al que me he acostumbrado es el que me pide el cuerpo que mantenga, y reducirlo parece un sacrificio más. A fin de cuentas, ¿qué me ata a Cecilia? Es una desconocida; si la dejo no volveré a verla en mi vida. La carrera la hago por Rosa, por su memoria, y en cierto modo continuar con Cecilia es como una pequeña traición.

Por un momento acelero mi paso y la dejo rezagada. Miro atrás y veo que alza la cabeza y me mira sorprendida. La velocidad es corta, por lo que nos separamos muy lentamente.

Algo se remueve en mí al avanzar alejándome de Cecilia mientras miro al frente. Por un momento rememoro sus ojos chispeantes, su sonrisa al hablarme y sus largos dedos moviéndose al gesticular. Me doy cuenta de que dejo todo eso detrás cerrando puertas nuevamente, como en los últimos años. Y dudo. El pasado frente al futuro, lo que conozco, frente a lo que ignoro. Reduzco el paso hasta que llega a mi altura.

–No te preocupes por mí. Tú sigue –me dice, intentando esbozar una mueca agradable.

–De eso nada. Hemos corrido ya demasiados kilómetros juntos como para no terminar juntos también.

Su debilidad se convierte en mi fuerza en una transferencia invisible, y la animo. A cada palabra mía me devuelve un amago de sonrisa y así vamos consumiendo los kilómetros que uno a uno van cayendo tortuosamente.

**Kilómetro cuarenta y uno.** Al traspasar la indicación un escalofrío recorre mi espina dorsal. Es una distancia interminable. Quisiera no responder a las llamadas que hace mi cuerpo de que me pare y sustituirlas por la emoción, pero no es posible. A estas alturas un kilómetro es mucha distancia. El público nos aplaude y grita con entusiasmo. Puedo ver en sus ojos que comprueban explícito mi sufrimiento y algo elemental les impulsa a gritarnos, a empujarnos con su voz, pero eso no es suficiente. Casi contamos cada paso; así avanzamos adelantando a algún otro atleta que ya no corre, sino que anda cabizbajo.



## Yo, deportista

El cansancio y el dolor supuran por todos los poros de mi cuerpo; hace ya tiempo que solo corro con la voluntad, no con la fuerza. Cecilia está igual; su gesto huraño se afila enseñando los dientes apretados en cada paso.

Cada vez hay más público y a lo lejos se pueden ver las gradas en los laterales de la llegada. Ahora ya sí parece que la emoción nos da fuerzas. Cecilia y yo nos miramos con una franca sonrisa. Los últimos pasos nos parecen una venganza del triunfo sobre una carrera infernal, sobre nuestras propias limitaciones físicas y emocionales. Cecilia me coge de la mano y con las dos unidas por fin atravesamos la línea de meta; el cronómetro marca 4:34:19. No nos importa. Dos horas después de que llegaran los primeros, lo hacemos modestamente nosotros. Nos abrazamos mientras andamos pesadamente. Nos reímos aunque sufrimos el mismo dolor en las piernas cuando caminando nos alejamos de la meta dejándola tras nuestros pasos. Por fin nos paramos y nos miramos en ese profundo y sudoroso abrazo. Ella está llorando y yo noto que mis ojos se humedecen también mientras mi mejilla tiembla. Algo inmaterial sin nombre nos mantiene imantados y sujetos. Siento la sensación de ser otra persona que deja atrás sus circunstancias, que está dispuesta a vivir con las dificultades y sufrimientos de la vida.

Cecilia me mira y me dice:

–El año que viene volvemos a correrla juntos.

Tengo la certidumbre de que así será.

## EL BALLETO Y YO

Teresa Jiménez Sojo

Un par de minutos tarde fue suficiente para que el autobús se marchase sin mí. Con la palma de la mano derecha le indicaba al conductor que parase, pero hizo caso omiso a mis señales. De haber viajado Fermín me hubieran esperado, él sabía de mi empeño por la danza y estaba orgulloso de mí, en varias ocasiones había asistido a representaciones de la escuela.

Una tarde mientras llegábamos a casa me contó que de joven había viajado a Londres de viaje de novios, y allí contempló la maestría con la que Margot Fonteyn deslizaba su cuerpo en el escenario y sumergía al público en un estado de inevitable asombro. Los sentimientos de los allí presentes le correspondían, llenando el teatro de calurosos aplausos tras haber disfrutado de Odette-Odile en El lago de los cisnes.

181

A sus ochenta y tres años viajaba en autobús desde la parada más cercana de su casa hasta el polideportivo municipal que se encontraba a las afueras del pueblo. Allí, en compañía de sus amigos, pasaba las tardes. Juntos, toda “la pandilla”, como la llamaba él, se reunían para ejercitar sus viejos huesos. Clases de yoga, natación y más tarde después de los juegos tradicionales tomaban un refresco en el bar jugando a las cartas.

Siempre me guardaba el asiento de al lado, esperaba cada tarde que subiera al autobús para preguntarme por mi jornada, por los nuevos pasos aprendidos, por los estudios, por todo aquello que a una joven de quince años pudiera preocupar. Su incondicional apoyo me servía para mucho, era un amigo octogenario que sabía de la vida y me aconsejaba en todo aquello que podía.

Cuando llegué a casa llevaba calado hasta el último de mis huesos, una repentina lluvia me acompañó durante todo el trayecto. Por la mañana, entre el repaso a última hora de los apuntes de mates y los ejercicios de física no tuve tiempo de mirar las predicciones del meteorólogo. No vi en todo el día un paraguas, los transeúntes caminaban a su ritmo, los más frioleros abrigados con chaquetas y los que se niegan a recibir el invierno con bermudas y camiseta.

Una vez en casa me di una ducha mientras mis padres debatían en la cocina, mi madre preparaba la cena, canelones para papá, y sándwiches de atún para nosotras. La cintura de mamá no disminuirá si no sigue las instrucciones de su dietista, y yo no puedo permitirme engordar. Un kilo de sobra en mi organismo sería un lastre a la hora de los ejercicios y *Madame Leblanc* no admitiría tal cosa.

Las diez alumnas que conforman el grupo de las mayores del colegio de *Madame* Leblanc hemos sido preparadas a conciencia de la dedicación y el esfuerzo que debemos realizar para convertirnos en las mejores bailarinas de ballet. Mis padres se reservan diferentes opiniones, él opina que Nina, la sobrina de la vecina de al lado, es más flexible y realza sus pasos de *arabesque* con mayor elegancia que yo, mientras que mi madre opina que yo tengo mejor equilibrio y mi *pirouette* es sensacional.

Entré en la cocina sin ganas de hablar del tema, cogí dos sándwiches y me fui al salón, me senté en el sillón junto a la chimenea, aún permanecía sin usar, no había refrescado tanto como para encenderla, pero me reconfortaba sentarme al lado, en la tranquilidad del salón, mientras los otros dos habitantes de la casa intercambiaban opiniones sobre mi trabajo como si yo no estuviera presente.

En el borde de la chimenea destacaban varias fotos más ordenadas por edad, en la primera apenas tendría tres años, mi madre me había disfrazado para el carnaval y llevaba puesto un tutú rosa y unas medias blancas, permanecía sentada con cara sonriente sin saber que en el futuro usaría ese tipo de ropa a menudo. Las siguientes eran iguales, el ballet y yo, no había otro tema en aquellas fotos que no fuera inmortalizar mis avances.

Cuando mis padres entraron en el salón me había dispuesto a leer el periódico, un simple vistazo a los titulares, y una ojeada a la programación. Mi padre se abalanzó quitándomelo de las manos, no encontré explicación para aquel hecho tan ridículo. Ambos se sentaron frente a mí en el otro sofá, se miraban entre ellos sin decir nada hasta que el silencio desapareció con unas agrias palabras.

Mi padre pasó las hojas del periódico hasta llegar a las necrológicas, allí en letra gótica figuraba el nombre de mi amigo y compañero de autobús. Fermín había fallecido, ese había sido el motivo de su ausencia, de que no me espera esa tarde como otra cualquiera dispuesto a escuchar cómo iban los ensayos para una de mis audiciones, en dos días tenía una representación de *La Bella Durmiente* para la compañía *La Rosa Noire*.

Me fui corriendo para mi cuarto, no quise llorar ante ellos, a menudo reafirmaban que llorar es de débiles, siempre tan metidos en su papel de padres estrictos y fuertes. Me tumbé en la cama y estuve llorando hasta que me quedé dormida. A la mañana siguiente no me sonó el despertador, ni tan siquiera lo había dispuesto, fue mi madre la que me avisó, se había levantado para ir al baño y recordó que la noche anterior no había estudiado ni repasado los deberes de historia, me ojeaba la agenda del colegio cada día, ella no necesitaba esconderse de mí, la husmeaba descaradamente.

Me levanté a las seis de la mañana, y sentada en el escritorio hice los deberes de mates, lengua, geografía e historia, sin olvidar los dibujos de plástica. Tardé cuarenta y cinco minutos en todo aquello, después una hora de estudio. El primer examen de historia estaba cerca y mi madre no me permitiría suspenderlo. Después me duché, tomé un vaso de leche y me fui al instituto. Por las mañana me llevaba mi madre antes de entrar en la oficina y al medio día me recogía mi padre cuando salía del parque de bomberos.

Aquella tarde me vestí discretamente y pedí a mi padre que me acompañara al entierro de Fermín. En la iglesia no cabía un alfiler, su sencillez y su buen corazón hacían que todas la

personas con las que hablaba habitualmente lo acompañaran en su último adiós. Después de misa fui a clase, *Madame* Leblanc instruía a una nueva alumna, mientras que las demás compañeras practicaban en la barra.

Inmediatamente me cambié de ropa, me puse el body y las mallas, me recogí el pelo en un moñito y me até las zapatillas. *Madame* Leblanc me preguntó por mi tardanza, y por qué llevaba los ojos rojos. Le dije la verdad, a pesar de su firmeza a la hora de dirigir la escuela era una mujer sensible, la primera en darte las palmaditas en la espalda, dulce cuando tocaba y la última en abandonar el barco.

Me posicioné a la par de mis compañeras, Nina, la engreída Nina se sonreía como si no creyera lo que había contado. Cuando *Madame* Leblanc pidió una voluntaria para que le hiciera unos pasos de La Bella Durmiente, ella fue la primera en levantar el brazo. Inmediatamente comenzó la música, esa misma música que hizo que Margot Fonteyn representara el papel de Aurora, la protagonista.

*Madame* Leblanc aplaudía orgullosa, su cara expresaba felicidad, sus diez alumnas estaban listas para representar el papel protagonista en la prueba, cada una a su manera era la mejor. Ella no hubiera podido elegir entre nosotras, todas éramos sus niñas, como nos llama cariñosamente. Solo quedaba que ganase la mejor, incluso existía la posibilidad de que la elegida no estuviera entre nosotras.

A las nueve y cuarto esperaba el autobús como de costumbre, esta vez no llegué tarde, compré el tique y me senté en el asiento habitual. El viaje fue tranquilo, apenas dos señoras mayores, tres chicos, el conductor y yo. Todos calladitos mirábamos por la ventana cómo la noche había llegado, la luna nos observaba allá en lo alto. Fermín donde estuviese no imaginaría como extrañaba su presencia.

Cuando llegué a casa mis padres aún no habían llegado, mamá había quedado con unas amigas para tomar café y recordar viejos tiempos de cuando bailaba ballet, siempre me ha culpado de quebrantar su futuro como bailarina y había hecho de su sueño el mío. Me fue inevitable, a los seis ya estaba en clases y desde entonces no había faltado ni un solo día, incluso en vacaciones practicaba, y todo para cumplir el sueño que mi madre no realizó y el que ha vivido conmigo siempre.

Puse un DVD en la televisión, en las imágenes salía ensayando en mi cuarto, mi madre me lo había dejado sobre la tele con una nota "Póntelo, y practica el *arabesque*". Tenía razón, no elevaba la pierna lo suficiente. Quitó el vídeo y fui a la cocina, me preparé unos sándwiches que me comí en el porche mientras observaba el cielo estrellado. Mientras contemplaba la caída de una estrella llegó mi padre, ya se había desprendido del uniforme, y cansado por el trabajo entró en casa.

La noche se me hizo eterna, apenas concilié el sueño. Había llegado ese día tan esperado, llevaba tanto tiempo practicando que me sabía cada paso de memoria, cada nota de la música, cada silencio, todo debía cuadrar. Era sábado, y me esperaba la prueba más importante, me esperaba La Rosa Noire. Antes de salir de casa tomé un desayuno ligero, y llené un termo de tila.

## Yo, deportista

Cientos de caballos galopaban en mi barriga, esperaban expectantes su turno, la infusión no los había apaciguado lo suficiente. Mónica realizaba el último paso y yo era la siguiente. Bebí un trago de agua para rebajar el nudo que tenía en la garganta, en aquel momento los nervios temblaban hasta para decir mi nombre. Respiré hondo –Elena Olivera, Collège pas Leblanc– pronuncié en un perfecto francés. Seguidamente comencé con la coreografía que Frederick Ashton diseñó para La Bella Durmiente.

Entre los familiares de las gradas me pareció ver a Fermín aplaudiéndome con entusiasmo, no pude evitar la emoción y salí corriendo. Al llegar a los camerinos encontré una ramita de nardos junto a una nota, “Si hubieras nacido antes que Margot Fonteyn solo se seguirían tus pasos”. Esas fueron sus últimas palabras, que, remitidas por encargo, me hizo llegar.

## COSIDITA AL PIE

Rafael López Álvarez

*Siempre igual, Iñaki rezonga por lo bajo y se sienta de nuevo.*

Partido a partido le suplicamos que se quede en el banquillo, que nos deje ver, que *Párate ya, que estás en medio, Iñaki por Dios*. No le salva su parentesco conmigo o que mis tíos insistan en que no lo pierda de vista porque está en una edad muy mala. Alguno del equipo uniría sus cordones con un nudo corredizo y le diría dándole una palmadita *Sal rápido que vamos perdiendo, Iñaki, confiamos en ti*.

El chaval no es torpe, al revés, posee dos guantes de cirujano donde el resto solo tenemos aletas, viendo cómo se toma la redondez de las cosas lo raro sería lo contrario, sus ojos tan juntos le afilan el semblante y se le hunde la barbilla, ya plana de serie, hasta la nuez. Los jamelgos enloquecen con una poma, quién sabe. En los recreos más vale dedicarnos a otra cosa mariposa una vez que engancha la pelota, sonará la sirena de clase y seguirá haciendo sandeces con las rodillas flexionadas igual que las grullas. Golpeos interiores, exteriores, con rosca y sin rosca, folhas secas, croquetas y colas de vaca, efectos de uña y de empeine o técnicas del maleolo para pinchar el esférico. Ha de perseverar incansable y tozudo si aspira a crack de verdad. Para eso tiene las mejores botas del curso y para eso nació tonto de capirote y primo mío. Ya podrían estar firmadas por Kubala, nunca será titular en el equipo de clase mientras yo tenga voz para decidir. Ni aunque esté la mitad del colegio con paperas.

Lo chulo que es arrear un punterón y que la pelota salga disparada como un misil al encuentro de su destino. Pero Iñaki, después de mil intentonas a solas, es capaz de estarse horas saltando como una abubilla sin que nadie le quite la caprichosa, y cuando al fin te la pasa (si es que te la pasa y antes no se la han reventado por las bravas) hay tanta ponderación en el gesto que ya no te apetece continuar y te sientes ridículo y en fuera de juego, y lo más normal es que tires a bote pronto un pase que acabe flotando en el río. De modo que, por mucho que digan mis tíos, no pienso mover un dedo para cambiar la alineación que hacemos cada domingo. Iñaki *Caracoleos* se quedará en el banquillo otro partido, con la mirada fija y comprimida de una castaña.

No quiero dar la sensación de que la pelota es para nosotros un vulgar obús, ni mucho menos. Estoy orgulloso de figurar en la selección cadete de la escuela, a cualquiera le gusta que le escojan. Pero es que no hay cristo que aguante a Iñaki dando la brasa sobre el dominio del esférico, ya digo, sufre paranoia napoleónica, y no debería expresarme así con alguien de



tan poca madurez. *Libro de los Padres*, página tres, versículo uno. He visto fotos tuyas de más pequeño, el cabezón, los brazos lamentablemente largos y unos pies de cuco. Puede ser que, en general, los chiflados revelen indicios de este tipo. Sólo Lastre le presta atención, se sienta enfrente mientras exhibe sus hallazgos con la bola soldada a la bota. Lastre cree al dedillo en estos asuntos. Está probado que la pelota habla al oído de mi primo y que él la escucha como un oráculo que a pie de cuero arrulla a los íntimos. Cuesta traducirlo a seres impulsivos como son tus compañeros, sobretodo si te observan de reojo como a una chinche.

Lo suyo con la pelotita debió de ser un verdadero flechazo.

*Llévame contigo, Ignacio*, le diría ella, *no dejes que me vaya con otro que pueda maltratarme*. Cómo vas a desoír esas palabras de entrega. Digo yo que sería así.

Era inevitable que desarrollara con el tiempo destrezas de gran fastidio universal, como aquella de acarrear la pelota sobre su cabeza y salir a toda pastilla en dirección a la portería contraria. Llevaba la expresión de un fanático religioso. Llegó a ser capaz de mantenerla inmóvil o dando botecitos sobre la frente, aunque así perdiera algo de velocidad. Galopar atento a su propio cráneo reducía drásticamente la profundidad de campo y le costaba más de un tropiezo, así que ejercitó la destreza de pellizcar el balón entre el hombro y la mejilla y corregir de inmediato el rumbo. Cuando el resto nos embarullábamos en tumultos más parecidos a *melés* de rugby o a ajustes personales de cuentas, él practicaba corriendo banda va banda viene con la pelota sobre el hombro y escuchando de sus costuras la forma secreta de hacerla suya, vete tú a saber con qué promesas de enamorada. Le hubiera gustado que los demás hiciéramos lo mismo, seguro, y convertir los choques en una monserga de propietarios o en la charanga del tío Honorio. Pero ya puede esperar, en realidad nos preguntamos para qué adora un balón si tiene el mundo al otro lado de las redes del patio. Yo no veía tantos partidos por la tele, es cierto, me falta paciencia.

No violaba ninguna regla y el siguiente domingo, por curiosidad, lo sacamos a disputar unos minutos. Sucedió que, a la que cogió a zancadas la banda con el balón sujeto a la altura del cuello, un defensa contrario le esperó con la clara intención de atizarle de lleno. Al paso, levantó la pierna con un latigazo y atinó justo en el balón, que voló espantado hacia la grada con las alas envueltas en llamas. La acción le mereció la amarilla pero también nuestra admiración por la marca rosada del taco que había dejado en el moflete de Iñaki. Comprendió la indirecta y no volvió a intentarlo hasta el final. Entrando en el túnel besó el escudo de la camiseta sin que viniera a cuento. Conviene saber que no llevaba el escudo del colegio sino el de su club favorito, no diré cuál, hay gente influenciable y luego te van quemando la talega.

Pensaría que si no enfilaba la portería no recibiría la agresividad directa de los defensas, así que se concentró otra vez en los pies, moldeados en el arte de regatear en un palmo e ir salvando el cuero entre un bosque de sierras mecánicas. En cierta ronda provincial, se benefició de varias expulsiones tras una tangana y haciéndose con el esférico sorteó a todo el mundo corveteando de una punta a otra, luego se atrincheró en el banderín y tuvieron que patearle para que el juego continuase de una vez. Digo juego como asunto de dos hordas antiguas atacando y defendiendo. Y digo hacerle falta por no ofender a mi primo, en realidad

terminó con una soberana coz en la tibia. Sobre el campo hay que dejarse la piel, los entrenadores motivan así. *Cuídate, Iñaki*, le dijimos en la banda para reponerse. Iba doblado y me daba pena aunque no la mereciera, enderezando como estaba su cresta calcada de las fotos del último balón de oro. Fue la época crítica en que su idea de posesión le hizo llevarse la pelota a todas partes.

La embutía dentro de su mochila o la sostenía bajo el brazo como el decapitado saca a pasear su cabeza. Me parece aproximada la imagen. Llegó a batir su récord de diez mil toques a una mandarina. Yo no los conté, claro, ni nadie excepto Lastre. Lastre era además el hijo del míster. En clase todos teníamos en qué pasar el día (y las tardes apaisadas y eternas) lejos del fútbol, si empiezo no paro, pero Lastre tenía el padre tremendo que tenía y los hombros hundidos de un tísico, y mi primo tenía su obsesión infantil.

Podía haberse quitado los humos, pero eligió honrar a la élite balompédica.

Un día de aquel otoño nuestros padres y el director del colegio organizaron un partido de celebración para el tercer aniversario. Alguna novia apareció por las gradas, escondida entre varias amigas. Era uno de esos días memorables en que cada detalle parece dibujado en un cristal limpio, nos empujábamos a carcajadas cogiendo la zamarra recién planchada y las espinilleras.

Primo Iñaki nos vino de casa equipado de bonito. Nos temimos lo peor, y nos quedamos cortos. Estaba a mi lado en el pasillo que servía de túnel. Con cara de místico se había adueñado del balón reglamentario, ya sujeto a su cadera. Al fondo se recortaba el arco de salida y las dos filas de puertas en las gradas. Vomitorios se llaman. Poco antes nos dijeron que el ariete titular estaba en cama con gripe. Solo teníamos un alevín y a Iñaki para cubrir cualquier puesto. Salió de entrada el alevín.

Nos habían buscado de adversario al líder comarcal, y equivalía para nosotros al mejor campeonato. Nunca me vacié tanto como aquella tarde. Para colmo, se lesionó nuestro carrilero en el minuto ochenta y tantos. Quedaba en el banquillo, con su camiseta rutilante, Iñaki *Posesiones*. Entró besándose el escudo del paraíso terrenal.

Por una chiripa, casi cumplido el tiempo, le llegó un rebote dentro del área pequeña que le dejaba solo ante el portero. La bola le fue blandamente al pie como una tonta mareada al final de la fiesta. Mi primo debió chutar y conseguir, por él y por todos, el gol de la victoria, el golazo de su vida, pero optó por hacerse un exquisito sombrero a sí mismo. Le pudo más el placer de tenerla, estoy terriblemente seguro de que la oyó susurrar allí en medio *Cuidame como sabes Ignacio, hazlo ahora*. Iñaki es así porque sí, en su redondo cerebro la bola es un planeta que gira cosidito al pie. Recuerdo su trayectoria elíptica en el aire con una lentitud exasperante, también que un vagón rival desbarató la carambola y que los veinte restantes sudábamos copos de nieve.

El árbitro pitó el final sin que sacáramos de banda.

El encuentro de nuestra vida quedó en un insulso empate, y si te he visto, no me acuerdo. Camino de la ducha, nos consolamos repitiendo frases hipnóticas aprendidas del míster en clase de gimnasia: humildad, partido a partido, con un par, no hables en caliente. Yo prefería

## Yo, deportista

no mirar a las gradas al salir del campo de tierra. Por mucho que me cueste, tendré que hacer otra vez de guardaespaldas de mi primo. Lastre no podrá solo aunque su padre sea hijo de Amauri Lastre, el de las fábricas, y eso cuente ante el señor director. Lo que sucede en el campo queda en el campo, no lo discuto, pero más de uno cogería a Iñaki del pescuezo si no fuera por su edad y porque da grima estrangular a alguien con expresión de mazapán y dos avellanas arrimadas por ojos.

Ya es hora de confesarlo: mi primo tiene treinta y nueve años.

Por eso mis tíos toman tantas medidas con él y lo dejan siempre a mi cuidado. Qué sería de su mundo si algún día, por lo que fuera, perdiera el favor y la posesión de la pelota.

## A SOLAS

Isabel Hernández Gomariz

Un. Dos. Un. Dos. Un. Dos...

El eco de sus pasos, regular y mecánico, posiblemente era su sonido favorito en el mundo. Le gustaba correr; no había otra forma de expresarlo. Daba igual si hacía frío o calor, si amanecía o anochecía: jamás pasaba un día sin que dedicara al menos un par de horas a esta actividad.

No dejaba de ser curioso: lo cierto es que nunca había sido un hombre muy disciplinado, y se le podía considerar un desastre en muchos otros aspectos de su vida. Pero a la hora de correr se transformaba en una persona diferente.

A menudo, en el trabajo, le preguntaban por el motivo de su afición. Algunos incluso trataban de disuadirle de que continuara con ello utilizando todo tipo de argumentos: la soledad, el cansancio, el dolor... Desde la comodidad de sus aburridas sillas de despacho, cualquier esfuerzo físico parecía un sinsentido mientras golpeaban compulsivamente sus teclados y miraban con nerviosismo el reloj ansiando que llegara la hora del cigarro.

No había duda de que las preguntas de sus compañeros estaban más que justificadas. Al menos, en el círculo de personas en el que se movía, se le podía considerar un bicho raro. El simple hecho de llevar a cabo algún esfuerzo sin obtener ningún beneficio material a cambio no solo parecía impensable, sino también ridículo.

Ante ese tipo de conversaciones, más habituales de lo deseado, él se limitaba a sonreír tímidamente y a encoger los hombros. De todas formas, aunque intentara explicárselo, jamás lo entenderían. Todo lo que para ellos suponía un problema se transformaba en una ventaja a sus ojos: ¿La soledad? Sin duda, el mejor momento para conocerse a sí mismo, para reflexionar y enfrentarse con quién era de verdad. Del mismo modo, el cansancio había demostrado ser el mejor aliado frente al insomnio. Y el dolor... el dolor le ayudaba a recordar que seguía vivo.

A pesar de todo, era difícil describir con palabras la sensación que le producía ese vicio diario. Le preguntaban que por qué corría y no sabía muy bien qué responder. Mientras lo hacía, sentía que el mundo se ponía en orden: el inexorable avance del segundero; sus pasos acordes, al ritmo del tiempo y el latir de su corazón. Por un momento, daba la impresión de que todo cobraba sentido. Sus problemas diarios, grandes o pequeños, se desvanecían cada vez que golpeaba con las suelas de sus zapatillas. Cuando corría sentía que no había nacido para hacer otra cosa. Y en realidad así era.

Curiosamente, sus días favoritos eran los lluviosos. Días grises y oscuros, en los que reinaba un silencio casi místico, roto únicamente por el repiqueteo del agua. La lluvia hacía que se sintiera libre. Observaba la manera en la que la gente huía de ella, tratando inútilmente de evitar que sus pertenencias se mojaran, como si les fuera la vida en ello. A él, sin embargo, le encantaba llegar a casa calado hasta los huesos. No le importaba mojarse, pues sabía que no tenía nada que perder. En cierto modo, ya lo había perdido todo.

Un, dos. Un, dos. Un, dos...

Le gustaba recordarla así, con esa sonrisa tan encantadora que dibujaba dos pequeños hoyuelos en sus mejillas. A ella nunca le había gustado ese diminuto capricho de la naturaleza, pero a él le parecía delicioso.

Pensaba en que siempre había sentido celos al verla jugar: centrada en el partido, no existía nada más para ella, y eso lo volvía loco. Sabía que jamás lograría atraer tanto su atención como lo hacía aquel deporte. Admiraba y envidiaba a partes iguales la manera en la que la raqueta la completaba, exigiéndole más, pero haciéndola feliz a la vez. Esa compenetración que él jamás había sentido en persona.

Recordaba con una punzada de dolor cómo en otras ocasiones había discutido con ella por ese tema sin que ninguno de los dos llegara a dar su brazo a torcer. Solamente ahora se daba cuenta de lo egoísta que había sido.

Un, dos, un, dos, un dos...

Se reía de ella cuando lo animaba a practicar deporte –tenis no, por supuesto; eso lo guardaba solo para sí–. Él, todo un triunfador; ya había alcanzado más de lo que cualquiera podía desear a su edad, y se regodeaba en el hecho de poder mirar por encima del hombro al resto del mundo desde su recién adquirido sillón de cuero negro de despacho. Nunca había sido de los que se esforzaban sin tener en mente una meta bien definida, y eso no iba a cambiar ahora.

Ella lo miraba con dulzura, sin llegar a entenderlo, pero aceptándolo tal y como era, a pesar de sus diferencias. Al fin y al cabo, eso era el amor.

Un, dos. Un, dos. Un, dos...

Recordaba el día en que empezó a correr. El cielo plomizo, la lluvia diminuta pero constante, y la pena que lo embargaba a la vuelta del cementerio. Por primera vez en su vida, la visión de los zapatos oscuros y elegantes se le hacía insoportable, y la corbata le apretaba como una sogá alrededor del cuello. Quería gritar, pero en lugar de ello, calló y guardó la compostura. Nadie habría esperado menos de él.

De repente, en aquel momento, ocurrió por primera vez: oyó su voz, clara y cercana, como si estuviera ahí. Echó a correr, sin saber bien si su propósito era alcanzarla o huir de ella. “Vamos, estoy contigo”, le dijo. Y él supo que esa voz no lo abandonaría jamás.

Le preguntaban que por qué corría y no sabía muy bien qué responder. Aunque, en su cabeza, la respuesta estaba del todo clara: corría porque era la única manera de no estar solo. Ella corría junto a él... y en cierto modo se alegraba al pensar que los demás jamás lo entenderían.

Un. Dos. Un. Dos. Un. Dos...

## MEMORIAS DE CERA

César Adrián Padilla Padilla

Aún hay registros fósiles de la persona de cera, permanecen untados en las banquetas por donde ahora se deslizan patinetas acrobáticamente, sus fragmentos los esparció con sus amigos humanos antes de que la totalidad de su cuerpo se tornara de cera. Cuando la superficie de su piel se endurecía y le causaba comezón, los pedazos caían y algunos de sus compañeros que patinaban los tomaban para frotarlos en el filo de los cordones de las banquetas, o en los pasamanos para resbalar con magníficos trucos de su patineta. Las evidencias se encuentran regadas por varios lugares de la ciudad, casas, sitios abandonados en donde se frecuentaban para tomar fumar y platicar, esos nichos de sus amigos más cercanos, que de una u otra manera obtuvieron alguna de sus partes en determinadas situaciones, de las cuales me tomaré la libertad de platicar, ya que fue muy buen amigo. Teníamos algo en común, un parecido interno, emocional, lo percibía cuando nos mirábamos en silencio, y aún hoy en día lo sigo percibiendo cuando observo aquel pedazo frío carente de brillo en la repisa de mi recámara.

Es inmediato pensar en las comisuras de sus ojos esforzándose por sonreír, cuando lentamente se craqueaba su rostro por el gesto con el cual perduraría el resto de su vida. Es lo primero que recuerdo cuando pienso en él.

De los mejores momentos de mi juventud recuerdo el clima, como en aquel verano tan intenso de 2002. Era el que menos hablaba, inclusive menos que yo, era algo extraña su tranquilidad, nunca lo conocí en verdad, considero que no es necesario conocer de pies a cabeza a alguien para llamarle amigo, debido a que los defectos salen reluciendo en cuestión de tiempo, a menos que se tenga la discreción y la prudencia sigilosamente taimada que poseía aquel joven de 19 años a quien nunca le vi un defecto más allá de nuestros cuerpos. Me movía la atracción que generaba el observarle interactuar en otro tiempo, siempre en otro tiempo, cuando todos hablaban a la vez y él solo pronunciaba algo que nadie le escuchaba, lo hacía esbozando una leve sonrisa con la mirada en el suelo, yo me movía cuando hacía eso para observarle mejor, siempre encajaban sus pocas palabras en el momento justo que nadie las oía, pero mis demás amigos sentían sin saber que eran parte de la unión y la armonía de nuestros encuentros en receso, en las fiestas, en todo momento de recreación y diversión exacerbada en los que él nunca pasó los límites, y cuando estaba a punto de hacerlo, de pronto desaparecía.



Lo conocí poco tiempo después de que mi primo Daniel "Jr." me presentara a sus amigos con los que patinaba: *Frijoles*, David, Tren, Esaías, Berna, Isra y *el Cabe*. Al *Cabe* nunca lo vi patinar, creo que era un viejo conocido que los acompañaba en sus salidas, tal como fue mi caso. David en esos tiempos era el mejor, todos los patinadores lo conocían y lo admiraban, hasta mi primo. No sé por qué, pero justo al escribir esto me viene a la mente la sonrisa del *Tren*, aquel fortachón inagotable, sentí un especial apego en cuanto lo conocí bien, una infancia difícil lo hizo duro de roer con una risa ante la vida.

Durante una navidad nos reunimos en casa del padre de David, cuando este aún permanecía mucho tiempo aquí en la ciudad y no se cruzaba tanto la frontera a su lugar de origen, la vecina ciudad de El Paso TX. Fue en una de esas fiestas que hacíamos pocos días antes de la navidad en aquella casa donde la inundábamos de cerveza, pizza, y libido, como cuando asistió una chica... de la cual olvidé su nombre aunque siento que lo tengo en la punta de la lengua... Lucero; qué noche aquella, *el Frijoles* estaba desnudo tapándose el trasero en la oscuridad de la cocina, hablando persuasivamente frente a Lucero que se encontraba solo en pantaletas, sin sostén, con sus pálidos pichones en la cueva de los lobos. Sentía el frenesí de la lujuria queriendo desbordarse, pero mi prudencia por copular por primera vez me contenía, al igual que una vela frente a mí, derritiéndose su cera, muda, indiferente ante la fila de hormonas excitadas. Una gota tibia resbalaba de su sien solidificándose a la altura de su mejilla, y en su frente observaba una tonalidad anaranjada definiéndose en el rojo. De pronto tuve que pararme del sillón para intentar apaciguar un enfrentamiento entre Esaías y *el Tren*. Hoy en día alguno de nosotros tiene una foto de aquella época, hace unos años la vi, creo que era mi primo el que la tenía en su computadora, o pensándolo bien, creo fui yo el que la tenía.

## II

Un episodio curioso fue cuando jugábamos bruscamente cuatro de nosotros afuera de la casa del *Frijoles*; solo estoy seguro dentro de mis borrosos recuerdos de que empujé a Isra y este tropezó con alguien que se encontraba tirado en el pavimento y cayó. Me sentí mal por haberle causado un adolorido raspón, y peor aún, por haberle roto la pierna a un amigo de los que estaban tirados en la calle. Desde entonces usó una venda para sujetar su pierna, pues esta se encontraba de cera al momento del incidente y permanecería por siempre con un agujero en el muslo.

Esa misma noche después de ir a dejar al Berna a su casa en el carro de mi primo pasamos por unas hamburguesas; mientras comía, las mentiras escurrían de mi boca, reduciendo mi culpabilidad a pretextos, y el hecho a lo fortuito. No sabía que cada vez más mi amigo convertía en cera los pedazos de su cuerpo. Quise ir a buscarlo, pero nunca supe con exactitud dónde vivía, solo lo imaginaba dentro de su misteriosa casa. Terminaba por bañar de salsa mi hamburguesa y la calle recibía la luz color naranja de la noche: completé mis pasos y llegué al interior de su hogar imperceptible como el aire que respiraba su pastosa boca, su saliva se conglomeraba formando plastas y veo la flama en sus ojos centelleantes recordando algo. De pronto la oscuridad de su cuarto se ilumina por sus ojos encendidos, y por el brillo de los rubíes debajo de ellos. Así poco a poco me retiro de aquel breve pensamiento, sin reparo, plasmando su ruborizado rostro consumido por el calor de su

tiempo, pues no me gusta esperar ni ser esperado, mucho menos por el señor que benévolamente espera y le salde la cuenta de la hamburguesa que acabo de devorar.

Nunca se llega igual a una casa que no es la tuya, por más confianza o tiempo que hayas pasado en ella nunca es la misma bienvenida, ni el aire al abrir la puerta, ni la luz impactando las paredes, pero estando en casa de mis primos acostumbándome a sus hábitos de cocinar en la madrugada, mi tío sentado en el sillón viendo películas junto a mis primos, y todas esas noches en vilo platicando o jugando cartas, estrecharon el vínculo entre ese hogar y yo. Añoro al sillón que tantas veces esperaba impaciente a que todos se levantaran para acoger mi cuerpo durante el sueño. Con todo esto la sensación de soledad a la que extrañaba mi alma, se apaciguó durante varias semanas que permanecí aquel verano como hijo postizo de la familia López. No había noche que no se posara en alguno de mis pensamientos la imagen de la cera, la flama en sus ojos, la goma gastada de las llantas de las patinetas, y la emoción por conocer y seguir viviendo a tope con el resto de mis amigos.

### III

Una de las fotografías más preciadas que conservo capturadas en mi memoria es la de mis mejores amigos gritándome en las tardes para salir y convivir, el calor, la sonrisa y la vibrante expectación del devenir del día, todos esos ingredientes los olía al abrir la puerta y ver tal foto. Como aquella tarde cuando le gritaban a mi primo que aún se encontraba dormido, salía yo en su representación o su hermano menor, *Cosh*, por lo general era David o *el Frijoles* quienes lo buscaban en las mañanas para ir a patinar. Los escuchábamos desde la litera del piso de arriba y abríamos la ventana para avisar que mi primo Jr. se encontraba dormido. Mis primos y yo nos reíamos cuando a veces me despertaba y mi cabeza topaba con el techo por dormir en la cama de arriba. Me bañaba y a salir en patines con el calor aplastante, la calle en ciertas zonas se derretía dificultando que mis llantas rodaran. Un repentino dolor de panza durante la madrugada hizo que decidiera salir a patinar con mi primo a las 7 de la mañana cuando él aún utilizaba los patines antes de empezar a deslizarse en patineta, tantas memorias de los veranos con mi primos y mis amigos.

193

### IV

La única ocasión que he estado en casa del *Cabe*, cuando todos nos sentamos en la sala del cuarto que acababan de construir en su casa, platicando de nuestros momentos más difíciles, fue cuándo me enteré de la verdadera fortaleza del tren más allá de sus aclamados músculos, una niñez desprovista de hogar y de sustento económico, pero de mucho amor por parte de sus dos hermanas le hicieron tolerar aquellos abusos que vivió en el albergue, el accidente que sufrió mi primo y la pérdida de uno de sus dedos, mi amarga sensación por ver sufrir y llorar a mi madre por falta de dinero, y cada una de las lecciones que narrábamos uno a uno a todo el grupo generaron que al momento de tocar el turno al más callado de nosotros, permaneciera en una constante pausa con alta temperatura, se le veía ofuscado con sus labios pegados y con grumos en las pestañas que le producían lágrimas que coagulan debajo de su mentón. Era su turno, por primera ocasión lo escucharía platicar a profundidad, me intrigaba tanto la capa de cera en su cara y el silencio incómodo en todo alrededor. Se frotó las manos y vi sus palmas enrojecidas, comenzó a incendiarse por dentro, y solo se veía en su frente el

gran trabajo por contener el fuego que tenía en su interior esperando hablar sin poder hacerlo por la cera en su tieso rostro. Continuaban escurriendo gotas de cera líquida de su frente. Y mi impresión fue tan grande que las miradas se dirigían hacía mi boca abierta en lugar de a la escena de la vela humana frente a mí. Asumía que el calor de sus sentimientos le provocaría que se derritiera por completo y se consumiera su vida frente a nuestros ojos, así que exhalé un suspiro y me incorporé hacia la ventana del cuarto a resumir la noche. Solo recuerdo unos minutos después, todos en el pequeño espacio fuera del cuarto con la ventana en nuestras espaldas platicando y fumando, me olvidé de la cera.

## V

Le faltan pedazos en sus dos orejas, las cicatrices en su cabeza están talladas en su nueva piel de cera, lisa en las demás zonas donde no hay bordes ni tallones, se quedó sentado en el porche donde nadie vive, quizá los habitantes huyeron al anticipar el final inevitable de su sorprendente caso, pero ahí yace inmóvil con sus ojos fruncidos sonriendo y su nariz tapada, respirando por un pequeño agujero que le hice en la parte donde estuvieron sus labios, dejó de moverse cuando todos nosotros seguimos por caminos distintos y nos esparcimos en el mundo que jamás pensamos. Ya no hay arranques por caminar, ya ninguna parte de su cuerpo se romperá por el ímpetu de su espíritu al recordar, solo la sonrisa afligida que a veces pronuncian sus ojos escuchando mis conversaciones, que hasta el final de sus días lo incendiaron produciendo que su vida se extinguiera por el paso de los años en cada una de las historias que le contaba. Dejé de visitarlo por temor a seguir hablando sin parar y acabar su existencia, pero ¿quién puede parar de recordar, aun cuando nadie le platique nada?

194

Sigo suponiendo una vela consumiéndose lentamente durante una noche plagada de estrellas, recordando hasta el punto en que el sol del alba absorbe el humo de su corazón extinto.

## VEINTICUATRO HORAS

Luis Arribas Sandonis

El esquinazo que todos tomaban bordeándolo a izquierdas había sido cuidadosamente remodelado por los operarios del asfaltado de la ciudad, dejando a mano izquierda un bordillo alto y gris, poliédrico, hasta con cuatro aristas claruchas donde contrastaban algunos granos negros del asfalto suelto y, después, centímetros más abajo, un nuevo, novísimo océano granulado al que se agarraban las zapatillas y los neumáticos de los coches. Era pleno verano español.

Terminantemente imposible recortar, pensó el holandés, Jan, que visitaba Madrid para correr la prueba de la trascendencia y de la constancia total: veinticuatro horas girando sobre un polígono cuadrangular fabricado en dos manzanas de la periferia de la ciudad. Marcado por vallas azules de tanto en tanto, festoneadas con cinta roja de Coca-Cola como lánguidos tramos de chicle –en esto el marcado de carreras era similar en todo el planeta–. Nueva recta a lo largo de media docena de escaparates que, incluso cerrados, iba aprendiendo de memoria. Un nuevo esquinazo donde las televisiones de LCD aparecían como mudas ventanas al vacío, con su boca enorme abierta, mezcladas con un par de paneles naranja chillón que, sin duda, algún español habría rotulado con su mejor intención y con unas cuantas rebajas en trastos de cuarenta y dos pulgadas, describiendo las maravillas de esas bocas gris templado. Al lado se exhibía una franja de yeso sobre una casa de dos plantas, fea, como casi todo el entorno, con una entrada machacada por los graffiti, y un Vectra azul marino al que los organizadores habían tenido que rodear con la cinta plástica para permitir el paso de los corredores. Un trozo sin tiendas a la derecha, entre planchas lisas de estucado rosáceo y mármol de portales jaspeados por obras sucesivas y por presupuestos parcheados, y con dos bares a la izquierda de los que salía un cálido fuego, dulce como los *bruijne cafés* de su reconocible Utrechsestraat aunque, en lugar de humo de tabaco de liar, salía una halitosis rancia a la que sobrevivían dos o tres espaldas redondeadas y arqueadas sobre la barra, latinos, seguro, camisetas evidentemente reducidas y canalillos del culo al aire; eran dos columnas de Hércules que flanqueaban las esquinas de una bocacalle sin vida ni aire, bloques de un ladrillo amarillo con terrazas de aluminio y desorden estético, en pleno mediodía de primavera, uno de ellos con un luminoso amarillo con el complejo acrónimo ‘marvi’, que tiene que ser un acrónimo, le comentó otro corredor en uno de los giros, y otro con una imitación de cartelería antigua donada por el cervecero distribuidor.

El siguiente giro contorneaba un puesto ambulante de helados y dos pinos deteriorados por el cableado telefónico español, un vallado verde lleno de desconchones y más acera. Jan medía las pisadas de este evento de gran distancia, veinticuatro horas sin fin, en las que a uno le da tiempo

de morir, de regresar, de ser y de no ser; un día entero, una noche por medio. Pero cuando retomó la bajadita de la tienda de novias, pasada la zona delimitada como meta, ya había caído el verano de pleno, agotado y naranja y añil.

Dos dependientas de pecho hundido salían a animar a la hora del café mientras una sombra leve relamía las cornisas y los parapetos de dos terrazas. Sonreían y aplaudían y la tez roja por las vueltas se arqueaba hacia arriba en un gesto de agradecimiento. Llevaban semanas saliendo a fumar bajo la minúscula sombra que proyectaba un toldo devorado por águilas y leones, roto, deshilado.

Jan había corrido sesenta kilómetros en Texel, cien en Winschoten, veinticuatro horas en Stein, en La Haya, pero esta era la primera vez que elegía el extranjero para correr, a sus cincuenta y dos años, y girar por esquinas asfaltadas con o sin bordillo, con césped o con quioscos o con laboratorios fotográficos con toldo amarillo decaído, como enfermo, con rótulos o sin ellos, con arcos de anuncio de bebida energética o pivotes plásticos arqueados. Jan y un centenar de gestos determinados, de pasitos cortos. Justo delante iba, en estos primeros momentos de la prueba, un español con camiseta negra y amarilla y gorra negra. Pensó que las carreras, aquí y en Corea, son carreras y espaldas vistas entre goterones de sudor. Pisadas, vallas, imperdibles y botellitas numeradas con los minutos de vida que a cada uno le iban desgranando.

Siguieron pasando giros y entró el otoño con fuerza, ventoso, fresco. Los corredores seguían con su rezo, vuelta a vuelta, y dio tiempo a que terminaran de pintar por dentro una peluquería unisex. Los albañiles les saludaban familiarmente, “ánimo, corredores, otra vuelta más”. Desde la última vez que vio meter sacos de cemento y cubetas blancas de pintura en la peluquería, el holandés había olvidado mirar. Su atención se había perdido con las primeras lluvias, excusa perfecta que tomó para entablar conversación en un inglés de metacrilato con Samuel, de quien podría escribirse, debía hacerse de manera urgente, un epitafio, pensó Jan, una esquela de urgencia, un discurso rápido porque había que ver el aspecto esquelético en el que se estaba convirtiendo desde el primer día en que se vieron. La primavera lejana como el eco de la nada, el nacimiento ya casi olvidado del evento eterno, ir consumiendo vueltas y que alguien se atreviese a llamar deporte a aquella demencia. Prepárenle una esquela, se repitió durante un rato, siguió haciéndolo durante dos o tres anochecidas. Parecía que en cada subida hacia la plazuela de los olivos y de la cabina de teléfonos y la tienda de modas Maripepa pararía exhalando y requiriendo los últimos sacramentos. Pero debía de ser mal cristiano Samuel. Esquivaba el fallecimiento curva tras curva, kilómetro tras kilómetro, hora tras hora, mes tras mes.

No superaría el invierno que se avecinaba mientras corrían, calculó el holandés de pelo cano, barba angulosa y ahora, ya, con guantes blancos que permitían capear los vientos y nubes que acariciaban el lomo del circuito. Las nubes sin fecha de caducidad. El circuito diseñado para las últimas veinticuatro horas de la existencia del hombre.

Existencia. Ahí se dio cuenta.

En español existencia tiene un dramático parecido a resistencia.

El holandés debió de equivocarse en algún momento y confundió, probablemente, los formularios de inscripción al curso de filosofía.

## SIN COORDENADAS

María Blázquez Alonso

Solía decir que hay lugares a los que nunca se puede volver, que, aun tratándose de las mismas coordenadas, ya no serían los mismos.

Cuando tenía veinte años vivía en casa de mis padres. Estudiaba allí, comía, dormía, celebraba los cumpleaños y soñaba. Salía a correr todos los días justo antes de que anocheciese, al atardecer, y regresaba cuando ya se había escondido el sol. Al llegar a casa, mi madre estaba preparando la cena, era ella quien acostumbraba a abrirme la puerta.

–¡Hija! Cualquiera día te va a dar algo... –me decía–. ¡Vienes como un tomate! ¿Tienes que hacerlo todos los días?

Yo sonreía y entraba en el cuarto de baño. Me miraba en el espejo. Lo cierto es que parecía que tenía el rostro desencajado: colorada, los labios y la zona de las ojeras en blanco. Siempre me pongo así cuando hago deporte.

Dejaba mi atuendo en el cesto de la ropa sucia y procedía a ducharme. Al salir, encontraba la cena recién hecha en la mesa de la cocina. Un gustazo.

Después iba a mi habitación, mi fortaleza, mi reino... Las posesiones más preciadas –todas mis posesiones– se encontraban allí. El radiocasete, el sintetizador, la guitarra, la baraja de cartas, cintas de música y mis libros. La cama era sagrada, como si volviese al vientre materno cada noche. Recuerdo cómo me apiadaba de los kurdos. Era la época en que fueron expulsados vilmente de sus aldeas y tuvieron que dejar atrás su hogar. Pensaba en que los pobres no tenían dónde caerse muertos y yo, en cambio, estaba calentita en ese templo del descanso.

Era feliz allí. El saco de mis sueños tenía un lugar especial en ella. Se podía meter la mano en él y saliera el que saliese estaba flamante, cargado de potencia, como un rayo dispuesto a hender el cielo.

Todos los días hacía el mismo ritual, el mismo recorrido. Me ponía un bañador olímpico de esos que te ciñen el cuerpo –hacen más cómodo el trote–, mis mallas de ciclista, un cinturón apretado que sujetaba el voluminoso *walkman* y una amplia camiseta para que disimulase el bulto que el aparato creaba en la cintura. Lo último eran los calcetines y las zapatillas de deporte. La coleta me la hacía después de ponerme la camiseta.

Mientras bajaba en el ascensor iba introduciendo el cable de los auriculares por debajo de la ropa. Salía de él. Antes de cruzar la línea que separaba la calle del portal, apretaba el *play*, inspiraba y comenzaba a trotar; ligero, muy ligero. Ya tendría tiempo de apurar la marcha.



El trayecto no era muy largo, cuatro kilómetros más o menos, pero nunca he sido una gran fondista, en lugar de ampliarlo intentaba recorrerlo cada día en el menor tiempo posible. Realizaba un *sprint* aproximadamente doscientos metros antes de regresar al portal. Cuando lograba finalizar el recorrido sin sentir que estaba a un pelo de llegar al punto muerto, ampliaría los kilómetros. Nunca lo hice. Como cada vez me costaba menos correr esa distancia, esprintaba con más fuerza, por lo que llegaba a la meta sin resuello.

La mayor parte del camino transcurría por el paseo fluvial. Los atardeceres del Guadiana son una maravilla. Dicen que hasta el califa Mutawakkil les dedicó alguno de sus versos.

Después tocaba un tramo urbano y regresaba por el Puente Nuevo cuando ya había oscurecido. El río no reflejaba el cielo en sus aguas, sino las luces de la ciudad. Siempre había unos preciosos pájaros blancos, grandes, revoloteando alrededor de los árboles, centinelas del Guadiana, pero a esas horas descansaban en sus ramas.

Veinte años después, voy de visita a casa de mis padres. Mi habitación es una especie de cubículo de seis metros cuadrados que mi madre reorganizó hace tiempo como posible habitación de invitados –tiene una camita individual que no es ni de lejos mi *camatemplodeldescanso*–, y lugar donde poder recrearse cosiendo, pintando o leyendo cuando uno quiere alejarse del resto de los huéspedes que anidan en el salón y del ruido de la tele. De mi reino solo quedan las cortinas, ¡únicamente las cortinas! Cuando vi por primera vez que mi habitación había sido desmembrada, ¡desarticulada!, me sentí perdida, como si me hubieran cortado la raíz, sin lugar al que volver, igual que un Teseo sin hilo dentro del laberinto...

–Por lo menos podrías haber dejado los muebles –le dije a mi madre–. Las estanterías te venían muy bien, las dejé vacías. La cama nido era más práctica que esta, tenía otra cama debajo y...

–...nena –replicó–, sea como fuere, te habría dolido. Es mejor que esté lo más diferente posible.

–Ya... Bueno. Has dejado las cortinas, pero ahora no pegan con el resto.

–¡Sí pegan! Son de un malva muy clarito que va con todo, son casi blancas.

–Tú verás, lo cierto es que es tu casa, yo ya no vivo aquí.

–Esta será siempre tu casa.

–...

–Te diré una cosa. –Mi madre bajó la mirada y cogió mi mano –. También lo he hecho por mí. Abría la puerta de tu cuarto, me quedaba mirando cómo tu adolescencia y juventud campaban a sus anchas por aquellas estanterías y murales que colgaste en la pared, y tú no estabas... Buscaba...

–...mamá...

Me acerqué a abrazarla. Ella se retiró para poder mirarme a la cara mientras continuaba hablando.

–¡No! Déjame decirte, nena. Buscaba las huellas de tu paso por el edredón de la cama, pero siempre estaba intacto, recién hecho, porque tú ya no estabas... Y mil cosas más. ¿Lo entiendes?

–Lo entiendo. Te quiero. Te abrazo.

La abracé.

–Yo también lo echo de menos, máter –le dije al oído–, hasta que me acostumbre...

–Tu padre casi se enfada conmigo. Él no quería que tocase nada, pero yo le dije que no te habías muerto, que solo vivías en otra ciudad, que a mí se me hacía más difícil tu ausencia teniendo tantas evidencias de ti.

–Ya... Si es que tienes razón...

Y me despedí de mi reino para siempre. Lo guardé en mi particular bolso de Mary Poppins, donde cabe todo lo que quiero llevar a cuestas sin que ocupe demasiado; el jardín salvaje de la memoria.

Ya no salgo a correr por la ribera del río. Entro a hacerlo al gimnasio, en la cinta donde puedo poner la velocidad que quiera mientras me miro en el enorme espejo que hay frente a mí.

El ritual es parecido, pero ya no hay cinturón ajustado porque escucho música en un aparato minúsculo que me regaló mi marido y que todavía no estoy de segura de saber cómo se llama, creo que es un mp4. Lo coloco en el pecho, debajo de un sujetador especial para correr. Las zapatillas siguen siendo lo último que me pongo, el cable de los auriculares lo llevo preparado desde casa. Una casa baja que está a cincuenta metros del gimnasio, solo tengo que cruzar un paso de peatones. No hay agua ni pájaros, pero suenan las campanas de la iglesia cada cuarto de hora, cosa a la que te terminas acostumbrando y llega, incluso, a tener su encanto. Ahora las campanas me dan buen rollo cuando estoy de viaje, porque me recuerdan a mi hogar; al lugar donde he logrado sentirme, de nuevo, en casa.

Hace dos días me hallaba corriendo sobre la cinta, fantaseando con llegar yo qué sé a dónde, y comencé a recordar mis carreras veinteañeras, el río, los atardeceres, mis jóvenes piernas engullendo más de un metro en cada zancada, mientras escuchaba *Fix you*, de Coldplay. Cerré los ojos. Imaginé mi reino y deseé estar una vez más en él con más fuerza que nunca. Chris Martin cantaba el estribillo: “Las luces te indicarán el camino a casa...”. La guitarra sonaba con toda su intensidad en un final de canción apoteósico. Quedaba el último minuto de carrera. Abrí los ojos, esprinté. Una fuerza me atrajo hacia el gran espejo; una luz de antaño me secuestró en el tiempo y logré estar allí.

Todo seguía igual, mi reino me rodeaba. Miré la mesa, mi cama, me escuché cantar desde la ducha mientras olía la cena que estaba preparando mi madre; casi pude tocar las zapatillas de deporte que había dejado de forma descuidada detrás de la puerta. Respiré hondo. De repente observé como, lentamente, todo se iba haciendo más pequeño, se perdía en un horizonte ficticio. Hasta que desapareció tras el espejo. El programa de media hora de carrera había llegado a su fin a la vez que la canción. La máquina se paró, mis piernas, temblando, dejaron de correr. Me puse la sudadera, apagué la música y regresé a casa. Había estado en mi reino, de nuevo.

Solía decir que hay lugares a los que no se puede volver. Menos a aquellos que llevas grabados a fuego en el alma y en el recuerdo.

El deseo es el combustible; la imaginación, el vehículo.

## TESTIGO DE EXCEPCIÓN

Francisco Javier Guede García

Muy pocos podrán experimentar jamás lo que he tenido la oportunidad de vivir en menos de un minuto. No creo que exista nada ni nadie que haya tenido el privilegio de asistir, en primera línea, a tan magno acontecimiento deportivo.

Nadie salvo ellos cuatro, claro. Ellos cuatro, y yo.

No voy a decir que he tenido una existencia fácil, todo lo contrario. Desde mi nacimiento, en la ebanistería, hasta llegar aquí, no he atravesado una vereda de rosas, precisamente. Y no olvidemos mi pasado de inmigrante, desde mi origen, en el trópico, hasta que fui adoptado en Occidente. ¡Y pensar que aún hay quien quiere compararme con el metal!

200

Con todo, el esfuerzo, a veces, se ve recompensado, y algunos sueños, por increíbles que parezcan, se hacen realidad. Soy de los que piensan que el tiempo y los hechos acaban colocando a cada uno en su lugar, y que si siembras ilusiones, las riegas con tu esfuerzo y voluntad, ayudado de la solidaridad de tus compañeros, algún día recogerás los frutos.

Pero vayamos por partes, porque puedo dar la sensación de prepotencia y vanidad, y nada hay más lejos de mi intención que causar una impresión equivocada. No voy a obviar mi importancia, pues es muy cierto que soy necesario hasta el punto de resultar imprescindible en la prueba que nos ocupa; pero debo reconocer que el mérito es, fundamentalmente, de los que me dan la mano cada día.

Solamente ellos cuatro saben las horas, días, meses e incluso años de entrenamiento en la pista, para optimizar las transiciones, adecuando ritmo y velocidad, fundiendo espacio y tiempo en uno para realizar una entrega soberbia.

Cuántos sinsabores, cuando las lesiones frenaban en seco nuestras ansias de progresión, o cuando, por error o por precipitación, daba con mis huesos (o debería, quizás, decir “con mi duramen”) una y otra vez en el mondo o en el tartán...

Y claro, no nos olvidemos de “sus” egos: parece imposible que alguien haya conseguido ponerlos de acuerdo, y convencerlos para unir sus fuerzas. Los contratos del uno, las sesiones publicitarias del otro, las entrevistas televisivas del tercero y los asuntos extradeportivos del cuarto. La verdad, aún no me acabo de creer que todo haya finalizado con éxito.

# Yo, deportista

Pero ha valido la pena. Vaya si ha valido la pena.

Todavía se me eriza la corteza cuando recuerdo con qué rapidez ha transcurrido todo: calma tensa; estoy en el suelo, inmóvil, esperando el momento exacto, dispuesto a dejarme llevar en sus manos, sintiendo el palpitar de sus corazones a través de sus dedos...

Suena el disparo. Reaccionamos con presteza, pero sin cometer la equivocación de anticiparnos a la señal. Y es ahora cuando empieza el baile. Arriba, abajo, arriba, abajo, máxima tensión en el momento de la entrega, traspaso a ciegas, y otra vez arriba, abajo, y así una y otra vez hasta que llego, por fin, a su mano.

De pronto, el tiempo se detiene y siento que soy transportado a otra dimensión. Estamos volando, y es como si todo el estadio al unísono se hubiese puesto de acuerdo para guiarnos, imparables, a la línea de meta. Son esos últimos cien metros una clase magistral de atletismo, con todos sus músculos fusionándose en perfecta armonía con su mente para firmar una última posta perfecta. Llegamos, y el cronómetro se para en 36:4.

El público estalla en olas de incontenible alborozo. Mientras, ellos cuatro se encuentran y se enlazan en un interminable abrazo, conmigo en medio. Luego, el ritual: los flashes de las cámaras, la bandera al viento y la vuelta de honor. Mañana seremos portada de los diarios de todo el mundo.

Y es entonces, solo entonces, cuando comprendo la verdadera dimensión de nuestra hazaña, y por un instante, rodeado de este maremágnum, soy consciente de que he sido Testigo de excepción de una carrera para la historia.

**201**

## BARRIZAL

Mario Agustín Mentasti (Szulga)

Un domingo a la mañana, mientras todos seguramente aún duermen, yo me preparo y alisto mi uniforme. La camiseta blanca y los pantalones azules. Mis viejos botines con los tapones de aluminios desgastados y un avejentado protector bucal, con más marcas y golpes que boxeador después de una pelea. Me preparo para salir de mi casa mientras reviso mentalmente las cosas que tengo que llevar. Por un segundo casi me olvido las medias rojas, con algo de prisa corro y las busco en mi cuarto, tratando de no hacer ruido y así evitar despertar a mi familia. Muchas veces me han llevado pero esta vez preferí irme sin hacer mucho revuelo, solo para no molestarlos.

Salgo de mi casa en bicicleta y solo me toma aproximadamente 10 minutos llegar al club donde me reuniría con mis compañeros de equipo. Como en cualquier grupo humano no todos nos llevamos bien, y siempre nos juntamos con las personas con las que tenemos más afinidad. Al llegar al club noto que ya se están dividiendo en varios grupos. Siempre hacemos esto, ya que al no tener un método oficial de transporte siempre pedimos la colaboración de las familias, y varios jugadores se suben a uno de los automóviles. El equipo se divide en los grupos que se llevan mejor. Y así nos ponemos en marcha así el club rival.

202

Si aún no se han dado cuenta, parcialmente por poner pocos indicios, el deporte que practico es rugby, mi posición pilar derecho, miembro de los Forwards, a veces coloquialmente llamados *Los Gordos* debido a que por lo general somos más anchos y pesados que el resto del equipo. Nuestra labor consiste en conseguir la pelota para que el resto de nuestro equipo pueda pasar a la ofensiva. Muchas veces, al menos en este equipo, nuestros esfuerzos no son del todo reconocidos por la otra mitad del equipo, los Backs, coloquialmente conocidos como *La Línea*. Esta situación ha causado cierta fricción entre ambas partes del equipo que se remontaban a varios años atrás.

En el auto en el que me encuentro, un Volkswagen azul si alguien tiene curiosidad, se encuentran tres jugadores, los únicos que considero realmente mis amigos en el equipo. *El Octavo*, un ala y un segunda línea. El viaje es muy ameno y entretenido, lo suficiente para robarme una sonrisa, algo que no es habitual en mi persona, por lo general muy parco para mi edad. Nos relatamos los eventos que nos sucedieron en la semana mientras que una estación de música en la radio, la estación preferida del padre del *Octavo*, resuena con música folklórica que a ninguno de los pasajeros les gusta. En poco tiempo llegamos al campo donde vamos a jugar

contra el equipo rival. Un partido más en un torneo donde ni la suerte ni la habilidad nos favorecían.

El auto en donde vine era el tercero en llegar, faltan 4 más para tener a los 19 miembros de la División en el campo enemigo. Digo enemigo no por sentir animosidad ni odio contra los rivales, sino que esa era la manera que yo utilizaba para inspirarme. Decir enemigo me daba una sensación de estar participando en una épica contienda, la fantasía de una batalla campal en el Medioevo, con los dos ejércitos cargando en el campo con sus armaduras brillando y sus armas preparadas, listos para chocar con violencia. Debo admitir que pensándolo de esa manera era una de las únicas razones por las que me gustaba jugar. Un escapismo de una realidad más aburrida.

Mientras el resto del equipo sigue llegando, yo, con algo de curiosidad, investigo los alrededores tratando de ubicar los vestuarios y el campo en este terreno desconocido. Para mi alegría noto casi instantáneamente que, gracias a una lluvia ligera el día anterior, ambas canchas disponibles son barro de punta a punta, el campo idóneo para jugar rugby, solo con algunas aisladas islas de terreno seco en un mar de lodo. Pero la alegría de algunos es la desgracia de otros, ya que la mayoría de los miembros de *La Línea* tienen la reacción opuesta, quejándose de lo que ellos llaman “pésimas” condiciones para jugar. Esta preferencia era más cosmética que funcional, ya que no les gustaba empaparse de barro, algo que yo consideraba esencial en este deporte, la disposición de no tenerle miedo a un poco de mugre.

En su momento yo pensé que esta tendencia tan poco masculina era un rasgo de todos los equipos de Backs, pero lamentablemente esta peculiaridad era algo personal de algunos de los miembros de mi equipo, que temían por ensuciar los botines que tanto les habían costado. Uno de ellos incluso mencionó el miedo de lastimarse más fácilmente con el suelo embarrado, pero yo y muchos otros siempre consideramos que para jugar este deporte, el sentimiento de autopreservación humana debe ser acallado o ignorado llanamente. “Si tenés miedo de lastimarte andá a jugar al ping-pong”, eso era una de las frases de cabecera de mi entrenador favorito. Así también como: “El rugby se juega corriendo para adelante” y “Si lo *tackles*, hacelo bien, así no tiene ganas de levantarse”.

Yo siempre traté de seguir estas máximas al pie de la letra, cumpliendo la primera con bastante éxito, siempre ignorando mi propia salud física por mantener la posesión de la pelota. La segunda era la espina dorsal de mi estilo de juego, marchando siempre a paso firme. Lamentablemente nunca me apliqué mucho para completar la tercera, siendo incapaz de realizar *tackles* correctos la mayoría de la veces, y recurriendo a generar una situación de *maul*. A diferencia de lo que se nos indicaba clásicamente de solo recuperar la pelota para dársela a los Backs, yo siempre tuve la necesidad de correr hacia adelante una vez obtenido el balón, con una particularidad personal de rugir y gritar en plena carga, un guiño de mi fanatismo por la historia bélica antigua, tratando de imitar a un vikingo cargando, muchas veces con buenos resultados intimidantes.

El resto del equipo no tardó en llegar y nos dispusimos a prepararnos, yendo hacia los vestuarios. En poco tiempo nos cambiamos y salimos al campo para precalentar. Nuestro capitán, el medio *scrum* titular, pecaba muchas veces de entusiasmarse demasiado durante los partidos y de estar en un estado de tensión que solo podría catalogarse como insalubre debido a



su expresión, que a veces podía llamarse psicótica. Nunca supe cuál era la necesidad de ese entusiasmo demente, que a veces nos llegaba a asustar, debido a sus ordenes de matar al rival incluso. Pero la mayoría de las veces simplemente nos causaba gracia, por el contraste de su tamaño y su tono de voz, que trataba de imponer respeto, siendo el de menor estatura del equipo, tratando de sonar autoritario.

El calentamiento es algo que yo muchas veces despreciaba y hacía lo posible por minimizarlo, ya que mi tamaño y mi poca proclividad por el entrenamiento no me daba mucha resistencia física que gastar y yo prefería gastarla en el partido en sí. Muchas veces esto conllevó el ocasional conflicto con algunos miembros del equipo, que me acusaron muchas veces de vago o de cosas menos halagadoras que muchas veces hacían referencia a mi progenitora y al resto de mi familia, o mis preferencias sexuales. Yo, en ese entonces, reaccionaba muchas veces, si no todas, con violencia, y gracias a mi tamaño derribaba con facilidad a cualquiera que me molestara, no solo por fuerza sino por técnica. Una vez terminado el calentamiento el entrenador daba la lista de jugadores titulares y el capitán nos reunió para uno de sus demenciales discursos para levantar la *moral*.

Nos posicionamos para comenzar a jugar, con el húmedo sonido del barro acompañando cada una de nuestras pisadas. Nos toca cargar a buscar la pelota, con nuestro Apertura encargado de la patada inicial. Ya puedo sentir cómo la sangre empieza a calentarse en mis venas, cómo mi respiración se acelera junto con mis latidos, expectante por el comienzo. Mis pies y piernas se afirman sobre el embarrado suelo con los taponos clavándose en la poca tierra sólida debajo de la capa de lodo. Puedo sentir las fibras de mis músculos tensándose aún ahora que recuerdo la situación, así también como el sabor plástico de mi protector bucal, rechinando por la fuerza de mis dientes, que lo aprietan mientras tenso hasta los músculos de mi cara preparándome, como si todo mi cuerpo fuera un resorte en tensión esperando por ser liberado.

Al escuchar la patada y ver la pelota elevarse, cargo hacia el frente, levantando pequeñas nubes de barro con mis botines. Mi mente divaga y me transporta a un campo de batalla antiguo, que se superpone con las imágenes de los jugadores del equipo rival. Mi corazón desbocado de emoción bombea sangre por todo mi cuerpo, cada uno de mis pasos hacia adelante incrementa mi emoción y mis latidos. Podríamos decir que me sentí apoderado por algo similar a la sed de sangre, y al ver quién fue el que logró obtener la pelota no dudé en lanzarme con todo mi ímpetu hacia él. Reduzco la distancia con una aceleración que mis compañeros luego describieron como salvaje y al medir apropiadamente la distancia salto extendiendo todo mi cuerpo, apuntando a derribar a mi objetivo con mi hombro enfilado hacia sus rodillas.

Un brutal sonido acompaña mi choque, mientras ignoro el súbito dolor que causa el impacto a mi hombro y rodeo las piernas de mi contrincante con los brazos. Sus piernas se unen a la altura de las rodillas y la fuerza con la que lo golpeo es más que suficiente para derribarlo. Ambos nos deslizamos pesadamente por el embarrado campo de juego, y mientras que él suelta la pelota luego del considerable golpe recibido, yo no suelto sus piernas. Finalmente nos detenemos, pesadamente logro levantarme, y noto que mi casaca blanca está completamente cubierta de barro, una carcajada de júbilo quiere escapar desde mi garganta pero la acallo mientras ayudo a mi rival a levantarse, ya que la jugada no prosiguió. Con barro en todo mi cuerpo troto hacia el *scrum* que se está formando. Creo que este va a ser un buen partido...

## ANTES DE QUE EL RESTO DEL MUNDO SE DESPIERTE...

Ainhoa Sarrias Adalid

La primera luz de la mañana del viernes comenzaba a filtrarse por entre las rendijas de la persiana, iluminando muy débilmente la habitación, lo justo para que Amelia, después salir del cuarto de baño, pudiera terminar de vestirse en aquella semioscuridad, procurando no hacer ruido. Ya fuera del cuarto se ajustó bien los cordones de las zapatillas y se recogió el pelo en una coleta alta. El día amanecía ligeramente nublado, probablemente hiciera frío, pensó mientras se subía la cremallera de la chaqueta del chándal. Comenzaba septiembre, dentro de unos días los niños volverían de nuevo al colegio y otra vez sería la rutina de idas y venidas, mochilas, almuerzos, deberes, reuniones de padres....

205

Antes salir se miró un momento en el espejo de la entrada y apartó con los dedos un mechón castaño que le caía rebelde sobre los ojos. El leve chirrido de la puerta al abrirse quebró ligeramente el silencio. Escuchó un momento. Martín, Sergio y los gemelos dormían todavía profundamente; sobre la casa flotaba una atmósfera dulzona y soporífera, cálida, fabricada a través de los sonidos rítmicos de varias respiraciones diferentes, el tictac del reloj de la cocina y el zumbido intermitente y grave del refrigerador. Amelia cerró la puerta tras ella, muy despacio, intentando amortiguar el sonido del resbalón de la cerradura. El contraste con el aire limpio y fresco del exterior resultaba estimulante como un chorro de agua helada. Sus sentidos se afilaron, y sintió como poco a poco todo su organismo se ponía en marcha, como una máquina que arranca a funcionar después de varias horas de inactividad. Hoy Amelia decidió variar ligeramente el recorrido, y al llegar al final de la calle y llegar ante la primera bifurcación, que sugería tres posibles direcciones donde elegir, dobló hacia la izquierda, por la avenida que conducía hasta el parque de la ribera, hacia el río. La dureza del asfalto percutía contra sus pies de una manera rítmica, transmitiendo la vibración a través de todo su cuerpo. Los músculos de las piernas se esponjaban, podía sentir el calor de la sangre completando su recorrido, el sonido de su corazón se hacía cada vez más perceptible, aumentando progresivamente la frecuencia de bombeo a medida que las zancadas se hacían más eficaces, más elásticas, más rápidas.

No recordaba cuándo comenzó a adoptar esta costumbre diaria, en qué día exacto se le ocurrió la idea de salir a correr por la mañana temprano, antes de que el resto de la familia se despertase, pero podría situarlo aproximadamente en torno al primer cumpleaños de los

gemelos. Lo cierto es que aunque se esforzase tampoco podría explicar el porqué, ya que no había sido ningún motivo concreto, y sin embargo, ahora lo entendía, esta hora de ejercicio diario y privado era precisamente lo que ella más necesitaba, tanto es así que el día que no podía salir a correr se sentía como tensa y falta de energía. Sí, de acuerdo, del embarazo le habían quedado un par de kilos de recuerdo que insistían en no abandonar la zona de las caderas, y la idea de volver a ponerse los vaqueros de antes del embarazo había sido un aliciente para comenzar a hacer algo de deporte. También estaba el tema de la salud y los antecedentes familiares, Amelia sabía que el infarto prematuro del padre le alertaba sobre la necesidad de adoptar lo que los medios de comunicación denominaban “hábitos cardiosaludables”, entre ellos algo de ejercicio, pero había más, mucho más, pensaba, mientras imprimía a su respiración un ritmo más rápido y fuerte, suficiente para responder a la demanda de oxígeno de todas las células de su cuerpo, colaborando como los engranajes de un todo en la carrera. El sol iba ascendiendo abriéndose paso entre jirones de nubes y brumas, finalmente el día estaría despejado, aumentaba progresivamente la intensidad de la luz, la mañana recién estrenada se llenaba de colores.

La vereda que conducía al parque se encontraba tapizada de césped y sobre la hierba mullida brillaba el rocío, Amelia podía sentir su humedad en los tobillos. Correr allí resultaba diferente, un trabajo más consciente y activo, los pies debían adaptarse constantemente a las irregularidades del terreno. Flanqueando el camino se erguían las hileras de chopos, altos y severos, que agitaban sus ramas al pasar ella. Comenzó a sentir las primeras punzadas del cansancio y se concentró en su respiración, en inspirar el aire, frío y puro, lleno de oxígeno, por la nariz, y en expulsarlo a bocanadas fuertes y cortas una vez utilizado, un dos, un dos, un dos, el cuerpo es sabio, pensaba, solo hay que saber escucharlo y ella había aprendido a hacerlo bien, a escuchar su propio ritmo, había aprendido a probar a pedirle un poquito más, y a disfrutar del triunfo de los pequeños progresos teniendo la dulzura suficiente para reconocer y respetar los propios límites. Mientras corría, los problemas y las preocupaciones se iban quedando cada vez más atrás... Las dificultades para pagar la hipoteca, el gas, el teléfono, la luz, y conseguir llegar a fin de mes sin traspasar la frontera de los tan temidos números rojos, porque con su reducción de jornada la cosa se había puesto bastante complicada, pero claro, imposible trabajar la jornada completa y cuidar de los niños, que eran aún tan pequeños. El jefe, que el martes puso mala cara cuando le pidió el día de asuntos propios para llevar a vacunar a los gemelos al pediatra. Las demandas de atención incesantes de Sergio, el mayor, que había vuelto a hacerse pis en la cama y claro, eran los celos hacía los hermanitos, que lo consumían al pobre. Y por si fuera poco, Martín, su marido, que estaba atravesando una de esas temporadas suyas de humor variable, agravada seguramente por el hecho de que le quedaban pocos meses para cumplir cuarenta años, cinco más que ella. Todos estos problemas se difuminaban en aquel momento, podían pasar temporalmente a segundo plano, ahora no importaba nada excepto su carrera matutina. Correr, pensaba Amelia, es como gritar con todo el cuerpo, muy fuerte, gritar hacia el mundo y a veces también contra el mundo, con rabia si hace falta. Es desahogarse y reconciliarse después con una misma y con los demás, sentirse parte de toda la naturaleza que le rodea y emborracharse con ese aire tan nuevo y tan limpio, a estrenar. Al llegar a la orilla del río miró el reloj. Se detuvo un momento frente al río para observar el dibujo

ondulado y caprichoso de la corriente de agua, y sonrió al ver a unos patitos que nadaban en fila india detrás de su madre, entre los juncos. Flexionó y estiró unas cuantas veces brazos y piernas y reemprendió la carrera de vuelta a casa.

Poco a poco la ciudad se iba desperezando, y los últimos autobuses de los turnos de noche de la zona de fábricas dejaron paso a los primeros de los turnos de mañana. Se levantaban las persianas de algunos comercios, cafeterías, despachos de pan, kioscos de periódicos. Un operario del Ayuntamiento regaba las calles, y al pasar ella la llamó guapa y algo más que Amelia no entendió del todo, aunque se sonrió para sí misma. Cuando por fin se detuvo frente al portal se sentía cansada, el pecho lleno de fuego y el corazón atronándole en los oídos, muy cansada pero feliz, viva, despierta. La casa todavía se encontraba envuelta en el mismo silencio de hacía una hora, pero Sergio ya se había despertado hacía un rato y estaba esperándola, en pijama, acurrucado en el sofá verde de la sala con un libro de cuentos en las manos y una sonrisa enorme bailándole en la cara. “Hola, mami”, susurró muy bajito, porque sabía que si los gemelos se despertaban no podría disfrutar de este momento exclusivo con su madre, en que se sentaban los dos juntos en la mesa de la cocina y se preparaban tostadas con mantequilla y mermelada para desayunar, los dos solos, y mamá le dejaba pintarse la leche con un poquito de café, como los mayores. El corazón de Amelia fue recuperando su ritmo pausado habitual. Respiró y se sintió bien, muy bien. Se quitó las deportivas, cogió a Sergio en brazos y le dio un beso.

## MICHEL ÁVILA, CON LOS OJOS DEL ALMA

Alfonso Ramón Hamburger Fernández

Antes de cumplir los quince años, Michel Ávila intentó matarse varias veces. La primera fue a los once con un raticida, la segunda a los doce con un cuchillo y la última vez ahogándose en el mar, de donde fue rescatada por su madre, en Coveñas, cuando ya las olas la mecían difunta.

Lo último que vieron sus ojos marrones fue el azul y sereno mar de Coveñas, una niña paisa de cabellos negros que le sonreía desde una canoa y la belleza de su madre triste, quizás porque ya había sido abandonada por su padre. Esas son las tres escenas que quisiera volver a ver si algún día la ciencia le devuelve la vista. Por ahora, sabe que solo es posible mirar con su instinto felino. Con los ojos del alma.

**208**

A los cinco años la atacó un sarampión que se le subió a los ojos y le destrozó los nervios ópticos. Vivía con sus padres en una pobre vereda de Montería, quienes no le prestaron la debida atención. Si se agachaba para defecar, el dolor de cabeza le nublaba la razón. Cuando le buscaron remedio ya era tarde. Entre los diez y los once años quedó ciega. Fue allí donde comenzó su tragedia. La oscuridad de su vida. La llevaron a 40 especialistas. Brujos, pitonisas y yerbateros le pusieron emplastes.

En Bogotá fue sometida a varias cirugías que fueron un fiasco. Le robaron la plata. Quedó abandonada a la suerte de una mujer que la incomunicó de su familia y le interceptaba las comunicaciones y la plata que le enviaban. Fue llevada a Cali, Medellín y otras ciudades, hasta que el diagnóstico le dio un golpe seco: estaba condenada a vivir en las tinieblas. Entonces fue a parar a Sincelejo.

Su padre, un aserrador, mujeriego empedernido, bebedor y gallero, abandonó a su madre con 8 hijos. Hoy, ciega y solitaria, le da lo mismo que esté vivo o muerto. Su madre, que era el sostén espiritual de sus luchas, murió a los 53 años el 12 de diciembre de 2002, y aunque no le cargó luto, aún siente el duelo en el alma.

Una vez dejó de comer y volvieron los deseos de suicidio. Durante cuatro meses, todo cuanto ingería lo vomitaba. Lo que hacía por el crecimiento personal iba encaminado en despertar el orgullo de madre. Pero ahora estaba allí, sin fuerza para matarse. Y sin ella.

–Si quiere verme personalmente tiene que ser más tarde, estoy en bata y no me gusta que me vean así.

Al otro lado de la línea, la voz de Michel María Ávila Buelvas se escucha neutra, clara: le insisto en que más que hablarle quiero mirarla tal como es. Quiero verla levantarse, ordenar la casa, tender su cama, barrer el patiecito. Y sobre todo, quería ver cómo prepara ese pollo exquisito que ya tiene fama.

–Bueno, venga, pero dos cuadras antes me llama al teléfono, porque si no lo hace no le abro, advierte con un voz decidida.

Las direcciones en Sincelejo son por señales. Las nomenclaturas solo existen por burocracia.

–Llegue a la Escuela Normal, tome por Camilo, una cuadra después del palo de caucho doble a la derecha, baja la lomita, pasa un puentecito y a la derecha, dos casas después del puente, vivo yo. Es una casa verde con ventanas azules, marcada con el número 6-67. Toque en el apartamento de al lado que allí estaré.

Michel reitera, advierte (es mandona) que le llame antes de llegar, para estar preparada, de lo contrario no abrirá.

Viéndola de frente, no parece estar ciega. Solo al estirarle la mano para saludarla uno se percató de que es ciega de verdad. Hay que buscar su mano. Su mirada me busca. Su voz sigue siendo firme y erótica. Es más bella que en la recomendación. A veces da la sensación de que estuviera viendo y en realidad ve. Sabe cuándo se le mira con odio o con pasión. Su agudeza sensitiva percibe el rumor de la calle, el agite del domingo, las miradas de las tres vecinas que parecen vigilarla desde los pretilos como si fueran cámaras de televisión. Le fastidia esa música a alto volumen que este domingo sopla desde los tres costados. Cuando llegó a este estrecho apartamento estaba de duelo por la muerte de su madre y la música no la dejaba dormir, de modo que llamó a la policía y arreglaron el problema. Es disciplinada. No admite desvaríos.

Dos horas después, Michel me había contado parte de su vida. A estas alturas del mediodía me brinda un jugo, le digo que no quiero.

–¿Le da cosa que una ciega le prepare un jugo?

La pregunta me cuestionó, como si leyera mi pensamiento; entonces acepté solo para complacerla y para mirarla. Tenía puesto un vestido sencillo ajustado a su cuerpo delgado de atleta. Se desenvuelve en la casa como si realmente viera. Atravesamos el cuarto en penumbra. Sobre la pared, hay 28 medallas ganadas en juegos nacionales, en cien metros planos, natación y lanzamiento de la jabalina. Al lado de su cama doble, sobre la pared, varios vestidos colgados con rigor y bolsos de todos los colores bien dispuestos. Todo impecable. En la cocina, tomó un vaso sin tantear, abrió el grifo y lo lavó con sutileza. Mientras secaba el vaso se reía. La risa es lo mejor de su rostro. Tiene unos hermosos hoyuelos en las mejillas que son un defecto de cuna.

–Aunque están limpios hay que relavarlos, uno no sabe qué animales rondan por aquí.

Una salamanqueja, aludida por su expresión, se desliza por la pared, como enamorándola con su quejido de fin de mundo. Nadie sabe de dónde salieron esos animalejos que antes no cantaban.



–Dicen que anuncian el final del mundo.

Michel desanda el pasillo con el mismo paso de gacela. En la sala abre la pequeña nevera, con garbo. Toma la jarra del jugo de mango y vierte en el vaso hasta la mitad para bajarle el dulce. Después agarra una botella de agua destilada y mezcla, mientras le sostengo el vaso.

El mundo actual está lleno de peligros. La calle es una suerte de senderos de prepagos, drogadictos, traqueteros, paracos, guerrilleros, corruptos, de bullicio y el caos. Si la persona es ciega, la calle se la puede tragar. Y si esa ciega es bonita, el peligro es mayor. Michel está rodeada de peligros inminentes.

En Sincelejo existen hordas de mujeres que han creado carteles de chicas prepago, quienes actúan como grupos religiosos que reclutan incautas a sus mecanismos de prostitución. Michel al principio salía con amigas y amigos normales, más amigos que amigas. Frecuentaba sitios de diversión nocturna, como el Palacio de la Cerveza y otras discotecas de la Zona Rosa. Allí desfogaba toda su gracia, especialmente bailando champeta, ritmo frenético que se amolda a su espíritu alegre y fortaleza deportiva. Su cuerpo atlético se contorsionaba con voluptuosidad, incrementando el sentimiento erótico inocente. Allí estuvo la trampa. Empezaron a hacerle insinuaciones. Muchas personas se le acercaban con segundas intenciones. Se le regó la fama de chica divertida. Navegaba en medio de una sociedad incapaz de proteger los derechos de limitados físicos y visuales. Su familia la veía como un estorbo y ella quería libertad. Ser ella misma sin valerse de nadie. Su llegada a Sincelejo, después de ser desahuciada en muchas ciudades, buscaba eso, ser libre, ser ella, valerse por sí misma. Una tía, donde se había hospedado, empezó a cuestionarle sus ímpetus de libertad. Ella quería estudiar, pero en los colegios la trataban mal. No estaban preparados para su caso ni para los casos de todos los discapacitados.

En un arranque de libertad se fugó de donde su tía y se fue a vivir con una amiga que pronto la abandonó. Desde entonces decidió vivir con su soledad, una de las formas más cercanas a la libertad.

Una noche, en un sitio nocturno, se le acercó un agente de policía, quien le prometió ayuda. Le dijo que fuera al Comando, donde había proyectos para la comunidad limitada visualmente. En esos tiempos se había ido del colegio por una deuda de 80 mil pesos. Vivía de rifas y la venta de perfumes.

Apenas la vio, el mayor de la policía que la atendió le echó el ojo. Era un hombre de 43 años, casado y, como todo hombre casado, mujeriego, con problemas matrimoniales. Ella apenas tenía 20 años y era virgen. La primera estrategia de deslumbramiento del nuevo pretendiente fue hacer que sus alumnos de la escuela de carabineros le compraran las 200 boletas de la rifa. La venta le permitió pagar el colegio y continuar su bachillerato. El enamorado siguió implacable, llenándola de detalles. Le puso un investigador que la siguiera. La vigilaba en sus andanzas nocturnas y en el colegio. Descubrió que ella se mantenía en la jornada estudiantil con una caja de chicle y una botella de agua. A veces no llevaba ni para el pasaje de vuelta. El enamorado le enviaba el almuerzo al colegio con un agente. Ella lo rechazaba, pues su malicia indígena le llevaba a pensar que el enamorado podía echarle algo en la comida. Nadie antes la había tratado con tanta dignidad. Fue

cediendo. Empezaron a salir a bailar, a comer helados, a cenar. El día de la mujer allí estaba el ramo de flores. Los trámites de papeles y el ingreso a la universidad hicieron parte de la conquista. El oficial, aparte de enseñarla a ser digna, le vendió la idea de la superación y a no ser mediocre. La estrategia daría éxito y ella encontraría el amor por primera vez.

–Lo engañé, porque le había hecho entender que era señora.

No obstante las acechanzas de la noche y los peligros que la amenazaban, Michel se le entregó virgen a los 23 años. Convivió enamorada con su protector durante siete años. Le ayudó a comprobar, con inteligencia, que su esposa le era infiel. Pero un día se acabó el amor y ella tuvo que seguir activando mecanismos de defensa en esa selva que trataba de tragársela.

En la sabana se dice que hombre no abandona mujer. Es ella la que decide seguir o terminar una relación. A ella le correspondió aplicar este adagio, lo abandonó porque descubrió que ya tenía otra moza. Ahora vive con su eterna soledad, donde resguarda su libertad. Mantiene buenas relaciones, mientras ella se dedica a sacar adelante su carrera de psicóloga. Se graduó meritoriamente.

Ahora atiende vía Skype a una paciente bogotana de 33 años, una invidente con quien mantiene una fluida comunicación. La paciente es una poeta a punto de quitarse la vida. Su principal medio de expresión es la poesía. A través de esos versos, Michel aplicará la terapia. Son versos en los que hay deo de soledad y de abandono, también hay dolor. Su paciente ciega sufrió un duro impacto al perder al amor de su vida.

211

Michel prepara con su computadora sus proyectos de terapia y de cómo atender a personas con discapacidad visual y de otras índoles. Sus proyectos viajan por gavetas de funcionarios paquidérmicos que piden liga para que avancen. Quienes se prestan para empujarlos la miran con ojos de sexo. Algunas amigas que se le acercan creen que pueden proponerla como prepagó.

–Jamás venderé mi cuerpo por un empleo.

Las presiones que recibe a diario Michel son variadas. Su familia lejana deja de enviarle para el pago de su apartamento para propiciar su regreso, un compañero con limitación visual le promete un empleo si se convierte en su novia, un político le ofrece conseguirle un contrato quien sabe con qué intenciones. Y ella, como felina en guardia que conoce el golpe de la puerta cuando se cierra y cuando se abre, sabe si el vaso en el que se le da el agua está bien lavado o está sucio. Nadie la engaña.

Michel habla con cierta prepotencia. Su psicología la previene de gallinazos, de acechanzas y malandros. Su posición arrogante es propia de una mujer bonita que sabe lo que tiene, con absoluto dominio de su limitación y de su trascendencia.

Hoy, 18 años después de quedar ciega, cuando Michel Ávila vuela en la lanza de una jabalina, quisiera volver a ver a su madre en Leticia, el pueblo entrañable que no volverá a ver de igual manera, que ya no existe en sus recuerdos.

El primer obstáculo de Michel Ávila no fue su ceguera. El obstáculo inicial estaba en cómo la gente se reflejaba en ella, la eterna negación del llevado. El machismo de las mujeres machistas. Fue vencer a un Estado y a una sociedad sin preparación para asumir la discapacidad de las otras personas. En Colombia el 15 por ciento de sus habitantes son discapacitados. Se estima que unos seis millones de personas viven como trastos abandonados a su suerte. Después de superar varios intentos de suicidio y tras ser rehabilitada, Michel Ávila encontró en la educación una forma de superación a la oscuridad en que había caído. Inicialmente no le fue fácil. Ni siquiera en el Colegio Nuevo de Leticia, su tierra natal, la aceptaron a su regreso de Bogotá. En Coveñas solo fue admitida en un colegio de adultos por las noches. La directora del colegio le preguntó para qué pedía el certificado de quinto de primaria. En el tránsito a la profesión de psicóloga, Michel Ávila se encontró con un gran aliado para su rehabilitación definitiva, el deporte. A través de éste ha logrado disciplinarse, mantener un régimen de entrenamiento diario y mejorar no solo su nivel físico, sino de relacionarse con los demás. Su primera salida fue a Cúcuta. Inicialmente era la natación, pero este deporte la limitaba a una sola especialidad y ella quería triunfos más grandes y sonoros, a brazos llenos y a gajos. Probó en la jabalina y ganó. Michel es actualmente campeona nacional de lanzamiento de jabalina. Probó en los cien metros planos y ganó. Estuvo en Brasil, donde viajó sola, sin guía, debido a la pobreza de la liga de Sucre. Tuvo que hacer una recolecta con la periodista Lucia Reyes para viajar. En Brasil no le fue muy bien, porque no llevó guía, pero se ubicó entre las diez mejores del continente en tres modalidades. Fue la única costeña en una delegación de paisas, vallunos y cachacos. Allí se constituyó en la más comunicativa, por su erótico acento, por su forma pausada y por su empatía.

212

Ahora, después de vencer a Bolívar en cien metros planos y de batir la marca de lanzamiento de la jabalina (puso la marca en 19,5 metros), está clasificada para los Juegos Paralímpicos del Caribe 2011. Lo único que no le gusta a Michel Ávila de su computadora amiga, a la que mima y cobija como a un bebé, es el acento petulante del español que le sirve de traductor de textos. Lo demás es una esplendidez. Ella entra al cuarto con innegable garbo, levanta los brazos y descubre, tras quitar con sutileza el paño que cubre el aparato, como a un niño chiquito protegido de sarampión. Lo destapa, se lo lleva al vientre entre sus piernas largas y después lo pone sobre la cama tendida. Allí empieza a manipularlo, como si cambiara el paño a un bebé que le habla a su antojo. Revisa sus asuntos. Una de sus pacientes le ha dejado un mensaje. Es la joven bogotana ciega, de 33 años, atormentada por la soledad, porque de nada le ha valido hacer tantos cursos. No le dan empleo. A esta paciente la está tratando psicológicamente a través de la poesía. Son cerca de cien poemas que hablan del desamor y del dolor. Ha perdido a su novio mayor que ella. No quiere reponerse. Michel dice que se abra, que se salga de sí misma. La próxima vez que dialogue por el Skype le tendrá una receta de vida.

Mientras la lluvia cae y se maduran los mangos, llega la tarde. Me despido de Michel sabiendo que ella solo tiene el deseo de ayudar a esos seis millones de discapacitados de Colombia, pero más que a ellos, a quienes creyéndose sanos están más ciegos que ella, una mujer que, como Leandro Díaz, nos mira con los ojos del alma.

## LA LLAMADA DE LAS OLAS

María Teresa Balaciart Casero

Aquella noche frente a la luna llena, observando su poder de aclarar el mar, y envuelta en el dolor corporal inesperado tras su primera clase de surf, Alejandra Gómez decidió que aquél era su sino: las olas, el sol, la luna y el surf.

Desde hacía poco más de cinco años, regentaba su propio restaurante en el casco antiguo de Alicante, conocido y concurrido gracias a su cuidada selección de los alimentos y a un arte culinario magistral, y también gracias al toque de originalidad en los espectáculos contratados, ya fueran actores o cantautores, como guinda final junto con los postres, el café y algún que otro recipiente ebrio de fino cristal entre los clientes.

Su decoración cambiaba en cada estación del año, pero mantenía siempre una estética literaria, pues en cada pared reposaban textos de grandes obras, en orgullosas baldas, y los enormes lienzos no mostraban óleos sino palabras.

Vivía en un apartamento junto al mar, desde donde podía ver la isla Tabarca y el faro de Santa Pola. Eran las mismas vistas que habían acompañado su niñez y su adolescencia, cuando vivía en casa de sus padres, en el barrio de San Blas, aunque entorpecidas por edificios y quedando más lejanas. Ahora tenía una visión privilegiada de este paisaje que tanto llamó su atención desde niña, y por fin podía contemplarlo desde su habitación.

Una noche soñó que un hombre octogenario con el cabello por los tobillos y la barba por el ombligo le acariciaba las rodillas y le decía: “Son fuertes y quieren volar”, y después desapareció en el universo en forma de burbuja. Entonces la torre del faro de Santa Pola se convertía en una enorme catapulta que lanzaba a una mujer muy hermosa, que se acercaba hasta ella y de repente su propio cuerpo era una maleta, y la mujer cerraba bien sus cremalleras, y le decía: “Ya estás lista”. Algo que en ese momento onírico le pareció lo más normal del mundo, cuerpo de maleta, cabeza humana.

Esa mañana, armada de ganas de vivir, decidió tomarse el día libre y dar un paseo por el suelo del paisaje que tanto amaba. Desde la playa del Carabassi, observó cómo tres principiantes trataban, entre múltiples intentos fallidos, de atrapar las olas y surcarlas sobre la tabla. Delante de ellos y vestido en lycra negra, el que parecía ser su profesor les alentaba dejándose la voz, movía los brazos para indicarles que remasen, también les ayudaba a tomar velocidad empujándoles hacia la libertad de deslizarse sobre el mar. Sintió una

profunda curiosidad de saborear ese momento, entonces un *dèjà vu* la llevó de nuevo al sueño del viejecito y creyó comprender el motivo de su pasión por el paisaje de aquel lugar. Allí la esperaban las olas y el mar.

Se acercó hasta la caseta de madera que servía de hangar a múltiples instrumentos voladores. Había todo tipo de material de windsurf, vela, pádel surf, y más deportes acuáticos. El instructor, lleno de luz y de sal, resolvió todas sus dudas respecto a precios, cursos, y maneras de iniciación. Alejandra decidió tomar una primera clase de surf, de tres horas entre teoría y práctica. Últimamente no hacía mucho deporte, aunque en ocasiones lo necesitaba como un impulso de fuerza mayor, entonces salía a correr cerca de la cantera, o a nadar en el mar.

El trabajo en el restaurante era agotador, habían tenido que reducir gastos de personal y ella se encargaba de las tareas que en otros tiempos, antes de esta crisis irracional, ocupaban varios empleados, viendo cómo se escapaba su tiempo libre. Siempre presa de alguna manera en el restaurante y sin ganar a cambio más dinero, sino cada vez menos.

Aquella noche sus rodillas estaban moradas pero las sentía fuertes. Había tratado de coger más de cuarenta olas hacia la orilla, aunque en contadas ocasiones había logrado mantenerse de pie durante más de un par de segundos. Le dolía también la parte central del pecho y la espinilla izquierda, pero todos estos dolores amainaban al recordar la sensación de estar encima de la tabla. Siguió acudiendo a clases y practicó durante todo el verano, ilusa de llegar a conocer algún día el carácter del mar. En solo dos meses había trabajado una gran técnica y ansiaba olas de mayor tamaño, pues la amabilidad del Mediterráneo no le otorgaba la oportunidad de conocer la magia de estar en el tubo, aquello que comentaba tanto el instructor. Él decía ser algo parecido a abrazar a un león sin miedos, aunque esto último no lo había experimentado, aseguraba que era cierto.

Y fue aquella noche, bajo el influjo del mar iluminado por la luna, cuando se prometió la locura de dejar toda su tambaleante estabilidad y escapar de la rutina hacia lugares nuevos y desconocidos, azotados por el viento y perfumados por el océano. Sintió la imperiosa necesidad de cambiar el rumbo de su escenario, de viajar, de descubrirse a sí misma de nuevo, en cualquier otra parte.

En cierta manera le daba pena dejar su apartamento, donde había dejado cientos de horas de su tiempo en reformar, alisar paredes, pintar y hacer de éste su guarida soñada, su lugar de inspiración. También se topaba con el problema del traspaso del restaurante, pues a pesar de que durante estos cinco años había conseguido recuperar el dinero que invirtió en un primer momento, si abandonaba sin antes traspasar perdería una cantidad considerable que avalaría sin lugar a dudas sus primeros meses en cualquier otro lugar donde decidiera finalmente establecerse. Sin embargo, se aferró a una de sus frases favoritas: "Sin riesgo no hay gloria", y decidió dejar el restaurante a manos de su encargada y gran amiga Aída, una vez puesto en traspaso en todos los medios posibles que ofrece Internet. Llamó a su casero para despedirse del piso y una vez decidido que sería la isla de Tenerife la elegida para su futuro más cercano, hizo las maletas y tabla en mente se aventuró en aquel avión que la llevaría a su inesperado destino, un lugar de calor y con olas de ensueño para su nueva y gran pasión.

## Yo, deportista

Allí las cosas se desarrollaron en una magia poco común a sus recuerdos vividos. Tuvo la suerte de encontrar habitación en un piso compartido con su nuevo profesor de surf, quien conocía la isla como pocas personas y pronto la amistad se transformó en amor, llevándole a conocer el lado más humano de ser dos.

Les concedieron un permiso para poder establecer una nueva caseta, espacio donde Alejandra regentaría su nuevo restaurante, de idéntico servicio al de Alicante, con una pequeña diferencia, no eran baldas las que sostenían libros, eran pulidas, pequeñas y perfectamente adaptadas tablas de surf.



## SIN FRONTERAS

María de los Ángeles Coza Pérez

Érase... el principio, por donde empiezan todas las historias.

Al norte de El Aaiun, en el Sahara Occidental hacia el sur, hay una ciudad fronteriza llamada Tah, donde existen unas enormes salinas de nombre Sebjet Taazgha.

Desde muy pequeño Azzâm veía la costa, el mar llegaba casi a lo pies de su aldea y de un lado contemplaba su profundo azul y del otro el rojo del desierto, el Sahara mostraba toda su extensión abrupta en el horizonte, contorneando la silueta de países que se adentran en él dejando entrever la tierra africana.

Al oeste de la Bética la vegetación llena de encinas y alcornoques acompaña con su sombra al caminante, junto a ellos el pinsapo se yergue en su dominio forestal asomándose a los Pueblos Blancos.

Por su ventana Juan veía el verdor intenso de los árboles que unidos formaban una gran mancha. Al salir de su casa se topaba con las fachadas encaladas, adornadas con macetas de flores que creaban un espectáculo de color al que se unían el dorado del sol, el marrón de la montaña y el azul del cielo.

Pueblos... Lugares... Raíces.

La geografía se mostraba rotunda al nordeste marcada por la cadena del Atlas como una gran lengua extendida desde las ciudades rifeñas del norte y tras el medio Atlas abriéndose paso hacia el sur la región Susi de Taroudant, Tiznit...

Un mosaico colorido que se mezcla hasta las dunas que jalonan el paisaje, y entre tanta extensión de arena, algún oasis perdido adivinándose casi de incógnito, como sacado de una película de aventuras, un remanso de frescor oculto tras el verde vahído casi amarillento de los palmerales.

La aldea de Azzâm asomaba como un punto diminuto en el mapa de un vasto territorio que la rodeaba y al que se asomaba con la timidez de un pequeño círculo.

La humildad de sus calles, de sus casas, se respiraba por sus rincones, y la historia de sus habitantes estaba plena de tradiciones.

La luz se reflejaba a turnos en las fachadas azuladas, otras albero, configurando un entramado de callejones laberínticos entre raídas cortinas que separaban el sol externo de la penumbra interior imaginando un ritual de entrada al frescor.

El asfixiante calor de temperaturas extremas era recompensado ante el refugio de estas paredes de adobe que acogían como un pequeño templo donde respirar; aun así, la brisa que traía el viento resultaba pesada, embriagada de sal.

Los caminos en torno a los Pueblos Blancos se tornan como tortuosas adivinanzas escritas en sus piedras llenas de historia con palabras que salpican las grietas de sus iglesias, de sus monumentos.

En los paisajes verdes de sus Parques Naturales el agua se siente, se huele, y la flora y fauna los llenan de vida. Los ojos del caminante son invitados a perderse en esta gran extensión... en su frondosidad.

En el pueblo de Juan se seguía la tradición de blanquear las fachadas dando un aire limpio, de manera que cuando el sol se reflejaba en ellas se intensificaba el efecto de la cal aportando sensación de calma y sosiego.

Las puertas se abrían al exterior tras los zaguanes separados de la calle por las cortinas bien tejidas a la manera serrana.

El pueblo era pequeño aunque bien comunicado, fácil de encontrar en el plano de cualquier visitante, difícil de abandonar por la generosidad de su entorno y de su gente.

El aire circulaba limpio, templado al mediodía pero fresco en la umbría del atardecer. Entonces el silencio reinaba, apenas interrumpido por el aleteo de aves en actitud de recogida.

Formas de vivir... El sustento.

La vida de los habitantes de la aldea se volcaba en el mar; éste marcaba la esperanza de sus vecinos servida en una buena cosecha que ayudaba al sustento diario.

El padre de Azzâm tenía una pequeña embarcación con la que pescaba y mantenía la economía familiar.

Los cultivos eran escasos, por lo que el mar se convertía en el recurso del que disponían, por ello se respetaba como algo muy cercano, un buen amigo en lo proveniente, calmado, sereno... pero a veces fiero cuando rugía y golpeaba...

Desde la orilla los barcos parecían muy pequeños. como cascarillas que se precipitaban al interior engullidos por las olas para afortunadamente resurgir de nuevo.

Los hombres faenaban desde que oscurecía hasta casi el alba, y una vez completada la faena las embarcaciones viraban para aproximarse a la orilla, entonces los chicos mayores se acercaban y ayudaban a portear las redes, en el mejor de los casos casi llenas.

Khalil, su hermano mayor, solía acompañar a su padre y él desde la orilla era de los primeros en acercarse; Humam gritaba a su hijo para que fijara el cabo y poder así mantener la embarcación quieta, éste asentía y luego corría para calmar a su madre y a su hermana, que esperaban en su pequeña vivienda.

El resto de muchachos intentaban ayudar arrastrando las redes en un acopio de fuerza, saltaban y extendían las manos afanándose en acercarlas a la orilla, una vez recogido, todo volvía a la calma.

El pueblo de Juan era destino turístico para muchos viajeros; llegaban de forma cíclica y era lo que daba un respiro a la economía local, concentrada en pequeños negocios como la tienda que regentaban Manuel y Lola, sus padres, o las granjas y huertas que abastecían de productos frescos.

Se habían reinventado iniciativas y no faltaban aquellas de ocio que procuraban ambientar las tardes y noches aprovechando el éxodo veraniego, tanto de extranjeros como de "hijos pródigos" devueltos de la ciudad, cuyos abuelos habían echado raíces en el pueblo algunas generaciones atrás.

La tienda a determinadas horas del día era un hervidero, los forasteros entraban... consumían... preguntaban, y los paisanos aprovechaban para abastecer la despensa y encontrar un rato de conversación.

Las dificultades se mitigaban con la bocanada de aire fresco de los turistas, que permitía seguir el rumbo diario y respirar con cierta holgura.

Manuel encargaba a veces a su hijo en algún rato libre llevar los pedidos a casa de sus vecinos, él disfrutaba con el paseo y con sus conversaciones, escuchando las historias que le contaban los mayores como el mejor elixir del que empaparse, sobre todo si el cuento hace que se te erice el pelo y las pupilas se te abren como platos...

La familia... Los lazos.

La etnia de la familia de Azzâm era la Amazigh, que en su lengua quiere decir "los que son libres", de procedencia berebere; en muchas ocasiones su padre les había contado historias que hacían referencia a sus raíces desde su enclave en un remoto pasado al este de Egipto.

Berebere era el nombre que Grecia puso a los pueblos que no hablaban su lengua y se mantuvo a través de los siglos por los romanos y después en Europa.

La historia de su pueblo era extensa y muchos los testimonios que hacían mención a su antigüedad.

El relato en su lengua Tamazigh no dejaba de sorprenderle y de despertar su interés. Humam transmitía estos hechos como un tesoro heredado que había prevalecido durante siglos de generación en generación y daba identidad al pueblo del que procedían.

Manuel y Lola contaban a Juan historias de sus abuelos, llegados de una tierra donde las montañas eran aún más altas que las que él estaba acostumbrado a ver cuando salían de senderos.

Por esto los llamaban los montañeses y procedían de un pueblo de La Liébana, en tierra cántabra; con algunos ahorros se establecieron y comenzaron a labrarse el futuro en aquellas tierras.

A él le gustaba ojear el álbum familiar e identificar a estos protagonistas con sus trajes peculiares, que a pesar del tiempo le parecían cercanos.

Descubrió recortes de un periódico deportivo antiguo con las fotos de un joven espigado en una bolera; era su abuelo, había sido campeón con su peña allá en su pueblo, su padre le

contaba que el juego de bolos es muy tradicional en Cantabria y no es fácil llegar a dominarlo como sabía hacerlo su abuelo.

Otras historias eran aquellas que relataban la fama de los montañeses a la hora de construir, en el manejo de la piedra habían sido artífices de catedrales y otros vestigios que sólidos, habían prevalecido a través de los siglos.

Estos relatos casi a punto de irse a dormir era el último encuentro que Juan incorporaba a su día, robando a su sueño esos minutos para la historia.

Pequeños y grandes protagonistas.

Algo más sobre Azzâm:

Los ojos de Azzâm eran oscuros, vivos, sus diez años se recogían en un cuerpo menudito, pero tan ágil e inquieto que estaba pendiente de cualquier cosa a su alrededor.

Curioso, corría intentando descubrir a cada paso lo que se mostraba cerca, y en lo lejano ponía en marcha su inagotable capacidad para imaginar.

Le encantaba jugar, con sus amigos buscaba cualquier rato para dar patadas a una improvisada pelota hecha de trapo, ¡inventiva no podía faltar!

El mar también acompañaba en sus juegos, la orilla era un inmenso campo de fútbol pintado en la arena y el sol pautaba el tiempo, a modo de foco que les guiaba de un lado a otro en su carrera por marcar.

El “partido” se hacía muy en serio, orgullosos defendían a su “equipo” como si se tratara de una auténtica competición.

Al terminar refrescaban sus pies en el rompeolas para seguir corriendo en dirección a casa, retándose, como si de otra prueba de rapidez se tratara en un ensayo de resistencia.

Ya en la puerta sacudían de sus pies descalzos los granitos de arena que siempre asomaban entre sus dedos sin llegar a desprenderse del todo.

Algo más sobre Juan:

La complexión fuerte de Juan le daba un aire atlético, el pelo encrespado le caía por la frente y su cuerpo dejaba entrever unas piernas largas.

Desde pequeño, como otros compañeros del colegio, acudía a las clases deportivas de fútbol y cualquier ocasión era buena para echar un partido.

Al final del día, iban al gimnasio, donde se guardaban los “tesoros” en forma de balones y redes que hacían posible la explosión, el patio se llenaba de compañeros y compañeras que los animaban y eso aumentaba la tensión.

En el cemento del recreo había líneas bien trazadas que delimitaban el campo de juego y cuando la tarde caía, los reflectores las iluminaban como rayos; con estos ingredientes y el público entregado, la pócima mágica se ponía en marcha, y cada martes y jueves el patio dejaba de serlo para convertirse en su “estadio”.

Corrían tras el balón, era la hora de la verdad para poner en práctica las estrategias y enseñanzas de su entrenador, noventa minutos de gloria y de sueños.

Después del “encuentro” las duchas los esperaban en otra batalla amistosa, los gritos y risas resonaban, a toda prisa ya limpios y vestidos se despedían con gesto de colegas, se jaleaban si el resultado había sido bueno, si no, ya vendría el “otra vez será” y se precipitaban por las calles en un experimentado *sprint* para llegar cada uno cuanto antes a casa, la cena casi estaría en la mesa y el desgaste tras el partido azuzaba la tripa.

Planes para un encuentro.

El tiempo en la aldea transcurría muy lento calcándose día tras día en una rutina inmóvil, sin embargo en poco se iba a producir un suceso en la vida de Azzâm, algo que la cambiaría en un pequeño periodo por algo aún desconocido pero atrayente y que le causaba una particular emoción.

La noticia llegó a través de Marisa, una cooperante española, la aventura se llamaba Vacaciones en Paz y el pequeño Azzâm podría convertirse en uno de sus protagonistas. Quedaban muchos detalles por ultimar, sobre todo con las familias de la aldea y las españolas, pero si fuera posible... le haría conocer una tierra nueva, nuevos amigos, una familia que lo acogería y con la que compartiría su día a día.

A pesar del recelo que pudiera haber, en su corazón no sentía miedo, como si algo interior le dijera que aquellas personas que Marisa describía y con las que compartiría ese tiempo no fueran desconocidas.

Al pueblo de Juan también llegaron estas noticias, la información partió fluida desde una asociación que había de Amigos del Pueblo Saharaui, conocían de cerca el proyecto por Ana, integrante de la asociación y amiga suya.

Aquel año algo les hacía plantearse el colaborar para abrir ese camino en su pueblo y que la propuesta no cayera en saco roto.

Ante la convocatoria de Ana se hicieron reuniones para informar a las posibles familias interesadas y entre sus convecinos comenzó a circular el planteamiento cada vez más firme y comprometido de luchar simplemente por abrir esa frontera y encontrar ese punto medio defendido por algunos que ya lo habían experimentado y que predicaban con ahínco que todo lo que se da, se recibe.

Así se conocerían... así se harían amigos.

Así se conocerían Azzâm y Juan en una aventura llamada Vacaciones en Paz, aún no se había iniciado, pero los primeros pasos comenzaban a andarse.

Muy pronto se estrecharían las manos, aunque todavía fuera algo imaginario, un abrazo invisible.

A Azzâm le esperaba un país para él lejano que se perdía en el horizonte, donde parecía no terminar el mar y era difícil adivinar la tierra.

Aún no sabía nada de su familia de acogida, con cierta excitación pensaba en ella sin adivinar que sería la familia de Juan.

A Juan le llegaba como una experiencia que le atraía, una historia de la que codiciaba más información y sin saberlo le esperaba una doble prueba, hacer de la distancia algo pequeño, y el reto de compartir.

# Yo, deportista

Con toda seguridad el buen entendimiento fluiría, y la lengua no supondría una barrera. Le enseñaría su colegio, el patio donde jugaba, le presentaría a sus compañeras y compañeros, con los que entrenaba, con los que se emocionaba y hacía piña al final del partido, seguro que a su futuro amigo le gustaría conocerlos y, si era capaz de vivirlo con él, se crearía entre los dos algo inolvidable.

También podría leerle historias que le enseñaban en su cole, alguna poesía o resumen de sus libros de texto tratados con cuidado.

Azzâm conocía otras cosas especiales que seguro Juan ni se imaginaba, había aprendido a dibujar de una forma que solo los niños y niñas de su aldea sabían, deslizado el dedo por la línea del horizonte guiado por un lápiz imaginario.

Le podría contar lo parecido que era el blanco de las paredes de las casas del pueblo a las salinas que centelleaban bajo el sol como pintadas de cal, le describiría el ruido que hacían las redes al desplegarse en la orilla antes de la faena, cuando las mujeres de su aldea las remendaban, parecían notas desprendidas de manos que tocaban las cuerdas de rudos instrumentos, con los acordes armónicos de una sinfonía perfectamente guiada, como cuando el viento silbaba entre los pinsapos y agitaba sus ramas.

...Y así, esperando el encuentro, imaginaban sus juegos y se tumbaban en el suelo, el mismo cielo cubría sus cabezas, la misma tierra los envolvía.

Una tierra común para los dos, una tierra sin fronteras.

**221**

*Cuando doy, me doy a mí mismo.*  
Walt Whitman



## CRÓNICA

José Domínguez Herrero

Lo que precede a la hora de salida es tan extenso que me daría para escribir un libro. Todos esos días, semanas y meses anteriores a la prueba saliendo con César, Juana Mari, Alex y Albert en Barcelona. Con Manel, Juan, Jordi, Nelly y el resto de *incombustibles* por Calafell. Los consejos de David, sus indicaciones y su entreno. Las preguntas a Benja sobre sus ultras. El apoyo incondicional de Nelly, mareándola con hidratos para arriba y proteína para abajo. Ahora carga (con hidratos) ahora descarga (sin hidratos, vamos, arroz y similares). Por tal motivo, empiezo a relatar justo en el momento en que vamos para las vallas de la salida:

Nuestra hora de salida es a las 17:24 horas, para variar salimos tarde, un par de minutos solo. Rudi se pone nerviosillo diciendo que nos apresuremos, que ya es la hora. Cruzamos la valla y nuestros chips amarillos (el plástico que llevamos en los cordones para que nos controlen el tiempo) se suman a la fiesta de pitidos (al pasar por los puntos de control con el chip lo registra con un pitido).

222

Le digo a Rudi de trotar, pero me dice que no, que tire yo. Miro de hacer eso, pero el camino es tan estrecho que es imposible adelantar. Al cabo de unos metros se ensancha y empiezo a trotar, le deseo suerte a Rudi y a su amigo Johnny.

Apenas llevo unos metros de los 84,8 km que tengo por delante, de modo que no me estreso y voy a un ritmo bastante suave. A pesar de ello, ya empiezan las primeras críticas de los caminantes: “¡A ver si aguantas hasta el final! ¡Que *la Moreneta* no se va a mover del sitio! ¡Lo que hace la gente por los donuts!” y un sinfín de cosas más que ya no recuerdo. He salido con una lata de Aquarius en la mano para tocar lo menos posible la bebida isotónica (preparada en casa) que llevo en mi espalda. En ningún momento se me pasa por la cabeza tirar la lata al suelo – Nelly se indigna conmigo cuando no le dejo tirar un chicle al suelo–, pero me doy cuenta de cómo los caminantes me miran con desdén esperando el momento en que vaya a tirarla. Por si no fuera poco el ir corriendo para ser mal visto, llevo una lata en la mano. Soy un auténtico paria para ellos (para los que van caminando, pero no todos son iguales, no hay que generalizar).

Aparecen las primeras subidas pronunciadas en las que decido ir caminando ligero. Las vistas son impresionantes. Me llama la atención un señor que me adelanta corriendo, aunque de una forma peculiar: da unos pasos muy cortos y lleva la cabeza ligeramente ladeada. No tiene pinta de corredor y pienso que es imposible que acabe (pienso en lo que tanto he criticado que me decían a mí muchos caminantes).

Creo que más o menos debo llevar unos 4 km cuando decido parar para mear. Al más mínimo síntoma evacuo, no quiero que me pase como en la salida nocturna de finales de julio. Veo a una pareja –hombre y mujer, pero no sé si son novios– que van trotando. Ella tiene el pelo rubio rizado, él parece calvo, lleva un pañuelo.

Llega el primer punto de control y ahí hay una papelera –ahora mientras escribo compruebo que está a 7,9 km de la salida– Para que después se quejen de los que la hacemos corriendo, que enseguida nos echan la culpa de la suciedad, 8 km con la lata en la mano–. Nos piden el dorsal, que es del tamaño del DNI, lleva un código de barras que sirve de control de paso. Llevamos el chip amarillo, de modo que no entiendo por qué tenemos que ir pendientes de que no se nos pierda el cartoncillo este (al finalizar la prueba lo entendí, o eso creo a día de hoy). Me hago alguna foto, la cuelgo en el Facebook y la envío a través de whatsapp para que los amigos y Nelly sigan la aventura. De aquí hasta el primer avituallamiento tenemos por delante, aproximadamente, unos 10 km de bajada ininterrumpidos por la montaña. Voy con mucho cuidado de no ir demasiado rápido y destrozarme los cuádriceps. Me han avisado de que debo tener cuidado con esta bajada. Se hace eterna, parece que nunca llega a su fin, y por más que estés bajando, al mirar hacia las montañas, el precipicio parece que no mengüe.

Voy bajando bastante rápido saltando las piedras con cuidado cuando de pronto escucho unas voces: “¡Eeh, eeh!” Me giro y parece que es para mí. Así es, se me ha caído el chubasquero que llevo metido en un hueco de la mochila junto a la manta térmica, ya que no me caben dentro. Durante el recorrido tendré que parar más de una vez para colocarlos bien hasta que finalmente pierda el chubasquero. A todo esto hay un hombre que me dice algo como: “Corre, corre”. Le digo si me puede repetir lo que me ha dicho y me dice: “Que decía que por si no fueras ya bastante rápido, ahora todavía irías más deprisa al perder lastre”. En fin... me digo para mí mismo.

223

Adelanto a un hombre que se está encendiendo un puro y no puedo evitar el preguntarme: “¿Tengo que estar escuchando de todo por ir corriendo y esto está mejor visto? ¿Este es el verdadero espíritu de la prueba?”.

Sigo corriendo. Hay poca gente que me pase, pero la hay. Entre ellos un par de hombres, uno con camiseta blanca y el otro... es curioso, recuerdo que lleva gorra, pero no sé si su camiseta era blanca o verde. El de blanco (el que va de este color seguro) tiene pinta de hacer un tiempazo y decido seguirles un rato. Al cabo de unos km de bajada renuncio a seguirles, mejor dicho: no puedo seguirles. Queda mucho por delante, no nos precipitemos.

Al fin llego al primer avituallamiento. ¡Genial! Llevo 17,5 km y estoy como si nada, la cosa va bien. Hay bebida energética, té, coca y diría que galletas de chocolate. Como de todo un poco y aprovecho para pedirle a una señora que me haga alguna foto. También tenso las correas de la mochila, se han aflojado y la correa de mi izquierda me ha hecho una herida en el cuello. Me pongo en marcha. Alguien pregunta a un amigo suyo –un tal Paco– si había pasado de control. Le digo que no y se burla de mí diciéndome: “Gracias, Paco”. “Ojalá no termines, desgraciado” pienso yo. Sí, me ha tocado las narices.

Empezamos a subir hasta que la cuesta es tan prominente que decido ir caminando. Cuando me parece, troto unos metros viendo que alguien lo hace, pero no me animo mucho. Quedan

más de 60 km, vamos a dosificarnos. Las vistas son preciosas. Aprovecho para pedirle a un hombre que hace una foto que me haga una a mí. Es simpático. Me pregunta a qué hora he salido, le respondo y me dice que llevo un buen ritmo. Él ha salido a las 16:54 horas. Exactamente 30 minutos antes que yo. Subidón de adrenalina, le he ganado 30 minutos al reloj. ¡Estupendo!

Llego al segundo control de paso, lo que significa que llevo 20,4 km en 2 horas y media. No sé si está bien o mal, me inclino por la primera opción. Foto y arreando. Por cierto, quedan 8 km para la próxima parada con agua donde está también el paso de control 3, y 10 km para encontrar parada con comida.

El primer problema aparece en forma de piedra lisa que la gente que tengo delante de mí no sabe por dónde subirla. Debemos haber unas 10 personas, miro de relajarme, ya que estar parado me saca de quicio. Llega mi turno, subo y voy detrás en fila india. La subida por la piedra lisa es pronunciada, todos caminamos, hasta que el camino se ensancha y aprovecho para adelantar a tres o cuatro personas. Seguimos subiendo.

Vuelvo a ver a la chica rubia del pelo rizado y a su acompañante del pañuelo.

Algunos van escuchando el Barça. Se quejan de que el árbitro no ha pitado el penalti más claro de la historia a favor del Barça. Se empieza a hacer oscuro y cuesta ver el camino. Algunos ya han encendido el frontal. Al fin dejamos de subir al mismo tiempo en que vamos a parar a una explanada. Casi todos aprovechamos para parar y colocarnos bien el frontal. Reanudo la marcha. Otra vez camino estrecho por el que hay que ir en fila india –ahora en bajada–. Las personas que tengo delante van caminando, de modo que hago lo mismo, muy a pesar mío, para no molestarles. Cada vez que aparece alguna rama que hace que tengamos que agacharnos un poco se forman unas colas que ni en las rebajas. Cuando puedo, avanzo a los que tengo delante, pero no es fácil. Se me hace eterno, tenía previsto caminar en esta prueba, pero no cuando me lo impusieran, sino cuando yo lo decidiera. Al fin se ensancha el camino y puedo volver a correr y adelantar sin problemas. Voy con cuidado con las piedras y con resbalarme. Durante todo el recorrido resbalaré varias veces sin llegar a caerme, por suerte.

Sigo escuchando piropos del tipo: “Los hay que tienen prisa”, “Venga, que llegas tarde”.

¡Al fin! Ahí está el control de paso 3. Apenas me paro y salgo escopeteado de nuevo, hay que aprovechar los tramos anchos para correr. El próximo puesto en el que comer algo está a unos 3,3 km. Lo más destacado hasta llegar ahí fue que corrí más de lo previsto al mirar de seguir a otro. Me explico: debido a que el camino era algo estrecho y con bastante pendiente, no tenía pensado correr. Pero al ver a uno que lo hacía a un ritmo moderado y queriendo aprovechar el espacio que le concedían, la verdad es que no lo pensé dos veces. Y así llegamos al avituallamiento de Coll de Poses (32,1 km del recorrido). Hay varios grifos donde la gente rellena la *camelback* (la mochila que lleva el tubo para beber). En la mía me había preparado litro y medio de agua con polvos de Isostar. No estoy para hostias, de modo que meto la mochila en el grifo y con los polvos que queden del preparado anterior, voy a seguir adelante. Igualmente llevo unos sobres que nos dio la organización al recoger la camiseta, el dorsal y el chip. Como unas galletas de chocolate y una mezcla de frutos secos, si no recuerdo mal. También bebo un par o tres de vasos de bebida energética y cómo no, pido que me hagan una foto. Las 21 horas 50 minutos del sábado. Llevo casi 4 horas y media desde que salimos.

El próximo sitio donde habrá agua, y coincidiendo con el paso de control número 4, está a 5 km –que por cierto, ahora mirando el mapa veo que fueron 5 km de subida ininterrumpida–.

Camino un poco para que baje la comida y enseguida vuelvo a correr.

Voy pensando en lo bien que me encuentro físicamente.

Vuelvo a adelantar a la chica del pelo rubio rizado y su acompañante del pañuelo. Esto me hace pensar que paro mucho en los avituallamientos o que tengo que hacer menos fotos. Para hacer una foto tengo que parar, quitarme la pequeña bandolera, que cada vez que lo hago, por cierto, se me cae el vaso de plástico que llevo sujeto en la correa de la bandolera, y al fin hacer la foto. Bueno, y buscar a una persona que a estas alturas todavía esté de humor para hacer una foto a un alegre desconocido. O tal vez ellos están parando muy poco, menos de lo que yo tengo previsto.

A lo lejos se ve la luz del control 4. Tomé agua y creo que también me metí una lima en la boca. Aproveché para hacer un pis y también barajé la posibilidad de hacer un popó, pero lo descarté. Llevaba ya algunas horas con molestias en la barriga y no sabía se me pasaría o me acabaría pasando factura. Llevo 37 km.

Cada vez miro con más atención los km que faltan para la próxima toma de agua o comida. El siguiente, por coincidir con la mitad del recorrido, es el avituallamiento más grande, y en esta ocasión, agua y comida coinciden. Los encontraré en el km 45,7 en Sant Llorenç Savall.

Son prácticamente 9 km de bajada por camino ancho. Aprovecho para adelantar todo lo que puedo hasta que empiezo a sentir unos pinchazos en el cuádriceps derecho. ¡Cómo no! En la pierna que desde hace unos años tengo problemas. La bajada se me empieza a hacer larga y aflojo el ritmo. En los tramos en que la bajada es más pronunciada me sorprende la gente que llega a pasarme. No pasa nada, pienso. “Solo” falta algo más de la mitad. Entonces me viene a la mente que estos problemas pueden ser por falta de alimento, aparte de por el desgaste ¡claro está! De modo que le pego unos sorbos al tubito que sale de la mochila con el preparado de Isostar.

Me llama la atención una señora que va caminando con los palos. No sé a qué hora habrá salido, pero tiene un mérito extraordinario. No quiero agobiarla mirándola y asediándola con la luz de mi frontal. Si ahora me cruzara con ella, no la reconocería.

Este tramo me tiene preocupado por los mencionados pinchazos en los cuádriceps. Esto en algún momento me pasará factura.

Se oyen voces, gritos del público, de la gente de los pueblos que nos animan. Ya se ve la iluminación del avituallamiento de Sant Llorenç Savall.

¡Qué bien! Estoy en el km 45,7 falta algo menos de 40 km. Foto de rigor, son las 23 horas y 40 minutos. Me paro en una fuente, lleno el vaso de agua y echo un sobre (*Recuperation*) de los que nos ha facilitado la organización. Todavía no voy a correr, voy a ir caminando para que se vaya asentando todo lo que he comido y bebido, pero me ha cogido frío. ¡Hasta me castañetean los dientes! Quería seguir con la misma ropa, pero... “¿Para qué la he traído entonces?”. He llegado a la mitad del recorrido; es un buen momento para hacerlo. Me quito la camiseta y los calcetines.

Antes me he quitado las bambas, claro, y parecen dos trozos de madera. ¡Están tiesas! Me pongo vaselina en los dedos de los pies y en los pezones. No puede faltar en la larga distancia. Empiezo a correr de forma suave, pero los dientes no dejan de castañetearme. ¡Qué bien me hubiera venido el impermeable que he perdido antes de llegar a este avituallamiento! Sigo mi camino, pero antes de dejar el pueblo me meto en el último bar a tomar un café esperando que me caliente el cuerpo. Después de haber leído el libro *Nacidos para correr*, de Christopher McDougall, no me importa descansar dos minutos más en un sitio en el que hay de todo, a verme deshidratado en una trialera de difícil acceso. Me viene a la cabeza la señora que participó en una ultra con su hijo a cuestas y en los pasos de control le daba el pecho. A pesar de eso, acabó octava. De modo que si cuando corres logras encontrarte fuerte y a gusto, no debes tener reparo en dedicarte unos minutos a recuperar –no digo como antes de empezar la cursa, pero sí, al menos, las buenas sensaciones–. Este libro me ha sido de gran ayuda. En mi opinión, lo considero la Biblia del corredor, quería terminarlo antes de afrontar la Matagalls, y así ha sido. He tenido en cuenta la frase de una nutricionista en la penúltima página del libro, que define una carrera de larga distancia como: “Una competición de comer y beber con algo de ejercicio y vistas de paisajes”. De modo que eso miro de hacer, a pesar de que lo último es un poco más difícil. Durante las 3 primeras horas (alargándolo mucho) sí he disfrutado del paisaje y he hecho bastantes fotos, pero desde las 20:30 más o menos, que corro con la luz del frontal, no es que esté disfrutando de grandes vistas más allá del círculo iluminado en el suelo que me ofrece el aparato.

Corro. Sigo el consejo de Christopher McDougall, el autor del libro del que acabo de hablar –bueno, llevo toda la cursa siguiéndolo–, es el de no quemar azúcar en larga distancia, sino grasas y ¿cómo podemos controlarlo? Con la respiración. Dice que cuando empezamos a tener una respiración fuerte es que empezamos a quemar azúcar. Pendiente de esto, veo que no tengo problema alguno con la respiración, que el cuádriceps ya no me duele. ¡No me molesta nada! Me siento más fuerte que al principio, de modo que con la respiración como único indicador de cuantarrevoluciones –apenas hago caso a las pulsaciones– cada vez corro más rápido. Hay momentos en los que voy un poco asustado por lo rápido que voy. ¿Cómo puede ser que esté yendo tan rápido?

Llego al control C5. Hay unos señores y señoras mayores tapados con mantas y a pesar del frío tienen sonrisas dibujadas en sus caras. Les pido, por favor, si les puedo hacer una foto “¿A nosaltrees?” Me contestan. “Clar, a vostés”, les digo. Alzan sus vasos a modo de brindis y... ¡OK, lista la foto! Son las 00:46 horas y llevo 51,3 km. Me anima muchísimo ver que faltan unos 33 km y pico. No me siento como si hubiera corrido esa distancia. Pero más me sorprende aún que no haya tenido que recurrir al factor psicológico para no venirme abajo. Aquel momento en que físicamente estás destrozado y pasa a trabajar la cabeza diciéndote: “No lo dejes ¡puedes!, ¿de verdad quieres renunciar?, ¿para esto has entrenado tanto? Deja la pereza a un lado y sigue corriendo, piensa en Nelly y en todos los amigos que te han ayudado”. Este es mi último recurso cuando el cuerpo empieza a fallar e incluso la cabeza, ya que me parece que a esas alturas es el corazón el que le envía toda esa energía positiva a mi cabeza. Sí, es una locura, pero hay un momento en que la cabeza tampoco quiere seguir, al mismo tiempo que recurre a pensamientos positivos que te den fuerza te va diciendo: “¿Qué haces aquí corriendo 50 km a media noche si no vas a ganar?”. Cuando esta pregunta viene a tu mente en momentos de bajón, hay que ser



mínimamente duro para reponerte y no clavar las rodillas en el suelo bajo el peso de cada palabra que compone la frase. Por eso creo que cuando te encuentras en este punto, cuando el cansancio es tal que no encuentras motivación en tu cabeza, si tienes ese plus de amor (tal vez a algunos les pueda funcionar con odio, por aquello de que comparten tantas “lucecitas” en común en el cerebro), de algo en lo que creer, entonces puedes disponer de esa reserva secreta de agua, comida, ánimos en forma de cariño, incluso ibuprofeno que tienes dentro de ti para seguir adelante. Si consigues llegar a esta fuente de recursos que tienes en tu interior, ya nadie te parará. Lo he comprobado. Esto no es fácil y es más que probable que si estás empezando ya no a correr, sino a introducirte en el deporte, a la primera que te canses, pares. Pero así empezamos todos.

Ya veo el cremallera y la gente que está animando. Subo las escaleras a la plaza donde está el cremallera y hay un fotógrafo, que ahora lo tengo de amigo en el Facebook, miro de poner buena cara y muestro el dedo pulgar en forma de OK. La verdad es que ha quedado muy chula la foto. Subo las últimas escaleras y... ¡Ahí están! Filo, Juan y Nelly, mi marida (como la llamo cariñosamente). Nelly me llama, voy para ella y me cae alguna lagrimilla. Apenas le he dado un beso –pobrecilla, iba sucio como un cerdo– que me llaman desde las mesas de la organización donde entregan los recuerdos: “Ven aquí a la alfombra para finalizar la prueba” Vaya, me falta la última pitada de chip.

Final: 13 horas 11 minutos. Al inicio de la crónica he comentado que al final entendí porque debíamos llevar el cartoncillo del control de tiempo. Lo pedían para entregar el recuerdo de la Matagalls.

Joaquín entra 3 minutos más tarde: 13 horas 14 minutos. Nos quedamos tomando café y comiendo algo. Le presento a Nelly, Juan y Filo. Nos ponemos a charlar todos y a ver cómo van llegando más participantes al mismo tiempo que poco a poco va amaneciendo.

Después de dar unas vueltas –yo ya en frío apenas podía caminar– al fin abren el primer bar. Mientras tomamos un café con leche con un *croissant* yo me duermo en la mesa.



## LO BUENO Y LO MALO

Cecilia Durán Mena

Tantas pantallas te distraen: la pantalla de la caminadora que te indica la velocidad a la que corres, las calorías por minuto que pierdes, la distancia que has recorrido y el ritmo de tu corazón; también, de la pared de enfrente cuelgan siete pantallas de muchas pulgadas, cada una exhibe algo diferente: un noticiero, un programa deportivo, una serie de comedia, otra serie policiaca, la repetición de un partido de fútbol, un especialista en finanzas y un partido de tenis. La música está a todo volumen pero tú ni te enteras porque traes puestos los auriculares para escuchar lo que a ti te gusta y no lo que elige el gerente del gimnasio. Desde luego, también está la pantalla que más jala tu atención: la de tu teléfono celular. Con pericia alternas la consulta de los correos electrónicos, los últimos tuits y las novedades más recientes de Facebook.

228

No respondes al “Buenos días” del chico que corre en la caminadora de al lado, ni contestas los saludos de tus amigas que se ejercitan en la escaladora y en la elíptica atrás de ti. Te separan unos metros de distancia y parece un abismo. Tu mente devora información. Salta de las noticias a las finanzas internacionales, a la agenda personal, a la foto del anillo periférico que a esa hora va embotellado y que acaban de subir los usuarios de *my waze*. Verificas que la temperatura que está dando el presentador sea la misma que da el canal del clima, sí es idéntica, hace frío.

Tu cabecita no tiene capacidad para tantos nombres, cifras, datos importantísimos que no tardarán en darle la vuelta al mundo y que se transformarán en polvo de olvido con la rapidez con la que se dieron a conocer. Estás en tantas cosas a la vez que ya no pones atención a nada.

Suena una alarma y tú no escuchas. Estás concentrada en un anuncio de embutidos que se proyecta en la pantalla que tienes frente a ti, no sabes si se trata de chorizo o de morcilla. Piensas que es el colmo que no exista una conciencia de los peligros y consecuencias de una alimentación sin reglas. Te preguntas en qué lugar del *ranking* de obesidad está México, prefieres no quedarte con la duda y consultas desde tu teléfono. La respuesta llega en segundos.

Uno de los entrenadores empieza a dar instrucciones para evacuar el gimnasio. Tú consultas en la pantalla de la caminadora el ritmo cardíaco pues no quieres sobrepasar los límites adecuados, bajas la velocidad y te acuerdas que debes confirmar la cita con la nutrióloga. Redactas un correo electrónico y lo envías en ese momento. No quieres batallar

con los problemas de una mala alimentación. Te aterroriza la obesidad, la posibilidad de un infarto o de tener diabetes.

La gente se baja de los aparatos y sigue las disposiciones del entrenador para evacuar ordenadamente. Sin correr, sin empujar, lo dice en voz alta y pausada. Trata de no provocar pánico. Sigues sin escuchar. Nadie te avisa nada, todos salen rápidamente, es lo único que importa.

Ahora estás atenta al test que estas contestando mientras te ejercitas. La pantalla de tu teléfono inteligente te pregunta lo que comiste, cenaste y desayunaste, en ese orden, para hacer la cuenta calórica, pide información sobre el tipo de ejercicio que haces y la frecuencia con que lo realizas, más adelante hay que decir qué tipo de bebidas acostumbras, naturales, gaseosas, con azúcar o edulcorantes, si en el consumo diario se incluyen productos orgánicos o ecológicos.

El entrenador revisa que todos hayan salido del gimnasio, no te ve porque estás detrás de una columna. Te quedas sola. El gerente se encuentra satisfecho de haber logrado una evacuación rápida y eficiente. Tú estás contenta de haber optado por dejar el auto en casa y haber usado la bici. Sientes calor y te quitas la chamarra. Comienzas a sudar.

Entras a Facebook y no recuerdas cómo se vivía antes de las redes sociales, antes de los teléfonos celulares, antes de Internet. Sonríes, gracias a la pantalla recibiste tantas felicitaciones el día de tu cumpleaños, te felicitó mucha gente, gente que no pensaste que se fuera a acordar, gente que tú ni siquiera conoces, más que por la pantalla. Tienes más de mil quinientos amigos y seguidores, no te das cuenta que hace más de un mes que no hablas con tu mejor amiga. Pero, eso sí, eres la persona mejor informada. Fuiste la primera en enterarte de la muerte de Osama Bin Laden, lo supiste por un tuit, lo malo es que no sabes quién, ni por qué lo mataron. Si tuvieras el mismo cuidado con lo que te llevas a la mente que con lo que te llevas a la boca, no la tendrías tan llena de tanta chatarra: violencia, chismes, escándalos, delitos, notas rosas. Confundes el significado de estar bien informado y te dejas seducir, agredir y manipular... te dejas engullir por la pantalla.

Lo bueno es que no eres la única que ha sucumbido a este tipo de delirios, ni nuestra generación tiene la exclusividad de la enajenación. ¿Qué no fue en un lugar de la Mancha de cuyo nombre no nos queremos acordar, donde un tal Alonso Quijano perdió la cordura por sus excesos en las novelas de caballería? ¿Qué no fue una Emma Bovary la que albergó una inconformidad con su circunstancia gracias a los sueños que le provocaron las novelas que leyó? Comienzas a toser.

Lo malo es que al estar tan metida en esos mundos paralelos, perdemos contacto con la realidad. Se acercan los que están lejos, pero nos alejamos de los que tenemos a un lado. Lo malo es que por estar metida en tantas pantallas a la vez no escuchaste que el gimnasio se está incendiando y tú sigues navegando muy contenta, papaloteando entre pantallas.

Lo bueno es que una de tus amigas acaba de poner en su muro que el gimnasio se quema, lo bueno es que tú lees el post. Lo malo es que te enteraste así, lo malo es que al haber tantos protagonistas en tu mente, tus relaciones se han vuelto impersonales. Lo bueno es que existen Twitter y Facebook, de otra forma ni te hubieras enterado del incendio. Lo malo es que ahora nadie te ayuda a salir.

## A LOMOS DE LA BRISA

Elena Marqués Núñez

Algunas veces sueño con volver.

Desde la ventana, un cielo estriado de nubes me recuerda que, en realidad, aún no me he ido, que sigo respirando a duras penas sobre este lecho incierto del que, después de tanto tiempo, quiero descabalgár.

Era magnífico. El color del viento, el olor de la hierba, los minúsculos insectos, la luz del crepúsculo.

Brave era fogoso, joven. Yo también lo era. Martín nos reñía de continuo, incapaz de dominarnos. Ninguno de los dos nos sometíamos obedientes a una doma y una disciplina para el salto y la carrera. En realidad, a pesar de nuestras dotes inmejorables, solo queríamos disfrutar de la vida.

Cada tarde, cuando Martín se rendía a nuestra desobediencia, después de dar cuerda en la pista, saltar unos cavaletti y despertar la admiración de la señorita Scott, Brave y yo nos lanzábamos por las landas de Costwold, y vigilábamos el tapiz del pasto de las colinas y las llanuras eternas, por si un tejón madrugador o algún zorro despistado dibujaba su minúsculo hocico rojo entre las peonías. Corriendo hacia la línea de hayas del regato era libre, los problemas se disolvían en miríadas de minúsculos átomos y navegaban apenas por las aguas cristalinas del Severn.

No quiero culpar a nadie. La encantadora señorita Scott nunca me hubiera forzado. Ni siquiera fue ella la que propuso aquella excursión a Stroud, donde degustar un pudín tradicional, con fina harina de Petworth, manteca de Amberley, huevos frescos y algún buen coñac de contrabando. Pero a Brave le gustaba viajar solo, unirse a mis ancas como un viejo centauro, en simbiosis perfecta; hociquear en Bristol el aire salino y recordar los viajes a ultramar. Quizás solo sintiera la llamada de su tierra de origen. A menudo la nostalgia nos tiende tantas trampas.

La mañana en que todo ocurrió amaneció clara. El otoño se apoderada del amplio valle y desvestía al roble de su hoja lobulada y su porte apolíneo. Días atrás la lluvia desnudó de trinos el cielo, pero en ese momento cruzaban petirrojos y siones y algún cuervo de mal agüero dejaba una estela siniestra.

–¿Sabes que los cuervos hablan? –dije a la señorita Scott, que se mantenía a cierta distancia.

La mujer sonrió sin muchas ganas. Era demasiado grande para aquel losino. También lo era para mí. Yo era solo un jockey, menudo, ligero. Muchas veces, al atravesar algún *cottage*, con su tejado de pizarra y sus enredaderas de cuento, me salía al paso una de esas inglesas dulces y algo entrometidas y me decía:

–¿No eres demasiado joven para viajar solo?

Me confundían con un niño. Por eso era el mejor, por mis piernas pequeñas y mi espalda flexible. Por eso y porque amaba la equitación, adoraba los caballos, admiraba a Brave.

Pero Brave se sintió celoso, que es uno de los peores sentimientos que un animal tan grande puede albergar. Tanto preparativo para pasear a una doncella de perfil robusto y grupa desmesurada, de piel blanca *lipizzana* y melena turbia de frisón. Brave se agitaba impaciente, con deseos de cabalgar, de abandonar aquel trote de damisela por aquel camino tan perfectamente trazado que era imposible improvisar.

–Quieto, Brave. Calma, Galán.

Martin lo había advertido. “No es buena mezcla”. Y era cierto.

El campo no ofrecía peligro. Los terrenos se separaban por apenas unos setos bajos, alguna empalizada, ni una sola elevación, una cuesta breve hacia el río pedregoso.

Pero Brave inició la carrera desbocado, deseoso de perderlo de vista, a ese caballo manso y aburrido y a su montura, que no paraba de sonreír y preguntar por el tipo de cultivo, el pasto de las ovejas, el queso de Dovedale y las carreras de Ascot, donde pretendía lucir un enorme sombrero de inspiración caribeña para verme recoger el trofeo de manos de la mismísima princesa de York.

Quizás tanta frivolidad lo sacó de quicio.

Cuando íbamos solos ideábamos diálogos de apaches, recorríamos una Arizona imaginaria, lanzábamos boleadoras e improvisábamos payadas de gaucho malo. Nada que ver con aquel trotecillo romántico que permitía distinguir cada flor y cada madriguera.

Brave inició el galope desenfrenado, sin responder a mis piernas, sin atender al bocado que le apretaba y le hacía encabritarse, sin escuchar, en fin, mis súplicas, saltando setos y empalizadas, directo hacia el río pedregoso sin puentes hacia la otra orilla.

Lo demás no lo recuerdo. De hace años vigilo por la ventana el trasegar de las nubes, el tapiz de la colinas, el trinar de las tórtolas. La señorita Scott me visita de tanto en tanto, el pelo cano y la sonrisa perdida. Por pura conmiseración, no por cariño.

Y el tiempo ahora ya no marcha al trote, sino a un paso muy lento, de acémila vieja, de poni mal encarado.

## AY, GUSTAVITO

Ernesto Antonio Parrilla de Mingo

Las tribunas llenas, las pulsaciones al máximo por la definición del torneo, en el banco después de ocho meses de rehabilitación y por si fuera poco, lo lesionan a Ávila. Manzoti, el técnico, se puso de pie y se tomó la cabeza ni bien lo vio caer. En realidad todos dimos un brinco. Ávila había intentado la más difícil y en lugar de cambiarla toda para el carril del ocho, quiso hacer la individual y entre el lateral izquierdo y el segundo central lo cortaron abajo, con extrema fiereza. La pierna zurda de Ávila se dobló como una papa frita, lo suficiente como para que entendiéramos a la distancia que algo se había roto y que el partido había terminado para él.

Pensé que lo metía a Fiorucci, más que nada por lo jodida que estaba la mano, con un empate que nos relegaba el título por diferencia de gol, diez minutos por jugar y un rival que nos comía el mediocampo sin despeinarse. Pero en lugar de llamar al aguerrido volante central, que había perdido la titularidad debido a las tres expulsiones que había sumado en los primeros siete partidos, Manzoti me miró a mí.

**232**

–Gustavito ¿estás para entrar? –me soltó–, con una pregunta que no era tal, porque ya lo tenía todo en la cabeza.

En cualquier otra oportunidad hubiese estado feliz de la vida, pero esa noche era distinta y por muchos motivos. Por primera vez en el año entraba a la cancha con el equipo titular porque el año pasado me rompí los ligamentos cruzados y hasta se temió por mi continuidad en el fútbol, pero la luché y, con paciencia, me fui recuperando. Pero no jugaba oficialmente desde hacía ocho meses y recién hacía dos semanas que había comenzado a hacer fútbol en la semana. El técnico me había puesto en el banco porque era el último partido del torneo, quizá pensando en la posibilidad de meterme unos pocos minutos para el aplauso general. Sin embargo, ni el público estaba con ánimo de aplaudir a nadie, ni yo preparado para una parada tan brava, después de tanto tiempo y falta de juego.

Es que todo aquello fue muy duro. Pienso en eso como "todo aquello" porque hablar del partido en el que me lesioné me pone mal. Habíamos tenido una campaña desigual, pero levantamos en la segunda mitad y no es por agrandado ni nada, pero gran parte de esa remontada se debió a que el técnico empezó a confiar en mí. La venía rompiendo en la reserva y no exagero. Si incluso desde el diario local metían presión para que me llevaran aunque sea al banco. Una tarde Manzoti se me acercó y me dijo "El domingo no jugás en la

reserva, vas conmigo contra Ferroviario y vas de titular, así que preparate". Mierda que me preparé, no dormí durante tres noches. Ganamos cinco a cero y metí tres. En mi debut. El día que me lesioné jugábamos para alcanzar el cuarto puesto y acceder a la liguilla por el título. Veníamos con una racha de diez partidos sin perder y llevábamos convertidos en ese lapso más de veinte goles. Quince de mi cosecha personal. En la semana se había corrido el rumor de que iba a estar gente de Ñuls mirando el partido, porque me querían llevar para Rosario. Pero se dio un partido raro. Sabíamos que Atlético iba a defender su lugar en la liguilla con los dientes apretados, pero nos sorprendieron en el primer ataque y quedaron mano a mano con Uliandre, nuestro arquero en ese partido, que no tuvo otra que cometer penal. Expulsión, gol y remar de atrás.

Nos volvimos locos, no supimos cómo resolverlo. Con uno menos dejamos huecos en todas partes y de contra en menos de media hora nos convirtieron dos más. Intenté ponerme el equipo al hombro, pero no nos salía una. Y como si aquello no bastase, cuando fui a disputar una pelota abajo con el cinco de ellos chocamos y me quedé clavado ahí, con un dolor de la puta madre. Pensé que se me había salido la rodilla. Literalmente. Recuerdo que me revolqué del dolor y miré alrededor para ver dónde había quedado.

Me enteré más tarde, mientras aún intentaban calmarme, que nos comimos seis goles. Con un solo partido por delante en el campeonato, habíamos quedado sentenciados, sin posibilidades de nada. Pero además de las caras tristes, empecé a darme cuenta de que me miraban con preocupación y hablaban de llevarme para unos estudios, porque la lesión parecía grave.

A partir de ahí comenzó el calvario. Los estudios, los informes preliminares, la confirmación de la lesión, la operación y una rehabilitación eterna, y entre tanto los que me advertían que no me preocupara si no podía volver a jugar, que siempre iba a haber algo en el club para mí o que podía aprovechar que era joven para terminar la secundaria y empezar algún estudio.

–Mirá pibe, si le ponés ganas, salís adelante. La lesión es jodida, pero acordate que el fútbol da revancha. Mientras esté al frente del equipo, vos vas a estar en mis planes. Así que dale, ponete las pilas con todo –me dijo después de la operación Manzoti.

Se lo agradecí, por supuesto. Y debo reconocer que en momentos de incertidumbre fueron sus palabras las que me empujaron a no bajar los brazos. Es que estos ocho meses no fueron fáciles, no señor. Costó mucho sacrificio y había días en los que me detenía en medio de la sesión de rehabilitación solo para preguntarme si todo aquello valía la pena. ¿Y si no me recuperaba? ¿Y si quedaban secuelas? Ponete las pilas, me repetía dentro de la cabeza Manzoti y entonces acallaba los interrogantes y volvía a la rutina que me daba el kinesiólogo. Y hace una semana, como aquella tarde del año pasado, se me acercó el técnico y mientras elongaba, me dijo algo que casi me hace llorar de la emoción.

–Pibe, estuve yendo estos dos meses a misa exclusivamente para pedir por tu recuperación, para poder tenerte aunque sea en el último partido. Y sabés algo, te veo bien. ¿Te ves en el banco este domingo? Porque yo sí te veo. Así que preparate, que damos la vuelta olímpica con algunos minutos tuyos en cancha.



Después de tanto tiempo cerraba los ojos y me volvía a ver con la camiseta, con la gente alentando alrededor, con la ilusión de un título. No pensé que pudiera darse, la recuperación había sido lenta, el tiempo que llevaba practicando otra vez era escaso, pero a pesar de todo ello, Manzoti se la había jugado. Como aquella vez que se atrevió a hacerme debutar sin siquiera hacerme pisar previamente el banco en Primera. Ahora me llevaba a la fiesta. Pero algo había fallado en los cálculos. No había nada aún para festejar. Los de Urrutia habían salido a la cancha con la intención absoluta de no dejarnos celebrar. Y lo estaban logrando. Con Ávila afuera, el refuerzo de categoría que habíamos traído para este campeonato, nuestras chances eran escasas. Ese pensamiento nos recorrió la piel ni bien lo vimos tomarse la pierna tras la fuerte falta a la que lo habían sometido.

Y entonces, de la nada, me miró y me preguntó si estaba para entrar. Quería advertirle que hacía ocho meses que no jugaba, que lo más prudente sería esperar porque la mano estaba brava y quizá no estuviera a la altura del partido, pero no dije ni mu. Me levanté con temor y me saqué la campera. Las piernas parecían pesarme dos toneladas, pero me moví en el lugar, para que entraran en calor.

Vi pasar a mi lado la camilla con Ávila encima, haciendo gestos de dolor y mis recuerdos se dispararon a la misma escena, pero con los camilleros cargándome, ocho meses atrás. Manzoti me sacó del pasado, aferrándome de un brazo y apartándome del banco de suplentes.

—Gustavito, pedí la pelota, movete, no dejés que te tomen la marca, fijate que los centrales son lentos, ganales la espalda como vos sabés. Entrá sin miedo, que volvés y nos llevás a la gloria. Vamos Gustavito, es tu partido.

234

Lo miré de reojo a Fiorucci que masticaba bronca en el banco. Con seguridad también pensaba que era él quien debía entrar. Observé la tribuna, al borde del infarto, pendiente del reloj y luego me acerqué a la línea de cal. El juez de línea estaba allí, esperándome. —¿Número? —me preguntó.

No tenía la menor idea. En realidad sí, pero lo había olvidado. La cabeza me iba a mil, podía ver el semblante preocupado de mis compañeros en la cancha, algunos pateando el césped de bronca, otros lamentándose por anticipado. Me giré para que lo viera. En voz alta dijo "Dieciséis" y allí lo recordé. Salvo el primer partido que había utilizado la nueve, siempre había jugado con la diez. El árbitro movió las manos indicándome que entrara. Y eso hice.

Fui al trote hasta el área, mientras Pereyra seguía discutiendo con un rival el lugar exacto donde cobrar la falta. Quedaban nueve minutos y si no metíamos un tanto, nos ganaban el campeonato por diferencia de gol. Lo sabía cada hinch, lo sabía cada jugador y la sensación era la misma que sentir un cuchillo clavándose en el estómago, que con cada minuto se introducía más y más.

Me moví en el área de un lado a otro, acercándome primero al arquero, luego al primer palo, para finalmente girar y quedar cerca del punto de penal. No miré a quienes me marcaban, solo me preocupé por no quedarme quieto. Cuando el árbitro hizo sonar el silbato dando la orden de ejecución, un defensor me tenía agarrado del brazo. Vi la pelota venir

hacia el centro del área grande y a pesar de estar sujetado le saqué un cuerpo de distancia al defensa. No tenía tiempo para bajarla y estaba de espalda para cabecear. Hice lo que marcaba la lógica de todo delantero. Tiré la chilena. La tiré con la marca encima, con la rehabilitación en contra, con el título a punto de irse por el desagüe. E impacté de lleno, tras sentir el balón calzar justo sobre el botín mientras mi cuerpo se arqueaba en el aire cual acróbata.

Luego escuché el sonido, al tiempo que caía sobre el césped. Ese sonido funesto del metal que reverbera, que queda vibrando, que estoicamente resiste la celebración, que pone límites entre el abrazo y la desazón, entre la algarabía y la desolación. Ese sonido propio del travesaño, convertido en estaca clavándose en el corazón.

Quedé tendido un par de segundos, observando cómo la pelota se iba hacia fuera del área grande, la tomaba el siete de ellos y metía un pelotazo terrible para la contra. Me incorporé en el preciso instante que la tomaba el nueve lanzado como un cohete, superando a nuestro último hombre. A lo lejos, muy a lo lejos, fui testigo de la definición sutil de aquel delantero cuyo apellido desconocía, que enviaba el balón, el mismo que antes mi pie derecho había impactado con destino de gloria, por sobre el inútil esfuerzo de Fernández, nuestro arquero, transformándolo en nuestro infierno, en un nuevo infierno.

Lo miré a Manzoti, pero él ya no estaba de pie. Se había desplomado sobre el banco de suplentes, al lado de Fiorucci. Y entonces supe que ya no había oportunidades, que no importaba los minutos que faltaran. Hay destinos que están escritos de antemano. El mío era uno de ellos. Escrito en tiza que borra el viento y con letras enormes que muestran una sola palabra: fracaso.

## EL MEJOR FUTBOLISTA DE TODOS LOS TIEMPOS

Miguel Chouza Fidalgo

Mañana iba a ser, sin ninguna duda, el día más importante de su corta vida. Tal vez por esa razón estaba, por primera vez, nervioso con un balón en los pies. A pesar del mal tiempo, ese día llovía y el viento soplaba tan fuerte que era capaz de mover la bola aun estando en el suelo, se pasó la tarde viendo cómo pateaban la pelota, ya remendada demasiadas veces, sus hermanos pequeños y el resto de chiquillos del poblado asentado a las afueras de la gran ciudad, interviniendo en el juego de vez en cuando, ante la aclamación en forma de gritos y ruegos de los críos.

En menos de veinticuatro horas iba a debutar con el primer equipo, con los profesionales, y todo sin llegar a cumplir los dieciséis añitos. Sabía perfectamente que los primeros partidos serían la clave para definir su futuro. Si todo iba bien, firmaría un contrato por varios años a razón de un salario anual con más ceros que todos los ganados por su padre durante su vida como obrero en la fábrica. Pero si las cosas iban mal, sería uno más de las decenas de adolescentes que deslumbraban en su etapa de formación, para acabar desapareciendo en el olvido de los aficionados al fútbol, incluso en el de los más fanáticos.

El balón ya le había dado más alegrías de las que nunca esperó. Con solo doce años había ido a los estudios de televisión, para grabar uno de los programas con más audiencia de todo el país, en el que aparecía demostrando su absoluto dominio sobre el esférico.

Además, sus victorias con el equipo amateur, invicto durante cuatro años, le habían proporcionado alguna que otra cantidad de dinero en concepto de recompensa por parte de los directivos. Estos ingresos le habían permitido comer sopa con algo más que patatas y pan cocido, varias veces al mes. Ya quedaban lejos aquellos mediodías en los que su madre decía que no comía porque le dolía la barriga, palabras que entendería en su plenitud varios años después.

A pesar de que había vivido momentos muy duros, el fútbol siempre estuvo presente para alegrar su existencia. Todos los días después de asistir a clase, sin faltar nunca y siempre obligado, paraba en casa el tiempo justo para comer, más o menos, frío o caliente, fresco o rancio, con el objetivo de coger la pelota e irse a jugar con sus amigos. Daba igual que lloviese a cántaros y que la tierra se convirtiera en barro, o que el sol calentara con toda su fuerza y se levantara tanto polvo que apenas dejara ver las siluetas de los niños. Todas las tardes jugaban al fútbol.

Uno de los mejores recuerdos de aquella época fue cuando su padre, entregado entrenador del equipo del barrio, le regaló un par de botines con tacos. Daba igual que fueran tres o cuatro números más grandes de lo necesario, él se encargaba de que le sirvieran, poniéndose tres pares de calcetines, todos remendados. Esos mismos botines son los que ahora llevaba con orgullo su hermano pequeño, Lalo.

Al irse la luz del sol, a eso de las nueve de la tarde por ser primavera, llevó a sus hermanitos a casa. Su madre les tenía una sorpresa preparada, iban a cenar empanada de pollo, su plato preferido, en vez de la habitual comida recalentada que había sobrado del mediodía. Tras dar buena cuenta de la cena, se quedaron todos alrededor de la cocina de leña, recordando los buenos momentos. Su madre contaba entre lágrimas de risa la anécdota de cuando la segunda más vieja de los ocho hermanos, Rita, le cortara el jersey a un compañero de clase, y después se cortó el suyo, pensando que de esa forma no le regañaría la maestra.

Uno a uno se fueron yendo todos para cama, quedando solos el futbolista debutante y su padre. En ese momento, el viejo sacó una botella de whisky irlandés de lo alto del armario de la entrada, cogió dos vasos de culo ancho de la alacena, y los llenó hasta un poco más de la mitad.

–¿Pero qué es esto, padre? Si ya sabe que no me dejan beber –dijo con una sonrisa en la cara–.

–Tú cállate y bebe, no discutas a tu padre, ¿quién va a saber más? ¿Tu padre o esos estirados? –le contestó con tono cómplice.

–Entonces eche más –apostilló riéndose.

–¿Te acuerdas de cuando te dejaba castigado dos semanas sin tocar la bola, porque no hacías las tareas de clase?

–Sí, padre, fueron los peores momentos de mi infancia.

–Ahora te das cuenta de por qué lo hacía, ¿verdad?

–Sí, pero usted ya pudo ver que estudiando nunca me ganaría la vida. No es lo mío. Si esto no sale bien iré con usted a trabajar a la fábrica.

–Es verdad, no es lo tuyo, pero tampoco lo es seguir los pasos de tu padre. Yo me tengo que levantar seis días de la semana a las cinco de la mañana, tú no puedes hacer eso. Tú eres un artista, hijo mío, tu misión en esta vida es que los demás disfruten viéndote jugar.

–No sé padre, no sé...

–Hijo, ¿qué te pasa? ¿Estás nervioso?

–La verdad es que sí, bastante.

–Tranquilo, no debes preocuparte de nada, llevo entrenándote muchos años, desde que no levantabas ni un palmo del suelo, y te puedo asegurar que eres mejor que todos los del primer equipo juntos.

–Mañana voy a salir de reserva, igual no juego ni un solo minuto.

–Haz caso a tu padre, mañana jugarás al menos treinta minutos, si no, los hinchas se cargan al técnico. Lo que no debes es intentar hacer todo lo que harías durante un partido entero en tan solo media hora. Deberás leer el partido. Si vais perdiendo toca correr como un cabrón y dar pases fáciles, no arriesgues, que la gente no estará para fiestas. Si entras con el marcador a favor, regatea en tres cuartos de campo, gana alguna falta peligrosa o alguna tarjeta, haz que se vuelvan locos los defensas, escóndeles la bola, y acuérdate de saltar cuando te intenten cazar, que no quiero quedarme con un hijo lisiado. Ahora me voy para cama, que si encima de olerme el aliento a alcohol, llego tarde, tu madre pensará que vengo del burdel.

Tras el vaso de whisky y la charla con su padre, el chaval se metió en cama más tranquilo. Antes de quedarse dormido se dedicó a repasar mentalmente todos los consejos que le había dado su viejo, imaginándose sobre el césped.

Esa noche tuvo un sueño muy raro, demasiado real. Tan solo se acordaba de él vagamente, y tras cinco minutos despierto no lograba fijar ninguna imagen del mismo en su cabeza. En ese sueño, llegaba al estadio y se daba cuenta de que se le había olvidado la mochila con la ropa y las botas en casa. Tuvo que ir en taxi a buscarla, y el técnico como castigo le dijo que no iba a jugar ni un solo minuto. En el descanso su entrenador se acercó a él, pasándole el brazo por encima del hombro, pero aquel no era la misma persona que le había castigado, no sabía explicarlo, pero era otra.

–Míster... ¿quién es usted?

–No importa quién soy, lo importante es lo que tengo que decirte.

–Déjate de bromas, que me estás asustando, ¿quién eres?

–Ya te he dicho que no importa, no tengo necesidad de mentirte. Solo debes saber que estás soñando, y mientras sueñes, yo seré omnipotente.

–Pero no puede ser... soy consciente de todo lo que está pasando...

–Digamos que es un sueño especial...

–¿Y qué quieres de mí?

–Vengo a proponerte algo.

–¿De qué se trata?

–Cada cierto tiempo, nace un hombre que es capaz de hacer que el resto sueñe con él. Eso es algo que me conviene. Tú eres uno de esos hombres, por eso he venido a verte. Eres muy bueno haciendo lo que haces, llegarás a ser un gran futbolista, pero yo te propongo ser el mejor de todos los tiempos habidos y por haber.

–¿Tú podrías hacer eso? ¿Qué ganas?

–Podría hacer eso y más. Ya te dije que yo también saldría beneficiado, ambos tendríamos lo que deseamos.

# Yo, deportista

–¿Y cómo vas a hacer que sea el mejor jugador de fútbol de todos los tiempos?

–Es fácil para mí. Tú eres muy bueno jugando al fútbol porque tienes una gran imaginación. Cuando sueñas, esa imaginación es mucho mayor, casi infinita. Yo puedo hacer que sueñes despierto, así tu creatividad no tendrá límite.

–Pero... así... no podré distinguir entre sueño y realidad... haré locuras, no sabré lo que está bien y lo que está mal...

–Exacto. Es el precio que tienes que pagar. De todas formas, tú simplemente vivirás tu vida, y morirás como todos. Nunca te acordarás de esta conversación ni serás consciente de que estás soñando. Entonces, ¿aceptas el trato? ¿Quieres convertirte en el mejor jugador de todos los tiempos?

–Sí. Así no le faltará nunca nada a mi familia. Por supuesto que acepto.

–De acuerdo, que así sea. Hasta siempre.

Al día siguiente, cuando llegó al estadio, se dio cuenta de que se le había olvidado la mochila. Tenía la sensación de que ya le había pasado lo mismo con anterioridad. Tuvo que llamar a un taxi e ir rápidamente a por ella. Llegó de vuelta cuando el míster estaba dando la charla táctica. Al darse cuenta de que había llegado tarde le espetó "Cámbiate rápido, pero que sepas que hoy no vas a jugar ni un solo minuto, ya no estás en el segundo equipo, aquí hay que ser serios, es fundamental".

En el descanso, su equipo iba perdiendo cero a uno, y mientras estaban en los vestuarios, la grada no paraba de corear el nombre del canterano, querían verlo debutar, tenían muchas esperanzas puestas en él. En ese momento, el entrenador se giró hacia él, y negando con la cabeza mientras le daba una patada al suelo, dijo "Chaval, ponte a calentar que vas a entrar ahora por Giacobetti".

Tal y como había predicho su padre, iba a jugar, pero en contra de lo que le había aconsejado el mismo en caso de ir abajo en el marcador, lo primero que hizo Diego Armando cuando recibió el balón fue hacerle un caño a su rival, ante el estallido de júbilo de la grada.



## MI VECINO DE CINTA

José J. Murugarren Leoz

Estoy en pleno esfuerzo. Corro a toda velocidad, obligado por un ritmo que yo mismo me he impuesto y que las piernas no pueden impedir. Podría parar, de golpe, pero probablemente semejante decisión me ocasionaría un accidente. Y bobo no soy. No estoy al aire libre. ¡Qué va! En la calle hace demasiado frío. Todavía se sufren los efectos de la última nevada y siempre es menos duro machacarse en la cinta del gimnasio. Eso me dicen al menos quienes se lanzan en invierno a patear el asfalto a toda velocidad. Hoy está lloviendo y lo hace de buena gana. Lo veo por un enorme cristal que tengo delante.

Noto que la camiseta se humedece. Es normal, pienso. Aunque siempre fui de sudoración baja hay que reconocer que cuarenta minutos de ejercicio ponen a prueba las glándulas sudoríparas de cualquiera. Las sudoríparas y el corazón. Ayer, mientras realizaba este mismo esfuerzo sobre la máquina, mi compañero de cinta me reveló que no hace muchas semanas un vecino suyo sufrió un infarto en pleno esfuerzo. ¡Es la leche! Que corras porque el médico y las revistas te lo aconsejan para reducir los riesgos cardiovasculares y que la amenaza se convierta en ese momento en la más cruda y fatal de las realidades. Lo mismo no es cierto. Lo digo porque este muchacho, el de la circunstancia cardiovascular, es testigo siempre de las mejores anécdotas. A mí no me pasa nunca nada. Salvo la sangre por las venas y ahora las gotas de sudor por el rostro.

Se ha ido hace diez minutos. Yo sigo a lo mío. Y me ha dejado otra perla. Afirma que ayer una amiga suya, empecinada de las dietas hipocalóricas, se atragantó con un plato de acelgas. ¡Joder! Precisamente acelgas. Resulta que apuestas por cuidarte, por la verdura y todo eso y a la menor, una puñetera penca vegetal te bloquea a traición la glotis y te manda al otro barrio. ¡No somos nada!

La carrera se me hace cada vez más cuesta arriba. Y eso que no me muevo del sitio. Pero cuanto más acelero más pequeño me siento, y el caso es que no puedo parar. El cronómetro de la máquina de correr me indica que quedan todavía veinte minutos más. Quizás son demasiados. Es el monitor encargado del gimnasio quien se ha empeñado en confeccionarme un programa de ejercicio progresivo, primero suave, luego más fuerte pero siempre creciente, y empiezo a pensar que demoledor. Descubro que el suelo de la cinta está encharcado. Lo he visto un momento de soslayo porque hace un minuto que el monitor del gimnasio me sigue con una mirada animosa que yo, educado, devuelvo. Justo cuando estaba

pensando en reducir el ritmo, él, un cachas con bíceps como mojonos de carretera y ojos *amerluzados*, me anima a seguir con este desenfreno deportivo apretando los puños y los dientes. Sonrío, pero me siento morir y debe ser este pensamiento el que me trae a la memoria el epitafio que mi vecino de cinta asegura haber colocado a su suegra fallecida: “Señor, recíbela con la misma alegría con que yo te la mando”.

Siempre quemo unas cuantas calorías y sudo un poco. Lo necesario para salir del recinto con la sensación de que ha merecido la pena. “Pura sugestión”, suele repetir mi vecino de cinta. Pero esta vez, es como si los pies se adhirieran sin remedio a la goma de la cinta. Empiezo a sudar con tanta fuerza que tengo la sensación de que lo líquido pesa tanto como lo sólido. ¿O no es sudor? Fuera, sigue lloviendo, y quizás el agua ha entrado dentro del propio gimnasio. No sería la primera vez. Lo ha hecho desde que abrieron la ampliación de las instalaciones. Han sido muchos los usuarios que se han quejado. Pero la verdad es que nunca se había mojado tanto todo esto. El agua se ha hecho con mi máquina de correr. Sigo sin parar. Entre el sudor y el agua, ya no lo sé bien, noto que me diluyo. Me acomodo a mi nueva situación. Me estoy disolviendo y observo la cara de terror que pone el entrenador al fondo, sin que pueda hacer nada, ni él ni nadie. Parece como si me estuviera licuando, y lo peor es que yo siempre fui un tipo de sudoración escasa, o eso creía hasta ahora. Bueno, quizás lo sigo siendo y esto es simplemente una inundación. No sé, no estoy seguro ya de nada. Me deshago por momentos. Los brazos se me están descomponiendo en agua y el tronco comienza a ser una especie de gaseosa. Veo de un golpe que el gimnasio sigue en pie y lo contemplo, todavía, porque sigo teniendo los ojos metidos en las cuencas. Las piernas me flojean, están perdiendo solidez. Se me caen transmutadas en una especie de Coca-Cola y lo peor, lo peor, lo peor... es que, con el último ojo que conservo abierto, descubro que, en el quicio de la puerta de acceso al gimnasio, mi vecino de cinta lo ha visto todo. No ha perdido detalle. Desde mañana seré para él, para todos, una anécdota increíble que contar.

## CUANDO LA PASIÓN TE GUÍA

Luis Alberto Berlanga de la Pascua

Era una tarde cualquiera en la polis más agitada de la antigua Grecia. Los ciudadanos hacían negocios de compraventa ofreciendo sus bienes a cambio de cubrir sus necesidades, usando el trueque como sistema económico. Unos cantaban, algunos gritaban, otros simplemente pasaban desapercibidos. El sol brillaba con fuerza y su luz se reflejaba intensamente en el impecable suelo marmóreo. El constante chasquido del herrero que forjaba una esplendorosa espada parecía ayudar a los viandantes a no perder su ritmo frenético. Los niños correteaban entre la muchedumbre y algunos se ganaban el azote de un viejo sabio por haberle pisado la sandalia; jugaban en la plaza y robaban alguna fruta al tendero más cercano para compartirla con sus familiares. Sin embargo, la vida del pequeño Peisírrodos era bien distinta.

Peisírrodos había nacido en el seno de una prestigiosa familia de atletas. Todos en la antigua polis saludaban con respeto a Diágoras, su padre, un viejo luchador de pancracio aclamado y vencedor en varias ocasiones de la gloriosa corona de hojas de olivo. Sus hermanos entrenaban cada día dirigidos por Diágoras para completar carreras a pie mientras su madre, Kallipateira, les animaba desde cerca. A Peisírrodos siempre le había parecido que tanto entrenamiento no debía ser bueno para la salud. Cuando acudía a clases de filosofía en el ágora, sus compañeros le narraban las fechorías y travesuras que hacían sin ser descubiertos. Pero ante la pregunta “Y tú, ¿qué hiciste ayer?”, Peisírrodos siempre tenía que responder entre labios la misma frase: “Estuve entrenando con mi padre”.

En aquella época, no solo las posesiones y la sabiduría eran elementos de elogio. Un atleta gozaba del respeto del pueblo, el clamor de sus vecinos, el carisma de sus maestros, y el apego de su familia. La palestra era un lugar sagrado donde el culto al cuerpo liberaba a los atletas de sus preocupaciones. La práctica deportiva era venerada incluso por los más sabios, por ello se encontraba inmersa entre las costumbres cotidianas de la civilización griega. Cuentan incluso que en Esparta, la polis más poderosa del periodo helenístico, para crear a su ejército de guerreros invencibles, sometían a los niños a durísimos entrenamientos desde sus primeros años de vida. Hasta los siete años, los niños eran privados de sus alimentos en algunas ocasiones para que se vieran obligados a sobrevivir robando comida por sí solos. Otros eran apartados de sus madres para evitar que manifestaran una sensibilidad excesiva, no válida para tiempos de guerra. Además, tenían que superar una prueba crucial a vida o muerte para

lograr convertirse en verdaderos hombres. Con tan solo siete añitos, el niño era abandonado a su merced en medio del bosque a unas cuantas millas de distancia para que buscara la forma de sobrevivir y regresar a su hogar sin ser devorado por algún lobo o perecer sin nada que llevarse a la boca.

Peisírrodos conocía estas historias, y por ello se sentía afortunado de no haber nacido en Esparta. A él le gustaba practicar deporte con sus hermanos, y se divertía haciéndolo en la escuela con sus amigos y compañeros; pero los métodos de su padre eran demasiado rigurosos para él. No obstante, sabía la ilusión que su padre depositaba en ellos, y era feliz cuando contemplaba cómo sonreía al ver que alguno de sus hijos lograba ganar alguna competición y era aclamado por todo el mundo. Para Peisírrodos no había nada más importante que la felicidad de sus padres, por eso entrenaba cada día codo con codo junto a sus hermanos.

Una mañana, cuando Kallipateira regresaba a casa tras conseguir algo de carne para el almuerzo, encontró a su marido tumbado en el suelo junto a un árbol. Tiró la cesta y se acercó corriendo hacia él temiéndose lo peor. Y lamentablemente sus temores se cumplieron, Diágoras tenía los ojos cerrados y había dejado de respirar. Kallipateira pidió ayuda, y rápidamente se acercaron dos señoras mayores que pasaban por allí. Una de ellas había colaborado como voluntaria para la cura de guerreros en una guerra decenas de años atrás, así que cogió con decisión el cuerpo de Diágoras y trató de ayudarle. Pero desgraciadamente, ya era demasiado tarde. El corazón de Diágoras dejó de latir y los intentos por reanimarle fueron en vano.

La muerte de Diágoras fue un duro golpe para toda la familia. Aquiles, su hijo mayor, nombrado así por el valeroso guerrero de la guerra de Troya, se hizo pronto cargo de su madre y sus hermanos. Kallipateira estaba orgullosa de él y siempre les recordaba a sus hijos que si algo habían aprendido de su padre era que ante una caída siempre hay que levantarse. Da igual si te vuelves a caer, o si el obstáculo parece insalvable, siempre hay que levantarse y seguir luchando por los objetivos que nos proponemos. “Dejad que la pasión os guíe”, les repetía una y otra vez. Por eso, ante la carga de responsabilidades que Aquiles se había visto obligado a asumir, Kallipateira decidió que se haría cargo del entrenamiento de sus hijos.

Esta decisión parece que le gustó especialmente al joven Peisírrodos. Descubrió que ser atleta significaba ganar un lugar en el corazón de su madre, y lograr que su padre siguiera sonriendo desde el cielo ante los éxitos de sus hijos. Kallipateira estaba totalmente entregada en la formación deportiva de sus hijos, y las victorias no tardaron en llegar. Aquiles ganó un pequeño torneo pugilístico regional que hizo que su familia obtuviera un sabroso ganado porcino como premio. Calisto también consiguió reunir un buen botín ganando carreras a pie, y Peisírrodos ya empezada a destacarse como futuro talento en los juegos de lucha.

Fueron pasando los años y los hijos mayores crearon sus propias familias. Aquiles era padre de dos preciosas niñas de ojos azules, y Calisto esperaba un hijo que llegaría para el verano. Kallipateira y Peisírrodos se quedaron viviendo solos en la antigua casa familiar, y habían estrechado al máximo su relación maternal. Peisírrodos acompañaba a su madre en las tareas cotidianas, y Kallipateira entrenaba con su hijo cada tarde el tiempo que fuera necesario. Se acercaban los Juegos Olímpicos, la competición más laureada de la civilización griega, y

Peisírrodos aún tenía mucho que mejorar si quería ir allí para enfrentarse a los mejores de cada ciudad estado.

Los Juegos Olímpicos se celebraban desde el año 776 a. de C. en la ciudad de Olimpia. Allí se situaba la figura más grande de Zeus, quien gobernara el Olimpo de los dioses, el padre de todos los hombres, y allí se habían construido las mayores instalaciones deportivas del mundo. Las primeras olimpiadas se disputaron con las carreras a pie como la única de las pruebas. Más tarde, se añadieron al elenco de competiciones oficiales las carreras a caballo, los lanzamientos y los saltos, y pruebas de combate como la lucha, el pugilato y el pancracio. Además, los Juegos Olímpicos suponían un periodo de tregua en cualquier guerra que estuviera azotando a la civilización griega, y ofrecían una oportunidad inmejorable de mejorar la unidad del pueblo heleno.

Finalmente, gracias a los grandes esfuerzos de Kallipateira, Peisírrodos logró estar entre los elegidos a participar en las olimpiadas de ese año. Aquiles estaba llorando de alegría por la satisfacción de tal circunstancia, y Calisto le deseaba suerte a su hermano pequeño aunque no podría estar con él durante las pruebas, su hijo estaba a punto de nacer y no podía viajar con su mujer embarazada. Todos sabían que la mayor alegría venía por la felicidad que esto le estaría causando a Diágoras desde su pequeño rincón en el cielo, pero nadie habló sobre ello. Simplemente hicieron sus maletas y prepararon un viaje de varios días para llegar a Olimpia.

La familia de Peisírrodos sufría algunos apuros económicos, pero los vecinos se organizaron para prestarles una carreta y dos poderosos podencos que le harían el largo camino más llevadero. Durante las largas jornadas del trayecto, conocieron a otros atletas que también se dirigían a Olimpia para la gran cita deportiva; y descubrieron que los rumores sobre el nuevo y joven luchador, hijo de Diágoras, ya se habían extendido más de lo que hubieran deseado. Kallipateira y Aquiles cuidaban de él, logrando que no se dejara llevar por las expectativas y se concentrara en hacer un buen papel en las competiciones para agradar a su familia y a él mismo.

Después de nueve largos días, comenzaron a vislumbrar el monte Cronio, a cuyos pies se asentaba la ciudad de Olimpia. El fervor era ya evidente, y los carruajes seguían acercándose cargados de ilusiones. Kallipateira estaba exaltada por todo lo que esto significaba, pero no podía quitarse de la cabeza el dolor que le produciría no poder asistir a los combates de su hijo.

Las mujeres tenían totalmente prohibido participar de manera alguna en los Juegos Olímpicos. No solo no podían competir, sino que su presencia como espectadoras estaba penalizada con la muerte. Aquiles intentaba tranquilizar a su madre, él podría hacerse cargo de todo, pero la mirada cómplice entre Kallipateira y Peisírrodos no estaría presente. Peisírrodos había estado demasiado preocupado en mejorar para lograr llegar a los Juegos en óptimas condiciones, por lo que apenas había pensado en cómo le afectaría la ausencia de su madre durante las pruebas. Así que, cuando encontraron un buen cobijo donde permanecer y encender una hoguera para descansar y dormir durante los días que se quedarían en Olimpia, Kallipateira les confesó a ambos sus intenciones.

–Hijos, por nada en el mundo voy a perderme los Juegos Olímpicos.

–Pero mamá, sabes que eso no es posible, ya lo hemos hablado. –Intentó calmarla Aquiles.

–No me importa, sé cuáles son los riesgos, pero Peisírrodos me necesita.

–Mamá... –balbuceó Peisírrodos.

–A ver, tenemos que tranquilizarnos. Sabes que si te descubren te matarán, no puedo permitir que eso ocurra. –Trató de concluir de nuevo Aquilles.

–Hijo, sé que tienes razón, pero no me importa, de verdad. Vuestro padre ha luchado mucho para que alguno de vosotros llegara hasta aquí. Ahora todos lo hemos conseguido, y haré lo que sea necesario para apoyar a Peisírrodos y que consiga ganar la corona de olivos. Sé que puede conseguirlo, y no pienso perdérmelo.

La familia siempre había estado muy unida, y aún más desde la pérdida de Diágoras. Aquilles pretendía seguir convenciendo a su madre de que era una locura, pero los ojos de Kallipateira brillaban de valentía y firmeza, sabía que lo haría. Por eso, lo único que les quedaba era apoyarla para que no fuera descubierta.

Un par de túnicas anchas y un corte de pelo fue necesario para lograr cambiar el aspecto de Kallipateira. Le enseñaron a andar, actuar y hablar como un hombre; aunque decidieron que solo hablaría si fuera estrictamente necesario, pues lo mejor sería pasar desapercibido entre la muchedumbre. Incluso inventaron una coartada justificando que Kallipateira era Evan, hermano de Diágoras, y se había encargado de entrenar a su sobrino y suyos eran los méritos de que hubiera llegado hasta aquí.

Los Juegos empezaron con algunas carreras a pie como primeras competiciones. Aprovecharon estos momentos para probar si la idea de disfrazar a Kallipateira de hombre resultaría bien o tendrían que olvidarse del tema. A priori, la gente no notó nada raro en la actitud de Evan, incluso hizo algunas amistades que le ofrecieron vino y queso mientras hablaban de la historia del pugilato, aclamando y laureando los éxitos logrados por Diágoras. Evan había conseguido engañar a todo el mundo, pero Aquilles seguía empeñado en que eso era suficiente, no permitiría que su madre llegara hacia la palestra como entrenadora de Peisírrodos. Así llegaron a un trato: cuando Peisírrodos compita, Aquilles actuará como su entrenador y Kallipateira permanecerá en la grada bajo su papel de Evan.

El día de la prueba llegó. Habían tardado un poco en conciliar el sueño, pero consiguieron descansar apropiadamente para el gran momento. Desayunaron algo de pan con la carne de la noche anterior, Kallipateira preparó unas infusiones estimulantes para todos y pusieron rumbo al estadio. Antes de la prueba, tenían que acudir a algunas ceremonias religiosas en las que los ciudadanos ofrecían sus ofrendas y oraciones a los dioses. Algunos pedían lograr el éxito en las olimpiadas, otros paz para sus pueblos, otros salud para los suyos. Kallipateira simplemente rezó para que su hijo lograra ganar, ni siquiera pensaba en este momento si podía ser descubierta o no.

Tras las ofrendas, Aquilles animaba a su hermano, que estaba más motivado que nunca. Habían estado entrenando para calentar un poco y Peisírrodos estaba en espléndida forma. Los días anteriores Aquilles estuvo espionando a sus adversarios, y realmente pensaba que tenía muchas posibilidades de ganar. Entre las gradas, vislumbraban a su madre, Evan, quien



intentaba no socializar mucho y se concentraba en animar a su hijo en la distancia y bajo el silencio. Hasta que por fin llegó el momento de la lucha.

Peisírrodos se enfrentaría a un viejo herrero de la ciudad de Corintos. Estas serían sus últimas olimpiadas, aunque nunca consiguió ganar la ansiada corona. Este año, el nivel en pugilato era bastante alto, y habían dividido a los participantes en enfrentamientos al azar. Bien podría ser este combate digno de la final, pero a Peisírrodos no le importaba y haría lo mejor posible para no defraudar a nadie.

El combate comenzó y un mal golpe hizo caer a Peisírrodos, lo que su adversario aprovechó para darle un buen puntapié en las costillas. A Kallipateira casi le da un infarto al verlo, pero recordó que no podía gritar ni hacer nada porque si no sería descubierta, así que se limitó a cerrar sus ojos y rezar una oración. Aquiles pronto empezó a alentar a su hermano, que se levantó en cuanto escuchó su voz y se enfrentó de nuevo al viejo herrero. Esquivó un golpe que venía directamente a su nariz, consiguió zafarse de su adversario y le torció el hombro hasta que lo tuvo arrodillado ante él en décimas de segundos. Apenas un par de minutos después, Peisírrodos se hizo con la primera victoria.

Un par de horas más tarde logró ganar también su segundo combate, y tuvo tiempo para comer algo antes de la gran final. Kallipateira se las ingenió para acercarse a él justo antes de la prueba, le susurró unas palabras al oído y se hizo con un buen sitio más cerca de sus hijos para contemplar la pelea. Aquiles untó un poco de bálsamo sobre los hombros de su hermano y sus únicas palabras fueron: "Hazlo como solo tú puedes hacerlo". Peisírrodos le sonrió con afirmación y buscó la mirada cómplice de su madre, de su entrenadora. Tras encontrarla, entró de un salto en la palestra y comenzó el combate.

Enfrente estaba Leandro, descendiente de la familia de Leónidas, rey de Esparta unos años atrás, criado para servir a su patria, entrenado para matar. Peisírrodos había oído hablar de él, pero este era su momento y no permitiría que nadie se lo arrebatara. Se abalanzó hacia él como un león se lanza a por una gacela, cayeron al suelo y los golpes se intercambiaban del uno al otro. El pugilato era un deporte muy violento, pero el código de honor entre hombres hacía que la pelea fuera limpia y transparente.

Leandro tenía a Peisírrodos a su merced, golpeándolo una y otra vez mientras agarraba con fuerza sus manos. Peisírrodos se sentía atrapado, pero supo mantener la calma y se libró de su artimaña con un inteligente movimiento. Rodó por el suelo y saltó sobre Leandro para aprisionar su tronco con sus piernas, se habían intercambiado los papeles. Peisírrodos empezó a golpearlo hasta que decidió levantarlo y lo lanzó a unos metros de distancia. Leandro ya no pudo levantarse, Peisírrodos era el vencedor.

Se quedó inmóvil en el cuadrilátero, hasta que su hermano lo abrazó eufórico por la espalda. Kallipateira les miraba desde las gradas mientras las lágrimas inundaban sus ojos, no podía aguantar más el deseo de estrechar a su joven ganador. Se dejó llevar por el amor de madre, por el honor de entrenadora, por su orgullo de mujer, y corrió hacia ellos con la pasión de cumplir sus deseos. Saltó la pequeña reja que los separaba pero el destino quiso que su túnica se enganchara dejando al descubierto su verdadero ser. El público no tardó en advertir que una mujer se había infiltrado en terreno prohibido.

# Yo, deportista

Aquiles y el nuevo portador de la corona de olivos corrieron a escoltarla, pero la muchedumbre amenazaba con imponer la justicia y castigar severamente a la osada pecadora. Peisírrodo intentaba calmar los ánimos alegando que si él había llegado hasta ahí había sido gracias a ella, ella fue quien lo entrenó, quien lo educó, quien se lo había enseñado todo. Aquiles incluso tuvo que golpear a algunos energúmenos y Peisírrodo no soltaba el brazo de su madre. Pero las reglas eran claras, y los griegos eran fieles a ellas. Kallipateira tenía que morir.

La apresaron y la llevaron al monte Typaio, por el cual cualquier mujer que se acercara a los Juegos Olímpicos tendría que ser arrojada para pagar con su muerte por infringir las normas de los hombres. Aquiles y Peisírrodo no se quedarían a contemplarlo, por lo que recogieron impotentes sus cosas y empezaron su largo camino de vuelta.

Y así regresaron a casa, con la corona de olivos, el más prestigioso de los reconocimientos, pero sin la presencia de Kallipateira, su madre y entrenadora.

Son los riesgos que sufrimos, cuando la pasión te guía...

## LA BURBUJA QUE ROBÓ MI ALIENTO

Sebastián López Rodríguez

Creo que se acostumbró a estar en la placenta, sumergido entre el líquido amniótico o tal vez fue que lo nombraran como aquel que fue salvado por las aguas o tal vez fue porque su apellido significa también máquina que emana agua. Sea cual sea la razón él y yo supimos que nuestra vida no pertenecía a esta tierra, sino a las profundidades.

Dice la leyenda que mis primeras risas surgieron cuando yo ascendía de las profundidades de una tina. El agua, sentirla, dejar que me consuma, acariciarla y ver como carcajea mediante burbujas es tal vez el sentimiento más sublime que he experimentado. Es ahí cuando veo que existe lo divino; pero mientras yo tocaba pequeñas gotas entre la selva de concreto de Bogotá, en costas más cálidas, un tarde fatídica y fatal marcaría la vida de Moisés Fuentes que empezaba a tocar la mayoría de edad.

248

Martes trece... no te cases ni te embarques. Ese trece de octubre del año noventa y dos Rodrigo, quien días antes había persuadido a su hermano de trabajar con él para evitar un reclutamiento bélico, quiso ser partidario de la ciega justicia y enfrentarse. El fuego dejó pasar dos balas que desprendieron a Rodrigo de toda su alma; el cuello de Moisés es traspasado, partiendo su alma en dos; los pequeños proyectiles se agrupan y encuentran a Moisés nuevamente, privándolo de su conciencia por un momento para luego despertar y enterarse: quedó cuadripléjico... ni él ni ningún colombiano se imaginarían que él regaría su pedazo de alma podrida para que brillara una vez más.

Sentado en el fondo de la piscina, mis oídos son tapados; así mis pensamientos no escapan y podrán fluir dentro de mí. Apnea meditativa, digo yo antes de ascender nuevamente. No sé qué tiene aquella aleación de hidrógeno y oxígeno; pero cuando estoy en ella, tiendo a mutar, es como un elixir de energía y juventud. He estado hambriento, somnoliento, enfermo y deprimido; apenas penetro la piscina, todos mis problemas salpican hacia otros lados, a veces pienso que traspasan de dimensión. Sonrío y el brillo del gesto se cuele entre las aguas, justo antes de que el torpedo humano cobre vida. Mi cansancio puede ser exorcizado entre burbujas y mi energía se renueva en cada brazada, puedo sentir mis células trabajando como motores. A veces pienso que podría darle la vuelta al mundo sin pisar tierra; las criaturas marinas ni siquiera notarían que no soy de los suyos.

Tiburones con filas de dientes, peces con colores ilógicos, criaturas con linternas en sus cabezas. El océano tiene un sinfín de especies que, si no existieran, sería poco probable

crearlas en la imaginación. Lo que el mundo no esperaba es que una nueva especie ganadora había nacido: Moisés no quedó discapacitado, ya que según él ese término se acopla a aquellos que teniéndolo todo no desean hacer nada. Él no vio el agua como yo, la percibió muy quieta y sumisa, un tanto aburrída. Sin embargo, una vez en ella, debió de sentir un choque eléctrico recorriendo su cuerpo, algo que lo impulsaba. Al ser campesino, sus principios y cualidades humildes se agudizaron; él no se hundió y su vida fue reinventada.

Tanto Moisés como yo tuvimos que adaptarnos al cloro. Nuestra visión cambiaba, desde ahí ambos vemos arcoíris entre las luces; sería Moisés quien al final de estos encontraría el bronce y la plata. Ambos también casi nos rendimos al practicar el estilo mariposa, aprendimos a respirar agua y toser la vergüenza; al final nuestros brazos se alzaron como alas para poder nadar, volar y soñar al mismo tiempo.

Pasan los años; yo me vuelvo un adolescente y adquiero mis aletas, ese motor que me hace sentir una sensación de ahogo por felicidad, Moisés, ahora un adulto, con su silla de ruedas adquiere el primer título paralímpico para nuestro país, mordiendo así una medalla de bronce en Beijing. Cuatro años más tarde, volvería a la cuna del deporte paralímpico para flotar a un escalón más en el podio, pero no quiero adelantarme a los hechos.

No importó que a Moisés se le rompiera el traje de baño o que se quemara una pierna, él siguió teniendo su mente en ser un orgullo para esta patria efímera. Yo mientras tanto me enorgullecía de mí mismo, como nadador principiante; tomando un curso donde debía usar un lastre con pequeñas pesas, nada es tan pesado para detener esta pasión que por poco hierve el agua. Y como les dije, mientras yo completaba mis veinte años bajo el agua, Moisés hizo estallar un grito de orgullo en el país al cual regresó viendo un redondo sol brillante que de seguro comparará con aquella medalla de oro cuando él esté en Brasil recibiendo mis aplausos.

## MEMENTO FÉMINA

Víctor Cárdenas Fernández

Víctor despierta, entreabre uno de los ojos, la luz se filtra a través de las cortinas, molesta a la vista. Mira algo aturdido a su alrededor, sí, estás en tu cuarto; gira sobre su hombro izquierdo y ve las sábanas, desordenadas, nota como están humedecidas, se siente incómodo, los pies le duelen, tiene toda la ropa de la cama arremolinada alrededor de las piernas, aprisionándolas, haciendo más difícil el bombeo de sangre hacia sus pies. Mareo, todo parece girar, saca un brazo por uno de los laterales de la cama y con la mano toca el suelo, tratando de detener esa rueda que no para de mover toda la habitación.

Siente un frío seco, pero la ventana se encuentra cerrada, extraño... no, pero este frío... este frío es singular, ya lo habías sentido antes, ¡recuerda! ¿Por qué me resulta tan difícil recordar? ¿Qué información golpea mi cabeza tratando de salir a flote?... Bah, no será nada, pero, si no recuerdas nada, ¿qué hay de esa sensación de algo vital que necesitas no olvidar?, ¿solo lo sientes? Maldita cabeza esta, si no nos acordamos de algo, ¿significa que no es importante?, ¿acaso mi mente intenta decirme algo que yo no quiero saber?

Hace un gesto para incorporarse, la cabeza parece explotarle, el dolor es insoportable... ¡zas!, un flash golpea fuertemente su cabeza, ¡aaahhhh!, tiene que lanzar un brazo con determinación hacia el colchón para no caer, aprieta fuerte el puño arrugando las sábanas y, entonces, algo se apelotona en su mente como una secuencia en color sepia de una película, parcialmente desordenada, muy intensa...

Miles de gotas se esparcen por el ambiente al chocar de su impetuoso avance contra la marea. La diferencia térmica entre su cuerpo y el líquido elemento provoca un extraño estado de calor interno y frío superficial que eriza la piel y contrae la musculatura. Salta sobre las olas acompañando su ritmo al metrónomo romper sobre la arena; la respiración se agita, su pelo largo también da rienda suelta, liberando un rastro nebulizado. Brazos y piernas se coordinan y pronto se unen para iniciar un lanzamiento hacia las profundidades del océano, justo debajo de esa gran ola que con gran pericia comenzaba a alzarse sobre sí misma pretendiendo atraparlo con su manto. La inmersión apenas dura un segundo y raudo sale de nuevo a la superficie, aportando un enérgico pataleo en el batir de sus piernas. Comienza a nadar con gran ímpetu, levantando la mirada hacia el frente, fijando su objetivo. No siente el esfuerzo... una brazada, otra y otra, y otra más, tratando de arrastrar toda el agua posible en cada nueva palada, aprovechando todo el ciclo de propulsión, minimizando el recobro en pos de ganar cada vez más y más inercia...

Pero el desaliento comienza a hacer mella en su ánimo; nada, nada y nada mientras ella parece alejarse cada vez más. Hunde la cabeza entre sus hombros y redobla esfuerzos con mayor brío si cabe; respiración contenida; corazón palpitante pidiendo a gritos salir del pecho. Vuelve a sacar la cabeza, ¡no se acerca! Continúa nadando y nadando... reducir la distancia es infructuoso; ya apenas puede divisar la orilla tras sus pies... siente que no puede alcanzarla. Ella se aleja un poco más, un poco más, un poquito más, mientras agita sus manos en el aire invitándole a acompañarla...

Vuelve a la realidad, desorientado. Con no poco esfuerzo consigue sentarse al borde de la cama y hace un torpe gesto para levantarse, el equilibrio falla. El suelo está frío, descalzo camina despacio buscando el apoyo de todo lo que encuentra a su paso, la mesita de noche, el escritorio, el armario. Se trastabilla un poco antes de llegar a la puerta del baño; de nuevo, otro intenso flash le hace desequilibrarse y agarrarse con fuerza al marco para no dar con sus huesos sobre el parqué.

Una figura avanza con determinación, los rayos de sol inciden reforzando la brillantez áurea que su piel blanca, ligeramente tostada, presenta al astro dios. Su cuello, las suaves formas de sus hombros dejando a los lados los brazos armónicos, encuadrando una espalda esbelta culminada sobre sus glúteos firmes, activados alternativamente con el vibrar de sus muslos y piernas en cada paso decidido, dejando que la brisa juguete a merced con su bello pelo negro, dotado de mayor volumen gracias a la humedad del ambiente. El agua poco a poco va cubriendo su cuerpo y, en perfecta simbiosis con el medio, ella se lanza a aquel océano emulando a un pez en la dulzura y gracilidad de sus gestos; ondula su movimiento acompasándolo con el rítmico batir de las olas, no lucha contra ellas, se acopla al medio como parte de él. Ahora ya no la ve, ha desaparecido bajo aquella masa de agua y la consternación se adueña de su espíritu, siente la pérdida. Duele.

Ante el nervioso recorrer de sus ojos buscándola, ella emerge a la superficie. Su pelo ahora luce estirado y brillante tras su cabeza, dejando todo el espacio de lucimiento a su rostro, enmarcado por aquella inconfundible sonrisa. Hace un gesto con sus manos pidiendo que la acompañe y él, no lo duda, arroja su ropa sobre la arena y corre desenfrenado a su alcance. El corazón vuelve a bombear fuerte bajo el pecho, pistón de un motor a toda máquina, pidiendo salir.

Da dos pasos y se planta frente al espejo del baño; mira su imagen reflejada, ¿qué me está pasando?, ¿qué quiere decir todo esto? No consigo saber qué significa, poner en orden las imágenes y dotarlas de cierta coherencia... Ahí viene otra vez... se apoya con fuerza sobre los bordes del lavabo, el gesto de dolor encorva su espalda y flaquea sus piernas.

Víctor se incorpora lo más rápido posible y corre tras los pasos de esa misteriosa chica empezando a notar una brisa húmeda acariciando su tez aún brillante por el sudor; recuerda esa sensación, es brisa marina que pronto se ve acompañada con el rugir trepidante de las olas. La pradera comienza a quedar atrás y ante ellos se esbozan los trazos de una playa puramente virgen. Ahora sus pies comienzan a hundirse en la suave y fina arena seca, ve a lo lejos el mar mientras ella acrecienta el ritmo en tres amplias zancadas, se despoja de su ropa y se adentra en la lengua de espuma que suave tamiza la orilla a modo de capas superpuestas.



Toma contacto con la arena mojada y refrena su euforia. Ahora camina lentamente dejando que el agua envuelva sus pies mientras observa la estampa que allá a lo lejos el horizonte enmarca. Está en calma. Ante sus ojos, tanta belleza resulta demasiado intensa y le produce un fuerte y ahogado dolor en el pecho.

Se agacha sobre el lavabo, pasa las manos sobre su rostro, sudorosas, peinando con los dedos su pelo negro y largo. Abre el grifo y deja correr el agua, observa cómo el chorro firme traza una perfecta canalización hasta chocar contra la base del lavabo. Acerca la palma de sus manos, deja que el agua se pose en ellas y la impulsa en un rápido gesto hacia su cara. El frescor que ofrece sienta muy bien, las gotas resbalan por sus mejillas, cayendo hacia el torso en un rauda discurrir. Toma la toalla y seca rostro y manos. Continúa desconcertado, pero comienza a encontrar cierta lógica secuencial en la lluvia de imágenes proyectada en su mente. Espera paciente a la siguiente pieza del puzzle, retorna a la habitación y antes de llegar al armario debe apoyarse nuevamente para recibir una nueva descarga.

...y de golpe irrumpe Ella, saltarina, alegre y rebosante de energías, como una niña pequeña en una fábrica de juguetes.

Al principio no es capaz de ver su rostro, se desplaza a su alrededor dejando que la estela que provoca su pelo al girar embriague el espacio, ralentizando aquel momento... –Hola, ¿jugamos?–. El alma le cae a los pies. Es lo más bello que haya visto nunca y siente que no puede reprimirse. Ahora todo su ser solo vive para esa chica plantada frente a él y tendiéndole la mano en un gesto sincero, blandiendo una enorme sonrisa por toda carta de presentación. El cansancio con el que se introdujo en la cama, no sabe ya si hace minutos, horas o siglos, ha desaparecido, vuelve a sentirse ágil y enérgico. Vuelve a tomar conciencia de sí mismo, puede ver sus piernas, fuertes y tonificadas, como dos pilares sosteniendo una gran bóveda. Recorre con la mirada sus brazos, sus manos; sí, es su cuerpo, pero parece haber cobrado una nueva dimensión, reluce fulgurante, con la vitalidad de un niño de seis años y la composición atlética que años de entrenamiento han terminado por definir en sus apenas ciento sesenta y tres centímetros.

No articula palabra, solo se deja llevar; toma su mano y comienza a correr hacia el abismo junto a ella. El paisaje empieza a dibujarse a su alrededor, comienza a mostrarse ante sí una inmensa pradera floreciente, muy verde; puede apreciar el olor suave a hierba que sus extremidades inducen al chocar contra el césped, la tierra mojada bajo sus pies descalzos, el viento en la cara y el fresco sudor sobre el rostro por el esfuerzo. No deja de acelerar pues su cuerpo no le pesa, trata de no perderla de vista, sigue sus pasos y, por momentos, parece poder despegar los pies del suelo, perder contacto con el terreno e impulsarse a través del aire. El terreno se inclina y juntos caen sobre esa alfombra rodando y chillando en pleno éxtasis. Todo el ambiente se ve embargado por el sonido de las risas, ni una sola palabra, no hace falta, se siente en total conexión con ese ángel.

La ladera toca a su fin y permite a sus cuerpos descansar por un instante. Durante escasos segundos es capaz, de nuevo, de separar su alma de esa cárcel que forman huesos y músculos y observar desde las alturas la bella estampa, dos cuerpos sudorosos, jadeantes y felices, sin poder parar de reír, con la respiración entrecortada y sus pechos enfervorizados palpitando arriba y abajo. Apostados de espaldas sobre la hierba, uno junto al otro, brazos y piernas abiertas a sendos lados. Ella busca su mano, lo hace sin siquiera mirarlo, recorriendo con los

dedos la tierra fría hasta contactar con la calidez de su piel; acaricia el dorso de su mano con ternura, entrelaza sus dedos y aprieta fuerte. Víctor gira la cabeza en dirección a su rostro, aún no puede creerse lo que está viviendo, rezuma felicidad; mientras, ella permanece absorta en el cielo, pareciendo querer descifrar algo en las nubes, vuelve también su rostro y sus miradas se encuentran por fin. Ahora ya sí tiene ante sus ojos la imagen bella de la chica que habita sus sueños... Pero no hay descanso, apenas un segundo de conexión penetrante e intensa entre aquellos pares de ojos color caramelo y ella vuelve a ponerse de pie de un salto y reanuda la carrera con más brío aún si cabe.

De vuelta a la realidad del cuarto observa su muñeca, un bronceado uniforme refleja una ligera decoloración en torno a donde parece ubicarse un reloj, ¡claro! Cómo no, qué estúpido, ¿qué hora es? El despertador situado sobre la mesita de noche marca las 7:32, a ver, vuelve, hoy es martes, tienes que ir a trabajar, tenemos que vestirnos, desayunar y salir pitando. Estas imágenes deben ser retazos de sueños durante la pasada noche, a ver... Anoche me preparaba para acostarme después una jornada agotadora de entrenamiento, quizá se deba a eso esta sensación de malestar. Fiel a su rutina de preparación, ese día de la semana las series son las protagonistas; es invierno y su puesta a punto se centra en la carrera a pie, ya vendrán los días más largos en los que se sucedan las salidas en grupo con la bici y el calorcito del verano para arrojarse a los brazos del Atlántico. Doce series de cuatrocientos metros con apenas cuarenta y cinco segundos de recuperación entre ellas dejaron una más que notable pesadez en las piernas, el abatimiento es general después de un esfuerzo de este tipo y el momento de desvanecerse sobre la almohada es de los más anhelados al final del día.

253

Sin embargo, sí, desde hace ya varias semanas no estoy solo en mi descanso. Una presencia, hasta entonces desconocida, acude de manera recurrente cada noche. El ritual es sistemático y, la compañía de su programa deportivo en la radio bien podría hacernos pensar que balones, goles y deportistas se adueñarían de su secuencia de pensamientos durante la noche, o quizá el subconsciente decidiera tomar el mando para poner un poco de orden en la vorágine de vivencias y hechos acaecidos durante el día, como un sistema operativo realizando la partición primaria del disco duro.

Pero su día a día es sencillo, todo marcha bien, los entrenamientos le han catapultado a su mejor nivel deportivo de los últimos años, evidenciado en sus anteriores actuaciones en carreras populares donde ha podido batir algunas de sus marcas personales, de manera que el hipotálamo vive tranquilo.

Sin embargo, no puede deshacerse de ese recuerdo; un recuerdo no vivido y, aun así, intensamente experimentado. Son ya muchos los días en los que la espera en sus sueños. Se ha convertido en una invitada con privilegios ilimitados, campa a sus anchas adueñándose de todo su ser, espera paciente cada noche la fase REM, esa en la que el tronco cerebral bloquea las neuronas motrices de manera que no nos podemos mover; está a su total y completa merced, es un reo apresado por sus deseos.

Recuerda...

El locutor, con voz queda y pausada, sabedor del horario en el que se maneja, hace resumen de los últimos detalles de los equipos enfrascados en la competición europea, actúa como una

droga, haciéndole caer cada vez más y más en un estado de somnolencia, se siente bien, no se resiste... pronto... llega el silencio...

... Vuelve a ser consciente, o al menos, todo lo consciente que uno puede ser en ese duermevela, ahora ya se encuentra inmóvil y siente cómo observa lo que su entorno le proyecta desde una perspectiva etérea, alejado del saco de carne en el que se ha convertido su cuerpo yaciendo sobre las sábanas. El ambiente no es calmo, no se siente solo en ese estado de latencia donde grandes ondas cerebrales enlentecen su ritmo de cavilación; es la fase delta y, aunque él no entiende de etapas o análisis científicos del sueño, intuye que se acerca el momento. Se prepara, deja que su alma vuele libremente y acentúe el estado de paz y tranquilidad. La espera... sí, ahora ya lo entiendo todo...

Víctor despierta, entreabre uno de los ojos, la luz se filtra a través de las cortinas, molesta a la vista. Mira algo aturdido a su alrededor, sí, estás en tu cuarto; gira sobre su hombro izquierdo y ve las sábanas, desordenadas, nota como están humedecidas... ¡vaya! Todo ha sido un sueño... ¡Guau! ¡Parecía tan real!

Sale a la calle camino del centro deportivo en el que trabaja. Hace un bonito día de primavera, el sol brilla en lo alto sin llegar a transmitir un calor sofocante. Se siente alegre. Cruza la esquina que le lleva a la entrada de la oficina y... ¡Paf!

Era preciosa, de una belleza difícilmente clasificable y, aun sin ser la cualidad más destacable en ella, refulgía con un brillo especial, su presencia iluminaba cualquier estancia desprendiendo una intensidad tal que hacía imposible apartar los ojos de ella, concentrar el tren de pensamientos en otra cosa que no fuera esa luz. Hay personas que parecen estar circundadas por un aura especial, un halo más allá de lo puramente explicable desde el punto de vista de la razón; ella, además, rezumaba encanto y contagiaba a su alrededor. Una estrella sobre la cual orbitar sin solución de continuidad a causa de la fuerza de atracción que ejercía.

Su pelo, negro intenso, dibujado con trazos ondulados a cada lado de su tez blanca siguiendo las divertidas líneas dibujadas por el viento en su jugar travieso, enmarcaba un rostro infantil, muy dulce, con un toque pícaro. Una gran sonrisa sobresalía de este lienzo, atenuada de formas por el fino pincel de un pintor atrevido, mostrando unos labios sonrosados, suaves, apetecibles como el más excelso de los manjares, como esa fruta recién recolectada, en su punto óptimo; y pareciendo aportar la rúbrica que todo artista no se resiste a perpetuar junto a su obra, un pequeño lunar sobre ellos hacia la izquierda.

Su mayor arma, su mirada... reflejo fiel de su sentir, vestigio salvaje de un instinto incapaz de ser atrapado en una fotografía. Sus ojos iluminados, insinuantes, estimulantes, muy estimulantes, invitando a rivalizar con ellos, rebosantes de energía.

Papeles y carpetas se entremezclan con un teléfono móvil, unos cascos, un pequeño libro de bolsillo en inglés o una chocolatina, todo por los suelos, desparramados desde el bolso de mano sobre la acera. –El encontronazo podía haber sido trágico si llegamos a chocar nariz contra nariz, ja, ja... –murmura Víctor con amabilidad–. Ella sonrío. Le tiende la mano. –Hola, soy María, siento el despiste... –Víctor levanta la mirada hacia esa dulce voz y es en ese instante cuando todas las piezas encajan en su cabeza como un mecano...

–Te estaba buscando...

## LECCIONES DE VIDA GRACIAS AL DEPORTE

Yolanda Yanira González Gómez

Cuando era niña se burlaban de mi estatura, muchos apodos me acompañaron (jirafa, asta bandera, gigantona, pie grande, etc.), nunca me molestó ser alta, al contrario, eran todo ventajas; sin embargo, al llegar a la adolescencia quería resaltar por algo más que mi tamaño.

Al cumplir 15 años mi padre me regaló un balón de baloncesto, no le hice mucho caso, pasó semanas debajo de una banca en casa de mi abuela. Un día, aburrida, empecé a botarlo y a tirar en una canasta que hizo mi abuelo en su patio. Poco a poco se unió la familia. Esa semana salí a jugar por primera vez.

Descubrí el amor al deporte, las ganas de aprender, perdía la noción del tiempo, hice buenos amigos, quizá al estar tan absorta en descubrir lo que podía dar en la cancha no me interesé por cosas comunes de esa edad, como ir de fiesta, beber o fumar. Todo mi mundo y mi pasión era el baloncesto.

255

Poco a poco empezaron a salir más vecinos, llegaban de otras calles a vernos jugar y luego nos invitaban a un partido amistoso. Pasaban y nos decían: “Tienen que ganarle a los del barrio de al lado”, nos preguntaban la hora del juego y aparecían por la cancha para darnos ánimos. Sacábamos un radiocasete y escuchábamos a Hombres G, los Caifanes y todo el rock que inundaba los 80 y los 90 mientras disfrutábamos de ese balón.

Terminó el verano y también el año sabático que pedí a mis padres al salir de la secundaria. Entré al bachillerato, era un colegio solo para chicas, sin canchas de baloncesto (no era femenino ese deporte, según palabras del director); intenté jugar voleibol, pero no era lo mío. Me apliqué en las clases y tuve buen promedio. Seguí jugando solamente en la calle, con los amigos de siempre.

Al año siguiente fue enorme la sorpresa de ver al final de los edificios una cancha de baloncesto, deseaba que fuera el día siguiente para llevar mi balón y pasar ahí los 20 minutos de descanso. Como era de esperar, más de una chica lo llevó también. Los aros eran más bajos de lo normal –Para que no se cansen las niñas –decía el director, un señor de 80 años; la ventaja que me daban es que podía correr y clavar el balón en alguna ocasión.

Jenny, la chica más alta del colegio, era excelente en el voleibol, nadie la paraba, más de una vez me invitó a jugar, y se reunían alrededor esperando ver algo bueno; nunca le di batalla, terminamos siendo buenas amigas. Luego la invité a jugar conmigo, y le pasó lo mismo, su terreno era el de red horizontal, no redonda.

Ese año, el colegio entró a las Olimpiadas estudiantiles, y no dudé en apuntarme al equipo de baloncesto, no teníamos entrenador, pocas chicas se anotaron y entre nosotras intentamos sacar algo decente. Practicamos todo lo que podíamos y el resultado fue ganar el segundo lugar a nivel zona. Al año siguiente repetimos y nos llevamos a casa el primer sitio.

Una compañera me vio jugar y me invitó a un equipo que se estaba formando en el barrio donde vivía. Acepté e invité a mi mejor amiga, Febe.

Días antes de presentarnos al primer entrenamiento, me fracturé el tobillo derecho en la final de un torneo escolar; la profesora que nos guiaba me inyectó algo en el pie para quitarme el dolor y seguir jugando, al salir de la cancha tenía el tobillo hinchado y morado.

Me llevaron a urgencias y luego de una radiografía me pusieron yeso, indicando que debía mantenerlo por un largo mes.

Con el yeso fui a entrenar, no podía brincar ni correr, pero quería aprender, era la primera vez que tenía un entrenador de verdad. No le pareció muy buena la idea; luego de decirme que era bajo mi responsabilidad, me dejó quedarme, aprendí las posiciones, sus nombres, dónde y cómo colocarme, hacia dónde mirar y sobre todo, me enseñó a trabajar en equipo.

No quería perder el primer partido, así que me quité el yeso dos semanas antes para poder jugar, entré con algo de miedo, que desapareció en cuanto comencé a moverme por la cancha, sentirme cobijada por el equipo me ayudó, especialmente por Febe, se esforzó en estar donde yo esperaba sin llamarla, y esperaba cuando sabía que iba a tirar. Fue un buen partido. Vinieron más, y con ellos mucho aprendizaje, nuevas amistades, más experiencia y demasiada sed por victorias.

Salí del bachillerato con varios triunfos y un apodo nuevo: Lola Bunny, me sonroja confesarlo, el último año de bachillerato llegaban las chicas de secundaria y me regalaban botellas de agua, me cedían el lugar en las filas, se tomaban fotos conmigo y las hacían también mientras jugaba, me saludaban por los pasillos; esto costó la separación de las cuatro chicas que éramos, ya que dos eran groseras y frías con las niñas; mientras otra chica y yo teníamos siempre un “Hola” o una sonrisa para ellas.

Con todo, el bachillerato fue, sin dudas, una de las mejores épocas que he vivido.

Seguí en el equipo fuera del colegio (Enigma), jugamos en varias partes del Estado de México, afianzamos la amistad entre todas; pasamos juntas la muerte de una compañera, el fallecimiento de mi padre (fue el único domingo que no me presenté a jugar en 7 años), chicas que se fueron al extranjero a vivir. Época de romances, celos, fiestas, desvelos...

La relación con mi padre se enfrió cuando le dije que quería dedicarme al baloncesto; me corrió de la casa al no querer estudiar Leyes, como él. Tuve que buscarme la vida para seguir pagando el colegio privado y terminar el bachillerato. Fui a vivir a casa de mi abuela y trabajé en una óptica como recepcionista. Las visitas de Febe al trabajo, los entrenamientos y quedarme hasta muy tarde tirando canastas me ayudaban a no quebrarme, a seguir en pie.

Luego enfermó mi padre, me acerqué poco a poco, hablábamos de trivialidades; le pedí que me acompañara a verme jugar, quería convencerle de que era buena en algo, que se



sintiera orgulloso de mí, pero nunca quiso ir. Tampoco firmó la autorización para poder jugar en un equipo de mayor nivel. Nunca me vio jugar. Mi madre fue más a fuerzas que de ganas a verme, cuando anotaba o hacía algún bloqueo volteaba a verla y estaba tejiendo, hablando con alguien o simplemente se había marchado.

Entré a estudiar fisioterapia en un hospital y la carrera de quiropráctica en la universidad; fue el abuso de horas practicando lo que me limitó a seguir. Entrenaba de lunes a jueves por las mañanas en la universidad; por las tardes, cada tercer día jugaba en el hospital (área de fisioterapia contra enfermeras de pediatría, por ejemplo); los viernes entrenaba con Enigma en las tardes, los sábados eran los partidos de la universidad y los domingos, los del equipo de siempre.

Tuve, como consecuencia de no cuidarme, un desgarre en los meniscos, el médico después de varios meses me dijo que tenía que dejar de jugar o decidirme por una cirugía. Era tan fuerte el dolor que dejé el baloncesto.

Lloraba al darme cuenta de que ya no tenía 15 años, habían pasado 7 años. Me llegaban los avisos entre sueños de toda la gente que decía que me cuidara, que los jóvenes no somos inmortales, que la vida pasa factura. No podía seguir haciendo lo que me apasionaba. Comencé a salir de fiesta, a beber, a fumar, caí en una depresión, angustia y rencor hacia todo y todos que duró un año. Jugaba en deportivos con gente desconocida, apostando dinero, cada vez iba a peor, eran más reclamos cuando les hacía perder dinero y las cosas comenzaban a ponerse mal y peligrosas.

Odiaba el baloncesto pensando que era él quien me había abandonado a mí, después de tantos años entregada al deporte me dejaba como una más.

Un día desperté con resaca como de costumbre, encendí el televisor y vi un documental sobre la vida de Michael Jordan. Me pasé esa tarde dando vueltas a todo, pensando que ya era hora de hacer algo con mi vida, era tiempo de aceptar que los mejores años habían pasado en un abrir y cerrar de ojos, que nunca sería una Jordan ni por asomo, que no soy del montón, que siempre habrá alguien que jugará mejor que yo, y que mi vida no se limita al baloncesto.

Decidí trabajar en el extranjero, me ofrecieron empleo en España, y así llegué aquí a la edad de 25 años, enfocándome en vivir, en descubrir lo que hay fuera de la cancha y tratando de aceptar las cosas que no puedo cambiar.

Ahora tengo 33 años, y hace un año que volví a jugar, no es ni por asomo lo que estaba acostumbrada a hacer o donde practicarle, aunque la sensación es la misma. Sigo peleando debajo del tablero cada rebote, espero pacientemente a la contraria para hacer un buen tapón, pido el balón al centro y, aunque no es una canasta espectacular de tres puntos, también vale.

He hecho las paces con el baloncesto, conmigo misma, vuelvo a disfrutar de la vida dentro de la cancha, nuevamente soy como un pez en el agua, y lo mejor es que he comprendido varias cosas en el trayecto hacia el estado en que me encuentro.

- \* Todos, absolutamente todos, somos luchadores innatos y tenemos en la sangre sed de triunfo.



# Yo, deportista

- \* No hay mejor alivio para el alma que practicar el deporte que nos apasiona. No importa si estamos en otro país o estado, el deporte va donde vamos nosotros, nunca nos abandona.
- \* Practicar nuestro deporte es como estar en casa, seguros, con plena confianza y libertad.
- \* Así como somos guerreros en las competencias, debemos serlo en la vida diaria, el tiempo no da tregua.
- \* No somos inmortales, nuestro cuerpo es el único que tenemos, hay que cuidarlo siempre, sin excusas ni pretextos.
- \* Jamás culpemos a otros de nuestros fracasos, somos dueños de nuestro destino, una negativa no es más que un obstáculo que debemos sortear.
- \* Disfrutar plenamente cada momento de triunfo, saborear cada instante; y de las derrotas aprender, eso nos servirá para mejorar, así que después de todo no perdemos.
- \* Cuando encontramos nuestro deporte perfecto es como ponerse los zapatos más cómodos que has usado en tu vida, y nunca más querrás quitártelos.
- \* Duele que la familia o las personas importantes en nuestra vida no compartan nuestra pasión, pero siempre habrá alguien que te tome como ejemplo cuando haces las cosas correctamente, así que no falles.
- \* Disfruta, disfruta con todos los sentidos el deporte que te ha elegido y que has elegido, la vida es muy corta para vivir pensando que el deporte te ha abandonado a ti.
- \* Lleva fuera de la cancha la pasión por hacer las cosas, te sorprenderán las recompensas.
- \* Y sobre todo, confía en ti, si el deporte te da tanta satisfacción es por algo, no lo eches en saco roto y lucha con todas tus fuerzas por tus sueños.

## PODIO

Carlos María Monticelli

La previa es excitante. El revuelo de los competidores antes de la partida, la adrenalina que inunda el aire, las preguntas sobre los tiempos del equipo y el de los competidores, la música que marcará el ritmo de las brazadas, el suave aroma a cloro que moja los cuerpos. Cuerpos esculturales, delgados, anchos, gordos y de vientres retraídos.

Y ella con su espalda blanca.

Las mallas coloridas, enteras y dos piezas, los diferentes shorts, las gorras apretadas con diseños de banderas, delfines o tiburones feroces.

Y la espalda de ella con los breteles cruzados y transparentes.

Antiparras azules, negras, rojas, ahumadas y lentes que agrandan u ocultan los ojos. Todas son figuras anfibias en la espera de su medio líquido, para mojar sus escamas invisibles y nerviosas.

Y la piel de ella, entornada por otra piel más oscura, sintética, que tiene la gloria de sostener sus formas suaves, turgentes.

Los equipos que se agrupan cercando los cubos de largada, hablando entre ellos y acomodando las gorras y anteojos en el ritual de aplacar tensiones.

Y las líneas invisibles sobre la espalda que afirman el milagro de contener los valles y montes, recreando mi deseo sobre el aire húmedo, clorado.

Una voz irrumpe con eco en el recinto. Se apagan los comentarios; la adrenalina se apodera del aire. Los nadadores se alinean detrás de los cubos. Los primeros se acomodan sobre el borde.

Y la espalda blanca dibuja una curva suave, precisa, sensual con sus dos tiras reflejando un destello excitante, y fuertemente erótico.

Los andariveles son piernas delgadas, abiertas, como una amante en espera. El silbato suena corto. Antes de que el eco se apague, los cuerpos despegan, penetran el himen líquido y estallan en una carrera brutal, armónica, espumosa, hacia un llamado incierto de escalar el podio.

# Yo, deportista

Y en cada vuelta, en cada brazada y piernas, ella muestra su espalda blanca con ese dibujo en cruz sensual, brillante.

Como en una competencia feroz de quién fecundará la Copa con su llegada, los nadadores se esfuerzan, ganan y pierden segundos.

Y el estilo de ella es firme, sereno, caliente.

Tiempo final. Los cronómetros se detienen. Euforia de comentarios, revuelo de planillas, metros totales, minutos y segundos.

De mi bretel desprendo la insignia de mi equipo y la rutina del natural intercambio con la ganadora. Ella recibe su trofeo. Yo también tengo el mío: en un abrazo indiferente, quedó en mi mano la caricia de las tiras blancas, transparentes, que cruzan su espalda.

## ¿POR QUÉ LLORA RICARDO?

Fernando Noguera Méndez

Todo el mundo tiene secretos y Ricardo tenía uno inconfesable, se emocionaba fácilmente. Pero había un tema que cuando le ocurría podía con él, le dejaba sin fuerzas, cuando veía una mezcla de deporte y esfuerzo entregaba el corazón y el alma. Ahora había pasado unos meses de pasión desmesurados. Acababan de terminar los Juegos Olímpicos.

Siempre era igual, se sentaba frente al televisor a ver una prueba deportiva, 400 metros vallas, 1500 metros, 10000 metros, el maratón, y cuando el ganador llegaba a la meta al ver la cara del corredor se emocionaba, sentía la alegría que inundaba al deportista. Era como si viajara a su vida, entraba en ella y veía los días de entrenamiento, momentos de sufrimiento y las lesiones que le apartaban de aquello que más le gustaba. Ricardo se emocionaba más que el propio deportista o mejor dicho, lo hacía pero de otra manera, tenía más experiencia en estos temas.

261

Pero aquello le daba mucha vergüenza, por eso intentaba quedarse solo en esos momentos frente al televisor, quería ese momento íntimo y de apoyo hacia otros como algo sagrado, no podía consentir una interrupción. Lloraba e imaginaba la historia posterior de aquel hombre fornido tras llegar a la meta agasajado por los medios informativos, alabado por amigos, sentía la felicidad de los familiares e iba hasta el beso en los labios de esa mujer preciosa llena de satisfacción que dejaba escapar una lágrima porque el protocolo lo exigía.

Había cumplido ya los cuarenta años y llevaba la mitad de esos años atrapado en su trabajo, la casa, la mujer, los lloros frente al televisor y los hijos, sin tiempo para salir de esa vida circular, o así pensaba.

Pero fue aquella tarde cuando vio la final de 800 metros de los Juegos Paralímpicos cuando, tras hacerle un seguimiento a la atleta ganadora, vio el reflejo de satisfacción y él hizo lo de siempre. Ella una larga sonrisa, y Ricardo con un pañuelo aguantando los mares que bajaban por su cuello. Pensó en los difíciles entrenamientos de aquella mujer, en los esfuerzos, en la superación y comenzó a generar una fuerza que partía del ombligo y le salía por la boca. Después meditó unos minutos, no tenía más tiempo, su mujer lo esperaba para ir al supermercado. Y fue allí, entre botes de alcachofas, pasta fresca y gaseosa donde deseó llegar a observar su propia victoria en meta. Soñó y viajó lejos, donde veía un estadio repleto de gentes, con gritos de ánimo, donde llegaba el primero y hacia parar el cronómetro. Después bajó a la tierra y decidió comenzar a moverse. Seguía con esa fuerza que partía del ombligo y le salía por la boca.

Al día siguiente quiso correr pero no pudo, ni se acordaba, se dio cuenta de la dificultad. Unos tres kilómetros a paso ligero sí los terminó.

Cambió de hábitos alimenticios, empezó a ser una persona saludable. Menos grasas y menos dulces y más fruta y verdura. Como muchos, él también sabía estar más cerca de una dieta equilibrada y con ayuda familiar era más fácil. Todo hay que decirlo, recibió un apoyo total por parte de su mujer y de su hijo mayor, que comenzó a acompañarlo. Una familia contagiada que encontró huecos para quitarle horas a la televisión, a cambiar tiempo de estar sentado por salir a la calle a moverse casi todos los días.

En un mes llegó Ricardo a conseguir un trote ligero y con el tiempo lo impensable de correr hasta veinte minutos seguidos. Después llegaron los treinta minutos y notó sus piernas desengrasadas, se movía a más velocidad, con mayor soltura.

Su momento del día, el gustarse corriendo a ritmo y después relajarse en la ducha.

Había encontrado una salida a su vida circular.

Era como si en su cabeza antes hubiera tenido una burbuja que le contenía de hacer cosas, pero esa pompa o burbuja o como se le quiera llamar había sido pinchada y había liberado una energía que había poseído siempre.

¿Que si iba más contento al trabajo? ¿Que si ahora hacía más cosas? ¿Que si ahora tenía tiempo?

La misma vida pero distinta.

Podría haber llegado a ser el mejor corredor de todos los tiempos, sería fácil darle un giro a la historia y contarla de esa forma, pero eso solamente tenía cabida en los sueños y en los cuentos de ficción no reales.

Ricardo ahora vivía de otra manera, todo un logro, aunque seguía asomándose a la televisión en días de carreras de fondo, de campo a través o de competiciones en pista y seguía centrándose en aquellas caras de ilusión e imaginando los años de esfuerzo para llegar hasta ese momento. Ahora lo veía como más cercano, él también sentía el frío madrugador cuando con ilusión saltaba de la cama para hacer su recorrido antes de ir al trabajo de todos los días, se cansaba y había comenzado a gustarle lo de esforzarse un poco más sin poder. Notaba grandes mejorías.

Hacía más actividades relacionadas con su nueva vida. Iba andando al trabajo, dejaba el coche en casa, subía los cuatro pisos hasta llegar a la oficina sin utilizar el ascensor y los domingos iba con la familia al monte donde hacía su entrenamiento diario y después paseaban todos juntos.

Ya llevaba más de un año desde el día que dio un paso adelante para correr y sudar. Un amigo que se lo comunicó y cuatro vueltas que le dio en su cabeza llegó a la conclusión de que quería participar en una carrera que se iba a celebrar a un mes de la fecha actual. Y empezó a tener otros sueños, dormía intranquilo en la cama sintiéndose ganador, los días que quedaban entrenó con más fuerza, se sentía un Stallone en el primer Rocky. Cuidaba la alimentación como un olímpico y se mentalizó para la victoria.

## Yo, deportista

Y llegó el día, junto a la salida estiró y calentó como uno más. Se encontraba bien y además hacia sol, qué más podía pedir. Nada más comenzar se dio cuenta de que sus piernas no eran las más veloces aquella mañana, estaba rodeado de hombres fuertes y entrenados e imaginó que estaba en una prueba de campeonato del mundo. La cabeza de carrera cada vez estaba más lejos, entonces él se centró en su ritmo, en su respiración y en disfrutar del momento. Por toda la ciudad animaban y él sentía que aquello le pertenecía. Algo más de una hora y cuarenta minutos cuando enfiló la última recta, donde sintió el griterío de la gente junto a la meta. Vio a su mujer emocionada y sus hijos chillaban de alegría. En ese momento Ricardo no lloraba, había dibujado una plácida sonrisa de mil sentimientos encontrados y al llegar a la meta intuyó que alguien lo observaba, alguien como él meses atrás cuando se sentaba frente al televisor. Quiso creer que aquel otro lloraba a lágrima partida al ver el reflejo de su cara, reflejo indescriptible de placidez. No podía ser la única persona que había reparado en buscar caras de felicidad en atletismo. Ahora estaba al otro lado, él era el observado, quería creer que la competición en la que participaba se televisaba y a cientos de personas sentados en sus casas les caían lágrimas mientras él, sonriente, llegaba al momento de su conquista. No era el único raro del mundo.

Cruzó la meta y después de saber su tiempo de carrera su mujer lo recibió a unos metros del final y le dio un beso en los labios. Entonces le vino el *flash* de aquel otro medallista olímpico y entendió que él había alcanzado lo mismo: una gran satisfacción.



## Y AHORA QUÉ...

Juan Bautista Pájaro Varela

Era sábado y el partido se había marcado para el día siguiente a las cinco de la tarde. Tenía tiempo para relajarse durante todo el día hasta que llegasen las ocho de la tarde. A partir de ese momento su mente estaba puesta exclusivamente en el partido y no podía dejar nada al azar. Hasta su novia lo tenía claro. A las ocho en punto de la tarde lo recibía en su casa para pasar un buen rato juntos. Incluso se había planteado el hecho de dejar la puerta abierta todos los sábados a la misma hora para ahorrarse trabajo.

Cogía el coche y se plantaba en casa de su madre, quien le preparaba la cena a las diez: un rebosante plato de pasta, solo aderezado con un poquito de aceite de oliva y un par de filetes de pollo a la plancha y muy pasados. Veía el fútbol que estuvieran televisando sin importar quiénes eran los equipos, y en ese período de tiempo se bebía gradualmente dos litros de bebida isotónica.

Justo al acabar el partido se despedía de su madre y se metía en su antigua habitación, que seguía como la había abandonado al irse a jugar fuera por primera vez, y se quedaba dormido a los cinco minutos de apoyar la cabeza en la almohada.

Sonaba el despertador a la hora pautada y automáticamente se ponía de pie. Sentado sobre su pequeña cama, cerraba los ojos y repasaba mentalmente todo lo que tenía por delante ese día. Y no era un día cualquiera: era domingo y tocaba jugar.

Lo primero era darse una ducha bien fría. Mientras sentía el agua helada sobre su cabeza, se situaba en el estadio y visualizaba lo que iba a pasar durante el partido. Al acabar se dirigía a la cocina donde le esperaba un succulento desayuno.

Bajaba hasta el centro a dar un paseo y compraba el periódico. Ni siquiera lo ojeaba por encima, ya que no quería caer en la tentación de abrir la sección de Deportes y leer algo sobre su partido y que esas palabras lo condicionaran. Volvía a casa justo 4 horas antes del partido para comer, y el menú sería el de siempre: pasta, agua y nada más.

Se tumbaba en el sofá a esperar la hora de irse al campo, y miraba la tele sin hacerle demasiado caso. Deseaba que llegara la hora de vestir el chándal oficial, bajar al garaje e irse a tomar el café de antes de jugar a la misma cafetería de todos los fines de semana.

Un café solo largo y con doble de azúcar. Creía necesitar el azúcar extra por si acaso llegada la segunda parte se encontraba sin energía. Era uno de los pensamientos por el cual

sus compañeros lo tildaban de obsesivo, y él lo sabía. Y a veces pensaba usar el mismo sistema antes de quedar con su novia, pero para esas situaciones no le faltaban nunca las fuerzas, aunque hubiera una segunda parte.

Cruzaba la puerta del estadio diez minutos antes de la hora acordada, y se dirigía directamente al césped para comprobar su estado y así poder escoger qué tipo de bota usaría ese día. Justo después abría la puerta donde se guardaba el material deportivo y donde estaban sus decenas de pares de botas. Las miraba con mucha atención y pensaba en el estado del terreno de juego y se llevaba cuatro o cinco pares de botas. Se sentaba en su lugar dentro del vestuario, justo debajo de su percha con su número y nombre, custodiada por la imagen de la Virgen de Lourdes, y sin quitarse el chándal, se despojaba de sus zapatillas y de sus calcetines, se ponía las medias de jugar y probaba concienzudamente todos los pares de botas que había escogido hasta que se decidía por uno de ellos. Aunque cuando salía al campo a calentar siempre llevaba en la mano otro par por si acaso.

Siempre era el primero en llegar al vestuario, y por eso podía introducir su pendrive en el aparato de música para escuchar sus canciones pre-partido. Se motivaba cada vez más según se acercaba la hora de empezar a jugar. La música la tenía preparada para que la emoción de sus pensamientos tuviera una banda sonora acorde.

Tan pronto empezaban a llegar sus compañeros, se acercaba a ellos a saludarlos personalmente y darles la mano, uno a uno, preguntándoles a todos cómo se encontraban. Se sentía más tranquilo si sabía que todo iba bien. Incluso hablaba en privado con el doctor para saber si había alguna novedad.

Faltaba poco para salir a calentar y se disponía a vestirse. Todo tenía un orden establecido: las medias primero y no demasiado apretadas, siempre por encima de la rodilla y del revés. Esto último no era una manía, ya que lo hacía para que las costuras no le hiciesen daño en los pies. Los pantalones eran una talla XL, y por debajo, unos calzoncillos que solo se ponía para jugar y en los partidos en los que tocaba jugar en casa. La camiseta, tanto la de calentar como la de jugar, se la colocaba por fuera de los pantalones, salvo en la cadera derecha que siempre metía un poquito de tela por dentro del elástico de sus calzones. Se mojaba el pelo, la cara, los antebrazos y las piernas. Ya estaba listo para salir a calentar. Esperaba pacientemente por sus compañeros, que lo habían escogido como capitán, y se olvidaba de todo lo que lo rodeaba. Estaba en donde quería, con su gente cerca, animándolo, haciendo lo que más le gustaba y lo que mejor sabía hacer. Era feliz.

Llegaba a casa y siempre repasaba mentalmente lo que había sucedido durante el encuentro. Indiferentemente del resultado, le era imposible dormir varias horas seguidas. Siempre se le venían a la cabeza situaciones del partido que podía mejorar.

Pero esa noche, aunque no podía conciliar el sueño como cada noche después de un partido, se dio cuenta de que los motivos que se lo impedían eran distintos a los habituales, y se paró a analizarlos. No sabía qué era lo que no lo dejaba dormir. Algo le preocupaba. Algo que nunca hasta ahora se había parado a pensar: ¿Qué haría de su vida cuando tuviese que retirarse?

Esa pregunta empezó a agobiarlo cada día. No podía dejar de pensar en ello. Ya tenía una edad y una larga carrera como deportista a sus espaldas, y sabía que su hora estaba cerca. No

sabía hacer otra cosa. Nunca se le había pasado por la cabeza tener que abandonar lo que más quería, pero ese momento que tanto temía estaba a punto de llegar, en cualquier momento, y él no estaba preparado.

Empezó a sentir miedo cuando llegaba a casa después de cada entrenamiento. Se veía en el bar de enfrente, jugando al dominó y viendo los partidos televisados con su carajillo, tal y como veía a los abuelos todas las tardes al regresar de jugar. Ya no sería más protagonista. Pasaría a ser uno más dentro de la sociedad, sin sentir el aliento del público ni los ánimos de los compañeros. Las risas en el vestuario, las cenas de equipo, la tensión en los partidos importantes y la cantidad de amigos que el fútbol le había regalado: todo eso tenía una fecha de caducidad muy cercana.

Su gente lo veía triste, distante y pensativo. No era el de siempre. Pero sabían que no les contaría nada, ya que nunca exteriorizaba sus sentimientos. Tendrían que esperar a que fuese él quien por iniciativa propia se abriese y expresara aquello que le había cambiado su semblante.

Y aún había algo más. ¿De qué iba a vivir una vez fuera de los terrenos de juego? Nunca se había preocupado por estudiar, ya que no era algo que se le diese bien. Y nunca antes había tenido la necesidad de trabajar, por lo que ahora se veía en una situación más que preocupante. Y la situación económica del país no ayudaba, por la angustiosa crisis que se vivía en ese momento, no hacía presagiar nada bueno.

Era martes, su único día libre, y pensaba en quedar con su chica para expresarle su más sincera preocupación sobre su inminente retirada y las consecuencias que esto le iba a ocasionar laboralmente hablando. Se subió al coche y sonó su móvil. Era de la oficina. El psicólogo del club quería reunirse con él esa misma tarde para hablar sobre su estado anímico. Se quedó sentado delante del volante, con el motor apagado, pensando en qué le podría ayudar un experto sólo intercambiando unas palabras.

Unos años antes, cuando pertenecía a un club de élite, cada semana los jugadores recibían la visita del psicólogo del equipo, para prepararlos mentalmente para el partido del fin de semana. Poco caso hacía a esas charlas, ya que no creía en la labor de esta clase de profesionales, ya que las pocas veces que los escuchaba, poco o nada nuevo le aportaban.

Acudió a la reunión por respeto a su club, no por las ganas que tenía. Llegó a la hora acordada y las chicas de la oficina lo hicieron pasar al salón de reuniones. Allí lo esperaba el psicólogo, sentado en un amplio sillón con apariencia de trono de algún rey de la Edad Media.

Le contó sin vacilación alguna todo aquello que le preocupaba, con miedo a las posibles repercusiones que aquello podría tener en la presente temporada, pero pensó que no tenía nada que perder por el hecho de sincerarse, y que cuando terminara la reunión, se iría para casa a buscar una solución a su problema.

Pero para su sorpresa, el psicólogo le habló más como un amigo o compañero que como un profesional de la mente, aunque con grandes conocimientos sobre el pensamiento humano. Se quedó escuchando con atención, ya que le estaba aportando posibles soluciones

o maneras de cómo afrontar su situación. Se daba cuenta de que con solo contarle sus temores y pensamientos se sentía mejor, más animado. Su conversación era fluida, y mientras charlaban, su mente actuaba de forma independiente creando ideas propias sobre lo que haría una vez llegase a casa. Estaba mucho más animado que cuando había entrado en las oficinas. Aunque escéptico como ningún otro, sabía que el psicólogo, aunque no le había dicho nada de forma directa, algo había tenido que ver en su cambio de forma de pensar, ya que salió por la puerta con algo que antes era una carga, y que ahora había asumido totalmente: tenía que dejarlo, era ley de vida, y tendría que afrontar un nuevo proyecto de vida apoyado en su familia, amigos y en su novia. Le había hecho ver que era un privilegiado, que podía cambiar de vida siendo joven, y que tendría que empezar algo nuevo desde cero, y que esa oportunidad a casi nadie se la daban, ya que cuando un trabajador se jubilaba, era ya mayor para poder pensar en rehacer su vida.

Su vida había cambiado radicalmente en una hora, y se dio cuenta de que en breve tendría que tomar una decisión que antes le aterraba, y que ahora lo hacía más fuerte. Lo dejaría al final de esa temporada, y se haría a la idea de que ya no volvería a haber partido el domingo. Todo sería parte de una colección de gratos recuerdos, pero tenía que vivir el presente y empezar una nueva vida junto a su novia, y dedicarle a ella y a su gente todo el tiempo y la paciencia que ellos le habían dedicado todos estos años. Sería el momento más duro y emocionante de su vida, pero estaba preparado.

El fin de la temporada se aproximaba, y cada día que pasaba tenía más dudas acerca de la decisión que debía tomar.

El equipo había cumplido con las expectativas para ese año, y él había estado a la altura de las circunstancias y la verdad es que se encontraba bien físicamente. Esto le hacía reflexionar a la hora de tomar una decisión. Pensaba que podría jugar un año más, pero a su vez sabía que sería alargar más el sufrimiento que vivía día a día.

Era domingo, pero no un domingo cualquiera. Era el último partido del año y había tomado una decisión. Lo dejaba. Pero se conocía muy bien como para saber que no podría hacerlo público y tampoco podría despedirse de sus compañeros. Lo haría de la misma forma en la que había llegado a ese mundo: con discreción, sin hacer ruido y sin llamar la atención. Solo tenía que pensar en un modo de hacerlo, pero que fuera lo más sutil posible.

El partido había acabado y él había actuado de la misma forma que de costumbre. Se duchó, cogió su coche y se fue. No quiso mirar atrás.

Sus compañeros estaban eufóricos por el gran triunfo en la despedida de la temporada, y estaban hablando de organizar una cena esa misma noche para celebrarlo. Se ducharon entre risas y bromas, y cuando volvieron a su vestuario a vestirse, se fijaron en que su gran capitán ya no estaba. Miraron hacia el lugar donde se sentaba cada día, y solo vieron algo que les llamó la atención: sus botas estaban colgadas de la percha.

## RUMBO AL CREPÚSCULO

Alberto Rodríguez Hortal

*En sus ojos apagados,  
hay un eterno castigo,  
el héroe de leyenda  
pertenece al sueño de un destino.*

*Héroe de leyenda - Héroes del Silencio*

No había servido de nada. Ni los mejores preparadores personales. Ni año tras año perder parte de sus vacaciones en las rutinas solitarias de gimnasio y musculación. Ni la más moderna tecnología puesta a su servicio. Aquí, ahora, con este marcador en contra, las más de quince temporadas en la élite le pesaban como plomo derretido. Nada que hacer ante aquella nueva generación de centrales que parecían tener resortes por gemelos y retrovisores escondidos en alguna parte de su anatomía. Exhibían sus veintipocos con soberbia insultante. Su solvencia en el corte y la anticipación, ante sus torpes carreras en persecución de lo imposible. De nada le valía ya su inteligencia innata en el desmarque. Podía empezar siempre antes que los demás, pero ahora finalizaba siempre después, en posición incómoda, trabado por la llegada del defensor, tapado, sin ángulo. Sin posibilidad de enseñar el colmillo y clavarlo con salvajismo premeditado en la presa. A veces, con suavidad sibilina. Otras, con violencia sorpresiva y desmesurada. Como en tantas y tantas ocasiones, en ese pasado tan reciente que se negaba a desaparecer, prolongándose en una especie de presente etéreo e inacabado, dispuesto a consolidarse siempre, pero sin hacerlo de veras nunca.

Colocó las manos sobre sus rodillas, tratando de encontrar un aliento que se escapaba en vaharadas constantes, como fumarolas de un volcán por extinguir, expelidas hacia el verde insondable de un césped que ahora le negaba la gloria. Parecía un gesto de derrota calma, de dejarse ir lentamente en una especie de muerte que fluye, a modo de insondable e inacabable hemorragia de talento.

Pero pronto, raudos, alzó la testa orgulloso. Jamás soportó ni aceptó la indolencia. Y menos en sus carnes. Nunca abandonar, nunca rendirse. Un último desmarque, una última diagonal tras el saque de banda. Respiró hondo y se lanzó a toda carrera, esperando el pase del lateral

brasileño. Notó en el cogote la presencia del central, en forma de aliento regular y firme, que lo seguía con ágil zancada, cómodo, encimándolo, dispuesto a tapar cualquier intento de regate o pase que intentara. Al menos había abierto un espacio con su desmarque, pero ese espacio quedaba tan lejano de la línea de cal... sus últimas fuerzas malgastadas. Un saque previsible, al pie, una devolución telegrafiada, la enésima pérdida de balón y el runrún eterno del debate en la grada.

Recordó de pronto, como un heraldo del pasado, una escena de descampado, de erial de barrio, de eso que los argentinos han dado en llamar potrero. Rememoró de nuevo aquella infancia publicitada en los diarios, pero que aún albergaba rincones íntimos, propios, secretos. Las imágenes asaltaron su memoria. Uno de esos ronditos en los que una muchachada se pasaba un viejo balón de hipermercado a toda velocidad. Y cómo un anciano, un desocupado profesional, los contemplaba desde los restos de un banco de aquello que el Ayuntamiento entendía por parque. Sujetaba con fuerza la trailla de su perro, un mestizo hijo de mil padres, con sangre terrier bullendo en sus venas y en sus ladridos nerviosos.

Intuyó que el chucho quería jugar con la pelota. Siempre orgulloso, con la pelota bajo el brazo como si fuera el birrete de un general de división de lanceros, le pidió a su dueño que lo soltara, para amenizar el rondo. El viejo suspiró como por un viejo amor y le avisó:

–No sabes lo que dices, chico. Te juegas los tobillos. Este chucho tiene muy mala leche y muchas ganas de jugar con esa pelota. Es un cachorrillo, apenas tiene diez meses.

–Seguro que lo cansamos. ¿Sabe? Yo voy a ser el mejor jugador del mundo

El viejecillo solo pudo esbozar una sonrisa maliciosa, y soltó el broche de la cadena del perro.

Cuando un ser vivo tiene cuatro patas, corre infinitamente más que unos pobres humanos de dos. El bicho además soltaba los dientes para agarrar a su presa y por más velocidad que los chicos trataban de dar a sus pases, el can se anticipaba siempre, con los colmillos aguzados por delante.

Durante años no hubo manera de jugar en el descampado cuando el abuelillo, calada su boina hasta las orejas, sacaba a pasear a aquel chucho infatigable y endemoniado. No, si se quería mantener la integridad de las canillas y del sufrido balón de hipermercado.

Pero un buen día el perro envejeció lo suficiente como para no llegar a tiempo a cada pase, aunque su indómito carácter le hacía seguir persiguiendo el balón. No permitía el error, pues entonces caía sobre ti con toda su antigua furia juvenil embalsada en una docena de carreras y te robaba el balón y la piel de los tobillos. Fueron los mejores tiempos.

El tiempo pasó y cambió el erial por los campos de hierba de los filiales, empezó a asombrar a propios y extraños con aquella mirada de perdonavidas y aquella facilidad para hacer que el balón besase las mallas. Tras los entrenos y el tren de cercanías hasta el barrio, aún quedaban ganas de desperezarse y bajar a jugar con los viejos amigos de los bloques grisáceos de protección oficial. Bajar al descampado y encontrarse con aquellas caras conocidas desde siempre, para las cuales solo era el chico de siempre. Aunque el cuerpo



estuviese castigado, las paredes y los gambeteos con los viejos colegas del barrio sabían mejor que las de los entrenos, sabían a verdad y a camaradería. Lo podía sentir cada vez que se encontraba aquellas sonrisas en aquellos rostros amables.

Y con aquel chucho, al que adornaban ya multitud de pelos blancos. Ahora los rondos se sucedían sin que el pobre animal tuviera la más mínima oportunidad de alcanzar el balón. A las primeras carreras el chucho enseguida arrastraba su lengua por el suelo y su motor no daba para nada. Pero, nunca, nunca, nunca, cedía en sus carreras en pos del balón empujado por su maldita sangre terrier borboteando en sus venas. Pronto alguien por pura compasión fallaba aposta y le daba el balón para que pudiese jugar un rato.

Aquí, ahora, sobre el verde tapete donde se jugaba un partido más, se sentía como se sentía sobre el polvo árido del descampado aquel perro, muerto hace ya casi un lustro. Impulsado sin descanso por el coraje y la raza, pero incapaz de llegar puntual a su cita con el balón.

No importaba. Se colocó los restos de flequillo, aspiró con fuerza una bocanada más de aire y esperó, ahora que el cronómetro agotaba sus últimas posibilidades, lo que nunca sucede, lo que nunca pasa. Un último centro a ninguna parte, un último salto al choque. Algo que tras quince temporadas en la élite sabes a ciencia cierta que es un tiro al azar del bosque, un desesperado intento, más propio de malos jugadores en el casino, de los de la corbata desabrochada en madrugadas sin fin frente a una ruleta, que de un delantero de garantías y calidad. Pero a veces solo queda la lucha, la extraña ética olvidada, solo queda el valor de no rendirse jamás, de superar los límites de lo posible en pos de una quimera. Vencer al agotamiento y a la irresistible tentación de ser invisible de una vez, de abandonar y dedicarse a una levedad del ser que bien ganada tenía hace años. No era tiempo de demostrar nada a nadie. Había roto todas las barreras, todos los registros. Era, sencillamente, una leyenda viva. Pero el olvido es demasiado poderoso en las mentes de los hombres. Y solo parece valer lo realizado aquí y ahora, ni siquiera lo de ayer o lo de hace cinco minutos. Cronos jamás había devorado tan rápido a sus hijos.

Todos estos pensamientos se agolpaban en sus sienas mientras talonaba, mientras se elevaba al cielo refulgente de focos de estadio una vez más. Y una vez más, unas piernas más jóvenes, más potentes, más fibrosas, elevaron al joven central adversario por encima de él y le permitieron el despeje cómodo.

Pero un rayo de esperanza cruzó la cancha. El despeje fue bueno, excelente, pero el medio centro, sobrado de tiempo y espacio gracias a la calidad del testarazo, erró completamente en una cesión hacia atrás absurda y sin sentido, que le complicó la vida a sus centrales. El compinche del saltarín infatigable se vio con un problema encima cuando creía que todo había pasado.

Y entonces, con el instinto que jamás se olvida, olió la sangre. Se lanzó a presionar con fe y furia, con dos grandes zancadas que pronto agostaron el espacio del joven e inexperto central. Éste se quitó el balón de encima, hacia el saque de banda que permitiera un repliegue ordenado y seguro. Pero la infatigable presión del gran capitán había animado al interior que, pegado a la cal, había acompañado en la presión, recuperó el balón y trató de ganar la

línea de fondo. Levantó la cabeza y puso un centro al corazón del área, allí donde moran los asesinos del gol.

Solo había un pequeño problema. Imposible llegar a un centro tan bueno. Estaba cerrado por el central, que le impedía el paso. Pero la astucia, su vieja asociada, le dio la solución. Desapareció con un par de pasitos quedos tras las anchas espaldas del defensa, encorvándose, agachándose con el sigilo del cazador, para centésimas de segundo después volver a aparecer, impulsado como si fuese una cobra, creando un remate de cabeza en plancha sorpresivo y eficaz. El defensa no tuvo tiempo de reaccionar, no había imaginado que se podía partir de la nada y alcanzar el infinito. Pero sus reflejos son buenos, así que aquel movimiento fulgurante, aunque le sorprende completamente y se adelanta a su pensamiento, tiene margen de corrección. Trató de meter la cadera, de obstaculizar el remate de manera sibilina, evitando la falta y la pena máxima. Y lo consiguió.

El gran capitán solo acertó a conectar el testarazo, pero le hubiese gustado tener más espacio para girar la cabeza y acomodar la pelota a un palo. Pero confió en que la violencia del golpeo fuese definitiva. Y en otra ocasión, ante otro rival, lo hubiese sido. Pero el portero internacional hizo gala de sus excelentes reflejos y sacó una mano portentosa, eléctrica, fugaz. Mientras el gran capitán aterrizaba sobre el césped, contempló cómo el fabuloso gesto del portero lograba atajar el remate, aunque la pelota se arrulló peligrosamente muerta, peligrosamente centrada, en las inmediaciones del área chica. Aquella pelota quedó seductora, provocadora, en terreno de nadie, acercándose con el más delicioso de los contoneos hacia la posición que ocupaba el defensa, sí, pero también el león tumbado en su trono de césped, rey de su territorio. Y entonces todo sucedió con voracidad suprema. La voracidad de los depredadores, de los asesinos. El gran capitán solo acertó a incorporarse lo justo, apoyando en el césped su mano diestra, prácticamente en cuclillas. Sufrió el acoso implacable del joven central, que trató de llegar estirando la pierna lo indecible. Aceptó aquel choque que lo desequilibró, que en noble justa lo obstaculizó y neutralizó.

Pero los genes nunca se olvidan. Están ahí, listos para ser usados de manera automática y autómatas. Y aquello que una vez se aprendió en el descampado, jamás se olvida. Acertó a sacar, casi a gatas, un remate con la zurda, de puntera, un remate barriobajero, de arrabal, imperfecto y sucio, feo y torpe. Un remate hecho con las tripas, con el instinto, con la furia encastada. Y que se coló junto al palo, insultantemente despacio, ante la impotencia de un portero que tras su brillante acción no puede acertar ante tanta imperfección a incorporarse para llegar al lugar adecuado a tiempo.

A trompicones, casi a rastras, lanzándose sobre manos y pies, alcanzó el balón que había besado la red ante la explosión de júbilo del estadio. Lo hizo suyo, lo abrazó íntimamente contra el pecho. A pesar de que el defensor trató de arrebatárselo, un suave y firme gesto le desaconseja tal cosa. Y la mirada. La mirada del pistolero descastado que siempre abandona el lugar rumbo al crepúsculo.

El gran capitán corre velozmente hacia el centro del campo. En su mirada feroz está resumida la rabia del que siempre quiere ganar, incluso el partido contra la droga. De aquel que tras los yates, tras los lujosos chalés, tras las modelos que sientan la cabeza, tras las

# Go, deportista

montañas de dinero, sigue siendo aquel que baja la cabeza de vergüenza ante la derrota, al que le arden las tripas tras un fallo garrafal, al que jamás se le sacia su sed de victoria. Aquel que está dispuesto siempre y en todo lugar a traspasar todos los límites de lo posible y de lo imposible en pos de un simple gol, en un partido intrascendente. Aquel que sin poseer una técnica depurada, ni una velocidad sorprendente, ni un disparo potentísimo ni ninguna otra gran cualidad, un día decidió ser el mejor, y sigue empeñado en serlo.

Todos aquellos pensamientos descarrilan en su mente mientras galopa a toda velocidad cruzando todo el campo rival y planta el balón en la cal del círculo central. Y se coloca en su sitio, nervioso y dispuesto, como aquel viejo terrier, dispuesto a morder los tobillos del que saque. Quedan dos minutos. Olvidó por completo el cansancio y la sensación de hundimiento físico y emocional. Simplemente, ya no están. Simplemente, se sentía cansado, no estaba cansado. Simplemente, hay un partido que ganar.

## EL TACTO DE LOS SUEÑOS

Estíbaliz Rogel Cayetano

Dicen que cuando nací un grito de horror surgió de mi madre, mientras mi padre, tal vez apesadumbrado, escondido bajo el ala improvisada de su chaqueta, trataba de digerir la verdad. Llegué al mundo una mañana de marzo de 1930.

Mi infancia no fue infeliz, a pesar de todo. Me gustaría haber sido como los demás niños que jugueteaban por las calles, lanzando una algarabía de campanillas de colores, sacando al pueblo de su acostumbrado mutismo. Sus pies volaban sobre los grises adoquines, ya estuvieran estos últimos secos o empañados por la película húmeda del invierno. Algunos ponían sus manos en forma de alas de avión y daban fuerza a los motores de sus imaginarios vehículos, con sus voces infantiles, vibrantes. Yo no podía hacer eso: la silueta humana de unas piernas gemelas no me fue dotada. No sabía lo que era el calor en la planta de los pies ni la técnica adquirida, casi natural en el resto de los seres humanos, de llevar y transportar su propio cuerpo; ignoraba tanto de la vida... Yo era un navío tranquilo y despreocupado, llevado por las olas del mar de algún alma servicial y caritativa.

273

Recuerdo la primera vez que madre me sacó a la entrada de casa; una silla en medio para presidir a los niños de mi calle. La máscara de extrañeza vino a posarse en una niña rubia. Otros dos cuchichearon y bastantes me lanzaron agravios o se abandonaron a las cosquillas de la risa. Pablo –así me enteré luego que se llamaba–se colocó enfrente mío:

–¿Qué haces aquí? No queremos a deformes como tú. –Y acto seguido, me escupió en la cara.

Llamé a madre como un desesperado. Una lluvia inconsolable regó cada rastro de piel en mi cara, con todas sus llanuras y sus vertientes. Madre preguntó qué había pasado.

–No lo sé –mintieron los niños.

Pero madre era lista. Miró con desconfianza a cada uno de ellos, dio la vuelta a su pequeño y emitió un adiós de portazo. A partir de entonces estuve seguro de que no les volvería a ver en mucho tiempo.

–Te dije, mujer, que no sacaras al niño fuera. Nunca le aceptarán.

–Tienen que hacerlo. Algún día será diferente.

Papá anunció que pronto vendría una profesora que me enseñaría toda base de conocimiento que entonces se consideraba importante. Y vino al comenzar el curso. Beatriz

era muy simpática, confiada y decidida. Su pelo, castaño claro, se ondulaba levemente, formando olas de mar. Mientras los demás niños iban al colegio, yo, todos los días, gracias a ella, aprendía mucho y si no me sabía la lección, me la repetía un montón de veces, con increíbles dosis de paciencia; de todas formas, a esto último no recurría muy a menudo, ya que no me costaba casi nada retener la sabiduría académica que ella, entonces, me proporcionaba. Lo malo es que este sistema de vida, casi permanente entre aquellas cuatro paredes, conseguía envolverme en una burbuja de hormigón. Así pasaban mis días: el sol era un cuadro enmarcado en la ventana. Los sonidos de las luces y el mundo eran apagados, como un mar infinito entre él y yo. Todo –las fragancias, los tactos, los objetos y estancias divisadas por la vista– estaba sumergido en la más absoluta rutina. Y yo era el Titanic, que se hundía sin que nadie pudiera saber nada de él.

Un día, mi madre vino de su propia panadería, pero esta vez, no estaba sola.

–Mirad a quién me he encontrado aquí.

Un perro, con pasos pausados y algo temblorosos, apareció detrás de su faldón. “Me aceptas o no me aceptas”, decía su mirada, y un rabo, agitado e inseguro, realizaba la misma interrogación. Su pelo era de trigo, aunque le faltaba medio pelaje en la cara; en su lugar, un trozo de piel, un poco deforme y algo chamuscado, se extendía por esa parte del cuerpo.

–¡Quita ese chuchó! ¡Que se vaya! –dijo padre, con un gesto brusco y despectivo de su mano. –Pobrecito. Me ha venido siguiendo todo el camino. Parece que tenga hambre y debe de ser muy bueno.

–Está bien –cedió padre–, pero no me pidas que le tenga cariño o que me ocupe de él. Ya sabes tú lo poco que me gustan estos animales.

Salero –así le pusimos– hizo buenas migas con todos los de mi casa, hasta padre –pese a su rechazo natural a la especie canina– llegó a tolerarlo y a crear una especie de respeto pasivo entre él y el perro. Salero no dudaba en defendernos frente a extraños o gente con intenciones sospechosas. Su mediana estatura no afectaba negativamente a su coraje, sino todo lo contrario. Pero, especialmente, algo extraño pasó entre nosotros: se estableció un vínculo de acero inoxidable, que muy difícilmente alguien podría cortar. Quizás fueron los minutos compartidos en esas estancias, ya tan conocidas por mí y tan tediosas. Quizás fue el destino, o las estrellitas de un encantamiento, las que propiciaron nuestro encuentro. Quién sabe. Pero era cierto que la magia corría entre nosotros: una relación especial, una amistad irreemplazable. Salero se quedaba horas junto a la silla que me servía de apoyo al mundo. Mi mano pasaba sobre su suave campo de crema, mientras él alzaba la cabeza, me miraba por breves momentos y sacaba ligeramente la lengua, profundamente agradecido. Si yo me caía hacia un lado, tratando de posar sobre él el manto de una caricia, él me iba levantando con su poderoso hocico y su cabeza.

El ambiente cerrado me estaba dejando la piel como el mármol blanco y la depresión de la semioscuridad se ceñía sobre mí. Madre lo notaba. Por eso, cuando los niños no estaban jugando en nuestra calle, me sacaba un rato fuera de la casa; ahí estaba, siempre con Salero al lado. Pero, un día, en que las voces estruendosas de los niños cortaban el viento, le dije:

–¡Sácame ahora, quiero verles!

–Pero, hijo ¿no recuerdas lo que te hicieron la última vez?

–No me importa. Ahora estoy con Salero.

Madre acató mis órdenes, no muy convencida, pero pensando que quizás había que dar otra oportunidad al tiempo; la gente cambia. Todo cambia. Ella me colocó como antaño, en la entrada de la puerta. Los niños me miraron.

–Mira, ya está el inútil ese otra vez aquí.

Pablo se acercó. Sentí el leve traqueteo incesante de mi cuerpo. Un viento gélido y fugaz recorrió toda mi espalda pero, a pesar de todo, traté de mantener mi fachada de tranquilidad. Salero se mantenía a mi lado, fuerte, estoico, tal y como siempre lo había visto.

–Qué –dijo el odioso niño, con aire amenazador.

–Nada... aquí estaba mirando la carrera...

–Mira ¡ya te estás largando! –Mientras decía esto, abrió su brazo, conteniendo toda la fuerza de la que era capaz en su puño, el cual pretendía dirigir hacia mí. Salero espiró sus ladridos de ira y cogió ese mazo humano entre sus fauces, propinándole un estupendo mordisco, pero no fue suficiente para causarle una lesión grave.

–¡Ay! –gritó el niño–. ¡Me ha mordido! ¡Me ha mordido! Ahora sí que tenéis que iros de aquí o... ¡Te reventaré la cabeza! ¡Fuera! –El cuerpo del niño se inclinó hacia adelante, confiado, y todo su rostro se trocó rojo. Sus puños se cerraron, siendo dos prismas de energía contenida. Salero, al percibir todas estas señales, junto al tormentoso sonido de su voz, tensó sus músculos, interrumpió la distancia existente entre Pablo y yo y ladró enérgicamente. Pablo, recordando quizás la reciente experiencia, reescribió sus pasos hacia atrás, esos que había dado antes de crear una proximidad apropiada entre nosotros. Paulatinamente, fue cediendo su terreno, abandonando su actividad de gran cazador. Las muestras de una impotencia resignada comenzaron a aparecer; sus músculos de relajaron, navegando en una completa insatisfacción. Se dio la vuelta, ignorándonos, quizás tratando de quitar importancia a aquella repentina humillación. Los demás, testigos circunstanciales de la escena, se sumieron en aquel silencio simbólico, sin relevancia, nimio, vacío, y enseguida reactivaron la música de sus juegos. Nadie, ni el propio Universo, pareció recordar lo que acababa de suceder. Pero aquello trajo unas buenas consecuencias: ya nunca más se atrevió nadie a echarnos del lugar. Cuando se lo conté a madre, en ese mismo día, no se lo podía creer. Una sonrisa soleada asomó por la ventana de sus labios y no solo me propinó a mí un beso, sino también a Salero, mientras sus manos se movían inquietas, dirigidas por los hilos de una momentánea y fugaz emoción. Ya ella estaba más tranquila para dejarme observar la inocente y agitada cantinela de los niños; desde entonces, se acabaron los días en que me convertía en un fugitivo del mundo exterior, secuestrado por un marco de soledad; las paredes muertas en su expresión, siempre iguales y mortíferas; las voces tan cercanas y lejanas a la vez. Madre me sacaba cada día a observar la fantasía que los niños escribían con su acción. A veces, jugaban a las carreras y Mauro, un niño fino y pecoso, casi siempre ganaba.

–Quiero jugar con vosotros –les dije un día–. Quiero jugar a las carreras.

–¿Tú? –Pablo se echó a reír y enseguida pasó a mostrar su incredulidad–: ¿Tú? –Repitió.

–Sí, con mi perro.

–¿Con tu perro? Eso es trampa.



–¿Por qué? No tengo piernas; solo él puede dárme las.

–Anda, déjales –dijo Mauro– ¿Qué va a hacer un discapacitado con un perro como éste? ¿No ves al perro también? Entre que está gordo y que tiene que soportar el peso de un pasajero, irá más lento.

–Está bien –cedió Pablo–. La próxima carrera será el domingo que viene. ¡Eh! ¿Habéis oído? –preguntó al resto del grupo. Todos asintieron.

Ya era viernes, y por la mañana le pedí a la señorita Beatriz que me dejara echar una carrera con Salero, cerca del río. Le expliqué lo importante que era para mí ganar.

–No está bien hacer esto en horas de clase. Tienes toda la tarde para practicar. Yo convenceré a tu madre, si es necesario. ¿Cómo lo harás?

–Eso está por verse...

No sé por qué, no me satisfacía que la señorita Beatriz no asistiera a nuestros entrenamientos. Yo era un niño y ella una veinteañera. Pero algo extraño empezaba a percibir en sus ojos; el timbre de una llama, un lago de ternura acuoso y agradable. A veces su mirada quedaba fija en mí, con sus enormes ventanales y los largos y elegantes flecos de las cortinas de sus párpados. Pero no había duda de que logró, con sus convincentes palabras, persuadir a madre; los dos días anteriores estuvimos surcando los cielos de la velocidad: a mí me ataron toscamente a Salero, que lograba con gran destreza correr sin tirarme.

Llegó el gran día. Salero y yo nos pusimos en la línea de salida. Madre se había colocado en algún lugar de la estrecha acera. Los músculos en tensión salieron disparados al apretar el gatillo de la orden de salida. Mi perro avanzó, acelerando, adelantando a cada uno de mis compañeros con relativa facilidad; incluso el aventajado Mauro quedó atrás en cuestión de minutos. Una enorme emoción sacudió todo mi cuerpo.

–¡Bien! ¡Bien! –exclamé al terminar la carrera, y mis brazos estuvieron a punto de tocar el cielo.

Madre me abrazó fuertemente. Nuestros corazones brindaban al mismo compás de la canción del triunfo. Una enorme sonrisa revolvía todos nuestros seres, envolviéndonos en una sensación de agradable cosquilleo de felicidad. Sin embargo, todos los niños no estaban convencidos de esa victoria.

–Es que él ha corrido con un perro –apuntó Pablo–. Os lo dije, pero no me hicisteis caso.

–Ya... está bien. Yo creía que era un animal torpe y lento, pero está claro que las apariencias engañan. Lo siento –se disculpó Mauro.

–Tonto –replicó Pablo–. A ver, os propongo una cosa: repetir la carrera, pero todos con perros.

–¿Y si no tienes perros o uno decente para correr? –preguntó una niña.

–Pídeselo a un familiar, a un vecino, y si no, quedas excluida del juego. Al día siguiente, carrera ¿Quién está de acuerdo?

Todos dieron luz verde a ese próximo evento.

Ya en casa, cuando le contamos la reciente victoria a papá, él también se alegró, aunque no con la misma intensidad con que lo hizo madre; él me consideraba un ser vulnerable, débil, que a

lo máximo que podía aspirar era a ser un mueble parlante, pero sé que con esto se sorprendió, al menos levemente.

Al día siguiente se celebró la acordada carrera. Salero, con el turbo de sus patas, de nuevo fue adelantando, sin ninguna dificultad a los, ahora, nuevos jinetes; uno a uno, paso a paso. De nuevo, el puesto primero llegó a mis manos, como una blanca paloma que ya ha sido domesticada. La lluvia de una emoción mayor cayó sobre mi cuerpo y me imagino que también sobre el de madre, que, de nuevo, había estado viendo la carrera; unos escalofríos alegres pintaron el lienzo de nuestro espíritu con colores y nos hicieron volar.

–¡Mis hombres! ¡Mis hombres! –dijo madre, mientras nos abrazaba con orgullo. Hasta padre, después de enterarse de este éxito más justo, sonrió más ampliamente y empezó a considerarme como algo más que un objeto decorativo y parlante. A pesar de mis deficiencias, me podía mover, torear frente a la pista de los problemas y de la vida; podía hacer mucho: salir al mundo y vivir experiencias; el haber tenido la motivación suficiente para olvidar en el retrete mis diferencias y dificultades y el haber salido a enfrentar tanto las carreteras inundadas como las de fácil tránsito, logró hacer crecer centímetros a mi alma.

Beatriz se fue al finalizar el curso. Jamás llegué a descifrar lo que escondían sus ojos, pero, al despedirse, sus labios rosados se juntaron con los míos.

–Adiós, guapo –me dijo–. Sé que triunfarás.

Ese fue mi primer beso, aunque no sé si ponerle el calificativo de amor. Ella se fue, como una gaviota, con esa extraña y aparentemente despreocupada seguridad, y aún, a veces, me pregunto si algún día llegaremos a vernos.

Más tarde, con dieciocho años, cuando el Ayuntamiento construyó una pista de fútbol en las afueras del pueblo, fui allí a jugar con mi inseparable Salero. El portero del equipo contrario también era libre de traerse otro can y así lo hacía. Seguí cosechando innumerables éxitos: ni un balón había que se resistiera a la detención de nuestros cuerpos. Salero y yo también, en ciertas ocasiones, jugábamos en la posición de lateral.

Mi perro y yo compartimos muchos momentos importantes, pero llegó el día en que el cielo se lo llevó a su estómago de Nuncajamás. Fue inesperado y difícil para mí y nunca lo olvidaré. Sus restos reposan cerca del cementerio del pueblo, pero no os diré exactamente dónde se hallan. A menudo me parece ver, entre las nubes, el perfil de Salero, que me lanza el globo de una sonrisa. Yo lo cojo entre hilos invisibles de cariño y emoción y una lágrima escapa del manantial de mis ojos, gota cristalina que pronto amanso con mi mano y calma, portándola al más absoluto silencio de la invisibilidad.

Llegué a ser entrenador; el deporte siempre había sido uno de mis sueños. Hoy me siento un hombre completo y feliz. Respiro hondo y saboreo el sonido de los deseos cumplidos. Los sueños a veces vuelan, pero ahora sé que, pese a las dificultades, es posible tocarlos con las puntas de los dedos. Yo soy, quizás, una de las pocas personas que se lanzó a esta aventura mental y celestial. Hoy puedo dibujar en mi semblante un sol deslumbrante y feliz y digo:

–Sí, se puede.

Por supuesto, nunca olvido a Salero. Él fue el vehículo que me llevó al estacionamiento de esta gran verdad.

## UN PASO MÁS

Gustavo Enrique Torres

Empuñó la mano, contrajo el brazo y festejó. Desde la tribuna seguí la jugada con cierto nerviosismo porque el marcador era desfavorable y el partido casi estaba a punto de terminar, fue un gran momento para el equipo porque estaba padeciendo una racha de partidos perdidos por muy poca diferencia y dada la circunstancia se podía pensar en la posibilidad de cambiar la suerte. Me encontraba filmando con el teléfono celular, así lo hago en ocasiones y a pedido de mi hijo la mayoría de las veces cuando lo acompaño a sus partidos de básquet en la Liga local por el campeonato de las categorías formativas, esto es así cuando no lo acompaña toda la familia porque, cuando se suman a la hinchada mi esposa e hija pequeña dejo de ser el “camarógrafo oficial” y soy un espectador con todas sus licencias y así es que además del partido se agrega el valor y el sabor de algún sándwich y la bebida que ayuda a brindar cada tanto o ayuda a pasar algún mal momento.

Al ser válido el tanto, y como la pelota estaba detenida y el partido por demás aguerrido, el director técnico del equipo rival al equipo de mi hijo aprovechó tácticamente la oportunidad y pidió un tiempo corto para detener de esta manera el avance efectivo y dar un respiro a sus jugadores para que puedan recuperar aire en sus pulmones y puedan concentrarse; al mismo tiempo les daba indicaciones y seguramente intentaba diseñar alguna jugada para poder acumular puntos que serían de alguna manera vitales para sacar una diferencia que presionara en el partido y les permitiera seguir ganando. Los jugadores de nuestro club, al mismo tiempo, aprovechaban, bebían agua y se les notaba la excitación; el “profe” también daba indicaciones, y como estaban alrededor de él en forma de rueda, se podía ver a los que estaban parados cómo miraban por encima del hombro en dirección al banco de sus contrincantes, en un momento se escuchó un llamado de atención por parte del profesor, ¡miren acá!, fue enfático – muy enfático- y todos dejaron de mirar por encima del hombro a ningún lado y la rueda pareció cerrarse un poco, y como quien pidió atención estaba de cuclillas, los jugadores que estaban parados agacharon sus cabezas y prestaron mayor atención a las indicaciones.

Uno de los árbitros hizo sonar el silbato para que se reanudara el partido, todos los jugadores en la cancha seguían escuchando a sus respectivos técnicos, pude escuchar alguna queja por parte de una madre que estaba cerca mio sobre el “grito” del director técnico de nuestro club y finalmente toda la expectativa se transformó en tensión debido a que el árbitro hizo sonar con mayor fuerza el silbato y con firmeza pidió continuar con el partido.

Es curioso como en ciertos momentos el profesor pasa a ser “nuestro” director técnico y también así nuestra es la victoria. Los padres que acompañan a sus hijos en alguna actividad deportiva, en este sentido y en muchas ocasiones son contradictorios y hasta podría decirse que algunos son ingratos, porque a la hora de los triunfos la pertenencia es casi absoluta, pero cuando los balances son negativos poco más que casi ni reconocen a sus propios hijos – una exageración con tono de humor porque la realidad es muy penosa– y atribuyen injustas razones y conjeturas sobre los equipos, afloran internas que son totalmente imaginarias o responsabilizan a la conducción, incluso llegan a conjeturar sobre la disposición de los consejos directivos de los clubes y hasta llegan a acusar a la astronomía y a las alineaciones poco convenientes de planetas. Por suerte es posible entender ciertas actitudes y da mucha tranquilidad, luego, ver a esos jugadores, esos hijos, que más allá de todo siguen siendo un equipo en amistad o compañerismo.

Por tercera vez el árbitro hizo sonar el silbato y lo hizo tres veces seguidas, siendo el último silbatazo largo y ensordecedor. Los jugadores se ubicaron en la cancha, el segundo árbitro habilitó la pelota y comenzó el juego, el saque fue rápido y al jugador que recibió la pelota se lo notaba tranquilo, picaba la pelota con consistencia y estabilidad, se movía lentamente y cuando su marca personal se acercó lo suficiente, retrocedió unos pasos para alejarse e hizo un pase a uno de sus compañeros que se encontraba menos marcado, al parecer la táctica era hacer correr el tiempo, todos los segundos que más se pudiera en el tiempo de posesión de la pelota para intentar anotar sobre el último segundo. El equipo que dominaba la pelota era el que iba ganado, las hinchadas se enfervorizaban y hasta gritaban – gritábamos– alentando, desconcentrando, advirtiendo, dando indicaciones técnicas y cuando el segundero llegó a dieciocho, la presión que tuvo el jugador con la pelota fue tal que intentó el tiro al aro; fue un tiro con muy buena trayectoria pero que terminó rebotando en el soporte del aro y mientras caía varios jugadores miraban la pelota y fue entonces que se escuchó a “nuestro profe” y al director técnico de ellos gritar al unísono ¡al rebote! y como eso significa saltar para alcanzar y atrapar la pelota así lo hicieron varios entre los que estaba mi hijo, y que con ayuda de la suerte, con algún forcejeo pudo hacerse de la pelota y comenzar un avance un poco desestabilizado en el primer paso hasta que picó la pelota y se frenó y recuperó el dominio de la pelota, aprovechó la recuperación, esquivó a un compañero que en el salto había quedado junto a él y corrió, picó la pelota y siguió corriendo con mayor velocidad, podría decirse que con un dribleo casi perfecto –movimiento técnico para desplazarse por la cancha– logra dejar atrás a un jugador del otro equipo y con el resto de la cancha vacía avanzó con el objetivo que por lo menos la mitad de los presentes tenía en mente.

En un deporte de equipo, cuando en una jugada un jugador logra dejar atrás al resto de los jugadores de la cancha por su velocidad y dominio con la pelota, se dice que el jugador tuvo “explosión”, y mientras mi hijo avanzaba para anotar, un jugador del equipo contrario también tuvo “explosión” y cuando estuvieron ambos cerca del aro y quien llevaba la pelota diera un paso largo, un pequeño salto, levantara las manos y se desprendiera de la pelota con clara intención de encestar, fue un hecho que recibió un manotazo en el antebrazo que sonó claramente como un cachetazo. La pelota rebotó en el tablero y entró por el aro, los jugadores por el impulso y la fuerza que llevaban pasaron de largo por debajo del aro casi

hasta la pared donde finalizaba la cancha y los árbitros y sus silbatos también fueron protagonistas del momento porque anunciaron que el tanto era válido y además cobraban una falta personal que equivalía a una oportunidad de tiro más desde la línea de tiros libres. Se había empatado el partido, festejo por parte de algunos, bronca en otros y en ese momento mientras caminaba a ubicarse en la línea lo vi como se frotaba el antebrazo y su cara estaba muy seria, con el entrecejo fruncido y pude entender que para él, además de ser un momento crucial en el partido era un circunstancia indeseada, pero lo que realmente me intranquilizaba era la idea de que tenía dolor. Se ubicó, sus compañeros lo alentaron, el profe le pidió que se quedara tranquilo y le preguntó si se sentía bien, le respondió que sí y se apretó el antebrazo, luego se dio vuelta, miró a la tribuna y me encontró y aún con el entrecejo fruncido empuñó la mano, levantó el dedo índice me lo mostró, me pareció ver también que levantó una de las comisuras de los labios, finalmente volteó la cabeza hacia el aro y el árbitro le pasó la pelota.

Ese dedo levantado y en dirección a la tribuna fue una comunicación, esperanzadora para algunos, para otros fue una certificación, y como era un tanto importantísimo que permitiría al equipo quedar con un punto arriba, la expectativa era mucha y seguramente muy grande la presión. A la vez que volteaba la cabeza para adelante y mientras picaba la pelota sobre la línea como acondicionándola, como mimándola e instruyéndola para que haga lo que tenía que hacer, el ambiente se ponía más tenso y yo por alguna razón bajé la mirada y miré el escalón en el que estaba parado y recordé que casi dos años habían pasado de una primera lesión que tuvo en su brazo izquierdo y por la cual tuvo que descansar forzosamente por varios meses, y que eran seis meses los que habían pasado de la recuperación de una segunda lesión en la mano derecha en la que por una fractura del hueso trapecio otra vez un período de inactividad, y en este lapso una experiencia poco alegre donde sentimientos y emociones trastocaban su idea de desarrollo o progreso en la actividad deportiva; no tanto por las ganas, sino que la ansiedad por la edad se acrecentaba cada día que no podía picar una pelota y las dudas que si bien los médicos le explicaban que cuando se recuperara todo sería igual y la contención familiar que intentaba cooperar, no surtían efectos. Un par de meses largos entonces pasaron y una mañana –extrañamente fría para la época– en el desayuno, que fue rápido, y como la impaciencia a esta altura generaba malos humores y era domingo –día en que se juegan los partidos de la liga– y él ya estaba preparado para ir al club para acompañar al equipo, se me ocurrió invitarlo a dar una vuelta por el parque para pasar el rato; no fue un plan que lo motivara demasiado, era claro por la aceptación desganada que me dio pero le insistí, y anunciando el plan a mi esposa quedamos en que luego ella iría a nuestro encuentro junto con mi hija y llevarían provisiones y haríamos un picnic.

Ese parque es muy agradable porque tiene todo lo que tiene que tener pero parece una plaza, es decir, que cierta tranquilidad también coopera en el buen pasar de quienes hacen sus actividades, que por cierto pueden ser muchas debido a que tiene dos islas de juegos con trepadoras para los más chicos y areneros, espacios verdes donde se puede tomar el sol y canchales verdes con árboles donde se pueden planear muy buenos picnics y dos sectores con canchas de fútbol y básquet donde infinidad de desafíos todos los fines de semana son parte del espectáculo urbano. Ya en la calle, detengo la marcha y, como la cara larga de mi hijo



proyectaba enfado próximo, le pedí que vaya a buscar la pelota, primero dio una negativa pero cuando volvió con la pelota dentro de la mochila me preguntó si me parecía bien que él hiciese algunos tiros, a lo que le respondí que la intención era que yo aprovecharía para hacer un poco de desgaste físico y nada más, lo que resultó en una conversación y casi negociación por el permiso para poder intentarlo.

Pocas cuadras hay hasta el parque, apenas cuatro, así que rápidamente expuso una serie de razones y fundamentos por los cuales no habría inconveniente en volver a hacer unos lanzamientos sin mucha exigencia, y también era un hecho que estaba terminando con la primera sesión de kinesiología, y como el médico había prometido que a partir de la segunda sesión comenzaría con ejercicios, entonces más que una desobediencia era una alta adelantada y algunas cosas más que en realidad no escuché, porque ya habíamos llegado a la cancha y el humor había mejorado.

Otra licencia que se tomó fue la de no acompañar al equipo en la fecha, por lo que luego de varias comunicaciones con los amigos y compañeros, finalmente se comunicó con el profesor que no solo le dio el permiso sino que le pidió que disfrutara el día y que se cuidara bien, así empezaba a jugar de nuevo cuanto antes. Con todas las venias y autorizaciones conseguidas, sacó la pelota del bolso y la picó un par de veces y tiró al aro, al parecer una molestia se hizo presente y me pasó la pelota para que practicara y lo hice hasta que la serie de pifiadas –desde la línea de tres se me complica– me cansó y le volví a pasar la pelota, intentó nuevamente un tiro de lejos y la pelota entró sin tocar el aro pero él la dejó picando en lugar de ir a buscarla.

Entendí que la molestia era dolor, seguramente poco y relacionado con la inactividad más que por algo del hueso, que a esa altura, la fractura sería un callo. Fue entonces que levanté la pelota y desde cerca del tablero, casi debajo, tiré picándola sobre el tablero para que entrara de manera automática y lo invité a que haga lo mismo, por lo que se acercó y lo hizo algunas veces hasta que me la volvió a pasar y comenzó a frotarse la mano. Le pregunté qué sucedía y se sobresaltó diciendo que ya no iba a poder tirar más como antes y algunas cosas más de ese estilo, a lo que solo atiné a decirle, o mejor dicho exhortarle, que entonces se divierta, a lo que me respondió que yo no entendía nada y nos quedamos un rato en silencio, al cabo de unos minutos de mutismo tomé la pelota y lo desafié a hacer un tiro cada uno desde el mismo lugar para ver quién era más efectivo, anticipándole que dada la desventaja, sería yo quien ganara. Accedió y sucedió lo anunciado, le gané y de alguna manera mi festejo por un lado le hacía gracia y por otro lo fastidiaba, así que propuso un desafío mayor instándome a tirar, y si embocaba, entonces debía alejarme un paso hacia atrás para tirar desde esa distancia, y de esta manera ver quién conseguía tirar desde más lejos, lo que determinaría el ganador; por supuesto que acepté, y si bien volví a provocarlo con la idea de que le ganaría, me pareció que estaba decidido a darme una lección. Me ganó.

Si bien se frotaba y apretaba de vez en cuando la mano, la victoria sobre su padre era exquisita y no tardó en comunicarlo a la hermana y a la madre ni bien llegaron con la canasta, lo proclamaba a viva voz aprovechando que pocas personas había en el lugar aún, al punto tal que Evaristo, el cuidador del turno mañana del parque, se aproximó a saludarnos y burlonamente pidió detalles. Mientras comíamos y pasábamos el rato jugué a las cartas con



mi hija y él insistía en dejar en claro quién era el ganador y siguiéndole la corriente le propuse una revancha y yo tendría un arma a mi favor, tendría hinchada que iba a ser mi hija, a lo que la madre se sumó a favor de él y entonces sin más, juntamos las viandas, las mantas y nos fuimos a la cancha. Para hacerlo un poco más oficial se improvisaron algunas reglas, se conjeturaron posibilidades de empate, se dejó en claro que las hinchadas no tenían que intervenir molestando a los lanzadores y cómo se decidía quién comenzaba el juego.

Fácil, comencé yo y seguí tirando dos veces más porque acerté, luego le toco a él y empató mi posición, me tocó tirar y erré y luego su turno y llegó a la línea de tres. Como me veía en problemas improvisé una última regla que consistía en dar un paso más luego del tiro desde la línea de tres y si la pelota entraba por el aro se comenzaba a dar pasos hacia adelante y de esta manera llegar nuevamente a la primera posición de tiro que era la posición en la que se determinaría el ganador. Sobre la marcha se aceptó la nueva regla y se continuó con el juego, llegué a la línea de tres y emboque y también en la posición del siguiente paso, por lo cual había comenzado a avanzar y allí quedé. Él logró llegar a esa meta y luego, sin dejar de dar pasos y avanzar, se acercaba al aro y así se hacía más fácil su posibilidad de encestar y ganarme. Cuando llegó a la última posición intenté una nueva regla que no fue aceptada porque en realidad era una regla que solo me beneficiaba a mí y el juego se desvirtuó y al final mi hija dijo que también quería jugar un rato a otra cosa, y como había llevado los *rollers* y yo soy su cronometrista oficial, suspendí el juego por invasión de cancha y me fui para el lado de los caminos lisos que rodean los canteros. Hubo protestas pero se él se conformó mencionando que entonces la victoria continuaba siendo de él.

282

Luego de un buen rato tomando tiempo, comiendo papitas y hablando de bueyes perdidos, se entremezcló el tema del juego con el que nos habíamos desafiado y llegamos a pensar que sería una buen idea proponerlo como juego para que chicos más chicos, junto a sus padres o madres que no son muy duchos en el tema de este deporte lo practiquen, e incluso que en un mayor nivel podría ser una alternativa. Surgió la idea, surgió un proyecto, hablamos un rato al respecto y diseñamos mentalmente algunas cosas, quedó el concepto “Ir dando un paso” y la fuerza de ir dando de a uno, y como el juego comienza y los pasos se dan hacia atrás y luego hacia adelante y siempre con el objetivo y único fin de encestar, lo pensamos como un juego que de alguna manera permite entender el impulso; faltaba un nombre y no recuerdo bien quién lo dijo, ‘Un paso más’ y para sonoridad espectacular quedó “*One step more*” e incluso llegamos a pensar un logo “1S+”. Comenzaba la tardecita y volvimos a nuestro hogar.

Ver las puntas de mis zapatillas, algunas quejas y un par de silbatazos me hicieron volver al partido y me había perdido el lanzamiento que fue anulado porque hubo invasión de jugadores en la zona de lanzamiento y por tal motivo el alboroto, los jugadores encargados de saltar en caso de existir un rebote de la pelota estaban listos y en posición, y él acercó bien las puntas de la zapatillas a la línea de tiro y picó con mucha fuerza la pelota dos veces, las hinchadas a su manera contribuían según sus intereses y las exclamaciones eran tan alentadoras como desvergonzadas –así es el espíritu deportivo del público– y, cuando pareció que tomó la pelota para lanzar, dio un pequeño paso para atrás, flexionó las rodillas, levantó los brazos, apuntó y los aflojó para luego impulsar la pelota y desprenderse de ella.

Fue un enunciado, pensé, cuando miró a la tribuna y me encontró e hizo el gesto con el dedo índice dijo 'Un paso más', seguramente cuando recibió el topetazo de la mano del jugador que lo benefició con el tiro libre sintió dolor y se acordó de algo o simplemente pensó que era una oportunidad más y una posibilidad para cambiar la racha. Ahí, en ese instante lo entendí bien, no me miró y estaba nervioso, no era presión lo que sentía; era un paso más y se estaba divirtiendo, tenía la seguridad de que podían ganar.

Embocó, pasaron a ganar por la mínima diferencia, el otro equipo se apuró a sacar y atacó con toda la energía, la defensa de nuestro equipo bien alerta seguía y marcaba a cada jugador que le correspondía, los otros tiraron al aro, erraron y pudimos recuperar la pelota, avanzamos y perdimos la pelota, fue un momento de muchos nervios porque pocos segundos faltaban para que termine el partido pero parecía eterno, vuelven a intentar con tiro de tres y vuelven a fallar, ellos recuperan la pelota pero un error nos permite recuperarla y se oía al profe gritar "¡Tengan la pelota!", la idea era hacer correr el tiempo, hacer valer ese único punto para la victoria, llegamos al aro y con un pase adicional un jugador que pareció quedar solo en un rincón se atreve a tirar y falla, ahora ellos tienen la pelota y corren, todos corren tras el que tiene la pelota en sus manos y se escucha la chicharra que finaliza el partido. ¡Ganamos!

En realidad, ¡ganaron!, por un punto; lo mínimo que se necesita para hacerlo; y entre festejos y la alegría de los jugadores y los parientes que estaban pude acercarme a los muchachos y darles algunas palmadas de felicitación. Es un poco desagradable acercarse a los jugadores ni bien terminan de jugar, demasiada transpiración. Fueron a los vestuarios, continuaba la alegría fuera de la cancha mientras esperábamos que salieran, cuando comenzaron a salir entremezclados los de nuestro equipo con los del otro, algunos mientras se saludaban se hacían bromas, otros con caras largas, otros se organizaban para viajar y se acercaban a sus familias, se prometían la revancha. Cuando me encontré con mi hijo y luego de un par de palabras sobre el partido le pregunté si cuando fue al tiro libre le había pasado por la mente el recuerdo de "Un paso más", me miró e hizo un silencio, y yo respeté ese silencio para escuchar bien la respuesta, que parecía estar ubicando las palabras para la mejor frase.

–No, nada que ver –dijo. Me pidió algo para beber y le ofrecí la mitad de lo que quedaba en la botella que me había comprado para el partido. Se estaba yendo la tarde y viajamos junto a otros jugadores y padres. En medio del viaje y como al pasar me dijo que en realidad un poco sí se acordó de aquello y yo creo que fue más por cortesía y porque estaba contento con el resultado. Fue un lindo partido y durante un tiempo fue la historia casi obligada cuando le preguntaban cómo andaba en básquet. Todo salió bien y la alegría fue grande, ese partido fue el inicio de un tiempo de victorias, se podría decir que fue el paso necesario para afianzar al equipo y permitirles llegar a finales y fue una suerte que todo haya sido así, porque más allá del reclamo, que será eterno, la anécdota siempre tendrá más fuerza que el hecho de que no filmé el último minuto del partido.

## FUTÚRBOL

Alberto Arzua Arrugaeta

Me consta que hay personas a las que todavía no les gusta el fútbol. Son tiempos de descreimiento, de aventaduras. Existe una masa crítica de población, en constante crecimiento, que no comulga con nada. No es de extrañar, dadas las cifras que nos llegan del quinto espacio y las constantes soflamas con que atruenan nuestras ondas algunos líderes pretéritos. Se trata de un sentimiento convulso, perfectamente explicable, pero claramente irresponsable. No hay más que recordar algunas de las glorias que nos han procurado nuestros más eximios deportistas. Y sin gloria no hay esencia, según explica el Coordinador de Filosofías y Vocero de Política Cauta, nuestro representante en la mundialísima Asociación Global, Karlos de Akí.

–¡Ser para existir!

–¡Excelente eslogan!

–¡Es un hecho que ha de convertirse en acto!

–¿Significado?

–La esencia del nuevo hombre es la gloria por entero.

–Me aplicaré a ello.

Agotados por la información que reciben en propia mano mediante la última tecnología dígito-cuántica, los escépticos no atinan a conocer los grandes hechos del pasado. Sin embargo existen millares de blogs y videoconferencias donde se explican las hazañas con detalle y por intenso, pero número y calidad nunca han ido de la mano. Ya lo dijo Maupassant: “La igualdad y el despotismo tienen pactos secretos”. Apliquémonos pues a rellenar tan infame hueco y dispongámonos a ilustrar, a quien tenga un poco de paciencia, con un ejemplo cualquiera. Yo he elegido, expurgando los anales sin el menor recato, aquel partido secreto disputado entre las selecciones de Uskalirría y Portugal, en los albores del siglo XXII.

Correspondió el saque a los lusos. Condiciones: a un gol. La portería de ellos, en Camiña. La nuestra, en Bilbao, claro. Calle de San Mamés, cerca de la mediana de Sabino. Se produjo el saque en la provincia de Burgos. ¿Qué se dirimía? Territorios, por supuesto. Recordaré que en aquel entonces la tierra, el suelo, era moneda tan noble como el aire que hoy se respira. Estaban en juego nada más y nada menos que la Comunidad Autónoma de Luarca, la Marca

Fronteriza de Las Medas, y el Camino Soria a su paso por Río Lobos. Todo por razones estratégicas y de terruño activo. La gloria. O lo que es lo mismo, Leonor y la gloria, como muy bien subrayara en insigne versifalia el suprematista yanqui Caruso. Hay que evocarlo todo.

Sacaron ellos, pues. Enviamos al evento a un único representante, el lateral derecho Julito, de gran recorrido y poderosa zancada. Su misión: no perder de vista el balón hasta su arribada a la divisoria local. Allí esperaban, a intervalos montañardos, nuestros mejores hombres de robo y choque. Las tácticas en aquellos tiempos se reducían a esperar en tu terreno, quitarles la pelota valiéndose del conocimiento del mismo, y salir corriendo. En zonas intermedias se trataba de despistar a sus expertos y avanzar a escondidas para, una vez arribado a sus lindes, cruzar sin ser vistos. Ya en el área, a tiro de piedra de la portería, acampaban el delantero centro y su mejor pasador, camuflados entre el paisanaje.

- ¿Sabes algo del partido?
- Parece que amagaron por Santoña.
- ¿Cómo lo hicieron?
- Utilizaron tres hombres bastante apelonados.
- ¿Y la pelota?
- Por otro lado.
- ¡No te puedes fiar de Julito!

Entraron en tierra santa por los robledales del Gorbea, pero allí les esperaba el medio volante Izquierdo, enorme en la recuperación. Una vez localizados, trazó un plan y lo llevó a cabo, tal y como estaba previsto en las sesiones de entrenamiento. Inutilizó primero al árbitro, permanente acompañante motorizado, mediante ingeniosos ardides (canto de pájaros, rumor de arroyuelos, gasolina en mal estado...) y se dispuso a enfrentarse a la pareja que llevaba la pelota. No se permitía el uso de piedras ni de otros instrumentos, pero como los contrarios estaban cruzando una trocha e Izquierdo se encabrillaba afanándose en las alturas, siguiéndoles, pues cayeron algunas rocas y algunas de ellas los aplastaron. Esto es una gran lección de oportunidad y acoplamiento a los medios que debería ser estudiada en los manuales de Éticas Esenciales. Opino.

Despejó el rudo resultado de la avalancha y recuperó el balón. Algunos dicen que pinchado, lo que hubiera hecho necesario un saque neutral. No se sabe a ciencia cierta. Cuando el árbitro restableció el control de sus aparatos contactó con nuestro volante a la altura de Gamarra, en las afueras de Visteiz. Se le veía corriendo exultante por la llanada, dando patadas a un balón sabiamente controlado. El plan parecía claro: despistarles avanzando largo rato hacia el sur. En este punto es cuando se comenta el comportamiento del árbitro, dícese que casero a su favor. No se comprende si no que aparecieran dos extremos portugueses en la merindad de Treviño, con cara de saberlo todo y de no haber roto un plato. Pero no contaban con el ser de nuestro pueblo, con su afán de gloria, con su enorme imaginación. ¡Jugada maestra! En las callejuelas de la capital se produjo el escamoteo, el cambio de dirección.

# Yo, deportista

- ¡Pasa la pelota, Izquierdo!
- No. Puedo seguir hacia el sur otro rato. Es cuesta abajo.
- ¡Hay cambio de estrategia!
- ¿Por dónde vamos a avanzar, pues?
- Solo te diré una cosa: camino de Santiago.
- ¿Por León o por la costa?
- ¡Pásala, que no hay tiempo!

Despistados de este modo los futbolistas contrarios, el avance por el norte fue un camino de rosas: treinta y hasta cuarenta kilómetros diarios sin ningún percance. Hasta llegar a Piedrahíta, donde esperaba el solemne luchador llamado Sísifo, nuestro media punta, un hombre decidido pero triste, y sin mucha suerte, dicha sea la verdad. Subió la pelota hasta arriba del puerto entre enormes dificultades (lluvia, granizo, enemigos a quienes patear), pero en la cima del alto resbaló y la botona fue cayendo hasta abajo. Allí sus contrincantes, debidamente vendados, se hicieron con ella. Sísifo, enormemente decidido, se la volvió a quitar en una sesión de tremendos gambeteos que se prolongó durante una semana. Ya en posesión del esférico y con los otros pisándole los talones, volvió a subir el puerto con el balón, volvió a llegar arriba y volvió a tropezar.

- ¿Qué está haciendo Sísifo?
- Lo de siempre. Es horrible.
- ¿Y nosotros qué hacemos?
- Esperar a que caiga la pelota.

Los dos hombres que hablan son Tronco y Sertucho, que se cruzaron a pases toda Galicia. En Bayona les esperaba el adalid, *el Figuras*, el por todos recordado, con la misión de cruzar la frontera.

- ¡Tómala, *Figuras*!
- ¡Iros ya!
- ¿Te cubrimos?
- ¡Dejadme solo!

Se dice que atravesó el Miño a lomos de una vaca, sosteniendo la pelota con las rodillas. En la otra orilla le esperaba el recuperador Paulo Mento, todavía muy fresco. Entre los cañizales y las arenillas se dirimió una disputa de talante épico. Por fin el insigne *Figuras*, casi caído en el suelo, aplicó un taconeo de su ilustre cosecha y salió disparado. No se supo más de Mento.

- ¡A estas horas vuelves a casa!
- Muller, no puedo más...
- ¿Qué has estado haciendo?

# Go, deportista

- Cubriendo la zona norte.
- ¡Trabajo, siempre trabajo!
- Es el fútbol, muller.
- ¡Te prohíbo salir más!

Acabó de comentarista radiofónico a distancia, pero eso no importa. Sigamos el juego. En Camiña do Mar *el Figuras* pasó la bola al pasador, no sin dificultades, quien se dispuso a centrar. Nuestro delantero centro, internacional en todas las categorías, esperaba cerca de la portería, en un descampado de aviación dispuesto al efecto. Pero la dificultad extrema consistía en los tres enormes defensas que se les interponían. El pasador dudó en un primer momento si amagar por la derecha o amagar por la izquierda. Los defensas se movían a gran velocidad, resbalando entre sus dudas con quebrantos de caderas. Por fin el pasador pasó. Lo hizo por encima y con arco picado. Nuestro goleador se encontró con la pelota a la misma distancia que el portero. Saltó. El guardameta llegaba antes aprovechando sus largas manoplas, pero un diligente esputo lo cegó y, a pesar de sus felinos reflejos, la pelota, impulsada por la bota del honor y de la gloria, entró. Gol.

Tan enorme victoria no pasó desapercibida en parte del globo alguna. Se agotaron universalmente los telegramas de felicitación. Lo demás ya es historia. El partido entró, por la puerta grande, en la categoría de mitos de todos los tiempos. El país ganó un terreno considerable para su tan necesaria expansión y los niños y los jóvenes tuvieron siempre un espejo en el que mirarse.

Para terminar, y como colofón, no conviene que olvidemos la función del fútbol: paz, alegría e integración. ¿Quién no estaría a favor? ¡Viva el fútbol, magna expresión del ser humano! ¡Viva!

(Oigo ecos de otros vivas).



## BENDITO GIMNASIO

Laura Delgado González

El pasado verano conseguí que mi empresa se encargara de todo el *merchandising* de una nueva cadena de gimnasios; quedaron tan contentos con nuestro trabajo que nos regalaron, a todo el equipo, un abono anual. Todo un regalazo, si yo hubiese sido de esos que practican deporte.

Aquella tarjeta amarilla que me daba acceso libre a todo el recinto permaneció en la gaveta de mi escritorio durante meses, hasta que llegó ella.

No hubo inmunidad posible, todos quedamos fascinados por aquella mujer. Fui testigo excepcional de los intentos de mis compañeros de oficina por llamar su atención, a cual más patético, y testigo accidental de los descalificativos de los que fue víctima por parte de mis compañeras. El único que no hizo ningún comentario sobre ella fui yo, pero no porque fuera mejor persona que el resto, sino porque no pude encontrar adjetivos para describirla.

Todo mi universo se puso del revés con ella. El trabajo comenzó a motivarme, solo con la idea de verla cada mañana me levantaba de buen humor, ya no me pesaban las horas extras ni quedarme sin comer; si estaba ella, valía la pena.

Fue en una de esas montañas de horas extras que ella descubrió en mi mesa un boli con el logo de la cadena de gimnasios.

–Me encantaría poder ir, pero tienen una lista de espera larguísima.

Y la tarjeta amarilla salió de mi gaveta.

Nunca imaginé que ese pequeño gesto sin importancia hiciera tanto a mi favor. A partir de ese día, ella empezó a hablar conmigo con más asiduidad, me esperaba para tomar un café, me sonreía desde la esquina opuesta de la oficina, y alguna que otra vez, me soltaba algo como: “¡Qué guapo has venido hoy!”. Me convertí en el macho alfa de la oficina.

Un lunes a primera hora tropezamos en el ascensor:

–¿Vienes esta noche al gimnasio? –Me preguntó cuando ya salíamos.

–Sí. –Una gran mentira, fue lo único que le pude contestar. Debía de creer que yo era de esos de los que se cuidan.

–A ver si nos vemos en la última clase de spinning.

Cinco horas más tarde, y previo pago de la cuota anual, había conseguido que me admitieran en el gimnasio, sin listas de espera. Hay que tener contactos hasta en el infierno.

Me sentí ridículo, un cincuentón con barriguita, con su botella de agua en una mano y la toalla en la otra. Estaba a punto de irme cuando la vi llegar. Perfecta. Sonriéndome. Se acercó a mi lado y me dio un suave beso en la mejilla a modo de saludo. Juro que en ese instante se me paró el corazón.

Durante los cincuenta minutos que duró la clase de spinning me miró tres veces y una de ellas hasta me guiñó un ojo en un gesto cómplice. Creí morir, no solo de felicidad, sino de agotamiento físico. Cuando puse los pies en el suelo no había un solo músculo o articulación que no me doliera. Descubrí, asombrado, que todos los poros de mi piel podían abrirse al mismo tiempo y sudar. Una tortura de la Edad Media no debía de ser muy diferente a aquello.

Ella se acercó y sonriendo me dijo: “La clase de hoy ha estado un poco floja. ¿Nos vemos mañana?”.

No quedaba oxígeno en mi cuerpo, por lo que no pude responder, solo asentí con la cabeza.

Pasaron los días, las semanas y los meses sin faltar a mi cita diaria con la última clase del día de spinning, solo para obtener de ella aquel roce de sus labios. Nuestra relación fue mejorando y alguna noche, al salir, nos tomábamos una copa.

Una noche, mientras esperaba que ella llegara, descubrí mi imagen reflejada en el gran espejo de la sala de las bicis. Seguía siendo un cincuentón con la botella de agua en una mano y la toalla en otra, pero la barriguita casi había desaparecido, era como si me hubieran quitado diez años de encima.

Al llegar a casa, seguí apreciando los cambios que me había producido el derroche de serotonina que me provocaba el gimnasio. Mi típico mal humor había desaparecido, me sentía más positivo que nunca, y hasta pasaba largos ratos jugando con mis hijos; ya no me molestaban sus gritos, parecía haber encontrado una extraña paz interior. Incluso dejé de tomar pastillas para dormir, llegaba a la cama y caía rendido.

Pero el cambio más importante y más significativo lo noté en mi vida sexual. Me sentía más atractivo, y con esa confianza recién adquirida, mis relaciones mejoraron tanto en calidad como en cantidad.

Mi mujer estaba incluso más feliz que yo.

## SUEÑO MALDITO

Mario Figueroa Sepúlveda

Uno nunca juega como cuando sueña, no caben dudas. En el limbo onírico salen todas. Las paredes se vuelven redondas, los caños pasan más limpios, los rivales son fornidos y rústicos y siempre son lentos. Eso se demuestra en el hecho de que jamás llegan a tiempo a los cruces.

Pero por sobre todas las cosas los goles... son siempre especiales.

Eternas corridas esquivando rivales, quebrando la cintura, saltando milimétricamente piernas y cuerpos para puntear la pelota al palo más lejano de un arquero pálido, estático, sin respuestas. Los sueños nos devuelven la imagen perfecta.

Esa mañana la lista en palabras del técnico Gabino sonó como un empujón del destino. “Gonzalo Rojas titular”, con el número once. Así casi cayéndose de la lista estaba convocado para jugar aquel partido decisivo que –a dos fechas del final– podía darles el campeonato. No era una posibilidad menor para cualquier jugador que se preciara de querer saltar de aquellos puebluchos de mala muerte.

Al fin después de tanto tiempo llegaba la noticia que había esperado.

Atrás quedaban los años frustrados en Colonia Valentina; las repetidas lesiones en esa rodilla indomable, las madrugadas oscuras cruzando el barrio Mercantiles para llegar a la parada del colectivo, para seguir durmiendo un poquito más en las dos horas que duraba el viaje hasta la ciudad deportiva donde entrenaba San Pablo.

Atrás también quedaban las noches de té con las Desayuno que le preparaba la vieja a falta de cena y la compañía siempre del viejo en alguna changa que salvara el pan del día.

La miseria consciente en la humilde casa de barrio que lo había visto crecer, las calles de tierra y barro en invierno, la salud quebrantada de los hermanitos, las bicicletas entrando y saliendo, el olor a pan casero y la imagen de la canchita del barrio con arcos de madera se le apilaban ahora como postales superpuestas, que lentamente habían forjado aquel sueño de la primera.

Se le abalanzaba la mirada vencida de la madre golpeada por la vida y la paciencia del padre expresada en el gesto severo, pero amigable.

Su nombre en la lista era mucho más que eso, un nombre. Lo que para el utilero que, a un costado del viejo vestuario, doblaba las camisetas recién lavadas sonaban como palabras huecas, en Gonzalo tenían un significado demasiado especial.

Tantas veces había repasado esta escena en su cabeza, la esperanza del viernes a la tarde en la práctica, cuando el técnico alzaba la carpeta para dar el equipo, para llenarlo de esperanza por unos minutos, para que los ojos se iluminaran sentado desde el pasto, para finalmente no escuchar su apellido entre los once. El hartazgo de sentir siempre la misma bronca, de volver a casa a desandar un fin de semana cruzado, de perros, al desgano de levantarse el domingo sabiendo que no iba a jugar ni diez minutos. Porque lo conocía a Gabino, el técnico, pero más conocía al colorado Papuso, un lungo número nueve que había sacado tres veces consecutivas campeón a San Pablo a fuerza de goles.

Papuso no era un jugador vistoso, pero tenía la pequeña virtud de sacudir las redes en cualquier cancha donde jugaba. Bastaba ponerle la pelota delante de los pies para que la jugada terminara en gol.

Con un delantero así, su debut estaba condenado.

Para colmo el bicho Rodríguez, el puntero izquierdo (su otra posición natural) era tan rápido como él, habilidoso y cumplidor. Poco espacio le bastaba para cambiar de ritmo y desactivar cualquier intento de los defensores, el desborde era su especialidad.

Más de una vez visitó a Gonzalo la idea de algún daño, alguna maldad para hacer desbarrancar la regularidad de los dos delanteros. Un llamado anunciando una desgracia lejana, un falso aviso de suspensión del partido o algo así.

Pero la bondad y la humildad de Gonzalo eran materia prima que no se enajenaba. No se sentía capaz de tamaña canallada.

291

Esa noche, mezclados los nervios y la llamada a destiempo de Victoria, cayó en un insomnio inoportuno. Daba vueltas en la cama sin poder lograr que las pupilas se relajaran, el olor a humedad de una pieza sucia y vieja, desvencijada, derruida, casi sin muebles salvo por la mesita de luz que le regaló la viejita, con tantos sueños a cuestas. Así de rápido pasa la vida cuando llega el día.

Casi de madrugada Gonzalo no podía frenar esa mente que se empeñaba en traerle todos los recuerdos juntos, sin lograr que los músculos se adormecieran, que la cabeza despejara una a una las imágenes de un pasado añejo.

El deseo nervioso buscando el sueño; la sensación de anestesia en el cuerpo, la escapada de la conciencia a cambio del olor a aceite verde que se filtra por la nariz.

La cabeza entre los brazos en la camilla, boca abajo, repasando ese primer tiempo duro, ríspido, cortado, que no rompía el esquema de cómo se juegan las finales en este país.

Cuerpo a cuerpo, pelota a pelota, era un partido cerrado, nadie se animaba a arriesgar demasiado porque un error a esa altura se pagaba demasiado caro. Y no digo solo dentro de la cancha, se pagaba caro también afuera, porque si existía una remota posibilidad de salir del club, de ser visto por otro más grande, se esfumaba en un equipo derrotado, en una final perdida

Todos los sabían... los de San Pablo pero también los de Villa Farrel.

Por eso el primer tiempo se fue rápido, demasiado estudiado, con poco fútbol.

En un escenario tan especulador, no había lugar para que luciera un 11 clásico, pegado a la raya, zurdo crónico, incorregible. No, no había lugar para un muchacho que apenas había jugado tres partidos en primera, en instancias irrelevantes. Quiero decir nadie esperaba nada de él, menos una jugada épica, que salvara el equipo con un cabezazo certero, o un zapatazo de veinte metros.

Sin embargo, para él la tarde se guardaba algo, como una premonición, como un adelanto del destino.

Ya con el segundo tiempo encima y el partido en un pozo, el desgano crecía conforme la tarde se esfumaba.

Los defensores la tiraban espantados y los delanteros perdían de arriba cada pelota con los gigantes centrales de Villa Farrel.

El correr de los minutos hacía estragos en propios y ajenos que no se contentaban con un final cerrado.

Pero entonces, de repente, la aparición del destino con forma de jugador, como para seguir dándole sentido a ese juego tan extraño que es el fútbol.

La pelota corre cortando la última línea de jugadores, de derecha a izquierda para el pique ciego de un Gonzalo que se encuentra de frente con la vida... porque en esos momentos, y a esa altura del partido... esa es la vida... No hay otra.

El cambio de velocidad, el pique para llegar medio segundo antes que el defensor que vuela a cortar todo lo que pase cerca. La pelota larga con el último defensor caído y el tiempo justo como para mirar atrás, como una postal, como una imagen congelada, la cara de propios y ajenos que se saben ya fuera de alcance, que corren pero como en cámara lenta. De fondo, muy de fondo el ruido casi sordo de una tribuna que se agolpa sobre el alambrado esperando un desenlace incierto...

La cabeza busca ahora el horizonte con un arquero que intenta achicar, saliendo lejos del arco a buscar a Gonzalo que en el momento justo, ni antes ni después... entierra el botín debajo de una pelota que se suelta y se libera a viajar por el cielo oscuro, gris, cargado, para detener los corazones de los miles de hinchas, para pasar casi risueña sobre la cabeza del arquero que ni siquiera atina a saltar porque ha quedado vencido, a mitad de camino, mientras la redonda cae despacio, tranquila, con ganas de picar solo una vez antes de morir en la costura de una red gastada.

Gonzalo que no deja de correr, siguiendo el camino acertado de aquella pelota, dándole gracias por dentro, rezando en un segundo, los ojos abiertos, el corazón vivo, Gooool, las piernas con la fuerza justa como para trepar el alambrado... Gooooool.

La transpiración le ciega los ojos, en lo más alto, cara a cara con el hincha que trepa como él para gritarse mano a mano el gol... Gooool, los ojos desenchajados... Gooooool, el calor lo agobia, el sol lo obliga a cerrar los ojos... el griterío... las manos de los compañeros tratando de agarrarlo de los pies para abrazarlo.

# Go, deportista

Los ojos cerrados, y el silencio de la gloria, el olor a humedad, el puño cerrado en lo más alto baja de pronto y golpea sin querer el velador en la mesita de luz que le regaló la vieja. Al fondo como en sordina la voz de su hermano Mariano: ¡¡¡Gon!!! ¡¡¡¡Gon!!!!!!¡¡¡¡¡Gon!!!!!!

El cuerpo de Gonzalo confundido, aturdido, sin entendimiento, se revuelca en la cama.

– ¡Gonzalo! Despertate, te quedaste dormido, nene. Son las siete, ¿qué te pasó?

Gonzalo transpirado y vencido se acomoda en la cama, mira el reloj tratando de volver a la realidad pero apenas lo logra y solo atina a decir...

–Dejáme dormir. Me siento mal.



## CINCUENTA METROS

Leopoldo García Guijo

Había llegado el momento, todo dependía de él.

Alex avanzó hacia la línea blanca pintada en la hierba. Desde las gradas, donde estaban situados sus padres y amigos, le llegaban gritos de ánimo. No le gustaba que hiciesen aquello, le daba vergüenza, aunque sabía que no era esa su intención.

Sin darse cuenta se humedeció los labios, un tic que tenía cuando estaba nervioso; todavía conservaban el sabor de María, quien le había dado su habitual beso de la buena suerte antes de dejarle marchar.

Tras avanzar unos pocos metros llegó al punto indicado, donde se colocó en posición: espalda recta, hombros relajados, piernas separadas y perpendiculares a su objetivo.

294

A continuación, como tantas otras veces, extrajo una flecha del carcaj que colgaba del lado izquierdo de su cadera y, con cuidado, la colocó en el arco que sostenía en la diestra, asegurándose de que descansaba correctamente sobre el reposaflechas.

Estaba preparado.

Con la fluidez que da la práctica, elevó el arco y tensó la cuerda en el mismo movimiento, hasta llevarla a la altura de su mejilla. Inspiró profundamente y aguantó la respiración.

Era el momento.

Alex fijó la mirada en el pequeño círculo rojo que señalaba el centro de la diana, a 50 metros de distancia, y se olvidó de todo lo que le rodeaba. Eso era todo lo que se interponía entre él y la victoria: 50 metros de vuelo de flecha.

Nada. Todo.

Pudo sentir como, poco a poco, el público guardaba silencio, expectante. Pudo ver a María, junto a todos sus amigos, morderse las uñas hasta hacerse daño. Observó a sus padres, a pie de campo, tensos, esperando que la flecha saliese disparada de sus manos.

En realidad no vio nada, aunque sabía que eso es lo que estaba ocurriendo. Alex solo tenía ojos para un pequeño círculo rojo situado 50 metros por delante de él.

Tenía 10 segundos para realizar el tiro; más que suficiente.

Se relajó y, mentalmente, empezó a contar.

-1... 2...

Con 22 años, Alex llevaba 3 practicando el tiro con arco. A diferencia de los demás chicos de su edad, no se sentía atraído por los deportes mayoritarios, como el fútbol o el baloncesto, aunque por supuesto había experimentado con ellos cuando era pequeño. De eso se habían encargado sus padres, quienes, desde que tenía memoria, le habían enseñado lo bueno que era hacer deporte, tanto desde el punto de vista físico como mental. Como era habitual entre los niños de su edad, lo anotaron al equipo de fútbol del colegio y a clases de natación.

Detestaba lo segundo, a pesar de que comprendía que era necesario saber nadar. En cuanto al fútbol, jugó durante varios años hasta que, al llegar al bachillerato, los estudios reclamaron toda su atención.

-... 3...

En primero de carrera descubrió que en el estadio universitario ofrecían clases de tiro con arco. No se lo pensó dos veces, siempre lo habían fascinado los arcos.

Lo primero que descubrió fue que, a pesar de que él era diestro, su ojo dominante era el izquierdo, por lo que se vio obligado a usar un arco para zurdos. Al principio supuso un problema, ya que apenas tenía fuerza suficiente en el brazo izquierdo para tensar la cuerda. Pero no era un problema que no se pudiese superar con entrenamiento. Y lo superó.

Poco a poco descubrió que era bastante bueno y, finalmente, su monitor lo animó a participar en el torneo universitario, donde no lo hizo mal.

La experiencia le encantó.

Desde ese momento empezó a asistir a todos los torneos que pudo, con resultados dispares, pero siempre tratando de superar sus mejores tiros. A veces lo conseguía, a veces no. Siempre lo intentaba.

-... 4...

Alex notaba como una ligera brisa acariciaba la piel de su cara. No era gran cosa, pero podría ser suficiente para hacerle errar el tiro. Y eso no podía permitirlo.

Se fijó en los pequeños banderines azules y blancos con forma de triángulo que indicaban la dirección del viento: apuntaban hacia su derecha, así que el viento soplaba desde el oeste.

Corrigió el tiro apuntando ligeramente a la izquierda del pequeño círculo rojo.

-... 5...

No había sido fácil llegar hasta ese momento.

Se había conseguido clasificar para la final del Campeonato Gallego de Tiro con Arco tras unas semifinales muy reñidas; había pasado por los pelos. Sabía que sus padres y María estaban orgullosos, pero él quería conseguir aún más.

Quería ganar.

—... 6...

50 metros hasta la diana. Tendría que compensar la imperceptible parábola que realizaría la flecha al ser liberada.

Lentamente, Alex elevó el arco hasta apuntar unos centímetros por encima de su objetivo: la victoria.

—... 7...

Los rayos de sol se reflejaban en las gafas Ray-Ban que le protegían los ojos del sol estival. A pesar de la brisa, hacía calor, mucho calor; podía sentir cómo el sudor hacía que se le pegase la camiseta a la espalda.

Odiaba esa sensación.

—... 8...

Casi sin ser consciente, Alex relajó los dedos que sujetaban la cuerda. Viéndose liberada, ésta impulsó la flecha directamente hacia su objetivo.

Una milésima de segundo después de realizar el tiro Alex pudo sentir cómo la cuerda rebotaba contra la protección de su antebrazo y se quedaba vibrando, inofensiva. Aunque era imposible, vio la flecha atravesar el espacio que lo separaba del pequeño punto rojo que le prometía la victoria.

50 metros.

Un pequeño objeto, de 40 centímetros de largo y apenas unos milímetros de diámetro, pareció materializarse de la nada, un poco por encima del centro de la diana...

De la grada se elevó un murmullo: había fallado. Por poco, pero había fallado.

No importaba, tenía dos oportunidades más. Volvería a intentarlo, como siempre.

Y lo conseguiría.

Alex expulsó el aire que había estado reteniendo en sus pulmones, devolvió el arco a la posición de descanso y se secó el sudor que tenía en la frente. Acto seguido, sin vacilar, sacó otra flecha del carcaj, la montó y, en un solo movimiento, elevó y tensó el arco. Inspiró y contuvo el aire.

Estaba preparado.

Apuntó mientras, lentamente, empezaba a contar.

—1... 2...

En la grada, María cerró los ojos, incapaz de soportar tensión.

—... 3... 4...

## LA COPA DE LA VIDA

Jairo Sebastián Zanetti

Vivimos en el barrio de La Gloria, nos entrenamos cada día para dar la vida en cada pelota, y en la cancha somos un grupo de tigres indestructibles.

Todos los días cada cual a su trabajo, pero por las noches, nos calzamos los cortos y hacemos rodar la globa hasta gastarle los cascos. Este año 2012 de anuncios apocalípticos tenemos un gran desafío por delante, nos jugamos el honor en la bendita copa de la vida, por eso es que ya bajamos un par de kilitos de más entre piques cortos, respiros y otros varios ejercicios más.

Ayer el Rafa consiguió las casacas, la mismas que van a tener el sudor de la historias, la camiseta verde color esperanza, el pantalón un grito corsario de los mares y las medias negras como la mismísima muerte en cara.

Somos un equipo de cancha de cinco, a mí me dicen Messi o *La mano de Dios*, es que soy el Mandrake de la muchachada, el medio es mío y de nadie, en la defensa lo tenemos a *Depredador* (pasa la pelota pero no el jugador), al arco va *el Gordo Caire* y no nos queda otra, a dónde lo llevamos si no, y la delantera la componen *el Flaco* y *el Alto*, nos dormimos siempre pensando en la gloria y este domingo empieza el desafío.

El día amaneció con un sol grande como alfombra de triunfadores, pero pasaron los minutos como leones al acecho. Eran ya las diez de la noche y las luces del potrero estaban encendidas, afuera prendidos al alambrado y expectantes estaban *la Bruja* y los chicos de cada quien, las banderas que se agitaban con el viento decían: “¡Vamos, Corsarios!”, y las trompetas y los tambores se hacían sentir, eran momentos para ser héroes de casa, aparte si perdíamos pagábamos el asado. Entraron los rivales y un pequeñuelo lanzó una bengala, se veían bastante bien curtidos de partidos y así sin más empezó el baile.

No acertábamos ni una pare, ni un taquito, ni un sombrerito y a los otros les salían todas, pum, paf, y en diez minutos perdíamos tres a cero, las caras nos tocaban el suelo y la frustración nos pisaba la sombra, la peti me gritó de afuera “¡Dale, papi o hoy no comes, che!”. Sentí el viento en mi contra pero pronto se transformó mi aura y las corrí todas, robé una sobre la derecha, “¡Dale, papi, magia, queremos ver magia!”, gritaron mis hijos, y entonces le metí un caño a la topadora que me apresuraba y de rabona se la pasé al *Flaco*, del *Flaco* fue *Alto* que partió la red de un pelotazo. Enardecida, la cancha vibró con nosotros que

# Go, deportista

habíamos hecho la primer conquista de la noche, el gol del honor. Y empezamos a meter gambetas y pronto empatamos el partido, ahora sí nos jugábamos todo por el todo, empezó a llover copiosamente, el árbitro no nos favorecía para nada pero llegamos cansados a los penales, no era un partido ni de alargues o gol de oro, ahora a todo o nada.

Como capitán de mi equipo patié el primero, le di con la furia del infierno y el mismo cielo de talento, la calcé en un ángulo allí donde hacen telas las arañas. La hinchada estaba alborotada, pero aquel grandote también le dio con ganas y destrozó la red, *el Flaco* también lo hizo, *Depredador* pegó en el palo con rabia y *el Alto* la mandó a los ángeles de las nubes, ellos, ellos sí acertaron todos, perdimos, pero perdimos en la cancha como pierden los mejores, pagamos el asado y silbando bajito marchamos hasta que el próximo desafío nos dé la revancha de esta catástrofe. Pero vinieron mis hijos y *la Bruja*, me dieron un beso gigante, qué trofeo, por dios, y me dijeron “Papu, lo importante es que participaron, dejaron todo, hasta los huesos”, y aunque costó se me fue yendo las lágrimas de mi sangre y dormí feliz por la noche.

Al día siguiente tuvimos que aguantarnos las cargadas, pero conseguimos el boleto siguiente, porque la vida, la vida siempre tiene una revancha al despertar, y será mejor que se asusten porque la nuestra llega este domingo.

## TODO LO QUE TIENES, TODO LO QUE HAS HECHO, TODO LO QUE ERES

Luca Moratal Roméu

Ayer por la noche me lo encontré llorando.

Llorando, por supuesto, con su forma de llorar: orgulloso, como tratando de resistirse a unas lágrimas que inevitablemente brotaban; abstraído, como verdaderamente inmerso en la más profunda significación de su llanto; silencioso, como si se avergonzase de que el mundo tuviese que aguantar la exteriorización de su dolor. Apartado de todo y de todos, que ya dormían –o al menos lo intentaban–; fumando uno de aquellos cigarros que nos están prohibidos, buscando el refugio en la lóbrega insondabilidad de la lejanía. Llorando, al fin y al cabo. Como todos hemos llorado alguna vez.

299

–¿Tú no duermes, o qué? –me espetó de pronto, sin tan siquiera girarse. Probablemente ya había advertido mi presencia mucho antes de que yo advirtiese la suya. Y aún mucho antes de estar presente. Nunca había dejado de asombrarme su capacidad para anticiparse a todo, para profetizarlo todo, para saberlo todo.

Sin ninguna prisa por responder, me senté a su lado. Hacía frío. Una brisa muy leve, pero gélida, hacía temblar la vegetación de aquel lugar, mientras las últimas luces de las casas circundantes comenzaban a apagarse.

–Imposible. No hay manera...

Era extraño, ciertamente. Jamás había sentido nerviosismo. Ni siquiera en las más importantes coyunturas. Aunque lo cierto es que ayer tampoco lo sentía; era algo distinto, a saber el qué, lo que me impedía cerrar los ojos y soñar como los demás.

–Tampoco hay que preocuparse... Nosotros haremos lo que podamos...

–¿Las ves? –me dijo señalando al cielo, haciendo caso omiso de las frases inconexas con que pretendía serenarle. Miré hacia arriba. Era verdad: el cielo relucía plagado de estrellas. Hacía tiempo que no lo veía así; en la ciudad, semejante espectáculo resultaba impensable–. Todo el mundo querría traerse alguna, ¿sabes? –continuó articulando–. No hay una sola persona que no quisiera agarrar una, sin quemarse, para hacerla suya... ¿Tú sabes por qué no lo hacen?



Eché un vistazo a mi alrededor, asegurándome de que nadie me viera, y le arrebaté el cigarro para sustraerle también yo unas caladas. Hablar con él resultaba curioso. Hacía aflorar todo aquello de lo que nunca hablaba, que nunca pensaba, pero que permanecía en lo más perenne de mi autenticidad y de mis emociones.

–Pues supongo que porque no hay huevos –decreté sin pensármelo demasiado–. Y porque es demasiado difícil. Y no merece la pena intentarlo para, después de tanto empeño, desengañarse descubriendo que no se puede.

Bajó la mirada del firmamento y sonrió. Seguía sin mirarme. Tal vez para no dejarse ver el rostro humedecido, pues, muy a su pesar, seguía llorando. Sus piernas, al igual que las mías, colgaban sin llegar a tocar el suelo, que parecía lejano; y sus manos se aferraban a sí mismas, pretendiendo abrigarse mutuamente.

–¿Qué te pasa? –le pregunté finalmente–. ¿Qué es exactamente lo que te asusta?

Porque tenía miedo. Nunca fui, ni mucho menos, la persona más adecuada para consolar. Bastante imperfecto espiritualmente, y un tanto escaso de empatía, no logro vivir las turbaciones de los demás como si fueran mías. Pero yo también he tenido miedo alguna vez y sé lo que se siente. El objeto de tu miedo busca apoderarse de ti, a través del mismo miedo, porque te ve débil; y lo que tiene cojones es que, por lo general, lo termina consiguiendo.

Él, infatigable, intentó una vez más sobreponerse a su inquietud. Pero esta vez no fue capaz, y no pudo evitar romper a llorar. Pero a llorar de verdad: sin silencio, sin abstracción y sin orgullo.

–No puedo jugar este partido. –Fue lo único que me dijo después de desahogarse–. Te digo en serio que no me siento capaz de jugar este partido...

## ESPÍRITU POSITIVO

Edurne Bengoa Bernal

Sonó el despertador, marcaba las siete. Creo que jamás entenderé por qué mis horas de sueño pasan tan rápido, aunque duerma veinticuatro horas seguidas. Lo que más odio de los fines de semana que tengo partido es que duermo menos que los días de colegio. En fin, mis ganas de ir iban en descenso conforme me acordaba del frío que hacía, el sueño que tenía, lo bien que se estaba en la cama... Pero mis pensamientos se vieron interrumpidos.

–Paloma, cariño, ya son las siete y cuarto y a las ocho tienes que estar en el cole. Tienes el desayuno en la mesa.

–Vale, me levanto ya, de verdad.

Habrà que hacerle caso a mi madre. Por las mañanas parezco un robot: me levanto, voy al baño, me lavo la cara, los dientes, desayuno, me vuelvo a lavar los dientes y poquito a poco me voy dando cuenta de la realidad de ese día. Qué pereza ir al partido, y sobre todo para no jugar. Es lo que tiene ser tan patosa, o vaga, como mejor se vea. A pesar de todo, yo sigo yendo a entrenar. Me gusta encontrarme con las niñas, también con el entrenador, que por cierto no está nada mal, y sentir esa sensación, que puedo dar más de mí. La verdad es que Luis nos ha enseñado mucho en estos dos años que lleva con nosotras. Nos mete caña para que no nos despistemos en ningún remate, pero si nos hace falta ánimo, ahí está él con las palabras perfectas. Desde mi punto de vista es nuestro amigo, psicólogo, padre, entrenador... un multifunciones.

La llamada de Cristi me devuelve a la Tierra.

–En diez minutos te recojo, no seas petarda y estate lista, que nos conocemos.

No me da tiempo ni a responder. Voy rápidamente a mi cuarto, me pongo la equipación, los calcetines de la suerte y los tenis. Preparo la mochila para después ducharme allí. Me miro al espejo y me hago una cola bien alta, ni un pelo suelto. Todo listo. Me quedan 5 minutos para desayunar y de paso hablar con mi madre. Mientras voy a la cocina pienso que es una suerte tener una amiga con moto, y más aún si es tu mejor amiga. Qué de paseos me he ahorrado yo gracias a ella. Me siento en un banquito de la cocina para desayunar con mi madre. Siempre me pasa lo mismo, tengo que desayunar a la velocidad de la luz. Los *ping* de mi Blackberry me anuncian que ya está Cristi esperándome.

–Me voy, mamá. Nos vemos después. Prepárame los macarrones tan ricos que sabes hacer, que seguro que vengo con hambre. Te quierooooooooo.

Aunque no le da tiempo a responder, escucho desde el ascensor un “Adiós, loca, que tengas suerte”.

Nada más abrir la puerta del portal, el frío se mete por mi cuerpo. No me puedo creer que a finales de septiembre haga este mal tiempo. Es lo que hay. Menos mal que me he bajado una sudadera, porque si no, me iba a quedar pajarito en la moto. No puedo evitar reírme cuando veo a *Kiki*, así llamo cariñosamente a mi amiga Cristi, con su típica cara de sueño, sus pelillos rizados que ella misma odia y el casco que siempre me deja, con una P pegada, para identificarlo como mío. La saludo con un *beso chicharra*, ese es el nombre que tienen mis besos porque según ella hacen mucho ruido. Me coloco el casco y nos dirigimos dirección Maristas.

Una vez allí, aparcamos justo enfrente del cole y entramos muy dispuestas. Hoy jugamos en casa y, quieras que no, eso anima. Qué raro, somos las primeras en llegar, pero no pasa ni un minuto cuando ya van llegando las demás. Cuando ya estamos todas, empezamos a calentar tranquilamente, sin prisa, el otro día quedamos en llegar dos horas antes para prepararnos bien, este es un partido importante.

Después de haber tirado a canasta, correr durante unos cuantos muchos minutos, haber bromeado y habernos puesto al día de las novedades, Luis nos dice que nos sentemos.

Comienza a hablar.

–Buenos días, mis niñas. Os veo carillas de sueño –se ríe–. Sabéis que día es hoy, ¿no? Si ganamos nos ponemos primeras en la clasificación, y aunque perdamos el siguiente partido, la competición sería nuestra. Si perdemos... Joder, no podemos pensar en perder. En estos dos años os he intentado enseñar a pensar siempre en ganar, aunque también a saber perder. Hoy es vuestro día, chicas. Quiero que salgáis ahí fuera y os comáis al equipo contrario, y no la cabeza. Quiero que juguéis como si os fuese la vida en ello. Cuando hace dos años me dijeron que os tenía que entrenar, no imaginé que llegaríamos hasta aquí. Y no solo lo que hemos ganado o perdido, sino también lo que hemos crecido durante el camino. Por eso, chicas, no quiero que desperdiciéis esta oportunidad. Es el resultado de todo lo que hemos vivido y cerrar nuestro último año con esta victoria es vuestro merecido. Hemos tenido momentos malos, vosotras lo sabéis, cada uno fuera de la cancha tiene sus problemas, pero aquí se me olvidan. Porque cuando las personas tropiezan y se caen, vuelven a levantarse y no se rinden. Vosotras me habéis demostrado eso, enanas. Pequeñas, podéis llegar a ser muy grandes. Recordad que sois invencibles.

A esto me refiero cuando digo que Luis siempre tiene las palabras perfectas. Pongo la mano en el fuego y no me quemo, que seguro que a todas se nos han clavado sus palabras en la cabeza y que vamos a salir con más fuerza que nunca.

15 minutos antes del partido. Titulares: Cristi, María, Claudia, Luisa y Lucía. Para variar, yo no juego. Bueno, animaré a las niñas. Sinceramente, son las mejores, aunque las demás también tenemos un papel importante, sacar el equipo para adelante cuando nos hundimos.

Primeros 10 minutos. Nos ganan de 2. Luis cambia de estrategia. También cambia a María por Silvia.

Comienza el segundo tiempo. Más de lo mismo. Nos aventajamos de 4. Estos 10 minutos acaban la misma forma que empezaron, perdiendo.

A lo mejor si jugase yo... Me quito esa idea de la cabeza. Luis deja a las 5 de antes. La verdad es que mal no han jugado, lo malo es que las otras son muy buenas. Algún que otro consejo y vuelven al campo.

Tiempo. Tenemos que remontar. Ellas pueden. El partido no está siendo gran cosa, sin embargo lo bueno se hace esperar. Qué lento se me está pasando el tiempo... A ver si marcan, por lo menos. Una canasta, y otra, y otra... Fin de los penúltimos 10 minutos. Esta vez acabamos ganando de 5.

Como al partido le queda poco y las niñas están al máximo, decide no cambiarlas. Otro partido más sin jugar. Debo de tener el récord Guinness de la niña que más partidos lleva sin jugar. Antes sí me afectaba cuando no jugaba, pero ahora... uno más, uno menos, me importa poco.

El último tiempo empieza un poco regular, tirando a mal. El otro equipo ha remontado en menos de 3 minutos. Luis se desespera, no sabe qué hacer. La situación le está afectando tanto que ya delira y todo: ¡¡¡¡¡me saca a mí a jugar!!!! No me lo creo. Socorro. Esto es memorable. Tengo un papel importante, oye. Rápidamente, me pongo al nivel de mis compañeras. Ahora es cuando me doy cuenta de lo superiores que son las otras. Quedan 2 minutos y perdemos de 1. Por lo menos tenemos que mantener que no marque nuestro contrincante. Qué bestias son... Dan patadas, codazos, tortas, sin ton ni son. 1 minuto. Piiiiiiiiiiii. Falta. A mí, lo que faltaba. Encima me toca tirar. Si marco los 2 tiros, ganamos. Qué rara es la vida, nunca juego y cuando me sacan me ponen en estos momentos tan difíciles. Me toca. Primer tiro: dentro. Uf. Este es el decisivo. Todo el pabellón está pendiente de mí. Segundo tiro: dentro. Fin del partido.

303

Todas mis compañeras se tiran al campo a celebrarlo. No puede ser. Esto es una broma. Todo son elogios, tipo: "Grande, Paloma". "Enhorabuena". "Te lo mereces". Es un sueño. He soñado toda mi vida con este momento, como en las pelis. A cualquiera que le cuente esto no se lo cree. La cara de felicidad de Luis no se puede comparar, está orgulloso de él y de nosotras. Esta victoria es más suya que nuestra. Después de saludar al otro equipo, nos metemos en el vestuario. No hemos parado de cantar: "Campeonas, oe, campeonas, oe...". Antes de ducharnos, entra Luis y simplemente nos dice: "Gracias".

Solas ya todas las chicas, nos ponemos a comentar cada jugada del partido. En un momento de la conversación me voy por las nubes y me pongo a pensar en silencio.

Tengo que hacer una recopilación de este gran día 29 de septiembre de 2012:

Ganas de ir al partido, cero. Esperanza de jugar, cero. Ánimos, diez, sobre todo después de la charla con Luis. Llega mi momento, salgo al campo los últimos dos minutos. Me toca tirar. En ese momento se me pasa por la cabeza toda mi vida. Desde que era una mocosa que se entretenía botando una pelota. Los primeros entrenamientos en el cole. Las primeras derrotas. Los primeros torneos. La primera vez que vi a Luis. La de veces que lloré por no jugar. Todos los esfuerzos. Todas las tardes que me quedaba más tiempo que las demás para

## Yo, deportista

mejorar, para ponerme a su nivel. También me acordé de las palabras de Luis: somos el resultado de todo lo que hemos vivido. En aquel instante yo era el fruto de lo que había sembrado desde los seis años que empecé a jugar. Me acordé de mis padres, del esfuerzo que hacían y siguen haciendo por mí. Por estar ahí cuando llegaba mal después de un partido, por llevarme y traerme de cualquier partido... También se pasó por mi cabeza Cristi, mi Kiki, aquella que se ha tirado conmigo tardes y tardes enseñándome técnicas para marcar, para robar balones, para no hacer faltas... Por todas esas personas, yo tenía que marcar y dedicárselo a ellas. Esos puntos iban por todas ellas. Parecía como si me hubiesen escuchado y estuvieran todas dándome fuerzas. Algunos lo llaman suerte, otros casualidad, yo lo llamo trabajo. Esa era mi recompensa.

## EL PRÓXIMO PARTIDO

José Antonio Montecino Prada

El invierno me había parecido toda una vida; largo, tedioso, a ratos insoportable. Primero la lesión, de la manera más tonta, tratando de golpear con el alma aquel balón delante del portero en el penúltimo partido de la temporada, justo antes del ascenso; luego las pruebas médicas, la operación y el lento infierno de la recuperación. “Si todo va bien, en cuatro meses podrás volver a tocar el balón”, había pronosticado el cirujano que me operó. Desde el primer momento la inactividad me inmovilizó también anímicamente y, lo peor de todo, desordenó a los míos: a Esther, que de repente se vio obligada a cuidar del niño, de mí y del bienestar del hijo que esperábamos; a mi madre, que lloraba por mí a diario sin que yo lo supiera. Pero sobre todo a él, a mi padre. Mi dolor ha sido el suyo, aunque callara siempre, tratando de no evidenciarlo delante de mí. Tras la lesión, vi con frustración cómo el brillo de sus ojos fue, poco a poco, difuminándose. Él ha sido mi sombra desde que empecé a patear un balón con cierta habilidad, el que me acompañaba a cada entrenamiento y a cada partido. Era mi aliento cuando las cosas no salían bien y tenía que resignarme a ver cómo las ganas de jugar se quedaban sentadas en el banquillo; la mano que me ayudaba a levantarme con sus palabras y me enseñaba a crecer, sobre todo por dentro. “Si el camino no tuviera obstáculos, nunca llegaríamos a saber lo que se aprende siendo capaz de salvarlos –solía decirme–. Lo importante es no rendirse nunca. Siempre hay un próximo partido. Esfuérzate y da lo mejor de ti; con eso ya habrás ganado”. Ahora lo sé. Ahora sé que su sacrificio ha sido infinitamente más grande que el mío, pero eso es algo que un niño siempre comprende demasiado tarde.

305

No fue otra cosa que el miedo a ver mi sueño roto lo que lo que lo paralizó. Lo vislumbró en mi cara durante aquellas primeras semanas eternas y no consiguió esquivarlo, como siempre hacía. De niño él era quien me salvaba de todos los peligros, como los héroes de los cómics, pero en esta ocasión la realidad nos había noqueado a ambos. Sin apenas fuerzas, de repente me vi obligado a recordar sus propias palabras, ese bálsamo que lo curaba todo, para regalárselas e intentar rescatarlo cuanto antes de aquel pequeño naufragio. “Vamos a dejar el miedo en los bolsillos, papá, ¿te acuerdas? El miedo siempre nos ata y nos impide actuar con libertad”.

En todo este tiempo el cuerpo ha tenido que rendirse al reposo obligado, pero la cabeza no ha descansado ni un solo segundo. Como mi madre, me he visto llorando a solas



demasiadas veces. A pesar de no dejar de pelear en ningún momento, a ratos los pensamientos se han hecho frustración y oscuridad, y las peores imágenes que uno puede imaginar en estas circunstancias han ido pasando frente a mí, como lentos fotogramas de una película muy parecida a la peor de las pesadillas. He tenido demasiado tiempo para pensar y eso ha hecho que acabara barriéndome el peso de la obsesión por no perder todo aquello que he conseguido. En ocasiones me ha arañado, inevitablemente, la idea de un retiro prematuro, con veintisiete años y el viento a favor, y he llegado a sentir la urgencia de acabar las tres asignaturas pendientes de la carrera y la necesidad de imaginar otros caminos y otros partidos en mi vida. Muchas noches, he soñado con el parque del pabellón, con el equipo, con la gente entregada alrededor, y cada una de esas noches he jugado el encuentro que nos aseguraba matemáticamente el *play-off* en División de Honor, o el que nos daba el liderato de la categoría.

Hoy, después de cinco largos meses, grito por dentro de felicidad al saber que, por fin, ese partido ha llegado, y aunque sé que estoy físicamente aquí, calentando con normalidad con los compañeros, aún tengo la impresión de estar metido en las entrañas de un sueño. En las gradas, la afición es ese dulce murmullo que crece, como mis nervios casi infantiles, a medida que pasan los minutos y se acerca la hora del comienzo. Entre ellos, busco la sonrisa cómplice de mi padre, sentado entre mamá y mi hijo Carlos; a Esther y al pequeño Alberto, recién llegado, que ya respira mi ilusión, dormido entre la algarabía de la vida.

El IAD publicó  
este libro electrónico  
en formatos ePub y PDF  
el día 27 de febrero de 2013  
para celebrar el  
Día de Andalucía